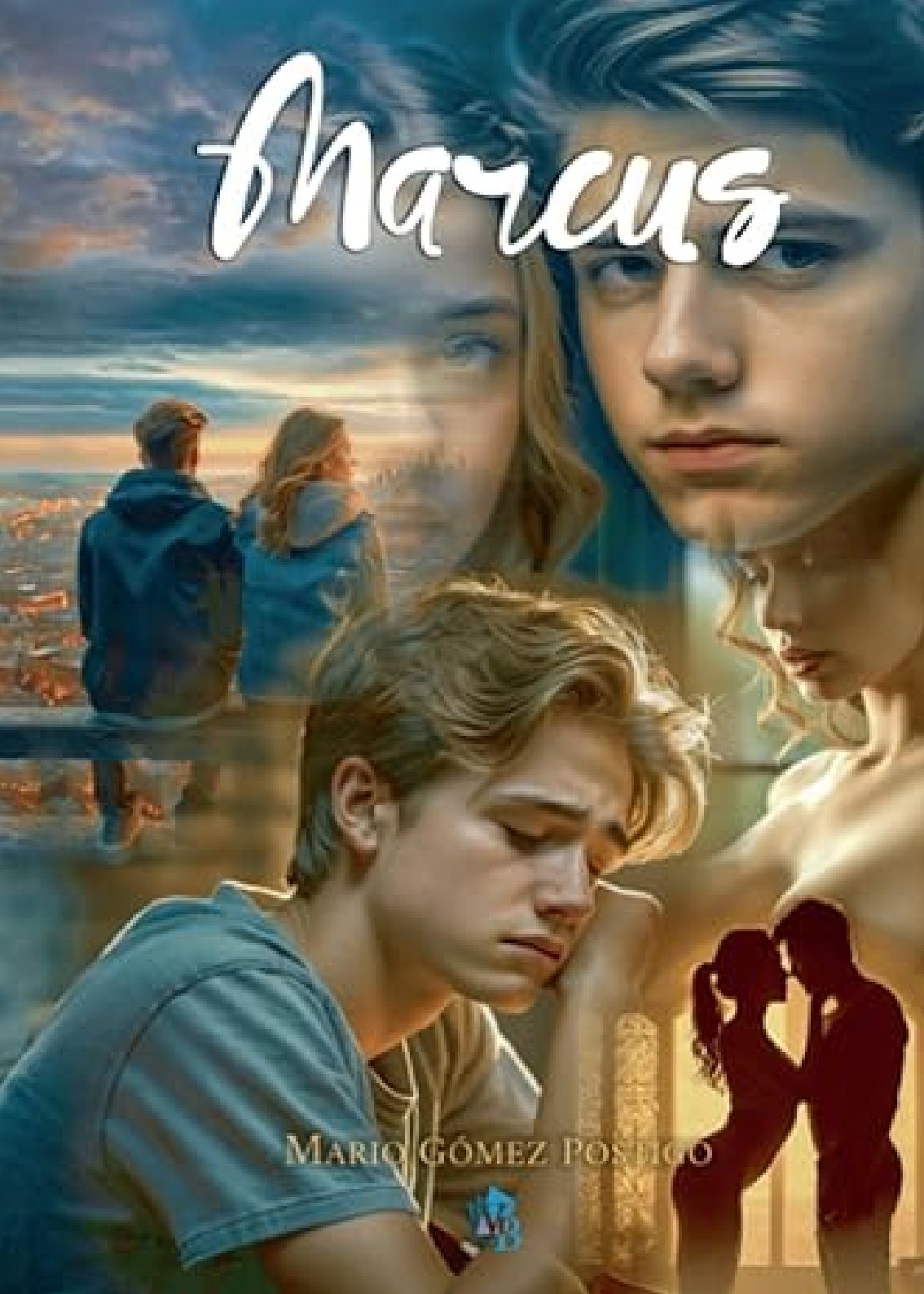


Marcus



MARIO GÓMEZ POSTIGO

Web site: www.mariogomezpostigo.com

Email: contacto@mariogomezpostigo.com

Facebook: Mario Gómez Escritor.

Instagram: mariogpescritor

La vida puede cambiar en apenas unos segundos. Una mañana te levantas, escuchas las noticias, te asomas a la ventana para ver qué tal tiempo hace. Como siempre, desayunas, te arreglas y te vistes como todos los días. Nada te hace sentir ningún cambio significativo más allá de alguna cosa sin demasiada importancia.

Esta es mi historia, así era mi vida, así comenzó todo.

Las notas de admisión, para poder acceder a estudiar Psicología, después de los exámenes de la selectividad se situaban en una puntuación bastante alta; recordemos que la selectividad era el equivalente actual de la EBAU (Evaluación del Bachillerato para el Acceso a la Universidad).

Mis estudios de bachillerato me resultaron más fáciles de lo que me pude imaginar en un momento. Al contrario de lo que le ocurrió a parte de mis compañeros de primer curso, que se tomaban las clases a chirigota; desde el primer día, me fijé unos objetivos claramente orientados a sacar las mejores notas posibles, aun a riesgo de perderme algunas experiencias y sensaciones propias de mi recién estrenada adolescencia.

En este sentido, lo tuve claro desde el primer día del curso, a pesar de la charla que me dieron mis padres pocos días antes de comenzar primero de Bachillerato. Era un adolescente bastante maduro para mi edad.

Los primeros días del inicio del curso, me dediqué a observar a mis compañeros de clase, a los estudiosos (nunca me gustó la palabra empollón), a fijarme cómo funcionaba cada profesor o profesora, ya que sería todo distinto, diferente al colegio donde estudié la EGB. Así que, durante las primeras dos o tres semanas, analicé a todos y cada uno de los profesores: sus manías en clase a la hora de entregar los trabajos de sus asignaturas, su comportamiento o cuando se les veía que tenían un mal día. En fin, básicamente un análisis de su perfil psicológico. En esos días, comencé a darle vueltas sobre la idea de estudiar Psicología después del Bachillerato. Así fue como empecé a rodearme de la flor y nata de los compañeros de clase. Eso sí, sin hacer ningún tipo de discriminación hacia ningún otro compañero.

Todos los días después de clase, con dos de los compañeros, Marta y Andrés, cuyas mentes eran de lo más brillante, salíamos del instituto camino de nuestras respectivas casas, comentando lo que había sucedido a lo largo del día. Incluso nos permitíamos alguna licencia un tanto jocosa sobre los compañeros que eran, cómo decirlo para no herir susceptibilidades, los más vagos y zoquetes, es decir, poco o nada aplicados.

¿Os habéis fijado en la cara de Manolo cuando el profesor de matemáticas lo ha sacado a la pizarra? Se notaba a la legua que no había hecho los deberes del día anterior.

Mis dos acompañantes, Marta y Andrés, asintieron con la cabeza.

Solo retrasan las clases y, al final, su desidia la pagamos todos, replicó Marta.

Eran agradables esos paseos desde el instituto, a las cinco de la tarde, camino de casa, cuando los días aún eran largos y el otoño avanzaba de manera inexorable. Andrés era el primero en quedarse en su casa, ya que se encontraba situada a escasos diez minutos andando desde el instituto.

Marta era la siguiente. Por tanto, llegaba todas las tardes solo hasta la puerta de mi casa, saludando a algún compañero de clase o de otras clases por el camino. Una de esas tardes, cuando Marta y yo nos quedábamos solos, comencé a darme cuenta de que se comportaba de manera diferente, su forma de mirarme cambiaba, sus ojos se tornaban más brillantes, me miraba con unos ojitos que, sin duda, delataban sus sentimientos hacia mí.

En cambio, yo estaba centrado únicamente en mis estudios, en llevarlos de una forma impecable. No me daba demasiada cuenta de lo que me trataba de decir con esa mirada y esa forma de comportarse conmigo. Incluso, comenzó a darme un beso en la mejilla cuando nos despedíamos en la puerta de su chalet. Al principio, se sonrojaba levemente, soltando una sonrisa de niña traviesa, pero, con el paso de los días, solo sonreía.

Tenemos que quedar alguna tarde para hacer juntos los deberes, Marcus.

A lo cual respondí con un “sí, claro”. No supe contestar otra cosa. Esta va muy rápido, pensé. Marta era la mayor de tres hermanas, de una familia acomodada, con un alto nivel de vida, lo cual no quería decir que fuera una pija insoporable.

Vivían en un chalet con piscina y barbacoa. Le gustaba vestir bien e ir con su madre y sus dos hermanas de compras a las tiendas de modas. Sus padres eran conocidos de los míos, lo cual al principio lo vi como algo normal, ya que su padre y el mío eran cirujanos. Esto nos daba a las dos familias un proyecto de futuro esperanzador en todos los aspectos.

Pasaban los días y Marta, con sutiles comentarios, me dejaba entrever sus sentimientos. Comencé a sentir más de un escalofrío por la espalda. Si bien Marta era una adolescente muy guapa e inteligente, físicamente muy atractiva, la posibilidad de que nuestros padres interfiriesen con los típicos comentarios: “... pues haríais una buena pareja” o “... sinceramente, os vemos juntos y nos encanta”, me hacían sentir bastante incómodo, máxime cuando la adolescencia es una etapa de tu vida en la cual te pones colorado y te sonrojas con una tremenda facilidad.

Antes de coincidir en clase con Marta, habíamos ido en alguna ocasión a su casa, en compañía de mis padres, con motivo de algún cumpleaños o celebración similar. Yo era hijo único y me sorprendía el alboroto que montaban las tres her-

manas. La verdad es que no estaba acostumbrado a esas riñas entre tres chicas ni a sus constantes chillidos. Por entonces éramos dos mocosos que solo pensaban en jugar y divertirse, en la antesala de una de las etapas más bonitas de nuestra vida: la adolescencia.

Nosotros vivíamos en otro chalet, eso sí, más pequeño, también con piscina y barbacoa, uniendo el confort con un sutil toque de lujo. Cuántas tardes íbamos a la piscina de Carlos y Helena, que así era como se llamaban los padres de Marta. En otras ocasiones, nos devolvían la visita. Era divertido jugar con esas tres hermanas, ver cómo se peleaban por ponerse el traje de baño de la otra porque le gustaba más que el suyo. Era uno de los inconvenientes de ser tres hermanas separadas por apenas año y medio cada una.

A Carlos y a mi padre, José María, entre semana casi ni se les veía por casa. Entre sus trabajos en la sanidad privada, congresos o ponencias, apenas tenían tiempo para estar con los suyos, reservando los fines de semana, para estar más tiempo con las respectivas familias. Eso era sagrado.

Lo que más me podría incomodar de esta situación es que, en clase, Marta me buscaba con la mirada a la mínima ocasión, y no me gustaba demasiado sentirme observado ni ser objeto de las risitas de sus más íntimas amigas; todo formaba parte del proceso evolutivo de la adolescencia. No era un secreto que Marta y yo nos llevábamos bien.

Incluso Andrés me preguntaba frecuentemente si salíamos juntos, si ya nos habíamos besado. Que le dijera la verdad. ¿La verdad? Pensaba yo, para que se lo casques a toda la clase a la menor oportunidad. Ni de coña, pensé. Algunas tardes, debido a que la madre de Andrés le recogía en la puerta del instituto para llevarlo a clases de dibujo artístico, aprovechábamos esos momentos para que Marta me convirtiera en una especie de confidente. Había pasado a ser su mejor amigo. No paraba de hablar, supongo que víctima de su nerviosismo al estar a solas conmigo.

De vez en cuando, se me pasaba por la cabeza la idea de que pudiésemos quedar algún sábado para dar una vuelta. No es menos cierto que día a día se estaba convirtiendo en una auténtica belleza, se estaba poniendo muy guapa; tenía un cuerpo perfecto, un pelo castaño, liso y sedoso, unos ojos verdes que eran una pasada, apenas un par de granos de acné en la cara y unos pechos que en más de una ocasión fueron los protagonistas de mis primeros sueños eróticos.

Todo esto unido a que era buena estudiante, respetuosa con los demás, simpática y educada a la par que sutil, hacían de ella la candidata perfecta para ser mi primera novia. Sin embargo, seguía sin verlo demasiado claro. Demasiados “y si...” se me agolpaban en la cabeza y la palabra novia me sonaba muy solemne.

Durante el curso, algunas tardes, me quedaba con ella en su casa para hacer los deberes, en el salón, claro está, a pesar de que tenía una habitación con una

enorme mesa de estudio, con su equipo de música, una cama llena de cojines que era mejor mantener alejada de nuestras fantasías. Mientras estudiábamos, ella rozaba su mano con la mía con la excusa de coger un lápiz del estuche. En silencio y durante unos eternos segundos me miraba con esos dos ojazos. El torrente de sensaciones era indescriptible, mi respiración se agitaba, me sonrojaba levemente, eso sí, y procuraba disimular de la mejor manera posible, intentando que no se me notara demasiado.

Todavía no os he comentado nada sobre mi persona. No sé dónde tengo la cabeza. Era de los más altos de clase, delgado, con ojos azules, pelo liso también castaño, con un alto sentido del valor de la amistad, buena persona, con ganas de triunfar en la vida e intentar comerme el mundo antes de que el mundo me devorase. Quizás una definición de adolescente bastante atípica, pues he de reconocer que no era de los que estaban pensando en las fiestas de instituto, en el fútbol, en el rock and roll o en hacerme cualquier tontería en el pelo.

Y, hablando de las fiestas del instituto, Marta, haciendo gala de su sutileza, me comentó que, para la fiesta del próximo sábado, no tenía acompañante, que un chico de tercero se lo había pedido y que le había dicho que no. ¿En serio? ¿Un buitre de tercero? Vamos por encima de mi cadáver, ni de coña.

Esto último lo pensé, no me atreví a decírselo, sería como una declaración de intenciones. De momento, tenía que guardar la compostura.

La noticia corrió como la pólvora. Mis padres nada más llegar a casa, pues lo típico:

¿No tienes nada que contarnos? ¿Alguna noticia que se salga de lo normal? Me sentí entre incómodo y henchido de felicidad.

Pues no sé qué entendéis por alguna noticia fuera de lo normal, respondí, como no sea que iré con Marta a la fiesta del próximo sábado, no sé qué más podría estar fuera de lo normal.

Y a continuación, lo típico, el abrazo de mi madre y el besuqueo de rigor.

Mi niño que se nos hace mayor, y encima con Marta, con lo guapa, educada y maja que es. Voy a llamar a la madre de Marta, para que me diga qué tal. Lo vais a pasar genial.

Sí, genial, siempre y cuando el gili de tercero no aparezca a tocar las narices, pensé. Sentí en esos momentos una especie de opresión en el pecho, me faltaba la respiración, me costaba pensar con claridad. Yo, que estaba centrado únicamente en las clases, en los estudios, estaba a punto de tener mi primera cita con Marta, mi primera cita de adolescente.

Era martes y, como ya comenté, la noticia corrió como la pólvora. Todo el mundo en el instituto sabía la buena nueva.

Joer, tío, vas con Marta a la fiesta, con lo buena y rica que está, menuda suerte. Te vas a poner morado, con ese culito que tiene y ese par de tetas, joer, qué envidia nos das.

Realmente esos comentarios no me parecían ni medio normales, una respuesta incorrecta a ese comentario no solo me podía dejar sin la compañía de Marta, me podía dejar compuesto y sin novia.

Bueno, tampoco os paséis con los comentarios, Marta es una gran chica, estoy encantado de ir con ella a la fiesta.

Pero lo cierto es que tenían razón en lo referente a ese magnífico culito y a ese par de tetas. Estaba para comérsela.

Las tardes siguientes, a la salida de clase, siempre había algún gracioso que nos tiraba besos al pasar o que tarareaba la marcha nupcial. Marta sonreía y se sonrojaba, mientras yo me quedaba con ganas de arrearle al gracioso de turno. Qué mala es la envidia, le decía a ella, mientras me miraba y sonreía. Nuestros 16 años estaban siendo una etapa bastante bonita de nuestras vidas.

El camino hasta su casa parecía que tarde a tarde se acertaba más y, por alguna extraña circunstancia, comenzaba a estar muy a gusto a su lado, pero lo que más me gustaba de todo es que no habíamos bajado el rendimiento, ni en clase ni en los estudios.

Comenzábamos a darnos la mano, mientras nadie nos pudiera observar, soltándola de repente, cuando alguien se cruzaba con nosotros en la acera, a pesar de que no lo conociéramos de nada. La suavidad de esa mano, ese olor que desprendía su cuerpo a inocencia, me hacían sentir bastante bien. Inocencia era su marca de perfume. Ahora lo recuerdo y me da la risa.

No paraba de comentar sobre la fiesta del sábado: que estrenaría un vestido, con unos zapatos a juego, que iría a la peluquería por la mañana, que ya tenía la cita, y solo me dejaba intervenir en la conversación cuando decía: ¿Qué te parece Marcus? Y solo me daba tiempo a responder con un simple “bien, me parece muy bien”. Después continuaba con su monólogo.

¿De qué te ríes? me preguntaba, dejando de hablar por unos segundos, parándose en medio de la acera.

De nada respondí, estás muy ilusionada con la fiesta del sábado, y eso es lo que me hace reír, por verte tan contenta.

Situación salvada, por los pelos.

¿De verdad que es por eso? Marcus, eres un cielo.

Y, sin mediar palabras, me dio un beso en la boca. Nuestro primer beso y en plena calle, ¿Y si alguien nos ha visto? Comenzamos a mirar hacia todos los lados. No había nadie a la vista, la calle estaba desierta. En esta ocasión, el que se sonrojó era yo. Marta me miró y me dijo que esperaba que no me hubiera molestado.

Para nada contesté, no me lo esperaba y me ha encantado. Un poco breve, eso sí, pero ha estado genial.

Un segundo beso, esta vez en la mejilla, selló nuestra despedida a la puerta de su casa. La madre nos vio llegar y la saludé con la mano, de manera educada.

Al llegar a casa, mi madre me preguntó que si tenía deberes o algo que estudiar a lo que contesté que no. Era una pregunta trampa. Pues lávate las manos, péinate un poco y nos vamos de compras, que tendrás que ir presentable y guapo a la fiesta del sábado. Si había una cosa que más pánico escénico me daba no era el ir de compras, era el ir de compras con mi madre. Una vez montados en el coche, mi madre me preguntó qué idea de ropa tenía pensado, que ya sabía cómo iría Marta vestida, pero no me diría nada al respecto, pero que no podía llevar cualquier tipo de ropa. Debería ir elegante, pero sin demasiadas florituras.

Me gustaría un vaquero Levi's, una camisa a juego, con una corbata discreta y una chaqueta, pero pasando de ir de pijo.

No sé qué entiendes por "pasar" de ir de pijo, tendrás que ir elegante pero no demasiado formal.

En ese momento, ya me di por jodido. Al final, tuve suerte, conseguí mi vaquero, una camisa blanca, una bonita pero discreta corbata, una chaqueta sencilla a la par que elegante y unos relucientes zapatos castellanos negros, que estaban de moda. Es decir, no iría vestido como un pijo, sino lo siguiente, en fin...

Un pincel hijo mío, vas como un pincel
Joer, mamá, que ya no soy un bebé.
Si es que eres más bonito que un San Luis.

En ese momento, no entendí la expresión; mejor ni preguntar.

La dependienta de la tienda, qué digo la dependienta, todos los dependientes ante tal escena de amor maternal se reían, eso sí, con respeto, ya que mi madre se había dejado una pasta. Al final, me compró no uno, sino dos vaqueros. Es lo bueno de ser hijo único. Si es que madre no hay más que una, comentaba la cajera mientras contaba alegremente los billetes.

No lo sabe usted bien, contesté para alegría y regocijo de mi madre.

Era su ojito derecho, se sentía orgullosa, ya que, hasta la fecha ni a mi madre ni mucho menos a mi padre, les había dado ni un solo motivo de disgusto, sino todo lo contrario. Para mis padres era un hijo modelo. Sentía un profundo amor y respeto por ellos, por lo que significaban en mi vida, por todo lo que me habían dado y por ser un espejo en el cual mirarme.

Por fin, llegó el sábado. Apenas pude comer, a pesar de que mi madre había preparado una ensaladilla, pollo asado y de postre una tarta de manzana, una de mis comidas favoritas.

Come un poco más, Marcus, que a media tarde vas a tener hambre.
Pero mamá, es que no me entra nada, contesté.

Después de ayudar a mis padres a recoger la mesa, sonó el teléfono. Como no podía ser de otra manera, mi madre se precipitó sobre él como si le fuera la vida en ello.

Marcus, cariño, ponte al teléfono, es Marta.
Vale, mamá, lo cojo en mi habitación.
Mamá, cuelga que ya estoy.

No me quedé tranquilo hasta oír el chasquido de la línea telefónica, ese ruido característico que se oía cuando se colgaba el teléfono de la cocina.

Ya estamos solos, Marta. ¿Qué tal estas?
Bien, Marcus. Apenas pude comer nada, no tenía hambre.
Lo mismo me ha pasado a mí. Todo sea que esta tarde nos entre el hambre, respondí. Por eso no te preocupes, ya comeremos algo por ahí.

En ese momento me di cuenta que tenía una voz tan dulce, que derretía mis sentimientos, las pocas defensas que me quedaban para no sucumbir a sus encantos. Mientras hablábamos, el tiempo pasaba volando. Dos horas de teléfono, hasta que su padre, le dio un toque para que colgase, que dentro de poco nos veríamos, y necesitaba el teléfono para hablar con el mío.

Quedaron en que me pasaría a buscarla por su casa, en compañía de mis padres, y Carlos nos acercaría hasta la fiesta, y a la vuelta nos vendríamos en taxi. Mientras me vestía, prestaba especial cuidado a no dejar ninguna etiqueta en la ropa, sería un ridículo que no estaba dispuesto a pasar. No obstante, me tranquilicé al pensar que tendría que pasar el *checking* de mi madre. No habría lugar a ningún fallo estético.

Salimos los tres de casa, mientras mi madre me estiraba la chaqueta por la parte de atrás y mi padre me colocaba la corbata y las solapas de la chaqueta. En los escasos diez minutos que nos separaban de la casa de Marta, mis padres no

dejaron de darme los típicos consejos: no bebáis, nada de fumar, ojo con las compañías, ... Es decir, me pusieron la cabeza como un bombo, no me ayudaban a tranquilizarme ni lo más mínimo.

Llamé al timbre del chalet. En apenas dos segundos, el portero automático abrió la puerta, dando acceso a la finca. En la puerta estaban los padres de Marta y su hermana más pequeña. Nuestros padres se saludaron como si de una pedida de mano se tratase, menos mal que eran viejos conocidos. Pasamos al salón, donde estaba la otra hermana, que al verme exclamó: "... hala, qué pijo". Qué mona la niña. Todos se rieron, obviamente menos yo ya que no me hizo ni pizca de gracia.

¡Sentaos un momento!, voy a buscar a Marta y enseguida bajamos.

De esta manera, nos quedamos mis padres con las dos hermanas de Marta. Mis padres hablaban con ellas, de asuntos intrascendentes, mientras yo contaba los segundos que pasaban, lentamente. A los pocos minutos de espera, apareció Marta, de la mano de su padre, su madre en un segundo plano, grabando en vídeo la escena. La escena y la cara de bobo que se me quedó al ver a Marta con un precioso vestido de flores, unos zapatos de tacón, un sutil maquillaje, apenas inapreciable y una chaqueta de punto por si más tarde refrescaba.

Bueno, Marcus, ¿Qué te parece? ¿Me ves guapa?

¡Claro que sí, estás preciosa!

Una exclamación de admiración resonó en el salón. Estaba realmente, no sé cómo describirlo, linda, bella, sensual.

Marcus me dijo Carlos, no creas que confiaría a mi hija a cualquiera. Os pido a los dos que tengáis la mente fría, que no cometáis ninguna locura, tendréis tiempo más que de sobra cuando llegue el momento.

Los dos asentimos con la cabeza. Calculo que no menos de dos carretes de 36 fotos nos tomaron en el salón, en la piscina, junto a los árboles que adornaban el jardín con sus padres, con los míos, ... En fin, un auténtico alboroto, al que se unieron los vecinos, entre exclamaciones de júbilo. Por fin, se quedaron todos tomando algo, mientras nos despedíamos por segunda o tercera vez. Ya habíamos perdido la cuenta.

Al final, les convencimos para irnos en un taxi, en vez de que nos llevara el padre de Marta. Nos costó, pero al final accedieron. No teníamos una hora límite de llegar a casa después de la fiesta, nuestros padres lo dejaron a nuestro criterio. De esta manera, el taxi llegó a la puerta, y entre fotos y los últimos consejos maternos, conseguimos montarnos, dejando atrás a los paparazzi. Estábamos seguros de que tendrían para cotillear toda la tarde.

Llegamos a la fiesta, había bastante ambiente. El local era lo suficientemente grande como para disfrutar de la música y de los amigos sin agobios. Estaban casi todos los de clase, salvo algunos que a última hora se cayeron de la lista de invitados, es decir, no fueron por estar castigados, imagino que de manera totalmente injusta.

Antes de tomar nada, dimos una vuelta de reconocimiento: pista de baile, asientos, reservados, una primera toma de contacto, y la verdad es que nos gustó mucho. Era nuestra primera fiesta del instituto y, si al principio de curso me lo cuentan, ni me lo hubiera creído. Poco a poco, fueron llegando los rezagados. Entre bailes, risas y diversión las horas fueron pasando muy rápidamente, las miradas de complicidad entre nosotros eran constantes. A pesar de la cantidad de gente que nos rodeaba, daba la sensación de que estábamos solos.

Hasta que apareció el chico de tercero que le pidió ir al baile a Marta, un tal Kike, un auténtico pijo insoportable.

Hola, Marta. ¡Qué bien que has venido! ¡Estás muy guapa!, ¿Vamos a bailar?

Marta se negó de nuevo, y el tal Kike se estaba poniendo bastante pesadito, arengado por algunos compañeros de curso. Estaba molestando a Marta, incluso la llegó a coger de un brazo para intentar llevarla hasta la pista de baile. Decidí, sin pensar en las consecuencias, interceder en tal violenta situación.

Déjala en paz, está conmigo y la estás molestando.

Del puñetazo que me dio, solo recuerdo ver su puño directo a mi mandíbula.

Al recuperar la consciencia, vi a tres policías nacionales, hablando con Marta, mientras un sanitario me alumbraba a los ojos con una minúscula linterna, preguntándome cómo me llamaba, qué día era y si sabía dónde me encontraba. Todo parecía estar en orden, salvo el dolor en la mandíbula, para lo cual el sanitario me dio una pastilla para aliviarme. Antes me preguntó si había tomado alcohol, a lo que respondí que no.

Marta, al ver que ya estaba de vuelta, me abrazó y me preguntó llorando qué tal estaba. Era un manojo de nervios

Marcus, lo he pasado fatal hasta que han llegado los sanitarios.
Estoy bien le contesté. Un poco dolorido, pero bien.

Sin tener la más mínima intención, me había convertido en el héroe de la noche. El tal Kike había sido detenido. Con toda probabilidad sería expulsado del instituto, dado que estaba repitiendo curso, haciendo la vida imposible a sus compañeros de clase y a otros chicos y chicas de cursos inferiores. Para más de uno sería un gran alivio.

Tras un minucioso chequeo por parte de los sanitarios en la ambulancia, viendo que no tenía nada grave, salvo la herida en mi orgullo que tardaría en sanar, no quise que la noche acabara de esa manera por culpa de ese cafre.

Marta, estoy mejor, volvamos a la fiesta.

Pero tampoco le apetecía demasiado, por lo que decidimos al abrigo de una cálida noche, dar un paseo, quizás comer algo y volver a casa.

Espero que no hayas llamado a nuestros padres desde la discoteca, sería humillante.

No te preocupes. Estuve tentada, la verdad, pero no quise llamar, preferí esperar para ver cómo te encontrabas. Veo que estás mejor. Por eso estoy tranquila. Solo espero que no te duela demasiado, aunque el sanitario me advirtió que sería mañana cuando más dolor podrás sentir.

Estuvimos dando un paseo, cogidos de la mano prácticamente sin mediar palabra, con el corazón latiendo más rápido de lo normal, solo falta que ahora me dé una arritmia, para tener la noche completa, pensé, pero no, todo se estaba normalizando. Ella soltó mi mano para abrazarme, apoyando su cabeza en mi hombro, mirándome de reojo, apretándome fuertemente contra su cuerpo.

Cerca del puerto deportivo, había un par de restaurantes abiertos, con música en directo en las terrazas. Una banda de música interpretaba sensuales baladas. Puse mis manos en su cintura, con una delicadeza y respeto absoluto, rodeó mi cuello con sus brazos, nos miramos a los ojos y nos besamos, mientras bailábamos.

En ese momento, nos dimos cuenta de que estábamos destinados a ser algo más que amigos. Estaba saltando la chispa, nos estábamos empezando a enamorar, con lo peligroso que puede ser tener los andrógenos y estrógenos fuera de control. Esos primeros besos, esa primera sensación de conexión total, un desmesurado deseo... Fue maravilloso e inolvidable.

Era hora de regresar a casa, paramos un taxi, que nos llevaría hasta la casa de Marta. Al llegar había luz en el salón, por lo que decidí acompañarla, para que sus padres comprobaran que estaba en perfecto estado. Yo no podía decir lo mismo. Daba la coincidencia que de mis padres continuaban allí. Los rostros de alegría al ver a Marta se tornaron en una expresión de incredulidad al verme el careto.

Pero, ¿qué ha pasado?

Yo no supe cómo explicar lo sucedido, pero Marta tomó la palabra y explicó con todo lujo de detalles lo ocurrido con el tal Kike. Por si el sanitario de la ambulancia no me hizo un chequeo exhaustivo, nuestros padres y los vecinos, se mostraron preocupados por mi estado de salud.

Mi padre llamó al hospital, donde tenía varios amigos. Me llevaron a que me vieran de urgencias y, tras algo más de hora y media de chequeo, se quedaron convencidos de que me encontraba bien. Dio la casualidad de que el médico de guardia era de la promoción de mi padre y del de Marta.

A la salida del hospital, solo pensaba en una cosa: en mi cama. Estaba cansado, muerto de sueño, con ganas de no ver ni oír a nadie. De esta manera, al llegar a mi casa, con todo el mundo más calmado, me di una breve ducha, abrí la cama y creo que no me dio tiempo ni de apagar la luz de la mesita.

A la mañana siguiente, domingo, el despertador marcaba las 13:35 horas. No había dormido demasiado, pero sí pude descansar. Ahora vendría la segunda parte del drama.

Marcus, hijo, ¿Cómo te encuentras? ¿Has podido dormir bien? ¿Te mareas?

Pero, ¿por qué demonios tengo que marearme?, pensé. Estoy bien, de verdad, me encuentro de maravilla.

Pues me alegro. Los padres de Marta nos han invitado a comer a su casa.

Genial, a ver con qué cara me presento en casa de mis suegros después de los achuchones que nos dimos anoche. Lo de con qué cara, en este caso tiene doble sentido. No tenía demasiadas ganas de fiesta, pero bueno, hay que sacrificarse, era un héroe, habría que aprovechar el momento.

Marcus, anoche, con todo este jaleo creo que no te dimos las gracias por salvaguardar la integridad de Marta.

Eso fue nada más llegar, no os preocupéis, no tiene importancia, tuve que hacer lo que fue necesario a pesar de que, como podéis apreciar, no salí demasiado bien parado, pero lo importante es que Marta esté bien.

Las dos hermanas pequeñas se miraban la una a la otra, diciéndose: "... ¡Oh, mi héroe!" y lanzando besos al aire, como si se imaginaran lo ocurrido la noche anterior. La madre las intentaba regañar, pero, como a todos les entraba la risa, lo repetían más y más. Marta apareció en escena, se acercó y me abrazó.

Marta, por dios, contenta. Tranquila, estoy bien, ya pasó todo y lo principal es que tú estés bien.

Las hermanas continuaban con la broma. Al verla se me pasaban todos los males habidos y por haber. La comida fue francamente deliciosa, transcurriendo en un ambiente familiar y distendido. Estaba seguro de que tras todo lo sucedido la noche anterior, nada volvería a ser como antes. Una duda que tenía era saber si Marta y yo estaríamos saliendo oficialmente o tendría que pasar el trámite de pedírselo. Decidí observar su comportamiento durante el resto del día. A pesar de la

presencia de nuestros padres y de sus hermanas, continuaba mirándome de manera especial.

A los postres, su padre brindó por la joven pareja, por la suerte de que Marcus sea un caballero, para que las siguientes fiestas fueran más agradables que la primera. Apenas tuvimos un momento para estar solos. Después de la comida, la sobremesa en el salón se estaba haciendo un poco insufrible: en un pedazo de sofá estaban sentados nuestros padres, tomando café y charlando animosamente. En el otro sofá, Marta y yo, observando la escena.

En un momento de silencio, Marta aprovechó la situación y preguntó:

Marcus ¿Te apetece salir a dar un paseo? Hace una tarde estupenda.
Me parece una buena idea, me apetece mucho ese paseo.

A nuestros padres insólitamente les pareció bien, solo nos recordaron que al día siguiente había clase. Estaba igual de guapa con un vestido que con vaqueros. Nada más salir por la puerta, sin darnos cuenta, nos cogimos de la mano. Vamos a ver, otra cosa podría ser, pero nuestros padres tontos no eran, sin importarnos que nos vieran o no. Tras un largo paseo comentando sobre cosas intrascendentes, llegamos al paseo marítimo, que al ser domingo estaba bastante transitado. El sol animaba a la gente a pasear por tan idílico lugar. Nos sentamos en un banco, apartado de miradas indiscretas.

Marta, con referencia a lo que sucedió anoche ...

¿A qué te refieres? (pregunta incómoda).

Pues a cuando nos besamos.

No me digas que no te gustó, para mí fue algo muy especial me contestó. Para mí también lo fue, Marta, me encantó.

Verás, Marta, yo quisiera saber ... si tú y yo ... no sé cómo explicarlo, no me salen las palabras ...

Está bien, Marcus, no te preocupes, te entiendo, estás intentando pedirme salir, que seamos novios, ¿no?

Lo estaba pasando fatal.

Pues sí, claro, respondí tímidamente.

Claro que me gustaría que saliéramos juntos. Estoy muy a gusto contigo, Marcus, eres un cielo de chico.

Sin medir palabra, me besó en los labios, una y otra vez. De nuevo estábamos tocando el cielo con la punta de los dedos. Convenimos los dos que nuestra relación no sería obstáculo para seguir obteniendo buenos resultados académicos. Forjarnos un buen futuro sería lo fundamental, quedando nuestra relación en un segundo, pero no menos importante término.

Eran las ocho de la tarde, y nos quedaba un largo paseo hasta su casa. Este se nos pasó volando. Entre risas, abrazos, besos y caricias, estábamos exultantes de felicidad. Nos despedimos con un “hasta mañana” y un beso en la mejilla. Había que disimular un poquito, aunque imaginábamos que ya se estaban empezando a imaginar lo que nos estaba sucediendo.

La llegada a clase el lunes por la mañana fue un auténtico escándalo, entre gritos de “torero, torero” y felicitaciones por doquier. Ante tal alboroto, el jefe de estudios tuvo que intervenir para calmar los ánimos.

Marcus, haga el favor de acompañarme a jefatura de estudios.

No me sonó demasiado bien, la verdad, pero evidentemente no pude hacer más que poner cara de circunstancias y aceptar su amable invitación.

En nombre del instituto y en el mío propio, como máximo responsable del alumnado del centro, quiero pedir disculpas por el deplorable comportamiento de Enrique Romo, que ha sido expulsado del centro debido a sus reiteradas faltas graves de comportamiento hacia sus compañeros y compañeras. No tiene nada que temer al respecto, sus padres igualmente me han pedido personalmente que le pida disculpas, sienten muchísimo el incidente de la fiesta del pasado sábado, no volveremos a saber nada de él; será alumno de un internado en un país extranjero.

Por mi parte, está todo olvidado le respondí, no hay problema, menos aun sabiendo que no asomará más por el instituto.

Regresé a clase de matemáticas, que era la asignatura que teníamos los lunes a primera hora, la ovación fue digna de la mejor parada de un penalti en el minuto 89. El profesor de mates tuvo que pegar un par de chillidos para que los compañeros se calmasen, mientras Marta me observaba lapicero en boca con una mirada llena de orgullo.

La media hora del recreo fue un auténtico coñazo, ya que apenas tuve unos minutos para poder hablar con ella, creo que solo me faltó firmar algún autógrafo. A los de primero no nos estaba permitido salir del patio del instituto durante el recreo, pero sí a los de los cursos superiores; la verdad es que hubiera estado genial haber podido salir del instituto, haber dado una vuelta e incluso haber tenido un ratito de intimidad.

Poco a poco, la situación volvió a la normalidad. Al día siguiente, salvo algún comentario aislado que otro, todo comenzaba a volver a ser igual, volvíamos a la rutina de seguir pasando desapercibidos en clase, aunque la fama ya estaba creada. Era una especie de matagigantes, un héroe de las causas perdidas, lo cual no me gustaba en absoluto, dado que toda esa fama podía llevar consigo, en mayor o menor medida, cierta responsabilidad.

Algunas compañeras de clase y de los demás cursos de primero y segundo, comenzaban a saludarme por los pasillos y, como no podía ser de otra manera, a Marta no le hacía demasiada gracia. Para ser exactos, no le hacía ni pizca de gracia; no menos cierto era que respondía a sus amables saludos simplemente por educación, no por otra cosa.

El curso avanzaba, Marta y yo estábamos juntos y las notas no habían variado a la baja ni una sola décima. Los dos continuábamos, para satisfacción de nuestros padres, con un elevado nivel académico, que era nuestro objetivo desde que comenzamos a salir. Lo único que era un poco rollo es que prácticamente todos los sábados o domingos, salvo alguna excepción, comíamos juntos bien en casa de sus padres o bien en la de los míos. En las ocasiones que coincidían con exámenes, nos poníamos a estudiar juntos en su habitación o en la mía, dependiendo de en qué casa se celebrase la reunión culinaria.

Una de esas tardes, en casa de los padres de Marta, las dos hermanas no dejaban de molestar con sus bromas y juegos, por lo que Marta me comentó la posibilidad de irnos a mi casa a estudiar más tranquilos. A nuestros padres les parecía bien, así que cogimos los libros y nos acomodamos en la mesa de estudio de mi habitación. Nos estuvimos tomando la lección de Lengua y Literatura. Lo teníamos todo bien aprendido.

Ya lo tenemos todo bien aprendido comentó Marta y creo que es hora de tomarnos un descanso y ponernos a practicar “otra clase de lengua”.

Se descalzó, se sentó en mi cama, (en ese momento ya me estaba comenzando a imaginar lo que estaba a punto de suceder) se desabrochó un par de botones de su camisa, dejando entrever la perfección de sus esculturales pechos.

En esos momentos no pensé en nada, salvo en sentarme a su lado y comenzar a explorar ese cuerpo adolescente virginal, y así fue como tumbados en la cama comenzamos a comernos a besos, acariciando sus pechos, disfrutando de esos pezones aterciopelados, de la exquisitez de sus piernas. Comenzó acariciarme mi sexo, por encima del pantalón, yo comencé hacer lo mismo con mucho tacto y cuidado para no romper la cremallera de su falda.

Comenzábamos a experimentar nuestro primer orgasmo, Marta disfrutaba como una posesa de unos acompasados gemidos de placer; nunca había acariciado a una mujer, pero debía de estar haciéndolo bien. Sus tímidos gemidos iniciales dieron paso a una serie inacabable de gestos inequívocos de placer.

Metió su mano por la bragueta de mi pantalón. Entre gemido y gemido, un comentario de exclamación afloró a sus labios:

Madre de dios, Marcus.

Yo no me quedé atrás, besaba su boca, sus pechos ya liberados de un sugerente transparente sujetador negro, intentando no correrme, alargar el momento al máximo, pero no pude aguantar más. Me corrí mientras lamía sus pezones con un deseo desmesurado.

Estaba preciosa, medio desnuda, con ese pelo castaño alborotado, con su falda tirada en la alfombra y yo con el pantalón manchado con el semen de mi primera eyaculación; Marta no dejaba de besarme, de acariciar mi humedecido sexo, pidiendo más.

Lo más sensato es que nos arreglemos, péinate y vístete como si no hubiera pasado nada.

Me parece bien, contestó.

Así que me las compuse para quitar la mancha con agua, bajé a la cocina y manché con helado el pantalón para disimular. De esta manera, lo echaría a lavar, sin dejar ni rastro de lo que había sucedido y me puse el otro pantalón vaquero de los nuevos.

¿Sabes? Me has puesto a cien, cardíaca total.

Marta, tú a mí también. Ha sido una pasada el sentirme tan cerca de ti, el sentir tu respiración agitada, el compás de tus gemidos, un primer encuentro sexual plenamente satisfactorio sin lugar a dudas.

Una vez ya todo en su sitio, estuvimos comentando sobre lo sucedido. La verdad es que la mirada de Marta delataba su satisfacción, su estado emocional.

Marcus, ha sido increíble, estas muy bien dotado, eres el primero, no puedo comparar, pero por lo que he visto está muy bien, pero que muy bien, sí señor.

No supe qué decirle. Si me dicen al comienzo de curso que, unos meses después de comenzar las clases y de conocernos, tendríamos en mi habitación nuestra primera relación, no me lo hubiera podido imaginar en absoluto. Era una faceta de Marta que desconocía, como es lógico. No pensaba que se soltaría tan pronto de esa manera tan desaforada y abierta.

Volvimos a casa de sus padres, con el examen de Lengua y Literatura aprendido y con un sobresaliente en lengua oral, guardando las apariencias. No había pasado nada fuera de lo normal, nada que no hubiera sido preparar el examen.

Llegó la hora de despedirnos. Había sido un sábado intenso, pero lo peor llegaría por la noche a la hora de irme a la cama. Cerraba los ojos intentando dormir, pero solo lograba ver sus pechos desnudos, su sutil bragueta negra transparente, su falda tirada en el suelo y resonando en mis oídos de forma insistente sus gemidos de placer.

Era una adolescente preciosa, con un cuerpo escultural, llamando a las puertas de nuevas experiencias, sensaciones que la ponían en un estado de máxima excitación y lo mejor de todo es que yo sería el maestro de ceremonias. Dos adolescentes descubriendo el cuerpo del otro, abriendo la puerta a nuevas emociones, a una madurez que estábamos alcanzando poquito a poco.

Para mí no era solo sexo. Siempre tuve claro que mi primera vez sería únicamente por amor, no me acostaría con ninguna chica sin que no hubiera sentimientos, ya que el sexo por sexo no entraba en mis planes ni de presente ni de futuro.

Nuestras primeras navidades llamaban a la puerta. Faltaban escasamente tres semanas para el día de Navidad. Nuestros padres habían decidido pasarlas juntos en casa de los padres de Marta, ya que su chalet era más grande que el nuestro. De esta manera estaríamos todos más cómodos y mis padres encantados de la vida. Con la ayuda de Marta y sus hermanas, decoramos los dos chalets, si bien es cierto que mis padres no celebraban en demasía esas fiestas, dado que, al ser los dos hijos únicos, ni tenían sobrinos ni más familia.

En cambio, en casa de Helena y Carlos, las cosas eran bien diferentes: el enorme árbol del jardín decorado con unas llamativas luces, con unos renos de colores estratégicamente colocados daban un sutil toque navideño al ambiente. No podía faltar el papa Noel en el tejado, lo cual me parecía una horterada, pero, al ser de tamaño real, daba totalmente el pego, llamando la atención tanto del vecindario como de los transeúntes que pasaban por la calle.

Entonces se me vino a la cabeza un pensamiento: “qué regalar a Marta por Navidad”, una adolescente que tenía prácticamente de todo. Decidí tirar por la calle del medio, romper la hucha, acudir a una joyería para comprarle un bonito colgante ya que sería una apuesta a caballo ganador. Tuve que pedir algo de dinero a mis padres, dado que el precio del colgante que me gustaba era un poco elevado. No pusieron objeción alguna a mi petición, les pareció una buena idea. Un precioso colgante con dos corazones entrelazados en oro de 24 quilates, con una cadena a juego. Ese regalo, Marta no se lo esperaba.

La cena de la Nochebuena fue todo un acontecimiento, las hermanas de Marta (Mónica, de 13 años y Cristina, de 11) estaban más alborotadas de lo normal esperando con ansia la llegada de Papá Noel con los regalos. De ese estado de nerviosismo se contagió su hermana mayor, que no dejó de hablar ni de sonreír durante toda la cena. Cuando Marta, por cualquier motivo estaba nerviosa, no podía dejar de hablar ni de sonreír a todo el mundo, estaba muy graciosa.

Realmente no sabía cómo afrontar este inusual acontecimiento, si con la mejor de mis sonrisas, cosa que, cuando me encontraba en alguna situación estresante, era bastante difícil o, por el contrario, relajarme y hacer como Marta: disfrutar del momento y que fuera lo que tuviera que ser.

Marta no disimulaba su felicidad. Su madre la miraba con cierta extrañeza, su mirada delataba lo ocurrido, pero con todo, a una madre es complicado engañarle. Quizás a su padre habría una posibilidad de que no se enterara de la fiesta, ya se sabe que el instinto materno es inigualable.

La cena trascurrió entre risas, bromas, villancicos. Una cosa era desafinar al cantar y otra muy diferente era que nuestros padres nos atronasen los oídos, pero bueno, era una noche al año, estaba cenando en casa de Marta; tocaba disfrutar y a una prudencial hora, nos retiramos a nuestra casa, ante el delirio de las hermanas, que emocionadas veían el irse a la cama como la previa a la llegada de Papá Noel, una tradición importada, quizás hasta impuesta por las grandes cadenas comerciales.

Al despedimos, ante la atenta mirada de nuestros padres, al besarme en la mejilla me susurró al oído:

...Estoy como loca por repetir lo del otro día.
Yo también te deseo felices sueños le contesté.

Tuve que salir del aprieto como pude, haciendo gala de una más que excelente improvisación. He de confesar que esa noche me costó dormirme un poco, ese comentario había despertado en mí una nueva sensación, unas ganas de estar con ella a solas, acariciar esos pechos virginales, esas piernas aterciopeladas, esa cintura juguetona, comerla a besos. Dicho esto, comprenderéis mejor por qué no pude conciliar el sueño.

Supuse que Marta estaría comenzando a experimentar una evolución sexual, el inicio de una nueva etapa para los dos, descubrir el placer de experimentar la satisfacción del disfrute de nuestros cuerpos. Ante mi desconocimiento de esta nueva etapa de nuestras vidas, con el claro objetivo de darle el máximo placer en la medida que fuera posible, consulté algunos libros que mi padre tenía por su estudio, pero esa literatura era totalmente incomprensible. Por lo tanto, ante la falta de información, dado que no quería comentar nada con mi padre (por si acaso), mucho menos con mi madre, que mantenía cierto tabú con respecto al tema, decidí aplicar mis escasos pero útiles conocimientos de psicología, la misma que aplicaba con los profesores para saber cuáles eran sus estados de ánimo aplicada a sus signos gestuales, tono de su voz y, sobre todo, al lenguaje que me comunicaría su cuerpo.

A la mañana siguiente, debajo del árbol de Navidad, había bastantes regalos, para mis padres, para Marta, sus hermanas, sus padres y para mí. Una vez que abrimos los de mi padre (camisa, corbata, colonia, zapatos) y los de mi madre (más colonia, zapatos, esos pendientes que la traían loca con la gargantilla a juego), llegó el momento más o menos ansiado de abrir los dos míos, pero me dijeron mis padres que debería de abrirlos en casa de Marta, ya que en uno ponía mi nombre

y en el otro el nombre de los dos. Ya verás tú que ..., en fin, de nuevo tuve que improvisar; no era que no me hiciera ilusión, es que no estaba acostumbrado a tantas “emociones”.

Pues nada, con los dos paquetes debajo del brazo, mi madre luciendo sus pendientes con la gargantilla a juego, mi padre contento con sus zapatos nuevos, no se quiso cambiar de camisa ni ponerse la corbata nueva. No pesaban demasiado, lo cual me hacía suponer que sería alguna especie de broma. Nada más lejos de la verdad. A la llegada, nos indicaron el camino del garaje, ante la mirada incrédula de Marta.

Una de las hermanas, mando del garaje en mano, apretó el botón, la puerta comenzó abrirse lentamente apareciendo ante nuestros ojos dos ciclomotores, dos auténticas maravillas sobre ruedas con todo lujo de detalles: intermitentes, arranque automático, hasta con dos minúsculas matriculas personalizadas con nuestros nombres, lo cual me pareció un pelín hortera.

Marta abrazó a sus padres, mientras sus hermanas protestaban por la notable diferencia de sus regalos con el regalo de su hermana mayor, les di las gracias a sus padres; pero quedaban por abrir los dos paquetes. Si el regalo de la moto me descolocó, el contenido de los dos paquetes misteriosos me tenía en un sinvivir.

Marta, dejándose llevar por la emoción (¡cómo no!) en apenas unos segundos, destrozó el papel de regalo de la caja misteriosa número uno, que contenía una preciosa chaqueta de cuero, con el cuello y los puños de borreguito, lo último de lo último en moda joven, todo pijo que se preciara de serlo llevaba una. Ni que decir tiene que el segundo paquete misterioso contenía lo mismo, pero esta vez el modelo era para chico. Eran una pasada de bonitas.

Llevados por la emoción, aprovechando que, a pesar de ser diciembre, el sol brillaba y no hacía demasiado frío, había que estrenar los ciclomotores, así que después de que la baba se nos cayera durante un rato contemplando esas dos maravillas, después de la comida de Navidad, nos fuimos a dar una vuelta. No podía ser de otra manera.

Pedazo de súper regalo, Marta. Lo vamos a pasar de miedo. ¡Qué gozada, qué sensación de libertad nos van a dar, de autonomía e independencia!

Es cierto respondió va a ser una pasada.

Con todo, estaba pensando que una de las dos motos nos va a sobrar. Calculo que, salvo contadas veces, vayamos los dos en un solo ciclomotor. Pues va a ser cierto replicó Marta.

Efectivamente, la sensación de libertad, de no tener que depender ni de un taxi ni de un autobús para movernos era una auténtica pasada. Nos fuimos hasta una hamburguesería, la que estaba de moda, donde paraban prácticamente todos

nuestros amigos. No podía ser de otra manera. Marta se lo tenía que contar a todo el mundo y todo el mundo paraba en el Paradise.

Con la emoción del momento, Marta casi se mete con la moto en la hamburguesería, pero un frenazo a tiempo estuvo a punto de dar con sus huesos en el suelo. Todo el mundo se la quedó mirando, amigos y desconocidos, hasta el dueño salió para comprobar que todo estaba bien. La cara de Marta era un poema. Pero todo quedó en el olvido cuando comenzó a enseñar a sus amigas el ciclomotor y la cazadora de cuero entre risas y frases de exclamación: "...mirad lo que me ha traído Papá Noel" o "Marcus tiene otra igual". El alboroto fue increíble. Y yo pensando qué pasaría si alguna de sus alocadas amigas le pedía dar una vuelta, con lo loca que estaba con su ciclomotor nuevo. Pues si antes lo pienso... "Jo, tía, ¿Me podías llevar a dar una vuelta?", le preguntó Cristina.

Marcus, ¿No te importa que me lleve a Cristina a dar una vuelta? Solo serán unos minutos.

Claro que no, Marta. Id con cuidado.

Lo que solo serían unos minutos, se alargó en el tiempo, convirtiéndose en más de una hora. Ya me había bebido tres refrescos y, como Marta no daba señales de vida, me marché del Paradise y me fui a dar una vuelta por la zona marítima cercana a las playas. Comenzaba a hacerse de noche, pero la temperatura no era del todo demasiado fría.

A unos doscientos metros, pude ver la moto de Marta que, en compañía de Cristina, hablaban con dos chicos de tercero de bachillerato, dos auténticos gilipollas. Paré el ciclomotor y me quedé observando la escena, me quedé ... cómo decirlo, quizás la palabra sería "descolocado", no esperaba que Marta se hubiera olvidado de que le estaría esperando en el Paradise y mucho menos que estuviera tonteando con semejantes gilipollas.

Así que me di media vuelta, continué con mi paseo, eso sí, de bastante mal humor, decidiendo volver a casa por el camino más largo, así tardaría más en llegar. En mi cabeza se repetía una y otra vez: "... si es que a las tías no hay quien las entienda, y si con mis quince años no las comprendo, cuando tenga dieciocho va a ser la leche".

Al llegar a casa mis padres, me preguntaron que qué tal con el ciclomotor. Les contesté que muy bien, que andaba de maravilla; al preguntarme por Marta, siguiendo mi filosofía de no mentir "casi nunca" a mis padres, les conté lo sucedido. Como era de esperar, mi madre intentó quitar hierro al asunto.

Marcus, hijo, se habrá parado a saludar a esos dos gilipollas, como bien dices del instituto y se le habrá pasado el tiempo volando.

Esa noche, del cabreo que tenía, me fui a mi cuarto sin cenar ya que no tenía hambre. Me despedí de mi madre. Mi padre estaba trabajando y aún no había llegado a casa, pero, como era de esperar, sería informado según entrara por la puerta; así fue. Al rato de estar en la cama dando vueltas, llamó a la puerta mi padre. Cuando entró a la habitación, lo primero que me dijo al verme fue:

... Marcus, hijo, a las tías no hay quien las entienda. Casi veinticinco años con tu madre y en ocasiones sigo sin entenderla. Paciencia, hijo.

La segunda alegría de la noche. Si mi padre piensa como yo con referencia a las mujeres y dado que él tiene muchísima más experiencia que yo, quería decir que muy confundido no estaba.

Gracias, papá, por tus palabras. Me han animado mucho, de verdad.

Mi padre me dio un beso de buenas noches y salió de mi habitación. Mi madre esperaba en el pasillo, lógicamente había escuchado la breve, pero intensa conversación. Al rato me quedé profundamente dormido.

A la mañana siguiente, me desperté algo más tarde de lo habitual y con bastante hambre, dado que la noche anterior no había cenado. Me madre me preparó un zumo de naranja recién exprimido con unas magdalenas caseras de chocolate acompañado de un buen vaso de leche.

¿Qué tal ha dormido mi chiquitín?

Bien, mamá, gracias. Pero te he dicho que no me gusta que me llames así, y menos en público.

Mi madre esbozó una carcajada, diciéndome que yo siempre sería su chiquitín.

A los pocos minutos, Marta llamó por teléfono. Por unos segundos no supe qué hacer, si contestar o dar una excusa para no ponerme; decidí contestar.

Marcus, tenemos que hablar. ¿Qué te parece si nos vamos a comer por ahí, los dos juntos?

Me parece muy bien.

Mi madre, como casi siempre, tenía razón: esta quiere verte para explicarte lo que ocurrió ayer, o para mandarme a la mierda, pensé.

Al verme, me abrazó mientras me pedía perdón por su comportamiento de la tarde de ayer. Sus lágrimas eran testigos de su arrepentimiento.

Marcus, lo siento, no sé qué me pasó, nos saludaron esos dos chicos de tercero, de manera instintiva paré y nos pusimos hablar los cuatro y se me fue en tiempo. Perdóname, no te enfades conmigo.

De nuevo no supe qué decir. Trataba de quitarle importancia, pero... con esos dos gilipollas de tercero... ¿En serio? No sé si estaba fastidiado por haberme dejado plantado o era mi orgullo que se encontraba herido. Mientras, continuaba abrazándome esperando cual sería mi reacción, ocultaba su rostro en mi hombro, no se atrevía a mirarme sin antes obtener una respuesta medianamente satisfactoria. Aparté su rostro de mi hombro. Marta miraba al suelo, diciéndome que no me quería perder, que me quería, que no me quería perder. Ahí sí que me descolocó.

Marta no le des más importancia de la que tiene, ya pasó todo.

Entonces, ¿Ya no estas enfadado?

Claro que no, no lo estoy.

Nos fuimos a comer al Paradise. Afortunadamente, no nos encontramos a nadie conocido. De esta manera, pudimos disfrutar de una comida entre besos y risas. Esta vez fuimos en mi ciclomotor. Como la tarde estaba un poco desapacible, decidimos ir a mi casa a ver una película, así que nos pasamos por el video club a elegir una: “Asesinato en Manhattan”. Al llegar a casa, una nota de mis padres diciéndome que no cenaban en casa, que ellos cenarían en casa del doctor Ruiz y su esposa, en la otra punta de la ciudad. Estábamos solos en casa. Por fin solos, exclamé, Marta me miro sin decir nada.

Dos refrescos, una bolsa de patatas fritas, una película (lo menos importante), una chica tremendamente atractiva y la casa durante unas horas para nosotros solos. Nos descalzamos, nos acomodamos en el amplio sofá, con la idea de ver una película sobre un asesinato en no sé dónde. Marta se tumbó en el sofá apoyando su cabeza sobre mis rodillas, se la notaba inquieta, no dejaba de moverse, como si no cogiera postura.

Se levantó del sofá, cerró la puerta de la calle con llave y se puso encima de mí con sus rodillas dobladas sobre el sofá, mirándome y besándome como una posesa. Yo no me quedé atrás desabrochando los botones de su camisa, acariciando y besando sus pechos de adolescente. Se tuvo que quitar el sujetador, ya que no acertaba debido a mi inexperiencia y torpeza.

Trataba de controlar mi cuerpo, de no correrme enseguida, de prolongar ese momento al máximo de tiempo, estábamos muy excitados, esos pezones redondos, perfectos, jugueteaban en mi boca al ritmo de sus gemidos de placer. Se quitó sus pantalones, dejándome ver otras braguitas negras transparentes, comencé acariciar su sexo; sus gemidos comenzaban a ser más escandalosos, estaba gozando plenamente.

Ella se apresuró a quitarme el pantalón, a pesar del calentón, no se me pasó por la cabeza practicar la penetración, me parecía pronto, nos parecía demasiado pronto. Cada uno acariciaba el sexo del otro entre besos, risas, gemidos, hasta que nos corrimos los dos, prácticamente al unísono.

Nos vestimos, nos quedamos abrazados en el sofá, en total silencio, besándonos como lo que éramos, dos adolescentes descubriendo el significado de las palabras placer y sexo, disfrutando con límites del cuerpo del otro, sin pensar, sin saber cuándo cruzaríamos esa delgada línea que separa la inocencia de nuestras primeras experiencias, de la práctica total del sexo.

Marta volvió a quitar el cerrojo de la puerta de casa, había que crear un ambiente de total normalidad, salvo la mancha de “helado” del sofá, ya que tuve que recurrir al viejo truco de la mancha de helado en el sofá para disimular “otras manchas”, un truco que nunca falla. La película seguía puesta en la televisión, no nos acordábamos ni del título.

Llegó la hora de regresar a casa. Acompañé a Marta hasta la puerta de su casa. Las hermanas, como no podía ser de otra manera, seguían bromeando con la misma absurda y aburrida cantinela: “Marcus y Marta son novios” una y otra vez, hasta que o bien el padre o la madre amenazaban a tan sonoro coro celestial para que dejaran de dar el coñazo. Mis padres no habían regresado, por lo que me sus padres me invitaron a quedarme a cenar.

Nos sentamos a la mesa, entre las bromas de Mónica y Cristina, las risas de sus padres y algunos comentarios poco trascendentes sobre la marcha del curso en el instituto. Los padres de Marta se sentían tranquilos debido a que las notas de su hija no habían variado en absoluto tras el comienzo, contra todo pronóstico, de nuestra relación. Es más, comentaban que la notaban más centrada, más responsable. Marta acariciaba con su pie mi pierna, lo cual estaba comenzando a ponerme un poquito nervioso, pero no quedó ahí a cosa: su servilleta cayó al suelo. Mientras se agachaba a recogerla, puso su mano en mi bragueta. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no se me notara.

Una vez finalizada la cena, tras la posterior charla, me despedí, Marta me acompañó hasta la puerta, tras un tímido beso en la mejilla, ya que había que guardar la compostura delante de papá y mamá. Aprovechó el abrazo de despedida para susurrarme al oído:

Me ha encantado lo de esta tarde, tendremos que repetirlo sin tardar demasiado.

Lo cual aproveché para susurrarle:

... como se te vuelva a ocurrir hacerme otra vez lo de la servilleta, no respondo.

Hasta mañana, Marcus, que descanses.

Hasta mañana, Marta.

Le contesté junto con un gesto de adiós y un hasta mañana para despedirme de sus padres, dándoles las gracias por la cena. En el camino hasta mi casa, pensé

en todas las cosas que habían sucedido. El sexo con Marta era sencillamente genial. Al llegar a casa, comprobé que la mancha del sofá prácticamente había desaparecido. Mis padres aún no habían regresado a casa. Sonó el teléfono. Era mi padre que había hablado con los padres de Marta, para decirme que se retrasarían, que no les esperaba levantado.

Necesitaba un poco de tranquilidad después de la tarde tan agitada que había tenido, demasiadas emociones. No podía dejar de pensar en Marta, en ese cuerpo que, a pesar de su jovencísima edad, estaba en una madurez sexual asombrosa, tomando la iniciativa en muchos aspectos en nuestros momentos más íntimos.

No obstante, me preocupaba que, en ciertos momentos, no pudiera tener un mínimo control de la situación, el poder tomar algo de iniciativa, el poder marcar el tempo de las cosas. Cuando estoy con ella, no puedo pensar más allá de tenerla desnuda entre mis brazos. El comienzo de esta nueva etapa en nuestra relación estaba cambiando mi manera de verla, el deseo se abría paso.

Sonó el teléfono. Era Marta.

Hola, ¿Qué tal vas con ese calentón que supongo que aún te dura?, porque la verdad, a mí sí que me tienes a tope.

No dejaba de reírse.

Pues verás, cuando estuvimos en mi casa, estuvo genial. Ahora bien, lo de la servilleta, pues ...

No me digas que no ha sido súper divertido y súper excitante.

Marta debes tener cuidado con esos impulsos, debes controlarlos, ya que una cosa es que estemos solos y otra muy diferente es que te pongas a jugar delante de tus padres. Pero, bueno, ya mañana con más calma hablamos.

Aún nos quedaban días de vacaciones de Navidad. Hasta después de la fiesta de Reyes no teníamos que volver al instituto. Dormí hasta tarde, no escuché llegar a mis padres. Y eso que no destacan por su sigilo, especialmente mi madre, que cosa que toca, ruido que genera. Es algo increíble. En cambio, mi padre se podría ganar la vida como espía o agente secreto, no será la primera vez que me lo encuentro por casa, dándome unos sustos de muerte a mí y a mi madre.

A la mañana siguiente, mi madre llamó a la puerta de mi cuarto. Marta me llamaba al teléfono. Contesté a su llamada desde mi habitación.

¿Sabes que esta noche soñé contigo?

Esa afirmación me hizo abrir los ojos como platos, ya que los tenía cerrados en un intento de despertar poco a poco, no sobresaltado con tan “inquietante” comentario.

No sé si quiero saber que soñaste.

Marta, al igual que la noche anterior, continuaba riéndose, cosa que me parecía genial.

Mejor te lo cuento al oído, con esa voz tan dulce y suave que pongo que sé que te vuelve loco. Por cierto, me ha dicho tu madre que, si voy a comer hoy con vosotros, que tu padre y el mío tienen un seminario y estarán todo el día fuera, lo que he aceptado de muy buena gana.

Es genial, contesté.

Y con la misma premura que el sol se pierde en el horizonte para dar paso a la noche, llegó la hora de la comida. Estaba ayudando a mi madre a poner la mesa, organizando un poco la recepción de nuestra invitada, cuando sonó el timbre de la puerta. Marta lucía un espectacular vestido, a juego con unos pantis que ... en fin, que estaba preciosa. Mientras comíamos, mi madre comentó que, como mi padre y el padre de Marta estaban en un seminario y que volverían tarde, después de comer, había quedado con la madre de Marta para ir al centro de compras con las dos niñas pequeñas, que luego se irían a merendar y que probablemente volverían a última hora. Marta me miró, sonrió y dijo:

Pues mira qué bien, podemos aprovechar para ver una peli aquí, cómoda-mente sentados en el sofá, con el mal tiempo que hace es un buen plan, ¿No te parece, Marcus?

Me parece una idea genial: sofá, peli y mantita.

En la nevera había todo lo que dos adolescentes necesitaban para una tarde de sofá o de lo que se terciase. Mi madre se despidió de nosotros con el típico “portaos bien”. Nos acurrucamos de tal manera que parecíamos un solo cuerpo; y girando su cabeza hacía mi oreja me susurró aquello que estaba esperando saber desde que por la mañana me llamó por teléfono.

Sé que estas ansioso por que te cuente lo que soñé anoche, pero no sé si contártelo o que lo veas tú mismo.

Se levantó del sofá, apresurándose a cerrar la puerta de la calle con llave. Sus pies descalzos parecían levitar sobre el suelo.

Mejor vamos a tu habitación. Estaremos más cómodos.

Sin mediar palabra, cogidos de la mano, ella ligeramente delante de mí, sin dejar de mirarle el culo, llegamos a mi cuarto. Sentados los dos al borde de la cama, Marta no dejaba de besarme mientras se quitaba los pantis. No me daba opción alguna a decir ni media palabra; mientras intentaba que parase para poder hablar de lo que estaba ocurriendo antes de que fuera demasiado tarde y alguno de los dos se arrepintiese.

Tranquilo, Marcus, estoy tomando la píldora. Es la ventaja de tener un padre médico y, es más, te diré que fueron mis padres los que me indicaron que la tomase.

Entonces, ¿mis padres también lo sabrán? ¿No?

Nos miramos los dos, coincidiendo en que era un buen momento para hablar del tema. Cada uno expuso al otro lo que pensaba acerca del sexo, de la pareja, del ahora sin pensar en el futuro, siendo sorprendente el alto grado de coincidencia. La única discordancia es que Marta estaba ansiosa por tener una relación sexual plena y total, mientras que yo estaba bastante animado, pero con cierto susto en el cuerpo. La palabra embarazo aún no estaba en mi diccionario.

Con nuestra juventud unida a una falta de experiencia pensaba que ¿Y si fuera solamente deseo y no amor? ¿Cómo podríamos saber realmente cuáles eran nuestros sentimientos? Llegamos a la conclusión de que los dos estábamos muy bien juntos, lo pasábamos bien, nos reíamos, pensábamos que estábamos en el buen camino, en el día a día, sin pensar en demasía en el futuro, sería absurdo. Había consenso.

Marcus, me gustaría verte desnudo.

... ya...

Traté de disimular mi cara de asombro; el silencio invadió la habitación. Sin dejar de mirarla, me quité la ropa, ella de igual manera, se quitó el vestido, el sujetador y las braguítas. Continuábamos en silencio sin dejar de mirarnos a los ojos.

La reacción de mi cuerpo ante esa situación no pudo ser otra que la de tener una erección; no sabía cuál sería la reacción de Marta.

Nos besamos y nos abrazamos... sendas lágrimas se deslizaron por nuestras mejillas, dado lo tierno e intenso del momento. Estaba realmente preciosa, ese cuerpo invitaba a un total abandono hacia el placer del sexo, parecía esculpido por el mismísimo Miguel Ángel. Era simplemente perfecta: la redondez de sus pechos, una cintura salvaje, unas piernas sensuales, largas, maravillosas.

Creo que deberíamos vestirnos, Marta.

Ella insistió en que nos tumbásemos en la cama, la verdad es que yo no estaba cómodo, la visión de Marta desnuda me tenía absolutamente absorto, pero ya habíamos hablado de que no era el momento, a pesar de todo. Nos vestimos, el tiempo invitaba a salir, cogimos la moto y nos fuimos a dar una vuelta. Resultaba gratificante sentir sus brazos en mi cintura, me hacía sentir importante, poderoso, el rey del mundo.

Las vacaciones de Navidad pasaron deprisa, la Nochevieja en nuestra casa con Marta, sus dos hermanas y sus padres, fue tranquila. El día de Reyes, lo

mismo, aunque no se llevaba mucho por aquella época, éramos más de Papá Noel, por aquello de disfrutar más tiempo los regalos. Una colonia como detalle de mis padres, otra por parte de Marta y un tercer bote de regalo de sus padres es lo que recibí en el día de Reyes. Tanta colonia podría crear un conflicto; cuando fuese con Marta, me tendría que poner su colonia, por aquello de que me gustase o no el olor, en este caso sí, debía ponérmela.

La vuelta a clase fue todo un acontecimiento social. Todo el mundo estaba alborotado contando una y otra vez todo lo que habían hecho en las vacaciones de Navidad: las visitas de los parientes, el cuñado pesado, el primo repelente, los tíos besucones, los regalos... En fin, todo lo que se puede contar y más.

El recreo fue un hervidero de bulos, noticias, nuevas parejas que comenzaban a salir, otras que lo habían dejado bajo la atenta mirada de los que intentaban aprovechar la ocasión para pescar en río revuelto. En esos años no se guardaba luto por haber dejado de salir con alguien ya que “simplemente” te dejabas llevar por aquellos que venían a consolarte “si quieres hablar, aquí me tienes”, si eras chica, o por aquellas que actuaban de igual manera si eras chico y a otra cosa mariposa, que una mancha de mora con otra se quita, hay más peces en el mar. Nuestro amigo y compañero Andrés se encontraba enfermo y no se reincorporó a las clases.

¡Qué sencilla era la vida con esos años! Me iba bastante bien, ya que tenía unos padres estupendos, una novia inteligente a la par que guapa, un ciclomotor, un acomodado estatus social. No teníamos problemas, tan solo mantener unas excelentes notas a lo largo de todo el curso, pasarlo bien en nuestro tiempo de ocio, disfrutar en esa nueva etapa de enamoramiento, junto con un recientemente descubierto placer sexual. Sin dudar, todo lo que un adolescente desearía.

Trataba de continuar pensando que no era invencible, que solamente el día a día me llevaría a los objetivos que desde que pude pensar con cierta claridad me había marcado, que no se me subiera la tontería de la adolescencia a la cabeza. Trataba de ser coherente con mi adolescencia. Apenas me mostraba rebelde con mis padres, ya que prácticamente no me dieron motivos para ello.

En mi relación con ellos, habíamos hecho del diálogo y del entendimiento un excelente canal de comunicación. Se podría decir, sin lugar a dudas, que, tanto Marta como yo, éramos dos adolescentes atípicos.

Continuaba observando desde la perspectiva psicológica el comportamiento de todos y cada uno de los profesores en el día a día de las clases e incluso había comenzado a escribir una especie de recopilación de datos de dichos comportamientos. Me fue bastante útil a lo largo de mis estudios de Bachillerato.

Estaba gratamente sorprendido por el comportamiento de Marta, ya que, a pesar de que estábamos juntos en clase, no era la clásica pesada que estaba pen-

diente en todo momento de mis gestos o movimientos. Una mañana, a primera hora, en clase de matemáticas el profesor, Manolo, me sacó a la pizarra en uno de esos exámenes sorpresa que se sacaba debajo de la manga para subir nota en el examen. Un sencillo polinomio que, por motivos que desconozco, se me atravesó hasta tal punto que me quedé en blanco y no pude acabar de resolverlo.

El profesor, que en ciertos aspectos era bastante chulito y prepotente, a pesar de que era la primera hora de clase, hizo alardes de un más que dudoso sentido del humor:

Marta, sal a la pizarra, que Marcus se nos ha quedado en la cama, está ausente.

Una breve, pero innecesaria risa se escuchó en el aula. Marta cogió la tiza de mi mano y, tras unos eternos segundos de escuchar el ruido de la tiza sobre la pizarra, lo resolvió con destreza.

Vamos, volved a vuestros pupitres. Marcus, espero que este lapsus solo sea eso mismo, un lapsus puntual.

Asentí con la cabeza mientras anotaba en nuestras fichas el resultado del examen.

En el recreo, Marta se sorprendió de lo que había sucedido en la clase de matemáticas. Tampoco supe qué decirle al respecto. Me sentía vacío, sin ganas de nada, como si no fuera yo. Entonces comencé a entender lo complicado que resulta ser adolescente, un explosivo cóctel de sensaciones asaltaba y nublaba mi mente. Tenía la necesidad de gritar, de salir corriendo.

¿Qué tipo de adolescencia estaba viviendo? Era un adolescente ejemplar, no ponía en duda la autoridad de mis padres ni las normas autoritarias que en ocasiones suelen ser motivo de discusión o debate entre puntos de vista opuestos. Todas las decisiones que hasta el momento había tomado habían sido sopesadas sin dejar ninguna duda en mi interior.

Los adolescentes nos incorporábamos al mundo adulto intentando liberar un pensamiento en ocasiones infantil, reprogramando, adaptando la mente al mundo recién estrenado: el de los adultos. Tiempo de conocerse a sí mismo, lo cual me resultaba bastante interesante. Tiempo de conocerse a sí mismo y a Marta, realmente apasionante.

No quise dar más importancia a lo sucedido en clase de matemáticas. Era la primera vez que me bloqueaba, que tenía esos pensamientos. Posiblemente sería un escalón más en mi recién estrenado proceso de madurez. Marta, desde ese día, me comentaba que me veía raro, como ausente. Son imaginaciones tuyas, la contestaba mientras los dos nos reíamos besándonos si la ocasión era propicia para ello.

Esa misma noche, tras la cena con mis padres, a pesar de que era pronto para irme a dormir, busqué la soledad de mi cuarto, tenía ganas de pensar sobre el rol que en unos años tendría que asumir en la sociedad; tenía muy claro que la llamada de la Psicología había sido lo suficientemente atractiva como para no pensar en ninguna otra profesión de futuro. De hecho, los años de Bachillerato y COU pasarían rápido, o eso son las ganas que tenía. Me gustaba imaginar cómo sería mi vida como universitario, ya que tendría un grado más de independencia, mi propio pisito de estudiante con las tomas de decisiones que supuse no serían fáciles de adoptar, ya que asociaba el crecimiento como persona, física y mentalmente a una mayor complejidad en las tomas de unas y otras decisiones.

Los meses que faltaban para que el curso acabase pasaron apenas sin darnos cuenta. Las notas finales, como no podía ser de otra manera fueron espectaculares, las de los dos. De ninguna manera podíamos bajar ni una sola décima. Como premio, el viaje de fin de curso de primero de Bachillerato nos llevó hasta la idílica Roma, la ciudad eterna (Città Eterna).

Roma fue probablemente la civilización más importante para la cultura occidental. De ella heredamos innumerables cosas, tales como la escritura y las letras, el derecho, nuestro calendario e incluso la idea de transportar agua de los ríos a las ciudades. Una excelente oportunidad para combinar cultura y ocio junto a Marta, ver cómo nos comportamos lejos de nuestras áreas de confort.

Nuestros padres nos acompañaron hasta el autobús, un impresionante vehículo, dotado con todas las comodidades de la época, lo cual haría mucho más plácido el viaje. Prácticamente no dejamos de reírnos en todo el viaje, hablando entre nosotros sin hacer demasiado caso a los compañeros que se burlaban de nosotros.

Roma, la Città Eterna. En ella parece que se ha detenido el tiempo. Como vuestro amor, será también eterno, decía el gracioso del curso, ya que en todos los cursos hay al menos un gracioso. Marta dejó de hablar y reírse, había caído en los brazos de Morfeo, apoyando su cabeza sobre mi hombro. No me soltaba la mano ni dormida. Estaba preciosa, la luz del atardecer que entraba por las ventanillas tímidamente se reflejaba en su rostro. Cerré mis ojos por unos momentos respirando profundamente y recordando los momentos íntimos que hasta la fecha habíamos vivido.

Llegó un momento que todos los viajeros, incluidos los tutores, se quedaron dormidos. En cambio, yo no pude pegar ojo. El viaje en autobús fue largo, pero con la ilusión de ese primer viaje todo esfuerzo era poco. La llegada al hotel Cigno Bianco, en el distrito Monti de Roma, se encontraba tan solo a cinco minutos andando del Coliseo, a diez minutos de la estación de metro de Cavour, en cuyo entorno se encontraban los Foros Imperiales, el Palazzo Koch, la sede de la Banca Italiana, el barrio de la Subura o las basílicas de Santa María la Mayor, San Pietro Vincoli o Santa Pudenciana, entre otras.

Unas habitaciones exquisitamente decoradas, dos amplias camas, un gran armario, una terraza y un enorme baño con una no menos enorme bañera. Lista en mano, fueron llamando de dos en dos para que ocupáramos las habitaciones, lógicamente no me tocó con Marta, pero sí estaba junto con su mejor amiga en la habitación contigua. Algunas habitaciones, no todas, estaban separadas por una puerta las cuales se encontraban cerradas. Mi gozo en un pozo, al menos estábamos todo lo juntos que podíamos estar.

Nada más acomodarnos en las habitaciones, con la explosión de júbilo de todos, bajamos a cenar al comedor del hotel. Teníamos reservado parte del mismo. Antes de la cena, las típicas recomendaciones de los tutores:

... escuchad todos atentamente. Nada de montar follón en el comedor, ni por los pasillos ni por el resto del hotel, sobre todo nada de follones en las habitaciones por las noches e importantísimo: nada de ir de habitación en habitación, cada uno y cada una en la suya.

Por lo menos en las comidas Marta y yo podríamos sentarnos juntos en el comedor, charlar de nuestras cosas e incluso, cuando nadie mirase, darnos un pico. Nuestra primera cena estuvo genial: un buffet libre con una gran diversidad de pasta, como no podría ser menos, pizzas, carne, pescado o pollo, entre otras delicias.

Mi compañero de habitación, David, era majete. Aunque no habíamos congeniado demasiado durante el curso, se le veía buena gente. En nuestra primera charla, me confesó que durante el viaje estuvo sentado con Mónica, una de las mejores amigas de Marta, y que parece ser que los dos se sentían atraídos ya que las miradas que se lanzaban entre ellos podrían haber derretido el hielo e incluso en algún momento se dieron la mano.

Pues, querido amigo, bienvenido al club, date por cazado.

Los dos nos echamos a reír.

De repente, la puerta que separaba ambas habitaciones se abrió, sin que ni David ni yo nos diésemos cuenta.

¿Quién ha cazado a quién?

Era la voz de Marta, que estaba apoyada en el marco de la puerta junto a Mónica, que entre risas y vergüenza trataba de disimular su cara tímidamente sonrojada. Nos quedamos con una cara de total sorpresa, no me lo esperaba.

Pero, Marta, ¿Cómo has conseguido abrir la puerta?
Nada que una buena propina al botones no pueda comprar.

Sonreía mientras mostraba en su mano la llave.

Será nuestro secreto, así que queda entre nosotros cuatro.

Asentimos todos con la cabeza. A David se le pusieron los ojos como platos, ya que con una mirada que nos cruzamos, los dos teníamos claro lo que quizás pudiera ocurrir.

Estaba pensando, que igual, si David y Mónica no tienen problema en dormir en la misma habitación, Marcus tú y yo podríamos hacer lo mismo. Se hizo el silencio, el gesto que le hice a David fue todo un poema.

Por mí no hay problema ¿Y por ti, David?

No, por mí tampoco respondió tímidamente.

De esta forma, hicimos sigilosamente el cambio, todos contentos y felices. Las dos puertas principales de las habitaciones permanecían cerradas.

Marta, tú eliges ¿En una cama juntos o uno en cada cama?

No sé, ¿Qué dirían nuestros padres si se enterasen de que hemos dormido juntos en la misma cama?

La respuesta me desconcertó, me dejó descolocado. ¿Tanto rollo para nada?

Parece mentira que a estas alturas de la película no sepas cuándo hablo en broma o en serio. Claro que dormiremos juntos en una sola cama. Elige la que más te guste.

La luz de la luna entraba por los cristales de la terraza, así que nos quedamos la cama cercana a la terraza. Aquella noche apenas pudimos dormir, no ocurrió nada que no hubiera ocurrido antes. Nos metimos en la cama abrazados de tal manera que parecíamos uno solo, nos besamos en la cara, en la boca, en el cuello. Los besos dieron paso a las caricias llegando a un estado de excitación máxima, la humedad de su sexo empapaba mis dedos mientras la acariciaba con toda delicadeza, con el mismo cariño con el cual el rocío refresca los campos en la madrugada. Tuve que tapar su boca con mi mano, debido a que sus gemidos comenzaban a subir de tono, mientras me suplicaba que por favor no parase.

Se quitó la parte superior del pijama, dejando al descubierto esos magníficos pechos que me volvían absolutamente loco, disfrutaba besándolos e introduciendo en mi boca sus sonrosados pezones. Era sencillamente maravilloso disfrutar de su cuerpo al igual que ella disfrutaba del mío. Lo que más me excitaba era besar su boca entre gemido y gemido, ver su cara de placer mientras disfrutaba, llegando casi al unísono al orgasmo.

Cada ocasión que teníamos de disfrutar sexualmente el uno del otro era totalmente diferente, una sensación indescriptible, única e insuperable, pero, a pesar de que Marta tomaba la píldora, no me atrevía a dar el paso de culminar nuestros

encuentros íntimos. Como no podía ser de otra manera, una media hora antes de que nos mandaran levantar, hicimos el cambio de habitación, así nadie sospecharía nada, la más absoluta normalidad sería nuestra aliada frente a la vigilancia de los profesores. La pregunta que David me lanzó era obvia:

¿Qué tal anoche?

Bien, contesté, estuvimos hablando hasta las tantas de nuestras cosas, ya sabes.

¿Y tú, David? Pues como tú, hablando de cosas más bien intrascendentes, la familia, planes de verano, el próximo curso...

Bajamos a desayunar a la misma mesa en la que cenamos la noche anterior, ya que estaba en una de las esquinas un poco apartada del bullicio que los compañeros. Eso sí, Mónica y David se sentaron separados por aquello de no dar pistas, para que no sospecharan nada.

La primera visita era más que obligada: el Coliseo o Anfiteatro de Flavio, construido en el siglo I, ubicado al este del foro romano, siendo el más grande que construyó el Imperio Romano con un aforo máximo de 65.000 personas y su inauguración duró 100 días en los cuales participó todo el pueblo romano, muriendo centenares de gladiadores y fieras que dieron su vida por el placer y el espectáculo del pueblo. Sin duda, una de las más apasionantes construcciones considerada por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad desde julio de 1980 y reconocida como una de las siete maravillas del mundo moderno.

Marta me observaba mientras compartía con mis compañeros algunos de los datos más significativos de tal colosal monumento, pero sin pretender ser el listillo de turno, ni mucho menos, trataba de impresionar a Marta, no sé por qué motivo quizás por el de marcar territorio ante posibles tentativas de acercamiento a coto privado por parte de algún compañero. Entre risas y bromas, Marta se me acercó y en un momento que estábamos a salvo de miradas indiscretas me susurró al oído:

... me encanta cómo eres, dándome un beso en la mejilla.

En ese momento, me sentí como Marcus Caesar, el emperador.

La parte que más nos gustó fue la destinada al alojamiento de los gladiadores, los sentenciados a muerte y de los animales, generalmente tigres y leones, aunque también saltaban a la arena osos, elefantes o toros, el “hipogeo”. Los profesores continuaban dando las explicaciones relativas a la historia de Roma y la importancia que tuvo el Coliseo. Como no podía ser de otra manera, no les hacía caso nadie, salvo el grupito de cuatro o cinco pelotas que no hacían nada más que estar atentos a esas explicaciones con el solo objetivo de complacer a los profesores, esos que se peleaban por borrar la pizarra entre clase y clase o por sacudir el borrador por la ventana de clase ante las protestas de aquellos que acababan con parte

de la ropa o del pelo blanco por efecto del viento que soplaba con el consiguiente alboroto.

Verdaderamente, era sobrecogedor, a pesar del paso de los siglos, mantenía ese encanto ese poder de hacerte sentir pequeño e insignificante, de intimidarnos. Mónica y David aprovechaban los espacios menos transitados para cogerse de la mano por unos segundos intentando imitarnos. Nosotros nos dimos cuenta debido a que sabíamos lo que estaba pasando entre ellos, pero los demás no se dieron ni cuenta. Como les vi un pelín lanzados, me acerqué a David con muchísimo disimulo a decirle que se cortasen un poco, que nos iban a fastidiar el rollo.

Mónica se partía de la risa, bueno, Mónica y Marta, las dos, tal para cual, por unos instantes daban la impresión de que les importaba poco o nada que nos pillasen. Al final de la visita, acabamos saturados de tanta cultura. En definitiva, estábamos de viaje de fin de curso, que se supone que es un viaje para divertirse, un premio después de un largo curso.

De regreso al hotel, nos dieron de comer, nos dejaron un par de horas de descanso en nuestras habitaciones, recuperar fuerzas para disfrutar de unas horas libres para movernos a nuestro antojo con la advertencia de que nada de tabaco ni nada de alcohol. Algunos no quisimos perder el tiempo y nos fuimos nada más comer a disfrutar de unas más que merecidas horas de libertad, que no libertinaje, teníamos que estar de vuelta o bien a las nueve de la noche para cenar o a las once para los que cenasen por su cuenta fuera del hotel. Como era evidente, nadie se apuntó a cenar en el hotel, salvo el grupito de los que se pasaban el día haciendo la pelota. Era la ocasión perfecta para estar solos y disfrutar de los encantos que Roma nos ofrecía.

Lo primero que hicimos fue buscar una heladería para comernos un “gelato” artesano que tanta fama tenían. En la recepción del hotel nos recomendaron una que estaba andando a unos veinte minutos del hotel. Aunque la tarde estaba calurosa, apetecía darse un paseo en tan grata compañía.

Como pensamos que todo el mundo iría a la misma heladería, Marta le preguntó a su amigo el botones del hotel dónde podríamos ir que no fuera la que nos habían aconsejado desde la recepción del hotel.

Pues bien, nos indicó otra que, según nos comentó, era como más íntima, es decir que ya nos había calado, con una mayor carta de helados para elegir, que fuéramos de su parte y que preguntásemos por el dueño, Antonino que era su padre, que nos haría precio especial. Le dimos las gracias, eran tiempos difíciles y era lógico que aprovechando su puesto en el hotel le mandase al padre clientes.

La heladería era una pasada de bonita. Antonino nos estaba esperando. Nada más llegar se presentó, nos acomodó en una mesa a la sombra de un sauce precioso

y nos dejó la carta de helados que tenía unas veinte variedades para escoger. Marta se pidió uno de fresas y yo uno de chocolate. Como a los dos nos gustaban las fresas y el chocolate, pudimos compartirlos, estaban sencillamente deliciosos. Estuvimos un buen rato disfrutando de las dos desbordantes copas de helado, charlando, riendo, dándonos algún beso que otro, estaba siendo una tarde magnífica. Marta resplandecía de felicidad, su mirada brillaba de forma inusual, estaba radiante, feliz; yo estaba absorto contemplando esa belleza al natural, ensimismado para no perderme ni un solo gesto ni una sola mirada, quería que ese momento fuese eterno.

Nos despedimos del dueño que durante nuestra estancia estuvo pendiente de que estuviéramos a gusto. Era un tipo muy gracioso que se esforzaba por chapurrear el poco “español” que hablaba, tenía pinta de ser buena gente, le felicitamos por la exquisitez de sus helados, quedamos en que volveríamos si hubiera ocasión.

Un paseo sería una buena idea para bajar el helado, así que, sin perder la orientación, nos dirigimos hacia una alameda, donde destacaba un parque infantil plagado de niños jugando bajo la atenta mirada de sus padres. Resultaba gracioso escuchar cómo les llamaban la atención en italiano, también había bastantes bancos para sentarse, dos fuentes, una era decorativa con tres caballos a los cuales le salía el agua por sus bocas tirando de una cuadriga manejada por la figura de un gladiador, siendo la otra fuente para beber agua.

Era la primera vez que salíamos de España. Todo era nuevo, único, espectacular, un nuevo mundo por descubrir. Se notaba a la legua: el gesto se asombro era el más habitual en nuestras caras. Estábamos viviendo lejos de nuestras respectivas áreas de confort, conociendo nuevos gestos, nuevas miradas del uno hacia el otro, lejos de papá y de mamá. Estábamos solos con más compañeros, con los profesores, pero solos en nuestro pequeño mundo.

Sentados en un banco, charlando sobre mil cosas, ninguna demasiado trascendente, predominando piropos, halagos, miradas llenas de silencio, besos, caricias y nuestros primeros “te quiero”, llegó la hora de regresar al hotel.

Tuvimos suerte, ya que nos encontramos con un grupo de compañeros que, igual que nosotros se dirigían al hotel. Así que, como quien no quiere la cosa, haciendo alarde de un exquisito sentido del disimulo, a unos pocos metros de la entrada del hotel nos pusimos a charlar con ellos como si hubiéramos estado toda la tarde juntos.

A nuestra llegada, el botones nos saludó con un gesto de complicidad, los profesores tomaron puntual nota de nuestra llegada para que no se quedase nadie por el camino. Ya en nuestras habitaciones, sin haber realizado el cambio, llamaron a la puerta, David y yo nos miramos, no esperábamos visita ni había motivo alguno para que nos llamasen la atención. Era el botones.

Supongo que no habéis cenado. Os he traído por cuenta de la casa algo para que cenéis los cuatro.

Le di las gracias, desapareció más rápido que deprisa, supuse que no quería que lo vieran, ya que podía haberse llevado una buena bronca. Un papel plateado envolvía una bandeja de cartón que guardaba unas porciones de pizza y unos pastelillos rellenos de crema y chocolate. Todo un detalle. Las chicas, nada más oír cerrar la puerta de nuestra habitación, pasaron a la nuestra, no sé si por el magnífico olor de las porciones de pizza o por la curiosidad o por ambas cosas.

Había sido una jornada intensa, llena de emociones, estábamos cansados, ya que no habíamos parado en todo el día. David pasó a la habitación contigua con Mónica, quedándose Marta en la mía. No hicimos más que poner la cabeza en la almohada para quedarnos profundamente dormidos.

A la mañana siguiente, como era de esperar, nos quedamos dormidos. Cuando llamaron a la puerta para despertarnos, tuve que poner la mano en la boca de Marta para despertarla y que no dijera nada, ni media palabra. Menos mal que David se dio cuenta y abrió la puerta que separaba las dos habitaciones con sigilo para hacer el cambio sin que nadie se diera cuenta, revolver la otra cama para que diese la impresión de que se acababa de levantar y esconder la bandeja de cartón con los restos de la cena debajo de la cama.

Al abrir la puerta, era el profesor de gimnasia, un tío muy majete y enrollado de los que no se complican la vida, aprobando prácticamente a todos. Entró en la habitación para comprobar que todo estuviera en su sitio. No lo solían hacer, salvo con una o dos habitaciones al azar.

Buenos días, dormilones. ¡Cuánto habéis tardado en abrir la puerta!
Pues lo normal en estos casos, profe, contestó David.

Con las prisas, no estaba seguro de que la puerta que separa las dos habitaciones estaría cerrada. Mirando hacía mi cama, vi la llave que Marta, con las prisas, había dejado encima del colchón. En un gesto felino, salté sobre la cama haciéndome el remolón para no levantarme, escondiendo la llave debajo de la almohada.

Profe es que es muy pronto para levantarse.
Tenéis media hora para asearos y bajar a desayunar advirtió, dándose media vuelta y marchándose.
Joder, por los pelos, casi la cagamos bien cagada le comenté a David.

El desayuno transcurrió de manera normal, casi lo mismo que el día anterior. Nuestra segunda visita fue al Circo Máximo, situado entre los montes Aventino y Palatino, el primer y mayor circo de Roma. Los circos romanos eran las instalaciones lúdicas más importantes de las ciudades romanas. En ellos se celebraban carreras de carros junto con diferentes espectáculos. Estas carreras en los circos

romanos eran públicas y servían como actividad de ocio para los habitantes de la urbe. Todas las competiciones tenían un aliciente: las importantes cantidades de dinero que se ponían en juego en concepto de apuestas. Imaginaos esta disertación del profesor de Historia, vestido con una túnica blanca, unas sandalias, sosteniendo en la mano unos papiros enrollados. Costaba aguantar la risa, la verdad.

No era gran cosa, pero la historia del Circo Máximo era bastante apasionante. A continuación, fuimos a visitar la Plaza Venecia, donde teníamos reservado para comer en el restaurante Fuoco, un simpático lugar, decorado con un gusto bastante, cómo decirlo, bastante peculiar. Las mesas con los típicos manteles a cuadros rojos y blancos, fotos de lugares típicos de Roma, una música de ambiente hortera que alegraba el lugar. El encargado hablaba español, era de Albacete, llevaba en Roma desde hace quince años. Cuando se separó de su pareja y decidió cambiar de aires, fue muy atento con nosotros. La comida estuvo bastante bien, pero la visión de los compañeros ante un plato de pasta comenzaba a minar su moral.

Lo que daría yo por un buen plato de lentejas de las que hace mi madre, dijo Daniel, lo que provocó el alboroto de toda la tropa. Claro está que a un grupo de adolescentes solo les tienes que dar un mínimo motivo para montarla. Lentejas, lentejas, lentejas, repetíamos todos entre risas, comentarios y mofas. El profesor de Historia seguía vestido con la túnica, lo cual, unido al reclamo de las lentejas, hizo del momento un auténtico caos. Los demás comensales comenzaron a mirarnos con cierto recelo. Éramos españoles y se notaba a la legua por el follón que estábamos montando.

Tras el toque de atención del profesor de Historia, la comida transcurrió sin pena ni gloria. Ya estábamos todos más tranquilos. Nos comimos el plato de pasta, la carne asada con patatas de segundo plato junto con una deliciosa copa de helado de postre. Los profesores se tomaron, aparte, un café y una copa gentileza de la casa. La tarde transcurrió entre paseo por aquí y por allá, escuchando las aburridas explicaciones acerca de historias sobre la creación de Roma, que si Rómulo, que si Remo. Nos volvieron a dejar libre hasta las nueve de la noche para los que quisieran cenar en el hotel y hasta las once para los que cenarían por su cuenta.

Tras un breve conclave con Mónica, Daniel y Marta, decidimos cenar en el hotel, estar un rato de charla y subirnos a la habitación. En esta ocasión fuimos más los que decidimos cenar en el hotel. Antes de la cena, llamamos por teléfono a nuestras familias, ya que así estaba programado.

Marta, cariño, ¿qué tal estás? ¿Os dan bien de comer? ¿Las habitaciones están limpias? ¿Y la cama es cómoda? ¿Os está gustando Roma? A que es preciosa. ¿Hace frío por las noches? No os metáis en líos y obedeced a los profesores.

Joer, mamá, que no tengo cinco años, que sí, que todo está genial, lo estamos pasando bien y Marcus cuida de mí.

Su madre ya se quedó más tranquila. Las mismas preguntas cuando se puso al teléfono el padre, la misma respuesta tranquilizadora.

Dile a Marcus que se ponga. Un beso, cariño.

Preguntas parecidas de mis padres, con las mismas respuestas tranquilizadoras.

Estaban mis padres y los suyos juntos, como no podía ser de otra manera. Parecía que habían estado ensayando las mismas preguntas, era un monótono interrogatorio. Solo era martes, nuestro segundo día de estancia en Roma. Parecía que habíamos salido de casa hacía un mes por lo menos. Los comentarios de todos los compañeros tras el turno de las llamadas eran el mismo: “joder, ¡qué padres más pesados tengo!”.

El profesor de Historia continuaba con el ridículo disfraz puesto, la túnica que antaño fue de color blanco delataba con alguna que otra mancha el paso por el restaurante e incluso también algún resto de la cena que estábamos degustando.

Cuando acabamos de cenar, estuvimos de charla con alguno de los profesores, sobre todo con el de gimnasia, dada su juventud junto con su porte musculoso, su sonrisa profident, su culito de exposición, esto último lo decían las chicas como es lógico no yo, hacía que le miraran con ojitos de cordero degollado.

Llegó la hora de subir a las habitaciones, bajo la atenta mirada de los profesores.

No corráis por los pasillos, subid en orden a las habitaciones y nada de jaleo. Podéis charlar con el compañero en voz baja, sin molestar a los demás. Recordad que mañana tenéis el día libre para hacer lo que más os apetezca, después del desayuno y hasta las once de la noche.

¡Qué pasada! comentó Daniel. Ya ni me acordaba.

Nuestro amigo, el botones, nos dio un folleto de un parque de una feria anual de turismo y gastronomía, que se celebraba a pocas paradas del metro más cercano.

Presentad este folleto en la taquilla. Verán mi firma, con lo cual os harán un buen descuento. Por cierto, me llamo Paolo.

Muchas gracias, Paolo.

El botones era majete. Evidentemente, se buscaba la vida para mandar clientes al restaurante de su padre, a la feria anual que la verdad tenía muy buena pinta, con unas atracciones que llamaban la atención, una pasada de sitio. Al llegar a la habitación, se abrió la puerta que separaba las dos habitaciones. Estuvimos comentando sobre la opción de ir a la feria. A los cuatro nos pareció genial.

Mónica, junto a su inseparable Daniel, se quedaron en su habitación. La puerta se cerró, Marta y yo nos quedamos solos. Al fin, un poquito de intimidad, que ya era hora.

Hola, bombón, he observado que durante la cena no me has quitado el ojo de encima le dije a Marta bromeando. ¿Acaso quieres algo de mí?

Lo quiero todo.

Eso me pasaba por preguntar, pensaba mientras me besaba. Tras una serie de besos, caricias, miradas llenas de sensualidad y deseo, Marta se quedó dormida, en cambio yo tardé un poco más. Me quedé contemplando el cuerpo de Marta a la luz de un par de velas que había comprado ella en la tienda del hotel con la complicidad de Paolo. Era espectacular verla con ese minúsculo camisón, entreviendo sus encantos, esos pechos que me volvían loco, esa cintura capaz de crear los movimientos más sensuales que jamás pude imaginar, ese culito perfecto. Me estaba poniendo bastante cachondo, pero no quise despertarla. Me quedé dormido abrazado a ella.

A la mañana siguiente, después de un buen desayuno, nos dirigimos a la estación de metro de Cavour, que nos llevaría hasta la estación de Jonio, al final de la línea B1. Apenas en quince minutos estábamos saliendo del metro. Se oía a lo lejos el jolgorio de la feria. Cada puesto hacía lo imposible para llamar la atención del público: artesanía, moda, quesos, bebidas, embutidos, decoración entre otros, se entremezclaban en un ambiente festivo y desenfadado. Aprovechamos la ocasión para comprar algo para nuestros padres, que pese a su insistencia de que no hacía falta que les lleváramos nada, estuvimos de acuerdo en que algún detallito les teníamos que llevar, pero claro, se nos presentó la duda sobre qué comprarles, ya que tenían prácticamente de todo.

De ropa, nada de nada. Eran demasiado pijos como para llevarles una camiseta del mercadillo, que sin duda acabaría en trapos para limpiar los cristales, embutidos pues como que tampoco. Artesanía podía ser una buena opción, así que, tras recorrer varios puestos, decidimos comprar un par de ceniceros, la verdad bastante bonitos, para decorar los salones de nuestros padres. No podrían limpiar los cristales con ellos.

A media mañana, nos tomamos un Vermouth de Piamonte, elaborado a partir de vinos blancos aromáticos de la zona, macerado durante un año con caramelo, hierbas y especias. Nos tomamos uno por pareja, por aquello de que no estábamos acostumbrados a beber. Lógicamente no queríamos que nos sentase mal y así estrepear un lindo día de feria.

Lo acompañamos de un plato de salami, de los embutidos italianos más conocidos y sabrosos, y, como en Piamonte nos había sentado de maravilla, probamos un Spritz, un cóctel con base de vino blanco seco con agua mineral o tónica,

servido con hielo picado, es decir, que te ponen en la copa más hielo picado que bebida. Si el Piamonte estaba bueno, el Spritz más rico aún. Nos sentó de maravilla. Tuvimos la ocasión de presenciar un fragmento de una ópera de Rossini: “La cambiale di matrimonio” (El contrato de matrimonio), una farsa musical en un acto, una ópera que se representaba muy poco, por lo que tuvimos suerte de poder verla.

Nos subimos a una pequeña noria. Nos pareció bastante romántico. Aprovechamos para abrazarnos, darnos unos besos, mirarnos a los ojos mientras el mundo giraba a nuestro alrededor. Detrás de nosotros estaban Daniel y Mónica, que abrazados sí que estaban, pero ninguno de los dos se atrevía a dar el paso para besarse. Les estábamos mirando de reojo, nos parecía una situación de lo más divertida, menudos dos pardillos, nos dijimos el uno al otro entre risas. Al bajar de la noria, nos encontramos con un grupo de compañeros a los que les había sentado algo mal los Piamonte. Despedían un olor a alcohol que tiraban para atrás. Claramente tenían un buen pedo. Apenas se les entendía al hablar, andaban torpemente y se descojonaban de risa por todo.

Entre la multitud, pude vislumbrar al grupo de los pelotilleros, acompañados del profesor de Historia, que, por fin, se había quitado la túnica blanca llena de manchas. Nuestra reacción fue la de llevarles detrás de una atracción para que no les viesen en ese lamentable estado. Entre los cuatro les pudimos llevar como pudimos y sentarles en el suelo al abrigo de unas pacas de paja amarillenta que formaba parte del decorado.

Marta y Mónica se marcharon a ver si conseguían tres cafés bien cargados con sal, para que vomitasen todo lo que habían bebido. Lo pasarían mal, pero era mejor que les pillasen con todo el pedal que llevaban. No sé cómo, pero a los pocos minutos llegaron con tres vasos de plástico. No era café, era un remedio casero para cortar la borrachera de raíz, no sabían qué les habían dado, pidieron tres cafés bien cargados con sal para vomitar, pero la atenta camarera, vociferando dijo: ...” niente café per sbarazzarsi dell’ubriachezza, il migilore é il remedio di mia nonna” algo parecido a que “nada de café, para quitar la borrachera, lo mejor es el remedio de mi abuela”.

Y santo remedio. Después de que lográsemos que se lo bebieran, olía a meado de caballo. En apenas un minuto, comenzaron a devolver los tres a la vez. ¡Qué asco más asqueroso! Echaron hasta la primera papilla. Tras unos minutos de lamentos, juramentos de que no volverían a beber en toda su vida, la palidez de sus caras fue lentamente dando paso a un tono de piel casi normal.

Apenas quedaba media hora para que la feria cerrase, así que decidimos irnos a coger el metro para regresar al hotel. Por fortuna, no nos encontramos con el profe de Historia ni con el grupillo de pelotas. Estos tres subieron directamente a sus habitaciones, no tenían cuerpo para cenar nada. Nosotros cuatro nos fuimos a

dar una vuelta por las cercanías del hotel, ya que quedaba un rato hasta la hora de cenar. Había sido un día intenso, estábamos visiblemente cansados. Cenamos algo ligero, nos despedimos en tandas de dos, Marta y Mónica primero y, a los diez minutos, nosotros dos, para que no quedase demasiado descarado.

Esa noche estuvimos los cuatro charlando un rato sobre lo acontecido en la feria, la cara de panolis que tenían Daniel y Mónica, abrazados sentados en la noria sin ni siquiera mirarse a los ojos, en plan “a ver si Daniel se anima y me da un beso” y, por otro lado, Daniel con cara de “¿Qué hago? ... ¿La beso, no la beso? Pero, ¿y si no le gusta y me da una bofetada? Los cuatro nos reímos bastante e incluso Mónica se llegó a sonrojar levemente en algunos momentos de la conversación, intentando disimular que Daniel le gustaba. Al cabo de un rato, nos fuimos a descansar, ni Marta ni yo teníamos cuerpo para otra cosa que no fuera descansar. Nos tumbamos en la cama exhaustos, al tercer o cuarto beso ya estábamos profundamente dormidos.

A la mañana siguiente, bajamos a desayunar concienciados del día que nos esperaba: la vista al Vaticano, en metro desde la estación Cavour hasta la de Ottaviano San Pietro, que nos dejaría a cinco minutos andando de la Plaza de San Pedro. El Vaticano es una ciudad estado, dentro de Roma, la sede de la Iglesia Católica Romana, custodiada por la Guardia Real Suiza, el ejército más pequeño del mundo, ya que apenas cuenta con cien soldados, siendo los encargados de la seguridad del Papa y de la Santa Sede. Curioso, sí señor. Yo por aquel entonces no es que fuera demasiado creyente, mis padres se limitaron a enseñarme lo bueno y lo malo que existe en este mundo, mostrándome el camino para ser una buena persona: respetuoso con los demás, nada de sermones sobre religión ni sobre lo bueno de ser creyente ni mucho menos.

Nunca me gustó tener actitudes borreguiles. Simplemente, a la hora de tomar alguna decisión, sopesaba las posibles acciones a elegir y sus consecuencias. Aunque no fueran del todo acertadas, eran parte de un aprendizaje. Tuve claro que hay que aprender de los errores para intentar no volver a cometerlos, resaltando lo de intentar no volver a cometerlos debido a que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, dos veces o tres.

Los Museos del Vaticano albergan una de las mayores colecciones de arte del mundo, de todos los siglos y del mundo, desde Egipto hasta Grecia y Roma, desde el arte paleocristiano y medieval hasta el Renacimiento y el arte contemporáneo. Era impresionante, estremecedor ver tantísima belleza junta. Sin duda, una de las obras que más impresión me causó fue el Apolo de Belvedere. La representación del dios Apolo daba la impresión de que podía comenzar a moverse en cualquier momento, era realmente asombroso observarla.

No menos impresionante fue mirar al techo con la boca abierta de asombro la Capilla Sixtina, obra de Michelangelo Buonarroti, más conocido como Miguel

Ángel, que desde el año 1508 hasta el 1512, creó una obra de arte sin precedentes que cambiaría el curso del arte occidental. No se quedaba atrás La Piedad de Miguel Ángel, representando el dolor de la Virgen María sosteniendo en sus brazos el cadáver de su hijo Jesús, daba la impresión de que la Virgen María podía romper a llorar en cualquier momento. Ante tanta obra de incalculable valor, no comprendí cómo la iglesia, aparentemente, no ayudaba lo suficiente a los necesitados, a los que por aquellos años lo estaban pasando mal, lo que se conocía de manera cariñosa y respetuosa como “los negritos de África”.

Todos los años, en el mes de octubre, en clase, nos entregaban un sobre con la leyenda del DOMUND que debíamos entregar a nuestros padres para colaborar con una cantidad de dinero con el día mundial de las misiones, una ayuda para la Iglesia en su proyecto de promover el espíritu misionero y los valores cristianos. Mis padres me daban el sobre debidamente cerrado. Nunca pregunté qué cantidad aportaban, no le daba la menor importancia, quizás mi espíritu un tanto rebelde me hacía poner en tela de juicio el que esa enorme, casi infinita colección de obras de arte podría tener un destino mejor que el de estar a merced de las miradas de los miles de personas que día a día contemplaban su extrema belleza, ya que sin duda podrían colaborar a mejorar la vida de millones de personas.

No entendía ese contexto. Estuve tentado de preguntarle al profesor de Historia, pero no quise abrir la caja de los truenos. Supuse que mis preguntas abrirían un debate del cual no saldría demasiado bien parado. No quise asumir el rol de hereje. Respetaba todo ese mundo, pero no comulgaba con su filosofía. Más adelante, cuando fui más mayor, comencé a intentar comprender dicha filosofía, la cual continuaba sin entender.

Estaba siendo un día fue bastante intenso, absorbiendo una ingente cantidad de cultura, andando para arriba y para abajo. A la hora de comer, los profesores nos llevaron de nuevo a un restaurante. Nuestra sorpresa fue mayúscula al ver que se trataba de un establecimiento de comida española. La alegría fue generalizada.

El menú se podía ver en una enorme pizarra, escrito con tiza, como no podía ser de otra manera. Entre paella, fabada, cocido, ensaladilla, tortilla de patatas, calamares a la romana, por poner algo típico de la zona supongo, lechazo o albón-digas ofrecían las tan ansiadas lentejas.

Mirad, hay lentejas gritó un compañero. La explosión de júbilo fue impresionante:

“... lentejas, lentejas, lentejas...” Parecía que habíamos salido de alguna profunda caverna, nos estábamos comportando como auténticos adolescentes cavernícolas.

Efectivamente, algunos pidieron lentejas, incluidos los profesores, menos el guaperas de gimnasia que se pidió una ensalada, otros comensales paella, en cambio nosotros cuatro preferimos un salmorejo, croquetas de segundo, Marta y Mó-

nica de segundo plato tortilla de patatas. ¿Hay algo más típicamente español que la tortilla de patatas? Y de postre, eso sí, un delicioso helado casero que estaba para chuparse los dedos. Los profesores lo acompañaron de un café con un amaretto de Saronno, un digestivo licor de hierbas, azúcar tostado, almendras amargas y brandy, que desprendía un agradable olor. Nos quedamos con las ganas de probarlo.

El dueño del restaurante “La Bodega de Manolo” no se llamaba Manolo, como cabía esperar, se llamaba Antonio, un simpático emprendedor gastronómico de Trujillo que llevaba varios años en Roma por el simple motivo de cambiar de aires.

Vine un verano a trabajar como camarero nos comentó, pero el destino me llevó a conocer a la mujer más bella y hermosa, Caeli, mi mujer, cuyo nombre significa literalmente la que viene de los cielos, que me ayuda en la cocina.

Cuando Caeli salió a saludarnos, Antonio se había quedado corto. Era una mujer realmente bella, con una sonrisa cautivadora. Tras la comida, estaba programada una visita a una de las más atractivas calles de Roma: la Vía del Corso, apenas a dos kilómetros de distancia desde el restaurante, la arteria central del casco histórico de Roma: multitud de tiendas, hosterías o pequeños quioscos donde poder comprar desde la prensa local hasta souvenirs de todo tipo.

Un compañero había comprado un bolígrafo en el cual aparecía el dibujo de una chica con un bikini rojo que se quedaba desnuda al voltearlo. Se agotaron en apenas unos minutos. Hasta el profe de gimnasia compró un puñado de ellos. Era una novedad, una auténtica chorrada, pero, como no lo había en España, se los llevó para regalárselo a los colegas.

Próxima a la Vía del Corso se encontraba la Fontana di Trevi, una de las más famosas fuentes de Roma y del mundo, lugar donde se habían rodado multitud de escenas para la gran pantalla. El profesor de Historia nos relató la leyenda que versa sobre la fuente:

“Si arrojas una moneda: volverás a Roma. Si arrojas dos monedas: encontrarás el amor con una atractiva italiana (o italiano). Si arrojas tres monedas: te casarás con la persona que conociste”.

Nosotros arrojamos una sola moneda con el deseo de volver a Roma, los dos solos, para recordar nuestro primer viaje de fin de curso, nuestro primer viaje juntos. La tarde era espléndida para pasear, el sol brillaba con fuerza, no había demasiada gente, los profesores estaban viendo las tiendas a su bola, lo cual era de agradecer, Marta sonreía mientras sus manos jugueteaban con el agua de la fontana, salpicando a todo el mundo que estuviera cerca de ella. Estaba preciosa, no podía apartar la mirada, me quedé embobado, no reaccioné hasta que el profe se gimnasia pasó por mi lado diciéndome:

Marcus, cierra la boca que te van a entrar moscas.

Daniel, que estaba cerca con varios compañeros, se acercó susurrándome al oído:

... joder, macho. ¡Menuda pillada!

No sé por qué me daba la impresión de que el profesor de gimnasia estaba enterado de todo o de casi todo. No obstante, tenía el presentimiento de que, si realmente sabía algo, no diría nada a nadie, que sería discreto.

El atardecer estaba a punto de dar paso a la oscuridad de la noche. Llegamos al hotel un poco más tarde de lo habitual y acabamos de cenar cerca de la media noche. Paolo estaba en recepción. Al vernos, se acercó a saludarnos para interesarse sobre cómo nos había ido el día. En un momento de la conversación, cuando no se encontraba nadie cerca, nos comentó que el profesor guaperas, el de gimnasia se había visto la noche anterior en su habitación con Francesca, una de las camareras más buenorras del hotel, una chica codiciada por más de uno.

¡Anda! Mira tú el de la boca abierta, parecía tonto.

Dije provocando las risas de Marta, Mónica junto con la de Daniel, con cierto tono de enojo.

Pues sí, replicó Paolo estuvieron juntos casi dos horas, durante las cuales tuve que encubrir a Francesca.

Este Paolo era un avispa de cuidado, de los que no dan puntada sin hilo. Sin lugar a dudas, tenía todo el hotel bajo su control. Ya en la habitación charlando acerca de todo lo acontecido en el día, Mónica comentó que la extrañaba ver a Paolo como un simple botones, ya que las maneras tan educadas a la par que atentas de tratar a los clientes eran muy profesionales. Todos estuvimos de acuerdo con esa reflexión. Tras un largo tiempo de charla, cada pareja se acomodó en su habitación. La compañía de Marta era absolutamente maravillosa. Tras un largo día sin prácticamente momentos de intimidad, la llegada a la habitación era un bálsamo de alegría, un "por fin, solos".

Besos y caricias impregnaban la habitación de un aroma a sexo que embriagaba nuestros sentidos, pero en pleno goce llamaron a la puerta de manera insistente.

Marcus, Marcus, por tu padre, abre la puerta, por favor, abre deprisa, déjame entrar...

Me quedé paralizado, Marta con cara de circunstancias saliendo volando a la habitación contigua, sacando de la cama a Daniel mientras yo abría la puerta al profe de gimnasia, que estaba medio en pelotas con la cara descompuesta.

Pero, profe, ¿qué ha pasado? —preguntó Daniel.

Tenéis que ayudarme, por favor. Estoy en un lío de cojones.

Déjame que lo adivine, Felipe. Te han pillado con Francesca con las manos en la masa.

Pero, ¿cómo demonios sabéis eso? Estábamos en la zona de lavandería, donde a estas horas nunca hay nadie, cuando de repente aparece uno chillando e insultando, no entendía lo que decía, pero me lo podía imaginar, lo primero que pensé fue en salir por patas, agarrar la ropa y salir corriendo. Tenéis que ayudarme, al estar oscuro no me ha visto la cara, no me puede reconocer, estoy seguro de que Francesca no me va a delatar.

Estate tranquilo, te vamos ayudar.

Descolgué el teléfono. En un par de minutos Paolo se presentó en nuestra habitación. Ya se había enterado de todo. La persona que se había presentado en la zona de lavandería era el exnovio de Francesca, antiguo empleado del hotel que fue despedido hace tiempo por montar escenas de celos delante de los clientes, teniendo totalmente prohibido el acceso al hotel.

Se lo han llevado detenido los carabinieri, a todos los efectos se ha colado de noche en el hotel para coaccionar a Francesca, vuestro profesor está a salvo. Paolo le devolvió la cartera junto con un juego de llaves. Felipe lo abrazó. Entre sollozos le dio las gracias por todo, le dijo que estuviera tranquilo, todo estaba en orden, que Francesca lo vería mañana, tal como habían quedado, todo había sido un susto, una gran imprudencia llevada por la mano del deseo.

El resto de la noche la pasamos digiriendo el susto, pero con todo pudimos dormir unas horas. A la mañana siguiente, tuvimos que hacer un esfuerzo para que la normalidad con Felipe fuera eso, lo más normal, cosa que a las chicas les costaba, por aquello que se les había caído un mito: “con lo bueno que está y se mete en estos líos de faldas”, comentaban Marta y Mónica por lo bajínis.

La jornada se presentaba bastante bien. Hasta después de comer teníamos libre. Por la tarde estaba organizada una visita a la casa museo del pintor Michelangelo Merisi da Caravaggio que, a pesar de haber nacido en Milán, tuvo residencia en Roma. Tendríamos la ocasión de observar su primera obra conocida “Muchacho pelando fruta” o “Cesto con frutas” o “Baco”. Nos pareció bastante interesante desde el punto de vista cultural. Además, Caravaggio no había pintado demasiadas obras, por lo cual no podía ser una visita demasiado larga. Por esto era aún más atractiva. Estábamos descubriendo la magnitud, la riqueza que esconde Roma en muchos aspectos.

Después de desayunar, Felipe se acercó a nuestra mesa. Anteriormente pasó por otras mesas saludando a los compañeros e interesándose por su estado. Acercó una silla a nuestra mesa con gran naturalidad

Hola, chicos ¿Qué tal vais? ¿Todo bien?

Claro, profe todo bien. Está siendo un viaje genial en todos los aspectos.

Felipe se sonrojó levemente, susurrando entre risas, nos comentó que contaba con nuestra discreción, a lo cual Marta también entre risas, susurrando, le respondió que estuviera tranquilo. Me estaba partiendo de la risa por lo surrealista de la situación. Felipe se levantó de la silla tras darnos las gracias. Francesca observaba mientras cumplía con sus tareas en el comedor sin dejar de mirar a Felipe. Igualmente, Daniel comentó la situación que resultaba bastante descarada por parte de ella.

Salimos los cuatro del hotel acompañados por varios de nuestros compañeros rumbo al Circo Massimo, donde se celebraba una feria medieval, con torneos entre caballeros, venta de artesanía, alimentación o bebidas. Como no podía ser de otra manera, Paolo nos había dado unos folletos del evento que tan solo se encontraba a dos paradas de metro, desde Cavour a Circo Massimo. Al estar relativamente cerca, sacaríamos provecho a la mañana. Era un auténtico espectáculo, todo un lujo de detalles nos hacían respirar un ambiente creado para dejar al turista boquiabierto, un lujo para los sentidos, el colorido, los olores de la carne a la brasa, ... Lo quiero probar todo, exclamó Marta.

Nos hicimos los cuatro unas fotos, Daniel y yo vestidos de caballeros feudales, Marta y Mónica de doncellas de la época. Estuvimos un buen rato para colocarnos la armadura, que pesaba un montón: el casco, la espada, todo ello perfectamente organizado, la verdad. No pudimos dejar de reírnos al vernos unos a otros, una pasada de sesión de fotos, Marta estaba preciosa, con unas margaritas que le habían colocado en el pelo, Mónica tampoco se quedaba atrás.

Daniel, majó. Cierra la boca que se te lo van a notar desde el Vaticano.

Sí, claro. Lo que tú digas, respondió.

En ese momento le podía haber dicho cualquier burrada como que Mónica era un tío, estando seguro que me hubiera respondido lo mismo: “Sí claro. Lo que tú digas”.

Volvimos sobre nuestros pasos rumbo al hotel, para comer con los compañeros antes de la salida a la casa museo de Caravaggio. Nos recogió un autobús de los urbanos, de dos pisos, donde nos explicarían durante la ruta lo que estábamos viendo hasta llegar a nuestro destino, acompañados en todo momento de los comentarios del inclito profesor de Historia, que se encontraba en su salsa. Se estaba viniendo arriba por momentos.

A la llegada, nuestro gozo en un pozo. Más que una casa museo, aquello era un estadio museo, un espectacular museo con dos plantas de altura. “Tranquilos chicos, que no lo vamos a ver entero”. Todos suspiramos de alivio, salvo el grupito

de los pelotilleros, a los cuales todos sin excepción comenzábamos a tener cierto recelo.

Efectivamente, no había adjetivos para definir la belleza de las obras del insigne Caravaggio, dado que su pintura se caracteriza por su naturalismo y tenebrismo. Pintando preferentemente bodegones, temas mitológicos y con mayor abundancia temas religiosos, donde siempre toma como modelos a gentes sencillas y humildes del pueblo, por lo que sustrae a sus personajes su carácter sagrado tan típico de su época. Ciertamente se nos hizo muy corta la visita. Todos nos quedamos con ganas de ver más obras; los comentarios del guía resaltaban aún más la belleza de sus obras ayudándonos a comprender y a admirar más aún si cabe su magnífica obra.

Nuestra última jornada la pasamos visitando El Trastevere, uno de los barrios más agradables de la ciudad, ya que se respiraba un aire bohemio y tranquilo capaz de encandilar a los turistas que acudían a visitarlo. Sus estrechas calles empedradas mostraban multitud de tesoros como algunas modestas iglesias medievales, dándonos la impresión de estar viviendo por unas horas en la Edad Media. La mezcla de turistas llegados de todas las partes del mundo, su cultura transgresora, sus gentes tan amables, invitaban a perderse por callejuelas pintadas de colores ocres. Tenía algo especial, algo que nos cautivó a todos desde el primer momento. Incluso llegamos a pensar que hasta el aire que se respiraba era diferente.

Llegamos hasta la colina del Gianicolo, uno de los mejores miradores de la ciudad, más conocida como la octava colina, un espacio para el relax visual. Estábamos disfrutando de un más que estupendo paseo e incluso pudimos deleitarnos viendo un teatro de marionetas, que nos hizo sentirnos por unos minutos como niños. La vista de Roma desde la colina era espectacular, Marta estaba feliz, todos estábamos felices en ese maravilloso lugar, el sol se reflejaba en su cabello, la musiquilla del teatro de marionetas creaba un ambiente casi de película, Daniel junto con Mónica, comenzaban a ser la comidilla de los compañeros, que, si están enrollados, que sí, que no... Algunos comentarios llegaban a oídos de Mónica, la cual ni decía ni hacía nada salvo sonrojarse, es decir, que ella sola se delataba.

Felipe, el profe ligón, estaba un poco menos activo de lo normal. Pensábamos que el lío con Francesca lo había dejado un poco tocado. Se le veía ausente, pensativo, como si estuviera meditando la toma de alguna importante decisión. Al poco rato le vimos hablando con otros dos profesores.

Su forma de gesticular hacía prever que algo estaba a punto de suceder. El profesor de Historia, que era el máximo responsable, se quedó con una cara de absoluta sorpresa. Durante el curso, jamás vi en su cara ese gesto. Se quedó como paralizado, en ese momento diría que no fue capaz de decir ni una sola palabra.

Comenzamos hacer apuestas sobre lo que estaban hablando. Entonces me di cuenta de que nosotros cuatro éramos con diferencia los más maduros del grupo.

Hubo comentarios para todos los gustos: uno decía “este de lo guapo que es, les ha dicho que es marica”, otra que “ha dejado embarazada a su novia”. En fin, la catarata de chorradas fue de menos a más, hasta que, en un momento de silencio entre risas, los cuatro nos miramos diciendo a la vez: “...este se queda en Roma”.

Todos se quedaron sorprendidos, se miraban unos a otros buscando una respuesta. Mientras nosotros nos estábamos partiendo de la risa, Felipe se acercó a interesarse por tal alboroto. Nos quedamos solos los cinco, ya que los otros se fueron dando el piro de manera poco elegante. Hasta el mismo Felipe se dio cuenta.

Menuda estampida, ¿no?

Decidí tomar la voz cantante, dado el vínculo que se había creado desde el incidente con Francesca.

Verás, profe. No sé cómo decirte esto ... te hemos visto hablar con los demás profesores y por la cara que ha puesto el de Historia hemos llegado a la conclusión de que te vas a quedar en Roma, no vas a volver con nosotros, situación que el carca de Historia no se ha tomado demasiado bien, que conste que los cuatro hemos pensado lo mismo sin ninguna duda.

La expresión de Felipe cambió radicalmente, nos miró con una expresión que, al igual que hacía unos minutos, había tenido el profesor de Historia. No se la había visto hasta ese momento. Se dio la vuelta mientras nos dijo que ya habláramos en el hotel más tarde.

Serían las cinco de la tarde y, como faltaban unas horas para la cena, nos dieron libre hasta las diez de la noche. Era la última cena y los profesores habían estado preparando a escondidas una breve actuación de teatro como colofón al viaje y regresaban al hotel para ultimar los preparativos, eso sí, acompañados del grupito de los cuatro pelotilleros de siempre.

Daniel y Mónica ya estaban hasta el gorro de estar disimulando. Durante la última tarde en Roma, cuando nos quedamos solos, se relajaron un poco, dándose la mano e incluso algún besito que otro. Marta reía feliz, cada vez que compartíamos unos momentos de relativa soledad, cada momento que estábamos solos, dado que estos dos estaban a su bola a escasos cien metros más atrás de nosotros. Era diferente al anterior, su mirada cambiaba, sus gestos cambiaban, era más ella misma, natural, extrovertida, única.

Día a día nuestros sentimientos eran más intensos. Sin duda, el viaje a Roma nos había cambiado. Diría, sin lugar a equivocarme, que nos había hecho madurar a pesar de estar inmersos en la edad del pavo, a pesar de ser bombas hormonales con piernas. A su lado me sentía importante, feliz. Éramos invencibles, nos estábamos comenzando a preparar para un futuro que sin duda se complicaría a medida que cumpliésemos más años.

De regreso al hotel, divagábamos acerca de lo que Felipe nos contaría. Bueno, realmente teníamos bastante claro el “qué” ahora las dudas venían sobre el “cómo” lo contaría, que era bastante diferente. Al llegar al hall, un cartel con la leyenda “Gran teatro Romano” indicaba en la entrada del comedor la tragedia que estaba a punto de comenzar.

La obra que representarían, por decir algo, era “Aulularia” o la comedia de la olla, en versión más breve, por suerte. Euclión (el profe de Historia), un viejo avaro, se encuentra una olla repleta de monedas. A partir de ese momento, vivirá con miedo a que se la roben. Es descubierta por uno de sus esclavos el cual la roba, un joven enamorado de la hija del viejo, pero la muchacha es prometida a otro viejo, el rico Megadoro, que pretende desposarla sin dote alguna.

La verdad es que más que risa daban bastante pena, pero por el empeño que estaban poniendo en la obra, se les podía perdonar todo. Nos lo pasamos bastante bien en la escasa media hora que duró, estábamos pensando más en la cena que en la dichosa obra. Estábamos a punto de comenzar a cenar cuando apareció Paolo, elegantemente vestido, lo cual nos sorprendió absolutamente a todos. Los murmullos se apoderaron del comedor.

Buenas noches. Espero que mi presencia no turbe vuestra cena, sobre todo debido a que desde que llegasteis me habéis conocido como el botones, el chico de las maletas o de los recados y ahora aparezco con este elegante traje. La explicación es bastante sencilla, veréis; el dueño del hotel es mi tío, el cual no se habla con mi padre, Antonino el amable dueño de la heladería que habéis visitado. Dado que en un futuro no me veía vendiendo helados, trabajando prácticamente todo el santo día, con su beneplácito decidí pedir trabajo a mi tío Flavio, que me puso a trabajar en este hotel, pero comenzando desde abajo, de botones, ahora podré trabajar de lo que realmente he estudiado, de subdirector del hotel, ya que la directora será

“Francesca” contesté ante la sorpresiva mirada de todos.

Efectivamente, Marcus. Francesca, aparte de ser mi prima, será la próxima directora del hotel, para lo cual también ha comenzado a aprender como yo, desde abajo, sirviendo mesas, limpiando, haciendo recados. Hemos estado trabajando codo con codo durante los dos últimos años.

Las miradas de nosotros cuatro se clavaron en Felipe, nuestra suposición acababa de tomar fuerza, ya no había lugar a dudas: Felipe se quedaba. Francesca permanecía en el comedor acabando de poner las mesas para la cena que, entre la mini obra de teatro y la declaración de Paolo, se demoraba en demasía. Al ser la última cena, nos sirvieron unos platos para compartir: uno por cada mesa de cuatro, de fritos (calamares, croquetas, gambas en gabardina) que estaban francamente ricos. Además, del hambre que teníamos nos habríamos comido cualquier cosa. Después nos sirvieron una carne asada en su jugo con patatas, regada con unas

botellas de exquisita agua. En cambio, los profesores le daban bien al vino, con mesura, como no podría ser de otra manera.

Si bien es cierto que consintieron en servirnos un poco de vino, apenas dos dedos de la copa, para evitar que alguien se fuera a la cama un poco “perjudicado” la noche antes de volver de nuevo a casa, estropeando de esta manera el retorno. Después de la cena, estando los cuatro charlando en la habitación de las chicas sobre todo lo acontecido en la jornada, solo había un punto en el orden del día: Felipe. Llamaron a la puerta de nuestra habitación.

Al abrir la puerta, el profe de gimnasia, con cara reflexiva, al estar tomando una decisión complicada, tras saludar entró en la habitación esbozando una sonrisa cuando vio abierta la puerta que unía las dos habitaciones.

Menuda panda de tramposos. Ya me diréis cómo os las habéis apañado para conseguir la llave.

Marta exclamó un “se dice el pecado, pero no el pecador”.

Como a lo largo de estos días hemos compartido algún que otro secreto, continuó hablando Felipe, dando por sentado un pacto de silencio entre nosotros, quiero comentaros que estoy sopesando la idea de no volver a casa, quedarme al menos este verano aquí. Como ya sabéis, mantengo con Francesca un digamos ... rollete, pero la verdad es que me gusta, me hace sentir como ninguna otra mujer me había hecho sentir con anterioridad.

Pues te quedan pocas horas para tomar una decisión, comentó Mónica, me temo que no es demasiado tiempo. Mientras lo tengas claro, adelante, pero piensa en todas las posibles consecuencias que puede acarrear tu decisión, para lo bueno o para lo malo. Creo que deberías regresar con nosotros, al menos un par de semanas para que puedas aclarar todos tus sentimientos en la distancia, aclarar tus sentimientos en soledad.

Una vez finalizada la reflexión de Mónica, nos la quedamos mirando los cuatro.

Joer, con la niña, cómo se lo ha currado. ¡Menuda reflexión más madura! comentó Felipe.

Salió cabizbajo de la habitación. Francesca había pasado de ser la cenicienta del hotel a ser la directora, Felipe no estaba demasiado convencido de los sentimientos de ella. Tenía unos incómodos siete años más que él. Posiblemente para el profe eso podría ser una barrera infranqueable. Cuando nos volvimos a quedar solos, el comentario era unánime:

Este está encoñado, deslumbrado por la belleza de Francesca, pero en su defensa diré que no me extraña, es una mujer tremendamente atractiva a la vez que inteligente. No creo que pongan de directora a cualquiera por muy hija del dueño que sea.

Marta exclamó un “no te pases con que Francesca está muy buena, anda monín”, Daniel estuvo de acuerdo con el comentario, Mónica bastante menos, como era de esperar.

Tras cerrar la puerta que separaba ambas estancias, acurrucados en la cama, entre besos, caricias, suspiros por ser la última noche juntos, Marta se encontraba más cariñosa de lo habitual, a pesar del cansancio acumulado debido a la caminata que nos habíamos dado durante la jornada. Se puso encima mío, quitándose el camisón y dejando al descubierto la escultural belleza de su cuerpo. Era perfecta. Sonreía mientras sus caderas subían y bajaban lentamente cual sensual amazona en unos movimientos claramente provocadores. Quitándome el pantalón del pijama pude observar mi grado máximo de excitación que aumentaba con el roce de nuestros genitales: más besos, más caricias, más deseo. Marta estaba desatada, dispuesta a llegar hasta el final. Yo, en cambio, seguía literalmente acojonado, disfrutando como en mi vida, pero acojonado.

No sabía cómo tomar las riendas de la situación, o al menos situarme en una postura que me diera una igualdad de oportunidades para poder tomar una decisión en cuestión de segundos. Era una difícil decisión, estaba tumbado en la cama desnudo, siendo montado por una adolescente, camino de convertirse en mujer, ambos inmersos en un grado máximo de excitación.

Ahora bien, si cedía a sus encantos, no sabía a ciencia cierta cómo me sentiría. Si ponía freno, Marta se podría sentir rechazada sin motivo dada la charla que tiempo atrás mantuvimos acerca de culminar o no el acto sexual. La palabra embarazo a pesar de todo, seguía sin estar en mi diccionario. La idea me horrorizaba.

En un sutil intento para controlar mínimamente la situación, comencé a acariciar con mis dedos su sexo. Tuve que tapar su boca con la otra mano, sus gemidos eran como truenos en la noche, un auténtico escándalo. Suplicando que no parase, llegó al orgasmo. Era la primera vez que contemplaba a Marta en ese estado de abandono total. Tuvo un orgasmo de diez en la escala de Richter, es decir un seísmo orgásmico legendario, nunca registrado por mí hasta ese momento. Mientras Marta disfrutaba de su orgasmo, yo hacía lo propio con el mío.

Joder, joder, joder, cómo hemos dejado las sábanas de la cama, llenas de manchas de ... de ... bueno... menudas manchas.

Haber dicho llenas de semen o fluidos corporales me parecía en ese momento demasiado poco romántico lo primero o demasiado cursi lo segundo. Marta se tapó la cara con la almohada debido a lo escandaloso de su risa, no paraba de reírse fruto de la felicidad por el disfrute del súper orgasmo junto con la gracia que la causaba la frase que me había salido de manera tan espontánea.

A la mañana siguiente, al abrir los ojos pude ver cómo Marta me observaba mientras dormía. En ese momento me di cuenta de que estábamos destinados a

estar juntos, pero sin mirar demasiado al futuro, juntos en el día a día. Éramos conscientes de que era demasiado pronto para hablar de envejecer juntos.

Hora de hacer las maletas, bajar a desayunar, despedirnos de Paolo, subirnos al bus rumbo a casa, desandar el camino llevando la maleta llena de recuerdos, algunos de ellos inolvidables. Felipe lucía una cara descompuesta, sus ojeras junto con sus ojos enrojecidos, no dejaban entrever nada bueno. Se comentaba que vendría con nosotros en el bus de vuelta, algo o alguien le habían hecho cambiar de opinión. Durante el breve desayuno, apenas cruzó ni una palabra ni una mirada con Francesca.

Paolo estaba bastante más pendiente del profe que la propia Francesca. En un momento, cuando no nos observaba nadie, con sigilo me dio un sobre cerrado, una carta para dársela a Felipe en cuanto llegásemos a casa, de puño y letra de Francesca.

Estate tranquilo, se la daré nada más llegar. Muchas gracias por todo, Paolo, ha sido genial conocerte.

Marta, mientras se despedía de él, le entregó la llave de la puerta que separaba las dos habitaciones, la llave que nos llevó a pasar unas noches inolvidable, al menos para nosotros dos, para Mónica y Daniel suponíamos que también, pero no comentaron demasiado al respecto.

El viaje de vuelta, transcurrió de manera totalmente contraria al de ida. Como era de suponer, la alegría, el desenfreno de la ida, contrastaba con el sosiego, el cansancio acumulado, las ganas terribles de llegar a casa. Casi todos teníamos la mirada perdida, posiblemente con el recuerdo en la retina de todos los lugares que habíamos visitado.

En un momento del viaje, Marta rompió el silencio. Nuestras manos permanecían entrelazadas prácticamente desde que el autobús salió de Roma, apretadas la una con la otra como si alguno se fuera a escapar por la puerta del bus.

Marcus, ¿te puedo hacer una pregunta?

Claro, le contesté con los ojos cerrados, tratando de descansar la vista.

¿Qué te ha parecido? No sé ... el viaje, haber estado juntos por la noche, habernos comido a besos, ¿Qué piensas ahora de nosotros?

Sonreí, abrí los ojos, dado que estábamos sentados al fondo del autobús, en un lateral, apartados de miradas indiscretas, la miré y la besé. En ese momento una bonita balada de Phil Collins sonaba de fondo en los altavoces del autobús, dando cierto aire de glamour y romanticismo al momento. Un beso que siguió a otros muchos más.

Joder, qué plastas sois, susurró Daniel que estaba sentado en el otro lateral de la parte trasera del autobús, mientras Mónica dormía plácidamente. No pudimos por más que reírnos al ver la escena.

Era noche cerrada cuando el autobús llegó a su destino. Todos los padres estaban expectantes por nuestra llegada, todos menos el padre de Marta y el mío que estaban en un congreso. Nada más bajarnos, parecía que habíamos estado secuestrados varias semanas o meses por algún despiadado grupo terrorista.

La frase más oída en boca de los padres, sobre todo de las madres fue: "... qué delgado o delgada estás, parece que habéis comido muy poco y descansado aún menos".

La madre de Marta había dejado a las hermanas pequeñas en casa al cuidado de una vecina que era como de la familia, así que acompañados de nuestras madres que no dejaron en ningún momento de hacer un montón de preguntas acerca del viaje, de lo que habíamos visto, nuestra opinión sobre la comida italiana ..., el trayecto desde el autobús en coche hasta casa que apenas duraba diez minutos se nos hizo eterno. Tocaba despedirnos hasta mañana. Una duda existencial se me vino a la mente, y por la cara de Marta, tuvo la misma duda, la de si besarnos o no y en dónde besarnos.

Mi madre, que estaba más atenta a la jugada que Helena, la madre, salió al quite:

... dejémoslos solos para que se puedan despedir como dios manda. Gracias, mamá por tu sutileza, contesté.

Tu madre está a la que salta, comentó Marta, no se la escapa una. Pues lo mismo que a la tuya, solo que mi madre es más sutil que la tuya.

Nada más acabar de decir la última palabra, al abrigo de la noche, nos dimos un interminable beso de hasta mañana.

Hasta mañana, Helena. Hasta mañana, Marta. Que descanséis.

Mi madre se había marchado a casa con la maleta, dada la proximidad de la misma. Cuando llegué, ya tenía la maleta abierta encima de mi añorada cama, sacando la ropa sucia para lavarla.

En serio, mamá, ¿tienes que hacer esto ahora? ¿No puedes esperar a mañana por la mañana?

De eso nada, que la ropa huele que apesta. Cuanto antes se lave, mejor que mejor. Ahora dúchate. Después, si quieres cenar algo, queda pollo de la comida en la nevera. Si eso, te lo preparo antes de irte a la cama, que estarás cansado del viaje.

Bajé a cenar con mi madre. Me parecía un poco descortés no estar unos minutos con ella después de haber pasado varios días fuera de casa. La idea de una cena casera me gustaba, una charla con mi madre, me apetecía más todavía. Mi padre regresaba al día siguiente para la hora de la comer, así que la conté lo justo para no repetir lo mismo a mi padre el día siguiente.

A la mañana siguiente, al despertarme sentí cómo mi cuerpo no respondía demasiado bien a la orden de mi cerebro de levantarme de la cama. No había descansado lo suficiente. Todo parecía indicar que el día sería largo, muy largo. Estaba hecho polvo, con un cansancio que más bien parecía haber dormido en la cama de un faquir. Sería media mañana cuando por fin decidí hacer el esfuerzo sobrehumano de levantarme.

Automáticamente, mi madre, enfermera frustrada de profesión, nada más verme me dijo:

Pero Marcus ¿Te encuentras bien? Menudas ojeras tienes, debes de tener fiebre, seguro que sí. Siéntate en el sofá que te pongo el termómetro.

Mientras termómetro en mano mi madre lo agitaba de arriba abajo, como si estuviera preparando un coctel en la coctelera de mi padre, me lo puso debajo del sobaco, apretándome el brazo contra el pecho:

... no muevas el brazo hasta que acabe de tomarte la temperatura.

Ya sabía yo que el día sería muy largo, pero no pensaba comenzar lo de esta manera. En esto que sonó el teléfono. Era la madre de Marta, Helena, para decir que Marta estaba con algunas décimas de fiebre. Madre del amor hermoso, para qué queremos más. La mañana mejoraba por momentos se estaba poniendo cómo decirlo, asquerosamente interesante.

Me estaba dando la impresión de que, si Marta tenía unas décimas de fiebre, yo no andaría demasiado lejos, así que los minutos que transcurrieron hasta que mi madre me retiró el termómetro de la axila, se puso las gafas de cerca, comprobó mi temperatura y exclamó un sonoro:

... pues estamos apañados todos. Tienes 39°.

Efectivamente, me tenía que haber quedado en mi cama de faquir, solo, tranquilo con mi fiebre. Inmediatamente. Después de mirar mi temperatura corporal, mi madre volvió a hablar con la madre de Marta para comunicarle la noticia. La mañana seguía poniéndose bien, sí señor, muy bien, asquerosamente mejor por momentos. ¿Qué será lo siguiente? ¿Un supositorio cada seis horas?

No tenía ganas de comer nada, por lo que mi madre me colocó las sábanas, me quitó la manta por aquello de la fiebre, me metí a la ducha con el propósito de

que el agua templada podría aliviar un poco mi estado febril, luego de nuevo a la cama. Aunque no tenía sueño, cerré los ojos intentando buscar algo de alivio.

Volvió a sonar el puñetero teléfono. Parecía tener el timbre dentro de mi cabeza. No pude escuchar con claridad lo que hablaba mi madre, pero supuse que, de nuevo, hablaba con Helena. Cuando acabó de hablar, a los pocos minutos, entró en mi habitación con una jarra de agua con limón, con dos vasos. De este último detalle de los dos vasos no me di cuenta hasta que mi madre no sacó la otra cama debajo de la mía. La pregunta era bastante evidente, pero no obstante consideré oportuno el hacerla.

Mamá, ¿qué estás haciendo con la cama?

Pues nada, que acabo de hablar con Helena, que Marta se viene contigo mientras estéis malos para no contagiar a sus hermanas, a Cristina y Mónica. ¿No te parece bien?

... pues mira, me parece bien, no sea que sus hermanas se pongan malas, lo cual sería un caos total, todo sea por eso.

Unos eternos minutos hasta que el timbre de la puerta de casa sonó a gloria celestial, mi madre hablando con Helena comentando la situación, Marta apareció por la puerta de mi habitación vestida con un chándal, se puso el pijama en mi baño y se metió a la cama.

Un escaso metro y medio separaba las dos camas, la invasión era inminente, las baldas de mi baño se convirtieron en un escaparate de productos femeninos: colonia, cepillo de dientes, cepillo del pelo, champú, compresas, tampones ... lo normal, pensé en ese momento. Helena y mi madre comprobaron que todo estaba en su lugar. En un rato vendría a vernos un médico amigo de nuestros padres. En fin, la mañana se había medio arreglado. Pese a estar los dos malos, la inesperada compañía de Marta resultaba confortable.

El dictamen del médico fue previsible, paracetamol e ibuprofeno intercalados cada 6 horas, antibiótico durante una semana para la infección de garganta, reposo y beber mucho líquido durante los próximos cuatro o cinco días. ¿Cuatro o cinco días? Traté de poner cara de póker, disimular la alegría contenida, pero no obstante la cara de Marta, a pesar de sus ojeras, de la palidez de su rostro, ocultaba su gesto de satisfacción escondiendo su cara con la sábana. Podrías disimular un poquito más guapa, pensé en esos momentos.

Estábamos prácticamente todo el día medio dormidos, debido a la fiebre que junto con el malestar que la garganta producía nos hacía sentir como si nos hubiera pasado por encima una apisonadora. Ya nos advirtió el médico que pasaríamos un par de días fastidiados hasta que la medicación comenzará hacer efecto. Solo nos levantábamos de la cama para ir al baño. Nuestro único sustento era una sopa casera que mi madre nos preparó. Era reconfortante, no teníamos ni el estómago ni la garganta como para comer nada.

La llegada de mi padre estuvo plagada de comentarios “jocosos” tales como: “... ya os vale, ponerse malos para seguir estando juntos” apoyado de manera incondicional por el padre de Marta, Carlos que desde la puerta de la habitación nos preguntaba sobre los detalles del viaje a Roma.

La madre de Marta intercedió por nosotros “... dejadles un poco tranquilos, ¿No veis la carita de pochos que tienen? Ya nos lo contarán todo cuando se encuentren mejor, con fuerzas para levantarse.

Al segundo día por la tarde, después de comer algo nos volvimos a quedar dormidos, Marta se metió en mi cama sin que me diera cuenta.

¿Estás loca? Pero, ¿qué estás haciendo? Que nos van a pillar.

En ese momento sonó el teléfono, era mi madre para decir que habían tenido que acompañar a nuestros padres a una cena que tenían programada desde hace tiempo, a la cual no podían dejar de asistir.

Todo está bien, mamá. Estamos mejor, no os preocupéis por nada ni tan siquiera por la cena, imagino que habrá algo en la nevera, pero no tenemos hambre, solo ganas de dormir.

Algo tenía que decir para tranquilizarles. Marta ya se había asegurado antes de meterse en mi cama que en la casa no había nadie. Estábamos solos por el resto de la tarde, hasta que mis padres regresaran de la cena. Estaba francamente sorprendido de la rapidez con la que Marta se estaba recuperando. La medicación la estaba poniendo en un peligroso estado de excitación, se estaba recuperando mejor que yo. Sus besos resonaban en mi cabeza como si por cada beso me dieran un martillazo. Seguía fastidiado, aún no me había recuperado del todo, ni mucho menos.

Me voy a dar una ducha, Marcus, estoy empapada en sudor. Creo que será mejor que no te pregunte si te vienes. No tienes buena cara.

Como si tú la tuvieras mejor con esas ojeras, no te jode, pensé. Me quedé profundamente dormido hasta la mañana siguiente, que mi madre me despertó. Marta ya no tenía fiebre, se encontraba mejor y se había marchado a su casa. Era el tercer día, yo aún tenía unas décimas de fiebre, estaba algo mejor pero la sensación de agotamiento era latente. Al rato, el teléfono me despertó. Mi madre me estaba diciendo que lo cogiera, que era Marta.

¿Qué tal estás? ¿Mejor?

Hola, Marta, estaba dormido, estoy algo mejor, creo que al menos me queda un día más en la cama para estar medio presentable.

Esta tarde he quedado con Cristina, mi amiga, para dar una vuelta, así que no nos veremos. Cuídate mucho

Perfecto, le contesté. Pasadlo bien, ya vamos hablando.

No tenía demasiadas ganas de charlas, solo quería cerrar los ojos y descansar.

A la mañana siguiente, me encontraba como nuevo, fruto de la medicación y de las más de once horas que me había tirado durmiendo. Tenía el estómago vacío, una sensación de hambre atroz me invadía. Después de asearme, bajé a desayunar.

Mira tú quién ha resucitado, Pili. Pero, si es nuestro hijo Marcus el romano, ven para acá y dale un abrazo a tu padre.

Papá, espero de mayor no heredar tu pésimo sentido del humor le contesté mientras recibía un confortable abrazo.

Mi madre se afanaba en hacerme un zumo de naranja mientras le decía a mi padre que me soltara, que aún estaría débil.

¿Ha llamado Marta?

Pues no, aún no ha llamado, contestó mi madre, igual deberías llamarla tú Marcus.

Así lo hice. Estaba ocupada, que después se pasará a recogerme para dar una vuelta, así que me di prisa en acabar el zumo de naranja junto con un par de magdalenas caseras que a primera hora había metido mi madre en el horno. Me supieron a gloria.

Marta se pasó a recogerme con la moto para pasar el día por ahí. Había diseñado un plan sorpresa, eso sí, me dio a elegir entre ir los dos en su moto o ir cada uno en la suya, lo cual fue todo un detalle, sí señor. Nos fuimos cada uno en su moto, Marta solo me dijo un sutil “sígueme” mientras mi padre nos deseaba pasar un buen día y mi madre nos deseaba que no cogiéramos frío. Lo normal.

No tenía ni idea de lo que Marta estaba maquinando, la mochila que llevaba a la espalda me podría dar una idea, pero realmente no pude imaginarme nada. Al parar en un semáforo, me puse a su lado.

¿No me vas a dar ni una pista?

Ella me miró, sonrió, el semáforo se puso en verde, seguí detrás hasta que llegamos a nuestro destino. Nada más parar la moto, un olor a carbón quemado envolvía el ambiente. Estábamos en una zona de barbacoas. Como era un día entre semana no habrá mucha gente, pensé.

Marta salió corriendo hacia una zona de árboles que cubrían el paso hacia una de las cuatro barbacoas que había en el parque.

Marta, espera no corras le grité, pero no me hizo ni caso.

Al llegar se escuchó un grito “SORPRESA”. Me quedé paralizado, nuestros mejores amigos, entre ellos Mónica y Daniel, nos estaban esperando para darme una sorpresa, por lo malito que había estado. También estaban mis padres, los de Marta y sus hermanas Mónica y Cristina.

Joer, ni que hubiera estado al borde de la muerte, pensé mientras me empezaban a cuadrar las cosas, tanta vuelta en la moto para llegar al parque pensando que Marta se había perdido; estaba dando vueltas para hacer tiempo a que todos llegasen antes que nosotros. La verdad es que estaba pensando en otro plan más íntimo, pero bueno, resignación pensé.

Estaba hasta Felipe, el profesor de gimnasia que tantos quebraderos de cabeza nos había dado en el viaje a Roma. Me alegré mucho de verlo. Se le veía bastante más contento que la última vez que lo vi. Mientras me daba un abrazo, me dio las gracias por la carta, que se la entregó Marta mientras estaba agonizando en mi cama. Le había ayudado mucho en la toma de la decisión más importante de su vida, al menos por el momento. Mientras se ponía en marcha la barbacoa, Felipe propuso un brindis, por todos los buenos amigos que viajamos a Roma y por todo lo bueno que nos había pasado, mientras nos miraba a nosotros cuatro con la mejor de sus sonrisas.

Aprovecho para anunciaros que el próximo curso no estaré con vosotros. He conseguido un trabajo en Roma como profesor de español en una academia, una nueva vida, un nuevo trabajo y, como sabréis casi todos, un nuevo amor.

El aplauso fue unánime. Mis padres, junto a los de Marta, aplaudían sin saber demasiado bien el porqué, pero aplaudían. Felicité a Felipe por la buena nueva; te deseamos lo mejor, a lo cual él respondió: “igualmente”.

Lo estábamos pasando genial. Daniel y Mónica estaban siguiendo nuestros pasos, se estaban conociendo más cada día, estaban saliendo juntos, ya no era un secreto. El profe se encontraba como pez en el agua, hablando con nuestros padres acerca de lo bien que nos habíamos portado durante el viaje, lo responsables que éramos, el buen ejemplo que dimos con nuestro laudable comportamiento digno de jóvenes educados y maduros.

A nuestros padres se le caía la baba, nuestra credibilidad como adolescentes maduros y responsables estaba por las nubes, lo cual era genial, nos daría la posibilidad en un futuro cercano de tener más libertad de movimientos, dentro de ciertos límites, obviamente. Estábamos todos hambrientos, nos sentamos a comer en unos bancos de madera, mientras devorábamos la carne, el chorizo junto con la panceta, exaltamos el buen hacer del cocinero, el padre de Felipe, que amablemente nos había regalado una muestra de los mejores productos de una de su cadena de carnicerías.

El día paso rápidamente. Es cierto que el tiempo vuela cuando te lo estás pasando genial. Prácticamente no habíamos tenido la ocasión de estar juntos en todo el día, estaba deseando tener un momento de intimidad con Marta. Bueno, quien dice un momento dice unas horas. Fuimos recogiendo entre todos: servilletas, vasos, cubiertos, manteles y demás menaje dejando el lugar como la patena. Mientras tanto, nos despedimos de Pedro, el padre de Felipe, dándole de nuevo las gracias por la magnífica barbacoa que nos había ofrecido.

Felipe regresaba a Roma en unos días, el tiempo justo para hacer la maleta, dejar todos sus asuntos en regla y volar más rápido que deprisa a los brazos de su amada Francesca. Esta le esperaba ansiosamente ROMA, AMOR al revés, si es que este Felipe no daba puntada sin hilo, casualidades de la vida.

Al despedirnos, casi entre lágrimas, nos dio las gracias por todo, por nuestra discreción, comprensión y apoyo:

...tendréis en mí un amigo para lo que necesitéis, nos comentó, asegurándonos que estaríamos en contacto, que esperaba vernos de nuevo por Roma.

Después de las despedidas, me quedé con Marta dando un paseo por el parque. Una más que agradable temperatura nos invitaba a caminar de la mano, mientras Mónica y Daniel no dejaban de dar la paliza comentando sobre la marcha del profe de gimnasia.

Pero chicos comenté en tono sarcástico, ¿no veis qué bueno hace para disfrutar de un agradable paseo “en pareja”?

Al cabo de un rato de paseo, Mónica y Daniel comenzaron a ponerse melosos, sabiamente decidieron irse por su lado, ya que ese tipo de momentos es mejor vivirlos en pareja, no en cuarteto. Quedamos en llamarnos para salir a dar una vuelta los cuatro. Pensábamos que era mejor no aislarse demasiado del grupo de amigos, al menos de los más cercanos. Al ser dos parejas, habría tiempo para todo: para pasarlo bien haciendo cosas los cuatro y para estar a solas los dos.

El día había resultado genial. Ver al profe fue, no sé cómo decirlo, quizás la palabra sería confortable por saber que tenía medianamente claro que su futuro profesional al igual que el sentimental estaban en Roma, una oportunidad que le daba la vida junto a Francesca. Sin duda, una gran noticia para todos. Después del paseo, cogimos las motos, nos fuimos a casa a dejar la de Marta, avisamos a nuestros padres que llegaríamos un poco más tarde de lo habitual y nos marchamos con rumbo desconocido.

Nos fuimos hasta la zona marítima, donde había un bar con una terraza al borde del mar, para poder disfrutar de la maravillosa luna llena que tímidamente comenzaba a iluminar la totalidad del paisaje.

¡Puf! ¡Qué calor que tengo! exclamé, en buena hora, por cierto.

¿No tendrás fiebre otra vez? ¿No habrás cogido frío? ¿Quieres que nos vayamos para casa?

No, Marta. Ni tengo fiebre ni he cogido frío ni quiero irme para casa.

Entonces no entiendo qué te pasa.

Pues creo que está claro, que estoy más caliente que el palo de un churrero.

Mira que eres exagerado. Marcus, hijo. es que los tíos os ponéis cachondos a la mínima. Desde luego, qué poco aguante tenéis para ciertas cosas.

Continuaba riéndose a carcajada suelta. Prácticamente, las tres parejas que estaban en la terraza nos miraban como queriendo saber el motivo de tan descomunales risas, pero se iban a quedar con las ganas. Terminamos las bebidas entre risas y bromas acerca mi estado de excitación, así que apoyado en el asiento de la moto, Marta pegada a mí como se pega una lapa a la roca nos besamos como si no hubiera un mañana. Su sutil vestido, dejaba entrever sus encantos, el escote dejaba solamente ver una mínima parte de la exquisitez de sus pechos que me volvían loco, ese culito apretado, firme, amasado por mis manos, como si de las manos de un panadero de tratase trabajándose la masa del pan. Estaba a cien por hora.

Marta lo sabía, por ello insistía una y otra vez en besarme, en la boca, en el cuello, estaba provocándome sin piedad, su mano comenzó a jugar con la cremallera de mi pantalón, subiendo, bajando, subiendo, bajando, subiendo, bajando, en un despiadado juego, acariciando mi sexo por encima del pantalón, sin atreverse a meter su mano por mi bragueta.

Marta, por dios, para, que me estás poniendo más cachondo que yo que sé. Para. por favor, para...

Ni caso. Continuó con el jueguecito, por más que le supliqué que parase. Así que decidí jugar al mismo juego acariciando su sexo por debajo de la falda del vestido. Estaba húmeda, muy excitada. Ella era la que en ese momento me pedía que parase, por favor, pero evidentemente no paré hasta que llegó al orgasmo.

Marcus, ¡qué deditos tienes, madre de dios! ¡Cómo me has hecho disfrutar, hijo de mi vida!

Yo me quedé pues eso, a medias, con un calentón brutal camino de casa, con un leve dolor genital debido a la excitación no satisfecha.

La dejé en casa, mientras nos dábamos unos besos en la puerta, las dos hermanas bromeaban por el telefonillo, Marta se enfadó con ellas, amenazándolas por decírselo a su padre para que las castigase. Menudas dos niñas tocapelotas, pensé para mis adentros.

Hasta mañana, Marcus, que tengas dulces sueños me decía mientras de nuevo se partía de la risa. La madre que la parió...

Al llegar a casa, como no podía ser de otra manera, mi madre me sometió al interrogatorio de rigor:

¿Qué tal estas? ¿Te duele algo? ¿No habrás cogido frío? ¿Dónde habéis estado? ¿Lo habéis pasado bien?

Sí, mamá. Lo hemos pasado genial, estoy bien, no me duele nada (o casi nada, no podía decirle el leve dolor que sentía en mis genitales), no tengo frío y me encuentro perfectamente.

Había ensaladilla para cenar que a mi madre la quedaba muy rica, así que me di un buen homenaje. De postre un flan casero de huevo, junto con una amigable charla con mis padres, comentando lo acontecido en el día, comentando lo que se podía comentar, como era lógico.

El verano llamaba a la puerta, los días comenzaban a ser un poco más largos, apenas faltaban unas fechas para el cumpleaños de Marta. Sus diecisiete años la acercarían al sueño de ser mayor de edad, así que tendríamos que prepararla algo especial. Sería su primer cumpleaños saliendo juntos, como pareja, por lo tanto, tendría que ser más especial que sus cumpleaños anteriores. El día señalado sería el 12 de julio.

Apenas faltaban nueve días para el evento. Conociendo a los padres de Marta, me estaba imaginando que la celebración sería algo digno de aparecer en las portadas de las revistas del corazón de la época, como *Hello* o *Quince Minutos*. No me confundía ni lo más mínimo. Los primeros contactos entre Pili y mi madre fueron lo suficientemente esclarecedores como para presagiar la magnitud del evento, teniendo en cuenta lo poquito que pude escuchar de sus conversaciones telefónicas. Mi madre me comentó con la sutileza que la caracterizaba

¿No te habrás olvidado del cumpleaños de Marta? Sus padres están organizando toda una fiesta de cumpleaños que por lo poco que sé, será un gran acontecimiento.

Pues ya sabes más que yo, que no tengo ni idea de lo que va.

Como era lógico, ya contaba con que no me dijeran ni pío, tendrían miedo de que se me pudiera escapar algún detalle delante de ella. Sonó el teléfono, era Marta proponiéndome un día de playa. Amanecía un fantástico día, la verdad que sería una lástima no aprovecharlo, así que accedí gustosamente.

Mi madre se apresuró a preparar una riquísima tortilla de patatas, en apenas media hora, lo que tardé en arreglarme para salir. Ya tenía preparada una mochila con todo lo necesario para pasar un día de playa: toalla, protector solar, comida, servilletas de papel, dos latas de refresco de naranja, otras dos de limón... vamos, que no me puso dentro el botiquín no sé por qué. Después de los sabios consejos de mi madre acerca de “cuidado dónde os metéis” entre otros, nos fuimos con las dos motos.

Al ponerme la mochila en la espalda, casi me tumba. Pesaba bastante, pero no lo suficiente como para provocarme una lesión de espalda, pero casi.

Marta, al verme con esa cara, esbozó una sonrisa, dio los buenos días a mi madre que observaba la jugada desde la puerta de casa, a ver básicamente si al vernos nos dábamos un beso o no, que ya me la conocía.

Hola, Marta. Buenos días, y le planté no uno sino dos buenos besos en la boca, girándome a continuación mirando a mi madre mientras se reía diciendo eso de "... qué buena pareja hacéis".

Estaba especialmente guapa, llevaba unos pantalones vaqueros cortos que marcaban ese culito que tanto me gustaba, una camisa blanca que en fin... eso. De esos días en los que parece que la cara brilla con más intensidad, que te sientes el más guay del mundo, capaz de todo. Pues así se veía Marta aquella mañana. Estaba preciosa.

Como venía siendo habitual, Marta tomó la iniciativa para que la siguiera con la moto. A sus espaldas, otra mochila poco más pequeña que la mía, supuse que para llevar la toalla y poco más, me equivocaba. Llegamos a una pequeña playa, la verdad que hasta esa mañana no conocía su existencia ya que llegar hasta ella no era sencillo. Si me hubieran mandado ir solo, no hubiera llegado ni con un mapa.

Tuvimos que salir de la carretera general en dirección a un pueblo, pasar por una finca en la cual un cartel de "Prohibido el paso, finca particular" desaconsejaba cruzarla, bajar un par de cuevas sin asfaltar hasta llegar a la playa. La verdad que era una pasada. A lo lejos, la ciudad se veía diminuta, solos en un oasis lejos de las miradas de la gente y de colofón un mar limpio, cristalino con un agua fresquita, apetecible para darse unos baños.

Lo primero que sacó Marta de la mochila fue una pequeña botella de vermú Cinzano, de apenas medio litro, que había cogido de la bodega del padre.

No te preocupes. Mi padre tiene varias cajas. Se las regaló el representante de la marca después de operar con éxito a uno de sus hijos. No tiene ni idea de las botellas que le quedan.

La metió a enfriar al agua del mar, entre las rocas. Colocamos las toallas en la arena, las dos bien juntitas, Marta llevaba puesto un bikini de color rojo que le sentaba de maravilla. ¡Madre de dios!, pensé, si es que está para comerla a besos.

Llegó el momento de ponerse la crema protectora. Entonces no pude por menos que deleitarme observando con todo detalle cómo la crema acariciaba sus piernas, sus brazos, su espectacular cuerpo.

Marcus, ¿Me puedes poner crema en la espalda, por favor?

Me quedé embelesado mirándola, deleitándome en ese pedazo de cuerpazo adolescente.

Marcus, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Sí, claro. Ahora te pongo la crema en la espalda o en donde quieras.

Jajaja, mira que eres.

Al poner mis manos sobre sus hombros, noté cómo se estremecía. Se le puso la piel de gallina, una reacción natural del cuerpo cuando sentimos frío o emociones demasiado intensas que no podemos evitar. Uno de los motivos por los cuales se produce es la excitación sexual. Estaba recreándome acariciando suavemente, muy despacio, sus hombros, su espalda hasta llegar a la parte de la cintura, la abracé mientras besaba su cuello, ella suspiraba. Le quité la parte de arriba del bikini, mientras acariciaba sus pechos de terciopelo jugueteando con sus pezones que me volvían un ser irracional, cegado por su escultural cuerpo.

Cada caricia traía consigo un nuevo suspiro, cada beso un nuevo deseo de besar cada centímetro de su piel, de poseerla, de penetrarla, de hacerla mía, de ser suyo. Se tumbó en la arena, unos árboles cercanos daban una confortable sombra, el sol calentaba de una manera poco habitual, me tumbé a su lado besando su cuello, entre leves gemidos de placer. Mis manos acariciaban su cuerpo con un ansia que anteriormente no había experimentado, acariciaba su vello púbico con miedo de no ir demasiado deprisa, pero su mano me detuvo bruscamente:

Marcus, para, que estoy con el periodo.

Ah, entiendo, perdona, no pasa nada.

Claro que pasa. En esta ocasión no voy a permitir que te quedes con este calentón, me respondió entre beso y beso, pero no te acostumbres.

Comenzó acariciar mi sexo, hasta que logré llegar al orgasmo. Ella también disfrutó del momento. Se lamentó de tener el periodo, con lo bien que estaba yendo la cosa. Nos dimos un baño, el agua estaba ideal de temperatura, incluso podría decir que estaba algo caliente, pero la sensación de relajación, de tranquilidad creaban una escena idílica, de película. No sabría decir si estaba más caliente el agua o yo. Me inclino por lo segundo.

Dimos buena cuenta de la botella de vermú, cada uno, fresquito y delicioso nos sirvió como acompañamiento para la tortilla de mi madre. Marta había comprado algo de pan, así que nos hicimos unos bocadillos que devoramos rápidamente, ya que estábamos hambrientos. Al refugio de la sombra nos tumbamos a reposar la comida, mientras hablábamos en voz baja, casi susurrando sobre temas poco trascendentes, siendo el principal el tener todo un verano para disfrutar, nuestro primer verano juntos.

Nos quedamos dormidos hasta que una sensación de cosquilleo en mis pies me despertó, la marea estaba subiendo, nos habíamos quedado profundamente

dormidos durante casi dos horas. Marta, ajena a los acontecimientos, continuaba dormida. La luz del sol reflejada en el mar iluminaba su cara cuando se incorporó, apoyando las manos en la toalla, me miró diciéndome que cómo la había dejado dormir tanto.

Subimos nuestras cosas hasta un prado, apenas a unos quince metros más arriba de donde nos encontrábamos para ponerlos a salvo de la subida de la marea. Nos dimos otro baño, el agua continuaba estando genial, una gozada de baño. La intimidad de esa pequeña playa era una pasada, quedamos en mantener el secreto de su ubicación para así evitar su masificación. Sería uno de nuestros más preciados secretos.

Besos, abrazos, más besos con más abrazos, estábamos disfrutando de ese baño, cuando el silencio de la tarde fue interrumpido por la tímida sirena de una pequeña barca de pescadores que se encontraban faenando por la zona.

... vamos machote, que el mundo es vuestro, gritó uno de sus dos tripulantes.

Marta se sonrojó levemente. Eso sí, le puse la mano en la boca para que no les contestara alguna cosa demasiado poco recomendable, por si acaso. A pesar de que se encontraban a unos cientos de metros, mejor no hacerles ni caso. Marta con mi mano en su boca, no paraba de reírse, de decirme que la dejara en paz. Por unos instantes, el mundo se paró, me quedé absorto contemplando esa cara de felicidad, parecía que todo ocurría a cámara lenta. Se zafó de mi mano, poniéndose a gritar como una posesa:

... el mundo es nuestro, el futuro es nuestro, el amor es nuestro.

La sirena de la embarcación sonó varias veces, como asintiendo a su reflexión. A continuación, nos besamos delante de la tripulación que se alejaba.

Mientras nos secábamos, Marta me comentó si ya había pensado qué le regalaría para su cumpleaños. Claro que sí, le contesté. Lo tengo claro desde hace meses e incluso ya lo tengo hasta comprado. Gran error por mi parte, ya que me estaría dando la paliza hasta el mismo día de su cumpleaños, con preguntas tales como: ¿Dónde lo has comprado? ¿Es grande o pequeño? ¿Y me va a gustar? Jo, dame una pista, anda, porfa, Marcus.

No sé en qué estaría pensando cuando le dije eso. Mal, Marcus, muy mal, requetemal, pensé. No pienso estropear la sorpresa después de tanto tiempo preparando todo, no pienso decirte nada. Marcus eres un sol, qué ilusión me hace. A ver cómo demonios salía de la embarcada en la que me había metido, ahora tendría que pensar en un auténtico regalazo, no podía comprarle cualquier cosa, tendría que dar la campanada.

Llegamos a casa a media tarde, por lo que quedamos en un rato, el suficiente

para cambiarnos de ropa y salir a dar una vuelta. Mientras me arreglaba para salir, Marta me llamó para comentarme que Mónica a su vez le había llamado mientras estábamos en la playa para ver si esa tarde quedábamos los cuatro para dar una vuelta. Su madre le había dejado una nota.

Por mí no hay problema, le contesté. Quedamos en la hamburguesería Dandy, situada al principio de la calle de moda, donde acudían los más pijos, la gente más guapa a pasárselo bomba. Si querías estar totalmente IN no podías dejar de pasar por la zona a saludar a los amigos que pululaban por ahí. Si no te dejabas ver por la calle Remolino, no existías: un montón de sitios donde poder pasar tus horas de ocio de la mejor manera posible, es decir, con muy buena música y con un mejor ambiente.

Aquella tarde estaba todo a tope, no había ni un alfiler, todos los sitios estaban hasta la bandera, incluso en aquellos en los que había que pagar para entrar tenían el cartelito de “Aforo completo” y los gorilas de la puerta no te dejaban ni acercarte a preguntar.

¡Menuda faena! Al parecer, media ciudad ha tenido la misma idea que nosotros. Decidimos cambiar de zona, Daniel se vino conmigo en la moto mientras que Mónica se acopló en la de Marta. El próximo destino sería la plaza de Correos, la heladería Campri, donde se podían degustar helados artesanos de infinidad de sabores. A ver si teníamos suerte para no encontrar tantísima gente. Más de lo mismo: el calor apretaba a pesar de que ya era prácticamente de noche, una cola de gente casi interminable. Con todo, decidimos quedarnos para conseguir unos ricos y refrescantes helados.

La espera mereció la pena, la fama de la heladería era tremenda, la elaboración artesana de sus productos daba un sabor y textura inigualables a sus helados. Marta charlaba amigablemente con Mónica mientras devoraban sus respectivos helados.

Están aún más ricos que los que comimos en Roma, comentaban entre risas.

Mientras tanto, debido a un empujón de un despistado, la blusa de Marta se convirtió en el lienzo de un cuadro surrealista de esos, el título bien podría haber sido: “... trazas de chocolate con pepitas sobre lienzo de blusa blanca”, título un poco largo, pero definía perfectamente la situación de su blusa.

La mirada de Marta se tornó de una mala uva impresionante. Nunca hasta la fecha la había visto con tan mala leche.

La madre que le parió. El muy tonto se ha tropezado conmigo, ya le vale.

Marcus, acompáñame a casa para cambiarme, que la mancha se nota un montón y estoy hecha una guarra.

Tampoco es para tanto pensé, pero dado el estado de mala leche que se respiraba, accedí a su amable petición. Mónica y Daniel se quedaron por la zona, mientras las dos chicas concretaban dónde quedar más tarde, Daniel me estaba haciendo gestos para que no volviéramos, este canalla seguro que tenía algún plan para darse el filete con Mónica. Ya le estaba conociendo un poco mejor, ¡menuda pieza! Le dije con otro gesto que OK.

Dejamos las motos aparcadas en la puerta de la casa de Marta. Sus padres estaban en el cumpleaños de una amiga de sus hermanas, con lo cual estábamos solos. Al pasar a su habitación, me senté inocentemente en su cama. Mientras se desabrochaba los botones de la blusa, comentó que se había manchado hasta el sujetador.

Marcus, me he manchado hasta el sujetador, igual me quieres quitar la mancha de chocolate, lo digo por lo mucho que te gusta.

Mientras me proponía semejante reto se sentó en mis rodillas.

Me estaba poniendo a cien, nervioso por la cercanía de sus pechos, prácticamente sin poder mediar palabra comencé a besarlos, unos pechos de adolescente traviesa que me volvían loco, abrazándola mientras los enganches del sujetador se resistían a liberar esos senos tersos, virginales, esos pezones que tanto me gustaba meter en mi boca para que mi lengua jugara con ellos. Nos besábamos como posesos, estábamos comenzando a disfrutar de lo que sin duda sería un nuevo orgasmo.

Me tumbó en la cama mientras nos besábamos. Ella tenía el control de la situación, mientras yo perdía el poco control que me quedaba, era una marioneta en sus manos, no podía reaccionar. Pero sí reaccioné con un ...

... Marta, la puerta. Alguien llega a casa.

Joder, no puede ser, rápido, estira la colcha de la cama, pon bien la almohada, súbete la bragueta del pantalón, pon cara de niño bueno, que me meto al baño a cambiarme.

Mientras cogía un sujetador y una blusa limpia del cajón, me quedé con todo el marrón para mí solito. Joder, menuda situación, pensé, espero que no les ocurra mirarme a la entrepierna, el bulto de mi sexo excitado marcaba mi pantalón lo mismo que... yo que sé. Carlos, el padre de Marta, apareció en la puerta con su hermana Mónica de la mano. Se había puesto mala en el cumpleaños de la amiga y la había traído para casa.

Hola, Marcus, ¿dónde anda Marta?

Hemos venido a que se cambie de ropa, se ha manchado la blusa y el sujetador. La blusa de helado de chocolate.

Traté de corregir sobre la marcha, supongo que no se enteró demasiado de mi sutil patinazo lingüístico, debido a que estaba más pendiente de que Mónica no devolviese en el pasillo.

Marta salió del baño con cara de niña buena, de no haber roto un plato en su vida, hay que ver qué bien disimulaba delante de los demás, con lo fiera que era en las distancias cortas. Sin duda que, si se lo proponía, de mayor llegaría a ser una gran actriz, vamos que seguro que sí. Mientras consolaba a su hermana, que ya estaba metida en la cama, Carlos me llamó desde la cocina para que le ayudara con una infusión de manzanilla, es decir, quería estar a solas conmigo.

Marcus, échame una mano que soy muy torpe manejando las cosas de la cocina, no quiero quemarme con el agua caliente de la infusión. Quería aprovechar este momento para que me comentas qué tal vais Marta y tú. Es mi hija mayor, mi ojito derecho como se suele decir, y no quisiera por nada del mundo que sufriera, ni que la relación entre las dos familias sufriera un deterioro por algún motivo, me entiendes, ¿verdad? me comentaba bajando levemente el tono de voz, para que no se nos oyera.

Estese tranquilo, por nada del mundo permitiría que Marta sufriera, ni por mí ni por nadie, o ya no nos acordamos del incidente de la discoteca, del chuletón que me llevé por defender a su hija.

Marcus, pero... a estas alturas y me tratas de usted. Vamos, hombre, relájate. Solo quería estar seguro de tus intenciones. Solo es eso chaval. Con lo majo que eres, estoy contento, estamos contentos de que estés con nuestra hija mayor.

Se llevó la infusión de manzanilla, antes me mencionó la cercanía del cumpleaños de Marta, que ya hablaríamos en otro momento sobre los planes que tenía para la celebración junto con mis padres. Perfecto, me parece muy bien, le contesté. Las piernas tardarían aún algunos minutos más para dejar de temblar.

Marcus, estaba pensando que nos podríamos quedar esta tarde en casa con mi hermana y mi padre. Mi madre tardará un rato en regresar del cumpleaños con Cristina, ¿Qué te parece?

Pues muy bien, me parece muy bien. Podemos ver la tele o charlar los tres de lo que sea o lo que queráis.

En esos momentos me hubiera apetecido dar un grito de esos que de oyen desde varios kilómetros, no solo nos habían cortado el rollo en un momentazo de íntima excitación, sino que además había que pasar la tarde bajo la atenta mirada del padre, ayudando a cuidar de su hermana. Por cierto, el calentón había desaparecido súbitamente antes de comenzar la charla con Carlos en la cocina. Menos mal, no me imagino la que se podía haber montado.

A la llegada de la madre con Cristina, ya teníamos preparada la cena, ya que a Marta se la ocurrió darle una sorpresa. Nos tiramos media tarde en la cocina preparando una succulenta cena a base de una ensalada con unos tomates que un paciente le había regalado a Carlos con un par de tortillas de patata, una con cebolla y la otra... también.

De esta manera, lo que pensábamos que sería una tarde “romántica” se tornó en una Master Class de cocina, un auténtico coñazo, Marta me lanzaba besitos cuando su padre no miraba, me hacía sonrojar, tenía más calor por momentos, ya me había quitado el jersey, no tenía más ropa que quitarme. Entre gesto y gesto, le decía que era una canalla. Ella reía junto con su padre, que supuse que no sabía de qué iba la movida.

La cena trascurrió entre halagos a los cocineros y risas por doquier. La madre de Marta había hablado con la mía para que Marta durmiera en mi casa, de esta manera se evitaría que su hermana pudiera contagiarla el virus, ya que su otra hermana ocuparía la habitación de la hermana mayor. La cara de felicidad de Marta no se podía disimular, se la iluminó la cara; joder Marta, podías disimular un poquito más, que se te nota a la legua, pensé.

De esta manera, tras la cena, Marta recogió algunos de sus enseres, cosas de chicas, ropa como para un mes y nos fuimos a mi casa.

Marcus, ¡qué bien! Al menos, otras dos o tres noches juntos, me comentó.

No te fíes demasiado, calculo que mis padres te pondrán a dormir en la habitación de invitados, ya no estamos enfermos como la vez anterior.

La cara de Marta cambió radicalmente, ya no le parecía tan buena idea. Efectivamente, mi madre le había preparado la habitación contigua a la mía, la de invitados, que casi nunca se utilizaba, estaba prácticamente sin estrenar.

Lo único, comentó mi madre, que no tiene baño como la de Marcus, pero no creo que tenga inconveniente en compartir el baño contigo, para que no tengas que bajar al baño de abajo, que es más pequeño e incómodo.

Nos quedamos en el salón viendo la televisión después de que mis padres se fueran a la cama.

Hasta mañana, pareja. Que descanséis.

Hasta mañana contestamos al unísono, mientras no apartábamos la mirada el uno del otro.

¿Qué te va a apetecer hacer mañana?

Podríamos pasar el día de excursión, madrugar un poco, preparar algo de comida, coger un tren y a la aventura comentó Marta entre beso y beso, mientras yo miraba de reojo la entrada del salón, para que no nos pillasen con las manos en la masa.

Me parece muy bien. Hay un tren que sale a las 9:30 de la mañana que nos podría dejar en el Parque de las Maravillas. Apenas hora y media de tren con solo dos paradas y podríamos regresar en el último tren de las 20:30, hacer una pequeña ruta, hay unas pozas de agua natural que creo que son una pasada.

Pues me parece muy bien. Es un plan genial. Además, mañana dan un buen tiempo con subida de temperaturas, con lo cual el darnos un baño en las pozas estará genial.

Así que nos fuimos a dormir, para estar frescos por la mañana con las pilas bien cargadas. Al levantarnos por la mañana, ya teníamos preparado el set para salir: una mochila con unos bocadillos, refrescos, lo típico.

He supuesto que, dado el excelente día que va hacer, querríais pasar el día por ahí, disfrutando de las vacaciones”.

Mamá, eres un solete, la mejor madre del mundo. Ahora solo falta que nos acerques un momento a la estación, para no andar justos de tiempo. Mi madre accedió encantada.

De esta manera, a las 9:15 ya estábamos en la estación, tomando un café con mi madre antes de que el tren saliera rumbo al Parque de las Maravillas. Estábamos con ganas de saber por qué lo llamaban así. Mi madre nos comentó que nos recogerían en la estación sobre las 9:30 de la tarde, que no nos preocupásemos más que de disfrutar. Además, me dio algo de dinero “para imprevistos”, ya se sabe que siempre que se sale de excursión ocurren imprevistos. Cosas de madre.

Siempre me pareció, nos pareció que el tren es uno de los medios de transporte más romántico que existen. Te permite observar por la ventanilla el paisaje, los animales que pacen en prados y praderas, con suerte puedes ver volar a multitud de aves que no puedes avistar en la ciudad. Todo era color, naturaleza en estado puro.

El viaje se nos pasó rápido. Apenas parecía que habíamos ocupado nuestros asientos cuando ya habíamos llegado a nuestro destino. Nada más bajarnos del tren, pudimos respirar un aire puro como hacía mucho tiempo que no respirábamos, a pesar de que vivíamos en una ciudad costera en la cual no había demasiada contaminación. El sol llenaba de luz y de vida cada rincón del parque. Antes de abandonar la estación nos cercioramos del horario del tren de vuelta, todo estaba conforme. La estación parecía estar sacada de una película del oeste, era auténtica, solo faltaba el jefe de estación con su gorra, con un imponente bigote engominado y con cara de pocos amigos.

Cerca de la estación, a escasos doscientos metros, una pequeña posada rural, La Voleta del Viento, daba un toque pintoresco al paisaje. Nos hicimos algunas fotos con la cámara de Marta para tener un recuerdo de nuestra primera excursión en tren. Queríamos immortalizar ese día para la posteridad. Comenzamos andar

por el camino que nos conduciría al mirador de Las Águilas, donde se podrían observar a varios ejemplares volando en libertad, en un paisaje grandioso, espléndido. Los adjetivos se quedaban cortos para describir tanta belleza en la naturaleza.

Durante algunos minutos, permanecimos en silencio, observando la majestuosidad de las águilas. Su manera de volar podría asemejarse a la danza del mejor bailarín del mundo, sus aleteos eran perfectos, estremecía verlos con esa complicidad en perfecta sintonía con los demás miembros de la bandada. Lástima que la cámara de fotos no fuera lo suficientemente buena como para captar con una mayor nitidez y cercanía esas maravillosas escenas que la naturaleza nos estaba brindando.

Tras un rato disfrutando del paisaje, seguimos caminando hacía las pozas. El calor comenzaba a apretar, cada paso comenzaba a ser más pesado que el anterior, Marta no dejaba de hacer fotos a todo lo que se movía: a los árboles, a sus hojas, a cada pájaro que sobrevolaba nuestras cabezas. Ya había gastado un rollo de 36 fotos, no quise ni preguntar cuántos rollos de fotos le quedaban. La temperatura rondaría los 32° C.

El calor que estábamos pasando era recompensado por la suntuosidad del lugar. Apenas estábamos a unos doscientos metros de las pozas cuando comenzamos a escuchar el cántico del agua en caída libre desde varios metros de altura, una estampa tremendamente colorista, un prodigio de la madre naturaleza, una invitación a la relajación, al disfrute de los sentidos, pero más que nada era una invitación a darse un baño, a dejarse llevar por el momento.

Como no podía ser de otra manera, Marta continuaba haciendo fotos, buscando un lugar apartado para poder disfrutar de un poco de intimidad dentro de lo posible ya que estábamos en un parque natural público y, a pesar de que era un día entre semana, la afluencia de público no era demasiada. Dejamos las mochilas al pie de un árbol, a la sombra. Menos mal que la cámara no era sumergible. De haber sido así, Marta no habría dudado un solo instante en meterse al agua con ella.

La temperatura del agua era ideal, a pesar de que provenía de las montañas, pero el bochorno del ambiente sugería sumergirse lo más pronto posible. De esta manera, me tiré al agua sin pensármelo dos veces (me lo tenía que haber pensado dos o tres veces). Casi me da una conmoción, mi hipotálamo era incapaz de reaccionar, la diferencia de temperatura era significativa, pero claro, no podía quejarme delante de mi chica, tuve que aguantar el tipo como pude.

Marcus, ¿qué tal está el agua?, me preguntó mientras se colocaba el traje de baño.

Pues está bastante buena contesté, tratando de no tiritar mientras hablaba.

Marta, que de tonta no tenía un pelo, se dio cuenta. Agarró la cámara de fotos para inmortalizar el momento. Aunque no tenía mi mejor cara fotográficamente hablando, traté de salir del paso lo más airoso posible intentando poner cara de póker.

Después de la sesión de fotos, Marta se zambulló en la poza. Cuando salió a la superficie, un chillido desgarrador se pudo escuchar desde varios kilómetros debido al eco y alteró la paz por unos instantes, llamando la atención de unos senderistas que pasaban cerca. Estos se acercaron a interesarse por nuestro estado. Nada más vernos se echaron a reír.

¿Cómo se os ocurre meteros en esta poza? ¿No habéis caído en que la sombra impide que el sol caliente el agua? Pero ya vemos que estabais buscando un lugar “tranquilo” para daros un baño, nosotros también cometimos la misma locura hace un par de años, cuando comenzamos a salir juntos, como vosotros. Salid del agua antes de que cojáis una pulmonía. Más arriba, a unos quinientos metros, siguiendo el sendero, hay un roble milenario, que está protegido por una valla. Si la saltáis sin que nadie os vea, a otros cuatrocientos metros hay una pequeña poza que prácticamente no conoce nadie, salvo nosotros. Ahí podréis estar tranquilos. El sol calienta el agua, unos árboles os darán sombra y será vuestro paraíso secreto particular.

Mientras nos secábamos recuperando el aliento, les dimos las gracias. Era una pareja de agradables jóvenes, muy majetes, que se despidieron de nosotros entre risas. Ya conocían la sensación de bañarse en la poza del Ártico, así fue como decidimos bautizarla.

Efectivamente, siguiendo sus instrucciones, llegamos a ese paraíso terrenal, una pasada de sitio, una poza de agua bastante más caliente que la del Ártico. Al meternos en ella, tuvimos la sensación de estar en unas termas romanas.

El agua nos cubría a la altura del pecho, su claridad nos dejaba ver el fondo donde nadaban algunos diminutos alevines asustados por nuestra presencia.

¡Esto es otra cosa! exclamó Marta,
La verdad es que sí, es una pasada de sitio, no hay nadie, el agua está espectacular y es súper romántico.

Le contesté lo primero que se me vino a la cabeza. Mientras nos besábamos entre risas, comencé a acariciar sus pechos, a deslizar sutilmente los tirantes de su traje de baño por sus hombros, muy despacio para que no hubiera lugar a una negativa por su parte, a una incómoda situación que sin duda hubiera estropeado un magnífico momento dejando al aire esos pechos de adolescente.

Sus piernas de enredaron en mi cintura. Marta se mordía el labio inferior en señal de placer. Mi lengua acariciaba sus pezones con la misma delicadeza que el

colibrí se alimenta del néctar de las flores. Sus pechos mojados eran como arcilla en manos de un artesano. Mis niveles de noradrenalina estaban disparados. Mi excitación era mayúscula, Marta me desabrochó el lazo del bañador, dejando al aire mi erecto pene, con el cual comencé a acariciar su sexo. Casi perdí el equilibrio al tener el bañador en los tobillos.

Nos estábamos comiendo a besos, Marta susurraba “te quiero, Marcus” muy bajito. Casi no la escuchaba. El roce de mi sexo con ella me estaba volviendo loco, Marta levantó su traje de baño para permitir que mi pene pudiera acariciar sus labios vaginales llegando al más placentero momento que habíamos tenido hasta la fecha. Cuando sentí que estaba a punto de correrme, me apresuré a retirar mi pene fuera de su traje de baño. Aunque no hubo penetración, no quise quedarme con la duda. Menudo tonto.

Hasta ese momento no nos habíamos sentido tan unidos, tan cerca el uno del otro, tan apasionados, tan cachondos, tan ardientes, tan... peligrosamente en celo. Tras el apasionado baño, comimos a la sombra de un enorme árbol. Mi madre nos había preparado unos bocadillos de tortilla de patatas y otro más pequeño de jamón serrano. Exhaustos por las emociones vividas, tras la comida nos quedamos dormidos. Casi sin quererlo, los ojos se nos cerraron poco a poco, sucumbimos en los brazos de Morfeo a una siesta, a un sueño profundo y reparador.

Marcus, despierta, se nos está haciendo tarde, no vayamos a perder el último tren, exclamó Marta mientras sacudía mi cuerpo como si le fuera la vida en ello. Estábamos apenas a una hora de distancia de la estación, faltaban dos horas para que el tren llegara, por lo cual, tranquilicé a Marta. Teníamos tiempo de sobra, pero no obstante se empeñó en salir rápidamente. Unas nubes en la lejanía hacían presagiar la llegada de una de esas tormentas de verano.

Llegamos pronto a la estación, teníamos cuarenta y cinco minutos antes de la llegada del tren. Fue justamente llegar y comenzar a soplar un fuerte viento, pasando de la calidez de la tarde a una brusca bajada de la temperatura. Comenzó a llover de tal manera que en pocos minutos el suelo se transformó en una enorme charca. La tormenta estaba comenzando a desatar toda su furia, daba miedo estar por la calle, por lo que nos refugiábamos en La Veleta del Viento, a ver si pasaba.

Al poco de entrar, el jefe de estación anunció por los altavoces, que el tren de las 20:30 no llegaría, ya que, debido a la tormenta, se había interrumpido el tráfico de la única carretera de acceso, así como las vías del tren estaban bloqueadas por un desprendimiento de lodo y rocas. Por lo menos, hasta mañana no estarían despejadas, concluía el anuncio. Nos quedamos sorprendidos por la magnitud de la tormenta, los rayos, los truenos junto con la cantidad descomunal de agua que estaba cayendo. Todo ello asustaba a todo el mundo.

Al acercarnos a la barra, nos dimos cuenta de que los dueños eran la misma pareja que nos habían revelado la existencia de la poza del agua caliente, la poza

del paraíso. Se llamaban Lola y Lolo, mira tú qué nombres más simpáticos, pensé mientras nos ponían algo de beber y Marta les pidió el teléfono para llamar a casa y avisar a nuestros padres, para que se quedaran tranquilos, pues pasaríamos la noche en la casa rural de Lola y Lolo.

Lamentablemente, para vosotros nos comentó Lolo, tenemos todas las habitaciones ocupadas, pero podemos haceros un hueco en el antiguo pajar, que lo tenemos acondicionado como trastero, podemos poneros un colchón con un par de mantas y alguna almohada que seguramente encontraremos. Al menos, tranquilidad e intimidad no os faltarán.

Este último comentario provocó las risas de Lola, mientras Marta se sonrojaba levemente. Yo por mi parte traté de disimular el alivio que sentí. El vernos sin habitación no vaticinaba nada bueno. Le pregunté a Lolo que cuánto nos cobraría por pasar la noche, Lola se adelantó a la respuesta de Lolo, nos dijo que de pagar nada, que ni se nos ocurriera.

Después de tomar algo en la barra, cuando prácticamente los huéspedes ya habían acabado de cenar retirándose a sus respectivas habitaciones, Lolo nos pasó a la zona del comedor que tenían reservado para ellos dos. Mientras Lola estaba en el pajar acondicionando la cama para que pasáramos la noche, Lolo se afanaba en preparar la cena para los cuatro, a base de huevos fritos con chorizo, ambos caseros, acompañados de un pan de pueblo que invitaba a no dejar ni una sola miga.

La tormenta continuaba en todo su esplendor, iluminado el cielo. Parecía la noche del juicio final. La lluvia caía con más intensidad, el agua acumulada, caía por la ladera de la montaña sobrepasando los raíles del tren, era una escena apocalíptica. Se había interrumpido el suministro eléctrico, cada rayo que caía iluminada la estación como si estuviéramos viendo una película de terror. La casa rural tenía un generador, por lo tanto, el suministro estaba asegurado. A los postres, insistimos en, al menos, pagar la cena, Lola y Lolo insistían en que no hacía falta. Al final, aceptaron nuestro dinero a modo de propina.

En ese instante me acordé de mi madre, no porque la echara de menos, sino por la pasta que se empeñó en darme antes de salir de casa. Supongo que a ella le pasaría lo mismo. No me imagino qué nos hubiera pasado si no hubiéramos tenido dinero y sin la amabilidad de Lola y Lolo. La tormenta continuaba en su punto máximo, no recordaban una tormenta de verano de tal magnitud en los años que llevaban siendo los dueños de La Veleta del Viento.

Nos acompañaron hasta el pajar. Una puerta de madera y hierro forjado daba paso a una coqueta estancia: no más de quince o veinte metros cuadrados de habitación con baño incluido. Un auténtico lujo, la verdad. El colchón descansaba sobre un viejo somier de muelles, con una sábana, un par de mantas, unas almohadas que aún tenían el plástico de la tienda. Unas velas en sendas banquetas, una a cada lado de la cama, daban aún más un toque de misterio a la noche tormentosa.

El baño era sencillo: un mini lavabo, una taza y una ducha sin alcachofa. Nos despedimos de ellos con un “gracias, hasta mañana, que descanséis”, mientras Marta se afanaba en cerrar la puerta con el pestillo.

Serían poco más de las doce de la noche, la tormenta continuaba, Marta se metió en la cama con un pantalón corto a juego con una camiseta de tirantes. Pero, a pesar de las dos mantas, continuaba teniendo frío. Así que, en un acto de caballerismo, la cedí el jersey que mi madre me metió en la mochila “por si refrescaba por la tarde”. Comenzaba a pensar muy seriamente si mi madre tenía algo de bruja. Marta se me abrazó con la misma fuerza que una lapa se agarra a la roca. Casi no me podía ni mover.

Marta, por favor, déjame un poco de sitio en la cama, que me tienes al borde del colchón, me vas acabar tirando al suelo.

Jajaja, no te imagino tirado en el suelo, con todo lo largo que eres, jajaja.

Un rayo iluminó el pajar durante dos eternos segundos. Estaba imaginándome la típica imagen del psicópata de la película que saldría del baño en cualquier momento, cuchillo en mano. Estaba un poco acojonado, la verdad, pero más acojonado me quedé cuando me di cuenta de que Marta se había quedado profundamente dormida; estaba solo ante el psicópata. Tardé bastante en quedarme dormido. Serían las tres de la mañana cuando la tormenta cesó de repente, entonces fue cuando pude cerrar los ojos y descansar.

A la mañana siguiente, me despertó el ruido de la ducha. A mi mente me vino la imagen de Marta desnuda, por lo que me apresuré a levantarme para observar los encantos de Marta, sin apenas hacer ruido, para que no se diera cuenta.

¿Vas a quedarte en la puerta o te vas a desnudar para que te metas en la ducha a enjabonarme la espalda?

¡Menudo oído tienes, la verdad!

No te he oído. Simplemente he deducido que estarías observando cómo me duchaba, contestó entre risas.

Tardé muy poco en desnudarme para meterme en la ducha, abrazarla por la espalda mientras besaba su cuello, acariciando sus pezones. Se le puso la piel de gallina, fruto del estado de relajación en la que se encontraba. En pleno éxtasis llamaron la puerta. Era Lolo, que había llamado nuestros padres. Les había dicho que estábamos aun durmiendo, que estuvieran tranquilos. Les había contado que estábamos bien, todo estaba bajo control, que éramos dos jovencitos muy responsables. Nos cortó el rollo de raíz.

Nuestros padres quedaron en volver a llamar en una hora, después del desayuno. El paisaje en el exterior era bastante desolador: ramas de árboles arrancadas tiradas por el suelo, las mesas, las sillas de la terraza esparcidas, charcos por doquier... un desastre.

El cielo despejado, el sol calentando con fuerza. Se pronosticaba un día como el de ayer, incluso con más calor, incluyendo otra tormenta de igual o superior intensidad.

El tren continuaba sin servicio, la carretera cortada sin saber cuándo quedaría transitable, no había visos de que la situación pudiera normalizarse en un tiempo razonable, por lo que, cuando volvieron a llamar nuestros padres, solo pudimos decirles que estuvieran tranquilos que estábamos bien, lo único es que nadie tenía ni idea de cuándo podríamos regresar a casa. Les habían indicado a Lolo y a Lola que no tuvieran problema por los gastos que pudiéramos ocasionar, que lo que necesitáramos, nuestros padres ya sabemos cómo funcionan: “que no les falte de nada”.

El que nuestros padres se conocieran, supieran que somos pareja pero que ante todo tenemos la mente fría, yo bastante más que Marta, la verdad, que hubiéramos viajado a Roma en viaje de fin de curso y que las cosas marchasen tanto en los estudios como en nuestra relación sin sobresaltos, nos daba un plus de confianza y tranquilidad.

Era el segundo día de excursión, Lolo y Lola tenían una pequeña tienda de regalos, ceniceros, imanes para la nevera, camisetas, sudaderas, abrebottas, pegatinas, a la vez que productos típicos de la zona: vino, zumos, chocolates... Así que decidimos comprar un par de camisetas con el logo de La Veleta del Viento en el pecho, bien grande para que se nos viera desde lejos.

Estuvimos ayudando a colocar las mesas y las sillas de la terraza, barriendo las hojas de los árboles que, junto con algunos papeles, daban la sensación de suciedad, de abandono. La verdad es que el maravilloso paisaje no era como para tener ni un solo papel por el suelo. Una vez ya la terraza acondicionada, los huéspedes comenzaron a salir a desayunar un poco más tarde del horario previsto. Eso sí, todos colaboraron en mayor o menor medida a la hora de poner y recoger el desayuno.

Quedó libre una habitación de unos senderistas que decidieron continuar con su recorrido. A pesar de la amenaza de tormenta que se cernía sobre nuestras cabezas para última hora de la tarde, continuaron con su ruta, ya que el próximo pueblo se encontraba a tan solo quince kilómetros campo a través, eso sin tener en cuenta que la tormenta de la noche anterior podría haber hecho algún que otro estrago en el camino, en ese momento nos dio la impresión de que tenían prisa por irse. Era la mejor habitación de las cuatro que tenían, así que Lolo y Lola se apresuraron en ventilarla, limpiarla, cambiar las sábanas y acondicionarla para la próxima noche, que se presumía igual de movida que la anterior.

Al menos tendríamos la mejor habitación. Estábamos contentos a pesar de todo. Pasar tiempo juntos nos sentaba bien, hablábamos de nuestras cosas, de los planes para el resto del verano, de cómo sería la vuelta a clase, si habría alumnos

nuevos o algún profesor, aparte de Andrés que seguiría con su amada Francesca. Recordábamos al bueno del profe con cariño, con una sonrisa de alegría, contentos, ya que estábamos convencidos de que le iría bien, se lo merecía, ya que con nosotros fue un excelente profesor.

La mañana pasó bastante rápida, ayudando a Lola y Lolo en lo que podíamos, en tareas propias del campo, como reparar el techo del gallinero que debido a la tormenta se había deteriorado bastante o poner en posición vertical los tiestos que adornaban la terraza o la entrada. La verdad es que se trabajaba bastante a gusto con ellos.

Marta se encontraba feliz aprendiendo cosas nuevas, con las que, al igual que yo, no estábamos familiarizados, pero aprendimos rápido para asombro de Lola y Lolo. Era divertido esquivar los picotazos de las gallinas tratando de defender su territorio de dos torpes urbanitas. Éramos la diversión de los huéspedes, que alegremente se paraban a saludarnos mientras permanecíamos dentro del gallinero.

A media mañana, se acercó el jefe de estación. Traía una cara de pocos amigos. La línea ferroviaria permanecería cerrada por lo menos hasta mañana. La tormenta de la noche anterior había provocado graves deterioros, tanto en la vía del tren como en la carretera, y las previsiones para la tarde y la noche eran peores que las de la noche anterior. Por lo tanto, dependiendo de la intensidad de la lluvia y de la tormenta, por lo menos nos quedaría un día más de aislamiento, siendo optimistas.

Llamé a mis padres para informarles sobre lo que nos había comentado el jefe de estación, para tranquilizarles y para que no estuvieran preocupados. Nos encontrábamos perfectamente. Cuando les conté nuestra experiencia con las gallinas, ya se quedaron contentos del todo, aparte del cachondeo que se trajeron.

Lola invitó al jefe de estación a tomar algo. Se acercaba la hora de comer. Mientras Lolo preparaba el tomate para la pasta que olía de maravilla, con una receta secreta de la cual presumía hablando en un perfecto italiano. Con el otro ojo vigilaba que el pan del horno de leña que no se quemase.

Nos quedamos sorprendidos de que con tan poca cosa se podían preparar tan suculentos platos. La verdad es que era un súper tío, sabía hacer casi de todo. Esto nos dio una clara idea de lo encantada que estaba Lola con Lolo, aunque también era cierto que Lola tenía mucha mano para llevar el negocio de manera sobresaliente.

Los huéspedes habían salido después de desayunar a realizar diferentes actividades, tales como observar la fauna de la zona o el senderismo. Todos sin excepción deberían estar de vuelta a las cinco y media de la tarde como hora límite. De esta manera, estaríamos preparados para la tormenta que se avecinaba. Aunque hasta las ocho de la tarde no se esperaba que cambiase el tiempo, había que ser

previsores ante la posibilidad de que la tormenta se adelantara, ya que el tiempo estaba muy cambiante, el viento podría rolar de improviso y precipitar sus efectos.

De esta manera, a la hora señalada ya se encontraban todos en la casa, pues las nubes negras en el horizonte no hacían presagiar nada bueno. Al poco rato, el viento roló bruscamente, el jefe de estación salió corriendo a refugiarse ya que no quería que la tormenta lo pillase fuera del búnker de la estación, como decía. Entre todos nos apresuramos a poner las macetas a salvo, que las gallinas permanecieran cerradas en el gallinero a cal y canto, recoger todas las mesas, las sillas junto con los enseres. Había que tomar todas las medidas posibles, debido a que la noche se preveía muy larga y complicada.

Todas las previsiones se quedaron cortas, la tormenta se desató con una virulencia inusitada, la llamada del jefe de estación para decirnos que el parte del tiempo había actualizado sus datos, poniendo a toda la zona en estado de máxima alerta, nos confirmó lo complicado de la situación. Los vientos con rachas máximas de más de ciento diez kilómetros por hora comenzaban a romper ramas de árboles arrastrando todo aquello que no estaba atado o fijado firmemente al suelo.

La chimenea encendida, junto con la suave música de ambiente, ayudaba a crear cierto clima de sosiego a pesar de lo que estaba ocurriendo en el exterior. Llegó el momento en que la luz de los rayos o el estruendo de los truenos no nos afectaba lo más mínimo. Es más, hacíamos apuestas sobre cuál sería el trueno más escandaloso, pero lo cierto es que cada trueno superaba al anterior, temblaban hasta las paredes cuando la tormenta estuvo en su máximo auge. Calculo que las gallinas no pondrán huevos en una buena temporada, deben de estar acojonadas, exclamé ante la atenta mirada de todos los que estábamos escuchando el crepitar de la madera.

Se hizo el silencio por unos instantes, que coincidió con un rayo que cayó en el pararrayos de la estación de tren, provocando un fogonazo que iluminó toda la casa. Tras el estruendo, las risas por el comentario acerca de las gallinas.

Pues como las gallinas mañana no pongan huevos, comentó Lolo, que ya se había tomado tres carajillos, vamos a comer hostias. Esto último no hizo demasiada gracia, Lola lo miró de reojo, Lolo pidió disculpas por lo inoportuno de su comentario. No tenía buen color de cara, estaba rojo como un tomate. Entre el calor de la chimenea y los carajillos, estaba un poco alterado.

Solamente provocó alguna risa contenida, y es que con las cosas de comer no se juega. Aparte de la sensación que teníamos todos de estar a merced de la tormenta, nadie sabía a ciencia cierta lo que estaba ocurriendo fuera. La lluvia caía incesantemente de manera desmesurada, el viento no daba tregua, era una noche de perros, pero, a pesar del buen ambiente, del buen rollo que aparentemente había, algunos gestos de preocupación nos devolvían a la cruda realidad.

Nos quedamos los últimos junto con Lola al calor de la chimenea, los demás huéspedes y Lolo se habían retirado a sus habitaciones, apurando un vaso de leche que nos había ofrecido. Nos despedimos hasta mañana. El vaso de leche nos sentó de maravilla, ya que había echado un chorro de licor casero, una receta de la abuela de Lola que le daba cuando era pequeña en las noches de frío, entrando en calor en pocos minutos. La verdad es que me quedé bastante más tranquilo. Si la receta era de la abuela de Lola, no podría ser mala.

Nada más apoyar la cabeza en la almohada, nos quedamos profundamente dormidos, hasta que al poco rato el estruendo de un trueno nos despertó al unísono. Parecía que había caído una bomba junto a la casa. Marta se abrazó a mí como si le fuera la vida en ello. Apenas había pasado hora y media desde que nos habíamos quedado dormidos, aunque nos dio la sensación de que había transcurrido bastante más tiempo. Estábamos agotados, no estábamos seguros de poder soportar esa pesadilla por más días. Confiábamos en que el tiempo mejorase para que las tareas de reparación y limpieza comenzaran lo antes posible.

Decidimos bajar un rato al calor de la chimenea, que continuaba encendida. Con la ayuda de un par de troncos, conseguimos avivar la llama. Esperábamos que el calor de la chimenea nos relajara un poco para que el sueño volviera a hacerse dueño de nosotros. Y así fue. Al cabo de algo más de media hora contemplando en silencio el fuego, solamente sobresaltados por lo que ocurría en la calle, volvimos a la cama. Era el segundo intento de dormir.

Marta se durmió en apenas unos minutos. Yo en cambio tuve que hacer un gran esfuerzo para relajarme, lo cual me fue del todo imposible, no dejaba de dar vueltas en la cama al ritmo de los rayos y de los truenos que afortunadamente comenzaban a espaciarse en el tiempo. Todo parecía indicar que la tormenta amainaba, aunque la lluvia no cesaba de caer.

Volví a bajar al salón. Al calor de la chimenea pensé que estaría más cómodo, ya que Marta dormía plácidamente y de tanto dar vueltas en la cama podría llegar a molestarla. De nuevo eché un par de troncos al fuego para avivar una llama que se tornaba débil por momentos. Me apetecía estar un rato mirando las llamas por si se me revelaba alguna profecía o similar. Me sentía a gusto al calor del fuego. Estaba tranquilo pensando en todas las cosas que estaban pasando, cómo me había cambiado la vida desde que conocía a Marta. Nos habían pasado muchas cosas desde entonces.

Me quedé dormido en uno de los sillones, fruto del agotamiento que tenía en el cuerpo, Lolo se acercó a despertarme. Supongo que un café te vendrá de maravilla, me comentó, no gracias, Lolo, no tengo el cuerpo para tomar nada, subiré a la habitación a comprobar cómo esta Marta, le respondí.

Cuando comenzaba a subir las escaleras, me dijo que, a pesar de nuestra juventud, tenía suerte de tener a Marta a mi lado. Tanto él como Lola habían obser-

vado su comportamiento cuando estábamos juntos. Se le ilumina la mirada cada vez que te mira, machote, la tienes loca, cuidala mucho, esa mujer te quiere. Me parecieron sabias palabras las de Lolo. Tenía razón en cada palabra. Marta era una chica genial, muy guapa e inteligente. Me tenía loco, pero los chicos tendemos a ser menos expresivos que las chicas.

No había lugar a dudas de que era más madura que yo para su edad, que a pesar de que no éramos de cometer demasiadas locuras su exquisita educación y sentido de ver las cosas de alguna manera me estaba enseñando a tener un punto más de madurez, a pensar como un adulto. Pero no me gustaría jugar a ser mayor, estábamos en una edad muy bonita, una etapa de nuestras vidas la cual deberíamos de vivir a tope, de otra manera pasaría sin pena ni gloria. Con el tiempo sería solo un recuerdo y al final los recuerdos se olvidan para siempre.

Al entrar en la habitación, Marta comenzaba a desperezarse. Continuaba medio dormida buscándome en la cama con sus brazos. Al no encontrarme, abrió los ojos como si acabara de despertar de una pesadilla. Su gesto de preocupación al no encontrarme en la cama se tornó sonrisa cuando nuestras miradas se cruzaron.

Marcus, ¿dónde te habías metido? No me gusta que me dejes sola.

Perdona, no podía dormir y por no molestarte me bajé al salón. Estuve frente a la chimenea, pero al final me quedé dormido en el sillón frente al fuego. Espero que no te haya importado.

No, para nada me gusta que cuides de mí, pero me da rabia que no hayas podido descansar. Ayer fue un día muy duro, la noche no ha sido tampoco buena, debes de estar agotado, deberías darte una buena ducha, te vendrá bien para espalar un poco.

A pesar de que prácticamente no había pegado ojo, no me encontraba demasiado cansado. Al sentir el agua caliente empapar mi cuerpo, tuve una sensación de alivio, de estar quitándome una gruesa capa de piel que me hacía respirar a cá-mara lenta.

Mis manos apoyadas en la pared, el agua cayendo en mi nuca, Marta abrazándome apretando sus pechos en mi espalda, qué sensación tan maravillosa. Comenzó a acariciarme el pecho con sus manos en un lujurioso masaje. Estaba inmóvil, no podía más que disfrutar, dejarme llevar por sus encantos.

Apretaba mis caderas hacia atrás para conseguir el máximo contacto de nuestros cuerpos, simulando un movimiento de sincronizada penetración, sus manos seguían acariciando cada centímetro de mi piel, yo continuaba con las manos apoyadas en la pared.

Marta estaba desatada de placer, agarró mi pene comenzando de esta manera un acompasado movimiento lujurioso. Tras unos segundos, me giró hacia ella, comenzó a besarme el cuello, la boca, el pecho, el ombligo, hasta llegar a mi erecto

miembro, que comenzó a acariciar con su lengua, mientras su otra mano acariciaba su húmedo sexo. Introdujo mi pene en su boca, creí que me moría de placer.

Comenzamos a besarnos como si estuviéramos poseídos. Ahora me toca a mí, le dije mientras se mordía los labios, un gesto que me volvía absolutamente loco. Mi lengua jugueteaba con sus pezones, besaba sus pechos con desmesurada intensidad, apretaba su cuerpo contra mí. El roce de mi pene con su vagina nos volvía locos de placer. Tuve que poner mi mano en su boca para evitar que sus gemidos se escucharan más allá de las paredes de nuestra habitación.

Entre sollozos de placer le pregunté si continuaba tomando la píldora. Entre más sollozos me contestó que sí, o eso creí escuchar. Llevados por el momento, salimos empapados de la ducha. Entre las risas de Marta, nos tiramos en la cama continuando con los besos y caricias. No sabía cómo reaccionar, estábamos excitados. Traté de disfrutar del momento, pero la palabra embarazo continuaba sin estar en mi diccionario, era demasiado joven para ser padre, joder qué situación, ahora no me puedo echar atrás, no quiero que piense de mí que soy un reprimido.

Marcus, relájate y disfruta, pero si es que aún somos dos adolescentes, pensé.

Si se enterasen nuestros padres no sé cómo van a reaccionar ¿Y si la mandan interna a Suiza? ¿Y si a pesar de la píldora se queda embarazada? Me podrían caer ostias a discreción. Comencé la penetración con más miedo que vergüenza, lentamente para no hacerla daño. Apenas comencé, sus gemidos de placer se entrelazaban con frases tales como “Marcus me vuelves loca”, “por dios no pares, sigue” o “joder, joder, joder”.

Entre convulsiones de placer, Marta continuaba con los ojos cerrados mordiéndose los labios, disfrutando al máximo, apretando mis nalgas contra ella para conseguir un mayor disfrute, un máximo placer. Traté de darnos un respiro, pero no permitía ningún movimiento que no fuera continuar con una intensa penetración. Estaba llegando al orgasmo, o eso supuse por sus gestos y por el aumento de la intensidad de sus convulsiones junto con los “joder, joder, joder, joder” que salían de su boca. Llegamos los dos al unísono al orgasmo, acompasando sus gemidos con los míos.

Marta quedó maravillada con nuestra primera experiencia. Su mirada se tornó brillante, con una cara de felicidad indescriptible. Con todo me sentí torpe, muy torpe, como si la hubiese cagado bien cagada. ¿Y si no he estado a la altura de sus expectativas?

Estaba echando de menos mi cuaderno, en el cual escribía todo lo relacionado con el comportamiento psicológico de las personas, sus cambios de humor y en estos días me hubiera venido de perlas para haber escrito el comportamiento ante, digamos, situaciones cotidianas naturales esperadas.

Con todo, recordé que en la pequeña tienda de souvenirs vendían unos cuadernos con el dibujo en la portada de la casa rural, por lo que decidí comprar uno. De esta manera, podría dejar por escrito todo lo relativo a la experiencia pasada, a los miedos de Lolo y Lola, los de los demás huéspedes, los nuestros, las diferentes formas, las diferentes maneras de afrontar las situaciones de estrés de las personas que compartieron esos momentos difíciles con nosotros. Sería muy interesante no perder esos datos.

En algo más de tres cuartos de hora, había escrito con todo lujo de detalles los acontecimientos acaecidos en esos dos días: un análisis exhaustivo de todos y cada uno de los protagonistas, haciendo especial hincapié en Lolo y Lola.

Cuando quise darme cuenta, se estaba acercando la hora de comer. No había desayunado debido a que estuve escribiendo en nuestra habitación, Marta estaba ayudando en las tareas cotidianas. Al salir de la habitación, escuché una algarabía en el exterior, era el jefe de estación que nos estaba diciendo que el tiempo estaba mejorando ostensiblemente, que las previsiones, por fin, serían las propias del verano, que los accesos por carretera y tren estarían restablecidos a media tarde. Marta se apresuró a llamar a nuestros padres para comunicarles la noticia. Vendrían a recogerlos hasta la casa rural en cuanto la carretera quedara despejada de lodo y rocas. Así fue cómo mientras sonaban las siete de la tarde en el reloj de la estación, apareció el coche de Carlos, el padre de Marta, acompañado del mío, ambos con cara de felicidad.

Carlos abrazó a su hija como si acabara de ser liberada por un comando terrorista.

Marta, ¿estás bien? ¿Habéis pasado mucho miedo? ¿Os han tratado bien?

Claro que sí, papá. Lolo y Lola nos han tratado como dos miembros de la familia. Son una pareja genial.

Las mismas preguntas me formuló mi padre, mientras me abrazaba, comprobando que no estaba mal herido, que no me habían amputado ningún miembro o algo por el estilo.

Después de tan entrañable escena, mientras Lolo y Lola despedían a los huéspedes, nuestros padres se presentaron, dándoles las gracias por haber cuidado de nosotros. Carlos les abonó los gastos correspondientes. Mientras Lolo hacía la cuenta, comentó en voz alta que habían estado hablando Lola y él con referencia a que el próximo agosto, querían ampliar el gallinero junto con la tienda de souvenirs para vender productos de alimentación ecológica de la zona, levantar una cerca de madera y unas cuerdas para albergar unos caballos que habían comprado y que necesitarían mano de obra. Marta y yo nos miramos al unísono, una mirada de consentimiento mutuo a falta del veredicto de nuestros respectivos padres.

Por supuesto, añadió Lola, que los gastos de alojamiento en nuestra mejor habitación junto con las comidas, estarían incluidos, al igual que un salario por el mes trabajado. Hemos pensamos que Marta y Marcus son dos adolescentes muy maduros para su edad, son dos grandes chicos, responsables, sensatos, que han estado dispuestos a colaborar en los momentos más delicados de la pasada tormenta. Para nosotros sería genial contar con ellos.

Mi padre y Carlos se miraron en silencio mientras esbozaban una sutil sonrisa. Pidieron que les enseñasen la casa junto con una explicación del proyecto de ampliación de las instalaciones. La visita fue satisfactoria. Mi padre les comentó que tendrían que hablarlo más despacio con nuestras madres y con nosotros. Pasar un mes fuera de casa era un proyecto demasiado importante y significativo como para tomar una decisión a la ligera.

Nos despedimos de Lola y Lolo con sendos abrazos, un sencillo “hasta luego, gracias por todo”. Estábamos más que convencidos de que nuestros padres darían su consentimiento para aceptar la propuesta de Lola y Lolo. El viaje de vuelta transcurrió entre preguntas y más preguntas de nuestros padres sobre lo acontecido en los dos últimos días. Cuando acababa de preguntar uno, sin poder decir ni media palabra, preguntaba el otro, Marta no podía aguantar la risa por lo ridículo de la situación. Sentados en el asiento de atrás, parecía que estábamos detenidos, sometidos a un interrogatorio de la policía secreta.

La verdad es que tenía su punto de gracia. Calculo que de todas las preguntas que nos hicieron apenas pudimos responder a dos o tres. Bueno, la única que respondía era Marta, ya que por mi parte decidí observar y callar.

La llegada a casa fue un auténtico acontecimiento. Solo faltaban las cámaras de televisión o los micrófonos de las radios locales y nacionales. Parecía que volvíamos tras ser liberados por algún grupo extremista o algo parecido. Si las preguntas de nuestros padres fueron pocas, las de nuestras madres ya fueron el demasíe. Las hermanas de Marta, en su línea, comenzaron a meterse con ella diciéndole que olía a vaca, a campo. La madre que las parió, si es que no tenían una buena, entre el olor a vaca y preguntar dónde habíamos dormido, si juntos o cada uno en una habitación. Se pusieron muy pesadas, de tal manera que su madre las mandó a su habitación sin rechistar.

Una vez dadas las oportunas explicaciones, después de haber contestado a una interminable lista de preguntas, volví a mi casa, decisión de mi madre que me veía con claros síntomas de cansancio, aunque yo me encontraba perfectamente, un poco cansado eso sí, pero podría haber estado en casa de Marta un rato más.

No supimos cómo despedirnos, no era plan de darse un beso en la boca delante de nuestros padres. Un eterno abrazo de unos segundos de duración fue lo bastante clarificador para que nuestros padres se dieran cuenta de que nuestra re-

lación adolescente marchaba viento en popa, que no era un mero capricho adolescente, que teníamos las cosas claras. Hasta la madre de Marta se emocionó. Mientras Marta se ponía colorada, en plan de niña buena que nunca había roto un plato.

Al llegar a casa, mantuve una breve charla con mis padres, comentando el ofrecimiento de Lola y Lolo, del cual mi madre no tenía ni la más mínima idea. Aunque inicialmente no le hizo demasiada gracia, el argumento de mi padre sobre la buena impresión que les había causado Lola y Lolo junto a las ventajas de pasar un mes fuera de casa en el campo, que sería beneficioso tanto para mí como para Marta. Mi madre dio su visto bueno con la condición de que pudieran ir a vernos en alguna ocasión para pasar el día juntos. Esa noche, al ver mi cama, sentí un gran alivio al pensar que dormiría del tirón a pata suelta como decía mi madre, sin rayos ni truenos. Nada más apoyar la cabeza en mi almohada, me quedé profundamente dormido.

A la mañana siguiente, mi madre me despertó casi a la hora de comer. Marta se había levantado antes y se había presentado en casa, circunstancia que imaginé que mi madre aprovecharía para someterla al típico interrogatorio del “ahora que estamos solas, cuéntame...”

Por la radio sonaba la canción del verano, la de la barbacoa, de escasa calidad musical, pero pegadiza. El cantante, de origen francés, pasaba más tiempo en España que en su país. Aquí tenía un filón de oro, salía por televisión día sí y día también, siendo portada de las principales revistas del corazón. Estaban las dos tateando la musiquilla mientras preparaban la comida. Estaba hambriento. La noche anterior apenas había cenado, el estómago estaba más vacío que el de Carpanta. Una comida con mi madre y Marta era lo que menos me apetecía, debido a que, conociendo a mi madre, comenzaría la conversación en la mesa con “... pues Marta me ha estado contando que...”, es decir, un auténtico suplicio.

No me equivoqué en mi pronóstico ni lo más mínimo. Nada más poner la comida en la mesa, al sentarnos, mi madre, carraspeando la garganta y mirándome fijamente a los ojos, me comentó eso de...

... pues resulta que mientras dormías, Marta me ha estado contando los detalles de los dos días que habéis estado aislados por la tormenta y me ha parecido una experiencia bastante interesante. ¿Qué opinas al respecto Marcus? ¿Qué te ha parecido la experiencia?

A ver que la cuento yo, pensé mientras trataba de pensar en décimas de segundo qué decir para que la explicación de Marta y la mía tuvieran un mínimo de coherencia a la vez que de semejanza.

Pues sí, mamá, hemos vivido en primera persona una de las tormentas más virulentas desde que se tienen registros meteorológicos. Las noches daban auténtico pavor. Apenas podíamos dormir debido a la incesante lluvia que se transfor-

maba en ocasiones en granizo junto con los rayos que iluminaban toda la casa y qué decir de los ensordecedores truenos, de película de terror, sin duda.

Mi madre aparentemente se quedó bastante convencida de las explicaciones, hasta que salto la pregunta del millón:

... y, por cierto, ¿cómo os arreglabais a la hora de dormir?

La respuesta era simple, pues Marta se acostaba en la cama y yo dormía en el suelo en un colchón. En cuanto vi la cara de Marta supe que no era la respuesta correcta, pero tuve la suficiente capacidad de reacción para arreglar la situación y antes de que mi madre pudiera decir algo.

... esa sería la respuesta que todo padre y toda madre quisiera escuchar, pero mamá, la verdad es que dormimos juntos, en la misma cama, pero estate muy tranquila que no ha pasado nada de lo que os tengáis que preocupar en absoluto.

A Marta la pilló bebiendo, casi se atraganta de la risa. Mi madre, mirándome de forma socarrona, una de las pocas miradas que no me gustaban de ella, de nuevo en décimas de segundo pensé que la había cagado, pero la risa de mi madre junto a la de Marta me hicieron suponer que todo estaba bien.

No esperaba menos de vosotros, exclamó mi madre de forma escandalosa mientras se levantaba de la mesa para besarnos, primero a Marta y luego a mí, aprovechando para servirnos un poco más de comida, “que os veo a los dos más delgados”.

Esa misma tarde, habíamos quedado con nuestros padres para hablar de la propuesta de Lola y Lolo. A pesar de que estábamos convencidos de que no habría ninguna objeción para poder pasar ese mes en pleno contacto con la naturaleza, aprendiendo cosas nuevas de la vida, avanzando y consolidando nuestra relación, aún nos faltaba la confirmación definitiva. Como era de esperar, no hubo ningún problema. De nuevo la imagen que proyectábamos a nuestros padres de adolescentes maduros, responsables a la par que tremendamente juiciosos, nos dio la posibilidad de estar todo un mes juntos. Sin duda que sería una prueba que, si conseguimos superar, constituiría la base de una sólida relación para el futuro, aunque particularmente no me preocupaba en pensar en el futuro lo más mínimo. El mundo sería para nosotros dos, sería totalmente nuestro.

Marta se apresuró a llamar a Lola para anunciarle la buena nueva, que nuestros padres estaban encantados con la idea y nosotros más aún. Lola mostró su alegría con un chillido de alegría que se pudo escuchar desde varios metros de distancia del teléfono.

Nuestras madres se frotaban las manos. En menos que canta un gallo, nos organizaron esa misma tarde una sesión de compras preparativas para nuestra nueva aventura, y menos mal que tan solo estábamos a menos de dos horas de distancia

por carretera. No quise ni pensar si nos fuéramos a otra provincia o a otro planeta. Nada más llegar a los grandes almacenes, y aquí lo de grandes almacenes adquiriría toda la dimensión de “grandes”, comenzamos, desde la quinta planta “deporte y ocio”, hasta la última.

La dependienta, que ya conocía a mi madre, la saludó de manera desenfadada. Ya tenían confianza:

Pili, pero, ¡qué guapa estás, hija mía! Ya me dirás el secreto para conservarte tan bien. Vienes muy bien acompañada. Este mozalbete debe de ser tu hijo Marcus, pero qué grande y guapo que está.

¡Madre mía! Nos ha tocado la dependienta más pelota de todos los grandes almacenes. Mi madre, con una amplia sonrisa le comentó que sí, que era su hijo, acompañado de su “novia” y de la madre de la “novia”. Joder, joder, joder, por unos segundos me quedé paralizado, un sudor frío recorrió mi columna vertebral... “¿Novia? ¿Madre de la novia?” Madre de dios del amor hermoso, pensé con cara de circunstancias, disimulando todo lo que pude para que no se me notara demasiado.

Marcus, hijo, no me pongas esa cara. ¿Cómo quieres que presente a Marta? ¿Cómo una simple amiga? Anda que ...

Ese “anda que” me sonó bastante mal. Marta y Helena se estuvieron riendo un buen rato a costa del oportuno comentario de mi madre, quitando importancia al asunto. De nuevo, un sudor frío volvió a recorrer mi columna vertebral.

Pantalones cortos, camisetas, calcetines, calzado, loción anti mosquitos, gafas de sol, gorras, trajes de baño, toallas, mochilas, chubasqueros (por si las moscas), sudaderas por si por la tarde refrescaba, un sinfín de ropa y complementos, como si nos fuéramos de casa.

Planta cuatro “lencería” lo que faltaba, mientras las chicas miraban bragas, sujetadores y demás, bajé a la planta de abajo, que era la del sonido en la que pude pasar un buen rato comprobando los avances técnicos entre los que destacaba el Dolby Surround, un sistema que muy pocos equipos de alta fidelidad tenían.

Un amable dependiente me demostró la calidad del sonido escuchando uno de los equipos Sony más sofisticados del mercado con unos cascos. Impresionante la calidad del sonido. Escuchar a Bob Marley, uno de mis cantantes favoritos cuya música sin duda ha seguido ganando más adeptos con el paso de los años, era una auténtica pasada.

Estaba flipando en colores cuando alguien me tocó el hombro. Era el dependiente:

... por favor, canta un poco más bajo, que me estás asustando a la clientela.

Me había venido arriba con el “Could you be loved”, cantando y bailando como un nativo jamaicano mientras todo el mundo me estaba mirando. A pocos metros, mi madre, mi novia y la madre de mi novia se estaban partiendo de la risa. Joder, requeté joder, qué ridículo más espantoso. No sabía dónde meterme. Mi madre se acercó con lágrimas en los ojos de la risa. Se le había corrido el rímel al igual que a Helena. En ese momento, el que comenzó a partirse de la risa fui yo, al ver los chorretones de rímel de sus ojos cayendo por sus mejillas.

¿Cómo poder definir la manera en la que Marta se reía? Tuvo que sentarse en una silla para poder soportar la hilaridad de la situación. Le dolía el estómago de tanto reírse. Hasta el dependiente, que no pudo contener la risa, me regaló un póster de Bob Marley & The Wailers, firmado por el mismísimo Bob Marley.

Ya que estábamos en la sección de sonido, aproveché para comprar un equipo de última generación. Para que el dependiente hiciera algo de caja, me llevé un pedazo de equipo con Dolby Surround, que costaba una pasta, pero, dada la situación, nadie me negó la compra, sino todo lo contrario. Quedaría de lujo en mi habitación.

Después de la grata experiencia de la sección de sonido, la planta dos era la de perfumería, de la cual pasamos de puntillas, no fuera que el olor sugiriera alguna compra más, pero claro está que había que comprar esponjas, gel de baño, champú, colonia unisex, cepillo para el pelo, es decir, otros tres cuartos de hora para comprar cuatro cosas. No se me ocurrió tocar nada, oler nada ni sugerir nada, por si acaso. El cachondeo duró toda la tarde, incluso cuando mi madre se lo contó por la noche a mi padre, la tomadura de pelo fue de escándalo. Hasta la fecha no había visto a mi padre reírse tanto.

A la salida del centro comercial, cargados como mulas, mientras nuestras madres se fueron a dejar las bolsas en el maletero del coche, nosotros les esperamos en una cafetería cercana. Marta continuaba riéndose. A pesar de mi paciencia y de mi carácter bonachón, empezaba a estar un poco saturado de tanta risa.

Ya te vale, Marta, me estás machacando con tanta risita, ¿Es que no habéis tenido ya suficiente?

Marta miró para atrás, para comprobar que ya no estábamos en el ángulo de visión de nuestras madres. Me agarró de la mano y me metió en el primer portal que vio abierto. Comenzó a besarme, pero entre beso y beso, continuaba riéndose.

En pleno besuqueo, el ascensor se paró en la planta baja, apareciendo de la nada una amable vecina, totalmente vestida de negro, la cual nos recriminó nuestra actitud tan cariñosa.

Desde luego, los jóvenes de hoy en día no tenéis respeto por nada, sois unos degenerados. En mis tiempos llegábamos vírgenes al matrimonio y no nos dejábamos manosear por ningún hombre hasta la noche de bodas. ¡Degenerados, salidos, asquerosos, fuera del portal o llamo a los guardias!

Marta la miró desafiante y le dijo en cinco palabras un resumen de lo que ambos pensábamos: “señora, váyase a la mierda”. Antes de aceptar la amable invitación a salir del portal, Marta me dio un último beso delante de la amable señora, de esos de película, con tal ímpetu que casi me atraganté con su lengua. La amable señora continuaba llamándonos degenerados incesantemente. Marta, como no podía haber sido de otra manera, la volvió a mandar a la mierda.

A escasos doscientos metros se encontraba la cafetería Lago, uno de los lugares de encuentro más acogedores de la ciudad, lugar de reunión de mujeres ya entradas en años que pasaban las tardes con una agenda de temas que se repetían tarde sí y tarde también. Se quitaban la palabra de la boca en amigables y eternas charlas sobre lo guapísimos y listísimos que eran sus nietos, sobre cuánto echaban de menos a sus maridos, recordando sus viajes de novios. Algunas, aparentemente ajenas a las conversaciones tejían alguna bufanda o gorro de lana para sus guapísimos y listísimos nietos. Me pareció una escena entrañable.

La hora de la merienda se convertía en una escandalera. El camarero se las ingeniaba para tomar nota de lo que el animado grupo le pedía, todas a la vez, como no podía ser de otra manera. Cafés con leche, con la leche templada, otros con la leche del tiempo, otros cortos de café, otros con más café que leche, el bollo suizo a la plancha con mermelada de fresa, otros con mermelada de melocotón, otros solo mantequilla, otros con café descafeinado. Al final del pedido, no faltaba la voz que entre toda la algarabía le preguntaba al camarero si entre todo el revuelo se había enterado de que su café con leche lo quería corto de café, con leche templada con el bollo suizo solo, sin mantequilla ni mermelada. El camarero asentía con la cabeza. Su gesto era de estar a punto de mandarlas a paseo, pero su comprensión hacia ellas, todas las tardes, le hacía sonreír.

El mismo camarero fue el que nos atendió. Esta vez lo tuvo más fácil: dos cafés con leche y dos refrescos de naranja. Algo sencillo, sin complicaciones. Estuvimos hablando sobre las perspectivas que teníamos ante el reto de pasar un mes de vacaciones con Lolo y Lola. Los dos coincidimos en que sería una experiencia genial, que aprenderíamos muchas cosas.

Mientras Marta se ausentó para ir al baño, Helena me comentó que tendríamos que quedar para ultimar los detalles del cumpleaños de “la niña”. Ya tenían reserva en el Club Social El Oso, llamado así debido a que antaño, antes de que el hombre comenzase a construir masivamente, destruyendo gran parte de lo que se encontraba a su paso, en las montañas cercanas se podían contemplar a los osos en libertad.

Ese club reunía a la clase social más elitista de la ciudad: médicos, arquitectos, políticos, notarios o empresarios de éxito que aprovechaban cualquier reunión para presentar sus nuevos proyectos.

Podías regresar a casa habiendo comprado desde un nuevo chalet en la zona de playa turística de moda, un terreno rústico, hasta el último modelo de coche o moto, y siempre a precios de “amigo”. Pertenecer al club era sinónimo de éxito. Si no eras socio, no eras nadie, eras invisible.

Nuestros padres solían acudir a El Oso en ocasiones a cenar. De esta manera se ponían al día con las nuevas técnicas médicas que, desde Europa o América, avanzaban para mejorar la salud de los pacientes. En cambio, nuestras madres se ponían al día sobre los cotilleos que circulaban por la ciudad. Se lo pasaban genial.

Personalmente me parecía un escenario poco íntimo para celebrar un cumpleaños, pero el que nuestros padres fueran dos de los mejores cirujanos del país les convertía en una atracción social que despertaba la admiración de muchos y alguna envidia que otra por lo que les oíamos comentar. Ese tipo de clubs me parecía un semillero de gilipollas, de pijos estirados, aunque es cierto que solo había acudido con mis padres en alguna ocasión, cuando era bastante más pequeño, por lo que tuve que ir sí o sí.

Con todo, le comenté a Helena que me parecía una buena idea, a ver qué le iba a decir, no era plan de comentar que era un semillero de gilipollas no me parecía una opinión demasiado oportuna. Helena me pidió que le diese una lista con los amigos más íntimos junto con sus números de teléfono para invitarles y preparar la sorpresa. Solo se me ocurrió el teléfono de Mónica y David. Tampoco conocía demasiado a los compis de clase como para aventurarme a invitar a más, no sea que la sorpresa se convierta en una especie de desafortunada idea. También se me ocurrió invitar a Andrés, ya que teníamos su número de teléfono y casualmente estaría en compañía de su amada Francesca, unos días de descanso, enseñándole las maravillas de la costa, sus playas, sus chiringuitos y los garitos nocturnos, entre otras cosas.

Apenas quedaban tres días para el cumpleaños de Marta. Sus diecisiete años llamaban a su puerta, estaba prácticamente todo preparado para el evento, pero quedaba un detalle que era vital para que la celebración fuera un completo éxito, es decir, quedaba que le comprara el regalo de cumpleaños. No tenía ni idea de qué comprarla, tenía absolutamente de todo: ropa como para vestir a media ciudad, calzado para calzar a un batallón, complementos de moda más de los que podía recordar. No tenía ni la más remota idea de que la podía comprar. Incluso le pedí opinión a mis padres, pero los dos me dijeron a dúo un “no tenemos ni idea”. Me fueron de gran ayuda, sin duda que sí.

Esa misma tarde me escapé al centro comercial para echar un vistazo a las tiendas más exclusivas, pero tampoco encontré nada que fuera de mi agrado. Ya comenzaba a estar un poco desesperado. No podía fallar. Era el primer cumpleaños que celebrábamos juntos y tenía claro que, aparte del lógico protagonismo de

Marta, muchas miradas estarían pendientes de nuestros movimientos, sobre todo del regalo, del puñetero regalo.

Estaba en una edad en la cual ya no podía regalarle una muñeca barriguitas ni nada por el estilo. Básicamente, porque se enfadaría conmigo tirándome la muñeca a la cabeza, pero tampoco podía regalarle algo de chica mayor, como, por ejemplo, un bolso.

Continuaba en la misma situación, sin tener ni la más remota idea de ... anda, un conjunto de ropa interior ¿No sería demasiado atrevido? No me imagina dándole el regalo para que lo abriera delante de todos, aparte de que desconozco la talla de sujetador y la talla de braguitas.

Tampoco me veo preguntando a su madre por las medidas de los pechos de su hija. La ropa interior queda descartada, muy a pesar mío, ya que me la imaginaba con alguno de esos modelitos y la verdad es que la idea me ponía bastante ... alegre.

Cada vez quedaba menos tiempo... espera un momento, acabo de decir “tiempo”, el tiempo se mide con un reloj y Marta no lleva reloj, nunca lo ha llevado, por lo cual sería una buena idea. De nuevo, como en las pasadas navidades, acudí a la joyería, en la que pensé que no se acordarían de mí. Estaba confundido, ya que, nada más entrar por la puerta, el dueño me pregunta por el colgante de oro de 24 quilates con los dos corazones entrelazados que compré las navidades pasadas.

Espero que el colgante haya sido del agrado de la chica a la que se lo regalaste – afirmó con su mejor sonrisa de vendedor.

Pues sí acerté de pleno, más que gustarle la encantó. En esta ocasión vengo buscando un reloj, también de chica, pero no quiero que sea el clásico que marca las horas con un minúsculo calendario en el que apenas se ve el día del mes en el que estamos. Quiero lo más espectacular que tengas, lo último en tecnología, de esos digitales.

Tenemos una colección de relojes de marca que son lo último en tecnología, con precios algo desorbitados, pero por eso no te preocupes.

Lo que yo no sabía es que mi padre había llamado a la joyería diciendo que se hacía cargo del importe del regalo, ya sabía de antemano que no me pasaría de la raya, que mi decisión de compra sería acertada, no habría ningún tipo de problema.

El día anterior a su cumpleaños, estuvimos comiendo en casa de sus padres. Me reí bastante debido a las constantes bromas que sus hermanas pequeñas estaban haciendo de manera constante y cansina acerca del regalo que “su novio” le daría. Sus padres, en un vano intento de hacerla rabiar, bromeaban con la fiesta del cumpleaños dándole falsas pistas sobre dónde sería el evento.

En un momento de la comida en el cual Marta no miraba, tanto el padre como la madre me hicieron varias veces el gesto de que “no dijera nada bajo pena de muerte” o eso fue lo que yo intuí. Esa misma tarde, nos fuimos a la playa, a darnos un baño, tomar el sol, pasear, lo típico de pareja para hacer una tarde de verano. Nos fuimos cada uno en su moto, por darlas un poco de rodaje.

Como suponía y esperaba, Marta intentó sonsacarme datos sobre la fiesta de cumpleaños que le habíamos preparado. Evidentemente, negué saber algo al respecto, yo tenía que ser una tumba, no quería cagarla y menos con el suegro. ¡Qué rarísimo me seguía sonando lo de “suegro”!

Llegó el día del evento del año. Mi madre había quedado con Marta, su madre y las hermanas para ir a la peluquería, con lo cual ni las esperábamos para la hora de comer. Por lo tanto, los hombres nos fuimos de comida para, entre otras cosas, “charlar de nuestros asuntos”.

La comida fue un auténtico coñazo. No dejaron de hablar acerca de su trabajo, las últimas cirugías que habían realizado, de lo satisfechos que quedaban sus pacientes, de que tal médico se había liado con una enfermera cinco años menor, que si la mujer cuando se enteró, le montó un escándalo que llegó a todo el vecindario, que le tiró su ropa por la ventana. En fin, tuvo que intervenir la policía local, ya que la mujer le estaba dando hostias hasta en el carnet de identidad. No sabía ni por dónde le venían.

Menudos cotillas, les dije, estáis bajando de un burro a medio hospital. Ya os vale. Este comentario les hizo bastante gracia, sirvió para que dejaran el tema por algunos minutos. Estaba esperando otra nueva pregunta del millón:

... oye, Marcus, no se te habrá escapado nada de la fiesta de esta tarde, ¿Verdad?

Para nada, estar tranquilos. A pesar de los intentos en vano de tu hija para sonsacarme, he resistido la tentación.

Preferí decirles esto antes de haber resistido a sus encantos, como que tampoco me pareció un comentario demasiado oportuno ni mucho menos.

Con el paso del tiempo, fui comprendiendo que Marta, si se lo proponía, podría hacer conmigo lo que quisiera, dentro de unos límites, claro está. Tampoco me imaginaba, ni por un solo momento, ser un pusilánime, una marioneta en sus manos que pudiera manejar a su capricho, ¿O quizás sí? Dependería de la situación, del contexto, habría que verlo sobre la marcha.

En el aspecto sexual tenía muy claro que Marta me volvía loco y que, a pesar de nuestra juventud e inexperiencia, teníamos mucho que aprender, posiblemente yo más que ella. Estaba dispuesto a disfrutar al máximo de todos aquellos encuentros que tuviéramos en el futuro.

Después de esta reflexión para mí mismo, la comida estaba llegando a su fin. Entre comentarios jocosos del trabajo de los señores médicos y otros comentarios como “ya verás qué cara se le va a quedar a Marta”, “seguro que ni se lo espera”. Mientras escuchaba estos comentarios, pensé si sus padres estarían pensando en serio que Marta no se estaba imaginando que la fiesta de su cumpleaños sería en el Club.

El padre de Marta se marchó a su casa para echar una mano a su mujer con las tres hijas. Suponíamos que Marta estaría histérica y que su histerismo se contagiaría a sus hermanas pequeñas. En fin, crónica anunciada de un caos perfecto. Nosotros nos fuimos a la nuestra a esperar que llegase mi madre de la peluquería. Con el revuelo que conllevaría, tanto mi padre como yo estábamos preparados para lo que viniera.

Como casi siempre con mi madre, no me equivoqué ni lo más mínimo. Llegó a casa con un fuerte olor a laca en el pelo, ese olor que es casi imperceptible para ellas, pero que atufa a los demás. Estaba desatada, como loca, contando todos los cotilleos que a lo largo de cuatro horas de peluquería habían comentado y escuchado.

La primera pregunta de mi madre fue obvia:

Marcus, ¿qué te vas a poner de ropa?

La respuesta era también obvia:

... pues había pensado ponerme un vaquero con una camisa y....

De eso nada. No vas a ir al Club vestido como un hippie, replicó mi madre. En tu armario tienes un pantalón y una camisa a juego, para que te lo pongas con los zapatos de vestir.

A ver qué ropa me has comprado. No entiendo por qué no hemos ido juntos a comprarla, pero me imagino que será debido a ... qué se yo.

Desairado, un poco mosqueado, me fui a mi habitación ante las risas de mi padre, el descontento de mi madre y mi cabreo monumental que solo me dejaba pensar en la horterada de ropa que me habría comprado mi madre, apostando a que la madre de Marta no la habría acompañado, para no dar pistas.

De nuevo, no me equivoqué, el pantalón de vestir modelo muy pijo repijo no me gustó en absoluto, la camisa tenía su puntito de elegancia informal pero el pantalón ni loco. Me puse el Levi's con la camisa nueva, los calzoncillos nuevos, los calcetines nuevos. Estrené colonia junto con mi mejor sonrisa. Mi sonrisa no era nueva, era la misma de siempre.

Mis padres se habían vestido como para una boda, lo cual me parecía una exageración, pero por el camino me comentaron que habría bastantes celebridades del mundo de la medicina, incluso algún doctor se desplazaba desde los Estados Unidos. En concreto, me explicaron que, desde el Massachusetts General Hospital de Boston, venía el doctor Thomas Jones, una eminencia de la cirugía, respetado por todos sus colegas a nivel mundial. Dentro de la indiferencia que me causaba, no me pareció un personaje lo suficientemente importante como para vestirse de boda.

Camino del cumpleaños, mi madre me recordó que no me olvidara del regalo de Marta, que tuve muy presente desde que me levanté.

Pero, mamá ¿cómo se me va a olvidar algo tan importante?

La llegada al club social fue todo un acontecimiento. Las cámaras de la televisión local y nacional, junto a los periodistas buscaban conseguir alguna declaración del doctor Thomas Jones, o en su defecto alguna instantánea para sus portadas. La nube de fotógrafos y cámaras era impresionante. Menudo lío se ha montado con el cumpleaños de Marta, comenté mientras mis padres se reían.

Un par de periodistas reconocieron a mi padre e intentaron sonsacarle el motivo de la presencia del doctor Jones, ya que se había filtrado a la prensa que había realizado una serie de operaciones en Boston con un éxito rotundo en trasplantes de corazón, una de las operaciones más delicadas, ya que los riesgos que implican este tipo de operaciones son coágulos de sangre, daño a los riñones, hígado y otros órganos, ataque cardíaco o accidente cerebrovascular o, a lo peor, la muerte del paciente en la mesa de operaciones.

De ahí el revuelo que se había formado en torno a su figura. El doctor Jones se quedaría alojado en un lugar que ni siquiera mis padres conocían para no llamar la atención de los medios de información. Ya verás cómo se queda en casa de los padres de Marta. Es el último lugar donde se les ocurriría buscar. Es lógico. De estar alojado en algún hotel de la ciudad, sería presa de los periodistas a la primera de cambio.

El salón Princess del Club había sido el elegido para el evento, como no podía ser de otra manera, que vamos, que lo podían haber llamado salón Princesa, pero Princess sonaba como más rimbombante, bastante más hortería, me atrevería a decir. Una multitud de gente llenaba el salón, el hilo musical acompañaba al gentío, ponía una nota de cordura, de serena elegancia. Era imposible dar dos pasos seguidos sin que mi padre se detuviera a saludar a un colega, algunos saludos en un perfecto inglés.

A lo lejos, pude ver a Mónica y a David, elegantemente vestidos, como no podía ser de otra manera. Les dije a mis padres que me ausentaba de su lado que

estaría con unos amigos. Mónica y David se alegraron de verme, ya que desde que volvimos del viaje de fin de curso, apenas nos habíamos visto. Se les veía bastante bien. Ella pendiente en todo momento de él, él pendiente en todo momento de ella. Era lo más parecido a los amantes de Teruel que jamás había visto.

Las hermanas de Marta, Mónica y Cristina, elegantemente vestidas con dos vestidos iguales, correteaban entre la multitud. No sabía nada de su hermana mayor y me fue imposible preguntarles, ya que era más importante seguir correteando por el salón que hacerme un poco de caso e informarme de dónde se encontraba Marta. La madre que las parió... menudos dos angelitos.

Tras un rato, por fin, apareció Marta, de la mano de sus padres Helena y Carlos, radiantes, felices con una sonrisa de oreja a oreja, acompañados por un séquito de gente entre los cuales dos fotógrafos no dejaban de sacar fotos. En aquellos tiempos, algunas revistas del corazón mandaban a sus reporteros a cubrir los eventos sociales más importantes. Y si al evento del cumpleaños de la hija mayor de uno de los cirujanos más importantes del país con una prestigiosa carrera, juntamos la presencia del doctor Jones, pues ya la teníamos el lío montado.

Un tímido saludo de Marta fue lo único que nos dijo a los tres mientras pasó delante de nosotros. La verdad es que nos quedamos bastante perplejos con su actitud. Vamos, que la cara de bobo que se me quedó era para enmarcar. Mis padres, que habían observado la jugada, se apresuraron a aclararme la situación, me explicaron que la presencia del doctor Jones había trastocado los planes del cumpleaños, que la presencia de los medios de comunicación no era del agrado de los padres de Marta, pero el doctor Jones era un imán para los reporteros.

Esta explicación me molestó bastante. Parecía querer salvaguardar la relación que estábamos teniendo, que no querían que trascendiera más allá del ámbito familiar o de los amigos. Me quedé bastante contrariado. Mis padres trataron de quitar hierro al asunto, sus explicaciones me parecieron bastante convincentes, pero esa situación me parecía rara, debido a que los padres de Marta no eran así. Nunca se habían comportado de esa manera, no les tenía como esa clase de personas que se comportan con cinismo ante determinadas situaciones.

Marcus, hijo, no te preocupes. Ya verás cómo toda esta situación tiene una explicación, no le des más importancia de la que tiene, todo se arreglará, comentaba mi padre mientras mi madre me colocaba el cuello de la camisa y me arrancaba la etiqueta de la tienda que aún llevaba colgando por dentro.

Joder, ya era lo que me faltaba, comenté mientras mis padres se partían de risa, esa tarde estaba sembrado, todo lo que no mejora empeora. No había comenzado con buen pie. Mónica y David se estaban literalmente descojonando de la risa.

En las mesas que habían acondicionado con unos elegantes manteles, unos vasos, unas copas, unos platos de gran pomposidad, una legión de camareros comenzó a sacar platos de croquetas, rabas, bandejas de canapés, botellas de refrescos, de vino tinto, blanco y rosado, un sinfín de aperitivos que harían las delicias de cualquier comensal.

De repente, por los altavoces se dejó de escuchar la música, dando paso a la voz del padre de Marta que nos pedía su atención. David me miró, miró a Mónica y nos dijo:

... preparados, listos, ya.... comienza el show. No se equivocó.

Queridos amigos. Quiero daros las gracias por estar aquí para celebrar juntos el 17 cumpleaños de Marta, mi hija mayor. Parece que fue ayer cuando nació, pero han pasado los años y se ha convertido en toda una mujer, con unos valores que hacen que tanto su madre como yo y el resto de la familia estemos muy orgullosos de ella. De igual manera, quiero agradecer al doctor Jones su presencia hoy aquí, ya que aparte de ser un gran colega, es el padrino de Marta. Ha venido desde Boston para estar en tan señalada fecha y de esta manera pasar unos días con nosotros. Doy paso al doctor Jones que nos va a decir unas breves palabras.

Hola a todos. Querida Marta, como bien dice tu padre, parece que fue ayer cuando llegaste al mundo. Han pasado los años, nos hemos visto en pocas ocasiones cuando eras más pequeña por lo que no te acordarás demasiado de mí, aunque me consta que tus padres te han hablado de mí en alguna ocasión. Nada más llegar, tus padres me han puesto al día sobre las magníficas notas que estás sacando en la recientemente estrenada etapa de bachillerato; te animo a continuar por esa línea. No menos importante es la noticia de que tienes novio, el hijo del doctor José María, un excelente colega. Me alegra saber que ese chico comparte los mismos valores que compartes tú, querida Marta. Por favor, Marcus, ¿te quieres acercar un momento, por favor?

¡Madre del amor hermoso! ¡Tierra trágame! Absolutamente todo el mundo mirándome ante la sorpresa de quienes no tenían ni idea de nuestra recién estrenada relación. Menos mal, pensé, que mi madre me quitó la etiqueta de la camisa nueva, si no hubiera sido el mayor ridículo de la historia. No me podría haber imaginado ni por un solo momento el marronazo en el que, sin comerlo ni beberlo, me había metido el doctor Jones.

No quiero eclipsar este momento con mi presencia ni tampoco quiero poner al bueno de Marcus en un aprieto. Así que espero que lo pasemos todos muy bien y disfrutemos de un feliz cumpleaños.

El doctor sonreía a los medios de comunicación, con uno de sus brazos por encima del hombro de Marta. Extendió su otra mano para saludarme, respondí a

su saludo extendiéndole la mía, mientras los fotógrafos pedían “una foto más, por favor”.

En ese momento, ni Marta ni yo fuimos conscientes de lo que se nos venía encima por esas fotos, ya que por aquellos años los medios de comunicación eran la lanzadera de los famosos, de los que, a mi entender, vivían de vender sus exclusivas de bodas, bautizos, comuniones, entierros y demás eventos sociales, la mayoría de escaso o nulo interés, pero se vendían revistas que en el fondo era lo que importaba. La mayoría eran hijos o hijas de papá que no habían pegado un palo al agua en su vida, que su máxima preocupación consistía en que no les pillasen en alguna foto despeinados, con cara de resaca o con un coche de un color que no fuera a juego con su ropa.

Siempre me han parecido una banda de vividores, de gente vacía que no tienen ni idea de lo que ocurre a su alrededor, que viven en una especie de mundo paralelo, un mundo de ficción, de continuas vacaciones, de caprichos sin fin, de vivir con unas inexistentes preocupaciones, más allá de qué hacer en su día a día para que sus vidas no se convirtieran en una auténtica vida de tedio y aburrimiento. ¿A quién coño le importa que a Fefa le hayan regalado un cachorrito que sin duda se va a cagar por todas las esquinas de la casa y les va a destrozar el jardín? Pues parece ser que le importaba a toda una legión de lectores que se comían las revistas que semanalmente aparecían en los quioscos de todo el país.

La fiesta de cumpleaños continuó de manera normal, o casi normal, ya que otro momento álgido de la fiesta fue el del momentazo en el que tuvo que partir la tarta de dos pisos con una muñequita vestida de comunión en todo lo alto. Mónica y David no tardaron en comenzar a tomarme el pelo con la situación vivida con el padrino de Marta, que se encontraba feliz y radiante. Era el foco de atención, bueno, la verdad es que éramos los dos, me sentí incómodo ya que, a cada paso que dábamos, había un fotógrafo pidiendo una nueva instantánea. Perdí la cuenta de cuántas fotos nos pudieron hacer a lo largo de la fiesta. Menos mal que los de seguridad amablemente invitaron a irse a gran parte de los medios de comunicación, lo cual representó un alivio.

Nuestros padres estaban en su salsa, concediendo entrevistas a revistas y medios de comunicación relacionados con el campo de la medicina y de la cirugía más concretamente. Por otro lado, nuestras madres aprovechaban para ponerse al día de todos los cotilleos de la alta sociedad, todos absolutamente todos los cotilleos pasaban por el Club, de no ser así no tendrían la suficiente credibilidad para ser cotilleo oficial.

Apenas pudimos cruzar unas palabras con Marta. Una interminable lista de invitados se afanaba en felicitarla por su cumpleaños, por su recién estrenada relación adolescente. Por lo segundo también me felicitaban a mí, lo cual me daba la risa floja. Un montón de personas, que no había visto en mi vida y con toda pro-

babilidad no volvería a saludar, se afanaban, algunos con una insistencia que rozaba la más absoluta pesadez, en decirme que cuidara mucho de Marta. Menuda chica más guapa e inteligente me llevaba y que hacíamos una pareja de película.

Llegó la hora de abrir los regalos. Apenas había probado bocado. Estaba hambriento pero la situación no era como para ponerse a comer, solo me faltaba que nos hicieran unas fotos comiendo unas exquisitas croquetas. Sería bastante ridículo.

Cámaras de fotos, de vídeo, reproductores walkman, todo por duplicado. Con toda probabilidad, las hermanas de Marta, pescarían en río revuelto, es decir, que se quedarían con algunos regalos, por aquello de no cambiarlos, no fuera que algún invitado se sintiera mal por ello.

Mi regalo fue el que más ilusión le hizo. Hasta que llegaron sus padres con un paquetito muy mono, ya imaginaba que eclipsaría a todos los demás regalos. Como fue lógico, no me confundí en absoluto. Al quitar el papel tan mono de regalo apareció un MOTOROLA STARTAC 308C GSM 900, el teléfono móvil de moda, para poder llamar desde cualquier lugar. Tenía hasta una cámara de fotos con su zoom y todo, una pasada, la verdad.

El reloj que le regalé quedó relegado a un segundo plano, aunque pensaba que el reloj sería más útil que el teléfono móvil, hasta que me di cuenta que también daba la hora, no solo del país, sino de cualquier país del mundo, vibraba cuando te llamaban, tenía un sinfín de melodías de llamada, en fin, que mi reloj no podía competir con el teléfono móvil, por mucho que me empeñara en ello.

Tras el revuelo de los regalos, volvió la calma. El padrino le había regalado una libreta bancaria a su nombre, supuse que, con una generosa cantidad de dinero, aunque no sabía cuánto, pero me lo podría imaginar. Nuestros padres salieron a bailar. Una alegre musiquilla creaba un ambiente de risas y felicidad. Ya no había ni fotografías ni prensa rosa, se notaba en el ambiente, todos estábamos bastante más relajados, disfrutando del momento.

Marta tomó mi mano y me llevó hasta el guardarropa. Entre abrigos de piel elegantemente colgados pudimos darnos un pasional beso. Apenas estuvimos un par de minutos, no queríamos que nos echaran de menos, pero al salir de entre los abrigos, un fotógrafo rezagado nos hizo una foto a traición. No es que la situación fuera embarazosa ni mucho menos, pero una mala interpretación de la misma podría traernos serios problemas.

Traté de darle el alto sin éxito, pero la fortuna nos sonrió, ya que de la nada aparecieron Lola y Lolo, que también estaban invitados, agarrando al espabilado de turno, quitándole la cámara, sacando el carrete y desvelándolo, por lo cual ya no había posibilidad de que la foto viera la luz. Actuaron de una manera muy “rápida y profesional”.

El fotógrafo fue entregado al personal de seguridad, que se disculparon por no haber realizado correctamente su trabajo. Salvo nosotros y el personal de seguridad, no se enteró nadie más.

Hasta la finalización del cumpleaños, no hubo más sobresaltos. Desde el Club un reducido grupo fuimos invitados a casa de los padres de Marta. Quedaba el fin de fiesta, una especie de reunión de los más VIP, esta vez sin sobresaltos de fotógrafos ni prensa. Lolo y Lola estaban invitados. De esta manera nuestros padres se quedarían más tranquilos de cara a estar todo el mes de agosto en su casa rural.

Apenas unas veinte personas estaban por el jardín. La noche era más que agradable, una excelente temperatura y una ligera brisa ayudaban a refrescar la calidez de la noche. Un par de mesas con bebidas y algo de comer ponían el broche a lo que sin duda sería un buen fin de fiesta.

Ni que decir tiene que el doctor Jones era el centro de atención; me parecía un personaje peculiar, quizás demasiado expresivo en sus comentarios. Era una eminencia en lo suyo y se pavoneaba en demasía de ello. Decidí observarlo con detenimiento. Era un tipo digno de estudio, una persona que se había hecho a sí mismo, comenzando de la nada. Con años de estudio, de sacrificio había alcanzado la excelencia en su profesión, más o menos lo que yo también esperaba hacer con el tiempo con la psicología.

Podía aprender muchas cosas de él, sería una ayuda complementaria valiosa. Cada gesto, cada expresión, cada movimiento corporal tenía un monótono significado: “soy el *number one*”.

La velada continuó siendo agradable. La charla de nuestros padres con Lola y Lolo estaba resultando mejor de lo previsto, ya que supusimos que nuestras madres le someterían a un amplio interrogatorio, pues un mes fuera de casa era mucho tiempo. Todo fue genial: nuestras madres quedaron contentas con la charla que mantuvieron, se quedaron más tranquilas; nuestros padres, en cambio, desde que fueron a buscarnos después de los días de tormenta estaban plenamente convencidos de que ese mes fuera de casa nos vendría de maravilla en muchos aspectos.

Ya teníamos preparadas las mochilas y todo lo necesario para nuestra aventura rural, por lo que a Lola se le ocurrió que nos podríamos ir con ellos a la mañana siguiente, aprovechando que estaban en la ciudad con motivo del cumpleaños. A nuestros padres les pareció bien, a nosotros mejor aún: adelantar la marcha unos días tampoco era tan descabellado y les ahorrábamos a nuestros padres el viaje. A Marta se le iluminó la cara, adelantar nuestra aventura fue sin lugar a dudas su mejor regalo de cumpleaños, ni teléfono móvil ni gaitas. Sería una pasada de verano, de momento el mejor de nuestras vidas en la mejor compañía posible, un verano que quizás marcaría un antes y un después en nuestras vidas y en nuestra relación.

De esta manera, quedamos para la mañana siguiente, pronto para que nos diera el día se sí. Queríamos aprovechar cada minuto, estábamos ansiosos por aprender, por hacer algo diferente a todo lo que habíamos hecho hasta la fecha. Nuestras madres nos recordaron que al menos un sábado o un domingo se acercarían a vernos, hablarían con Lola y Lolo para coordinar la visita para que no nos pillasen desprevenidos. A la mañana siguiente, tras un repaso a las mochilas, nuestras madres, emocionadas se, despidieron de nosotros. Nuestros padres, que estaban en una conferencia con el doctor Jones, se despidieron la noche anterior.

A ver cómo os portáis, no cojáis frío, comed de forma adecuada y sobre todo descansad bien por las noches.

Esto último me sonó un poco ... cómo decirlo, a una especie de aviso para navegantes. Mientras nos acercábamos a dejar las mochilas en el coche de Lola y Lolo, Marta me susurró al oído de forma sensual y sutil:

... ¿Quién dice que vamos a descansar por las noches?

El viaje fue de lo más entretenido. En apenas hora y media ya nos encontramos en la Posada del Viento. Era media mañana, el sol calentaba, el cielo estaba azul, el jefe de estación nos saludó a lo lejos a nuestra llegada. Era todo perfecto.

Lo que antaño fue el pajar se había convertido en una bonita y acogedora habitación. Habían hecho una limpieza a fondo, habían tirado todo aquello que no servía, pintado las paredes, rehabilitado un viejo armario y la estructura de la cama, una pasada de habitación, todo un detalle por su parte. Pensábamos que sin duda era la estancia más bonita de toda la posada. Al baño le habían pegado un buen lavado de cara, unas baldas nuevas, una mano de pintura, un armario para guardar nuestras cosas, un espejo encima del lavabo también nuevo. Nos dio la sensación de que era más grande de lo que recordábamos.

Una vez colocamos la ropa en el armario y pusimos nuestras cosas en el baño, bajamos al salón, donde se encontraba el jefe de estación, que exclamó al vernos:

Queridos Marta y Marcus, bienvenidos. Me alegra mucho volver a veros. Por cierto, me llamo Abelardo, me parece que no tuvimos la ocasión de presentarnos como es debido durante la tormenta que nos arrasó hace unas fechas.

Muchas gracias, Abelardo. Es un placer volver a verte, respondimos educadamente.

Mientras Lolo comenzaba a preparar la comida, Lola nos enseñó el proyecto de ampliación que querían llevar a cabo, entre otras cosas, la ampliación del gallinero, la construcción de unos establos de madera para albergar a tres caballos que habían comprado para ofrecer a los huéspedes rutas ecuestres y, si la cosa fuera bien, habían pensado comprar otros dos más, así como también levantar una pequeña pista cercada al aire libre para los caballos.

Había trabajo, mucho trabajo, para lo cual contaríamos con la ayuda de Abelardo, ya que no había demasiado tráfico ferroviario por su estación. Esto le permitía tener tiempo libre y, como se aburría, quería aprovechar el tiempo para ayudarnos. Nos parecía un tipo simpático, de unos cuarenta y cinco años, curtido en mil batallas de la vida, con una mirada en algunos momentos distraída, como buscando algo con gesto contrariado, pero siempre con una amplia sonrisa en su cara. Sin duda, era un tipo peculiar, entrañable, afable, que transmitía confianza.

Ese día, por indicación de Lolo, nos lo tomaríamos de relax, para hacer un buen reconocimiento del terreno e ir asignando a cada uno las tareas del día siguiente, lo cual nos pareció muy bien. Tras la comida, llegaron dos parejas que tenían una reserva para varios días. Eran los típicos amantes de la naturaleza. Una de ellas eran medio hippies, con su rollo pacifista; la otra era una pareja de yuppies progres bien acomodados. Se les notaba en la ropa y en el coche que traían: un deportivo todo terreno que era una pasada. Se pasaban el día por ahí, de ruta, por lo que apenas notamos su presencia.

La pareja de progres se ponía en la terraza, al fondo, a fumar, para no molestar a los demás con el humo. La verdad es que no sabíamos que fumaban, pero al poco comenzaban a partirse de la risa. Ellos solos, mirando al cielo, comenzaban a divagar sobre la posibilidad de una invasión alienígena, discutiendo sobre cuál sería la procedencia de los seres extraterrestres. A nosotros, al oírlos hablar, nos entraba la risa floja. Ese tabaco olía bastante bien, como a hierba recién cortada, hasta que nos enteramos que se fumaban unos canutos de marihuana que lo flipaban en colores. De ahí la risa floja que nos entraba a todos.

El primer día de trabajo, comenzamos con la tarea más fácil, que era la ampliación del gallinero, junto con el refuerzo de la malla de protección para evitar que los depredadores pudiesen romperla y de esta manera salvaguardar la vida de las gallinas, que pasarían de ser diez a veinticinco ejemplares. La sobreproducción de huevos estaría destinada a venderse en la pequeña tienda de souvenirs de la posada, en una clara apuesta por la difusión de los alimentos ecológicos. En apenas tres días, ya teníamos la ampliación y refuerzo del gallinero listo para albergar a las nuevas inquilinas. Nos quedó perfecto bajo la supervisión de Abelardo, que resultó ser un auténtico manitas del bricolaje.

Por nuestra parte, nosotros estábamos aprendiendo muchas cosas: a tratar la madera, a lijarla, barnizarla, colocar las mallas de protección del gallinero de la manera más precisa. Estábamos encantados. Marta ni se acordaba de que tenía un teléfono móvil nuevo, por lo que Helena llamó a la posada, toda preocupada porque su hija no contestaba al teléfono. Una vez comprobó que todo estaba en orden, se quedó más tranquila, advirtiendo a Marta que estuviera más atenta al teléfono.

Pero la verdad es que no estaba mucho por la labor de estar controlada por su madre en todo momento. El teléfono se quedaba todas las mañanas en la habitación, a buen recaudo.

La construcción del establo fue algo más complicada. Los operarios que trajeron las maderas para su construcción nos echaron una mano, ya que aparte de vender las maderas, según comentaban, tenían una amplia experiencia, pues habían construido varios establos, incluso algunos para albergar hasta treinta caballos. Ese mismo día quedó montada la estructura junto con el techo, lo más complicado. Cerrar el establo, con unos paneles de madera, era tarea sencilla, a pesar de que pesaban lo suyo. Era divertido ver cómo con el fruto del esfuerzo del trabajo en equipo tomaba forma poco a poco. Nos sentíamos orgullosos de la labor que estábamos desarrollando, en pleno contacto con la naturaleza, respirando aire puro, escuchando a todo tipo de animales, observando de noche las estrellas. Era perfecto.

Por las noches nos íbamos a la cama agotados por el trabajo realizado durante el día. Apenas había fuerzas para poco más que un par de besos antes de quedarnos profundamente dormidos. En algunas ocasiones, antes de acostarnos Abelardo nos contaba anécdotas de su trabajo en la estación de tren. Veinte años de experiencia daban para muchas curiosidades, como el día que se quedó el perro de una pasajera solo dando vueltas por el andén, permaneciendo a su cargo hasta que al tercer día la dueña se dio cuenta de que lo había extraviado. En fin, el bueno de Abelardo contaba las historias de una manera tan real, con tanto entusiasmo, que parecía que se las inventaba sobre la marcha.

A la mañana siguiente, al bajar a desayunar, Lolo, Lola y Abelardo nos dieron los buenos días entre risas y comentarios en voz baja.

Buenos días, parece que esta mañana estamos de muy buen humor. Así da gusto comenzar el día.

Abelardo estaba ojeando una revista con cara de sorpresa.

... la verdad es que habéis salido los dos muy guapos, nos comentaba mientras le daba la revista a Marta.

No podíamos dar crédito. Estábamos en la portada de una de las principales revistas del corazón, *Crónica Social*, una foto de los dos a primera página con un titular que decía: “Una nueva generación llama a las puertas”. ¿Que si habíamos salido bien? Para nada. La cara de asustado que tenía no era ni medio normal. La crónica hablaba del “romance” entre los dos jóvenes, una pareja de adolescentes, que sin duda serán en más ocasiones protagonistas de más portadas de nuestra revista.

A mí no me hizo ni puñetera gracia. Marta estaba ilusionadísima con la portada, con la crónica, pero menos ilusionadísima con el vestido que decía que la hacía gorda. ¡Madre de dios! ¡menudo embolado! Seríamos la comidilla de todo el instituto, de los amigos de nuestros padres, de los vecinos y familiares. Abelardo nos tranquilizó al respecto:

Estaos tranquilos, estaréis por aquí una buena temporada. Para cuando queráis regresar a casa, ya se habrá olvidado todo.

De la misma opinión eran Lola y Lolo. A pesar de que tenía apetito, el estómago se me cerró, la fama no era para mí, pero la presencia del doctor Jones había revolucionado el mundo de la prensa rosa, que a diario divagaba sobre el verdadero motivo de su visita, tachando como tapadera el motivo de la celebración del cumpleaños de su ahijada.

Lolo y Lola nos comentaron que habían invitado para la celebración de la ampliación de la casa rural a varios medios de comunicación, así como a nuestros padres y, por ende, al doctor Jones, sin saber nada en absoluto sobre nuestro protagonismo en la portada de la revista. La inversión para la mejora, así como para la ampliación, había sido bastante significativa y se trataba de recuperar el dinero con las primeras ganancias en un plazo de tiempo razonable.

Marta y yo nos miramos pensando los dos lo mismo: “¡menuda la que se nos viene encima!”. Pero nadie era consciente realmente de lo que nos esperaba. Teníamos la impresión de que se nos miraría con lupa, que todo el mundo estaría pendiente de nosotros, que estaríamos siendo observados a cada paso que diéramos.

Lo próximo sería barnizar la madera del establo, un producto para proteger la madera de las condiciones climáticas adversas. Fue divertido y duro a la vez, dado el calor asfixiante que reinaba esa mañana. A eso de las doce de la mañana, como el trabajo estaba es un estado bastante avanzado, Lolo nos comentó que, si no nos apetecería ir a darnos un baño hasta la hora de comer, que ya continuaríamos por la tarde cuando el sol no calentara tanto, Lola estaba preparando unas verduras de la huerta para comer. Olía de maravilla. En ese momento, comencé a tener algo de apetito.

Aceptamos gustosos la invitación. Nos cambiamos de ropa, cogimos algo de fruta y pusimos rumbo a nuestra poza secreta. Antes de coger la desviación para saltar la valla, Marta comprobó que nadie nos veía. No queríamos bajo ningún concepto que nadie descubriera nuestro pequeño paraíso. La mañana era espectacular: un cielo azul totalmente despejado de nubes invitaba a disfrutar de la compañía de Marta, a disfrutar de cada segundo al máximo. Marta se desnudó con la misma rapidez con la que yo me quedé con la boca abierta. Estaba radiante, preciosa, buenísima.

Vamos, Marcus, ¿A qué esperas para meterte en el agua? Está deliciosa, hasta diría que está caliente.

El que está caliente soy yo, dije en voz baja.

Al entrar en el agua, me abrazó, me besó mientras sus piernas rodeaban mi cintura. No pude hacer más que cerrar los ojos, respirando profundamente. Era

demasiada tentación como para no sucumbir ante los encantos de esos dos sensuales pechos que me volvían absolutamente loco, me hacían perder el sentido de la cordura, me convertían en una marioneta en sus manos, perdía todo ápice de control sobre mi cuerpo. Sus recién estrenados diecisiete años la habían sentado muy bien, seguía tan cachonda como con dieciséis. Apenas tenía unos segundos para analizar lo que estaba sucediendo. No podía aguantar más.

Levanté su cuerpo hasta que sus pechos quedaron a la altura de mis labios. Tras mirarlos y de nuevo respirar profundamente, comencé a besarlos despacio, sin prisas, con delicadeza. Mi lengua acariciaba sus pezones para darle el máximo placer. Marta apretaba mi cabeza contra su pecho mientras hundía sus manos en mi cabello y gemía de placer. Estaba desatada. Como en otras ocasiones, algo me decía que teníamos que aprovechar y disfrutar de una situación en la que estaba, de nuevo, con cierto miedo escénico. Durante apenas unos segundos, pensé en mis dieciséis, en sus diecisiete, en nuestra recién estrenada adolescencia, en que éramos demasiado jóvenes para mantener una relación sexual plena, en lo que hablamos hace poco tiempo acerca de contener nuestro desmesurado apetito sexual.

Continué pensando que los dos habíamos recibido la información y educación suficientes para poder tomar una decisión desde un punto de vista del enamoramiento y del deseo. Marta era una chica responsable, muy madura para su edad, en pleno desarrollo físico y mental. Yo no me quedaba atrás en lo referente a la madurez y a la responsabilidad.

Estaba a punto de estallar, de mandar todo a la mierda, pasar a un nivel superior de placer, de éxtasis sensual, llevarla al nirvana de la pasión, penetrarla con movimientos de cadera lentos y acompasados, disfrutando con cada mirada, con cada caricia, con cada gemido.

Marcus, me estoy quedando helada. ¿Te parece que salgamos del agua?

Sí, claro. Salgamos del agua. Me parece perfecto. Yo también me estoy quedando helado.

Me dio un poco de apuro salir del agua, debido a la erección de mi pene, que en esos momentos era el que mandaba sobre mi cuerpo. Me apresuré a taparme con la toalla, pero Marta me la arrebató de mis manos, dejando al descubierto mi erección.

Marcus, ¿en serio que te pongo así de cachondo? Me siento halagada.

Claro que sí, Marta, le contesté. Ven, tumbate a mi lado, aquí al solecito se está de maravilla y tendremos que hacer algo para aliviar tu situación, vamos ... digo yo.

No dije ni pío. Me limité a tumbarme a su lado, a recibir sus besos por mi cuello, por mi pecho hasta llegar a la zona de mis genitales. Comenzó a besarlos lentamente, con sumo mimo y cuidado, notando como mi erección aumentaba por

momentos. Comenzó a lamer y besar mi erección, estaba tremendamente excitado, intentando no correrme en su cara. Se puso encima de mí, como montando a caballo, frotando su sexo contra el mío en acompasados movimientos. Mientras los dos gemíamos de placer, unos torrentes de sensaciones recorrían mi espina dorsal. Me puso los pelos de punta. No podía más. Me corrí, mientras Marta a mi lado, disfrutaba y acariciaba su sexo con mis dedos, teniendo un orgasmo apoteósico, perfecto, maravilloso ...

Me confesó que había sido una pasada, que le había hecho sentir sensaciones que hasta ese momento no había sentido jamás.

Marcus, me tienes loca de amor y de placer.

Yo me limité a continuar mirando el sol con los ojos cerrados, en modo iguana, para de esa manera disfrutar al máximo del momentazo. Llegamos a la posada a la hora de comer, con puntualidad. Desde afuera se podía oler la exquisitez de comida que nos habían preparado nuestros anfitriones. Ayudamos a acabar de poner las mesas en la terraza y nos subimos a la habitación para cambiarnos de ropa para la comida. Una pareja con una niña pequeña de apenas unos diez años de edad se nos quedó mirando cuando nos sentamos a comer con Lola y Lolo.

La comida trascurrió como siempre entre risas y buen rollo, pero a los postres, la niña se acercó a la mesa y dirigiéndose a Marta la dijo:

¿Tú eres la chica de la revista?

Marta contestó afirmativamente mientras acariciaba la cara de la niña. Inmediatamente los padres se disculparon. Nada que disculpar, les contestó, es una mofa de niña.

Continuamos con la comida, recogimos las mesas y por un rato nos subimos a la habitación a descansar antes de continuar con el barnizado de la madera. La verdad es que el baño nos había sentado de maravilla. Me había llevado el cuaderno en el que continuaba apuntando todo aquello referente a la forma de comportarse de los que me rodeaban en diferentes situaciones. Era un primer paso hacia el sueño de ser en el futuro un buen psicólogo. Con el paso del tiempo, entendí y comprendí la importancia de los apuntes que fui recopilando a lo largo de los años sobre el comportamiento y los sentimientos del ser humano.

El sol invadía y calentaba la habitación, se estaba de maravilla. Nos tumbamos en la cama cogidos de la mano. Al tercer o cuarto beso, nos quedamos dormidos. Estaban siendo unas jornadas agotadoras, pero al ver que el trabajo avanzaba día a día según lo previsto, dábamos por bien invertido el esfuerzo.

Nos despertó de la siesta el relinchar de unos caballos. No pensábamos que serían los nuestros, ya que estaba previsto que llegasen en dos días, pero un error por parte de la empresa que los enviaba hacía que su llegada fuera inminente.

Nos apresuramos a ir al establo, que prácticamente estaba acabado y listo para alojar a los nuevos inquilinos, salvo algún pequeño detalle que quedaba por rematar, nada importante. El dueño de la empresa que nos envió los caballos nos felicitó por el diseño y la posterior construcción de los establos, observó con atención la instalación y le aconsejó a Lolo un par de ideas para mejorarlas. Los tres caballos eran muy bonitos: dos yeguas y un semental. Estaban de exposición, bien limpios y cepillados. Su pelo brillaba con una extraña belleza que nos dejó cautivados.

Lola se apresuró a llamar a la veterinaria, Andrea, que vivía apenas a veinte minutos de la posada, para que echase un vistazo a los caballos, supervisar su estado y marcar las pautas de alimentación y hábitos en los primeros días para que, de esta manera, no fuera un cambio demasiado traumático. Eran de raza árabe, que son una de las razas más fáciles para montar junto con los de pura sangre ingleses.

Andrea fue antaño novia de Lolo, según nos contó Lola, aunque llevaban un buen rollito entre ellos, Lola decía que era una loba a pesar del poco trato que mantenían e incluso nos comentó que en cuanto se enteró de que tendríamos caballos, se ofreció para ser su veterinaria, ya que le apasionaban y era su especialidad. Para Lolo fue un alivio contar con Andrea, para Lola también, pero digamos que algo menos.

Al poco rato, llegó Andrea, con su marido Enrique, también veterinario. Después de las presentaciones, el primer examen de los caballos fue plenamente satisfactorio. Se encontraban en perfecto estado de salud, muy tranquilos, cosa que les pareció muy rara tanto a Andrea como a Enrique. Marta acariciaba al semental, que no mostraba ningún signo de extrañeza, sino todo lo contrario, inclinaba su cabeza para que Marta lo acariciara. Nos comentó Enrique que, cuando los caballos tienen las orejas hacia adelante, es signo de confianza para con la persona que tienen a su lado.

Aún no tenían nombre, así que tendríamos que decidir entre todos cómo llamarlos, pero en cuestión de segundos y tras escuchar algunos nombres que nos parecían una horterada, se me iluminó la bombilla de las ideas:

El semental se llamará Apolo y las dos yeguas, Dakota y Jade.

Sonaba de maravilla. Esos nombres nos parecían sencillamente perfectos y hubo un total consenso. A la mañana siguiente, pintaríamos sus nombres en el establo de cada uno, pero Andrea se ofreció a diseñar los carteles en su clínica, ya que les gustaba hacer estos regalos a los nuevos clientes y no era plan de quitarles la ilusión.

Una vez ya acomodados el caballo junto con las dos yeguas en sus correspondientes boxes, Marta y yo nos quedamos un rato con ellos, pero no demasiado,

ya que deberían descansar después del estrés que les había supuesto el viaje y el cambio tan radical que estaban viviendo. Nos hubiéramos quedado con ellos toda la noche. Era un privilegio contemplar cómo se adaptaban a su nuevo hogar. Eran unos animales nobles, bastante altos para los tres años que tenían las dos hembras y para los tres y medio que tenía Apolo.

Estábamos todos muy emocionados con la llegada de Apolo, Dakota y Jade, así que para celebrarlo Lolo invitó a Andrea y a Enrique a quedarse a cenar, bajo la atenta mirada de Lola, a la que nos pareció que no le hizo demasiada gracia.

Pero, con todo, era la flamante veterinaria de sus igualmente flamantes caballos, con lo cual, debería hacer un esfuerzo para llevarse bien en aras de la salud de los nuevos miembros de La Veleta del Viento. La cena transcurrió entre risas y bromas, hasta que en un momento de la cena Andrea descubrió nuestro secreto mientras ojeaba la revista *Crónica Social*, que se me había olvidado quemar en la chimenea.

Es que no sé dónde tengo la cabeza, pensé. Tengo que hacerla desaparecer de inmediato, pero no había caído que en la pequeña tienda de souvenirs, con esto de la ampliación y modernización del negocio, habían comenzado a vender algo de prensa, y, como no podía ser de otra manera, *Crónica Social* se vendía también entre otros periódicos y revistas. La hemos cagado bien cagada, pensaba mientras observaba los ejemplares apilados junto a los paquetes de chicles y golosinas.

A la mañana siguiente, Enrique nos trajo los tres letreros para colocarlos en los boxes de los tres caballos: el semental Apolo y las dos yeguas, Dakota y Jade. Quedaron muy bonitos a la par que elegantes.

Habíamos preparado una parcela de terreno para que los caballos pudieran salir al aire libre y de esa manera pudieran hacer algo de ejercicio, un picadero con abrevaderos para el agua y comederos con pasto fresco o alfalfa en su defecto. Todo ello perfectamente delimitado para evitar que se pudieran escapar. Toda una obra de ingeniería de alta precisión. Clavar los postes en el suelo nos costó bastante tiempo y esfuerzo.

Como habíamos avanzado en la ampliación de la posada, el fin de semana nos lo dieron libre, lo que aprovechamos para invitar a nuestros padres a que nos visitaran.

De esta manera, podrían conocer de primera mano los trabajos que habíamos realizado hasta la fecha y pasarían un día en el incomparable marco que la posada ofrecía, rodeados de naturaleza y aire puro.

El día anterior lo pasamos repasando algunos pequeños detalles, como dar una segunda mano de barniz a algunas maderas que no habían quedado demasiado bien o repasar el tejado del gallinero, ya que, debido a las nuevas inquilinas, estaban todas un poco alborotadas. Todo estaba en perfecto estado de revista para el

día siguiente, para la visita de nuestros padres y para los reporteros de un par de revistas de naturaleza y turismo rural que Lolo y Lola con anterioridad nos habían comentado que asistirían a la inauguración de la ampliación de la posada. Nada nos hacía presagiar lo que ocurriría al día siguiente.

Amaneció un día precioso, con un cielo azul totalmente despejado. Una temperatura elevada a primeras horas de la mañana presagiaba un día de calor intenso. Era lo normal para la época del año en la que nos encontrábamos. Todos estábamos contentos y nerviosos a la vez. Era la presentación en sociedad de la nueva Posada del Viento, con unas novedades que sin duda serían del interés y agrado de un público amante de la naturaleza y de los caballos. Por aquellos años, montar a caballo era un signo de distinción, de clase pudiente. Era una manera de destacar socialmente, un estilo glamuroso de vida.

Estábamos disfrutando del desayuno en la terraza, ya que aún faltaban un par de horas para la llegada de nuestros padres y algo más para la de los medios invitados, cuando escuchamos el ruido del motor de varios vehículos que llegaban. Una algarabía de voces rompió la armonía que reinaba en ese momento. Nos mirábamos unos a otros sin entender nada de lo que estaba sucediendo. Un grupo de fotógrafos, cámara en mano, a la búsqueda de alguna instantánea de la famosa hija del doctor Ruiz Jiménez –así se apellidaba su padre– entraron sin pedir permiso, buscando por toda la posada a Marta.

Llegaron a la terraza sin que apenas nos diera tiempo a reaccionar, pero rápidamente supuse que los padres de la niña que nos reconoció hace un par de días, tenían algo que ver en toda esta situación tan desagradable que se había creado. Alguien ha tenido que irse de la lengua, exclamó Lola, con el asentimiento de todos los demás que aún nos encontrábamos en una especie de shock. Los fotógrafos no dejaban de hacer fotos, de preguntar si éramos oficialmente novios, nuestros planes de futuro, qué opinaban nuestros padres de todo eso. En fin, una jauría de lobos ansiosos de nuevas noticias.

No pudimos hacer más que salir por patas y refugiarnos en la cuadra. Fue el primer lugar en el que se nos ocurrió. Nos metimos en el box de Dakota. Pobrecilla, no sabíamos cómo podría reaccionar al vernos invadiendo su espacio. Con lo nerviosos que estábamos, no queríamos transmitir nuestro estado a la yegua, ya que, si se exaltaba, no podríamos saber cuál sería su reacción. Pues, nada más lejos de lo que pensábamos: se acercó a nosotros agachando la cabeza para que la acariciáramos. Fue una pasada cómo buscaba nuestras caricias con tanta naturalidad.

Mientras, Abelardo el jefe de estación, que se había percatado de todo lo que estaba sucediendo, había llamado al puesto de la guardia civil más cercano, que por suerte se encontraba a siete kilómetros e hicieron acto de presencia en apenas quince eternos minutos expulsando de la posada al grupo de reporteros buitres, utilizando medios poco convencionales, ya que algunos reclamaban su derecho a

la libertad de prensa, pero estaban muy equivocados, ya que se encontraban en una propiedad privada.

A las puertas de la posada, los cuatro guardias civiles que acudieron al rescate amenazaban con llevarles al calabozo, requisar sus cámaras de fotos e incautar todo el material audiovisual, so pena de ser denunciados. No hicieron el menor caso. Marta, en apariencia, conservaba una pasmosa tranquilidad, Lola agarraba a Lolo del brazo para evitar que agrediera a algún fotógrafo. ¡Menudo circo se estaba formando!

Y, como se suele decir, cosa que no mejora empeora. Así que, en pleno clímax, llegaron nuestros padres, con el doctor Jones, quien al apearse del coche bastante malhumorado por lo que estaba observando, atrajo a la nube de fotógrafos que se quedaron sorprendidos de verlo allí.

... señores, señores, por favor, un poco de tranquilidad, por favor.

Repetía una y otra vez, ante los flashes de las cámaras, pero tampoco le estaban haciendo demasiado caso. Salimos del box de Dakota para saludar tímidamente a nuestros padres y al doctor Jones, pero lo hicimos desde dentro. No quisimos salir para no echar más leña al fuego. Menos mal que las hermanas pequeñas no quisieron venir y se quedaron en casa de los padres de una amiga suya.

¿Han venido a pasar el fin de semana o solo el día de hoy? ¿Está contento con la recién estrenada relación de su ahijada? ¿Es cierto que desconocía que tenía novio? ¿Desde cuándo hacía que no la veía? ¿Aprueba usted esta relación?

Una pregunta tras otra, a cuál más estúpida y obvia, pero el doctor Jones insistió en que, si se calmaban, les concedería una breve e improvisada rueda de prensa para hablar únicamente de su trabajo en su hospital de referencia.

Queremos saber más de su sobrina, gritó uno de los fotógrafos. El doctor Jones volvió a repetir lo mismo: que no respondería a ninguna pregunta relativa a la vida e intimidad de Marta ni tampoco de la mía. Todo un detalle por su parte. Tras escasos diez minutos y con la amenaza por parte de la guardia civil de llevarles al calabozo si no se marchaban para no volver a molestar, los fotógrafos se montaron en sus coches y se marcharon con la satisfacción del trabajo cumplido. Una de las dos patrullas de la guardia civil que acudieron en nuestra ayuda se quedó de retén durante todo el día en misión de vigilancia por si algún listillo hubiera tenido la tentación de volver.

Nuestros padres estaban desconcertados, nos dio la impresión de que la situación, como a todos, les desbordó. Solamente el doctor Jones parecía disfrutar, daba la sensación de estar en su salsa, parecía decir con su mirada: soy el rey del mundo. Continuaba con los apuntes en mi cuaderno, continuaba anotando todo aquello relativo al comportamiento del ser humano, el racional e irracional y esos

días estaban siendo una mina de datos. Me parecía que estaba realizando un buen trabajo que continuaba pensando en lo útil que me sería.

Después del susto, visitamos las instalaciones, haciendo gala del trabajo realizado hasta la fecha y haciendo hincapié en la cuadra que nos había quedado muy bien para ser la primera que construíamos. Mis padres tuvieron cierto reparo en ver a los caballos más que nada por lo grandes que eran y por su total desconocimiento acerca de su forma de comportarse ante los humanos.

En cambio, los padres de Marta no tuvieron ningún reparo en acercarse primero al box de Apolo, que les observaba con detenimiento, pero enseguida se acercó para que le acariciasen. Fue entonces cuando mi padre se quitó el miedo acercándose para verlo de más cerca.

José María, ten cuidado. No te acerques demasiado, no te vaya a morder, exclamó mi madre.

Todos nos comenzamos a reír ante su desconcertante mirada. Y para acabar de rematar la frase nos dijo:

No sé de qué os reís, los caballos muerden, lo he visto en algunas películas del oeste.

La risa pasó a ser una carcajada. Abracé a mi madre y le di dos besos para calmar la mala leche que se le estaba poniendo. Mi padre lloraba de la risa, no sabía dónde meterse, así que hizo lo mismo que yo, darle dos besos y un abrazo.

Sigo sin entender de qué os reís, la verdad, insistió mientras las risas se venían a menos. Ella pretendió arreglar una situación que no se tenía arreglo.

La visita fue todo un éxito, sobre todo para nuestras madres, que se quedaron más tranquilas al ver el entorno en el cual estábamos pasando ese mes, rodeados de naturaleza, aire puro y noches durmiendo juntos dándonos unos buenos achuchones. Bueno, esto último es de mi cosecha, aunque era de suponer que nuestros queridos padres tontos no eran, otra cosa es que se lo hicieran. En definitiva, confiaban en nosotros. Esto nos daba carta blanca para poder estar a nuestra bola, tranquilos sin tenerlos todo el día controlándonos.

El día pasó rápidamente. Con las últimas luces del día, nos despedimos de ellos. Solo quedaban diez días para que el mes terminase. Apenas nos quedaban unas pequeñas tareas de mantenimiento, lo cual nos dejaría algunas jornadas para el descanso y disfrute, pues al mes siguiente comenzarían las clases de nuevo, volvería la rutina y con ella los trabajos de clase, los exámenes y la asignatura de latín, que por lo que nos comentaban algunos compañeros que tenían hermanos mayores que ya habían pasado por el segundo curso de Bachillerato, era un auténtico coñazo, además de ser una asignatura que no valía para nada.

El día había sido con diferencia el más intenso, hasta el momento, de nuestras vidas. No obstante, Lola había cocinado una cena digna de reyes: una ensaladilla rusa, con los huevos y la mahonesa casera que resultó estar casi tan rica como la de mi madre. Estábamos hambrientos, dimos buena cuenta de la succulenta cena, nos acompañó Abelardo que de nuevo comenzó a contarnos batallitas de su dilatada experiencia como jefe de estación de tren. Era una noche espectacular, un calor sofocante nos hacía sudar la gota gorda, así que después de cenar, invité a Marta a dar un paseo. Después de lo acontecido en el día, creí que sería oportuno poder charlar un rato a solas.

Marta, ¿qué piensas de lo sucedido? Yo la verdad estoy bastante descolocado con todo esto. No sé si las fotos de tu cumpleaños junto a la presencia del doctor Jones acabarán por complicarnos la vida. Ojalá esto sea algo pasajero y dentro de unas semanas todo esté olvidado para seguir con nuestra vida, sin sobresaltos.

Marta, aunque no lo reconociera abiertamente también estaba descolocada, algo menos que yo, o esa fue la sensación que me dio en ese momento.

Marcus, tenemos que estar tranquilos, no dejar que la situación nos supere, seguir adelante como si nada.

Tuve la sensación de que, por primera vez, estaba siendo más maduro que Marta. No sé cómo explicarlo. Me daba la sensación de que no estaba dando la importancia que merecía a la situación que estábamos viviendo.

Tampoco quise dar más importancia a la conversación. No me apetecía en absoluto ponerme paternalista, así que, después de hablar lo justito sobre el asunto, decidimos pasarnos por la cuadra, para ver cómo se encontraban nuestros tres nuevos amigos. Nos pareció raro que las luces estuvieran encendidas. Pensábamos que estarían todos acostados o en su defecto tomando algo de fresco en la terraza de la posada.

A lo lejos, escuchamos las voces de dos personas hablando. Dado que la luna brillaba de manera tenue, la luz era escasa. Algo no me cuadraba demasiado, pues no eran horas de estar en las cuadras. Marta me comentó que era un neurax, que todo me parecía sospechoso. Pero no estaba confundido, nos quedamos detrás de unos arbustos, contemplando la escena sin ser vistos ni oídos.

Eran Enrique, el novio de Andrea la veterinaria hablando con uno de los huéspedes, el padre de la niña que nos reconoció. Esto ya nos comenzaba a parecer aún más sospechoso. Hablaban amistosamente hasta que comenzaron a subir el tono de la voz, parecía que comenzaban a discutir. Enrique, después de comprobar que no había nadie por los alrededores, entró en la cuadra saliendo en apenas unos segundos con un minúsculo paquete en las manos, que le entregó al huésped.

Con que yo era un neurax, ¿eh? Pues mira, ya tenemos la conspiración en marcha, porque ya me dirás tú qué coño hace el novio de la veterinaria a las dos de la mañana entregando un paquete a uno de los huéspedes. Vamos, que aquí hay algo que huele bastante mal.

Una vez se hubieron marchado, continuamos con la idea inicial de ver cómo estaban Apolo, Dakota y Jade. Estaban plácidamente en sus correspondientes boxes, comiendo algo de hierba fresca, ajenos a lo que había sucedido minutos antes.

A la mañana siguiente, decidimos preguntar a Lolo sobre el huésped misterioso.

Oye, Lolo. ¿Los huéspedes de la habitación tres suelen venir mucho por aquí? ¿Son clientes habituales? Preguntó Marta mientras preparaba el café del desayuno.

Pues la verdad es que sí, debe de ser la tercera vez que vienen en lo que va de año. La primera vez vino el chico solo, en una especie de viaje de negocios. Me comentó que trabajaba en un laboratorio de productos sanitarios para animales, ya sabéis medicinas y vacunas.

Marta y yo nos miramos, Lolo se dio cuenta de que algo no estaba bien. La cara de Marta levemente sonrojada la delataba, era uno de sus puntos débiles.

Verás, Lolo, es que anoche vimos a Enrique sacar de la cuadra un paquete que le entregó al padre de la niña de la habitación tres sobre las dos de la mañana. Esto nos ha parecido extraño, muy extraño.

Lolo nos hizo una señal para que le acompañáramos afuera, a buen recaudo de miradas y oídos indiscretos.

Veréis, chicos, no sé qué visteis anoche, pero estoy seguro de que todo tiene una explicación.

Esta frase nos sonó a que Lolo estaba metido en el fregado, que nos estaba ocultando algo. Lola se encontraba recogiendo los huevos en el gallinero, escuchando toda la conversación. Salió del gallinero con bastante mala leche, cerrando la puerta, respirando profundamente y mirando a Lolo con cara de pocos amigos.

Una vez que Lola dejó la cesta de los huevos en la cocina, salió para darnos entre ella y Lolo una explicación coherente de lo que habíamos visto la noche anterior. Fueron bastante directos:

No habéis visto nada, ni Enrique estuvo anoche aquí, ni entregó ningún paquete a nadie. Es sencillo de entender: todo está bien y todo seguirá como hasta ahora. ¿Está todo claro?

Marta y yo nos miramos sin entender qué estaba pasando. No entendimos por qué ese comentario tan tajante sobre hacer la vista gorda, que hubiéramos visto a Enrique entregar al misterioso huésped un pequeño paquete no debería de haber estado en el guion. Habían cometido un error, el error de que, a pesar de todos sus cuidados, se habían dejado ver.

Inmediatamente salí al paso, asegurando que por nuestra parte no habría ningún tipo de problema, que lo que había sucedido no era asunto nuestro, que estaba todo olvidado y que no volveríamos a hablar sobre ello. Lolo y Lola se quedaron tranquilos, confiaron en nosotros. Pero, no obstante, nos quedó una tenue inquietud. ¿Qué contenía el minúsculo paquete? No teníamos ni idea.

Después de tan gratificante charla, fuimos a comprobar qué tal estaban los caballos, para soltarlos y para que galoparan un rato por el picadero, ya que nos comentó Andrea que, pasados unos días desde su llegada, sería conveniente que hicieran ejercicio a diario. Era la primera vez que salían libremente. Al principio, daban la sensación de tener cierto temor ante un escenario que les era desconocido, pero en apenas un par de minutos, ya estaban disfrutando de su libertad. Les pusimos agua fresca, ya que el sol apretaba lo suyo, y algo de hierba fresca.

Andrea había llegado hacía unos minutos, pero no nos había dicho nada para observar cómo nos defendíamos con los caballos y cómo reaccionaban ante nuestra presencia. Se quedó gratamente sorprendida por la rápida adaptación a su nuevo hogar y no menos sorprendida por nuestra paciencia y habilidad para con ellos. Pasados unos minutos, nos indicó que es bueno crear un vínculo de confianza y para ello habría que pasar tiempo con ellos.

Nos enseñó a cepillarlos, a bañarlos, a mojar su pelaje con agua tibia, evitando rociar al caballo con un chorro de agua a alta presión, ya que les podría asustar, a evitar que les entrase agua en las orejas, a frotar su cuerpo con champú dándole masajes circulares. La primera vez que les dimos un baño, Apolo se quedó en un estado de relajación total, en cambio Dakota protestó un poco, pero enseguida se tranquilizó y Jade, desde el momento que la mojamos su pelaje, no protestó en absoluto.

Con todas las reformas finalizadas, cuidando hasta el más mínimo de los detalles, la posada comenzó a funcionar a pleno rendimiento. Sus habitaciones tenían reservas para los tres meses siguientes. Sin duda, haber dado un aspecto más rural a la Posada del Viento había sido una gran idea. El mes de agosto estaba tocando a su fin, apenas nos quedaba una semana antes de volver al asfalto, a comenzar a preparar la vuelta a clase.

Nuestros padres ya habían presentado los papeles para la matrícula del segundo curso de Bachillerato con anterioridad. Solo nos faltaba saber con qué tutor nos había tocado, detalle que particularmente me traía sin cuidado.

Con el paso de los días, el teléfono móvil de Marta fue tomando más protagonismo, como no podía ser de otra manera. No estaba obsesionada con él, pero, a medida que a sus más íntimas amigas sus padres les fueron regalando uno, había un momento en el cual no dejaban de pasarse fotos y mensajes SMS, lo que por entonces era el único servicio de mensajes cortos. A sus amigas les encantaron los caballos, e incluso algunas de ellas junto a sus padres ya habían reservado algún fin de semana para conocerlos. Marta se estaba convirtiendo en su mejor agente comercial.

Las amigas de Marta le comentaban el revuelo que se había formado con las fotos del cumpleaños, con las declaraciones del doctor Jones, que todos los compañeros de clase estaban ansiosos por estar con nosotros para que les contáramos todo lo sucedido de primera mano. Pues querida Marta, la respondí, por mi parte no pienso contar nada de lo sucedido. Son nuestras vidas, es nuestra intimidad que sin duda no le importa a nadie. Marta me miró, me besó y esbozó una sonrisa. Insistí por segunda vez en que yo sería una tumba. Marta, de nuevo, sonrió.

Durante la estancia en la posada, Marta había madurado y yo también, por supuesto. Había aprendido a ser más comedida en el aspecto sexual. Ya no estaba tan fogosa en los momentos íntimos, controlaba esa libido, comprendía que sentir atracción sexual era natural entre dos personas que se atraen físicamente con un sentimiento de amor por medio. Me decía que le estimulaba sexualmente al mínimo roce e incluso cuando olía mi cuerpo generalmente desnudo en la cama. A mí, en cambio, a pesar de que pudiera pecar de poco romántico, me ponía muy cachondo el verla desnudarse por las noches. Era una visión lujuriosa y explosiva, de una sensual adolescente en ropa interior junto a un cuerpo de escándalo, unos pechos perfectos, unos pezones de seda, un culo moldeado por el mismísimo Miguel Ángel.

Los últimos días los dedicamos a perfeccionar alguna cosilla que nos quedaba por rematar. Estábamos contentos y satisfechos con la experiencia. Nos había venido muy bien haber formado parte de ese proyecto. Nos dio pena el irnos, sobre todo por dejar atrás a los caballos. Les habíamos cogido cariño y estoy seguro que ellos a nosotros también. Antes de que nuestros padres vinieran a recogernos, no sabíamos a ciencia cierta quién vendría. Lola y Lolo nos dieron las gracias por la estupenda labor que habíamos realizado, por la simpatía y cariño que habíamos tenido para con ellos y para con los huéspedes. Nos dieron un sobre a cada uno con una más que generosa cantidad de dinero, como recompensa al trabajo realizado.

Recordad que aquí tenéis vuestra casa, que podéis venir a visitarnos cuando queráis, vuestra habitación estará siempre disponible. Tanto Lolo como yo esperamos veros pronto por aquí, al igual que Apolo, Dakota y Jade, que sin duda os echarán de menos como nosotros, y sobre todo lo ocurrido esa noche, en la que al final “no pasó nada” que no empañe vuestra estancia y experiencia en La Posada del Viento.

Por nuestra parte, contestó Marta, no hay ningún problema todo está perfecto. Nos llevamos un recuerdo muy bonito de aquí e incluso, si nos lo proponéis, podríamos regresar al año que viene a trabajar con vosotros, suponiendo que tengáis la idea de ampliar la cuadra con más boxes para más caballos.

Efectivamente, si las cosas van como deberían de ir, ampliarían la cuadra e incluso había alguna idea innovadora que querían llevar a cabo, contestó Lola.

Al poco rato el padre de Marta vino a recogernos. Ni mi padre ni mi madre ni la madre de Marta pudieron venir, debido a diversos compromisos. Después de pasarnos a despedirnos de Abelardo, que no era muy amigo de despedidas, comenzamos el camino de regreso, con bastante pena, principalmente por dos motivos: el primero y más importante el regreso al instituto y el otro dejar atrás todo lo que habíamos aprendido, pero siempre nos quedaría el maravilloso recuerdo de esos días.

Marta no calló prácticamente en todo el viaje, contando innumerables anécdotas de Abelardo, de Apolo, Dakota y Jade, de cómo relinchaban por las mañanas cuando salían a correr por el picadero o cómo se quedaban tranquilos cuando les dábamos un baño de agua tibia. Carlos sonreía mientras Marta, incansable, no paraba de hablar. Con el tiempo me di cuenta de que, cuando Marta estaba nerviosa, no dejaba de hacerlo. Era un mecanismo para soltar los nervios. Se denomina verborrea, es decir, hablar mucho con un ritmo inusual que es difícil de interrumpir, como en ese momento.

Mientras la observaba desde el asiento de atrás vi las gotas de sudor que resbalaban por sus mejillas. La verdad es que hacía calor, pero no era como para sudar tanto. En ese preciso momento entendí que algo no iba bien. No quise preguntarle, ya que no me parecía el momento oportuno y mucho menos delante del padre.

Al llegar a casa de Marta, sus hermanas Mónica y Cristina habían dibujado con una sábana blanca un cartel de “Bienvenidos”. Estaban como locas de contentas. El regreso de su hermana mayor fue el acontecimiento del verano para ellas. Por fortuna, el doctor Jones ya había regresado a Boston, con lo que la paz junto a la tranquilidad, habían regresado a nuestras vidas.

Al poco de llegar, Mónica y Daniel aparecieron por la puerta. El escándalo de los chillidos de alegría por el reencuentro de las dos chicas fue un auténtico show.

Marta, me tienes que contar qué tal os ha ido con todo lujo de detalles, sin omitir nada, quiero saberlo todo. ¡Qué bien que estéis de vuelta! exclamó Mónica.

Daniel y yo nos saludamos con un sosísimo abrazo.

Mientras las dos chicas se ponían al día, Daniel me acompañó a casa a dejar la mochila y saludar a mis padres. No se encontraban en casa. Mi madre estaba

acompañando a mi padre en la recepción inaugural de la embajada de un lejano país llamado Afnail en nuestro país. Así que, mientras les dábamos unos minutos a esas dos cotorras, Daniel me contó qué tal les había ido el verano.

Me comentaba que Mónica estaba desatada, que a la menor oportunidad se ponía como una moto, que era una máquina de besar y acariciar, que estaba todo el día, muy cachonda. Y, claro, él no era de piedra.

Mónica ya tenía los diecisiete años. Era unos meses mayor que Marta y, por lo que comentaba Daniel, Marta tenía los mismos síntomas que Mónica. Menudas dos locas de la vida, con lo modositas que parecen y en la intimidad se convierten en dos lobas depredadoras.

Mientras subí a mi habitación para asearme y cambiarme de ropa, Daniel se quedó en el salón escuchando la radio. En lo que tardé en bajar, apenas unos quince minutos, Marta había llamado dos veces. A la tercera, ya cogí yo el teléfono:

Marcus, ¿qué te parece si nos vamos a pasar el día por ahí? Nos apetece mucho ir a la playa, darnos un baño, hasta podríamos comer los cuatro por ahí.

Por nosotros perfecto así movemos los ciclomotores que llevan parados mucho tiempo.

Marta y Mónica se fueron en un ciclomotor y nosotros dos en otro. Las chicas marcaban la ruta. Nosotros íbamos detrás y bromeábamos sobre cuál sería el lugar donde pasaríamos el día, Daniel decía que en un velero navegando cerca de la costa y dándonos un baño mar adentro. Yo le decía que era un flipado, que eso pasaba solo en las películas. La verdad es que al final no estaba mal encaminado. Llegamos al puerto donde unos barcos te llevaban de crucero por la costa, un paseo de apenas una hora de duración, ofreciendo la posibilidad que quedarte en una pequeña cala privada a pasar el día y regresando más tarde dentro de un horario establecido.

No conocíamos ese lugar. Era el primer verano que ofrecían este tipo de actividad y nos quedamos impresionados de lo bien montado que lo tenían. Era una minúscula península en la que el visitante disfrutaba de unas sencillas pero coquetas instalaciones, destacando el restaurante con unas cómodas hamacas protegidas del intenso sol por unas palapas que le daban un aire tropical. No había demasiada gente, ya que el aforo era limitado. Una musiquilla de fondo invitaba a la relajación, estábamos encantados ya que los empleados estaban pendientes de todos los detalles para hacer que los clientes se sintieran lo más cómodos posible.

El agua limpia, transparente, invitaba a disfrutar de un baño. Incluso se podía bucear alquilando un equipo básico para la práctica del buceo, sin bombona de oxígeno, ya que para poder utilizarla había que estar federado. Apenas a unos tres metros de la orilla, bajo el agua, multitud de peces de todos los tamaños y colores jugueteaban entre las piernas. Ya se estaban acostumbrando a la presencia de hu-

manos, no mostraban temor alguno por nuestra presencia, seguían a lo suyo sin importarles que les estuviéramos observando.

Era un espectáculo fascinante, allá donde mirases bandadas de peces jugaban al escondite o se afanaban a comer algunas algas verdes pegadas a las rocas, ignorando por completo todo lo demás que les rodeaba. Tras algo más de media hora, Daniel nos hizo una señal para que supiéramos que salía del agua y, como era lógico Mónica se salió con él. Nosotros permanecemos unos minutos más cogidos de la mano, jugando a ser dos intrépidos aventureros a punto de descubrir alguna ciudad sumergida hace miles de años.

Salimos del agua, buscando la comodidad de las hamacas, la sombra de las palapas y alguna bebida refrescante para aliviar nuestra sed. Era un auténtico paraíso. Nos encontrábamos muy a gusto en compañía de nuestros dos mejores amigos. Daniel sacó el tema del doctor Jones, de todo el escándalo mediático que se había formado con las fotos del cumpleaños y con nuestra presencia en la Posada del Viento. Eso sí, de forma muy prudente, sin querer forzar ninguna respuesta. Yo bromeé con él preguntándole que dónde había guardado la grabadora. Todos nos reímos. Traté de desviar la curiosidad que por otra parte era natural, para no tener que dar demasiadas explicaciones.

Les comentamos lo esencial de lo que nos pasó, sin entrar en demasiados detalles. Simplemente lo incómodo de la situación, lo manipulados que nos sentíamos por la presencia del doctor Jones, arrastrados a un continuo asedio de fotografías y medios de comunicación, que afortunadamente duró demasiado, hasta que el doctor Jones se marchó. En algunos momentos, sobre todo lo que ocurrió en la posada, fue bastante inquietante a la vez que desagradable. No estábamos preparados para pasar por ello. En definitiva, no fue para nada traumático, tuvo su puntito de sexapil, la verdad.

Llegada la hora de comer, tuvimos consenso para pedir cuatro hamburguesas de la casa con patatas fritas, con refrescos de cola y el postre especial de la casa que consistía en una copa de helado de tres bolas de sabores a elegir con nata. Una comida totalmente sana a la par que equilibrada. Después del homenaje culinario que nos habíamos pegado, los ojos comenzaron a cerrarse, un sopor acrecentado por el calor se estaba haciendo presente con premura. Había que echarse una siestecita que apenas duró tres cuartos de hora. Cuando me desperté, Marta continuaba dormida. Me dio pena, pero la desperté con un par de besos bien plantados en sus labios.

No hagas ruido, vámonos a dar un paseo, el sol ya no calienta tanto, le dije a Marta, que asintió con la cabeza.

Lucía un bikini de color rojo que la había comprado Mónica por su cumpleaños y que estrenaba ese día. Estaba para comérsela, le sentaba de maravilla. La humedad del agua dejaba entrever esos pezones que nada más verlos, me recor-

daban momentos pasados sensualmente perfectos y me continuaban volviendo loco.

Marcus, deja de mirarme de esa manera que me estas comiendo con la mirada, ni que nunca me hubieras visto desnuda.

Claro que te he visto desnuda, pero esas maravillas que tienes de pechos, me tienen loco, y el que se te marquen los pezones en el bikini me pone muy cachondo. Yo no tengo la culpa de que estés tan buena.

Pues no andaba demasiado descaminada. La estaba observando detenidamente, cuando de repente me di cuenta de lo que había crecido física y mentalmente durante los dos o tres últimos meses, pero de igual manera me di cuenta de que, en mayor o menor medida, me había pasado lo mismo, pero yo no me estaba dando cuenta. Ese bikini la hacía más mayor, resaltaba esas curvas, ese culito y esos pechos que ¡madre mía! ... me sacaban de mis casillas.

Durante el paseo hablamos básicamente sobre lo acontecido en los dos últimos meses, sobre la proximidad del comienzo del nuevo curso, de nuestra relación que paso a paso, continuaba consolidándose. Pero lo más importante es que estábamos muy bien en compañía del otro. Éramos conscientes de que lo que habíamos vivido y disfrutando ese verano había sido una auténtica pasada, tanto en el plano personal como en el sentimental. Y eso nos gustaba. Nos hacía disfrutar plenamente, aunque estuvimos de acuerdo en no hacer demasiados planes de futuro. Solo queríamos disfrutar el día a día.

Estábamos de acuerdo en todo lo relativo a nuestra relación. No obstante, de igual manera, éramos plenamente conscientes de que aún, con todo, éramos dos críos, que aún nos quedaban muchas cosas por descubrir, más personas y lugares por conocer.

Llegó la hora de regresar. Habíamos disfrutado de un día genial en compañía de dos de nuestros mejores amigos. Hacíamos un grupito divertido, coincidimos en que podríamos quedar más de vez en cuando, aun cuando el curso hubiera comenzado.

Al desembarcar, nos encontramos con la desagradable sorpresa de que no estaba ninguno de los dos ciclomotores. Solo permanecían en el suelo los dos candados y las dos matrículas personalizadas. Nos quedamos helados, no sabíamos qué hacer. Le dije a Marta que llamase por teléfono a nuestros padres, que para situaciones como esta nos vendría de perlas, pero a Marta se le olvidó coger su flamante teléfono móvil, que permanecía en su habitación cogiendo polvo.

En ese momento la habría ahogado, pero me reprimí. Solamente me eché las manos a la cabeza, jurando en hebreo. Ninguno de los tres comprendíamos para qué demonios la habían regalado un móvil, con lo que vacilaba cuando lo usaba para hablar con sus amigas.

Acabamos por buscar una cabina de teléfono para de esa manera poder avisar a nuestros padres, y así lo hicimos. En pocos minutos se presentó una patrulla de la policía para comprobar qué es lo que había ocurrido, les habían avisado nuestros padres. A los pocos minutos, llegó mi padre para recogernos a los cuatro y llevarnos a casa no antes de haber hablado con la policía, que nos comentó que estaban tras la pista de una banda que se estaba dedicando a robar motos, las cuales despiezaban y las vendían a los desguaces de la zona e incluso a desguaces de fuera la ciudad.

La verdad es que particularmente no me preocupó demasiado el robo, no sé, quizás me pilló en un momento en el cual el ciclomotor me importaba más bien poco. Marta estaba un poco más afectada, pero con todo, el verano estaba llegando a su fin, la vuelta al instituto estaba a tiro de piedra, con lo cual su uso estaría relegado a algún día esporádico que coincidiera que no hiciera mucho frío y que, por supuesto, no lloviera. No era algo imprescindible, a pesar de que la póliza del seguro cubría el robo. Tanto Marta como yo estuvimos de acuerdo en que, de momento, no queríamos más ciclomotores.

De todas las maneras, a Marta la vi venir de lejos, ya que en menos de un año cumpliría los dieciocho y se podría sacar el carnet de conducir. Sus padres, como no podría ser de otra manera, la regalarían un coche y todo solucionado. Puestos a elegir, mejor moverse en cuatro ruedas que en dos, dónde va a parar, por favor.

Esa tarde, Mónica y Daniel se quedaron a cenar en casa de los padres de Marta, ante la insistencia de Helena, su madre, a la que le encantaba tener en casa a invitados.

Le gustaba cocinar, el lío, el jaleo, las risas, las reuniones sociales. Estaba en su salsa. Fue una noche de lo más simpática. La cena estaba exquisita. Hacía tiempo que nuestros padres no se juntaban con nosotros y las hermanas de Marta estaban entretenidas con los juegos reunidos de una famosa marca de juguetes que por aquellos años estaban petando el mercado. En todas las casas había una caja de juegos reunidos.

Los padres de Daniel pasaron a por él para llevarlo a casa y de paso acercaron a Mónica hasta la suya. ¡Menuda situación! Yo me partía de la risa, Daniel no sabía dónde meterse, con lo cual deduje que sus padres no tenían demasiada idea de que eran novios, o que salían juntos, que suena bastante mejor, menos solemne. Mónica en plan modosita, roja como un tomate, Marta mirándome haciendo gestos para que no se me notara demasiado que me estaba partiendo de la risa. Todo un circo, la verdad.

Tras el jaleo, regresó la calma. Mientras estábamos ayudando a recoger la mesa, en un momento en el cual nos quedamos solos en el salón, Marta acercó a mi susurrándome:

Marcus, esta noche me encantaría estar contigo hasta el amanecer, pero sin dormir, para comerte a besos, sentirte dentro de mí, comértelo todo ...

Y a mí también me gustaría.

Coincidió que también me escuchó su madre que en esos momentos entraba en el salón. Ella me preguntó:

Marcus, ¿Qué es lo que también te gustaría?

Me quedé un par de segundos pensando cuál sería la respuesta más acertada. Estaba claro que no pensaba ni por lo más remoto confesar cuáles eran nuestras lujuriosas intenciones.

—No, nada en especial, Marta, que me comentaba que la apetecería salir a dar un paseo, pero debido a que ya es un poco tarde y de lo ajetreado del día, lo dejaremos para otra ocasión, quizá mañana, cuando estemos más descansados.

Nos despedimos de los padres de Marta, de sus hermanas, que permanecían enganchadas a los juegos reunidos, y de mi querida Marta con un leve y tímido beso en la mejilla. Ella me dio un segundo beso en los labios, así como que no quería la cosa, delante de nuestros padres. Me encantó, pero me sentí un poco violentado debido a lo incómodo de la situación. No estaba acostumbrado a besarme con Marta delante de nuestros padres, aunque ellos afortunadamente lo veían como algo normal. De nuevo, sonó el mantra: ¡Qué buena pareja hacen! ¿Verdad?

El comienzo del curso se acercaba peligrosamente. Atrás quedaría un verano lleno de emociones, de aventuras, un verano casi perfecto, y matizo lo de casi, ya que para que hubiera sido perfecto tendría que haber durado algo más. Habíamos estado la mitad del verano fuera de casa, aprendiendo a ser independientes, a valernos por nosotros mismos, aprendiendo a vivir en plena naturaleza, lejos de los gigantes de hormigón y cristal, lejos del asfalto, de los atascos, de la contaminación, de las masas de gente que corretean de un lado a otro sin saber muy bien adónde ir. Pero, sobre todo, habíamos alcanzado otro nivel de madurez en nuestra relación.

Teníamos que pasar por el instituto a recoger la lista de los libros y del material necesario para el curso, el segundo de bachillerato. Ya no éramos novatos, ya teníamos los galones que nos acreditaban como supervivientes del primer curso, éramos un poco más mayores. En segundo se estudiaban un total de nueve asignaturas, dentro de las cuales, mi talón de Aquiles sería el dibujo técnico y diseño. El primer encuentro al ir a recoger la lista con alguno de los compañeros no estuvo exento de algarabía y alboroto, ya que, como no podía ser de otra manera, el tema principal fue el reportaje de la revista *Crónica Social*. Todos se agolparon en torno a Marta. En esos momentos entendí lo feliz que se debería sentir el hombre invisible. No me estaban haciendo ni caso, algo que en el fondo fue de agradecer, todas las preguntas eran para ella.

He de confesar que dibujar no era lo mío, en el técnico me defendía bastante bien, pero en el artístico fui un auténtico desastre. Me costó un mundo aprobar, y aprobar con buena nota. La novedad fue el latín. Con el paso de los años seguí sin comprender para qué demonios nos podría valer esa asignatura, salvo para aquellos alumnos que quisieran estudiar alguna carrera que tuviera que ver con el derecho. Una pérdida de tiempo, un esfuerzo en estudiar una asignatura sin demasiado sentido.

Esa misma tarde quedamos con Mónica y Daniel para ir los cuatro a comprar los libros, cuadernos, bolígrafos y demás material escolar para comenzar el curso. A pesar de que estábamos en la librería casi media hora antes de su apertura, la cola de gente era bastante larga, calculamos que pasaríamos gran parte de la tarde en conseguir llegar hasta el mostrador para ser atendidos. Aún permanecían las persianas de la librería bajadas, cuando desde el portal de al lado, un señor intentaba llamar nuestra atención haciendo señales para que dejásemos la cola y pasáramos por el portal a la librería. Era el dueño que había reconocido a Marta. Por supuesto que a mí ni caso, parecía que yo no había salido en la revista.

Tras saludar de manera cordial, comentó que era un seguidor del trabajo del doctor Jones desde hacía muchos años. Le apasionaba la medicina, leer todos los artículos que el doctor escribía para las más prestigiosas revistas del mundo. Era su héroe favorito, ya que, gracias a una de sus investigaciones en materia de neurología, su mujer pudo seguir en el Massachusetts General hospital, un tratamiento que le salvó de una muerte segura.

De ahí que nos colase por la puerta anexa al portal que daba acceso directo a la librería. En apenas quince minutos, los cuatro ya teníamos los libros con todo el material necesario para comenzar el curso. Aún no habían abierto la librería cuando salimos por el portal, disimulando para no causar a los que estaban guardando la cola el consiguiente malestar. Los libros, junto con el material, pesaban lo suyo. Menos mal que a mi madre se la ocurrió venir en nuestro rescate, aparcó el coche en las cercanías de la librería y de esta manera nos evitamos cargar con ellos hasta casa.

Mi madre era la mejor madre del mundo, sin duda, aunque en ocasiones se ponía demasiado pesada en determinadas situaciones, siempre atenta a todos los detalles para tenernos a mí y a mi padre como dos reyes. Por otro lado, mi padre adoraba a mi madre, la tenía en un altar. En lo concerniente a mí, hasta la fecha no les había dado motivo alguno de queja más allá de algún día malo que otro, de los que tenemos la inmensa mayoría de los seres humanos.

La verdad es que en más de una ocasión tuve la necesidad de llenar el vacío que surge cuando eres hijo único, dado que no tienes ningún hermano o hermana con el que compartir tus inquietudes, a quién pedir consejo o llenar momentos de incómoda soledad. Cuando en alguna ocasión les preguntaba el motivo por el cual

no tenía ningún hermano, mis padres se salían por la tangente diciéndome que de pequeño les di bastante guerra quedándose sin ganas de tener más hijos. ¿Que les di guerra de pequeño? No me lo creo, no, para nada.

Quedaba el coñazo de forrar los libros. ¡Menudo rollo! Prácticamente toda una mañana o tarde colocando el forro, cortando tiras de celo para que quedase lo más presentable posible. Son algunas de las manías que tenía mi madre:

... Marcus, los libros tienen que quedar perfectos, un buen estudiante debe tener los libros impolutos hasta el último día de curso.

Sí, mamá, no te preocupes que todos los años me dices lo mismo y todos los años te respondo de igual manera, que los libros quedarán al final del curso lo suficientemente cuidados como para que otros menos favorecidos les pudieran dar una segunda vida.

Al final de cada curso, les dábamos los libros al hijo de una enfermera del hospital donde trabajaba mi padre. Llevaban años trabajando juntos y para ella la vida no había sido demasiado fácil, sino todo lo contrario, y la donación de los libros era un gran alivio económico para ella.

Faltaban tres días para la presentación del nuevo curso. Marta manifestaba su nerviosismo ante el reto que se nos presentaba: nuevas asignaturas, nuevos profesores, posiblemente nuevos compañeros debido a que algunos se quedaron repitiendo primero, pero en cambio yo estaba de lo más tranquilo. El nuevo curso sería una estupenda oportunidad para seguir anotando en mi cuaderno de aprendizaje de psicología, como yo le llamaba, me parecía apasionante poder continuar observando las reacciones de las personas en todo tipo de situaciones. Ya estaba escribiendo en el segundo cuaderno y no tardaría demasiado en tener que comprar un tercero. Los apuntes fluían como un torrente de aguas bravas, con tan solo observar los colores de la ropa, podía intuir el estado de ánimo de la persona.

El color es capaz de estimular o deprimir, puede crear alegría o tristeza, ya que determinados colores despiertan actitudes activas o pasivas. Los colores favorecen sensaciones térmicas de frío o de calor, y también podemos tener impresiones de orden o desorden, de alegría o tristeza al igual de que optimismo o pesimismo. Era apasionante.

La presentación del nuevo curso era sinónimo de reencuentro, de alegría, de tristeza por los que repetían curso, que sin lugar a dudas se lo habían ganado con todo merecimiento, pero no era plan de meterles el dedo en el ojo, de divagar sobre quién sería el tutor, ya que en aquellos tiempos lo de una tutora era casi una utopía. No menos importante fue la novedad de que en el tiempo de recreo ya podríamos salir del recinto del instituto, previo consentimiento firmado por nuestros padres. Ya éramos mayores para salir al bar a desayunar o simplemente a dar un paseo, si el tiempo lo permitía.

Una vez finalizada la presentación, tras conocer que nos había tocado en suerte el mejor tutor posible, D. Ramiro Leal Pérez, que se jubilaría al finalizar el curso. Esto nos pareció bien debido a que, al ser el último curso, se suponía que estaría un poco más relajado de lo habitual, pero mal debido a que por su dilatada experiencia se las sabría todas. Tenía fama de ser severo pero comprensivo, poco dado a las bromas en clase, amigo de los exámenes sorpresa, que corregía con lupa.

Mientras charlaba con Daniel junto con un par de nuevos compañeros, Marta se acercó para comentarme que se marchaba con su grupito de íntimas amigas para ponerse al día de las novedades que les habría traído el verano, que supuse que no serían pocas. Se despidió con un tímido beso en la mejilla, lo normal en esos casos, así que nos quedamos plantados en medio del patio sin saber qué hacer. A Daniel se le ocurrió la idea de ir a tomar algo y jugar un billar americano, lo cual me pareció de lo más apropiado.

Desde una cabina telefónica llamé a casa para decirles a mis padres que en previsión de que se alargase la partida de billar, no me esperasen a comer, que la presentación había ido genial, que todo estaba en orden y que Marta se había marchado con sus amigas. Supuse que habría avisado a sus padres, pero no obstante la dejé encargada a mi madre para que les llamase, por si acaso.

Una vez mis padres estuvieron avisados, con el día tan impresionante de sol y calor que se nos presentaba, no nos apetecía demasiado meternos en un garito a jugar al billar, por lo que decidimos dar una vuelta por la zona marítima, tomar algo y ver cómo estaba el ambiente pre curso. Y la verdad es que había un ambiente: por las calles concurría representación prácticamente de todos los institutos de la zona, varias manadas de adolescentes en estado de ebullición reían, cantaban, bebían y vacilaban por doquier. Eran las últimas horas de libertad antes del comienzo de un nuevo curso. Por delante, todo un fin de semana para disfrutar antes de que llegase el lunes, el primer día de curso.

Tomamos un par de mistelas, por ser el día que era, para celebrarlo. No bebía alcohol habitualmente, pero con el motivo festivo del ambiente, nos dejamos llevar, eso sí, con un absoluto control de la situación. No quise llegar pego a casa, ni de coña.

Estábamos buscando un garito para comer algo en plan informal, cuando nos topamos con dos chicas nuevas de clase que se encontraban comiendo en la terraza de una de las hamburgueserías de moda, El Pirata Cojo, famoso por la calidad de su comida y porque los empleados trabajaban vestidos de pirata con un minúsculo loro en su hombro, lo cual nos parecía bastante incómodo para trabajar, a la vez que un poco degradante, ya que la mayoría se mofaba de ellos. La verdad es que estaban bastante ridículos, pero no dejaba de ser un trabajo tan digno como otro cualquiera.

Las dos nuevas compañeras, Martina y Valeria, amablemente nos invitaron a compartir mesa. En vista del aforo completo que presentaba el local, decidimos aceptar la invitación. Nos contaron que habían estudiado primero de Bachillerato en otro instituto cercano, pero debido a la fama que tenía nuestro instituto de ser uno de los mejores a nivel nacional, sus padres decidieron cambiarlas de centro. También eran dos buenas estudiantes, lo cual nos pareció muy bien. Además, estaban bastante buenas, la verdad.

Ni por un solo instante podría haberme imaginado que, al conocer a otra chica, me fijaría en lo buena que estaba, y mucho menos siendo compañeras de clase. Martina y Valeria se levantaron de la mesa para ir al lavabo, como era de suponer para poder hablar brevemente entre ellas de sus dos nuevos compañeros de clase. Daniel y yo nos miramos, nos comenzamos a reír, hasta que Daniel con el oportunismo que le caracterizaba dijo:

... Joder, tío. Como se enteren Marta y Mónica, la cara que van a poner. Desde luego, Daniel. Tienes el don de cortar el vacilón al más pintado.

Al poco, regresaron del lavabo y continuamos con una agradable conversación mientras acabábamos de comer. Se mostraban ante nosotros con gran confianza, como si ya nos conociéramos desde hace tiempo. Daniel les estaba dando carrete, disfrutando en demasía de tan agradable compañía, hasta que le di un par de patadas por debajo de la mesa para que no siguiera por ese rumbo, que solo le hubiese faltado quedar con ellas para otro día. Tan espabilado para algunas cosas y tan tonto para otras.

Al final de la comida, el camarero nos trajo la cuenta, Martina insistió en invitarnos, yo insistí en que no, hasta que Daniel, que no tenía el día fino, la volvió a cagar:

... Marcus, déjala que nos invite, así las invitamos nosotros a dar una vuelta y a tomar un helado o algo.

Definitivamente, este chaval es medio gilipollas. No las ve venir. Le gustan las chicas más que a un tonto un lápiz, no ve el peligro que supone ir con dos compañeras de clase buenísimas, simpatiquísimas a las cuales vamos a tener que ver todos los días del curso. Joder, Daniel, ¡qué guapo estás llamado, machote! Lo verdaderamente preocupante, aparte de que la zona estuviera plagada de estudiantes, era la posibilidad de que o bien Marta o bien Mónica o en el peor de los casos las dos, nos vieran en tan agradable compañía. Daniel, sin ser consciente de ello, nos estaba metiendo en un buen lío.

No nos quedó otra que la de dar una vuelta. Martina estaba disfrutando del paseo, pero Valeria no tanto. No entendíamos el motivo, pero las risas de Martina estaban en contraposición con el careto de Valeria. Yo estaba deseando largarme, por lo que me inventé una excusa. No quería bajo ningún concepto que por una

tontería Marta se pudiera mosquear, máxime cuando no había pasado nada, salvo compartir mesa durante la comida. En medio de la excusa, apareció mi padre en compañía de un colega suyo. Acababan de salir de comer con un grupo de médicos del hospital, incluido Carlos, el padre de Marta, que se había quedado hablando con ella unos metros más atrás.

Debido al a aglomeración de gente no se podía ver más allá de unos pocos metros, pero efectivamente Marta estaba a un par de cientos de metros hablando con su padre en compañía de Mónica. Daniel, que seguía sin darse cuenta de lo grave de la situación, continuaba charlando amistosamente con las nuevas compañeras. En cambio, mi padre en apenas unos segundos se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y suspiró, mientras movía su cabeza levemente hacia ambos lados.

Marcus, me debes una, pero de las gordas, ya hablaremos más tarde. Señoritas, me temo que mi hijo se ha olvidado del compromiso familiar que tenemos, me temo que os vais a tener que quedar sin su compañía, sin la compañía de mi hijo y sin la de Daniel, que su madre me lo ha dejado a mi cargo, lo tengo que tener controlado no sea que se me desboque. En ese preciso instante fue cuando el tonto de Daniel vio en la distancia a Marta, su padre y a Mónica. Le cambió el semblante en un segundo, se quedó pálido, me miró con una expresión que me decía: "... joder, en qué lío nos hemos metido". Gracias a la rápida intervención de mi padre, estábamos a punto de salir impunes.

Después de una rápida despedida de Martina y Valeria, salimos por patas, más rápido que deprisa, intentando poner más distancia. Menos mal que pudimos meternos entre la multitud y así pasar desapercibidos para Marta, su padre y Mónica. Mi padre se estaba partiendo de la risa. Hay que ser pardillos, nos dijo, tenéis menos picardía que otro poco, ¿Cómo se os ocurre pasear con ese par de chiquillas? Menudos dos pardillos.

Verás papá, son dos compañeras nuevas de clase, que estaban comiendo y debido a que la hamburguesería estaba a tope, nos invitaron a sentarnos para de esa manera compartir mesa. Vienen de otro centro educativo y no conocen a nadie, nos debieron de ver en la presentación y nos han reconocido. Mi padre se volvió a reír. Encima son dos compañeras de clase, que no os pase nada, pardillos. Por aquella época, si tenías novia y te veían por ahí con otra chica, automáticamente estabas dando a entender que la estabas engañando con otra, así de retorcida era esa sociedad.

Una vez en casa, a salvo, mi padre me explicó los inconvenientes de que a un chico le vieran en compañía de otra chica que no fuera la suya. Realmente, nunca me puse a pensar en ello, pero mi padre me explicó que nuestra relación podía levantar alguna que otra ampolla. Inicialmente no entendí nada, pero mi padre me lo explicó de manera clara y directa.

Verás, Marcus, Marta por ser la hija de quien es, ha estado siendo codiciada por algunos de sus colegas para ser presentada a sus hijos, con el propósito de comenzar una relación como la que tiene contigo, pero en medio de todo apareces tú, conoces a Marta y comenzáis a salir juntos, con lo cual algunos de esos padres se han sentido frustrados, levantando las consecuentes envidias. Helena y Carlos solo buscan lo mejor para Marta, al igual que tu madre y yo solo buscamos lo mejor para ti, y actualmente Marta es una chica brillante, con un no menos espléndido futuro. Sus padres ven a Marta contenta y feliz con vuestra relación, al igual que nosotros, se os ve muy bien y eso en el fondo es lo que nos importa a todos.

Y encima la presencia del doctor Jones no hizo más que empeorar la situación con el discurso que se marcó en la fiesta de cumpleaños de su ahijada, las fotos que os hicieron y que fuerais portada del *Crónica Social*, no sentó nada bien, dado que más de uno hubiera deseado que su hijo hubiera sido el que apareció junto a Marta en la portada y no tú. Así son las cosas, la envidia es muy mala hijo mío, ya os podéis andar con cuidado este curso, mucha gente va a mirar con lupa vuestra relación para hacerte quedar en mal lugar y de esa manera que rompas tu relación con Marta. Hoy lo que os ha pasado no puede volver a suceder, de ninguna manera, ya que te podrían haber hundido en la miseria, a ti y al tonto de Daniel, que ya le vale, por cierto.

Al poco rato, Marta llamó a la puerta de casa. Mi madre abrió la puerta, invitándola a pasar a tomar una limonada mientras yo bajaba al salón. Antes de salir de mi habitación, respiré hondo unas cuantas veces, intentando no pensar en que alguien nos hubiera visto pero, sobre todo, cómo contar nuestra comida con el tonto de Daniel, Martina y Valeria sin que hubiera algún malentendido, ya que, después de lo que me contó mi padre, la verdad es que me quedé bastante asustado.

Era casi la hora de cenar, con lo cual supuse que mis padres la dirían que se quedara a cenar. Y así fue. Cuando llegué a la cocina, el ambiente reinante era de risas y jolgorio. Marta bromeaba con sus “suegros” alegremente. Al verme, me plantó un beso en los morros, si bien mis padres estaban mirando a otro lado.

Ya sentados en la mesa, Marta me preguntó qué tal me había ido el día con Daniel. Mi padre me miró como dándome a entender que midiera bien mis palabras. Pues bien, estuvimos comiendo en la hamburguesería, que estaba todo hasta la bandera de gente e incluso había cola para sentarse a comer, pero dos nuevas compañeras de clase nos invitaron a compartir mesa y al final aceptamos. Estábamos hambrientos, por ese único motivo aceptamos su invitación.

Sí, respondió Marta, Martina y Valeria, muy majas la verdad, las conocí en la presentación. Vienen de otro centro, atraídas por la fama del nuestro de preparar muy bien a los estudiantes, muy majas, pero van a tener que disimular bastante más si no quieren que se les echen encima. No entendía demasiado bien la explicación.

Marta, no te entiendo lo que quieres decir, explícate un poco más. Pues verás, Marcus, en un momento en el que estuvimos hablando a la salida del salón de actos, Valeria rozó la mano de Martina en un par de ocasiones, con lo cual deduje que eran lesbianas, es decir, que no les gustan los chicos. Les comenté que su secreto estaría a salvo conmigo, pero que deberían de tener cuidado y ser más disimuladas.

Vamos, vamos, no me jodas, yo preocupado por el qué dirán. Daniel siendo un auténtico idiota, riendo sus gracias, que sí, ¡qué guapas estáis! que sí, ¡qué bien os sientan los vaqueros! Joder, ¡qué alivio! Mi padre no pudo contenerse, comenzó a partirse de la risa, las caras de mi madre y de Marta eran un poema, no entendían nada. Un sudor frío recorría mi espalda, dando paso a una enorme sensación de alivio. ¡De menudo lío nos habíamos librado! Marcus, para que veas que no siempre las personas aparentan ser lo que son, hijo mío. Continuaba riéndose. Mi madre no entendía el motivo de sus risas. Marta tampoco.

Acompañé a Marta hasta su casa, entré a saludar a sus padres, estuve un rato charlando con ellos y regresé a casa para poder hablar con Daniel, que supuse se quedaría de una pieza. Hola, Daniel, soy yo ¿Puedes hablar? Sí, claro. ¿Qué ocurre? Joder, macho, te vas a quedar helado, que resulta que Marta ya conocía a Martina y a Valeria, se conocieron en la presentación, a la salida del salón de actos, pero lo importante es que sepas que estamos a salvo, ni Martina ni Valeria son una amenaza para nosotros, solo serán dos nuevas compañeras de curso.

¿En serio? Pues no veas qué peso me quitas de encima, Marcus. Al final ya verás cómo resulta que van a ser lesbianas. Desde luego, Daniel, me apresuré a contestarle, no eres más bruto porque no te entrenas, qué lesbianas ni qué niño muerto. Anda que también tú. Como era lógico, no pensábamos decir nada a nadie, ni tan siquiera al bocazas de Daniel ni a Mónica, por muy amigos de confianza que fueran.

Solo quedaban dos días para que comenzara el curso, dos días que pasarían como dos segundos que me propuse disfrutar al máximo. El curso se presentaría largo y duro. Después del susto, dediqué unos minutos para actualizar mi cuaderno, en el que apunté los rasgos generales del comportamiento de Martina y de Valeria, ya que hasta la fecha no tenía ningún dato sobre el comportamiento de dos adolescentes del mismo sexo que se sentían atraídas sentimentalmente.

El fin de semana pasó, como era de prever, rápidamente. Nos pasamos prácticamente todo el tiempo por ahí, disfrutando de las últimas horas de libertad, como decíamos bromeando, de la mejor manera posible. Tanto Marta como yo teníamos ilusión a la vez que una incertidumbre por todas las nuevas que se nos venían encima: nuevos compañeros, nuevos profesores, nuevas asignaturas y sobre todo mantener un óptimo nivel de notas.

El primer día de curso, como era de prever, salvo recibir las indicaciones de los profesores acerca de cómo llevar a buen término sus asignaturas, poca cosa más hicimos durante la jornada. El tutor, don Ramiro, nos dejó muy claro la forma de trabajo que se exigiría durante el curso: "... ya no sois de primero, ya sois de segundo curso, es decir, hay que ser más responsables, a medida que se pasa de curso hay que estudiar y esforzarse más que el curso pasado. Espero que vuestro comportamiento académico, así como el personal sea el más apropiado".

Parecía un tipo majete, aunque la verdad es que la mirada muy alegre no la tenía, pero no obstante me planteé observarlo durante el curso de manera especial. Me parecía un personaje de lo más particular, con fama de ser querido, admirado por prácticamente la totalidad de alumnos que habían pasado por su clase. Comentaban que disfrutaba con verdadero interés ayudando a los alumnos en su desarrollo personal y social, con pasión por enseñar, con grandes dotes comunicativas. Nos daría la clase de Lengua española y Literatura, junto con el Latín. Eran dos asignaturas de estudio, no creíamos tener problema para aprobarlas.

Los demás profesores pasaron por el aula de manera más o menos fugaz, sin dar demasiadas explicaciones acerca del funcionamiento en clase, apenas unas simples pinceladas de lo que estudiaríamos en cada trimestre, los objetivos que el centro se había marcado para lograr el paso al tercer curso. Esa mañana salimos de clase antes de tiempo, ya sabíamos cómo funcionarían todos los profesores, menos el de Educación Física, que no era demasiado amigo de dar la charla al comienzo de curso.

En la primera clase nos daría las instrucciones de cuáles serían las metas para el primer trimestre. Se llamaba Andrés, con cierta fama de pasota, de ser muy vacilón sobre todo con las chicas, un verdadero *latín lover*, veintitantos años, ojos verdes, cuerpo escultural, o sea, el caprichito de las nenas.

En las primeras clases, los comentarios picantes de las chicas eran constantes, más de una y más de dos se lo comían con la mirada, pero él daba la impresión de que estaba de vuelta de todo, no se molestaba ni por las miradas lascivas ni por las risitas de las chicas que en corrillos de dos o tres comentaban sobre su portento trasero o sobre la sonrisa de anuncio de dentífrico que esbozaba.

Faltaba poco para mi cumpleaños, cumpliría diecisiete, cerca, muy cerca de cumplir la mayoría de edad, de alcanzar una deseada libertad. ¿Realmente podría hacer lo que me diera la gana al ser mayor de edad? Con casi diecisiete años prácticamente hacía lo que me venía en gana, dentro de los lógicos límites impuestos por mis padres. Tenía a favor el ser un estudiante aplicado con unas excelentes notas a la par de ser un hijo modelo, educado y obediente, de los que hasta la fecha no había dado problemas significativos a sus padres.

Observaba el comportamiento de algunos de mis compañeros de clase. Eran bastante rebeldes, siendo los protagonistas día sí y día también de todos los motines que se producían en clase: protestas sin sentido ni razón sobre la carga de deberes o de exámenes, hasta de los trabajos “voluntarios” para subir nota.

Era un grupo de no más de diez o quince individuos que de una manera u otra entorpecían las clases con comentarios jocosos sobre cualquier chorrada o se entretenían en dar collejas al que estaba sentado delante cuando el profesor escribía en la pizarra, cuando no les miraba.

Alguno de los profesores, yo creo que eran campeones olímpicos de tiro con tiza o borrador, me explico. Cuando el profesor de turno, mientras escribía en la pizarra, escuchando las mofas de ese grupito que he ya he mencionado, de repente se giraba sobre sí mismo lanzando la tiza o en su defecto el borrador sobre el principal alborotador. Hoy en día sería digno de poder verlo en 8K en cámara lenta para poder observar el movimiento perfecto sincronizado del lanzador, su coordinación de piernas, cadera y giro de muñeca, así como para saber a qué velocidad volaba la tiza o el borrador. Esos lanzamientos solían tener una efectividad que rozaba el 100%.

Con todo, el grupito de alborotadores no aprendía, cada día desarrollaban en clase alguna nueva chorrada que importaban de las clases superiores, es decir, que todas las tonterías solían venir de arriba, no tenían la suficiente originalidad ni creatividad como para crear sus propias chorradas.

Volviendo al asunto de mi cumpleaños, les pedí encarecidamente a mis padres no celebrarlo en el Club Social, rotundamente me negué a ello, máxime debido a la que se lio en el cumple de Marta. No me apetecía aparecer por ahí al menos en los próximos diez o quince años. Me apetecía celebrarlo tranquilamente, con Mónica y Daniel, un par de compañeros de clase, mis padres, Marta con sus padres y hermanas y poco más. Y, claro está, con Lola y Lolo, si sus ocupaciones en la casa rural les permitirían acudir.

Cual sería mi sorpresa cuando mis padres me dijeron que habían pensado celebrarlo pasando el día en La Veleta del Viento, ya que por esas fechas los días aún eran medianamente largos. El lugar era incomparable y la previsión meteorológica para ese día era inmejorable.

Con todo, mi cumpleaños caía en miércoles, pero lo celebraríamos el sábado, como era lógico, siendo Lola y Lolo los encargados de preparar todo lo necesario. Me alegré mucho, era una buena ocasión para volver a ver a Apolo, Dakota y Jade. Les echaba de menos. Además, supuse que se alegrarían de vernos.

El miércoles de mi cumple, nos limitaríamos a comer una tarta de las que hacía mi madre, una de queso y otra de chocolate, eran mis favoritas, gustaban a todo el mundo y estaban deliciosas, en compañía de Marta, sus padres y hermanas.

Algo sencillo, sin demasiadas complicaciones. Esa mañana desperté con mis padres a la puerta de la habitación cantándome el cumpleaños feliz, unos quince minutos antes de que sonará el despertador.

Me encontraba profundamente dormido, soñando con algo placido, algo que me debería de estar gustando mucho, ya que tenía una erección descomunal. La lástima es que no pude recordar qué es lo que estaba soñando y, claro está, que en ese estado no podía levantarme de la cama, ¡menuda vergüenza!

Mi madre se acercó a darme un beso. Marcus, cariño, feliz cumpleaños, parece que fue ayer cuando viniste al mundo y ya han pasado diecisiete años, mi niño. Mi madre no pudo aguantar las lágrimas por la alegría de verme cumplir otro año más. Mi padre también se acercó para darme un beso y un abrazo. El día comenzaba de la mejor manera posible, con una erección de caballo, mi madre llorando de la emoción, mientras mi padre no dejaba de bromear.

Seguí en la cama hasta que mis padres salieron de la habitación y bajé a desayunar. Junto a la taza del desayuno, un paquete envuelto en papel de regalo. Tuve la sensación de que sería una especie de encerrona. El tamaño, el peso del regalo me dio la certeza de que era algo que yo no tenía, que no necesitaba, que Marta sí que lo tenía pero que no lo hacía demasiado caso. Blanco y en botella: un teléfono móvil.

Me encanta, les dije a mis padres. Es una pasada, pero os habrá costado una pasta. Es demasiado, pero mis padres no estaban de acuerdo, que yo me merecía mucho más, me dijeron al unísono.

Marta se pasó por casa a recogerme para felicitarme, pudimos desayunar juntos, pero a toda prisa debido a que las clases comenzaban puntualmente y no queríamos llegar tarde. Le supliqué a Marta que no comentara nada en clase sobre mi cumpleaños. No había cosa que más me molestara que se pasara todo el mundo felicitándome. Marta, como no podía ser de otra manera, se lo tomó a broma. Marcus, estate tranquilo que no diré ni una palabra, te lo prometo, de verdad, nadie sabrá nada.

Al entrar en clase, después de saludar a Mónica y Daniel, entró en el aula el profesor de Matemáticas, Manolo, que no me gustó demasiado desde el primer momento en el que le vi aparecer por la puerta de clase. Tenía una predisposición a vacilar en demasía, sobre todo a los que no llevaban al día su asignatura, igualmente se comportaba con todas las chicas de la clase. Se mostraba en ciertos aspectos prepotente. En vez de intentar ayudar a los que peor llevaban la asignatura, en ocasiones les machacaba sacándoles a la pizarra, haciéndoles ser el hazmerreír de la clase.

Una vez sentados todos en clase con la mirada puesta en la mesa del profesor, se levantó de la silla comenzando a cantar el cumpleaños feliz junto con el resto

de la clase. En ese momento me quería morir de la vergüenza. La mirada que eché a Marta fue de las que fulminan al instante, Mónica y Daniel se partían de la risa, menos mal que apenas duró unos segundos, no era plan de que se enterara todo el centro.

Por ser mi cumpleaños, el bueno de Manolo me sacó a la pizarra para resolver una ecuación de segundo grado, a modo de recordatorio, para evaluar el nivel de la clase. La resolví sin problema ante la atenta mirada del profesor. A continuación, nos puso un examen sorpresa: potencias, radicales y logaritmos entre otros. Como era de esperar, un reducido grupo protestó, pero un severo a la vez que elevado tono por parte del profesor, acalló a las masas rebeldes.

En el cambio de clase, le comenté a Marta la intención de salir del centro en el recreo para tomar algo y dar una vuelta junto con Mónica y Daniel.

Durante ese curso, aprendí muchas cosas respecto al comportamiento de los compañeros y profesores, llegó un momento en el cual nada más ver entrar por la puerta al profesor o profesora de turno, adivinaba su estadio de ánimo y cuál sería su planteamiento para dar la clase. Rara vez me confundía.

Mi cuaderno de apuntes de psicología comenzaba a tener un nivel más que óptimo. Continuaba teniendo muy claro que la psicología sería mi meta a alcanzar. Tuve el presentimiento de que, en un futuro no demasiado lejano, el avance de la humanidad hacia un futuro lleno de conflictos internos, interpersonales e intergrupales de los seres humanos, sin duda que requeriría de profesionales en salud mental. Estaba plenamente convencido de que el origen de todo conflicto está siempre en la mente, ya que un simple pensamiento puede ser capaz de desencadenar acciones que se podrían evitar.

La mañana transcurrió entre “feliz cumpleaños” y “que cumplas muchos más”. En resumen, un auténtico coñazo. Acabé más que harto. Lo único que me consolaba era pensar que solamente pasaba una vez al año, por lo tanto, era soportable pero insoportable a la vez.

Marta se vino a comer a casa para celebrar en la intimidad el cumple. Por la tarde sería la fiesta en el jardín de casa, también en la intimidad. No quería una macro fiesta. Se mostró ilusionada con la idea de que los dos tuviéramos teléfono móvil. Si hasta la fecha no estaba haciendo demasiado caso al suyo, algo me decía que, a partir de ese momento, tendría el suyo *on fire*. Sería un arma de doble filo.

Lo del teléfono era una pasada, pero lo que tenía muy claro es que no lo llevaría a clase, que lo usaría para lo estrictamente necesario, al igual que por las noches permanecería apagado. No quería más distracciones más allá de las estrictamente necesarias. Los estudios, las buenas notas deberían seguir siendo impecables.

La celebración “oficial” del cumpleaños estuvo genial. Mis padres, los de Marta, Mónica y Daniel, las hermanas de Marta, que se portaron asombrosamente bien, para mí que venían con la lección aprendida de casa. Una empresa de catering se ocupó de todo: canapés, entremeses fríos y calientes, bebidas de todos los colores y sabores.

Una música de ambiente con los éxitos del verano junto con algunos éxitos de siempre invitaban a bailar. Mis padres y los de Marta disfrutaban bailando copa en mano, todos estábamos disfrutando, hasta las hermanas de Marta bailaron conmigo. Bailando con Marta a lo agarrado, comenzó tímidamente a besarme el cuello, la luz en el jardín era tenue, lo que nos hacía prácticamente invisibles ante los demás.

Marcus, te echo mucho de menos, sobre todo por las noches, echo de menos tus besos, tus caricias, poder respirar el aroma de tu cuerpo... siento que me falta algo cuando no estoy contigo.

Tuve que hacer un esfuerzo para reaccionar ante tal declaración. No me esperaba ese ataque de sinceridad. Un “yo también” me salió del alma. Nos besamos al amparo de la complicidad de la noche.

Esa misma noche al despedirnos, noté un ápice de tristeza en su expresión, como si no nos fuéramos a ver en una larga temporada. Al entrar en mi habitación, una musiquilla sonaba insistentemente. Me resultaba desconocida, estaba recibiendo la primera llamada en mi flamante teléfono móvil, que había dejado cargando la batería. Lógicamente era Marta, que estaba probando que los dos teléfonos funcionaban a la perfección, no fuera que se pasara la garantía y nos quedáramos con unos móviles defectuosos.

Hola, Marcus. Estaba pensando en ti. Me acordé que ya tenías teléfono nuevo y te llamo para oír tu voz. ¿Sabes que estoy desnuda en la cama? No tengo puesto el pijama. Esos besos que nos hemos dado en las sombras del jardín me han excitado muchísimo.

Me encantaría que estuvieras ahora conmigo para que me besaras y acariciaras todo mi cuerpo desnudo.

No daba crédito a lo que estaba pasando, estaba escuchando una *hot line* privada, para mí solito con la voz sensual a la par que cachonda de mi novia, que me estaba poniendo cardíaco. Estuvimos hasta altas horas de la noche diciendo chorradas y guarradas, riéndonos en voz baja para no despertar a los demás. Al despedirnos, tuve que poner de nuevo el móvil a cargar.

A la mañana siguiente, me costó un mundo levantarme de la cama, ya que había dormido menos horas de lo habitual, se me cerraban los ojos, las ojeras delataban mi estado. Cuando bajé a desayunar, mis padres me miraron esbozando una sonrisa de oreja a oreja:

Una noche larga, ¿no? Esperamos por vuestro bien que no toméis la costumbre de estar todas las noches enganchados al móvil. Debéis descansar, ya tendréis tiempo los fines de semana de agotar las baterías.

¡Claro! No os preocupéis. Esto ha sido un extra.

Al recoger a Marta, tenía las unas ojeras que se parecía a Miércoles, el miembro de la familia Adams: el mismo semblante, la misma mirada de estar muerta de sueño. Sin duda, teníamos por delante un largo día.

Hola, Marcus, buenos días. Estoy muerta de sueño, además, tengo que confesarte una cosa muy íntima, me muero de ganas de contártelo, aunque me da un poco de vergüenza.

Anda, Marta, que ya tenemos confianza, puedes contarme lo que quieras.

Verás, cuando anoche colgamos el móvil, estaba tan excitada que me estuve tocando pensando en ti, en tus besos, en tu manera de acariciarme, fue fenomenal, una nueva experiencia cuando llegué al orgasmo. Tienes una voz por teléfono muy sensual. No pude aguantarme y la verdad es que me encantó, aunque no fue lo mismo que estar contigo.

Continuamos caminando hasta que Marta me agarró del brazo de tal manera que detuvo mi marcha, me miró a los ojos diciéndome que si me había sentado mal lo que me había dicho.

Para nada, Marta. Solo es que no me lo esperaba, no porque sea extraño, me parece bien que experimentes, que conozcas tu cuerpo, la masturbación no es pecado.

¿Te has masturbado pensando en mí? Dime la verdad.

No, no he tenido ni ocasión ni necesidad. Aunque en ocasiones me pongo cachondo recordando tu cuerpo desnudo.

Pues deberías probarlo. Es genial.

Me quedé algo perplejo, la verdad. No me esperaba una charla de esa índole. Siempre habíamos sido sinceros el uno con el otro, pero por no hasta ese extremo. Por una parte, me sentí aliviado, dado que la sinceridad de Marta me parecía un sólido pilar para seguir construyendo una relación, independientemente de lo que nos pudiera deparar el futuro, pero por otra, la visión de Marta en su cama masturbándose pensando en mí me dio una profunda sensación de desaprovechamiento, una verdadera pena no haber estado juntos.

Una vez ya en clase, logré quitarme de la cabeza tan cachonda visión, pude centrarme en las materias que los profesores nos impartían, aunque de vez en cuando, como un flash, por unos segundos continuaba con esa magnífica visión. Poco a poco, el curso avanzaba, llegaban las notas de los primeros parciales, todo en orden, una rutina diaria de estudio seguía siendo la mejor fórmula del éxito para mantenerme en la senda de las mejores notas posibles. Todo indicaba una

total compatibilidad de Marta con los estudios, lo que continuaba pareciéndome muy bien.

Lo más complicado del curso se presentaba con la asignatura de Latín, junto con el Dibujo Artístico, con el que, en más de una ocasión, mi padre, que era un excelente dibujante, me echó una mano. No sé cómo lo hacía, pero conseguía dibujar unas láminas perfectas sin que se notara que no era la mano de un torpe estudiante la autora de las mismas. Era en la única asignatura en la cual tuve que pedir ayuda, ya que estoy seguro de que, sin esa ayuda, mal que bien hubiera aprobado, pero nunca podría haber conseguido una nota global tan buena.

Las demás asignaturas eran sota, caballo y rey, de estudiar, de hacer las tareas apoyándome en los trabajos voluntarios para subir nota, que solamente presentábamos los de siempre, una minoría de los compañeros, una minoría de los casi cuarenta alumnos que llenábamos el aula todos los días de clase.

El primer trimestre pasó con una inusitada rapidez, los días, las semanas, los meses pasaban volando, las primeras notas dieron paso a las vacaciones de Navidad. Todas las asignaturas aprobadas, todo diez, menos un nueve y medio en Latín, como no podía ser de otra manera, una tontería en forma de falta de ortografía me bajó la calificación en medio punto. Demasiado severo sin lugar a dudas. Nada que no fuera posible mejorar.

Las celebraciones de Navidad se presentaban más o menos como siempre: Nochebuena con el entrañable Papá Noel, con gran expectación sobre todo por parte de las hermanas de Marta, que ese año se habían portado bien y esperaban con ansias el premio por su buen comportamiento y excelentes notas. Se habían pedido un montón de cosas y, conociendo a sus padres, tendrían todos los regalos y más.

Marta ya comenzaba a pasar de esas cosas, desde hace tiempo ya sabía lo de Papá Noel y lo de los Reyes Magos de Oriente, incluso se le escapaba alguna risilla cuando las hermanas hacían mención a los regalos de Navidad ante los reproches de ambas que le decían que no le traerían nada por reírse de ellas. Era bastante cómico. La verdad es que me costaba no soltar ninguna risa delante de las hermanas para no sembrar la duda de su inexistencia. Hay que ver cómo nos engañan de pequeños con esas cosas.

Hablando con Marta, de cara a los días de vacaciones de Navidad, le propuse ir un día de visita a La Veleta del Viento, para saludar a Lola y Lolo, ver al bueno de Abelardo y ver cómo estaban Apolo, Dakota y Jade.

Es una excelente idea, Marcus. No creo que nuestros padres pongan impedimentos, más allá de comprobar la previsión meteorológica prevista para el día de la visita.

Muy bien, Marta. Una vez que tengamos el okey de nuestros padres, llamaremos a Lola y Lolo para decirselo.

La visita la programamos para el sábado antes de Nochebuena, reservamos para comer los ocho: los padres de Marta, los míos, las hermanas de Marta y nosotros dos. Lola y Lolo se mostraron contentos con la noticia de la visita, se mostraron realmente entusiasmados.

Nuestra visita se había convertido en una especie de celebración. La posada, pese a estar con el aforo al cien por cien, con el trajín de trabajo que conllevaban esas fechas tan señaladas, tenían preparada una mesa para nosotros en la terraza, que habían acondicionado y cerrado a modo de carpa, con unas estufas de butano, creando un ambiente cálido a la par que acogedor. Debido a que la posada se encontraba a tope, contaban con la ayuda de María Luisa, la hermana de Abelardo, el simpático jefe de estación, una educada a la vez que simpática muchacha de apenas unos veinticinco años, con unas maneras para con la gente que despertaba admiración por el modo tan elegante y educada de tratar a los clientes.

Antes de comer, nos acercamos a las cuadras, despacio, en absoluto silencio, queríamos ver la reacción ante nuestra presencia de Apolo, Dakota y Jade. Aunque habían transcurrido apenas cuatro meses desde que nos fuimos, no estábamos lo suficientemente seguros de que nos reconocieran. Estaban afuera, trotando por el recinto, Apolo y Dakota bebiendo agua, mientras que Jade intentaba provocarles para echarse unas carreras con ellos. Era la más inquieta, la que más alborotaba a la hora de volver a su box o la que más recelosa se ponía a la hora de la visita de Andrea, la veterinaria.

Apolo, al vernos, se quedó mirándonos fijamente. A los pocos segundos, con paso lento, se acercó donde se encontraba Marta, apenas a unos diez metros de donde me encontraba yo, ya que estábamos bromeando sobre quién sería el primero al que saludarían. Se mostró con la cabeza, cuello y orejas relajadas, acercándose para oler a Marta. Tenía que estar seguro de que era ella antes de dejarse acariciar por un desconocido.

Después de oler su mano, un suave relinchar atrajo la atención de Dakota, que se acercó con la misma parsimonia que Apolo a las cercanías de Marta. Por mi parte, ni me quise mover para no asustarles ni quise decir nada por el mismo motivo. En cambio, Jade se acercó a mí trotando, como con ganas de saludarme, agachó la cabeza, olió mi mano y comencé a acariciar su cuello. Fue una auténtica pasada.

Hola, Jade, preciosa. ¿Qué tal estás? ¿Me has echado de menos?

Un suave relinchar fue un “sí”, una respuesta a mis preguntas. Su comportamiento ante mi presencia se tornó apacible y sumiso, salté la valla para estar más

cerca de ella, pude sentir su respiración, los latidos de su corazón, fue una conexión especial entre nosotros.

Marta permanecía perpleja viendo la conexión tan fuerte que estaba experimentando con Jade, mientras Apolo, junto a Dakota, se mostraban temerosos ante mi presencia. Dakota fue la primera en romper el protocolo para acercarse, como queriéndome decir "... a este le conozco yo, pero no me acuerdo de que". De nuevo, la conexión fue maravillosa. Tras oler mi mano, enseguida su comportamiento pasó a ser el del reencuentro de dos viejos amigos que llevaban meses sin verse.

Ante tan tierna escena, Apolo reaccionó bruscamente galopando hacia mí, provocando que tanto Dakota como Jade salieran igualmente galopando hacia él en un claro intento de protegerme de una posible agresión. Yo me quedé pálido sin saber muy bien qué hacer. Sin embargo, lo primero que se me ocurrió fue saltar la valla para ponerme a salvo. Mientras los tres "discutían" sobre lo sucedido, Andrea, la veterinaria, que había observado en silencio toda la escena, se acercó para interesarse por mi estado.

Marcus, ¿te encuentras bien?

Andrea, ¡qué sorpresa más agradable! Sí, gracias estoy bien, un poco asustado, pero bien.

La reacción de Apolo no es de extrañar, me explicó. Sin recordar quién eras, has sido una amenaza para él, ya que tiene que proteger a sus dos yeguas. Con toda probabilidad ahora ya sabrá quién eres, pero el susto no te lo quita nadie.

Las hermanas de Marta, pese a la insistencia de Lolo, no querían ni por lo más remoto acercarse a ver a los caballos.

Se acercaba la hora de comer, aunque después del susto, mucha hambre no tenía, pero, a medida que nos acercábamos al comedor, el olor a puchero me abría el apetito a cada paso que daba. Marta no dejaba de bromear con lo sucedido, se partía de la risa, aunque reconoció que había pasado un poco de miedo.

El momento de la sobremesa lo aprovechamos para recordar anécdotas de lo que habíamos pasado el mes de agosto, todo lo que aprendimos referente a las tareas del campo, cómo construimos los boxes para los caballos, cómo llegaron asustados a su nuevo hogar, un sinfín de batallitas con las cuales todos nos reímos disfrutando de una agradable reunión.

Abelardo no nos pudo acompañar en la comida, compromisos profesionales se lo impedían, pero sí se acercó a tomar café con nosotros, nos dio mucha alegría verlo. Trajo un bizcocho de limón, no sabíamos que era un cocinillas. Dimos buena cuenta del dulce, a pesar de la panzada que teníamos después de haber degustado un delicioso puchero.

Espero que os guste el bizcocho, hacía mucho que no me ponía a hacer postres, es lo que tiene vivir solo. Me presentaré: soy Abelardo, el jefe de estación, tuve el gusto de conocer a vuestros hijos en medio de la tormenta que nos dejó aislados durante esos días en los que el cielo se vino abajo.

Mientras Abelardo saludaba a nuestros padres, sonreía de una manera un tanto forzada. No sé... algo no estaba del todo bien. No era el Abelardo de ocasiones anteriores. Daba la sensación de que no se encontraba demasiado cómodo entre nosotros. Seguía observando sus movimientos, sus gestos, su manera de mirarnos, algo no me cuadraba demasiado. Hasta Marta se dio cuenta de que algo no estaba bien.

Mientras nuestros padres charlaban animosamente con Lola, Lolo y Abelardo, Andrea permanecía callada, tomando su café a pequeños sorbos, saboreando el aroma que desprendía. Un sexto sentido me decía que Andrea tampoco estaba en su mejor momento, su mirada un tanto perdida, un rostro bastante más serio de lo normal confirmaba mis sospechas.

Marta, vente un momento afuera conmigo, vamos a ver cómo están las gallinas.

Fue la excusa más tonta que había inventado hasta la fecha, lo primero que se me ocurrió para poder hablar con ella para comentarle lo que estaba observando. Todos se miraron con cara de sorpresa, como diciéndose: ... ¿Ir a ver las gallinas para ver cómo están?

Marcus, ten cuidado, no se vaya a poner nervioso el gallo del corral.

El de la frase tan ingeniosa no podía ser otro que mi padre. Ese humor siempre me trajo por la calle de la amargura, provocando las risas de todos. ¡Menuda chispa tenía!

Marcus, te he notado inquieto. Algo te pasa, me tienes un poco preocupada. ¿Me vas a decir qué te pasa?

Claro, a ver si te piensas que salir a ver cómo están las gallinas es una excusa para otra cosa. Verás, he notado que Abelardo está bastante inquieto, no es la misma persona que conocimos este verano, algo le pasa. Además, ¿te has fijado en Andrea? Callada tomando café sin mediar palabra, con la mirada ausente, como preocupada por algo.

La verdad que en Andrea sí que me había fijado, comparto tu idea de que algo le pasa, esa cara no puede presagiar algo bueno. Pero Abelardo, no sé, no me parece que esté más raro que en ocasiones anteriores, pero ahora que lo dices, me he fijado que, cuando estaba partiendo el bizcocho, la mano le temblaba levemente, eso sí. Al final vas a tener razón, algo se nos está escapando.

En esto, Andrea se unió a la reunión clandestina que estábamos manteniendo en el gallinero.

Hola, chicos, ¿todo bien?

Hola. Pues la verdad es que te notamos un poco “rara”, como si algo no fuera demasiado bien.

Marcus, veo que no se te escapa una, eres un gran observador. Efectivamente, estoy bastante preocupada por Enrique, mi marido. No sé qué líos se trae entre manos, pero una noche del pasado agosto, mientras dormíamos, se levantó de la cama con mucho sigilo, pensando que no me daría cuenta, me pareció muy sospechoso y decidí seguirlo. Salió del garaje con un paquete no muy grande, se montó en el coche que estaba aparcado fuera y se alejó cuesta abajo con el motor sin arrancar y las luces apagadas, era evidente que no quería que me enterase de su ausencia.

Cogí la moto, me mantuve a una distancia lo suficiente como para que no notara mi presencia, hasta llegar a la Veleta del Viento. Enrique se dirigió al establo, donde le esperaba una persona, a la cual no pude ver con claridad, haciéndole entrega del pequeño paquete. La persona misteriosa abrió el paquete y, tras observar el contenido durante unos segundos, le entregó un sobre. Enrique no miró su contenido, se limitó a guardarlo en uno de los bolsillos del pantalón y se marchó. Tuve el tiempo justo para salir con la moto a todo gas para que no me viera. Regresó a casa, se metió en la cama, me besó en la frente y se quedó dormido. No pude pegar ojo en toda la noche pensando en lo que había sucedido.

Verás Andrea, le dijo Marta, esa noche nosotros regresábamos de dar un paseo, cuando, llegando al establo para ver a los nuevos huéspedes, escuchamos hablar a dos personas a la puerta del establo. Una de ellas era Enrique, la otra no pudimos saber quién era, ya que no lo habíamos visto antes. Efectivamente, le entregó un paquete de pequeñas dimensiones, pero no nos dimos cuenta si a cambio le dio un sobre. No había demasiada luz y la posición del desconocido tapaba nuestro ángulo de visión de Enrique.

Tuve tiempo que anotar mentalmente la matrícula del coche del desconocido, pero con el susto, a la mañana siguiente solo me acordaba parcialmente de ella. Cuando regresé esa noche a casa, con los nervios, no me acordé de anotarla. Desde esa noche, tengo el presentimiento de que lógicamente me oculta algo, pero no tengo ni la más remota idea de lo que puede ser.

Pues nosotros tampoco. No vimos nada más que lo te hemos contado, ni Lola ni Lolo deben de tener ni la más mínima idea.

Esperaba que Marta hubiera captado el mensaje para que Andrea no supiera el aviso que nos dieron: “... no habéis visto nada, ni Enrique estuvo anoche aquí,

ni entregó ningún paquete a nadie. Es sencillo de entender, todo está bien y todo seguirá como hasta ahora”.

Tratamos de quitarle hierro al asunto y transmitir a Andrea tranquilidad: sería algo sin importancia, que no merecería la pena llevarse un disgusto por ello.

Chicos, es que hay más, aún no sabéis lo más preocupante. A los pocos días, llegó una notificación del banco. Estaba sola en casa cuando el cartero me la entregó, algo me decía que esa notificación no sé ... Y no estaba confundida, nos comunicaban la cancelación de la hipoteca, de la cual aún nos quedaban cuatro años por pagar.

La liquidación de la hipoteca se realizó la misma mañana siguiente a la noche de la entrega del paquete. Cuando Enrique regresó a casa, le pedí explicaciones; me comentó que era una sorpresa, que había recibido una cantidad importante de dinero fruto de la herencia de su tío que vivía en Francia y que me lo quería haber contado él.

El tío, me explicó, tenía viñedos en Burdeos y Borgoña y que, a su muerte, al no tener ni esposa ni hijos, en el testamento aparecía Enrique como heredero. No me lo creí en absoluto, desde la primera palabra me pareció que era una mentira tras otra.

Pues creo que estamos los tres de acuerdo en que Enrique algo está ocultando desde la noche de autos, comentó Marta con un tono solemne.

Entramos de nuevo al comedor ante la atenta mirada de Abelardo, que continuaba con la misma mirada ausente, con una cara un poco desencajada. Era evidente que algo le estaba inquietando sobremanera. Intentaba meterse en las conversaciones de manera amable a la vez que educada, pero no era capaz de expresarse con más de dos o tres frases seguidas.

Nuestros padres disfrutaban de una animada sobremesa, comentando con Andrea acerca de los últimos avances médicos en materia de veterinaria, que un colega les había explicado recientemente, una conversación que, dadas las circunstancias personales por las que estaba pasando, desearía salir corriendo a la mínima ocasión.

La expectativa creada por la llegada de un vehículo, calmó por unos segundos el ambiente de charla que tan amigablemente reinaba, Lola salió hasta la puerta de la tienda, para atender. Nada más decir “buenas tardes”, Lola se apresuró a llamar a Lolo. Pude observar la jugada, ya que tuve el presentimiento de que la llegada de ese vehículo no traería nada bueno.

Andrea observaba por la ventana, su gesto cambió bruscamente, algo la hizo ponerse de los nervios, Marta, que se encontraba a unos escasos metros, se asustó por la manera tan brusca que tuvo de reaccionar.

Marta, ven corre, date prisa. Es el coche que vi la noche en la que Enrique entregó el paquete a ese desconocido. No puede ser, ¿que estará haciendo por aquí?

Continuaba disimulando para intentar enterarme de lo que se estaba cociendo, pero dada la distancia a la que me encontraba y lo bajito que estaban hablando, apenas pude enterarme de nada. Decidí entrar en la tienda con la excusa buscar no sé qué. Al verme, el extraño personaje trató de ocultar su rostro, girando su cuerpo hacia la estantería en la que se encontraban las revistas y disimulando que buscaba una publicación determinada.

Rápidamente Lolo se apresuró a sacarme de la tienda para llevarme a la cocina para preparar otra cafetera de café, eso sí, de manera un tanto brusca y apresurada. Fue entonces cuando no entendí lo que estaba ocurriendo. Cuando se lo conté a Marta y a Andrea, tuvieron la misma reacción de asombro que yo.

El barro había tapado parcialmente la matrícula del vehículo misterioso, un todoterreno, por eso Andrea continuaba sin tener información de la pieza que le faltaba del rompecabezas. No tenía ni idea de quién era el personaje misterioso, apenas lo pudo ver de espaldas mientras se marchaba. Ni por la manera de andar ni por la forma de vestirse pudo sacar alguna conclusión.

Andrea se puso de los nervios. ¿Quién era esa persona? ¿Qué tenía que ver con su marido? ¿Y con Lola y Lolo? Eran demasiadas incógnitas para resolverlas sobre la marcha. No teníamos los mínimos datos para, al menos, iniciar una investigación.

El que hubiera ocultado su rostro delataba que era alguien conocido por Lola y Lolo, por lo tanto, nuestras miradas se centraron en Abelardo, que continuaba estando en un leve estado de shock. Me pude fijar que cuando Lolo entró a la terraza, le hizo una señal: con la mano derecha se rascó la oreja izquierda. A partir de ese momento, el bueno de Abelardo, como por arte de magia, volvió a ser el dicharachero parlanchín jefe de estación con miles de anécdotas que contar.

A continuación, Lolo me llamó desde la cocina para que le ayudara a preparar la cafetera, ya ves qué excusa más mala. Mientras llenaba la cafetera de agua, me susurró unas palabras al oído: "... espero seguir contando con vuestra discreción", a lo cual contesté afirmativamente, sin problema.

La sobremesa dio paso a la despedida. Sin duda había sido un día intenso, muy intenso para lo que esperábamos a nuestra llegada. Pasar un agradable día de campo se convirtió en una trama de espionaje. Una nueva experiencia para anotar en mi cuaderno, unas anotaciones que no tenían ningún desperdicio.

Durante el camino de regreso, en el coche de mis padres, ni Marta ni yo apenas dijimos tres palabras. La situación pasada nos había rebasado con creces, pero no podíamos comentar nada hasta no estar solos, sin que nadie nos pudiera escuchar.

Parece que se os ha comido la lengua el gato, comentó mi madre mientras nos miraba a los dos en el asiento de atrás.

Demasiadas emociones para un solo día, contestó Marta mientras yo asentía con la cabeza.

Esa noche hicimos buen uso de los teléfonos móviles. Tras despedirnos, ya cada uno en su casa, estuvimos comentando lo extraño de una situación de la cual no entendíamos nada, llegando los dos a la misma conclusión: “no hemos visto nada ni hemos oído nada”.

Al día siguiente era Nochebuena. Nuestros padres habían organizado la cena en casa de los padres de Marta, dado que ellos eran más y su casa algo más grande, por lo tanto, la elección fue fácil, aparte de la insistencia de los padres de Marta para hacer la cena en su casa.

Como no podía ser de otra manera, las hermanas de Marta se encontraban especialmente pesadas esa noche, Papá Noel estaba a punto de llegar montado en su trineo para dejar los regalos al pie del árbol de Navidad. Estaban alteradas, qué digo alteradas, estaban insoportables del todo.

¡Qué manera de tocar las narices, protestando por absolutamente todo! No eran dos niñas, eran dos máquinas de discutir, de reñir, de chillar, de alborotar, dos niñas insoportables. Marta pidió permiso para venirse a dormir a mi casa con la excusa de no tener que aguantarlas toda la noche hasta que se durmieran.

No os soporto, me tenéis harta, voy a tener que irme a dormir a casa de Marcus para que me dejéis un poco en paz. No habéis parado en toda la santa noche.

Jajaja, Marta, cariño, tienes toda la razón, tus hermanas están insoportables, contestó la madre.

Los padres de Marta no pusieron impedimento alguno, los míos tampoco ya que, al día siguiente, el día de Navidad, volveríamos a comer todos juntos en su casa. La velada había dado un giro inesperado, algo me decía que Papá Noel ese año me traería un regalo muy especial. Mientras Helena acostaba a las dos niñas del exorcista, Carlos preparaba unas copas para los mayores, momento en el cual aprovechamos para excusarnos y salir zumbando para mi casa.

Ojito con lo que hacéis, nos queda aún un buen rato, vamos a jugar a las cartas, a tomar unas copas y a disfrutar de una tranquilizadora noche buena, señaló mi madre, bajo la atenta mirada de mi padre.

Estaos tranquilos, somos adolescentes con la cabeza muy bien amueblada, responsables, como ya habéis podido comprobar este verano. No hay nada por lo que preocuparse.

Nos marchamos en cuanto Marta recogió su pijama, las zapatillas junto con alguna cosilla más. Antes nos despedimos de nuestros padres deseándoles una feliz velada.

Joder, Marta, ¡qué morro tienes! ¿Adolescentes responsables? Desde luego que eres la caña.

Anda, Marcus, que no te has visto la cara que has puesto en cuanto he dicho lo de dormir en tu casa. Solo te ha faltado dar palmas con las orejas.

Nada más llegar a casa, nos fuimos a la habitación. Mientras yo sacaba la cama nido, Marta entró al baño a lavarse los dientes y a ponerse el pijama. Mientras tanto yo me puse el mío, me tumbé encima de la cama a esperar mi turno para entrar en el baño.

Marcus, ¿es cierto que en la noche buena hay que ponerse alguna prenda de color rojo?

Pues la tradición así lo dice, contesté.

La puerta del baño se abrió, Marta me pidió que apagara la luz, que le daba un poco de vergüenza salir del baño. Sin más, apagué la luz, de tal manera que se creó un ambiente bastante romántico con la tenue luz que salía del baño. De repente...

Marta apareció con un camisón de color rojo, totalmente transparente que dejaba ver absolutamente todos sus encantos: esos pechos perfectos, esos pezones que me volvían totalmente loco, que me hacían perder el norte. Estaba para comérsela.

Marta, pero ... ¿Y esto? Joder, tú lo tenías todo planeado.

Pues sí, lo tenía planeado desde hace semanas, y he de decirte que ha salido a la perfección.

Se puso encima de mí, como si estuviera montando a Apolo, pensé. Comenzamos a besarnos como si no hubiera un mañana, tener sus pechos en mi boca, lamer sus pezones con un ansia desmesurada, de nuevo me estaba poniendo en un estado de excitación totalmente salvaje e irracional.

Me quité el pijama con rapidez, no quería perder ni un segundo antes de que mis padres regresaran a casa y nos cortaran el rollo. Marta estaba espectacular, divina, sexy, cachonda, se me acababan los adjetivos para definirla. Yo estaba ... lo mismito que ella, muy excitado. Verla con ese minúsculo transparente camisón me estaba volviendo loco.

No podíamos parar de besarnos, de jugar con nuestros cuerpos al juego más sensual, erótico y bonito que hay en el mundo: el juego del amor. Estábamos como locos, disfrutando entre risas, gemidos y miradas de complicidad, pero ... cuando estábamos a punto de hacer cumbre, la puerta de la calle anunció la presencia de mis padres.

Nos metimos a la cama rápidamente, sin percatarnos de que la luz del baño continuaba encendida, sin saber que habían pasado más de dos horas entre besos, arrumacos y caricias, sin ser conscientes de que casi nos pillan. Mi madre abrió la puerta del cuarto, nos vio cada uno en su cama, con los ojos cerrados, que no dormidos, con la luz del baño encendida.

Fíjate, querido, los chicos se han debido de quedar dormidos según han llegado a casa, no han tenido tiempo ni de apagar la luz.

Joder, mamá, pensé, tan espabilada para unas cosas y tan así para otras. Tuve que hacer un esfuerzo para no reírme, gran esfuerzo para no delatarnos y cagarla. Una vez que mi madre nos dio un beso de buenas noches, cerró la puerta de la habitación y nos quedamos solos a oscuras. Estuve contando hasta cien antes de soltar alguna carcajada. Marta se me adelantó.

¿Quieres hacer el favor de callarte? Que se van a enterar de que aún seguimos despiertos.

Estate tranquilo, vendrán con dos copas de más y se habrán quedado dormidos sin darse cuenta de nada.

En eso sí que tienes razón, mis padres tienen un sueño muy profundo, por lo tanto, con dos copas estarán en estado comatoso toda la noche.

Marta se metió a dormir en mi cama, como en Roma, dormimos abrazados, los dos con una calentura extrema, pero como era lógico no estimamos oportuno reanudar nuestro encuentro sexual navideño. Quedaría pendiente para otra ocasión, sin dudarlo. No era la primera vez que nos quedábamos a medias.

Me costó dormirme bastante, era cerrar los ojos y ver a Marta con ese camisón navideño, la madre que la parió, qué buena está, menudo cuerpazo, cuanto más cerraba los ojos, más cachondo me ponía. Al final me pude dormir, tarde, muy tarde. En cambio, Marta en cuanto se metió en mi cama se quedó frita.

A la mañana siguiente, me desperté antes que Marta. Mis padres continuaban durmiendo, por lo que, como aún me duraba la calentura de la noche anterior, comencé a besarla, a meterle mano. Marta continuaba profundamente dormida, disfrutando de un plácido sueño, hasta que, al sentir el bamboleo de mi cadera, comenzó a despertarse.

¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? Tus padres podrían oírnos.

Sí, es cierto, me he vuelto loco, pero loco por ti, por besarte y acariciarte. Llevo toda la noche sin apenas dormir, ya que al cerrar los ojos te veía con ese camisón que llevas puesto. ¡Es que me tienes cachondo perdido, cachondo y loco de deseo!

Entre besos, caricias, es decir, en un nuevo intento de hacer algo al respecto con mi calentura, mis padres se levantaron de la cama, menos mal que mi padre en especial montaba un auténtico circo al levantarse, se enteraba medio barrio. Otra vez me habían vuelto a cortar el vacilón, comenzaba a pensar que me habían instalado una cámara de vídeo oculta por la habitación. Era la única explicación posible.

Marta se partía de la risa, tenía más autocontrol que yo, sin lugar a dudas. En algunos momentos pensaba que era la mujer de hielo. Nada más levantarnos, Marta, antes de nada, se quitó el camisón para ponerse un pijama bastante más apropiado para la situación. Mis padres comenzaron a meternos prisa para ir a casa de Marta a desayunar para ver qué nos había traído Papá Noel, ese personaje gordincho y simpático que entraba por la chimenea, aun estando encendida, para dejar al pie del árbol de Navidad los regalos para la familia.

De caos absoluto se podía describir el ambiente que reinaba en la casa de Marta: sus hermanas alborotadísimas, chillando, corriendo por el salón, los padres con cara de haber dormido poco o nada. Marta hizo muy bien en venirse a dormir a mi casa, ya que durmió como un tronco prácticamente toda la noche, fue la que mejor descansó de todos.

A las hermanas de Marta, les trajo unos juegos de mesa bastante chulos: el monopoli, hundir la flota, operación y el risk. Andaban como locas mezclando las fichas de los juegos. En cada mesa disponible comenzaban a montar los juegos, hasta decidir a cuál comenzarían a jugar primero. Era una escena bastante graciosa a la vez que premonitoria de una llamada de atención por parte de alguno de sus congéneres que se produciría más pronto que tarde. Sus padres tenían un semblante de estar a puntito de estallar, se presentaba un día muy largo.

Ese año Papá Noel no se lo curró demasiado, para los dos papás sendas camisas con corbata a juego, para las mamás sendos elegantes tres cuartos en piel. Se notó a la legua que Papá Noel estuvo claramente influenciado por nuestras madres.

Para Marta, una bonita cazadora de cuero marrón, tipo aviador, que tanto se llevaban por esa época. Un último paquete con mi nombre permanecía al pie del árbol ¿Adivino lo que me han traído? Efectivamente, era otra cazadora, también

de cuero marrón, también tipo aviador. Me daba la impresión de que el tiempo se les había echado encima y fueron a todo correr a por los regalos. No lo entendía de otra manera. Ciertamente se lo habían currado poco, eso sí, los mejores regalos para las mamás, los peores para los papás y sus carteras. ¿Otra cazadora? ¿En serio? Marta me miró y con una complicidad decidimos no decir ni pío.

La Nochebuena dio paso a la última noche del año, como no podía ser de otra forma. Cena en familia, en esta ocasión en nuestra casa, mis padres se empeñaron en que fuera de esa manera, mi madre no supo en ese instante lo que se le venía encima. Preparar cena para ocho personas, que fuera del gusto de todos no sería tarea demasiado fácil, sobre todo por lo tiquismiquis que eran las hermanísimas. Comían fatal, la madre tenía que estar pendiente para que no tirasen la comida, se pasaban el día tomando complementos vitamínicos para salvaguardar su estado de salud.

Lo único que comían medio bien eran los macarrones, por lo tanto, previa consulta, se les cocieron unos macarrones con queso rallado y tomate casero, que a mi madre le salía muy bien. Era una maestra de la pasta, aparte de una maestra es gastarse la otra pasta, la de mi padre, cuando tenía ocasión de salir de compras.

Con todo, mi padre nunca se quejó al respecto. Siempre fueron un matrimonio ejemplar hasta el fin de sus días, a pesar de que mi padre por su trabajo entre semana paraba poco por casa, mi madre siempre tenía un gesto de amor para con él, un beso, una caricia. Siempre fueron un espejo en el que mirarme, un referente a futuro de cómo me gustaría que fuera mi relación de pareja.

Esa noche, en el Club Social se celebraba un cotillón fin de año, que incluía cena y la posterior celebración con orquesta en directo. Aunque no me entusiasma demasiado, quedamos en ir todos después de cenar, las hermanas se quedaron con una canguro de confianza. Antes de irnos, la cena se desarrolló en un ambiente totalmente distendido: risas, bromas, más risas al escuchar los propósitos para el nuevo año. Bajar de peso, risas, ir a la piscina, risas, pasar más tiempo en casa, risas, salir a andar todas las tardes, risas, aprender inglés, descojone total. No me imaginaba a nuestras madres recibiendo clases de inglés, la verdad. Eran demasiado no sé cómo decirlo ...

La llegada de la canguro a casa de los padres de Marta, marcó el comienzo de la fiesta, ya que una vez acostadas, con las oportunas instrucciones por parte de los padres hacia la canguro, pusimos rumbo al Club Socia. Sería la una de la madrugada. La fiesta estaba en plena ebullición: confeti y serpentinas por el suelo, la orquesta en pleno éxtasis, dándolo todo, todo el mundo bailando con gorritos y matasuegras, un fiestón.

Los camareros no daban más de sí sirviendo combinados y copas de champán.

Con una sonrisa en la boca, abrían las botellas de champán a una velocidad de vértigo. Dos camareros eran los encargados únicamente de sacarlas de la nevera y abrirlas. Más de uno se llevaba directamente la botella sin dejar que el camarero la abriese. Algunos ya presentaban cierto grado de embriaguez, llevaban lo que se dice un pedo guapo.

A muchos les daba por estar de vacilón con todo el mundo sin meterse con nadie, siendo más pesados que un chon en brazos, otros les daba por ponerse besucones con su pareja, la cual, si no estaba un poco pedo no les hacían ni caso, era bastante gracioso. “Hay que ver Manolo lo pesado que te pones con tres copas, coño”, era la frase más oída, cambiando a Manolo por cualquier otro nombre de varón o de mujer, que también había alguna con un buen ciego.

Nos lo estábamos pasando francamente bien, dando vueltas observando los comportamientos etílicos de la gente, nos reíamos mucho viendo cómo se comportaban de manera absurda, aparte de las manchas en las ropas que algunos y algunas lucían fruto del frenesí de la noche, manchas de todos los colores, de todos los sabores, pequeñas o escandalosamente graciosas en lugares delicados, como la entrepierna o el escote de las damas.

Mi madre se acercó con dos copas de champán para celebrar con nosotros la llegada del nuevo año, en un brindis emocionado durante el cual se le escapó alguna lagrimilla que la obligó a ir a la toilette a repasar el maquillaje. Mi madre no solía beber, pero se ponía muy graciosa cuando se tomaba una copa, le daba por hablar por los codos, por presumir de marido y de hijo, contaba anécdotas que escuchaba por la radio, era una auténtica *show woman*. _

Mi padre, junto a los padres de Marta, se lo estaban pasando pipa con mi madre, la cual, en un momento dado, se acercó a la orquesta para hablar con el cantante. La música cambió de un ritmo totalmente festivo; comenzó a sonar “si tú eres mi hombre y yo tu mujer”. Madre de dios, la que se viene encima, pensé, pero cuando comenzó a cantar todo el mundo se quedó con la boca abierta, el primero mi padre. ¡Qué chorro de voz, qué timbre, qué intensidad y entonación! Fue una interpretación simplemente perfecta, nos quedamos asombrados, con la boca abierta, sin saber qué decir.

No sabía que tu madre cantara tan bien, Marcus.
Ni yo tampoco, Marta. Primera noticia.

Al finalizar la canción, varios minutos de vítores y aplausos hicieron subir al escenario a mi madre para saludar hasta en tres ocasiones. Ante la insistencia del público y de la orquesta cantó una segunda pieza, todo un clásico “chica yeyé”,

que puso a todo el mundo a cantar y a bailar. No dábamos crédito a lo que estábamos viendo.

Faltó poco para que la sacasen a hombros por la puerta grande. ¡Qué éxito, qué manera de aplaudir, joder, qué pasada! Mi madre era una chica yeyé, cualquiera la aguantaría en los próximos días... o meses.

Mamá has estado brillante, estupenda. ¿Dónde has aprendido a cantar así? Me has dejado gratamente sorprendido.

Marcus, hijo mío. Hay cosas de mí que aún no sabes, esta es una de ellas. Con el paso del tiempo las irás conociendo, sin duda que sí. Tienes una súper mamá, que lo sepas, guapito de cara, jajaja.

Mi padre estaba más que orgulloso, estaba feliz por la demostración de talento. No dejaba de abrazar y besar a mi madre en una nueva declaración de amor, admiración y cariño. Sin duda, se había convertido en la protagonista de la noche, sin ella quererlo, simplemente me dio la impresión de que se dejó llevar.

Marta y yo nos marcamos unos bailes a lo agarrado, aunque la música que sonaba no era demasiado propicia para ello, pero nos daba igual. Agarrarla como si no hubiera un mañana, sentir la firmeza de sus pechos en mi pecho, apretar mis manos en sus nalgas, susurrarle al oído palabras de amor.

Marta, me estas poniendo como una moto, madre de dios, pero qué rebuena que estás, corazón. ¡Qué culito más rico! ¡qué dos pedazos de ...!

Marcus, calla, que me vas a hacer que me ponga colorada, jajaja.

Más romántico no pude ser en esos momentos, aparte de que no estaba para pensar demasiado. Dado el grado de excitación en el que me encontraba, no era incapaz de pensar en otra cosa que no tuviera que ver con el sexo. Evidentemente, pensé que esa noche, de nuevo, me quedaría otra vez con las ganas.

La noche estaba siendo muy entretenida, pero se nos pasó de manera fugaz. Cerca de las seis de la mañana, nuestros padres dieron la juerga por finalizada, ya era hora de volver a casa a descansar. Marta se las volvió a ingeniar para dormir de nuevo en mi casa, no sé qué les diría a sus padres, ni tan siquiera le pregunté qué les había dicho. Mejor no saberlo.

Mi madre le dejó un pijama de los míos, la verdad es que le sentaba infinitamente mejor que a mí, la daba un aspecto de no sé ... quizás lo pude definir con una palabra: "súper sexy". Bueno, vale son dos palabras, pero es que sexy a secas se quedaba corto a todas luces. Estaba preciosa, con ese escote que tenía el pijama que dejaba entrever sus encantos.

Otra noche que, al cerrar los ojos, volvería a verla desnuda, otra noche que no dormiría bien. Pero estaba totalmente equivocado, tanto Marta como yo, al poner la cabeza en la almohada, quedamos profundamente dormidos, tan rápidamente que a Marta no le dio ni tiempo de meterse en mi cama, lo que en ese momento me dio la idea de lo cansada que estaba.

Nos dieron casi las tres de la tarde en la cama, profundamente dormidos, hasta que mi madre nos despertó. Se acercaba la hora de comer y teníamos que hacer acto de presencia. Particularmente hubiera pasado sin comer, me hubiera quedado en la cama durmiendo probablemente hasta el día siguiente, no me hubiera levantado ni para ir al baño. Marta opinaba lo mismo.

Después de asearnos, bajamos al comedor. Estábamos para el arrastre. No vayas de romería que no te pese al otro día decía mi madre, bueno, mi madre y prácticamente todas las madres del mundo. Eso sí, hambre teníamos como para comernos un buey, así que dimos buena cuenta de las sobras de la Nochevieja, más alguna delicatessen que se marcaron entre la madre de Marta y la mía, dos cocineras bárbaras.

Después de la comida, la sobremesa, en la que comenzamos a recordar el concierto en directo que se marcó mi madre, que trataba de quitar importancia al asunto.

Mirad que sois exagerados, de verdad que sois la leche. El próximo año, me quedo sentadita sin decir ni mu.

Mientras mi madre protestaba, mi padre la apabullaba con besos, abrazos, pipos, hasta la puso en la mano una cuchara de madera a modo de micrófono, para que se lanzara a cantarnos algo.

Que cante, que cante, que cante, que cante....

Mirad que sois bobos...

Que cante, que cante, que cante...

Ante la insistencia del público, no la quedó más remedio que ponerse a cantar. Se quitó el delantal, se atusó el pelo y se arrancó con la canción “No sirvo para estar sin ti” de una cantante de moda, una tal Rocío no sé qué, y de nuevo lo volvió a bordar cantando a capela. Todos nos quedamos con la boca abierta. ¡Qué voz más bonita tenía! Espectacular, una pasada escucharla. Las hermanas de Marta la animaban al grito de “otra, otra, otra”. La hemos cagado, pensé en ese momento, no suelta la cuchara de madera en lo que resta de tarde. Un total de tres canciones fueron con las que nos deleitó la tarde de año nuevo, y menos mal que se cortó de seguir cantando.

Querido público, gracias por vuestros aplausos, sois geniales, pero el concierto acaba aquí, no quiero acaparar todo el protagonismo.

La finalización del concierto dio paso a que las hermanas de Marta comenzasen a dar el coñazo para que jugásemos a algún juego de sobremesa que les había traído el bueno de Papá Noel. Nuestros padres accedieron a jugar con ellas. Nosotros, en cambio, sutilmente nos subimos a mi habitación, buscando algo de tranquilidad y también de intimidad.

Estuvimos charlando sobre la sorpresa que nos había dado mi madre con su voz.

Marcus, ¡qué pasada lo de tu madre!

Cierto, nunca podría haberme imaginado que cantara tan bien, más allá de alguna vez que canta en la cocina mientras prepara la comida o la cena.

¡No me digas, Marcus, que no tenías ni idea!

Marta, que no, que no tenía ni idea. Seguro que mi padre algo sabía. Fijate que anoche, cuando se arrancó a cantar con la orquesta, todos nos quedamos de una pieza, menos mi padre que debió de ser el único en toda la fiesta que no se sorprendió. Seguro que conocía las habilidades de mi madre como cantante.

Estuvimos bastante tiempo charla que te charla, sobre gran variedad de temas: los estudios, algunos de los especímenes que teníamos como compañeros, lo raros a la par que complicados que eran algunos de los profesores, todo lo que estaba observando de sus comportamientos, lo interesante que se estaba poniendo en algunas ocasiones observando sus dispares conductas, dependiendo su era viernes o lunes o si lucía el sol o llovía.

Marta continuaba sorprendiéndose con lo claro que tenía sobre lo de ser psicólogo de mayor. Se sorprendía y a la vez la gustaba que tuviera tan claro ese aspecto de mi futuro, que no estuviera como la mayoría de los chicos y chicas de nuestra edad dando bandazos acerca que profesión elegirían en el futuro. Nunca pude imaginar la utilidad tan enorme que sacaría a las anotaciones de mis cuadernos, de verdad que no.

Nos quedamos dormidos en mi cama, abrazados. Sin apenas darnos cuenta, caímos en brazos de Morfeo. En la madrugada me desperté con unas irrefrenables ganas de ir al baño. Como pude, me liberé de los brazos de Marta, encendí la luz del baño y miré hacia atrás para contemplar la figura de Marta durmiendo.

Después de acabar en el baño, dejé la luz encendida con la puerta entreabierta de tal manera que un minúsculo haz de luz que se escapaba tímidamente iluminaba tenuemente la habitación. Así podría verla sin que la luz le molestara. Me quedé

embobado mirándola, acariciando con mis dedos sus brazos, entrelazando lentamente, con sumo cuidado, sus manos con las mías.

En esto, mi madre, que también se había levantado al baño, abrió tímidamente la puerta de la habitación, para comprobar qué tal estábamos. Al verme despierto, contemplando a Marta, me miró, esbozó una sonrisa, me lanzó un beso con su mano, cerrando la puerta a continuación. Apagué la luz del baño y continué durmiendo.

No sé cuánto tiempo pasó desde que volví a quedarme dormido, pero desperté de nuevo con los besos que ella me estaba dando. Aún no había amanecido, estaba profundamente dormido, así que lentamente comencé a devolverla sus besos, a responder a sus caricias. Estaba desnuda en la cama, suspiré profundamente. No podía mediar una sola palabra, no podía reaccionar, estaba paralizado por el placer que estábamos experimentando y por si mi madre se volviese a levantar al baño y nos pillara en plena faena.

Marta, no hagas tanto ruido que hace un rato mi madre se ha asomado a la puerta.

¿Cómo lo sabes? me preguntó mientras continuaba besándome.

Pues lo sé porque estaba despierto.

¿Y qué hacías despierto? Si se puede saber.

Pues la verdad es que estaba viendo cómo dormías.

Me encantas, Marcus. ¡Qué tierno que eres, qué detalle más ...!

Baja la voz, que nos van a pillar, y como se les ocurra aparecer por la puerta a mi madre o a mi padre, se va a montar una buena. Continuaba besándome sin tregua.

A los cinco minutos, nos volvimos a quedar dormidos, esta vez desnudos y abrazados, con más pena que gloria por no haber alcanzado el clímax total. Otra vez que nos volvimos a quedar a medias. Apenas pude pensar en ello durante unos segundos. Los ojos se me cerraban por el sueño, el cansancio y el calentón. Sobre todo, por esto último.

A la mañana siguiente, después de pasar las fiestas de Navidad, con la llegada del año nuevo, me dio la sensación que no traería demasiados cambios, siempre tuve la “ilusión” a que el refrán de “año nuevo, vida nueva” de alguna manera, aunque mínimamente, trajera algunos cambios.

Por fortuna, la festividad de los Reyes Magos, no tenía demasiado arraigo en ninguna de las dos familias, y resalto lo de “por fortuna”, debido al hartazgo de tanta fiesta, tantas comilonas, de tanto... de todo. El ir a ver la cabalgata era el cierre de las fiestas navideñas, el colofón de unas fechas más o menos entrañables,

pero lo que realmente me flipaba de la cabalgata era el ver las caras de los niños al contemplar las carrozas de Melchor, Gaspar y Baltasar.

No recuerdo con certeza cuál de los tres era mi favorito, creo que Baltasar, pero no estoy seguro. Pero fuera quien fuera, mi elección no debió de ser la más acertada, ya que durante todos los años que escribí la carta a los Reyes Magos, casi nunca me traían lo que les pedía. Sencillamente me traían lo que se les ponía en las narices. Todavía tengo el resquemor porque nunca me trajeron un car a pedales. Siempre fue mi ilusión.

En cambio, recuerdo que cuando mis padres me llevaban de paseo y veía a un niño con su flamante car, aprovechaba cualquier ocasión para montarme en él e intentar una huida que estaba abocada al fracaso, debido a la rápida intervención de mis padres o los del otro niño. Cuando me refiero a “montarme en él”, me refiero al car, no montarme en la chepa del niño, hubiera estado muy feo.

Lo malo era que el día de Reyes daba paso a la finalización de las vacaciones. Se acababa eso de acostarse tarde, de levantarse más tarde todavía, estar de charla hasta las tantas de la noche. Era una brusca vuelta a la rutina. Los primeros días de clase después de las vacaciones navideñas fueron de adaptación, un proceso que en apenas tres días nos llevó de cero a cien, a estar a tope en clase, con los deberes o con las tareas para subir nota. Vinieron largas jornadas de clases, agotadoras semanas de exámenes, momentos de tensión mientras el profesor de turno cantaba las notas de todos en voz alta, sin ningún orden establecido, como por ejemplo por apellidos, sin saber si la siguiente nota sería la tuya o no.

Eran momentos en los cuales, los que habitualmente suspendían, a pesar del gesto pasota que solían exhibir durante el curso, les cambiaba la cara, pasaban a modo “¡qué somanta de hostias me van a dar en casa cuando entregue el boletín de notas!”. La verdad es que la mayoría de ellos se ganaban los suspensos a pulso. En cambio, una minoría se quedaban al borde el aprobado, del cinco, por unas décimas. Algunos profesores eran demasiado crueles.

La Semana Santa llegó con prontitud. Habíamos estado centrados en las clases, en las tareas, con lo cual las semanas y los meses volaron literalmente. La entrega de notas marcó de nuevo el comienzo de otras más que merecidas vacaciones. Recuerdo la crueldad del tutor en la forma de entregar las notas, ya que comenzaba por “los que han aprobado todo”, les llamaban, se acercaban a la mesa del profesor con una sonrisa de oreja a oreja, contando los notables y sobresalientes mientras se sentaban en su pupitre.

Cuando comenzaba con “los que han dejado tres” que para más de uno era una cifra de suspensos más que aceptable, las caras de “bueno, ni tan mal” se reflejaban en aquellos que, de cara al próximo trimestre, debían ponerse las pilas. A

continuación, el tutor con una voz, con una cara de cabronazo impresionante, cantaba la lista de los que serían carne de cañón, los de las hostias en casa a andanadas, “los que han dejado cuatro”, “los que han dejado cinco”, “los que han dejado seis”, “los que han dejado siete” ... “los que han suspendido todas”.

Estos últimos se llevaban una ovación, una especie de premio de consolación. Algunos, ni cortos ni perezosos, comentaban mientras veían los suspensos la famosa frase de... “menuda somanta de hostias me va a dar mi padre”. Con todo, éramos adolescentes, sin lugar a dudas. No todos teníamos el suficiente sentido común para centrarnos en lo que verdaderamente importaba a esas edades.

Nosotros continuábamos disfrutando de una bonita relación sentimental, sin descuidar lo más mínimo los estudios, ya que teníamos tiempo para todo, aunque bien es cierto que nos hubiera gustado pasar más tiempo juntos. A lo largo del curso, teníamos un montón de días de vacaciones, que aprovechábamos al máximo. Nuestros padres continuaban confiando plenamente en nosotros, las notas no habían bajado ni una sola décima, era lo que principalmente les importaba, por lo que prácticamente teníamos carta blanca para hacer lo que nos apeteciera en todo momento.

En cambio, Mónica y Daniel habían descuidado sus quehaceres, habían suspendido los dos la asignatura de Latín, e incluso en Matemáticas habían aprobado con una menor nota que en la primera evaluación, la de navidades. Era un toque de atención, aunque no peligraba para nada su paso al curso siguiente, a tercero de bachillerato. Les caería una buena charla por parte de sus padres, un leve tirón de orejas antes de que la cosa fuera a mayores.

Camino de casa, Marta con las notas en la mano, que eran una copia de las mías, comentó la posibilidad de pasar un par de días en La Posada del Viento.

Marcus, estaba pensando que podríamos pasar un fin de semana con Lolo y Lola, a ver si Apolo está más tranquilo.

Me parece genial. Además, creo que la previsión del tiempo es buena. No tendremos otro susto como el de la tormenta.

Al llegar a casa de Marta, un coche desconocido estaba en la puerta. Posiblemente sería algún amigo de los padres de Marta. Al llamar al timbre, ya que a Marta no le gustaba llevarse las llaves de casa, nos abrió la puerta el padre, con gesto serio.

Hola, chicos. Pasad, que tenéis visita.
¿Nosotros? respondió Marta.

Al entrar en casa, vimos a la madre de Marta, junto a nuestros padres, visiblemente afectados. Dos personas estaban de espaldas cuando llegamos, eran Lola y Lolo, que en realidad eran el inspector Mario Estrada López y la inspectora Nuria Rodríguez Pardo, así fue como se presentaron, con sus verdaderos nombres.

Después de las presentaciones, tenemos que pedirlos disculpas, sobre todo a Marta y a Marcus por haberos mentido durante todo este tiempo. Hemos estado suplantando la identidad de los verdaderos dueños de La Veleta del Viento, ya que hemos estado realizando una investigación sobre tráfico de drogas y blanqueo de dinero, que ha finalizado apenas hace tres días con la detención del marido de la veterinaria.

Todo iba de maravilla, continuó hablando Nuria, hasta que debido a vuestra repentina aparición junto a la tormenta que os mantuvo aislados, nos obligó a cambiar el operativo de la misión.

Nos quedamos todos helados sin saber cómo reaccionar, estábamos hechos un lío. Lolo no era Lolo, era el inspector Mario, Lola no era Lola, era la inspectora Nuria, pero, en cambio, los verdaderos dueños de La Posada del Viento se llamaban realmente Lolo y Lola.

Quiero deciros que en ningún momento habéis estado en peligro, hemos mantenido un total control de la situación. El único momento delicado fue la noche en la cual visteis a Enrique, el marido de la veterinaria, entregar un paquete a un desconocido. ¿Os acordáis que os dijimos que olvidaseis lo ocurrido, que no habíais visto nada? Pues si esa noche os hubieran descubierto, habríamos tenido un serio problema. Enrique, en su calidad de veterinario, tenía acceso a determinadas sustancias activas psicotrópicas, en concreto la “traksemida” una sustancia que incrementa el rendimiento de algunos animales, en concreto en los caballos, que está totalmente prohibida.

Enrique se lo vendía a ese misterioso personaje, continuó explicando la inspectora Nuria, que, al ser diplomático, lo enviaba a su país de origen, Afnail, por valija sin que pasara ningún control por parte de nuestros compañeros de aduanas. Era un negocio redondo, más de dos años de investigación han dado sus frutos con la detención de Enrique, el diplomático y toda su cúpula en Afnail. Una vez que la sustancia llegaba al país, era vendida a uno de los principales narcotraficantes, que poseían algunas de las más famosas cuadradas del país. De esta manera, apostaba ingentes cantidades de dinero en las carreras, obteniendo unos beneficios impresionantes. Hemos asestado un duro golpe al tráfico ilícito de esta sustancia que tanto daño hace a los caballos, llegando en algunas ocasiones a ocasionarles la muerte.

Después de lo que nos contaron los dos inspectores, nos quedamos sorprendidos. Si en ese momento nos hubieran pinchado, no hubiéramos sangrado. Menuda situación vivimos sin darnos cuenta, ajenos a todo lo que nos rodeaba.

Solamente os pedimos que seáis discretos con todo este asunto, debido a que aún no se han realizado todas las detenciones. La prensa se hará eco de ello, como es lógico, pero no sabrán ni la mitad. Ante todo, máxima discreción, no comentar nada con nadie.

Que sepáis que la amistad que ha surgido entre nosotros, a pesar de ser en extrañas circunstancias, es real, que tanto con Nuria como conmigo, podéis contar para lo que queráis, pero lamentablemente mañana mismo salimos del país rumbo a otra misión.

Nuestros padres reaccionaron bastante bien ante las explicaciones de los inspectores, incluso diría que se sintieron orgullosos por el trabajo realizado por las fuerzas de seguridad. No pensaron en ningún momento el peligro al que pudimos estar expuestos.

Por nuestra parte, inspectores, no tengan problema, seremos una tumba, como es lógico no pondremos en riesgo nada que tenga que ver con el operativo, faltaría más, comentaron nuestros padres en un tono solemne.

A Marta y a mí nos entró la risa. No obstante, de igual manera ante la atenta y solemne mirada de nuestros padres, nos comprometimos a guardar absoluto secreto. Sería tentador comentarlo con los más allegados. Sin embargo, dimos nuestra palabra de que no lo comentaríamos con nadie. En ese momento pude comprender el gesto de Abelardo, con la mirada perdida e inmerso en sus pensamientos. Algo me decía que estaba metido en el ajo, pero no supe si del lado de los buenos o de los malos. Preferí ni tan siquiera comentarlo con Marta, no quería preocuparle más de lo debido. Tampoco pregunte a Lolo y Lola.

Con lo cual, el pasar un fin de semana de las vacaciones de Semana Santa, se nos fue al garete. Después de todo lo que nos contaron los inspectores, a ninguno de los dos nos apetecía demasiado volver por La Veta del Viento, al menos durante una buena temporada, sobre todo por Marta, que se había quedado bastante afectada. Aunque no comprendía los motivos, ya que la situación estuvo controlada, no estuvimos en ningún momento en riesgo, bueno en casi ningún momento.

Estuvimos pensando un plan alternativo, pero la verdad que no se nos ocurrió ninguno lo suficientemente atractivo, aunque tampoco teníamos demasiado donde elegir. Entonces decidimos que, a falta de mejor plan, improvisáramos sobre la marcha qué hacer. Las previsiones meteorológicas eran buenas: sol con temperaturas elevadas para el mes en el que estábamos, casi veraniegas.

En ese momento me acordé del robo de los dos ciclomotores. Habrían sido una buena alternativa para habernos movido con libertad. Por parte de la policía, no nos volvieron a decir nada del robo. Se comentaba que una banda se estaba dedicando a robos de ese tipo, se llevaban las motos en pequeños camiones para no dar el cante rumbo a países extranjeros donde algunas eran descuartizadas para

piezas y otras se vendían al mejor postor. Algo parecido a lo que nos dijeron el día del robo, así que perdimos toda esperanza de recuperarlas.

Pasamos las vacaciones disfrutando de unos días con un tiempo típicamente de verano, la lástima era que anochecía bastante pronto. Si bien los días eran más largos que en meses anteriores, no tenían ni por asomo las mismas horas de luz que los maravillosos días de verano. Una tarde quedamos con Mónica y Daniel, que hacía mucho que no sabíamos nada de ellos, nos estábamos alejando de las amistades, lo cual pensamos que no era demasiado bueno.

Marcus, deberíamos quedar con Mónica y Daniel más a menudo, incluso con más gente de clase. Hay tiempo para todo, incluso para estar juntos, solos los dos. ¿Qué te parece?

Pues me parece correcto. Tampoco tenemos que cerrar el círculo de las amistades. Estamos en una edad ideal para socializar, para conocer más gente, eso está claro. Me parece muy bien, Marta.

Fue uno de los momentos en el que comencé a no entender a las chicas, no entendía el cambio de rumbo que Marta había comenzado a dar, máxime cuando era ella la que buscaba cualquier excusa creíble para quedarse a dormir en mi casa. ¿No sería que, como no habíamos culminado nuestra relación, se estaría planeando montárselo con otro? ¿Y si ya no se sentía atraída por mis encantos? ¿Y si ...?

Estaba entrando en la etapa de los “y si”, y si esto, y si aquello. Mi cabeza se estaba transformando, estaba pasando de ser un mar de pensamientos en calma a una tormenta de “y si” que me estaba volviendo loco. Esa misma tarde, para no dejarlo para el día siguiente, Marta quedó con sus amigas, incluida Mónica. La reacción de Daniel no se hizo esperar, su llamada telefónica tampoco.

Marcus, ¿sabes qué coño les está pasando a estas?

Vaya, por lo que intuyo te está pasando lo mismo que a mí. Bienvenido al club, machote.

¿No me digas que a ti también te ha dejado tirado?

Pues sí, Daniel, tirado como a una colilla.

Tras la conversación telefónica tan alentadora, quedamos para dar una vuelta, por aquello de no quedarnos en casa como dos gilipollas mientras estas estaban por ahí de rule pasándose de cine. Mi madre se sorprendió de que Daniel fuera a buscarme para salir.

Marcus, ¿no has quedado con Marta?

No, mamá, contesté mientras me despedía de ella. Hoy es tarde de chicas y de chicos, cada uno por su lado.

Hay que ver lo raros que sois los chicos de hoy en día.

No lo sabes tú bien, mamá. No volveré muy tarde, no me esperéis a cenar.

Muy bien, hijo. Adiós, Daniel. Pasadlo bien en “vuestra tarde de chicos”

El tonito en la voz de mi madre me hizo suponer que no esperaría ni un solo minuto para llamar a la madre de Marta para ponerla al día de las novedades. Mi madre no tenía ni un pelo de tonta, otra cosa es que se lo hiciera. Al llegar por la noche, mis padres estaban en el salón, viendo la tele, mi madre haciendo ganchillo, mi padre ojeando una revista de medicina.

¿Qué tal tu tarde de soltero? preguntó mi padre.

Pues bien, quedé con Daniel. A estas dos les ha dado un ataque te tontería aguda y quieren “socializar” con más gente. No hay quien las entienda, la verdad.

Mi madre dejó de hacer ganchillo, se levantó del sillón, me dio un beso de buenas noches y se marchó a la cama. Tenía toda la pinta de que tendría una charla de hombre a hombre con mi padre. El resto de la noche prometía.

Verás, Marcus, hijo. Toda relación con una chica, tengas la edad que tengas, no estará nunca exenta de complicaciones de cualquier índole y debes tener muy claro que no hay una relación perfecta, te cuenten la película que te cuenten. Casi siempre habrá algo por lo que discutir, algo que no os guste del otro en algún momento, en alguna situación.

Pero, papá, me gusta todo de Marta.

Eso es debido a que no habéis pasado demasiado tiempo juntos, salvo el viaje a Roma y el mes en la posada. Estabais de vacaciones, dando vuestra mejor imagen, con una sonrisa en la boca, dispuestos a comeros el mundo. Te entiendo, aunque te parezca que no.

Papá, no sé qué decirte. Tengo sentimientos encontrados. Por una parte, salir con más gente me parece genial, pero no sé qué pensar cuando no estamos juntos. ¿Y si conoce a otro mejor que yo?

Estate tranquilo, no te preocupes, lo que tenga que ser, será. No tengas la presión añadida debido a que sus padres sean amigos nuestros. Ellos piensan lo mismo que tu madre, lo mismo que también pienso yo, que sois demasiado jóvenes para ataros en una relación. Tenéis una edad preciosa para disfrutar de la vida, de todo lo que tenéis por delante, tenéis nuestro apoyo, nuestros consejos que, sin duda, si sabéis escuchar y analizar lo que os digamos, os servirán de mucha ayuda.

Claro que sí, papá.

Sigue con tu estilo de vida, esto no es una ruptura, céntrate en los estudios como hasta ahora, que lo demás vendrá por sí solo, para bien o para mal.

Gracias, así lo haré. Me voy a la cama, estoy cansado, necesito dormir y no pensar en nada. Hasta mañana.

Recuerdo perfectamente el gesto serio de mi padre. En pocas ocasiones lo había visto reflexionar tan profundamente de esa manera. Mi madre nunca me co-

mentó lo que había hablado esa misma tarde con la madre de mi ex. En los días sucesivos, no supe nada de ella. Solo me preocupaba la vuelta a clase después de las vacaciones de Semana Santa. Ya me estaba imaginando la pila de buitres que intentarían ligar con ella sabiendo que “nos estábamos tomando un tiempo”. Lo que no imaginaba qué pasaría si, llegado el caso, alguna chica de clase e incluso del curso superior se interesara por mí. Sería tremendamente incómodo.

La vuelta a las clases fue un “mal de muchos ... consuelo de tontos”, ya que no solamente Daniel y yo nos habíamos quedado en *stand by*. Éramos un grupito de afectados bastante amplio, prácticamente todos los chicos estábamos igual. Estuve tentado de llamar a sanidad, podríamos estar en el comienzo de una ola de virus, el de la “tontería”. En los recreos se formaban pequeños grupos de tres o cuatro divorciados, que se quitaban la palabra unos a otros contando el amargor de su separación.

Yo me encontraba un tanto descolocado, pero no dejé que mis sentimientos hicieran peligrar los resultados académicos. En ese aspecto lo tenía plenamente superado. En clase charlábamos sobre temas académicos sin más, incluso en el recreo nos veíamos para tomar algo. Esta especie de tontería le duro apenas un mes. No sé qué le estaba ocurriendo, posiblemente el verme en actitud tan pasota le hizo recapacitar sobre su caprichosa conducta. Llevaba unos días como rara, ya no estaba tan de buen humor en clase, se notaba que algo no funcionaba bien en su cabeza.

Por otro lado, mis padres apenas me comentaban nada del asunto, incluso quedaban como antes con los padres de Marta, casi siempre para cenar en el Club Social. Todo estaba como siempre, con la salvedad de que Marta dormía en su casa.

Un viernes por la tarde, después de la última clase, mientras me dirigía a la salida del instituto, Mónica y ella salían detrás de mí comentando no sé qué de una fiesta que organizaban los de COU para recaudar dinero para el viaje de fin de curso, el sábado a las siete de la tarde en la disco de moda.

Marcus, ¿vas a ir mañana a la fiesta? me comentó mientras intentaba llamar mi atención dándome en el hombro con su mano.

Ah, eres tú, no sabía quién me estaba dando en el hombro. Pues no lo sé, tenía otros planes, ya veremos...

Puso esa cara de “quién se habrá creído que es...” como si el rechazo inicial le hubiera sentado como un tiro. Me parece que te vas a quedar con las ganas, pensé, vas a mamonear con otro, no conmigo. Al poco rato de llegar a casa, Daniel me llamó por teléfono, todo indignado.

No te jode, ahora no va Mónica y me dice que si tengo pensado ir por la fiesta de los de COU.

Perdona que me ría, tío, pero es que eres la caña, parece mentira que no las conozcas. Estas dos se creen que nos pueden utilizar a su antojo cuando ellas quieren, pues conmigo lo tienen claro.

Conmigo también, Marcus.

Anda, arréglate y pásate por mi casa, a ver si me espabilas y nos damos una vuelta.

Vale, enseguida voy.

Y, por si fuera poco, mis padres dando el coñazo para que fuéramos a la fiesta de COU, que el dueño de la disco era hijo de un médico amigo de mi padre, que no habría ningún problema para entrar. Mi respuesta fue sincera a la par que contundente: “no”.

Hijo, mira que eres burro, de verdad, sales a tu padre.

Pues ya ves, mamá, es lo que toca.

¿Cómo que se parece a mí? Pero bueno ... deja al chiquillo que haga lo que quiera.

Ya estaba el lío montado, día de viento sur, sin dudas. Parecía que aquella tarde todo el mundo estaba con ganas de discutir. No tenía ninguna gana de ir a una fiesta, menos si estaba organizada por los buitres de COU. Tampoco tenía ninguna gana de ver a Marta mamonear con todo aquel que se pusiera a tiro. Realmente no estaba demasiado afectado por la directriz que había tomado mi relación con mi “ex”, existía un cariño, como es lógico, pero traté de no volverme demasiado loco, dejé que me afectara solo lo justo. No entendía su cambio de parecer, pero lo que tenía muy claro es que no suplicaría ni por su atención ni por su cariño.

Al poco rato, Daniel se pasó por mi casa para dar una vuelta, se le notaba que estaba realmente cabreado, bastante cabreado, ... muy cabreado.

Hola, Marcus, ¿qué tal llevas toda esta mierda? Porque estarás de acuerdo conmigo que a estas dos les ha debido de dar algún tipo ataque de no sé qué.

Estate tranquilo, Daniel, todo tiene solución, las cosas vienen así, no hay que ponerse de mala leche por ello, hay que disfrutar de todo lo que nos ofrece la vida, machote.

Sí, te entiendo Marcus, pero es que Mónica está tan buena, besa tan bien y tiene un...

Daniel, tío, córtate un poco, no me cuentes cómo tiene el culo o las tetas, que bastante tengo con no acordarme de la perfección del culo o de las tetas de Marta.

Joer, parecemos dos salidos, jajaja.

Sin duda, que estamos en edad de ello, jajaja. Intentemos pasarlo lo mejor posible, que eso es lo que nos vamos a llevar esta noche para casa.

Nos fuimos dando un paseo hasta la parada del autobús, decidimos dar una vuelta por una de las zonas menos transitadas por amigos o conocidos. Era la zona más alejada del paseo marítimo, que en verano se ponía de bote en bote, pero en la época del año en la que estábamos, la gente que lo transitaba era un poco más mayor que nosotros. Pensamos que sería una buena opción para estar a nuestra bola, tomar algo, quizás comer una hamburguesa, para ir para casa ya cenados, improvisaríamos sobre la marcha.

Estábamos dando un agradable paseo, desnudando con la mirada a las chicas que se cruzaban en nuestro camino, fijándonos en la ropa que llevaban, si a esa de ahí la queda ese pantalón fatal, que si esa otra parece que anda escocida... nos lo estábamos pasando de miedo, echando unas risas. De nuevo. el mundo volvía a ser nuestro. Y de repente ...

Mira tú, Martina con quién nos hemos encontrado. Esta debe de ser nuestra tarde de suerte.

Sí, Valeria, sin duda que sí, una tarde de suerte.

Nos dimos la vuelta y allí estaban estas dos locas de la vida, dando una vuelta, apurando el día, como ellas decían. A Daniel se le encendieron los ojos, le cambió la expresión de la cara, pasó de tener cara de luto a cara de depredador.

Daniel, contento que te conozco, no saltes de la sartén para caer en las brasas, no me jodas, anda.

Marcus, no me jodas tú a mí, qué sartén ni qué brasas ni qué niño muerto. Disfruta de la tarde, que es lo que nos vamos a llevar para casa esta noche. Recuerda que me lo has dicho hace un rato.

Daniel estaba como un toro recién salido del toril, como una moto.

Hola, chicas. ¡Qué casualidad! La verdad es que no esperábamos encontrar a nadie conocido por esta zona, mira tú que bien. Marcus, ya tenemos la compañía de estas dos preciosidades, compañeras de clase para dar una vuelta, siempre y cuando no tengan nada mejor que hacer, que nunca se sabe.

¿Preciosidades? ¿En serio? Este chaval ve una falda y se pone como una moto, ya no se le puede decir nada, pensé, se obceca en lo de siempre.

Daniel, igual ya tienen planes, no vamos a estropeárselos nosotros.

Tranquilo, Marcus, nos venís como caídos del cielo, dijo Martina mientras cogía del brazo a Daniel. ¿A que sí, Valeria?

Claro que sí, estábamos aburridas dando un estúpido paseo, sin saber qué hacer, la verdad, así que Marcus, no te preocupes que no nos estropeáis ningún plan. La tarde es joven y la noche más.

Me daba la impresión de que, entre lo lanzadas que eran estas dos y lo bocas que era Daniel, esa tarde sería de todo menos aburrida. En ese momento hubiera preferido dar media vuelta y marcharme, pero no consideré oportuno dejar solo ante el peligro a Daniel “el depredador”.

Tenemos que celebrar este encuentro tomando algo, ¿qué os parece? comentó Daniel.

Nos parece muy bien, comentaron las dos a la vez. Parecía que lo tenían ensayado.

Entramos en una cervecería. Allí servían una cantidad de clases de cerveza que era una pasada, y que, junto a las patatas bravas, eran la especialidad de la casa. Yo opté por beber un refresco, los demás por sendas mini cañas de cerveza. Las raciones de patatas bravas eran famosas por el tipo de picante que llevaban. No obstante, el dueño era de México, y la receta de la salsa era secreta, había pasado de generación en generación sin desvelar lo más mínimo de su secreto. La cervecería se llamaba El Sapo Rojo.

Daniel y Martina, se mostraban, cómo decirlo... muy receptivos, en muy buena sintonía, bromeaban entre ellos, diciéndose tonterías al oído. Valeria, como si no fuera con ella, charlaba conmigo, dejando de lado a los dos tortolitos. Estaba bastante más distante, situación que me pareció muy bien, yo no tenía ganas de chorradas.

Valeria, me vas a perdonar la pregunta, no trato de ser indiscreto, pero Martina ...

Tranquilo Marcus, me comentó interrumpiendo mi pregunta, estamos como casi todos, en plan de amigos, no de parejas. Hemos decidido abrirnos a otras amistades, a probar nuevas experiencias, no queremos que el tiempo pase sin haber experimentado y elegido la mejor de las opciones, pero siempre desde el punto de vista del respeto hacia nosotras mismas y hacia los demás.

Eso quiere decir que nosotros dos somos...

Quiere decir que nos hemos encontrado por casualidad. Sois los dos muy majos, aparte que bastante guapos. Tú Marcus estás bastante más bueno que Daniel, pero no se lo digas que no es plan de que se enfade.

Ante tal comentario, ante tal situación, solamente pude esbozar una sonrisa, junto con un gesto de “... me da igual lo que digas, bonita”. Daniel y Martina se lo estaban pasando muy bien, me estaba pareciendo que Daniel había puesto la directa y no había quien lo frenara. Martina parecía que se dejaba llevar, rumbo a comenzar una nueva fase de experimentación. Éramos los primeros tíos con los que habían estado en mucho tiempo, según me confesó Valeria. En ese momento no pude saber si sería bueno o malo.

Su forma de actuar, de hablar, hasta de gesticular, no era la propia de dos chicas de diecisiete años ni mucho menos. Daban la sensación de ser más mayores. Hasta estuve tentado de pedirles su DNI, pero no lo consideré mínimamente oportuno. Durante la charla, mientras estos dos estaban a su bola, me di cuenta de los ojos tan bonitos que tenía Valeria, eran de un color verde cautivador. Bajando un poco más la vista, me fijé que continuaba teniendo un par de buenas tetas, una cintura de las que llamaban de avispa, y finalmente supuse que seguiría con un culo de escándalo.

Marcus, ¿te parece bien lo que ves? Apuesto que ya has adivinado hasta el color de mi ropa interior.

Disculpa, no trato de incomodarte, pero es que...

Tranquilo, es normal que un tío le mire las tetas a la chica con la que lleva hablando más de una hora, la verdad es que pensaba que me las mirarías a los cinco minutos, jajaja. Has tardado demasiado, estás perdiendo facultades, jajaja.

Bueno, es que soy muy prudente, además...

¡Mira qué mono, qué tierno eres Marcus! Me encanta que seas así de ...

¿De qué? Ten cuidado que los más tiernos somos también los más peligrosos. Luego no me digas que no te he avisado.

¿Sí? ¿Es cierto que eres un chico peligroso? Pero peligroso, muy peligroso o extremadamente peligroso... tendrás que demostrármelo.

Aquella frase me sonó bastante a reto. No obstante, ahora no me podía echar atrás, me tendría que plantear una nueva estrategia para llevar las riendas de la conversación sin que la situación se me fuera de las manos. Por aquella época, no estaba demasiado acostumbrado a estar a solas con una chica, pero durante el tiempo que estuve “saliendo” con Marta, aprendí muchas cosas y con todo, si se daba la ocasión, no estaría dispuesto a perder las oportunidades que se me pudieran presentar. Tenía que espabilar a marchas forzadas. Ese encuentro casual se estaba complicando por momentos, debido a que habíamos pasado de ser pareja a ser meros compañeros de clase, quizás hasta ser amigos y quién sabía si en un periodo de tiempo más o menos breve, llegaríamos a ser algo más que amigos de nuevo, aunque nunca he creído en las segundas oportunidades.

Aquella tarde, sentí un gran alivio, tuve la sensación de haberme quitado una losa que pesaba demasiado, noté un importante crecimiento interno, tuve la impresión de haber dejado de ser un pardillo para convertirme en una especie de profesional amateur del amor. A la salida del Sapo Rojo, sorprendentemente, Martina y Valeria se despidieron de nosotros. Se las había hecho tarde, no habían avisado a sus padres por lo que deberían de respetar el horario de llegar a casa que sus padres les habían puesto.

¿Tenéis planes para mañana? ¿Vais a ir a la fiesta de los de COU? comentó Martina.

Para nada, comentamos los dos a la vez, no tenemos la intención de ir.

Nosotras queríamos pasar a darnos una vuelta, pero al final no sé qué haremos. ¿A ti que te parece, Valeria?

Yo creo que deberíamos de pasar de esa chufra de fiesta y volver a quedar con estos dos chicos tan majos, ¿No te parece?

A mí me parece bien, pero lo mismo estos dos apuestos chicos tienen planes para mañana.

No, no tenemos plan para mañana, ¿verdad, Marcus?

No, no hay planes a la vista. Este Daniel es que no espabila, pensé.

Pues mañana podemos quedar para comer, así pasamos el día juntos, ¿Os parece?

Nos parece de maravilla, comentó el bueno de Daniel.

Tuve la sensación de estar liándola de nuevo, aparte de que Martina y Valeria eran dos compañeras de clase, a las cuales se las veía todo el día juntas, aunque nadie sospechaba de sus inclinaciones sexuales, corrían ciertos rumores por el instituto acerca de sus nuevos gustos, pero solo eran eso, rumores. Nunca dieron que hablar por algún desliz en su día a día o por un comportamiento poco “ético”.

Por otro lado, la relación entre mis padres y los de Marta continuaba su rumbo. Mis padres, al ser colegas de profesión, seguían compartiendo sus jornadas de trabajo como si no hubiera sucedido nada, lo que me parecía totalmente normal. Nuestras madres, de igual manera, continuaban como siempre, solían quedar para dar una vuelta, ir de compras o al supermercado, lo normal. Incluso en alguna ocasión Marta les acompañaba. Mi madre no comentaba nada al respecto, al menos delante de mí.

El sábado por la mañana, de nuevo la insistencia de mis padres con referencia a la fiesta de esa tarde.

Marcus, ¿estás totalmente seguro de que no vas a ir a la fiesta? —insistió mi madre.

Pili, deja al chiquillo tranquilo, ya es mayorcito para saber lo que tiene que hacer.

Gracias, papá. La verdad es que mamá está de un pesadito que no veas.

Por cierto, hoy no como en casa, he quedado con Daniel y dos compañeras de clase. Y esta noche puede que llegue un poco tarde. No me esperéis a cenar.

La cara de mis padres se volvió de total asombro. Se miraban entre ellos dando la impresión de no entender lo que estaba pasando.

No me pongáis esa cara, que esta situación no es por mi culpa, ha sido ella la que ha cortado conmigo, la que quiere conocer más gente, no atarse. Pues me pa-

rece muy bien, no pienso quedarme en casa lamentándome. La vida continúa. Estoy conociendo gente nueva y me gusta. Voy con Daniel, al que le ha pasado lo mismo, lo estamos pasando genial. Ya ni me acuerdo de quién es Marta.

Marcus, no seas tan arisco, no sé qué tiene de malo el que vayas a la fiesta para saludar a Marta y ...

Dale, mamá con la misma canción, que no pienso ni ir a la fiesta de los cojones ni saludar a Marta ni a nadie.

Marcus, no hables así a tu madre.

Lo siento, mamá, pero es que estas muy pesada con el temita de la fiestecita.

No me gustó demasiado la mala contestación que di a mi madre. Creo que hasta la fecha no le había respondido casi nunca mal, pero sus constantes comentarios referentes a la puñetera fiesta me tenían más que harto, efectivamente me tenían hasta los cojones.

El día amaneció soleado, cielo despejado, buena temperatura, no pintaba nada mal, un día que invitaba a vivir, a respirar hondo y sonreír. Estaba más que dispuesto a pasarlo genial, a disfrutar de lo que la vida me ofrecía, sin pensar en el pasado ni en el futuro, simplemente disfrutar del presente al máximo. Tenía el palpieto de que ese sábado sería un sábado diferente, divertido, un sábado ideal para comenzar a pasar página.

Como ya estaba siendo habitual, Daniel pasó a buscarme por casa, bajo la atenta mirada de mi madre, que seguía estando bastante molesta por no hacerla caso en el asunto de la famosa fiesta. Miraba a Daniel como si fuera el culpable de que no fuera. Nada más lejos de la realidad. La verdad, mis padres aún no sabían ni por asomo los cambios que estaba haciendo en la manera de ver las cosas.

Que Marta estaba muy buena, pues sí, que tenía un cuerpazo, también, que no tiene las cosas demasiado claras, efectivamente que no. Por lo tanto, a otra cosa mariposa. Para nada estaba dispuesto a ser el psicólogo de nadie, en un futuro sería mi profesión, de lo que pensaba vivir, pero hasta que ese futuro llegase, *Carpe Diem*, como bien acuñó en su momento el poeta romano Horacio.

Hola Daniel. ¡Qué guapo te has puesto hoy para salir! Pues no más que otro sábado cualquiera, señora Pilar.

No me trates de señora, que me haces más mayor de lo que soy, anda, con que me llames Pili, todos contentos.

Vale, Pili, como quiera.

Que no me trates tampoco de usted, hay que ver cómo sois los chicos hoy en día de educados y respetuosos. ¿Verdad, Marcus?

Sí, mamá, somos educados y respetuosos hasta el punto de no ir a una fiesta, por poner un ejemplo, para hacer el panoli. Por lo demás, somos una generación ejemplar, como la vuestra, sois un gran ejemplo para toda nuestra generación.

Marcus, no saques el tema, que al final te cabreas y todos sabemos que, si te cabreas, yo me cabreo, no es buena idea que me cabrees un precioso día antes de que te vayas por ahí con Daniel a pasar el día dios sabe dónde ni con quién.

Toma puya. Ese “con quién” sonó a que mi madre algo se olía, ya que Daniel se había vestido como para una boda, había dejado vacío el bote de colonia de su padre, no paraba de sonreír a todo el mundo y se mostraba algo... como decirlo... “inquieto”.

Mamá ya nos marchamos.

Muy bien, Marcus, ojo lo que hacéis y dónde os metéis.

Adiós, Pilar.

Adiós, Daniel, majo.

Nada más salir a la calle, le reproché a Daniel varias cosas. La primera el pestazo a colonia barata que desprendía. Parecía que se había bañado en colonia.

Joer, Daniel, macho. Es que apestas a colonia.

Marcus, no me fastidies, que tampoco es para tanto.

Como teníamos un rato antes de vernos con Valeria y Martina, le “invité” a entrar de nuevo en casa para que se diera una ducha con el objetivo de eliminar ese pestazo. Al entrar en casa, mi madre comenzó a reírse, la verdad es que Daniel estaba hecho un auténtico cuadro.

Anda, Daniel, sube al baño de Marcus, date una buena ducha, jabónate cuerpo y cabeza para que te quites ese exceso de colonia, que mientras tanto te voy planchando una camisa de Marcus para que te pongas.

Gracias, Pili. La verdad es que creo que me he pasado con la colonia. Ahora entiendo por qué la gente miraba para atrás cuando me cruzaba con alguien por la calle.

Mientras el bueno de Daniel se duchaba, mi madre no dejaba de reírse. Comentaba que a mi padre una de las primeras veces que quedaron para salir, también se le fue la mano con la colonia, pero olía tan bien que no le dijo nada. Cosas de los nervios de las primeras citas que, sin duda, son las más bonitas, comentó mi madre con cierto aire de nostalgia.

Una vez que nuestro apuesto Daniel se aseó, se cambió de camisa, se tranquilizó y se despidió por segunda vez de mi madre, pusimos rumbo al punto de encuentro en el cual habíamos quedado con Valeria y Martina. El sol poco a poco comenzaba a calentar e incluso en algunos momentos llegaba a incomodar, nos hacía buscar algo de sombra para intentar aplacar el sofocante calor.

Daniel sudaba como si estuviera en una sauna, Por su frente se deslizaban de manera incesante gotas y más gotas de sudor.

Daniel, tío, no me jodas. ¿Tan nervioso estás? Ni que fuera la primera vez que quedas con una tía, relájate y disfruta.

Joer, si es que anoche me costó dormirme pensando que al día siguiente habíamos quedado con estas dos. ¿Pero tú te has fijado en lo buenísimas que están? ¿En la ropita tan ajustada que se ponen? Coño, es que van provocando.

Daniel, céntrate, por favor, que a ti dos buenas tetas te pierden. Como des la impresión de que las tetas de Martina te hipnotizan, vas a tener un serio problema, te vas a convertir en una marioneta.

Que sí, Marcus. No te preocupes, que eso no va a pasar ... ¡Pero qué tetas tiene Martina tío, si es que es para tocárselas y... yo que sé!

Daniel, claro que me preocupo. Estás más caliente que el palo de un churrero, así no se puede ir por la vida, que llevas la palabra “cachondo” escrita en la frente.

Mira que eres exagerado, macho, de verdad es que Oye, ¿Esas dos que van delante no son Valeria y Martina? Por la forma de andar y por esos culitos tan ricos diría que son ellas.

Pues parece ser que sí, que son ellas.

Marcus, ¡madre de dios del amor hermoso! ... pero qué vestiditos se nos han puesto, si casi se les ven las bragas.

Daniel, ¿te das cuenta? ¿Ves a lo que me refiero? Estás muy necesitado, ya verás cómo al final la cagas y nos jodes el día a los cuatro.

Que no, estate tranquilo, que yo controlo mis impulsos.

Aceleramos un poco el paso para alcanzarlas por detrás, como diría Daniel. A unos escasos metros, cogí a Daniel por el brazo, ya que estaban hablando entre ellas muy bajito, me causó curiosidad e intenté escucharlas para saber qué se traían entre manos.

Pues la verdad es que a mí Marcus me parece monísimo, pero Daniel está más salido que yo que sé, se nota que Mónica no le dio cera al pobrecito. Vas a tener que poner remedio a esa situación, Martina, jajaja.

Pues sí tendré que hacer un esfuerzo, pero, en fin, todo sea por aliviar al pobre muchacho.

Somos dos mártires de la causa.

Jajaja, Valeria. Eres la caña.

Escuchamos con toda nitidez la conversación tan trascendental que se traían. Estas dos tenían las cosas muy claras: su pasado como lesbianas les había debido de abrir el apetito sexual masculino ¿Seríamos nosotros sus primeras víctimas? O en cambio las víctimas serían ellas. Sin duda, que el día se estaba poniendo mejor por momentos. Jugábamos con ventaja, sabíamos qué pensaban al respecto de no-

sotros, conocíamos cuáles serían sus pasos, pero desconocíamos cómo desarrollarían su plan.

Dejamos que se alejaran un poco más de nosotros. Aquí no había pasado nada ni habíamos escuchado ningún comentario, deberíamos de actuar normalmente, aunque la cara de Daniel era toda una oda a la satisfacción. Las teníamos como a unos cien metros. Como era lógico, llegaron antes que nosotros al parque donde habíamos quedado, un lugar bastante tranquilo para comenzar el día, rodeado de árboles que ofrecían una buena sombra, una laguna con patos, gente dándoles de comer, la orquesta municipal que alegraba las mañanas de los fines de semana interpretando alegres melodías. En definitiva, un entorno ideal para comenzar a adivinar cuál sería su plan.

Serían dos firmes candidatas para formar parte de mi estudio, era jugar con cierta ventaja, la ventaja de haber estado observando y estudiando durante largo tiempo la forma y manera del comportamiento humano. Pero, cuando el destino pone en tu camino dos auténticos pibones como eran Valeria y Martina, había que dejarse de tonterías y aprovechar la situación. Realmente Daniel tenía razón, estaban súper buenas, eran simpáticas, tenían unos ojos preciosos, vestían a la moda, utilizando un maquillaje no demasiado escandaloso, que resaltaba aún más su belleza.

Estuvimos charlando en el parque un buen rato, Daniel literalmente se comía con los ojos a Martina, yo trataba de disimular con Valeria para que no me pillara de nuevo mirándole las tetas, pero de verdad que me resultaba complicado no fijar la vista en el pronunciado escote de su vestido. Estaba como loco por descubrir la sensualidad que sin duda ocultaba debajo del vestido.

Dimos un paseo, esta vez de dos en dos, Daniel y Valeria caminaban delante, nosotros a una prudente distancia, la suficiente como para salvaguardar la intimidad de nuestras palabras. Paramos a tomar algo en una pequeña terraza, el garito era nuevo, apenas llevaba abierto un par de meses. Era un espacio acogedor, con árboles y plantas que daban un ambiente de cierta intimidad a la hora de disfrutar de un aperitivo, como era nuestro caso. Fue la primera vez que probé una bebida nueva, el biter, con un sabor un tanto amargo pero dulce a la vez, con unas burbujas que hacían cosquillas en el paladar. Me resultó un sabor un tanto interesante, sobre todo al no llevar alcohol, una buena alternativa para tomar algo refrescante.

Se estaba de maravilla, camareros súper guapos, camareras súper guapas, clientela súper guapa, aparte de que la música tecno, pop español, música de la movida, daba un toque súper pijo al garito. Y el nombre era de lo más “in”, se llamaba “Dime que me quieres”. Me di cuenta del nombre nada más entrar e intenté no reírme para que no pensaran que estaba planeado parar a tomar algo ahí.

Tenían una pequeña carta de picoteo, raciones, hamburguesas y perritos, por lo que decidimos comer algo allí mismo, sin movernos a otro sitio, estábamos súper a gusto en un garito súper pijo que, en pocas semanas, se convertiría en el nuevo lugar de moda, y nosotros fuimos de los primeros en hacer del “Dime que me quieres” nuestro lugar habitual favorito para quedar y pasar un rato divertido en buena compañía escuchando música.

Cuando estábamos compartiendo el postre que consistía en dos bolas enormes de helado de chocolate y fresa, Martina nos dejó descolocados cuando dijo...

Chicos, ¿qué os parecería que nos fuéramos hasta mi casa? Mis padres estarán de viaje hasta el próximo fin de semana. Tenemos la casa y la piscina para nosotros solos ¿Qué os parece el plan?

Por mí estupendo.

Por mí también.

Marcus, pero si no tenemos bañadores...

Las risas que nos echamos no fueron pocas. Daniel, cuando se dio cuenta de la tontería que había soltado por esa boca de buzón de correos, se puso rojo como un tomate. Martina salió a su rescate quitando hierro al asunto, besándole apasionadamente, un beso que tanto a Valeria como a mí se nos hizo eterno. Tampoco era plan de ponernos a darnos otro morreo, como diciendo que, si ellos se besaban, pues nosotros también.

Camino de la parada del bus que nos llevaría hasta la casa de Martina, Valeria se acercó, susurrándome al oído:

... apuesto a que te has quedado con las ganas, porque la verdad es que yo también me he quedado con ganas de comerte los morros, pero tranquilo, queda mucho día por delante y la noche ... también.

Claro que me he quedado con las ganas, respondí mientras la miraba sonriendo.

Tuvimos suerte, el bus apenas tardó unos minutos desde que llegamos a la parada. Martina pagó los cuatro billetes, ni Daniel ni yo teníamos monedas sueltas. El cobrador no admitía billetes grandes, era lo que rezaba el letrero que tenía justo encima de su cabeza, ya que decía que se quedaba sin cambios.

Tras cinco paradas, nos apeamos del bus, en una de las zonas residenciales más exclusivas de la ciudad, que ninguno de los dos conocíamos. Apenas medio kilómetro separaba la parada del bus de la entrada a la urbanización “Residencial Villa Magna”, un lugar exclusivo para vivir.

A la entrada, una garita con tres miembros de la seguridad privada del residencial, controlaban las entradas y salidas, tanto de vehículos como de personas.

Buenas tardes, señorita Martina.

Buenas tardes, señorita Valeria.

Buenas tardes, Dimitri, estos son dos amigos que van a casa.

Sin problema, señorita Martina. Cualquier cosa que necesite, ya sabe lo que tiene que hacer.

Desde la entrada hasta el chalet de los padres de Martina, que era el número siete, pude ver aparcados en las puertas de los garajes coches de alta gama, gente vestida con ropa de marca que saludaba amablemente deseándonos una buena tarde, eran súper pijos y sumamente educados.

El chalet hacía esquina, por lo que tenía algo más de terreno que los demás, con un enorme jardín, lo suficientemente grande como para albergar una piscina, una barbacoa y hasta una pequeña caseta donde guardaban los utensilios para el mantenimiento de la piscina, entre otras cosas.

Martina, mientras nos enseñaba el chalet, nos contó que su padre se dedicaba a la construcción, que había diseñado varios residenciales por prácticamente todo el mundo. Se respiraba olor a dinero en el ambiente. El padre de Valeria era uno de los socios del padre de Martina, pero vivían en otra urbanización, la cual nos comentó que conoceríamos en otra ocasión.

Si el chalet por fuera era una auténtica pasada, por dentro era todo un escándalo, un derroche de buen gusto, con un exquisito mimo por los detalles. En la planta baja, una cocina con una isla en el medio, era lo último de lo último en diseño, con cocina eléctrica, un fregadero enorme y un grifo de los modernos. Multitud de enseres y aparatos de todo tipo hacían juego con los muebles de la cocina.

Un amplio salón, un aseo, una habitación habilitada como despensa, una segunda puerta que daba acceso directo a la piscina, pasando por un vestuario con taquillas para dejar la ropa con duchas diferenciadas para hombres y mujeres, completaban la planta baja. Una pasada de lujo y buen gusto.

La parte de arriba estaba formada por el dormitorio de sus padres, que disponía de un enorme baño, una segunda habitación un poco más pequeña que la anterior también con baño propio y otras dos habitaciones que compartían un tercer baño. Estas estaban destinadas para los invitados, pero nos comentó Martina que en rara ocasión estaban ocupadas, salvo por algún esporádico invitado de su padre y en más rara ocasión por algún familiar lejano.

Todas las habitaciones estaban decoradas con un gusto por lo funcional que era una pasada, me atrevería a haber asegurado que serían únicas por su decoración y diseño exclusivos. No me pareció oportuno una aclaración por parte de Martina sobre lo que había querido decir sobre las raras ocasiones en las que les visitaban algún familiar lejano. Supuse que cuando tuviéramos más confianza lo contaría, no quise pecar de indiscreto ni ser un cotilla, al menos en las primeras citas.

Bueno, ya conocéis el chalet. ¿Qué os parece si salimos a la piscina, tomamos algo y nos damos un baño? Estoy muerta de calor.

Me parece perfecto, comentó Daniel.

Yo asentí con la cabeza. En los vestuarios, Martina y Valeria nos preguntaron si nos daría vergüenza bañarnos desnudos, que ellas se pensaban meter igualmente desnudas.

Por nosotros no hay nada en contra, dijimos los dos a la vez, lo cual provocó la sonrisa de los cuatro.

Los árboles junto con la valla protegían la intimidad de los bañistas, nadie podría ni vernos ni molestarnos. Era un sueño que por momentos se estaba haciendo realidad. Junto a la piscina, un mueble bar, una nevera, un armario con aperitivos, servilletas... de todo. Las chicas sirvieron unas copas, que inicialmente dejé encima de una de las mesas que se encontraban en la cabecera de cada una de las cuatro hamacas de la piscina. El momentazo de verlas desnudas metiéndose en el agua es algo digno de recordar. A Daniel hasta se le saltaban las lágrimas de la emoción... de la emoción de ver a esos dos cuerpazos como dios las había traído al mundo.

Una vez que ya estaban dentro de la piscina desnudas, jugando a hacerse aguadillas, nos dijeron que nos metiéramos a la piscina con ellas. Daniel fue el primero en tirarse a la piscina. A mí me estaba dando un poco de vergüenza, dado que mi nivel de excitación era máximo, tenía una erección bastante inquietante, por lo cual intenté que se me viera lo menos posible.

Después de la primera zambullida, Valeria nadó hasta mi lado.

Marcus, desde luego que tienes un bonito cuerpo, se nota que te cuidas.

Gracias. Valeria, tú también estas muy buena... y también se nota que te cuidas.

Relájate Marcus, aunque veo que estás un poco ... jajaja

Valeria se acercó a mí atrapándome con sus piernas mi cintura. A pesar de la temperatura fresca y agradable del agua, continuaba con mi erección.

Marcus, madre mía, ¡cómo te las gastas!

Notaba el roce de sus muslos en mi sexo, me estaba poniendo cardíaco, Valeria jugueteaba en el agua, se sumergía pasando entre mis piernas como una provocadora sirena. En el otro lado de la piscina, Daniel arrinconaba a Martina, se estaban comiendo a besos, ella reía, disfrutaba mientras Daniel besaba sus pechos con un ansia descomunal.

Valeria les observó durante unos segundos, se giró hacia mí comenzando a besarme, a acariciar mi sexo, abrazándome como si tuviera la urgente necesidad de recibir la calidez de un abrazo, la de sentirse querida y deseada.

Marcus, no tienes ni idea de lo que me estás haciendo sentir, me gusta estar a tu lado. Valeria, aún somos dos auténticos desconocidos, solo nos hemos visto en dos ocasiones. Yo también estoy bien contigo, eres una chica muy maja, simpática y todo eso, aparte debo de decirte que tienes un cuerpo capaz de volver loco a cualquier hombre. Tenemos que ir poco a poco, sin precipitarnos.

Estoy de acuerdo contigo, pero la verdad es que a tu lado me siento genial, parece que nos conocemos desde hace mucho más tiempo, me inspiras confianza, siento que puedo hablar contigo de cualquier cosa, sabes escuchar, para ti soy algo más que un cuerpo con un par de buenas tetas.

Pues mira, ahora que sacas el tema, es cierto, tienes un par de buenas tetas, un culo de escándalo, un cuerpo escultural y...

Para, Marcus, por favor o me vas hacer que me ponga colorada.

¡Bah! No será para tanto.

Me estuvo explicando que estuvo una temporada saliendo con algún chico, pero al final todos salían con ella por lo mismo, para meterle mano sin tener un mínimo de respeto hacia su persona. Y resultó que a Martina le sucedía lo mismo, así que meses atrás decidieron hacerse pasar por lesbianas para espantar de su lado a todos aquellos moscones que solo buscaban pasar un rato divertido, sin tener en cuenta lo que ellas pudieran sentir en esos momentos.

Me confesó que habían tenido algún encuentro sexual entre ellas, debido a que querían experimentar lo que se siente al ser amada por alguien de su mismo sexo. No fueron demasiadas experiencias, pero resultaron plenamente satisfactorias, debido a que utilizaban algún juguete sexual que otro, lo que aumentaba el placer hasta límites que nunca antes habían conocido.

Así fue hasta el momento en el cual, las chicas del instituto comenzaron con la operación “tenemos que conocer a más gente”, dejando colgados a la inmensa mayoría de los chicos, incluidos a nosotros dos. No hay mal que por bien no venga, así que vimos la oportunidad de salir con gente nueva, con más amigos y amigas, ampliar o quizás renovar su círculo de amistades. Fuimos los candidatos perfectos

para ellas, éramos de los mejores estudiantes de clase, simpáticos, como decían “... buenas personas” y además estábamos bastante buenos.

Tras la confesión de Valeria, habíamos perdido el rastro del bueno de Daniel y de Martina. Fue fácil encontrarlos, estaban en el sofá del salón dándose el lote, escuchando algo de música que conseguían acallar parcialmente los suspiros de Martina. Estaban comiéndose a besos, caricias, en fin... nos daba apuro distraerles con nuestra presencia, además la tarde estaba llegando a su fin, la temperatura era idónea para darnos otro baño.

Les dejamos tranquilos en el sofá, volvimos a la piscina a tomar algo, mi copa estaba sin tocar, los hielos como era lógico de habían derretido por efecto del calor, por lo que la tiré por el fregadero del mueble bar, no me apetecía tomar alcohol, aparte de que no estaba acostumbrado a beberlo. En una de las esquinas de la piscina, la profundidad era de apenas un metro, lo cual aprovechamos para dejar las nuevas bebidas en el borde. Con la ayuda de un par de colchonetas que hicieron de improvisados respaldos, nos pusimos lo más cómodos que pudimos.

Valeria se mostraba tremendamente dulce y melosa conmigo. Mientras que esos dos se daban el lote en el sofá, nosotros disfrutábamos de un reconfortante baño, de nuevo desnudos, tomando unos refrescos. Debido a los besos y caricias que nos estábamos dando mutuamente, el deseo comenzaba a descontrolar nuestras mentes, dejando que nuestros cuerpos se abandonaran al más absoluto placer sexual.

Valeria se puso encima mío, como montando a caballo. Sus pechos quedaron a la altura de mis labios, por lo cual no desaproveché la ocasión y mientras ella cabalgaba arriba y abajo, yo besaba sus pechos y le acariciaba sus pezones con mi lengua. Fue una sensación totalmente nueva, no me imaginaba ni por lo más remoto que una chica me hiciera sentir ese torrente de placer.

Valeria, joder esto es magnífico, espero que estés tomando la píldora, no me jodas.

Calla, Marcus, por dios, calla la boca, claro que tomo la píldora, coño. Cierra la boca de una vez, céntrate en lo que estás haciendo.

De esta manera, tras un buen rato disfrutando de la cabalgada de Valeria, perdí la poca virginidad que me quedaba, de una manera totalmente inocente, disfrutando a tope, sin tener ni remilgos ni mala conciencia, como anteriormente tuve con mi ex. Al llegar al orgasmo, nos fundimos en un abrazo, Valeria estaba feliz, incluso se le escapó alguna lagrimilla. Me confesó que me haberme sentido dentro de ella, había sido lo mejor que le había pasado hasta el momento.

Valeria, ¿estás bien? ¿Tan mal he estado? ¿No te ha gustado?
¡Qué va, Marcus! Me ha encantado, ha sido tal cual me lo había imaginado,

no precisamente en una piscina, pero ha sido muy bonito, la verdad. Me has hecho sentir querida y deseada.

Salimos del agua, nos secamos, nos pusimos algo de ropa, acabamos las bebidas y nos quedamos tumbados abrazados en una hamaca. La temperatura era formidable, el cielo estaba totalmente despejado, las estrellas iluminaban la noche con una delicada luz, que se reflejaba en la superficie de la piscina. Era una pasada, estábamos en el paraíso, hasta que se me ocurrió mirar el reloj. Era tarde y no había avisado en casa. Daniel salió corriendo del chalet.

Marcus, ¿te has dado cuenta de la hora que es? Mis padres me van a matar. Estate tranquilo, déjame pensar.

Tras unos minutos de reflexión, se me ocurrió que Daniel llamara a sus padres diciendo que se quedaba a dormir en mi casa y yo llamaría a los míos para decirles que me quedaría a dormir en casa de Daniel. Era perfecto.

Claro, Marcus, y nuestros padres son gilipollas. Que cuando nosotros vamos, ellos ya están de vuelta.

Coño, Daniel. Si tan mal te parece, a ver si se te ocurre otra idea mejor a ti, listo.

Marcus, no te enfades, que tampoco es para tanto. Solo que llevamos todo el día fuera de casa y nuestros padres no saben nada de nosotros desde hace horas.

La dueña del chalet tuvo una rápida solución, llamó por el teléfono interno a Dimitri, el cual a los pocos minutos de encontraba en la puerta a los mandos de un pedazo coche para llevarnos a casa. Martina le dio un par de billetes por el favor. Dimitri era un tipo que nada más verlo acojonaba a cualquiera, era bastante alto, pelo corto, brazos musculosos, vamos, de los que te salpican una hostia y estás una semana dando vueltas por el cielo. No digo más.

¿Adónde os llevo?

Primero a casa de Daniel y luego a la mía, por favor.

Claro está, pero si no me decís dónde vivís, no puedo adivinar dónde llevaros, chicos.

Estábamos un poco asustados, el amigo Dimitri apenas pronunció tres palabras en todo el recorrido: "... ya hemos llegado" fueron sus únicas palabras. Serían algo más de las doce de la noche cuando llegué a casa. Mis padres estaban en el salón viendo la televisión, pensé que me echarían una buena bronca, pero, todo lo contrario, se quedaron sorprendidos de que hubiera llegado tan pronto a casa. Mi madre comenzó a someterme al interrogatorio de casi siempre.

Marcus, cariño, ¡qué pronto has venido! No esperábamos que llegaras tan temprano ¿Qué tal lo habéis pasado? ¿Dónde habéis estado?

Pues veréis, queridos padres, hemos estado comiendo con dos amigas de clase. Son nuevas, vienen de otro centro y no tienen demasiados amigos. Después de comer nos hemos ido a casa de una de ellas a tomar algo y a darnos un baño en la piscina, aunque no teníamos bañadores, nos ha dejado unos de su hermano.

Pues me parece muy bien. Y ¿cómo se llaman esas chicas?

Valeria y Martina, mamá, no empieces con el interrogatorio, que pareces de la policía secreta.

Evidentemente, hubo un pacto de silencio entre Daniel y yo, no podíamos contar a nadie lo que había ocurrido. Los dos habíamos perdido la virginidad la misma tarde, en el mismo lugar, pero ninguno de los dos sabíamos qué pasaría a partir de ese día con Martina y Valeria. No sabíamos si solamente habíamos sido una marca más en la culata de su revolver o no.

Pues que sepas que Marta te ha llamado dos veces para ver si al final te animabas a ir a la fiesta, pero ya la dije que no estabas en casa, que te habías marchado con Daniel temprano y que no sabía dónde estabais. Te había llamado al móvil, pero lo tenías apagado. La segunda vez volvió a llamar por si habías llamado y te habría podido dar el recado. Pero, se quedó con las ganas. Por cierto, no sé para qué tienes el teléfono móvil ese, deberías llevarlo encima, que para estas ocasiones viene de maravilla.

Mamá, es un trasto que no me gusta llevar encima. Evidentemente, no dudo de su utilidad, todo lo contrario. Y con relación a Marta, te vuelvo a decir que ella fue la que “quería conocer gente” pues nada, que siga conociéndola, sin problema.

Desde luego, Marcus, eres más burro que burro. No sé a quién saldrás, a tu padre seguro, porque a mí no, eso fijo, yo tengo un talante más dialogante.

El teléfono volvió a sonar. Le dije a mi madre que, si era Marta que no se molestara en decirle nada, no tenía ganas de hablar con ella, no me apetecía.

Hola, Marta, Marcus ya está en la cama, ha venido hace poco, estaba cansado y se ha acostado. Ya le dejo recado de que has llamado para que te llame mañana. Hasta mañana, que descanses Marta.

Adiviné a la primera que se trataba de Marta. Si es que la intuición no me fallaba casi nunca. Ahora bien, cuando me fallaba era un auténtico despropósito, un caos. Mi madre continuaba dándome la paliza con lo de Marta. Evidentemente ya se le pasaría, esperaba que a la mañana siguiente quedaría olvidado todo el asunto, pero me equivoqué, mi madre volvió a la carga.

Esa noche dormí como un recién nacido, el día había sido intenso, muchas emociones juntas, el esfuerzo físico había resultado tremendamente gratificante, y lo mejor de todo es que ya no era virgen, había subido un peldaño más, sin tenerlo planeado ni mucho menos. Pero, antes de quedarme profundamente dormido, tenía

una sensación un tanto agri dulce. Por un lado, haber conocido a Valeria había sido genial, era una buena chica, guapa e inteligente, aparte de estar muy buena.

Por otro lado, habíamos quedado con Valeria y Martina, debido a la brillante idea de nuestras "ex" de cambiar el rumbo de nuestras relaciones para conocer más gente, es decir, ellas nos habían empujado a los brazos de nuestras nuevas "parejas" por llamarlas de una manera.

Nosotros no fuimos los culpables de nada, es más, fuimos las víctimas en todo. Estábamos haciéndoles un gran favor, el favor de haber aclarado su inclinación sexual, les habíamos descubierto un mundo de placer que supuestamente no habían conocido hasta la fecha. Además, se habían quedado encantadas. Lo dicho, que me quedé profundamente dormido con una sonrisa de oreja a oreja.

No me sentía más hombre por haber hecho el amor, simplemente había alcanzado un nivel de complicidad y confianza con Valeria en apenas un día que no había conseguido con Marta en meses. Tampoco pensé que tanto Valeria como Martina fueran de moral laxa, ni mucho menos. Estaba convencido de que no se hubieran acostado con nosotros sin que hubiera sentimientos por medio.

A la mañana siguiente, mi madre me despertó. Eran ya las doce de la mañana.

Marcus, espabila, que tienes visita, arréglate y baja, anda, no tardes.

Pero, mamá, ¿no ves que estaba dormido? ¿Quién coño es?

Pues una tal Marta.

Joder, ¡qué pesadilla! ¿Ahora qué quiere?

Desde luego, ¡qué sieso te has vuelto!

No me apetecía nada el verla, no tenía ni idea de qué es lo que quería. Me tomé mi tiempo antes de bajar, me costó levantarme de la cama, además de darme una pereza enorme.

Buenos días, Marcus.

Hola, Marta.

Eres difícil de ver.

No, para nada, simplemente no hemos coincidido.

Veras, Marcus, solo me he pasado para decirte que no me gustaría perder tu amistad.

Claro que no, lo cortés no quita lo valiente.

Igual podríamos quedar alguna vez para dar una vuelta o tomar algo.

Sí, Marta, igual podríamos, claro que sí, dependiendo de nuestras agendas, ya sabes, es lo que tiene el ampliar el grupo de amigos, que hay días que no tienes horas.

Claro, Marcus, eso es cierto.
Bueno, pues nada, me ha gustado saludarte.
A mí también, Marta. Cuídate mucho.
Claro, tú también, Marcus.

Y toda esta charla bajo la atenta mirada de mi madre, que parecía que estaba viendo un partido de tenis. Marta se despidió de mi madre con un beso. Yo con un simple “cuídate mucho”. Evidentemente, en ese momento no tuve ganas de darla un beso, ni tan siquiera en la mejilla. Hubiera sido demasiado forzado.

Mamá, no me vengas otra vez con lo mismo. Vamos a ver cómo te lo explico para que lo puedas entender. Cuando Marta y yo comenzamos a salir, realmente fue bastante bien, nos fuimos de viaje de fin de curso a Roma, más tarde estuvimos prácticamente un mes en La Veleta del Viento, que también estuvo genial, vivimos muchas cosas bonitas juntos y...

¿Os habéis acostado?

No mamá, no nos hemos acostado.

¿De verdad que no?

Vamos a ver, mamá, si es que no es que no. Estate tranquila en ese aspecto.

Es que Helena, la madre de Marta, se pasó anoche un ratito por casa a tomar un café y charlando salió el tema que, si vosotros dos habíais mantenido relaciones sexuales, que la juventud hoy en día está muy loca, que si habríais tomado medidas para el embarazo...

Ya me parecía a mí que estaba tardando demasiado en pasarse por aquí.

No me seas malpensado ni maleducado. Helena solamente está preocupada por Marta, me comentaba que desde que no estáis juntos, está más rebelde de lo habitual, sale más con su grupo de amigos, llegando en consecuencia bastante más tarde a casa. Nos da la impresión de que está perdiendo las buenas formas, está bastante perdida desde que ... ya no estáis juntos.

Mamá, que sí, que está un poco alterada. Pero eso no es culpa mía. Te vuelvo a repetir por enésima y última vez que lo de dejar de salir juntos fue su decisión, bueno la suya y la de la mayoría de las chicas del instituto y de fuera del instituto que conozco. Y por la posibilidad nula de que se quede embarazada, sería un auténtico milagro, aparte de que me comentó que estaba tomando la píldora con el beneplácito de sus padres.

Pues Helena me ha dicho que no, que no la toma, si bien es cierto que lo han hablado con ella en alguna ocasión, pero no, te aseguro que no la toma.

La madre que la parió, pensé, entonces... esta me quería pillar con todo el equipo, otra explicación no encontraba. Respiré hondo para que no se me notara la sensación de acojone en forma de escalofrío que recorrió mi cuerpo, desde la cabeza hasta los dedos de los pies. ¡Qué pedazo de hija de!... Menos mal que no tuvimos ninguna relación íntima con penetración, joder la que se podía haber liado, pero esta muchacha qué coño piensa de la vida. Con la carita de buena que tiene, resulta que es un auténtico diablillo.

Mi madre se quedó un poco descolocada con la conversación que habíamos mantenido, no se lo esperaba para nada. Ya no hacíamos tan buena pareja, ya no estábamos hechos el uno para el otro, el asunto de la píldora no le había sentado demasiado bien.

¿Y si Valeria me hubiera engañado con lo mismo? ¿Y si antes de practicar sexo, estaba tan cachonda que me contestó entre gemidos que ella sí tomaba la píldora como me podía haber dicho que no, llevada por el momento de sumo placer sexual? Joder, joder, joder... la madre que la parió, necesitaba aclararlo con Valeria lo más inmediatamente posible. Y hablando del rey de Roma, sonó el teléfono...

Marcus, es para ti.

Cuelga, que lo cojo en mi habitación.

Mirada de mi madre, de esas que te congela. Subí pitando a mi habitación, no sin antes comprobar que mi madre no venía detrás para fisgar, cerrando la puerta con siete llaves y lanzándome a por el teléfono como si me fuera la vida en ello.

Hola, ¿quién eres?

Hola, soy yo.

Silencio...

Imagino que eres tú... pero, ¿quién eres?

No me digas que no reconoces mi voz. Ayer echamos un polvo de escándalo y hoy ya no reconoces mi voz. Desde luego, menudo novio me he echado, jajaja.

Valeria no me des esos sustos, jajaja.

Marcus te noto un poco alterado. ¿Va todo bien?

Pues veras, tengo que preguntarte una cosa, pero necesito que seas sincera. Verás, me gustaría saber ...

No te preocupes, que sí, es cierto que tomo la píldora, desde hace bien poco la verdad, pero estamos protegidos, respira tranquilo, anda...

Joder, menudo susto me has dado, la verdad.

Marcus, que yo no me acuesto con cualquiera, tenlo claro, me gustas y ayer una cosa trajo la otra y ya ves, estuvo genial para ser nuestra primera vez. Eres un chico muy majo. Me gustaría que pasáramos más tiempo juntos para conocernos. ¿Qué te parece?

Claro, estaría genial, claro que sí, me encantaría, siempre y cuando no altere nuestros planes de estudios. ¿Te parece bien?

Me parece de lujo. ¿Quedamos un ratito esta tarde?

Bien, ¿a las cuatro y media en el “dime que me quieres”?

Me parece perfecto, pero eso tendrás que ganártelo, jajaja. Hasta luego, guapito de cara.

Era una tarde de domingo, perfecta para quedar y charlar sobre lo acontecido en el día de ayer más tranquilamente, me seguía con la sensación no sé... algo no

me cuadraba demasiado, estaba bastante seguro de querer iniciar una relación con Valeria, a pesar de los posibles inconvenientes que se pudiesen ocasionar al ser compañeros de clase, pero nada es perfecto, supuse que se podría soportar.

Llegué puntual a la cita, en el “dime que me quieres”. Había un ambiente genial, algunos continuaban la marcha más allá de la hora del vermut, varias mesas con grupitos de cuatro o cinco chicos y chicas, de risas, con una agradable música de fondo daban un halo especial al garito, sobre todo las dos mesas de billar americano, que estaban a tope, le daban aún más si cabe un toque festivo.

Valeria estaba esperando en la que desde el día de ayer sería nuestra mesa. Llevaba puesto unos vaqueros que la hacía un culito perfecto, para darle unos buenos azotitos pensé, una camisa con un generoso escote, de esos que no enseñan nada, pero lo ves todo. Estaba francamente guapa.

Hola, Marcus. Me gustan las personas puntuales, dicen mucho de ellas.

Hola, Valeria. ¿Qué tal? Estás muy guapa, ser puntual es una de las señas de identidad por las que me rijo, aparte de por tener un elevado sentido de lo que significa la amistad, en toda la amplitud de la palabra.

Me parece bien, claro que sí. Que sepas que estoy descubriendo cosas de ti que la verdad me agradan y a la vez me sorprenden. Eres una persona que sin duda merece la pena conocer.

Nos dimos un beso, luego otro y otro, todos seguidos hasta que nos dimos cuenta de que la camarera, la misma que nos atendió ayer, estaba esperando para tomarnos nota.

Hola, chicos. ¿Qué vais a tomar?

¿Tenéis batidos? preguntó Valeria.

Sí, claro. Tenemos de fresa, chocolate o vainilla, muy ricos los tres.

Para mí de fresa.

Yo de chocolate, por favor.

Mientras nos traían los batidos, continuábamos charlando sobre lo que entendíamos acerca de llevar una relación sin que fuera una especie de cadena perpetua. Inicialmente estuvimos de acuerdo en todo, en que nos conociéramos poco a poco sin agobios, que pudiéramos quedar con más gente cuando nos apeteciera, pero respetando al otro, es decir, sin engañarle con terceras personas.

Marga, la camarera, nos trajo los batidos, sendas copas con nata que entraban por los ojos, más que copas eran copones, eran enormes, dudábamos seriamente si podríamos acabarlos. Nada más meter la cuchara en el batido, Valeria me puso nata en la nariz, la cual se cayó en mi pantalón. La idea era la de quitarme la nata de la nariz con su lengua, un gesto que me hubiera parecido muy erótico, pero al caerme en el pantalón como que se rompió dicho momento.

Perdona, Marcus, ¡qué torpe soy! No pretendía mancharte.

No te preocupes, es nata. Bastará con un poco de agua en una servilleta para quitar la mancha.

Marga se había dado cuenta y nos dio una servilleta de tela levemente empapada en agua para, al menos, quitar lo más gordo de la mancha.

Déjame que te ayude, Marcus.

Como sigas frotándome la pierna con esa delicadeza, me parece que va a aparecer otra mancha, y esa no se podrá quitar con una servilleta húmeda.

Nos comenzamos a reír los tres. No me di cuenta de que Marga aún no se había marchado, con lo cual, pues eso, me puse un tanto nervioso ante tan incómoda situación y, dado la cara que puse, al final solo se reían ellas dos. Marga era una de las dos dueñas del “Dime que me quieres”, una chica licenciada en Psicología, la misma carrera que más adelante estudiaría yo.

Nos contó que por las mañanas atendía su consulta y por las tardes y los fines de semana, metía horas en el garito de moda. Era una apasionada de la psicología. Además, me animó a cursar la carrera, debido a que había disfrutado mucho estudiándola. Cuando acabamos los batidos y se me secó la mancha del pantalón, fui a la barra para pagar la cuenta, pero Marga nos dijo que ya la había pagado una chica que estaba sentada en una mesa con otro chico. Nos despedimos de ella hasta la próxima.

Dimos un agradable paseo, cogidos de la mano. Estábamos tan a gusto que ni nos habíamos acordado ni de Martina ni del bueno de Daniel, no sabíamos si habían quedado para salir. Al día siguiente, tocaba volver a clase, los días de vacaciones de habían esfumado, vuelta a la rutina, aunque rutina como tal ya no sería, dados los cambios significativos en nuestras vidas.

El primer día de curso, todo el mundo andaba revolucionado, alterado, fuera de sí, con muy poquitas ganas de concentrarse en nada que no fueran todos los cotilleos que corrían por los pasillos del instituto. Que si ese está saliendo con una de COU, que si la otra tiene un retraso, es decir, que no le viene la regla, que si tal, que si cual... rumores de todos los colores y sabores.

Martina, Valeria, Daniel y yo habíamos quedado en no llamar demasiado la atención con respecto a ambas relaciones. En su momento pensamos que sería lo mejor para nosotros, aparte de que nunca he sido partidario de dar que hablar, ni para bien ni para todo lo contrario.

La relación en clase con Marta era de lo más cordial. Al fin y al cabo, era otra compañera más, simplemente eso. Aunque alguno no se había enterado de que ya no éramos pareja, eran los que se pasaron la primera semana después de

las vacaciones preguntando si estábamos enfadados. Menudo coñazo, dando explicaciones a todo el mundo, algunos se daban por contentos cuando les decía que “ya no estábamos saliendo”, pero otros en cambio trataban sin éxito de saber algo más acerca de la ruptura.

El curso continuó sin apenas sobresaltos, las notas seguían siendo perfectas, Valeria y yo continuamos saliendo, conociéndonos. Mis padres mantenían una fluida amistad con los padres de Marta, lo cual no me preocupaba en absoluto, me parecía de lo más normal. Apenas hablaba con mis padres del tema, aunque la verdad era es que no había motivos para ello, no me interesaba en absoluto saber nada.

En el instituto todo continuaba como siempre. El que Marta estuviera en la misma clase, no supuso ningún trauma, ni mucho menos, todo era normal salvo algunos fortuitos cruces de miradas, lo cual era totalmente normal dentro del desarrollo de las clases. Daniel lo pasaba un poco mal, no llevaba demasiado bien el compartir clase con su “ex” y con su amiga actual, era un neurás.

Si bien es cierto que hasta el final del curso no me volvió a decir nada acerca de quedar algún día para tomar algo, lo cual me quitó un peso de encima, ya que no me apetecía ser su psicólogo, ni su muro de las lamentaciones, no estaba para analizar ni su repentino cambio de parecer ni mucho menos para aconsejarla.

Apenas en lo que quedaba de curso, algún pequeño intercambio de opiniones con algún profesor que tenía un mal día, pero como yo sabía qué le ocurría, pues le daba la razón como a los tontos y a otra cosa mariposa. Tenía muy claro que, aun pudiendo argumentar lo que fuera necesario para echar por tierra los argumentos de los profesores que llegaban a clase “torcidos”, no entraría en esa dinámica. Estaba claro que tenía todas las de perder.

Las notas finales no trajeron ninguna sorpresa, ya tenía claro cuáles serían, no me equivoqué ni en una décima. Se acercaba un nuevo verano, tres potentes meses de vacaciones para descansar y cargar pilas, pero sobre todo para pasarlo bien y disfrutar. Lástima que no tuviera la posibilidad de volver a La Veleta del Viento, tras la aventura del verano pasado que no estuvo mal del todo. A pesar de la movida que se montó, me hubiera gustado saludar al bueno de Abelardo, conocer a los verdaderos dueños de la posada, ver a Apolo, Dakota y Jade, aunque lo más probable que estos tres últimos no me conocieran. Pero, bueno, qué le vamos hacer, no se puede tener todo en esta vida.

Otro año más se acercaba el cumpleaños de Marta. Supuse que mis padres no me dirían nada al respecto... me equivoqué.

Marcus, ¿qué vas hacer en el cumpleaños de Marta?
Nada de particular, mamá.

Supongo que tendrás la decencia de aparecer por la fiesta, ¿no?

Pues... creo que no, no tendré la decencia de aparecer por su fiesta.

Mira que eres cabezota, Marcus.

Y dale la burra al trigo. No tengo la intención, no me parece procedente, además, no me apetece ni lo más mínimo.

¿Qué te costaría pasar cinco minutos a felicitarla y a darle dos besos?

Mamá, lo estás acabando de arreglar. ¿Dos besos? ¿En serio? Ni de coña.

Pues deberías. Quedar bien no cuesta nada.

Te vuelves a equivocar, madre. Cuanto más me insistas va a ser peor.

Vale, Marcus, no insistiré, pero deberías pasarte, aunque solo fuera un momento. Mira que eres cabezón, no sé a quién saldrás, a mí desde luego que no, eres igualito que tu padre.

Decidí no continuar con ese diálogo para besugos. Podríamos haber estado una hora con la misma tontería y no haber llegado a ninguna conclusión, seguro que no. Y mi madre dale que te pego, mi padre que no cuesta nada quedar como un caballero, que si esto, que si lo otro... Al final, no me quedaron más pelotas que pasarme por la puñetera fiesta. En esta ocasión fue en el jardín de su casa, al abrigo de curiosos, fotógrafos y demás.

La mañana del doce de julio, el cumpleaños de mi ex, mi madre comenzó de nuevo a tocar el tambor, a darme la paliza, a comerme la cabeza, en esta ocasión a dúo con mi padre.

Marcus, recuerda que esta tarde...

Que sí. Mirad que sois cansinos, de verdad.

La fiesta comenzaba a media tarde, sobre las siete. Más que nada por no seguir escuchando a mis padres, decidí pasarme a presentar mis respetos antes de que el cumpleaños estuviera en plena ebullición, dado que supuse habría menos gente, sería más liviano, algo rápido, entrar saludar y salir pitando. De nuevo, me equivoqué. Nada más entrar, la primera en la frente, el ínclito doctor Thomas Jones, recién llegado de Boston, salió a mi encuentro, saludándome efusivamente.

Marcus, ¡cómo me alegro de verte! ¿Estás bien? Me quedé helado cuando me enteré de la noticia. Es una verdadera lástima que ya no estéis juntos, con la buena pareja que hacíais.

Hola, doctor Jones, también me alegro de verle, espero que haya tenido un excelente vuelo, y no se preocupe, estoy bien, son cosas que pasan.

Si es que, querido Marcus, entre tú y yo, a las mujeres no hay dios que las entienda.

Sabías palabras, doctor Jones.

Según acabé de saludar al doctor, los padres de Marta, esperaban para saludarme, con una amplia sonrisa, acompañados de las hermanas pequeñas Mónica y Cristina.

¡Cuánto nos alegra verte, Marcus! Últimamente eres caro de ver, ya no te dejas caer por casa.

Hola, yo también me alegro de veros. Pues la verdad es que tenéis razón, últimamente soy caro de ver, ando bastante liado, cosas de adolescentes, ya os haréis a la idea.

Pues sí, ya nos hacemos a la idea, sobre todo por el drástico cambio en el comportamiento de Marta, aunque sus notas no han cambiado, salvo un par de asignaturas en las cuales la nota final ha bajado levemente. Está desatada, sale prácticamente todos los fines de semana, viernes y sábados e incluso alguna noche se queda a dormir en casa de Mónica.

Yo no le daría más importancia. Está desatada, no lo dudo, es lo que toca, el ser adolescente es lo que tiene. Si me disculpáis, voy a saludar a Marta, no todos los días se cumple la mayoría de edad.

Marta jugueteaba con sus hermanas pequeñas. Ya era una chica mayor de edad, a mí me quedaban unos meses, la verdad es que no me llamaba especialmente la atención el cumplir los dieciocho, estaba bien con diecisiete.

Hola, Marta. Feliz cumpleaños. ¿Qué se siente al ser mayor de edad?

Hola, Marcus. No esperaba verte por aquí, la verdad, pero me alegra verte. ¿Te vas a quedar a la fiesta?

Me temo que no, Marta, solo he pasado un momento a saludarte, es lo menos que puedo hacer, el felicitarte y desearte un feliz día en compañía de los tuyos, no todos los días se cumplen dieciocho años.

Gracias por pasarte, Marcus. Eres un cielo.

De nada, Marta. Cuídate. Hasta luego.

Marta se quedó con cara de ... no sé cómo expresarlo, entre nostalgia y tristeza, pero pensé que sería algo pasajero, que era parte de un papel que estaba interpretando, para tratar de llamar mi atención y qué mejor ocasión que esa. No le di mayor importancia. Me despedí del doctor Jones y de los padres de Marta, dado que mis padres aún no habían llegado al cumpleaños. Decidí no esperarlos.

Esa tarde no había quedado con Valeria, ya que estaba de compras con su madre y una de sus tías, hermana del padre que vivía fuera y hacía tiempo que no se veían. Daniel y Martina, habían quedado y, a pesar de su insistencia en que fuera con ellos, decliné su invitación. Me apetecía dar un paseo, estar un rato a mi bola, hacía una tarde soleada, de las que efectivamente invitan pasear, a meditar sobre ... qué sé yo, quizás sobre cosas banales e intrascendentes.

Por una extraña razón, me apetecía estar solo, mirar al cielo, respirar y continuar con la aventura en la que se había convertido mi vida. Estaba a puntito de cumplir los dieciocho, tenía toda una vida por delante. En esos días, no podría haberme imaginado ni por un momento lo que la vida me tenía preparado, ni en mis mejores sueños lo habría imaginado. Estaba disfrutando del momento, sin duda, pero al pasar por delante del “dime que me quieres...”

Marcus, Marcus, aquí, aquí ...

Giré mi cabeza a ambos lados, buscando en todas las direcciones a la persona que gritaba mi nombre, había bastante gente que como yo estaba disfrutando de un más que agradable paseo, por lo que resultaba difícil saber de dónde venían las voces. A pesar de mi esfuerzo por averiguarlo, continuaba sin saberlo, hasta que unas manos taparon mis ojos por sorpresa, alguien se acercó a mí por la espalda.

Seguro que no adivinas quién soy.

Pues ahora mismo no caigo, no tengo ni idea, pero el olor de tus manos te delata, Valeria.

Desde luego, mira que eres, me has chafado la sorpresa. Estoy tomando algo con mi madre y mi tía. ¿Por qué no te vienes a tomar algo con nosotros? Porfa, anda, que me hace mucha ilusión.

Es que...

No te preocupes, te presentaré simplemente como un compañero de clase.

Vale, vale. Mira que te gusta liarme.

La madre de Valeria, tenía un parecido asombroso con la hija, eran dos gotas de agua separadas por algunos años, una mujer guapa, con un tipo estupendo, vamos que estaba de rechupete, para qué andarnos con tonterías. A la tía, en cambio, el tiempo no le había tratado de igual manera, era una mujer castigada por las arrugas, con gesto serio, casi avinagrado, me atrevería a decir.

Mamá, tía Petra, os presento a Marcus, un compañero de clase.

Hola, Marcus, soy María, la madre de Valeria y esta es mi cuñada Petra, tía de la niña.

Encantado de conocerlas.

Conque... un compañero de clase. ¿Eh? No sé, pero la expresión de la cara de mi sobrina al verte, el salir corriendo a tu encuentro, tirándome el café del ímpetu, intuyo que sois más que amigos. ¿A que sí?

Tanto la tía como la madre comenzaron a reírse, habían pillado a Valeria con todo el equipo.

Y dime, Marcus, ¿cuánto hace que conoces a mi hija? Supongo que, desde el comienzo de curso ya que sois compañeros de clase. ¿Desde cuándo salís juntos?

Mamá, por favor...

Tranquila, Valeria, es normal que tu madre se interese por los amigos con los que andas, no tiene importancia. Somos amigos efectivamente desde comienzos de curso, y algo más que amigos desde hace poco.

Por la cara que puso la madre, la respuesta fue de su total agrado. En cambio, la tía no dejaba de hacerme un escáner ocular completo.

Marcus, la verdad es que tu cara me suena y no recuerdo de qué —comentó la tía.

Pues no tengo ni idea.

Ah, ya sé de qué, apareciste en la portada de una revista de esas de cotilleos, estabas en un cumpleaños, con ese famoso doctor americano, cómo se llamaba... menuda cabeza la mía, si es que no me acuerdo de casi nada, qué desastre.

Sí. Salí en un reportaje de una revista de actualidad social. La presencia del doctor Jones levantó demasiada expectación, pero eso ya pertenece totalmente al pasado.

Mejor dejarlo así, que no se acordara de más, aunque con todo Valeria ya sabía de la relación que mantuve con Marta y por supuesto que pertenecía al pasado y cuál era mi opinión acerca de las segundas partes: “que nunca fueron buenas”. La frágil memoria de la tía Petra me evitó tener que dar más explicaciones de las debidas, aunque no me hubiera importado, no obstante, sí que me importaba que la primera impresión de la madre de Valeria hubiera sido la mejor posible, sin entrar en demasiados detalles.

Tras tomar un refresco, me despedí de la mejor manera posible. No me sentía demasiado cómodo, aunque la madre demostraba su mejor versión mostrándose amable, interesándose por todo lo relativo a mi persona, vamos lo que viene siendo hacer una ficha completa. La tía Petra continuaba observándome, creo que le dio tiempo hasta de contarme los pelos de la cabeza.

Sintiéndolo mucho, debo irme. Ha sido un placer.

Marcus, espera un momento, estaba pensando que podríamos dar una vuelta.

Estaría genial, pero, si estás con tu madre y tu tía, no quisiera ser el motivo de que dejéis de disfrutar de una tarde de compras.

Por nosotras no os preocupéis, tengo el coche aparcado cerca y todas estas bolsas pesan poco. Además, prácticamente ya hemos acabado de comprar por el día de hoy. Ya veréis la cara que va a poner tu padre cuando vea el extracto del mes de la tarjeta bancaria, jajaja.

Que se joda, replicó Valeria.

Valeria, por favor, no hables así de tu padre, por muy cabrón que sea, sigue siendo tu padre. Disculpa, Marcus por la escena, son cosas que pasan.

No tiene importancia, no se preocupe.

Valeria se despidió de su madre y de su tía, yo hice lo mismo. Su madre le advirtió que, si pensaba llegar tarde a casa, la avisara, que la llamase a casa por teléfono. Con todo se ahorrró la llamada, ya que le comentó que efectivamente, llegaría tarde, que no se preocupara. Estuvimos unos minutos paseando, cogidos de la mano, en silencio.

¿Va todo bien por tu casa? Me ha dado la impresión de que no te llevas bien con tu padre. Perdona que te pregunte tan directamente, me ha llamado la atención tu reacción.

No, la verdad es que últimamente mi relación con mi padre no está en un buen momento. Como ya te comenté, es socio del padre de Martina y dado que viajan mucho, ambos pasan mucho tiempo fuera, sobre todo por los países árabes, donde tienen la mayoría de proyectos. Hasta aquí, todo es normal, salvo por lo que el otro día, mientras mi padre deshacía las maletas de regreso de su último viaje, se le cayó al suelo el resguardo de un pago realizado con su tarjeta de crédito.

Entiendo.

Mi madre recogió el resguardo del suelo, resultando ser el justificante de pago de una de la casa de citas más exclusiva del país en el que mi padre había estado trabajando las tres últimas semanas. Tiene un nombre bastante raro, ahora mismo no lo recuerdo.

Pues menudo mal trago para tu madre y para ti también.

No te imaginas lo que pueden cambiar las cosas, de repente tras años de “feliz” matrimonio, de tener a tu padre como un referente a seguir en la vida, te enteras que es un putero de mierda, y lo peor es no saber desde cuándo ha estado engañando a mi madre.

Te entiendo. La vida puede cambiar en apenas un suspiro, la vida da muchas vueltas, lo que hoy es blanco mañana es negro. Pero, bueno, ya verás cómo al final las cosas para bien o para mal se arreglan.

Más bien será para mal. Mi madre le ha pedido el divorcio a mi padre, como es lógico y normal. Que se pase mucho tiempo fuera de casa por su trabajo, tiene una sencilla justificación, pero que sea un putero ha sido la gota que ha colmado el vaso de la paciencia de mi madre. Así que, en resumidas cuentas, mi madre se va a quedar con el chalet, la casa de la playa, la cabaña del lago que es una pasada de bonita, un montón de pasta, aparte de alguna cosilla más, ya sabes. Pero el putero no se va a quedar con una mano detrás y otra delante, tendrá cuentas en paraísos fiscales, de eso estamos seguras, debido a que viaja mucho a Puerto Grande, uno de los más importantes paraísos que hay en el mundo. Pensamos que no tiene ni idea de toda la pasta que tiene, el muy cabrón, pero al final le va a salir cara la broma.

Lo lamento mucho, Valeria, de verdad que sí.

Gracias, agradezco tu apoyo. Haberte conocido ha sido una verdadera inyección de moral y de ilusión. Estaba bastante jodida con toda esta mierda. Has llegado a mi vida y aquí me tienes, confesándote mis problemas. Es fácil hablar

contigo, sabes escuchar, me trasmites mucha confianza, me estás sacando del pozo donde me encontraba.

No tienes por qué darme, para mí la palabra amigo o amiga, tiene una connotación más allá de una mera relación. Significa que puedan contar contigo en los días más alegres y en los menos también. Una amistad es apoyo mutuo, cariño, amor, por supuesto, respeto hacia la otra persona, comprensión e inclusive, si se dan las circunstancias, enamoramiento.

Estoy totalmente de acuerdo, pero calla, que al final me vas hacer llorar, tonto. Estoy feliz por haber descubierto en ti a un buen amigo y una mejor persona. Abrazame fuerte, déjame sentir el latido de tu corazón en mi pecho, hazme sentir querida y deseada.

Sin duda que fue el abrazo más ... cómo describirlo, quizás el más sincero que jamás he dado a nadie. Noté cómo Valeria se estremecía, cómo me abrazaba con tanta fuerza que por unos instantes la conexión fue total. Era una buena persona, con una idea de lo que quería y de lo que no bastante más claras que otras y encima era sincera conmigo y, por encima de todo, estaba buenísima. Lo tenía todo, pero no obstante seguía opinando que habría que ir avanzando con el día a día, que sería la mejor manera de saber realmente quién era Valeria.

Continuamos dando una vuelta, charlando de asuntos más agradables, haciendo planes para el verano. La idea de pasar unos días en la cabaña del lago estaba muy presente en los comentarios de Valeria, ya que, como su propio nombre indicaba, se encontraba cerca de un lago, con embarcadero privado donde una pequeña embarcación permanecía atracada desde hace tiempo.

Sería bueno arrancar el motor y salir de paseo por el lago, que es una maravilla, Marcus. Estoy segura de que el sitio te encantaría. Aunque hace muchos años que no voy, mi madre estuvo hace poco para ver en qué estado estaba y la verdad es que regresó muy contenta, aparte del hecho de que se la quitaría a mi padre en el divorcio, que había realizado recientemente algunas reformas, como nueva instalación eléctrica, línea de teléfono fijo, y muebles entre otras cosas. Me comentó que pensaba ponerla a mi nombre a modo de regalo cuando cumpla los dieciocho años.

La idea de pasar unos días en la cabaña me parece genial, es una buena idea, ahora solo queda que mis padres no pongan impedimentos, confío en que no, pero ya sabes cómo funciona el mundo de los adultos.

Quedamos en ir a visitarla en cuanto mi madre me diera permiso, así nos haríamos una idea de cuál sería su estado actual. Esa misma noche se lo comentaría a mis padres, a ver qué les parecía la idea.

Había sido un día largo, en especial la tarde, Valeria no se encontraba demasiado bien, estaba cansada, con ganas de llegar a su casa, el inminente divorcio de

sus padres le estaba pasando anímicamente factura. La acompañé hasta la parada del bus, nos despedimos con un beso y un hasta mañana. Mi bus llegó en apenas unos minutos más tarde. Al llegar a casa, comencé el sondeo de las vacaciones en la cabaña de del lago.

Hola, papá. Hola, mamá.

Hola, Marcus. ¡Qué pronto llegas hoy y qué contento! Así da gusto verte – comentó mi madre.

Pues sí, la verdad es que no me va mal del todo. Esta tarde mientras paseaba, me la encontré con una compañera de clase, con ella a su madre y a su tía. La verdad es que es una chica bastante maja.

¿Tan maja como para estar saliendo con ella? –preguntó mi padre.

Pues sí, es lo suficientemente madura como para saber qué es lo que quiere y qué es lo que no.

Me parece bien, Marcus. A tu madre y a mí nos parece bien, siempre y cuando tengas las cosas claras y esta chica no sea un capricho. No se debe de jugar con los sentimientos de los demás.

La verdad, queridos padres, que pocas cosas he tenido tan claras en mi vida como esta.

Y ¿cómo se llama la afortunada?

Se llama Valeria. Ha sido compañera de clase este curso y saca unas notas tan buenas como las mías. Por cierto, me ha invitado a pasar unos días en una cabaña que tiene la madre, que se está divorciando de su padre, cerca de un lago, hasta tienen una embarcación, para salir a pasear.

No sé, Marcus, nos parece demasiado precipitado, no sabemos nada de esa chica, encima nos dices que sus padres se están divorciando, tampoco sabemos nada de sus padres...

El padre es diseñador de edificios, trabaja por todo el mundo y es un putero. Tiene más pasta que un torero y la madre lo va a sacar todo lo que pueda y más.

Mi padre comenzó a reírse, haciendo una serie de gestos como si le conociera.

Vaya de lo que se entera uno, pobre de Marcelo, María le va a quitar hasta los calzoncillos, menudo cabeza loca. Porque seguro que es él.

Papá no me digas que conoces al padre de Valeria. No me lo puedo creer.

Pues sí. Coincidí con él en la inauguración de una clínica, él fue el diseñador del edificio y acudió a la cita con una modelo despampanante, bastante más joven que él. Se decía que le estaba sacando un montón de pasta en caprichos y regalos de los caros. A simple vista me pareció un creído, un presuntuoso, de esos de los que se escuchan a sí mismos cuando hablan. Como diseñador es un genio, pero como persona dejaba bastante que desear.

Y ¿cuánto hace de eso?

Pues de eso hará... déjame que recuerde bien... sí, unos nueve o diez años. Mucho tiempo ha estado engañando a su mujer, demasiado ha tardado en darse

cuenta, porque supongo que lo ha pillado en alguno de sus devaneos. Lo que os digo, este es medio gilipollas, piensa más con la entrepierna que con la cabeza.

Entonces, supongo que no habrá problema en que pueda ir, ¿no?

Veremos a ver. Con todo, dile a la madre, a María que nos llame por teléfono, quedaremos en vernos, nos conoceremos y evaluaremos la situación. Y de lo que os acabo de contar de sus devaneos, ni pío a nadie. Que se entere por otros medios, no por nosotros, será lo mejor.

Vale, papá, se lo diré a Valeria que os llame su madre, es muy maja y sobre todo es muy guapa, me parece bien que os conozcáis, ya veréis como es buena gente.

Está bien, Marcus. En esta vida hay que hacer las cosas de la mejor manera posible, sobre todo en estas circunstancias.

Bueno, voy a pasarme por la cocina a comer algo, tengo un poco de hambre, creo que no me podría dormir con el estómago tan vacío como lo tengo ahora mismo.

Está bien, Marcus, pero no cenes demasiado, que no es bueno.

Claro mamá, algo ligero.

Al día siguiente, según nos vimos, comentamos lo sucedido con mis padres.

¿Qué tal anoche? ¿Pudiste hablar con tus padres sobre las vacaciones en la cabaña?

Sí, claro. Todo fue casi bien, pero mis padres quieren hablar con tu madre, ya sabes, para que se conozcan, no sea que tu madre y tú seáis dos peligrosas secuestradoras y tengáis en mente pedir un rescate por mí.

¡Anda! ¡Qué idea tan buena la de secuestrarte para que seas solo para mí! jajaja. Tendré que darle una vuelta.

Todo dependerá de que me deje o no secuestrar, Valeria, jajaja. Una vez que hablen mis padres con tu madre y se conozcan, no creo que tengamos ningún problema. Mis padres confían ciegamente en mí. Hasta la fecha no les he dado motivos para lo contrario y pienso seguir sin dárselos.

Entonces, ¿se arreglarán las cosas? ¿Crees que podremos irnos juntos de vacaciones?

Seguro que sí. Va a ser fantástico, no te preocupes.

Al día siguiente, a media mañana, sonó el teléfono de casa. Era María, la madre de Valeria, invitando al día siguiente a mis padres a comer a su casa. Mis padres aceptaron la invitación sin dudar ni un instante. Esa tarde no quedé con Valeria, estaba toda emocionada con la comida del día siguiente y estaba ayudando a la madre en los preparativos, ya que estaba demasiado liada como para quedar y dejar a la madre sola con todo el trabajo. Era comprensible. Nos veríamos al día siguiente en su casa.

La hora de salir para casa de Valeria se nos echó encima, la mañana no me dio de sí, tampoco a mis padres, me explico: mi madre madrugó para ir a la pelu-

quería, lavar y peinar. Mi padre se pasó la mañana eligiendo la corbata que fuera a juego con la camisa. Esto podría haberle llevado tranquilamente una o dos horas, sin exagerar. Yo insistí en que tenían que ir vestidos de sport, de manera informal. No estábamos citados con el papa de Roma, ni mucho menos, pero ellos insistieron en que la primera impresión es la que vale.

Vivían en una urbanización en la cual, si en la de Martina se olía la pasta, a dinero flotando en el aire, en esta era lo mismo pero multiplicado por diez... o más. En la garita de acceso los vigilantes estaban perfectamente uniformados, con una educación exquisita tanto para con los dueños como para los visitantes. Era otra manera de ver la vida, era un mundo paralelo superior en todos los aspectos.

Y allí nos plantamos llamando a la puerta de ese lujoso chalet. Al abrir la puerta, Valeria y su madre nos recibieron en bikini y chancas, las dos con sendos pareos a la cintura. La cara de mis padres, como queriendo decir "... no entendemos nada" fue todo un poema. Claro, que la mía era parecida e incluso igual que la de mis padres. Tras unos segundos observándonos los unos a los otros...

Hola, bienvenidos. Pasad, por favor, no os quedéis en la puerta. Soy María, la madre de Valeria y esta es mi hija Valeria, la misma que se ha olvidado de decirnos que la comida de hoy era una barbacoa junto a la piscina. Esta hija mía no sé dónde tiene la cabeza.

Hola, soy José María y esta es mi mujer, Pili, encantados de conoceros y más encantados de venir a vuestra barbacoa vestidos como para una boda. A nuestro hijo Marcus ya lo conoces.

¡Cuánto lo siento, de verdad! Se me ha ido el santo al cielo. Estaba tan emocionada que se me pasó avisar a Marcus, pero no os preocupéis, ahora mismo mi madre os busca unos trajes de baño y unas chancas, ¡qué apuro! De verdad que lo siento muchísimo.

En ese momento tuve que hacer un gran esfuerzo para no partirme de la risa, sobre todo viendo la cara de mi madre, después de pasar media mañana en la peluquería. No comenzaba demasiado bien la cosa, no. Mis padres le quitaron importancia, ya que más allá del calor que estábamos pasando vestidos de boda, resultó hasta gracioso. Al poco, apareció la madre con unos trajes de baño que tenían aún las etiquetas de Galerías Green, unos grandes almacenes que estuvieron antaño de moda, donde podías encontrar de todo en ropa, calzado, hogar, perfumes... Eso sí, a precios no aptos para todos los bolsillos.

María, ¡qué buen gusto tienes para la ropa! Este traje de baño es una monada, además es de mi talla. ¡Qué ojo tienes!

A partir de ese momento, a mi madre se la pasaron todos los males. Nos fuimos a cambiar de ropa a los vestuarios de la piscina, parecidos a los de casa de

Martina, pero bastante más grandes y lujosos. Ante lo caluroso del día, mientras un cocinero preparaba la barbacoa, las salsas, las bebidas, en fin, todos los detalles estaban cuidados al máximo, nos metimos a la piscina a refrescarnos un poco.

Mi madre, recordemos que estaba recién salida de la peluquería, se hizo un moño en el pelo, de tal manera que lo salvaguardaba del agua de la piscina, o eso creía ella, hasta que mi padre haciendo el ganso, que lo hacía de maravilla, saltó a la piscina haciendo una bomba, calando el pelo de mi madre.

José María, yo te mato, te mato, como te pille te mato, te lo juro, de esta te acuerdas.

El primero en reírse fue mi padre, la segunda la madre de Valeria y así sucesivamente; la última fue mi madre, aunque yo pensaba que se montaría un buen pollo, pero no, menos mal, se tomó la broma de mi padre deportivamente, no me lo esperaba. Respiré tranquilo. Ya sentados en la mesa, disfrutando de una agradable barbacoa en buena compañía, la madre de Valeria comenzó la disertación.

... me comentaba Valeria que no estabais demasiado convencidos para que Marcus pueda pasar unos días en nuestra cabaña del lago, la que solemos utilizar para esquiar en invierno, dado que está apenas a veinte kilómetros de las pistas de esquí. Os aseguro que no hay ningún peligro, la cabaña está recién reformada e incluso tiene teléfono para que podáis hablar todos los días.

La verdad es que la idea no nos desagrada, nuestro hijo es un chico responsable, nos lo ha demostrado en varias ocasiones, en ese sentido estamos tranquilos, pero como es lógico, hemos querido conocerlos antes de tomar una decisión. Por nuestra parte no hay ningún problema, estaremos encantados de que pase unos días en contacto con la naturaleza. Y sobre todo que estos dos jovencitos tengan la cabeza fría y no la lén...

Papá, ya te vale. Desde luego... esos temas se hablan en privado, en casa, no aquí en medio.

Por parte de mi hija tampoco habrá problema. Me parece que tanto Marcus como Valeria han recibido una buena educación, se les ve responsables, por lo tanto, también me quedo tranquila en ese aspecto. Brindemos por ello.

A mis padres, la madre de Valeria les cayó bien. Era una mujer refinada, educada, de buena cuna, como decía mi madre, con un buen status, incluso algo superior al nuestro. Con todo, les podíamos tratar de tú a tú. La única diferencia era que la madre de Valeria sabía disfrutar de todo lo que le rodeaba. En ese aspecto mis padres siempre fueron más conservadores.

Prácticamente ya tenía todo lo necesario para irme de vacaciones a la cabaña, quitando algo de ropa que mi madre se empeñó en comprarme, más preocupada

por que fuera bien vestido que otra cosa. Ese verano pintaba mucho mejor que el anterior, sin duda, no solo por la compañía, que estaba más que bien, sino por los condicionantes que se dieron el verano pasado que sin duda no se darían este. Por lo menos, la tranquilidad estaba asegurada, o al menos eso pensaba.

En unos días pusimos rumbo a esa maravilla de cabaña que me había descrito Valeria. A la llegada quedé maravillado, la descripción del lugar se quedó corta, era una auténtica pasada. Después de casi tres horas de viaje, no esperaba encontrarme nada así, un lugar rodeado de árboles, una cabaña, no, eso no era una cabaña, era una súper cabaña, equipada con todo lujo de detalles, un pedazo de piscina, una zona de barbacoa, árboles frutales, limoneros, naranjos, un enorme peral y un manzano, un oasis de tranquilidad, un remanso de quietud. Aunque no supe bien el motivo por el cual lo llamaban lago, ya que más que lago de agua salada, era una especie de enorme bahía, unida al mar por un amplio canal.

Nos acercó la madre de Valeria, que pasaría con nosotros la primera noche y se iría a la mañana siguiente. Tenía una importantísima reunión con sus abogados para “apretar” las tuercas al putero de su futuro ex marido. De esta manera se quedaría más tranquila, al dejarnos ya acomodados con las normas de comportamiento y convivencia bien claras.

Nada más dejar las mochilas en las habitaciones, nos fuimos al supermercado, ya que en la cabaña solamente había botellas de alcohol que su madre puso a buen recaudo. Tuvimos que comprar absolutamente de todo, en cantidades como para un mes, desde papel higiénico, jabón, gel, esponjas, pasta de dientes hasta todo tipo de conservas, pasta, mermeladas, pan de molde... un auténtico coñazo ir de compras con dos mujeres, pero en ese momento era lo que tocaba. Por ello evitaba ir al supermercado con mi madre siempre que me era posible, aunque en contadas ocasiones no me libraba.

Se acercaba la hora de comer. A la salida del supermercado dejamos la compra en el maletero del coche, enfrente un restaurante bastante bonito que llamaba la atención de la clientela con unos llamativos carteles.

Mirad, chicos, en ese restaurante solía comer con el putero de tu padre, se comía bastante bien y el encargado, que no sé si continuará trabajando, era un cielo. No me quitaba los ojos de encima, sobre todo de mi escote, jajaja.

Mamá, mira que eres. Si quieres podemos comer allí, ¿te parece bien, Marcus?

Si os parece bien a las dos, por mí correcto.

Dio la casualidad de que el encargado, un tipo alto, delgado y refinado continuaba trabajando, pero ya no era el encargado, se había convertido en el dueño

e incluso había ampliado el negocio con un pequeño hotel que estaba justamente detrás del restaurante, al abrigo de curiosos. El restaurante se llamaba “El Rincón de Esteban”, lo cual me hizo gracia. Se había currado el nombre, sí señor.

Pero, ¿qué ven mis ojos? Querida María, tantísimo tiempo sin verte, estás estupenda. ¡Qué alegría más grande!

¿Aún sigues por aquí? ¡Esteban, menuda sorpresa, no esperaba encontrarte, parece que el tiempo no ha pasado por ti, estas divino!

Pues sí, por aquí sigo. Ahora soy el dueño y he construido un pequeño pero coqueto hotel en la parte de atrás.

Veo que has prosperado. No sé si te acordarás de mi hija Valeria, era aún pequeña la última vez que estuvimos comiendo con el putero de su padre. Por cierto, no me preguntes por él, que nos estamos divorciando.

¿Cuánto lo siento, me dejas de una pieza! Sí, claro que me acuerdo de Valeria, eras una niña que llamabas la atención por lo guapa que eras y que sigues siendo, eres el fiel retrato de tu madre.

Este es Marcus, un amigo de mi hija.

Encantado de conocerle.

Por favor, Marcus, no me trates de usted, me haces más mayor de lo que soy, jajaja. Acompañadme a la mesa. Os pondré en uno de nuestros reservados para que podáis comer tranquilamente.

Y así fue como Esteban nos acompañó hasta un reservado para realmente disfrutar de una comida muy deliciosa. Y era cierto. Esteban no dejaba de mirar el escote de la madre de Valeria, que se mostraba complaciente ante las miradas lujuriosas del dueño. A los postres, María dejó encargado a Esteban que, durante nuestra estancia en la cabaña, nos sirvieran todo aquello que les pidiéramos, sin ningún problema, ya que servían comida a domicilio.

Por si no os apetece hacer comidas o cenas, llamáis por teléfono y os lo mandan a la cabaña. No tengáis reparo en pedir, que paga el putero de tu padre.

¡Mamá, mira que eres!

Esteban consintió con un gesto mientras observaba los pechos de María. Se la estaba comiendo con la mirada, desnudándola en su calenturienta mente. María se estaba dando cuenta, pero lejos de incomodarse, se mostraba simpática y amable. Valeria también se dio cuenta. En un momento en el cual la madre se ausentó para ir al baño...

Marcus, ¿te has fijado el baboso del dueño? ¿Cómo le mira las tetas a mi madre? Y encima ella sonríe, se siente halagada. Desde luego, ya la vale.

Pues sí, me he fijado. La verdad es que este pavo se podía cortar un poco de mirarle las tetas a tu madre. Aunque bien pensado, si dice que eres igual que tu madre, tendría que mirártelas yo a ti también, ¿no?

Claro que sí, me puedes mirar las tetas (beso en la boca), me las puedes comer (otro beso en la boca), me las puedes tocar (beso en la boca), me puedes chupar los pezones e incluso podemos acostarnos todas las veces que nos apetezca (beso con lengua).

Joder, Valeria. Tú sí que sabes cómo decir las cosas.

A la vuelta, María mostraba su satisfacción por haberse encontrado con Esteban después de tantos años, se mostraba alegre. Para mí que en su día le tiró los trastos, pero ella no debió de estar demasiada receptiva.

Hay que ver cómo cambian las cosas. Hace años Esteban se me insinuó, pero por respeto al putero de mi ex, no le hice el menor caso, eso que era un hombre muy guapo, y lo continúa siendo. Lástima de tiempo perdido, tendré que recuperarlo de alguna manera. ¿Veis chicos? Hay que aprovechar el tiempo. No obstante, quiero haceros una “sutil” advertencia: Marcus, como la dejes embarazada te corto las pelotas.

Me quedé sin saber ni qué decir ni dónde mirar... Después de unos incommos segundos, Marta y Valeria se comenzaron a partirse de la risa.

Tenías que haberte visto la cara que se te ha quedado.

Joder, menudas bromas que gastáis. No ha tenido ni pizca de gracia, por cierto.

¿Quién te ha dicho que estoy hablando en broma?

De nuevo, se hizo un incómodo silencio, esta vez el único que se estaba riendo era yo, Valeria y su madre se miraban entre ellas. Al darme cuenta de que “parecía que lo decía en serio” se me cortó el vacilón. De nuevo se cachondearon de mí.

Después de los postres y el cachondeo, Esteban se acercó a la mesa para interesarse si todo había sido de nuestro gusto. Efectivamente que lo fue, una comida con una perfecta elaboración y una mejor presentación.

Esteban, ¿no tendrás alguna habitación libre para esta noche? –preguntó María.

Pues mira, vas a tener suerte, me queda una doble libre, la mejor del hotel.

¡Qué casualidad y qué suerte la mía! Me la quedo, por supuesto.

Valeria y yo nos miramos, una de esas miradas que sin decir nada, se entendía absolutamente todo. Ambos supinos que María pasaría la noche con Esteban, en un intento de recuperar el tiempo que el putero de su ex le hizo perder. Una vez de nuevo en la cabaña, colocamos la compra, comprobó que todo estuviera en su

sitio, que la línea de teléfono estuviera plenamente operativa, nos volvió a dar las advertencias oportunas de convivencia y respeto, recogió sus cosas marchándose más rápido que deprisa.

No nos comentó nada al respecto de cuándo volvería a recogerlos. Esto no nos preocupó lo más mínimo. El lugar era una pasada, teníamos todas las comodidades, comida y bebida como para dos meses y, por encima de todo, la compañía era simplemente perfecta. En mi cabeza se repetía una y otra vez "... me puedes mirar y acariciarme o comerme las tetas, chuparme los pezones, acostarnos siempre que nos apetezca ..."

Estaba encantado, feliz de poder respirar aire puro, de deleitarme con ese magnífico cuerpo, pero por encima de todo de poder respirar ese aire puro, escuchar el canto de los pájaros, ver las puestas de sol e incluso poder ver amanecer en alguna ocasión.

Salimos a dar una vuelta por la zona para poder conocer todo lo que nos ofrecía el entorno, comenzamos por ver el estado en el que se encontraba el barco, atracado hacía varios meses sin haber navegado por la inmensidad del lago. Se encontraba en perfecto estado, un poco sucio, la verdad, pero nada que no se pudiera arreglar con un cubo con detergente y dos bayetas. Tendríamos que currar un poco en ello, pero esa tarde no estaba destinada a realizar esfuerzo alguno.

Después de visitar el muelle, continuamos el paseo hasta una parada de autobús, que se encontraba en la carretera, nada más salir del camino que llevaba hasta la cabaña. Una parada con un banco de piedra, un tejadillo para protegerse del sol o de la lluvia, dependiendo del día, la típica parada rural de autobús que daba un aire más de campo al entorno. Teníamos un bus que nos podría llevar hasta la ciudad costera más próxima, que se llamaba Playa Brava, un pueblo eminentemente marinero, famoso por la tranquilidad de las aguas de su playa. Decidimos ir a conocerlo a la mañana siguiente, para de esta manera, no perder el tiempo. Sin duda que podríamos conocer sitios nuevos a la vez que tener momentos para la tranquilidad.

Una vez reconocida la zona, volvimos a la cabaña. Una estupenda bañera de hidromasaje en forma de media luna nos estaba esperando para comenzar realmente a disfrutar. Un poco de música, unas refrescantes bebidas complementaban a la perfección con las burbujas del hidromasaje. Fui el primero en meterme en la bañera, la temperatura del agua era perfecta, Valeria durante un par de minutos se hizo de rogar, pero la espera mereció la pena.

Se presentó con una bata de color negro, transparente, que dejaba ver absolutamente todos sus encantos, esos pechos adolescentes, unos pezones duros, fruto de la excitación, unas piernas exuberantes, un vello púbico que era un oasis de placer. Al compás de la música, comenzó a bailar sensualmente, desplegando todo

su encanto, haciendo todo lo posible para ponerme cachondo, como si me hiciera falta.

No me podía haber imaginado ni por un solo instante que una mujer me hiciera sentir tantísimo deseo simplemente viéndola prácticamente desnuda bailando solo para mí. Estaba, cómo decirlo... en pleno éxtasis, plenamente centrada en lo que ocurriría en cuanto se metiera en la bañera, frenando un deseo de ser poseída mientras su eterno baile continuaba. No dejaba de observarla ni un solo instante, ese ritual de apareamiento se merecía una máxima atención, grabé en mi mente cada segundo, cada movimiento, cada gesto, cada suspiro.

Se acercó a la bañera, dejó caer el camisón, metiendo lentamente su cuerpo en el agua, haciéndose de rogar, excitándose más todavía. Comenzamos a besarnos como si no existiera un mañana, su lengua recorría mi cuello, sus manos comenzaron a acariciar mi pene.

Marcus, me vuelves loca, madre mía, todo lo que me haces sentir. Hazme el amor Marcus ... fóllame hasta que me vuelvas loca de placer.
... claro que te voy a volver loca.

No se me ocurrió más que decir, solo pude confirmar su petición ¿Qué se le puede decir a una chica en plenos preliminares sexuales? Creo que justamente dije lo que quería escuchar de mis labios, no quise añadir nada más.

Se puso encima de mí, yo era su semental y ella la amazona. Sus piernas se abrazaron a mi cintura, dejando sus pechos al alcance de mi boca. Valeria gemía de placer, sus caderas subían y bajaban encontrando a cada instante un placer máximo, nos encontrábamos en una postura de máxima satisfacción, la *cowgirl*, que nos permitía mirarnos a los ojos, facilitando enormemente la sensación de intimidad. Valeria se sentía como una diosa del sexo, controlaba cada movimiento al igual que la intensidad de la penetración. De nuevo me encontré totalmente dominado por ella.

Apenas hubo tregua, salvo algunos instantes que, tras una penetración plena, sus caderas daban un respiro al resto de su cuerpo, pudiendo escuchar su respiración agitada, sus gemidos de placer o sus “me encanta”. Igualmente, tenía plena libertad para que mis manos, al igual que mi lengua, pudieran acariciar su cuerpo, en un intento de prolongar el tiempo de placer, de tardar lo máximo posible en llegar al orgasmo.

Una rápida reacción la volvió loca, fuera de sí, con los brazos en alto, gemía mientras el movimiento de sus caderas hacía salir el agua fuera de la bañera, estábamos llegando al orgasmo, aunque he de confesar que el suyo duró algo más que el mío. ¡Qué manera de chillar pronunciando mi nombre!

Marcus, Marcus, Marcus. Me tienes loca. Joder, ¡qué pasada! Marcus, ... por dios, no pares.

Se podría definir con una palabra: maravilloso, único, sensual, brutal, ... Una vez que acabamos, después de secarnos y ponernos algo cómodo de ropa, salimos al porche a tomar y picar algo. La verdad es que no habíamos comido en exceso, tenía el estómago cerrado debido a los nervios, lo mismo que le ocurría a Valeria.

Estuvimos un rato sobre las hamacas con los ojos cerrados, disfrutando del aroma a naturaleza que la brisa nos traía, agarrados de la mano, acariciando la suya con mis dedos. No me podía creer todo lo que estaba pasando, demasiadas emociones para un primer día. Como no nos apetecía hacer nada para cenar, decidimos estrenarnos pidiendo la cena en El Rincón de Esteban. Valeria bromeaba con pedir a la persona que cogiera el teléfono que le pusiera con su madre, un humor poco bien traído.

Quedamos en que nos llevaran la cena sobre las diez de la noche, una hora estupenda para sentarse afuera a disfrutar de una espectacular noche de estrellas. Puntuales, muy puntuales nos entregó el pedido un motorista, muy majete, la verdad: dos hamburguesas con patatas, que devoramos con ansia, estábamos hambrientos.

Esa noche nos acostamos pronto, ya que, al día siguiente, si queríamos pasarlo en Playa Brava, tendríamos que madrugar un poco, debido a que el autobús pasaba a las once de la mañana. Nada más meternos en la cama, sonó el teléfono de la mesita.

Marcus, ¿eres tú?

Hola, mamá. Claro que soy yo.

¿Qué tal vuestro primer día?

Todo genial, muy bien. ¿Y vosotros?

Nosotros bien, echándote de menos, hijo.

Mira que eres exagerada, si aún no han pasado ni veinticuatro horas desde que nos marchamos.

Ya lo sé. ¿Está por ahí la madre de Valeria? Que se ponga, anda.

Pues no está, ha salido con Valeria a dar un paseo, ya sabes, cosas de chicas, del divorcio y todas esas cosas.

Queríamos hablar con ella ¿Tardarán mucho en volver?

No tengo ni idea, estaba ya en la cama cuando has llamado.

Bueno, dile, si no viene tarde, que nos llame.

Estaos tranquilos. Todo está genial, no os preocupéis por nada. Es un lugar tranquilo y seguro en todos los aspectos.

Ya, pero es que...

Venga, mamá, que es tarde, mañana estaremos todo el día de excursión, conociendo sitios nuevos, así que hasta por la noche no estaremos en casa, y no os

paséis llamando todos los días a todas las horas, podéis llamar cada cuatro o cinco días.

Vale, hijo, descansa, pásalo bien, come en condiciones y ojito a lo que hacéis. Hasta mañana, y dale un beso a papá cuando le veas.

Otro que tal baila. No le veo el pelo, todo el día en el hospital y...

Que sí, anda, descansa tú también.

A mi madre por teléfono si le das carrete, te podía tener hablando horas y horas, con el agravante de no dejarte decir dos palabras seguidas. Valeria se partía mientras hablaba con mi madre, haciendo gestos para provocar mi risa, la cual pude contener a duras penas. Además de estar constantemente besándome y metiéndome mano, fue una especie de charla erótica, sin lugar a dudas. Si al final lo de tener teléfono sería un auténtico rollo, pero bueno, estar localizable dentro de lo posible fue una de las condiciones para poder haberme marchado de vacaciones con Valeria. Tras la llamada, nos quedamos profundamente dormidos.

A la mañana siguiente amaneció un día soleado, de cielo totalmente despejado. Se estaba en la cama de vicio, pero al mirar el reloj, que marcaba las diez y media de la mañana me di cuenta de que no pillaríamos el autobús a Playa Brava de las once ni de coña. Por lo tanto, ni me molesté en despertar a Valeria.

Intenté hacer el desayuno, y digo que “intenté”, ya que no tenía ni idea de dónde se encontraban las cosas, en una cocina que era tres veces más grande de la de casa de mis padres, por lo que tuve que investigar por todos los cajones y armarios, consiguiendo al final hacer café que al menos olía bastante bien, y acompañado de unas galletas. Lo de hacer zumo de naranja como que no, principalmente porque no encontré ni una sola naranja. Por consiguiente, desistí del intento. Tampoco vi el exprimidor.

Le llevé el desayuno a la cama, Valeria permanecía dormida, el olor de café comenzaba a despertarla, entre bostezos abrió los ojos, sonriendo al verme sentado en la cama.

Buenos días, guapa. Hay que ver lo que duermes. ¿Has descansado? Yo llevo un rato levantado, me he despertado a las diez y media, por lo que lo de pillar el bus de las once era misión imposible. Así que te he preparado el desayuno con todo mi cariño, aunque no te aseguro si el café estará bebible o no.

No te preocupes, Marcus, con el detalle vale, pero no me gusta el café, me encanta su olor, pero es que me sienta fatal al estómago.

Pues me he lucido, jajaja.

El café fue por el fregadero, al igual que mis ilusiones por sorprenderla con un desayuno erótico festivo en la cama. Al final, dos tristes vasos de leche con cacao y unas galletas, menudo festín, pero bueno, habría más mañanas para ... eso, el desayuno erótico festivo. El próximo bus era a la una y media de la tarde,

con lo cual perdíamos toda la mañana y parte de la tarde, ya que el bus llegaba a Playa Brava a las dos y cuarto, casi a la hora de comer.

Marcus, espérate un momento, acompáñame al garaje, creo que tengo una solución para movernos con total libertad.

¿Me vas a sorprender de nuevo? Miedo me das.

Al abrir la puerta del garaje, lo primero que se vislumbraba era una lona protectora que cubría un coche. Al quitarla, me quedé con la boca abierta, un auténtico Mercedes 500 SL de color negro, una pasada, un coche que costaba una pasta, casi como un piso, con un motor de 5.000 cm³, 300 caballos de potencia a todo galope, cambio automático de cinco velocidades y un consumo de unos veinte litros a los cien kilómetros, era el coche de la gente con mucha pasta. Tenía pocos kilómetros, apenas veinte mil.

Me da la impresión de que ni mi padre no se ha acordado de llevarse el coche y que mi madre no sabe de su existencia, con lo cual...

Pero... ¿Sabes conducir un coche? ¿Y este que es enorme?

Siempre hay una primera vez para todo, Marcus.

Ya, si en eso estoy de acuerdo, pero ¿Eres consciente del cante que vamos a dar con este coche por ahí?

Pues tienes razón, no lo había pensado, pero sabes que te digo...

Me vas a decir que te importa poco o nada.

Efectivamente, ya veo que me vas cogiendo el rollo.

El depósito estaba prácticamente lleno ¿Qué podría salir mal? Conseguir sacarlo del garaje fue una auténtica proeza, el cambio automático no era fácil de controlar, el coche andaba a saltitos, parecía una atracción de feria. Me dio por partirme de la risa, fruto del nerviosismo del momento, eso que aún no me había montado en el coche. Estaba esperando fuera a que saliera para cerrar el garaje, ya que el mando a distancia no funcionaba. Supusimos que se había quedado sin pilas.

Valeria tenía todo bajo control, o eso pensábamos los dos. Estuvo unos minutos probando cuál era la marcha atrás, la marcha adelante y cómo dejarlo aparcado en modo parking, o qué hacer si habría que parar el coche en plena carretera o qué hacer si por algún motivo tendría que parar en una cuesta.

Creo que tendríamos que ser más prudentes, manejar este coche es un auténtico lío, no es buena idea, no señor.

Marcus mira, que eres agonías.

Al sacar el Mercedes del garaje, detrás de unas cajas apiladas aparecía parte de lo que parecía ser el manillar de una bicicleta o ... espérate ...

Valeria, ¿Sabes si tu padre tiene una moto?

Que sepa, no.

Pues por aquí asoma el manillar de una.

Anda, si esto es una auténtica caja de sorpresas, más que un garaje, parece la cueva de Ali Babá.

Efectivamente, era el manillar de una moto con sidecar, una Vespa 125 roja, el icono de los años 80, un símbolo de libertad, el vehículo por excelencia que servía para llevar a la familia en trayectos cortos y medios, equipada en su parte trasera del sidecar con un útil y pequeño maletero. La opción era sencilla, volver a meter el coche en el garaje, sacar la moto, ver si estaba operativa para su uso y salir zumbando, que la mañana se nos marchaba a toda velocidad.

Retiramos las cajas para poder sacar la moto, que tenía bastante polvo y suciedad, fruto de no haberla usado desde hacía tiempo. Una vez la moto fuera del garaje, Valeria primeramente comprobó que arrancara, y efectivamente al tercer intento el motor comenzó a ronronear como un gatito. Mientras yo la pasaba un trapo, Valeria dejaría el Mercedes en su sitio, pero fue incapaz, se puso nerviosa. Tuve que sentarme al volante, sin tener ni la más mínima idea, poner la marcha atrás, muy despacito dejarlo en su sitio, volver a ponerle la lona y aquí no había pasado nada.

Ya estábamos motorizados. Valeria insistía en llevar la moto ella, yo insistía a la vez para ocupar el asiento del sidecar. Había consenso, resultaba más cómodo de llevar que el Mercedes, menos aparatoso y daríamos menos el cante. Lo de cambiar de marchas en los primeros kilómetros como que se le atragantaba un poco, pero con el paso de los kilómetros consiguió pillarle el truco. Se estaba convirtiendo en una experta motorista.

Los kilómetros que nos separaban de Playa Brava fueron un agradable paseo, las risas por el camino saludando a los paisanos que paseaban por el arcén de la carretera que se nos quedaban mirando respondiendo al claxon de la moto y a nuestros saludos con la mano, preguntándose “¿Quién coño son esos dos?”. Fue muy divertido.

Valeria estaba exultante de felicidad a los mandos de la moto, su etapa sentimental con Martina me dio la sensación en esos momentos, que había frenado bruscamente su manera de ser y de vivir. Estaba volviendo a ser ella misma, la Valeria loca, risueña, abrumadora en algunos aspectos; estaba comenzando a disfrutar de todo lo que la vida le ofrecía.

Esa mañana, Playa Brava estaba de bote en bote: el mercadillo, los turistas de fin de semana, los foráneos del pueblo, la banda de música en el templete de la

plaza mayor tocando alegres pasodobles y melodías, un pueblo que invitaba a los visitantes a pasárselo bien. Nos costó encontrar un aparcamiento para dejar la moto, pero al final en una calle detrás de la plaza mayor conseguimos dejarla bien aparcada, sin que molestarle a nadie.

El ambiente festivo era debido a la celebración de las fiestas del patrón del pueblo, San Fiacro, cuyos feligreses eran exclusivamente hombres, de ahí que fuera el patrono de las enfermedades de transmisión sexual. Contaba la leyenda que no se llevaba demasiado bien con las mujeres, a las cuales expulsaba de los lugares por donde pasaba. De igual manera, este tal Fiacro, estuvo sentado esperando la llamada del señor en una piedra, divulgándose que quien se sentara en dicha piedra curaría sus hemorroides, ya que por esa época se curaban con un hierro incandescente.

Pues bien, dada su aversión hacia el género femenino, continuaba la leyenda que, siglos atrás a la llegada de tres carromatos al pueblo cargado de putas, los seguidores de Fiacro sucumbieron a la tentación de la carne, acabando todos contagiados de gonorrea. Finalmente, la leyenda narra que San Fiacro fue quemado en la hoguera por las mujeres de los paisanos que a su vez también contrajeron la enfermedad, con sus huevos y pene metidos en su boca. Un triste final para San Fiacro.

Sorprendente leyenda, la verdad es que nos quedamos pasmados escuchándola en boca de uno de los lugareños, que presumía de tener más de cien primaveras, mientras se tomaba unos vinos servidos como antaño, en jarra y vaso de barro. La gente le dejaba unas monedas a la finalización de su relato, entre aplausos y gestos de estupor. De esa manera sacaba unas perrillas como nos decía que le servían para ir tirando, aparte de ser un reclamo turístico para la villa y para el bar del alcalde.

Con las prisas, nos dejamos la bolsa con las toallas y los trajes de baño en el mini maletero del sidecar, con lo cual tuvimos que volver a recogerla. En la esquina de la calle donde aparcamos la moto, a pocos metros, una valla con una puerta y en la puerta un cartel que decía: “No pasar, acceso a cala privado”. Un segundo cartel más preocupante decía: “No pasar, perros peligrosos”, pues ni por esas Valeria se lo pensó dos veces.

Vamos a ver esa maravilla de cala que está tan protegida.

Pero ¿Sabes leer? O es que te has dejado las gafas en la moto.

Jajaja. ¿Dónde has dejado tu espíritu aventurero? No me digas que un cartel con las letras medio borradas por el paso del tiempo te va a echar atrás. Con toda probabilidad, los perros estarán ya muertos y enterrados.

Pues la verdad es que tienes razón.

Apenas anduvimos cinco minutos por un camino lleno de zarzas, cuando vimos una especie de embarcadero, en bastante buen estado a pesar de que daba la impresión de que hacía bastante tiempo que no se usaba. Aun con todo, conservaba todo su encanto. La marea alta dejaba ver el fondo del mar con unas aguas limpias y cristalinas, que sin duda invitaban a darse un baño. Valeria entre risas, se desnudó y se tiró de cabeza al agua sin decir nada.

Vamos, no seas cobarde que el agua está de maravilla. Vamos, no seas pesado, no te hagas de rogar.

Ya voy, mira que eres impaciente.

Impaciente me estaba poniendo yo, al verla desnuda en el agua, más que impaciente, me estaba poniendo bastante ..., si seca estaba buena, mojada estaba más buena y sensual, estaba para comérsela. Al tirarme al agua, sentí un escalofrío por todo el cuerpo, no estaba buena, el agua estaba helada, ¡la madre que la parió!

Menos mal que el agua según tú estaba buena, que si llegas a decir que estaba algo fresca sacamos los hielos para las copas, ¡ya te vale!

Jajaja, mira que eres exagerado.

¿Exagerado? Joder, si se me han quedado las pelotas como canicas.

Jajaja, anda, vente aquí, que yo te voy a quitar ese frío, tontín.

Efectivamente, en tres meneos que me dio, me puso más caliente que el palo de un churrero, que el cenicero de un bingo o que la tetera de un sordo. Aunque con todo el frío que continuaba teniendo, no se me ponía dura ni de coña, incluso ni con Valeria haciendo submarinismo. Al rato salimos del agua, cuando de repente por el embarcadero aparecieron dos perros como dando un paseo. Al vernos, se quedaron quietos, mirándonos fijamente.

Coño, Valeria. Los nietos de los perros del cartel con las letras medio borras. Rápido, al agua.

Tranquilo, Marcus, que no son peligrosos.

¿Que no son peligrosos? Joder, dice que no con la mirada que tienen de asesinos.

Cállate, estate quieto y no digas nada.

¿Qué me quede quieto? ¿Sin decir nada? Valeria, coño, que nos van a comer con patatas.

¡Que te calles, cojones!

Los perros se arrancaron a correr hacia nosotros a toda la velocidad que sus patas les permitían. Cuando faltaban veinte metros para ser devorados, Valeria les gritó: “Bleib Sitz”. Entonces los perros se frenaron en seco sentándose a su lado, una orden de adiestramiento en alemán que significa “para y siéntate”, según me explicó Valeria cuando el color pálido de mi rostro pudo dar paso a mi semblante

normal. Se habían convertido en dos dóciles animalitos. A pesar de todo, ni me fiaba ni me acercaba a ellos.

Pero, ¿qué coño...?

Ya ves, de repente me he convertido en domadora.

Ya me explicarás, cuando el corazón me vuelva a latir de manera normal, cómo demonios has conseguido parar el ataque de estos dos angelitos.

Sencillo, les he gritado en alemán que se parasen y se sentasen.

¿En alemán? ¿En serio? ¿Desde cuándo sabes tú alemán? Nos has salvado de una buena, te daría un beso, pero...

No te lo recomiendo, al menos mientras estos dos estén aquí. Sin duda que son los mejores guardaespaldas que tendré nunca.

Un silbido se escuchó desde unos matorrales cercanos, los dos perros salieron escopeteados, sin despedirse. A los pocos segundos de desaparecer, un hombre flanqueado por los dos perros apareció en el embarcadero.

Se me hace raro ver que mis fieles perros, obedecen ordenes de alguien desconocido.

... No soy una desconocida, tío Gunther.

¿Tío Gunther? Valeria, no entiendo nada.

Soy Valeria, tu sobrina, hija de tu hermano ...

Sí, de mi hermano Marcelo, más conocido por el putero. Las noticias vuelan muy rápido, sobre todo cuando son malas. Perdóname, no te había conocido, querida sobrina.

Ha pasado mucho tiempo, tío Gunther. Te hacía viviendo aún en Alemania.

Me vine aquí hace apenas un año, en busca del calor y del buen tiempo. Supongo que tu padre no te habrá dicho nada al respecto, es típico de él, nunca cambiará, siempre, desde pequeño ha sido la oveja negra de la familia. ¿No me vas a presentar al chico que te acompaña?

Sí, claro, tío. Es Marcus, un amigo.

Encantado, Marcus, amigo con derecho a roce, supongo.

El gusto es mío, señor Gunther.

¿Cómo es que andáis por aquí? ¿Estáis en la cabaña del lago?

Sí, estamos en la cabaña, aprovechando unos días de vacaciones de verano, que mamá se va a quedar con ella tras el proceso de divorcio.

Una lástima. Tu madre es una bella persona. No se merece tener a su lado a un necio como mi hermano. Siempre se ha ocupado de ti, mientras tu padre se dedicaba a viajar por el mundo diseñando edificios y follándose a todo lo que se le ponía por delante. Siento decirte estas cosas, Valeria, pero eres lo suficientemente mayor como para saberlas, no todas, pero sí las más relevantes. Espero que os quedéis a comer conmigo, tenemos que celebrar este encuentro; la verdad es que te veo contenta y feliz, a pesar de que la última vez que te vi apenas levantabas un palmo del suelo.

Estaremos encantados de comer contigo, tío Gunther.
Claro, por mi parte será un placer.

La casa del tío Gunther se encontraba cerca del embarcadero. Era un chalet de madera, distribuido en una sola planta, decorado con un gusto exquisito. Se notaba que el tío Gunther tenía pasta. Tenía a su cargo a una cocinera y un mayordomo, que vivían en una especie de casa de invitados anexa al chalet. Eran un matrimonio de alemanes, muy majos y simpáticos. Durante la comida se desviaron para que todo estuviera a nuestro gusto y ciertamente que lo consiguieron. Todo estaba delicioso, aunque no recuerdo con exactitud la comida que nos sirvieron, debido a lo impronunciable de sus nombres.

Estuvimos hasta media tarde charlando sobre recuerdos de Valeria: cuándo nació, lo que pesó, cuánto midió. En fin, todo lo que se tiene en cuenta cuando nace un bebé, charlando, tomando café y probando el Jägermeister, un licor típico de Alemania, de hierbas endulzado, con un toque amargo, cuya receta original es secreto, como la fórmula de la famosa bebida de cola.

Valeria se quedó dormida en el sofá, con la cabeza apoyada en el hombro de su tío, al cual se le veía que se le caía la baba. Debieron de estar bastante unidos en el pasado.

El tío me invitó a salir a la terraza, para no molestar a Valeria.

Me alegra que mi sobrina esté contigo, pareces un buen chico, pero como no te portes bien con ella, te corto las pelotas.

Ya, eres la segunda persona que me dice lo mismo.

Jajaja, seguro que ha sido María, en el caso de que la hagas un bebé a su niña del alma. Verás, Marcus, Valeria no ha tenido una infancia fácil, con un padre prácticamente ausente durante largos periodos de tiempo, no tuvo un referente masculino en su vida. Su madre ha sido quien la educó, quien la inculcó los valores que una persona de bien ha de tener.

Entiendo.

Por eso te pido que cuides de ella mientras estéis juntos, es un encanto de cría que se merece ser feliz, ahora y en el futuro. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Por supuesto, es un cielo, buena estudiante y, si continúa por ese camino, tendrá un buen futuro. Es ese aspecto puedes estar tranquilo.

Recuerda que tienes en juego las pelotas jajaja.

Procuraré no olvidarme de ello.

Al poco rato, Valeria despertó, saliendo a la terraza donde me encontraba de charla con el tío Gunther, que a primera vista me pareció bastante majo, la verdad. Se acercó a darme un beso. Me dijo que hacía mucho que no me daba uno. El tío sonrió, dándole otro a Valeria en la frente, en un gesto muy paternal. Se nos estaba haciendo tarde, el tío nos invitó a quedarnos a dormir, lo cual nos parecía lo más

sensato, así que decidimos aceptar su invitación. Cenamos una especie de pastel de carne con puré de patatas, que estaba de rechupete, un sorbete de helado de frambuesa y otro poco de Jägermeister, que bien frío entraba solo. Me limité a tomar dos o tres sorbos. No estaba acostumbrado al alcohol y no me parecía ni el momento ni el lugar más oportuno para dar la nota discordante.

A las tantas me acordé del teléfono, de que mis padres habrían llamado a la cabaña y habrían tenido respuesta, por lo que pedí permiso para llamar.

Marcus, ¿dónde te metes?

Papá son las once de la noche y estamos de vacaciones. No pensarás que nos vamos a meter en la cabaña a las nueve de la noche, como los viejos.

Claro que no, pero es ...

¿No pensaréis llamar todos los días? Lo más probable es que la mayoría de las veces no os cojamos el teléfono ya que no estaremos en casa. ¿Qué os parece si hablamos lunes y viernes a las once de la mañana? Es una buena hora y de esa manera ni vosotros ni yo estaremos pendientes del teléfono.

Vale, tu madre me va a matar, pero está bien, es justo. Tampoco es plan de tener un control absoluto sobre ti.

Gracias, papá, te llamo desde casa del tío de Valeria, Gunther, que ha dado la casualidad de que está viviendo en Playa Brava, nos hemos encontrado casualmente y hemos comido con él. Nos quedaremos a dormir esta noche, ya que es un poco tarde.

¿Ya no hay autobuses?

No papá, ya no hay autobuses, perdimos el último.

Ya... tened cuidado, no os vayan a robar la moto con sidecar ¿La tenéis bien segura? Jajaja.

Pero vamos a ver ¿No habréis alquilado un satélite espía de esos?

Hemos llamado a la cabaña. Se ha puesto la madre de Valeria que se había pasado a buscar algo. Nos ha comentado que había visto que en el garaje habíais movido el Mercedes y que faltaba la Vespa. Por lo tanto, la deducción es simple y lógica. Ahora bien, debéis ser conscientes de que ninguno de los dos tenéis carnet de moto y que, si os pillan, el marrón va para vosotros, no para los padres.

Ya, por eso ni os preocupéis, que yo no conduzco.

Bueno, pues entonces lo dicho, cuidado con lo que haces y hablamos. Cualquier cosa que necesites nos llamas. Por cierto, te he mandado un giro por correos con algo de dinero para que invites a Valeria a cenar o a lo que quieras.

No hacía falta papá, pero gracias de todos modos. Hasta mañana.

¿Todo bien? Preguntó el tío. Con un gesto le indiqué que sí que todo estaba correcto, los padres que realmente se interesan y preocupan por sus hijos, comentó, están pendientes de ellos, aunque pase el tiempo, se casen y tengan hijos, en ese caso, los padres pasan a preocuparse por el bienestar de sus hijos y de los nietos. Sin duda, una acertada reflexión.

Después de la charla tremendamente educativa con mi padre, el tío Gunther preparó una cena típica de su país, en concreto unos Klöße, unos deliciosos bollos de patata con una salsa agri dulce y unos Schnitzel, trozos de carne empanados y fritos, que se sirven junto a un huevo también frito acompañado de verduras. Estaba exquisito, una cena muy bien cocinada y mejor servida.

Espero que os haya gustado la cena, estos dos platos son mis favoritos y los que mejor me queda, no son demasiado laboriosos, el paladar lo agradece y lo más importante es que quedas como dios con tus invitados, jajaja.

Querido tío, tengo que felicitarte, eres un mago de la cocina, estaba todo muy rico.

Comparto la opinión de Valeria, todo buenísimo, felicidades.

Menudo par de pelotas que estáis hechos. No tenéis que hacerme más la pelota, esta noche dormiréis en el cuarto de invitados los dos juntos, no soy tan chapado a la antigua, no haréis nada que no hayáis hecho ya, soy un tío moderno.

No tenía casi ninguna duda de que esa noche dormiríamos juntos, Valeria creo que no tuvo ninguna. Se hacía tarde, había sido un día lleno de emociones, hacía una noche preciosa de luna llena, por lo que estuvimos un rato en la terraza, mirando al cielo observando las estrellas, mientras Gunther nos dio una masterclass de astronomía. Se conocía prácticamente todas las estrellas y constelaciones del firmamento, no le notaba que era un personaje culto.

Se nos pasó el tiempo volando, entre estrellas fugaces, constelaciones, planetas lejanos, la verdad es que aprendí cosas del universo. Sus explicaciones fueron una pasada, la principal fue la de que el universo realmente no se sabe si es infinito o no, ya que nadie ha podido comprobarlo. Una teoría arriesgada, pero no exenta de razón.

Nos fuimos a la cama. Valeria, como había dormido una buena siesta, estaba con ganas de juerga, la verdad es que a mí también me apetecía, pero lo de estar en la casa del tío como que me cortaba bastante el vacilón.

Marcus, ¿Qué te ocurre?

Nada, que no me pone nada el que tengamos a tu tío durmiendo en la habitación de al lado, la verdad. Deberíamos dejarlo para mañana, aunque me estás poniendo a tono.

Pues yo estoy como una perra en celo.

La voz del tío deseándonos buenas noches desde su habitación, me cortó el rollo definitivamente. Me quedé dormido. Al rato Valeria me despertó.

Marcus, Marcus, despierta, no hagas ruido. He oído el motor de una lancha, parecía que se acercaba al embarcadero. Mi tío se ha levantado sigilosamente y ha salido fuera.

¿Estás hablando en serio o me estás tomando el pelo?

Es en serio, vamos a asomarnos a la terraza, desde ahí podremos ver algo, la luna llena nos ayudará a ver qué pasa.

Efectivamente, una embarcación con las luces apagadas, se acercaba al embarcadero aprovechando la marea alta, no tendría más de diez metros de eslora. Pudimos ver la silueta del tío en el embarcadero y de dos personas más que se encontraban a bordo de la embarcación, que apenas estuvo atracada unos minutos. Al unísono llegó un vehículo, parecía un todo terreno, del cual se bajaron otras dos personas, las cuales parecían tener bastante prisa por hacer lo que tuvieran que hacer, para irse a toda prisa.

Las dos personas que permanecían en la embarcación entregaron a toda prisa a los otros dos que acababan de llegar en el vehículo unos paquetes de mediano tamaño. No pudimos ver el qué, pero sí volvieron hasta cuatro veces del vehículo a la embarcación, por lo tanto, deducimos que se habían descargado de la embarcación un total de ocho paquetes, cajas, fardos o lo que fuera.

Nos quedamos bastante perplejos ante tal situación. Inicialmente no supimos qué estaba pasando, pero por nuestras cabezas pasó la idea de que no era nada bueno ni mucho menos legal. Al regresar a nuestra habitación para evitar ser vistos por el tío, Valeria tiró al suelo uno de los vasos que había en la mesa, los que habíamos utilizado la tarde anterior para tomar algo. La caída y rotura del vaso sonó como un estruendo en el silencio de la noche, quedándonos paralizados debido al miedo que recorrió nuestro cuerpo por ser descubiertos.

La luz de la linterna del Tío Gunther iluminó tenuemente la terraza, la suerte nos favoreció ya que el haz de luz iluminó los ojos de un gato que casualmente pasaba en esos momentos por ahí.

¿Quién anda por ahí? Maldito gato del demonio. ¡Menudo susto nos has dado cabrón!

Nos apresuramos a llegar a nuestra habitación, cerrando la puerta con un sigilo absoluto, de lo cual me encargué yo, ya que Valeria estaba de los nervios. Nos metimos en la cama con más sigilo aún, procurando no hacer nada de ruido, ni siquiera con la sábana para taparnos.

Joder, Marcus. ¡Qué coño ha pasado! ¿En qué líos estará metido mi tío?

Tranquilízate, hazme el favor, cállate la boca, respira hondo y tranquilízate.

Valeria temblaba de miedo, me abrazó con tanta fuerza que no me dejada respirar con normalidad.

Marcus, por la mañana, salimos de aquí cagando leches, como si no hubiéramos visto nada.

Vale, estoy de acuerdo, pero como por la mañana sigas la mitad de nerviosa que ahora, vamos a dar un cante de cojones, así que te tranquilizas y, cuando nos levantemos, normalidad absoluta y nos damos el piro con disimulo, mucho disimulo.

Al poco, el tío regresó a la cabaña, Valeria continuaba abrazada a mí, apretándome el pecho con todas sus fuerzas.

Valeria, por dios, déjame respirar que me estás ahogando, coño –le susurré.

Cuanto más le susurraba que me dejara respirar, más me apretaba, hasta que fruto de la falta de aire me dio la tos, tratando de disimularla con un leve carraspeo de garganta. El tío se detuvo en la puerta durante unos segundos, nosotros ni nos movimos, solo pudimos respirar tranquilos cuando cerró la puerta de su habitación.

Escuchamos cómo hablaba con alguien por teléfono en alemán. Lógicamente no entendimos nada, hablaba en tono muy bajo, susurrando, y la conversación apenas duró unos segundos.

Marcus, tú que...

Cállate que al final nos van a pillar. Procura dormir, que tenemos por delante un día que presumo que será largo.

Es que no tengo sueño.

Pues cuenta ovejitas o lo que te dé la gana, pero duérmete y guarda silencio, que nos va a pillar.

Al rato, se quedó dormida, lo supe porque ya respiraba sin sentir la opresión de su cuerpo abrazando el mío, lo cual fue sin duda un gran alivio. Una vez que Valeria ya estaba relajada, pude dormirme yo también.

A la mañana siguiente, Valeria ya estaba bastante más tranquila. En definitiva, no se había producido nada desagradable, ni tiros, ni nada. Solo habíamos sido testigos del desembarco de ocho paquetes o lo que fuera. El tío no se encontraba en la cabaña, nos había dejado una nota pegada en la puerta de nuestra habitación.

“Queridos Valeria y Marcus, me tenéis que disculpar, he tenido que salir por motivos personales, estaré fuera unos días. Más tarde vendrá a limpiar la cabaña una señora del pueblo de toda confianza. Ella se encargará de vuestra habitación. Hay leche en la nevera y en la despensa lo necesario para un buen desayuno. Un beso a los dos”.

Anoche la llegada de la embarcación misteriosa, el coche misterioso y tu tío se marcha de repente a toda prisa. Esto no es normal, aquí ha pasado algo gordo.

Marcus, no me metas miedo en el cuerpo, que bastante mal lo pasé anoche.

No me seas neuras, anda. Vamos a acabar de recoger que nos marchamos.

Mientras esperaba a Valeria, me senté en el sofá del salón, enfrente de la chimenea. Noté cómo el sofá se hundía levemente de la esquina sobre la cual me había sentado. Probé a levantarme y sentarme varias veces para comprobar que efectivamente el sofá se hundía, apenas se notaba a simple vista, pero efectivamente estaba en lo cierto.

Aquello llamó poderosamente mi atención, tuve un gran subidón de la hormona de la curiosidad, algo me decía que la embarcación de anoche tenía algo que ver en todo esto. Ni corto ni perezoso, giré el sofá, levanté la alfombra para comprobar si mis sospechas eran fundadas. Nada más levantar la alfombra, una especie de trampilla me invitaba a levantarla para ver qué se escondía en su interior.

Marcus, ¿qué cojones estás haciendo?

Mira lo que acabo de descubrir: una trampilla debajo de la alfombra. El sofá se hunde de uno de los lados por lo que he supuesto que algo no estaba bien y mira...

¿Tú no sabes que la curiosidad mató al gato?

¿Dónde has dejado tu espíritu de aventura?

¿Y tu sentido común?

Al levantar la trampilla, se encendieron unas luces, una por cada uno de los doce escalones que llevaban al final de la escalera. Al bajar me encontré con un espacio totalmente diáfano que supuse sería del mismo tamaño que la superficie de la casa, estaba lleno de cajas de madera cerradas, de cuadros envueltos en papel burbuja, figuras de madera de ébano, parecía un bazar.

Todo se encontraba perfectamente colocado. Era una especie de cueva de Ali Babá. Me llamó poderosamente la atención unas bolsas de lona bastante grandes que se encontraban en unas estanterías, un total de nueve bolsas.

Marcus ¿Estás loco? Sube aquí ahora mismo

Espera un instante, voy a mirar una cosa y subo.

Al abrir la bolsa de la balda de en medio de la estantería de la izquierda, comprobé con asombro su contenido: paquetes de color blanco que supuse que contenían algún tipo de sustancia estupefaciente. La volví a cerrar para comprobar el contenido de las otras ocho bolsas. Cinco de las nueve bolsas contenían droga y las otras cuatro, paquetes de billetes envueltos en una especie de papel de transparente, como el de envolver los bocadillos.

Apuesto a que te vas a quedar flipada si ves esto.

¿Quieres hacer el puñetero favor se subir?

¿Quieres hacer el puñetero favor de bajar un instante?

Marcus, ¿qué quieres que vea?

Baja para verlo tú misma.

Valeria se quedó sin palabras, no supo qué decir, no reaccionó al ver el contenido de las bolsas. No nos pudimos imaginar ni por lo más remoto que el tío Gunther estuviera metido en líos de drogas. De igual manera, las cajas de madera llamaron poderosamente mi atención, pero Valeria no me permitió ni tan siquiera acercarme a ellas. Me agarró del brazo y me subió a rastras por la escalera.

Volvimos a colocar la alfombra y el sofá en su sitio, tal cual estaba todo antes del descubrimiento, debería quedar todo perfecto, tal como estaba colocado. Con el paso del tiempo, el suelo que cubría la alfombra estaba más oscuro, por lo que no fue difícil dejar todo como estaba. Ahí no había pasado nada.

Antes de irnos, decidimos dar un último vistazo para comprobar que efectivamente todo estaba en su sitio. Nos sorprendió la señora de la limpieza, que nos saludó con un hola, buenos días y con un adiós, ya que nos la encontramos en la misma puerta. Supusimos que ya sabía quiénes éramos. Nos encaminamos a recoger la moto para volver a la cabaña, Valeria andaba muy deprisa, me estaba dejando atrás.

Valeria, ya está, no ha pasado nada. Solo hemos descubierto que tu tío es una bala perdida, que trafica con drogas y tiene un pastizal en el sótano, aparte de millones en cuadros y obras de arte.

¿Que no ha pasado nada? ... Sí, tienes razón, me he puesto demasiado nerviosa con toda esta mierda. No hemos hecho nada, no hemos tocado nada, no hemos cogido nada, todo está bien. No sabemos nada del botín que guarda mi tío en esa especie de sótano.

Eso es, esa es la actitud, ahora relájate, respira hondo y vámonos a casa, no vayamos a tener un accidente con la moto.

El camino de vuelta se me hizo eterno, los kilómetros que separaban Playa Brava de la cabaña se nos estaban haciendo eternos, no vimos el momento de llegar. Dejamos la moto en el garaje, subimos a la cabaña para comer algo, estábamos hambrientos y un tanto inquietos también.

Mejor que nos olvidemos de todo, de tu tío, de Playa Brava y de la madre que lo parió.

Estoy totalmente de acuerdo, Marcus.

Después de desayunar, estuvimos dando un paseo por los alrededores. No fuimos demasiado lejos, ya que Valeria se había ofrecido hacer la comida, un plato

lleno de complejidad, altamente delicado, ya que cualquier despiste podría echar al traste tan succulento y laborioso plato: macarrones con chorizo y tomate.

Mientras cocinaba, llamé al Rincón de Esteban, para pedir que nos trajeran pan y algo dulce para el postre. En menos que cantó el gallo, tuvimos el pedido en la puerta. Comer unos macarrones sin pan es un auténtico delito, como el que estaba cometiendo el tío de la criatura. La verdad es que le quedaron muy ricos, estaban para chuparse los dedos, incluso me comí un segundo plato. No volvimos a sacar el tema.

Al poco rato de acabar de comer, nos llamó la María, la madre de Valeria, para decirnos que había aparecido el coche de Gunther en una carretera secundaria, apartada de miradas indiscretas, en un paraje alejado de la civilización, pero que no había ni rastro del tío. Nos llamó para preguntarnos si sabíamos algo.

A este o le han secuestrado o tenía alguna cuenta pendiente y se la están intentando cobrar como sea.

Mira que eres bruto, Marcus, has visto demasiadas películas de gánster.

Volvamos a casa de mi tío, y pillamos algo de dinero ¿Crees que se van a dar cuenta?

Ni de coña, Valeria. Quítate eso de la cabeza, no vuelvo ni loco y mucho menos sabiendo que tu tío está desaparecido. Solo falta que nos encontremos en la puerta con alguno de los que lo tienen secuestrado y corramos la misma suerte que él. Quitá, quita...

¿Qué ocurrió al final? Pues que Valeria me comió la oreja para volver ¿Qué necesidad teníamos de volver? ¿Qué necesidad teníamos de pillar dinero ajeno? ¿Qué coño hacía yo de nuevo allí? Dejamos la moto aparcada cerca de la puerta, medio oculta en unos arbustos, comprobando que dentro de la casa no hubiera nadie. Efectivamente, no se veía movimiento ni luces desde afuera.

¿Ya has pensado cómo entrar? ¿Vas a romper algún cristal? ¿Vas a forzar la puerta? ¿Te vas a colar por la chimenea como Mamá Noel?

Tú vigila mientras levanto este tiesto. Debajo hay una llave.

Joder con la agente secreta. ¿Cómo sabías lo de la llave?

No lo sabía, ha sido pura intuición.

Vale ...

Al entrar, corrimos las cortinas del salón, lo cual nos daría cierta intimidad ante posibles miradas indiscretas. Retiramos de nuevo el sofá, la alfombra, levantamos la trampilla, se volvieron a encender las doce luces y bajamos a la cueva de Ali Babá. Todo estaba tal cual lo habíamos dejado, salvo por el detalle insignificante de que una de las bolsas estaba mal cerrada. Alguien había pillado unos fajos de billetes y se había marchado.

No supimos cuánta pasta se habían llevado, pero sin duda era un buen pellizo. Quien fuese el autor, fue lo suficientemente inteligente como para llevarse el dinero justo para no despertar sospechas, no fue avaricioso, o avariciosa.

Valeria, esto se está complicando por momentos. No tenemos necesidad de nada de esto.

Te equivocas, Marcus. Esto es la llave de una puerta llamada futuro.

Pero Valeria...

Espabila, coge la pasta y salgamos pitando.

Valeria agarró la bolsa tal cual, no se dio cuenta de que faltaba otra bolsa de las que contenían las sustancias estupefacientes, pero yo sí que me la di cuando ya nos marchábamos a toda prisa subiendo las escaleras de dos en dos. El ladrón no era tan “prudente” como supuse en un principio.

Nos montamos en la moto, pusimos rumbo a la cabaña, esta vez sin cometer errores ni hacer tonterías. Solo hubiera faltado que nos hubieran parado los de tráfico, a ver qué les hubiéramos dicho. Estaba atardeciendo cuando llegamos a la cabaña. Lo primero guardar la moto, entrar en la cabaña, comprobar que puertas y ventanas estuvieran bien cerradas, abrir la bolsa de la pasta y pensar en qué lío nos habíamos metido.

Bueno, pues nada, ya está hecho. No hay vuelta atrás.

Claro que no hay vuelta atrás. No vuelvo a casa de tu tío ni loco, lo tengo muy claro, te pongas como te pongas.

Y ahora, ¿qué hacemos con el dinero? Habrá que contarlo ¿no?

Tendremos que ir con cuidado, no haya un fajo de esos que explota y nos pone perdidos de tinta fluorescente.

Mira que eres peliculero.

Contamos uno de los fajos y multiplicamos la suma resultante por el número de fajos, que nos dio la bonita cifra de cuatro millones. Lo volvimos a contar por segunda vez con el mismo resultado el de cuatro millones. A última hora de la tarde, volvió a sonar el teléfono; de nuevo era la madre de Valeria.

¡Valeria, Valeria! ¿Estáis en la cabaña? ¿Estáis bien? ¿Os habéis enterado de la noticia?

Mamá, tranquilízate. ¿Qué ha pasado?

Tu tío. Me acaba de avisar la policía de que alguien ha entrado a su casa, consiguiendo entrar en una especie de sótano oculto. Se han llevado todo lo que había, dejando un reguero por todo el suelo de la casa de un polvo blanco, supuestamente drogas...

¿Y el tío?

Ha aparecido muerto, estaba atado a una de las columnas del salón, con claros síntomas de haber sido golpeado y torturado. Han incendiado el sótano, el humo

alertó a unos que paseaban por la zona, fueron corriendo a avisar a la policía que se presentó en la cabaña de tu tío. Al poco llegaron los bomberos que sofocaron el incendio. Una auténtica tragedia ¿Pero seguro que estáis bien?

Sí, mamá, un poco en estado de shock, pero bien. Nos estás dejando de piedra. No te preocupes por nosotros, todo va bien.

¿Hasta cuándo tenéis pensado quedaros?

Pues no sabemos, no lo hemos hablado, además si solo llevamos dos días aquí, intensos eso sí, pero solo dos días.

Vale, hija, pero tened mucho cuidado.

Todo comenzaba a cuadrar, los que se cargaron al tío Gunther son los mismos que se han llevado todo lo que había oculto en el sótano, sin duda. Por lo tanto, la pasta no deja huella, a todas las luces, el dinero que falta se lo ha gastado el bueno de Gunther. Ahora tendríamos que tener la mente muy fría, no tocar el dinero en una buena temporada, no hacer alardes de nada, no contar nada a nadie.

Valeria, eres consciente de que nos hemos librado por los pelos de un buen marrón, que si nos llegan a pillar en casa de Gunther nos hubiéramos caído con todo el equipo.

Sí, la verdad es que sí. Hemos tenido mucha suerte, aparte de que gracias a mi tenemos una pasta.

¿No hemos quedado en no hablar de ello, ni a solas?

Está bien, ¡cómo te pones por cuatro millones de nada!

Y dale... Mañana pensamos un lugar seguro donde guardarlo, por lo menos unos meses hasta que el asunto se olvide.

Me parece bien. ¿Tienes alguna idea de dónde?

Que parte de “mañana pensamos un lugar seguro” no has entendido.

Jajaja, eres único, único y millonario jajaja

Y dale...

Me encanta hacerte rabiar, que lo sepas.

Estaba todo aclarado, o casi todo, ya que faltaba por saber quién se había llevado parte de la pasta y la bolsa con la droga.

¿Quién habrá podido ser?

¿Quieres que te haga un plano o un dibujo para darte una pista?

Pues... no sé quién podría ser... espera... claro... podría haber sido la señora de la limpieza.

Y nunca mejor dicho, ha limpiado a fondo, pero esta gente que se ha cargado a tu tío no son gilipollas, tarde o temprano averiguarán que esa señora limpiaba en su casa, atarán cabos e irán a por ella. Por lo tanto, se va a comer el marrón suyo y el nuestro.

Al final, creo que hemos tenido suerte.

Valeria... La suerte no es eterna, esto es simplemente un golpe de suerte.

Esa noche ninguno de los dos cenamos, estábamos lo suficientemente cansados y acojonados como para no tener ganas absolutamente de nada, salvo de acostarnos y dormir. Antes de meterme en la cama, comprobé que todo estuviera bien cerrado, puertas y ventanas. Después de comprobar que todo estuviera bien, regresé a la habitación. Valeria ya estaba profundamente dormida, con esa carita de no haber roto un plato en su vida.

Y hablando de la vida, qué deprisa cambian las cosas, apenas unos meses atrás estaba saliendo con Marta, se tuerce la cosa y, sin apenas darnos cuenta, Daniel se enrolla con Martina y yo con Valeria, dos “supuestas” lesbianas que deciden probar nuevas experiencias, siendo nosotros los elegidos, ¡qué cosas tiene la vida! Nunca pregunté a Valeria si ella y Martina se habían acostado, mejor no saberlo por si le daba por hacer algún tipo de comparación odiosa. Mejor dejarlo estar.

Antes de quedarme dormido, mientras contemplaba a Valeria, recordé lo sucedido en La Veleta del Viento el verano pasado, una experiencia por la cual no quisiera volver a pasar, pero lo acontecido en la casa del difunto tío Gunther, superó sin lugar a dudas todas mis expectativas, había sido “insuperable”.

A la mañana siguiente, me desperté primero. Valeria dormía plácidamente, por lo que me puse manos a la obra para preparar un buen desayuno. Llamé por teléfono al Rincón de Esteban para encargar el desayuno, sin escatimar en nada ya que la cuenta la pagaría el putero. En apenas media hora, estaba el chico de la moto entregando el pedido, con cara de dormido. Me dio la impresión de que se acababa de levantar. Trabajar la hostelería es lo que tiene, no hay fiestas ni fines de semana ni mucho menos de horarios.

Preparé la mesa en la terraza, era una mañana excepcional, para de esa manera disfrutar de un apacible desayuno en la mejor compañía. Sonó el teléfono.

Hola, ¿quién es?

Si mamá, todo va sobre ruedas, genial.

Aparte de llamarte para ver qué tal, también te llamo para decirte que ayer por la noche nos llamaron los dueños de La Veleta del Viento, Pedro y su mujer Sally, los dueños de verdad.

Anda, ¡qué bien! ¿Y qué querían?

Pues básicamente se interesaron por qué tal estabais, que no se habían puesto en contacto antes debido a que han estado bastante ocupados en tareas de mantenimiento y reorganización de la posada rural... ¡Ah! Te han invitado a pasar unos días, claro que tendrás que llamarles para confirmar. Supongo que la invitación será para los dos.

Me parece una excelente idea, la verdad. Pero se podría presentar una situación un poco desagradable, desde el punto de vista que, si también han invitado a Marta, como es lógico de entender, pues no sería oportuno aceptar la invitación.

Marcus, mira que eres burro, no sé a quién saldrás.

Y dale, mamá. ¡Qué pesadita te estás poniendo con lo de Marta! A ver si ya nos damos cuenta de que Marta ya es pasado, ya no estamos juntos, y te recuerdo, os recuerdo a los dos que fue ella quien decidió dar un giro a nuestra relación para conocer a más personas, para no caer en la monotonía, en fin, yo que sé.

Ya Marcus si eso lo entendemos, pero es que Marta...

Vale, dejemos el tema. Llamaré a Pedro y Sally para hablar con ellos a ver cómo pinta la cosa y os mantendré informados. Por lo demás, ¿todo bien?

Mira que eres burro, hijo mío, no sé a quién saldrás. Sí, por lo demás todo bien. Cuídate hijo.

Mira tú por dónde que se ponía la cosa interesante ¿Qué mejor lugar para guardar la pasta que en un paraje alejado de miradas indiscretas? El único riesgo que inicialmente deberíamos de correr, era el de moverla de un lado a otro. La bolsa con el dinero no supuso ni la más mínima preocupación, no era consciente de lo que teníamos entre manos: una cantidad escandalosa de dinero, que nos vendría de perlas en el futuro.

Valeria apareció en la terraza, interrumpiendo mis pensamientos.

Buenos días. ¡Menudo desayuno que has preparado! ¿Ha sido complicado llamar al bueno de Esteban? Jajaja.

Desde luego, mira que eres mala, claro que ha sido complicado, sobre todo elegir entre zumo de naranja natural o de piña en brick.

Gracias Marcus, eres un cielo. Todo parece estar delicioso y estoy muerta de hambre.

De nada, qué menos. Por cierto, me ha llamado mi madre para decirme que habían llamado los dueños de La Veleta del Viento y resulta que...

La conté toda la historia que nos había pasado en la posada, con casi todo lujo de detalles, como es lógico los más íntimos se quedaron en el cajón del silencio. Valeria se quedó asombrada, comprendiendo la sangre fría que había demostrado en ciertos momentos en la casa del malogrado tío Gunther, dándome a entender que estaba acostumbrado a situaciones delicadas. Nada más lejos de la realidad, pero si es bien cierto que en algunos momentos mostraba una inusual sangre fría, en eso me parecía mucho a mi padre.

Antes de hacer demasiados planes, quise llamar a Pedro y Sally para sondear un poco cuáles eran sus planes, qué habían pensado al respecto de la invitación de pasar unos días con ellos. Parecía una pareja encantadora, la verdad, muy amables, con verdaderas ganas de conocernos. Les comenté la situación actual que mantenía con Marta, es decir, que ya no estábamos juntos, que tenía una nueva “amiga”.

Ya habían hablado con Marta, entendiendo a la perfección la situación, por lo cual, Marta pasaría una semana en la posada y al día siguiente iríamos nosotros. De esa manera, nos evitaríamos la incomodidad de coincidir. Si bien es cierto que

no era para tanto, pero más valía prevenir. Así estaríamos una semana más en la cabaña pensando cómo mover la pasta de sitio sin levantar la más mínima sospecha. Tendríamos que ser precisos, no cometer ningún error para no dejar ningún rastro.

En la cocina, en una especie de armario con llave destinado a guardar las botellas de alcohol y otras delicatessen, guardamos inicialmente la bolsa de la pasta, no sin haberla metido en otra bolsa más pequeña para de esa manera abultara lo mínimo. Mientras desayunábamos, se me ocurrió una manera fácil, sencilla y segura de mover la pasta. Me quedé por unos segundos pensándolo antes de comentarlo con Valeria.

Ya lo tengo...

Ya tienes, ¿qué?

La manera de mover la pasta.

¿Ah sí? ¿Y se te ha ocurrido a ti solito? Jajaja

Pues sí, a mí solito. Ya verás de qué manera más sencilla.

Pues cuéntame, que me tienes en ascuas.

Mediante un paquete de correos, un envío de tu madre a ti. Cuando estemos en la posada, lo recibimos como si fuera ropa o algo así.

La idea me parece genial. Tenemos que pensar cómo mandarlo, entre ropa o algo que sea necesario para estar unos días en el campo que no tengamos aquí, ya que nos iremos directos, sin pasar por casa ¿No?

Eso es, la situación nos es totalmente propicia, es sencillamente genial.

Tendremos que pensar un poco qué material acompañará a la pasta.

Eso es, tenemos una semana. Lo mandaremos el mismo día que nos marchemos, de esa manera nos garantizamos que llegaremos antes que el paquete.

Brillante, sencillamente brillante.

Ahora solo nos quedaba encontrar una caja de cartón lo suficientemente sólida para aguantar el peso de la pasta y de lo demás que enviaríamos. Después del desayuno, nos fuimos en moto hasta el pueblo, procurando que Esteban no nos viera merodear por las tiendas. Afortunadamente, al ser un pueblo turístico, encontramos fácilmente una tienda de artículos de campo y playa, un auténtico paraíso para campistas. La elección fue sencilla: cantimploras, linternas con sus correspondientes pilas de repuesto, chubasqueros por si volviera a caer la tormenta perfecta, unos *walky talkies*, es decir, artículos de primera necesidad para llevarse al campo. La caja nos la regaló el de la tienda, ¡qué menos!

De esa manera, preparamos la caja, los fajos de billetes cuidadosamente envueltos en prendas de ropa, junto con todo el material que habíamos comprado en la tienda. Al rato, de manera inesperada, apareció la madre de Valeria, en una visita rutinaria de inspección, como nos dijo al llegar, aparte de ver cómo andaban las cosas con referencia al pobre tío Gunther. Si hubiera llegado media hora antes, nos hubiera pillado con las manos en la masa, parecía que el destino estaba de

nuestro lado. En cambio, sí que vio la caja, perfectamente cerrada con cinta de embalar.

Chicos, ¿y esta caja?

¡Ah! Es verdad. Aún no te has enterado, pues verás, hemos comprado un par de cosillas para irnos a una posada rural, los dueños son amigos de Marcus y nos han invitado a ir dentro de una semana. Como no pasaremos por casa, esperaba contártelo para que nos vengas a buscar y nos lleves hasta la posada que se llama La Veleta del Viento.

¿La Veleta del Viento? ¿No fue allí donde se destapó una trama de tráfico de sustancias para animales o algo así? Fue una noticia muy sonada.

Sí, efectivamente. Eso fue lo que ocurrió. Doy fe.

Pues nada. No os preocupéis que yo os llevo, sin ningún tipo de problema. En el maletero hay sitio para todo, incluida la caja.

Valeria y yo nos miramos, con una especie de media sonrisa, agridulce quizás, ya que de un plumazo habíamos resuelto el transporte de la caja, de una manera fácil, sencilla y segura e iríamos cómodamente en el coche de María hasta la posada. Por otro lado, tendríamos la incomodidad de viajar con una pasta en el maletero. Del mal el menor, no se podía tener todo. Mientras Valeria hablaba con su madre, supuse que referente a la reunión que mantuvo con su abogado para iniciar el proceso de divorcio, me di un paseo hasta el lago, el solecito calentaba e incluso invitaba a pasear, para darles la intimidad necesaria.

Me senté a la sombra de un árbol, el paisaje era único, una naturaleza casi virgen, apenas manipulada por el hombre, un entorno natural en el que se respiraba un olor especial a verde, a vida. Al rato apareció la madre de Valeria.

Hay que ver las cosas que tiene la vida, Marcus. Has aparecido en la vida de mi hija como caído del cielo, en el momento más oportuno, cuando necesitaba tener a su lado un amigo de verdad. Espero que el putero del padre no ponga impedimentos y firme el divorcio, y que sea lo menos traumático para Valeria. Por todo esto te pido, por lo que más quieras, que estés a su lado, que, si no estás convencido de tus sentimientos hacia ella, me lo digas, por favor.

Me quedé mirando fijamente a la madre mientras hablaba de no hacer sentimentalmente hablando daño a su hija. Era normal la preocupación de la madre, un instinto de protección que también había experimentado con mis padres, por lo que entendí a la perfección su preocupación.

No te preocupes. Valeria es una gran chica, es genial y creo que, a pesar de que no hace demasiado tiempo que nos conocemos, aparte del curso pasado compartiendo clase, lo llevará bien, es fuerte, más fuerte de lo que ella cree. En lo sentimental te diré que estamos bien juntos, conociéndonos, aprendiendo el uno del

otro, no hay problema alguno. Nos gusta pensar en el día a día, ya habrá tiempo de pensar más a largo plazo, ¿No te parece?

Me parece que Valeria tiene mucha suerte al haberte encontrado. Me pareces un buen chico, de verdad que sí, no creas que te lo digo por decir. Cuida de ella, hazla feliz, de esa manera ella también cuidará de ti y sin duda te hará feliz.

Esta última frase me sonó demasiado solemne, no sé, demasiado premonitoria, como si María supiera qué pasaría en un futuro para que Valeria cuidara de mí, en toda la amplitud del significado de la expresión. Cosas de madres, pensé, siempre seremos unos niños para ellas, por mucho que pasen los años. A los pocos minutos, apareció Valeria, con gesto serio. Un tanto descolocada por la situación que estaba viviendo, se sentó a mi lado en la hierba, me abrazó y delante de su madre se sinceró:

Toda la vida teniendo a mi padre como un referente de hombre trabajador del cual tendría muchas cosas que aprender de mayor, un hombre triunfador admirado en medio mundo por sus trabajos, enamorado de mi madre y, al final, se descubre que todo es mentira, que no se preocupa lo más mínimo por su familia, que es un putero asqueroso, que no se respeta ni a sí mismo, que todas sus promesas de futuro eran mentira. Es una verdadera lástima, pero bueno, he crecido con su ausencia, sabiendo que mi madre estaba siempre a mi lado, en mis días buenos y en los malos, apoyándose, sacrificándose por mí. Te quiero mucho, mamá.

Nos quedamos los tres sentados en el suelo en silencio, mirando la puesta de sol y respirando un aire de total tranquilidad. María se encontraba más relajada después del comentario absolutamente sincero sobre su padre.

Además, habíamos firmado una especie de pacto, por el cual me comprometía a ser amigo, compañero y guía de Valeria. Ella sin duda cuidaría lo mismo me mí. Con todo, no veíamos a Valeria demasiado afectada, en una situación de desencanto. Aparentemente lo llevaba bastante bien, nada alarmante. Se lo tomaba como algo pasajero ya que el tiempo lo cura absolutamente todo.

Se encontraba en una etapa de aceptación de la pérdida de la figura paterna, pero lo que realmente me sorprendió fue la madurez que estaba demostrando. Quizás otra persona en su lugar hubiera asimilado la situación de otra manera, con ira o con negación, e incluso poniéndose del lado del padre, culpando a la madre de la situación.

Sin duda, que el padre era un claro ejemplo de hasta dónde puede llegar la estupidez humana. Una persona triunfadora, a la cual nadie lo había regalado nada, que se había hecho a sí mismo, con una posición social realmente envidiable, con fama, dinero, una mujer a su lado bella e inteligente, porque la verdad, no sabía a ciencia cierta qué edad tenía la madre, pero si Valeria con su edad tendría su mismo cuerpo, sería una maravilla para el hombre que estuviera a su lado en ese momento.

La madre estaba cañón, no me extrañaba que Esteban le mirase las tetas cada vez que tenía ocasión, yo también se las miraría, pero me daba mucha vergüenza que me pillara.

Esa noche, después de cenar, María nos comentó abiertamente que pasaría la noche con Esteban, que desde que se vieron el otro día comiendo en el restaurante, habían sentido cierto *feeling*, ya había perdido demasiado tiempo con su ex y tenía que recuperarlo.

Pues mamá, ¡qué quieres que te diga! Me parece muy bien siempre y cuando realmente Esteban te haga sentir bien y no sea un arma vengativa contra el putero de mi padre.

Valeria, me siento muy bien en su compañía, es atento y agradable, yo también merezco ser feliz.

Claro que sí, disfruta al máximo y sé muy feliz, mamá.

La tormenta había pasado, todo volvía a la normalidad. Valeria se encontraba bastante más calmada y centrada, aunque no nos quedaríamos tranquilos del todo hasta que la pasta estuviera guardada a buen recaudo. Los pocos días que nos quedaban de estancia en la cabaña, decidimos pasarlos de la mejor manera posible, disfrutando el uno de la compañía del otro, del buen tiempo, de la naturaleza, pero sin intención alguna de regresar a Playa Brava. Fueron días complicados, pero, al igual que María, nosotros también queríamos disfrutar.

A Valeria le sentaba muy bien estar relajada y tranquila. Al marchar su madre, puso un poco de música de jazz, una música casi perfecta para relajarse, y matizó lo de “casi perfecta para relajarse” debido a que el baile sensual que comenzó delante de mí no era en absoluto para estar tranquilo, ni mucho menos relajado, era para estar más bien todo lo contrario. Se fue quitando la ropa al ritmo de la música, bailando, contoneando sus caderas, manoseándose los pechos mientras se desprendía del sujetador, que me tiró a la cara en un gesto claro de provocación.

Se acercó al sofá donde estaba sentado. Me puse de pie, me desabroché el pantalón, bajándomelo hasta los tobillos, me empujó al sofá antes de que ni tan siquiera tuviera ocasión de besar sus pechos, me quitó los pantalones mientras yo me frotaba los ojos para comprobar que lo que estaba ocurriendo no era un sueño, sino una de mis fantasías sexuales favoritas que se estaba haciendo realidad ¿Quién no ha soñado alguna vez que estaba con su chica a punto de tener una experiencia sexual increíble?

La música continuaba acompañando su sensual baile. Valeria me desnudó, mientras que ella solo llevaba puesta unas braguitas de color verde claro, que dejaba entrever su vello púbico, lo cual me estaba excitando muchísimo. Mientras se tumbaba a mi lado en el sofá...

¿Quieres que me quite las braguitas?

...

O no...

... sí, claro que sí.

Pues... tendrás que quitármelas sin utilizar las manos.

Vale, como digas, sin las manos, claro, claro ...

No podía apartar la mirada de ella, la voluptuosidad de sus pechos, la perfección de sus pezones, esas braguitas que tenía que quitárselas sin utilizar las manos. Pero... un momento...

¿Cómo demonios te las voy a quitar sin usar las manos? Joder, Valeria, no me hagas esto, por favor... que estoy muy cachondo ...

Tendrás que buscar una solución, Marcus, pero no tardes mucho que estoy a tope, también estoy muy cachonda, además el premio lo merece.

A los pocos segundos se escuchó un sonido escalofriante en el salón: le había roto las braguitas con la boca, solo esperaba que no fueran muy caras. Una vez que las tuve en mi boca, las escupí al suelo, la cara de sorpresa de Valeria se entremezcló con la de un ardiente deseo. Ya estaba desnuda. Era ya momento de comenzar a disfrutar del premio, como ella decía.

¿Te ha gustado? Por la cara que has puesto, podría apostar que sí.
Marcus, calla y bésame.

Me senté en el sofá, esperando que ella se pusiera encima como una auténtica *cowgirl* dispuesta a domar al potro salvaje en el que me había convertido. No tardó ni dos segundos en colocarse en posición, loca de pasión, con la respiración agitada, comiéndome a besos. La música de jazz continuaba sonando. Estaba desatada, yo estaba ... cómo decirlo... un tanto desbordado por la situación; nunca me había enfrentado a un reto como ese, Valeria parecía tener más años de los que indicaba su DNI, era una auténtica máquina sexual, no era una adolescente, ya que disfrutaba como una mujer, besaba como una mujer y amaba como una diosa.

No me podía creer lo que estaba pasando. Sonó el teléfono, pero ninguno de los dos hicimos el mínimo amago de parar.

Que le den por el culo al teléfono.

Eso, que le den, Marcus, que le den, pero no pares, joder no pares.

El teléfono continuaba sonando con insistencia, pensé que sería la plomo e inoportuna de mi madre, seguro. Estábamos disfrutando como locos, estaría por asegurar que los gemidos de Valeria se podían haber escuchado desde varios metros, ¡menos mal que no teníamos vecinos!

Entre el calor que hacía en ese salón y el esfuerzo físico que estábamos realizando, los dos acabamos empapados en sudor. De nuevo sonó el teléfono.

Marcus ¿Se puede saber dónde te metes?

Hola mamá, yo también me alegro de escucharte.

Hijo, sabes que si no coges el teléfono a la primera me preocupó.

Sí, mamá, lo sé de sobra. Estábamos montando a caballo.

Me parece muy bien que hagas deporte, que es muy sano y te vendrá muy bien hacer algo de actividad física.

Claro que sí, mamá. ¿Qué tal está papá?

Pues está en un congreso con el padre de Marta. Por cierto, sus padres están sopesando mandarla a estudiar el próximo curso a Boston, con su padrino el doctor Jones. Recordarás que te comenté que estaba bastante cambiada, un tanto rebelde e incluso desobediente. Por lo tanto, tiene bastantes papeletas para irse.

Bueno, ella sola se lo ha buscado, ¡qué quieres que te diga!

¡Qué ilusión me hace que practiques montando a caballo! Pero no sabía que había caballos por la zona.

Es por mediación de la madre de Valeria, que también últimamente monta mucho a caballo. Se está convirtiendo en una excelente amazona, por lo que tengo entendido. Bueno, mamá, que no queremos quedarnos fríos. Te dejo, voy a darme una ducha.

De todas las maneras, es un poco tarde para venir de montar a caballo, ¿No?

Pues... no especialmente, te recuerdo que estamos de vacaciones, hay que aprovechar el tiempo a tope, que luego comienza el curso y se hace muy largo.

En eso tienes razón, hijo.

Venga, saluda a papá y un beso. Hasta mañana.

Hasta mañana, hijo.

Valeria es estaba partiendo de risa, tapándose la boca con un cojín, mientras hablaba con mi madre, para que no se la escuchara las risas por el teléfono.

Marcus, me encanta la imaginación y el poder de improvisación que tienes ¿Montar a caballo? ¿En serio? Jajaja

Ha sido lo primero que se me ha venido a la mente. Lo importante es que mi madre se ha quedado convencida, que a veces es muy pesada, coño, pero que muy pesada.

La pesadez de mi madre era “comprensible” ya que mi padre estaba fuera de casa en un congreso, yo de vacaciones y ella sola en casa. Le da tiempo a pensar en muchas cosas, a dar muchas vueltas a la cabeza. Afortunadamente, con el paso de los años, a medida que me hacía más mayor, aprendí a diferenciar bien las cosas por las cuales merecía preocuparme, por las demás simplemente dejaba que pasara el tiempo. En ese aspecto no me parecía a mi madre para nada, lo cual era un alivio.

Continuaba escribiendo en mi cuaderno todo aquello que tenía que ver con la psique del ser humano, y en esas vacaciones tuve que anotar muchas cosas, sobre todo las relativas a las reacciones ante situaciones estresantes o peligrosas. Me dio para recopilar muchas notas, quizás demasiadas.

A esas alturas ya llevaba escritos varios, pero no fui consciente de la gran ayuda que me proporcionarían en el futuro, hasta que la vida me puso en situaciones en las cuales la lectura de esas notas, sin duda, me fue de gran ayuda. A medida que pasaba el tiempo y mis notas aumentaban, más me apasionaba la Psicología, más claro tenía que sería la carrera a estudiar.

Investigar la mente humana continuaba siendo una auténtica pasión que crecía en mi interior, me daba una ilusión añadida a la que ya tenía por estar a pocas semanas de cumplir los dieciocho años. ¿Qué ocurriría cuando, por fin, ya fuera mayor de edad? ¿Mi vida sería diferente? Ojalá que sí. Dejando de un lado la edad, con Valeria estaba madurando en muchos aspectos. No me consideraba un niño, pero tampoco un hombre, pero más hombre que niño, descubriendo el sentido de crecer, el sentido de mantener una relación sexual sana con Valeria, con la que tuve desde el momento que la conocí, la sensación de haberla conocido mucho antes, no sé ... el nivel de compenetración, entendimiento, de *feeling* era fascinante.

A la mañana siguiente, la madre de Valeria nos llevó el desayuno, como no podía ser de otra manera, del restaurante de Esteban. Su sonrisa, la forma de hablar e incluso lo despeinado de su pelo, eran señales de que el bueno de Esteban le había pagado un buen repasito la noche anterior. Observé que María hablaba un tanto alocadamente cuando trataba de ocultar algo. En esa ocasión fue que se había pagado un buen meneo con Esteban, lo cual me pareció bastante gracioso.

Después del desayuno, la madre de Valeria propuso ir hasta Playa Brava a pasar el día, ya que, según nos comentó, hacía mucho que no se pasaba por allí. Valeria y yo nos miramos como diciendo: "... menudo marrón". En ese momento se me pasó por la cabeza la imagen de la casa de Gunther, de todo lo que nos había ocurrido y la verdad es que tenía pocas o ninguna gana de volver a ese lugar.

Mamá, la verdad es que no me apetece demasiado, máxime después de lo ocurrido con el pobre tío Gunther, fue horrible. Y volver al lugar donde sucedió todo pues como que no ¿Qué opinas, Marcus?

Pues opino como tú. Además, ya lo has pasado bastante mal como para volver.

Tenéis razón chicos, no sé en qué estaría pensando, bastante traumático ha debido ser como para volver. Mejor buscaremos otro plan alternativo.

Salvados por los pelos, Valeria reaccionó interpretando el papel de su vida, el de adolescente angustiada, traumatizada por el desgraciado final del pobrecito

tío Gunther. Tenían que haberle dado el óscar a la mejor actriz de interpretación dramática en lengua no inglesa. Estuvo convincente del todo, hasta yo me lo creí por unos momentos. Nos montamos en el coche de la madre, tenía la intención de planificar su plan alternativo sobre la marcha. De esta manera sería bastante más divertido.

Creo que nos vamos a ir hasta la otra punta, donde el mar entra prácticamente hasta la puerta de casa. Es un lugar bastante chulo, turístico a tope e incluso tengo el recuerdo del sabor de un pescado a la plancha que comí con el putero de tu padre que era una delicia. Espero que continúe abierto, ya han pasado muchos años.

Es una buena idea. Claro que sí mamá, lo vamos a pasar estupendamente.

Nada más llegar, pudimos ver que, efectivamente, el restaurante al cual hacía alusión María continuaba abierto a pesar de los años que habían pasado. Estaba bastante concurrido, era un coqueto restaurante con unas mesas afuera en una no menos coqueta terraza, con un ambiente muy guapo. Recuerdo que había una mesa libre con tres sillas, en la que nos sentamos a tomar el aperitivo. Al poco de sentarnos, un camarero bayeta en mano nos daba la bienvenida mientras limpiaba la mesa.

Buenos días. ¿Qué van a tomar los señores?

Para mí un vermut. ¿Y vosotros chicos?

Un refresco de cola para mí.

Y otro de naranja para mí.

Vamos, chicos, dejaos de refrescos, que ya estáis a un paso de los dieciocho.

Tráenos tres vermuts y la carta.

Muy bien, gracias.

Si hubiera sido mi madre se hubiera escandalizado al verme tomar vermut, cosas suyas. Tenía muy claro que aun con treinta años, continuaría siendo su niño. El camarero nos sirvió las bebidas con presteza, junto con unas deliciosas aceitunas. La madre de Valeria estaba leyendo la carta con sumo interés cuando...

¡Menuda coincidencia! El mundo es un pañuelo.

Esteban, ¡cómo! ¿tú por aquí? ¡Qué alegría verte!

Hola, chicos. ¿Qué tal estáis?

Bien, estamos bien.

Esteban, siéntate con nosotros, estábamos a punto de pedir algo para comer

¿Comerás con nosotros?

¡Cómo rechazar semejante invitación!

No había que ser detective privado para ver que todo había sido un montaje, una manera de “coincidir” los dos sin que se notase. Pero de nuevo, María se delató ella sola, comenzó a hablar deprisa, alocadamente, señal inequívoca de que algo

ocultaba. Para mí resultaba un libro abierto, no me podía ocultar nada. El estar observando los comportamientos humanos ante diferentes situaciones durante años, comenzaba poco a poco a dar sus frutos. Me sentí bien por ello.

Nos dimos un auténtico festín de pescado a la plancha y marisco. Estaba todo realmente delicioso. Era zona de pescadores y se notaba. ¿Quién pagó la cuenta? Pues estaba claro que le tocaría al bueno de Esteban, que por cierto se pasó gran parte de la comida mirándole las tetas a María, como si no las hubiera visto y tocado lo suficiente. Después de la sobremesa, dimos un paseo, subimos una pequeña colina desde la que se veían unas magníficas vistas del mar y de la bahía que formaba el agua al entrar hacia tierra firme.

Una vez regresamos a donde teníamos aparcado el coche, quedamos con Esteban en la cabaña de la madre de Valeria, para tomar algo en la terraza. Los dos adultos mostraban síntomas de un elevado estado de alegría, no estaban ebrios, pero les faltaba más bien poco. Aún me sorprende de que los dos coches llegáramos sanos y salvos a la cabaña, donde continuaron tomando copas, entre risas y bailes, acompañados de una sensual música de jazz. La situación me era muy familiar, no sé...

Esteban encargó la cena en su restaurante. De nuevo, un chico en moto nos la trajo en tiempo récord. Cuando acabamos de cenar, estos dos se quedaron dormidos en el sofá, estaban algo perjudicados, por lo que no les quisimos despertar. Supusimos que, si se despertaban, se irían a dormir a la habitación. Nosotros nos fuimos a la cama, no sin antes comprobar por enésima vez que la caja estuviera intacta en el mismo lugar donde la dejamos.

Serían las cuatro de la mañana cuando nos despertaron los gemidos de placer de la madre de Valeria. Estaban haciendo el amor en el sofá del salón. Nos miramos sin decir apenas nada. Estaban montando un buen escándalo.

Joder, ¡qué par de copiones!

Ya te digo, pero se podrían haber ido a su habitación, que estarían más cómodos y no despertarían a los demás. Ahora hay que aguantar el dale que te pego que se traen, a ver hasta cuándo nos tienen en vela.

Pues estuvieron para arriba y para abajo, un buen rato. Cuando acabaron, se fueron a la habitación, supusimos que a dormir. Se podrían haber marchado antes y así no nos hubieran despertado, ¡qué manera de gemir!

Amanecía un nuevo día, Esteban ya se había marchado cuando nos levantamos. La madre de Valeria canturreaba una melodía ilegible para todos menos para ella, que debería ser la única que se la sabía.

Buenos días, chicos.

Hola, mamá ¿Qué tal la resaca? Os quedasteis dormidos en el salón. Por cierto, ¿habéis descansado bien o el sofá no ha sido suficientemente cómodo?

Buenos días, Valeria. Pues... lo normal, bastante cómodo, sí...

Mamá, la próxima vez que queráis daros un homenaje en forma de polvete, podríais tener la decencia de ir a tu habitación y, por favor, un poco más de discreción.

Valeria, mira que eres exagerada. Desde luego, no sé a quién sales.

Nos levantamos bastante cansados, ya que la noche anterior no descansamos lo suficiente. Una vez hubimos desayunado, nos entró sopor, bueno lo de desayunar es un decir, apenas probamos bocado, salvo un buen zumo de naranja que nos bebimos. Evidentemente, que no se nos pasó por la mente sentarnos en el sofá, donde aún estaba apoyado en uno de los brazos el sujetador de María, una visión bastante incómoda a la par que erótica, por qué no decirlo.

Así que decidimos echarnos un rato a la cama, a pesar de que el sol iluminaba con todo su esplendor la habitación, en la que ya apretaba el calor. Nos quedamos profundamente dormidos hasta prácticamente la hora de comer. Nos despertó María para salir a la terraza, había puesto la mesa, había cocinado una ensalada de pasta, de la dimos buena cuenta, ya que estábamos hambrientos.

Después de comer, la madre de Valeria se ausentó, ya que tenía que resolver unos asuntos en la ciudad. Había quedado con el abogado para continuar avanzando en los trámites del divorcio con el putero de su ex. No la esperábamos hasta el día siguiente. Recordé que en el garaje me pareció ver unas cañas de pesca, así que le comenté a Valeria si le apetecería pescar un rato en el embarcadero, que sería divertido a pesar de que yo no tenía demasiada idea y Valeria menos.

Bajamos al garaje. Efectivamente, había dos cañas de pescar nuevas, sin estrenar con el plástico de la tienda aún puesto, junto con una caja de herramientas que contenía todo lo necesario para pescar: plomos, anzuelos, señuelos... un equipo totalmente profesional. Ni cortos ni perezosos nos pusimos manos a la obra, bajamos hasta el embarcadero cargados con las cañas, la caja de herramientas y dos sillas para sentarnos mientras pescábamos. Montamos las cañas, les pusimos los plomos con un señuelo de un pequeño pez de plástico de alegres colores que llamaría la atención de los peces de verdad.

Al cabo de una hora, por allí no pasaba ni un solo pez, por lo que Valeria comenzaba a desesperarse.

Marcus, esto es una mierda. Joder, no pica ningún pez.

Hay que tener paciencia, seguro que alguno acaba picando, ten fe.

Vale, si tú lo dices. Mientras tanto me subo un momento al baño. ¿Quieres que baje algo para beber?

Pues sí, gracias. Estaría genial.

Me quedé solo un rato, efectivamente no picaba ni un solo pez, la marea estaba alta, con lo cual las condiciones eran buenas, pero se conoce que los peces de la zona habían ido al colegio, donde les enseñaron a no picar en los señuelos, ya que otra explicación no encontré en ese momento. Un señor que pasaba por la zona, caña al hombro, al verme se acercó para interesarse para ver qué tal se nos estaba dando la pesca.

Hola, muchacho. ¿Pica algo?

Hola, pues no. Llevamos casi dos horas y nada.

¿Eres familia de Marcelo y María?

No. Soy amigo de Valeria.

¿La pequeña Valeria?

No tan pequeña. Este año cumplirá los dieciocho.

Hay que ver qué rápido pasa el tiempo. Perdona, no sé dónde he dejado mis modales. Soy Jaime, guarda forestal ya jubilado. Estuve casi treinta años cuidando de este maravilloso entorno. Conozco a Valeria desde que nació, soy amigo de sus padres desde hace muchos años.

Pero bueno, Jaime. ¿Eres tú?

Valeria, estás guapísima. ¡Cuánto tiempo sin saber de vosotros! ¿Qué tal tus padres? ¿Están por aquí? Me encantaría saludarles.

Pues no. Mi madre se ha marchado hace un rato. Si hubiera sabido que estabas por aquí con toda probabilidad te habría buscado para saludarte. Por cierto, está en pleno proceso de divorcio de mi padre.

Ya, entiendo... no me extraña.

¿No te extraña?

Verás, hace ya tiempo, en alguna ocasión, lo vi por aquí, en la cabaña, en compañía de alguna mujer que no era tu madre. Me hice el loco para no saludarlo, sería bastante incómodo, al menos para mí.

¿Me estás diciendo que el putero de mi padre se traía a sus amiguitas aquí? ¡Menudo cabrón!

Pero apenas fueron dos o tres veces las que le vi. En cambio, alguna vez más estuvo solo, paseando de arriba abajo, como nervioso. como si estuviera esperando algo o a alguien. En esa ocasión, al verlo solo, sí que me acerqué a saludarlo. Por muy doloroso que sea, hay que pasarlo. Tienes que apoyar a tu madre y darle ánimos. Es una gran mujer y aún es joven para organizar su vida.

Sí, Jaime. Es cierto son cosas que pasan, una pena, pero él solito se lo ha buscado.

Jaime se quedó mirando las cañas.

No me extraña que no piquen, habéis colocado unos plomos demasiado pesados, solo tenéis que observar cómo están dobladas las puntas de las cañas. Dejad que os ayude.

Nos cambió los plomos, poniendo unos que traía, algo más pequeños e incluso puso otros peces de señuelo también más pequeños. Al final, el que no sabe es como el que no ve.

Traía un cubo con una especie de pasta de pescado que echó al agua para atraer a los peces, lo llamó “macizo”, un cebo a base de restos de pescado que por su olor llama poderosamente la atención de los peces. Estábamos en manos de un auténtico experto.

Mientras recordaba anécdotas de cuando Valeria era pequeña, una de las dos cañas comenzó a doblar la punta de manera ostensible.

Dejad que saque el pez. Por la forma de doblar la punta de la caña, se debe de tratar de un buen ejemplar. Vamos a cansarlo para que sea más fácil de sacar del agua y no se nos escape o rompa el sedal.

Tras varios minutos de lucha estratégica, sacó del agua un pez enorme de algo más de kilo y medio, según nos comentó, un hermoso jargo. Lo destripó, lo limpió y nos lo ofreció para cenarlo esa misma noche. Un auténtico regalo para el paladar. Esa noche la madre de Valeria nos honró con su presencia, ya que al día siguiente nos tendría que llevar hasta La Veleta del Viento, a pasar allí unos días, como habíamos acordado con sus verdaderos dueños. Estaba bastante expectante de ver cómo habrían cambiado las cosas, después de la aventura del verano pasado con Marta, Lola y Lolo.

Como no podía ser de otra manera, Esteban se apuntó a la excursión. Poco antes de salir, mi padre llamó por teléfono para ver cómo estábamos y sobre todo para confirmar que esa misma mañana saldríamos para la posada. Después de lo ocurrido, mis padres tenían cierto recelo con que volviera a la posada, por supuesto que continuaban confiando en mí, aun no estando saliendo con Marta, sin lugar a dudas, no tenían motivos para lo contrario.

Tenía bastante curiosidad por conocer a Pedro y Sally, los verdaderos dueños. Ni siquiera me imaginaba cómo serían. Después de haber conocido a Lola y Lolo, no me era fácil imaginarme a los “nuevos” dueños. Mientras María conducía, Esteban, que ocupaba el asiento del copiloto, se la estaba comiendo con la mirada, mientras intentaba que no me diera la risa floja, Valeria ponía caras de desaprobación.

Joer, se podía cortar un poco (me dijo al oído).

Jajaja, este está muy salido y tu madre le pone muy burro, jajaja.

Mira que eres, Marcus. ¿Y yo a ti no te pongo burro?

Ya sabes que sí, mucho.

¡Qué bien! Bueno es saberlo.

Cuál sería mi sorpresa al ver el coche de mis padres aparcado en la puerta de la posada.

¿No querías conocer a mis padres? Pues aquí tienes una buena ocasión.

Anda, no fastidies que han venido a verte.

Pues sí, en carne y hueso.

Qué bien que voy a conocer a mis suegros, jajaja

Nada más oír el ruido del motor, aparecieron mis padres, saludando con su mejor sonrisa. Querían darnos una sorpresa, habían reservado mesa para comer, de esa manera mataban dos pájaros de un tiro: conocer a Valeria, a su madre y a los verdaderos dueños de la posada. Las presentaciones fueron de lo más variopintas. Contrastaba bastante la forma de ser de mi madre, una señora de su casa, moderna pero algo clásica a la vez, con la de María, una señora curtida en mil batallas, moderna hasta la médula, jovial hasta el punto de dar la impresión de ser un tanto descarada, pero no, no era descarada, era extrovertida a no poder más, buscando el lado positivo de la vida, después del varapalo sufrido con el putero de su ex.

Esteban se presentó como un amigo de la familia. ¡Menuda cara más dura! Un amigo de la familia que no deja de comerse a la madre de Valeria con la mirada, menudo depredador. Hasta mi padre se fijó en el detalle.

Marcus, este señor, para ser amigo de la familia, mira con ojos golositos a la madre de Valeria, ¿No?

Papá, no se te escapa una, eres un lince.

Jajaja.

Una vez hechas las presentaciones, pasamos a la terraza, Pedro y Sally habían preparado un aperitivo por todo lo alto. Pedro era una persona entrañable, de esas que, según te las presentan, tienes la impresión de conocerlo de toda la vida, al igual que Sally, tremendamente observadora. No se le escapaba absolutamente nada de lo que ocurría a su alrededor. Se la veía enamorada de Pedro. Nos contaron que llevaban juntos más de veinticinco años, y más de veinte en el mundo de la hostelería. No conocían otra cosa que su posada y su cariño. Era una pasada verlos juntos, todo un ejemplo de convivencia, aunque, como es lógico, tendrían sus días malos como todos.

Marcus, tanto Sally como yo hemos oído hablar mucho de ti, mucho y además bien. Dejaste huella en Lola y Lolo, aparte de que Abelardo os puso a los dos por las nubes de majos y simpáticos. Lástima que Marta al final no haya podido venir unos días tal como habíamos quedado. Si me preguntas por él, te diré que tampoco era realmente el jefe de estación, era compañero de Lola y Lolo.

Anda, pues tenía entendido que vendría por aquí justamente antes que nosotros ... no sé qué habrá podido pasar.

Marcus, hijo, Marta, por decisión de sus padres, se ha marchado a Boston a estudiar. Estaba en un plan demasiado rebelde, las malas compañías la estaban llevando por el mal camino. Por lo tanto, estará fuera al menos un año con el doctor Jones. Tanto a tu padre como a mí nos ha dado mucha pena, pero ella se lo ha ganado a pulso, aparte de no estar siendo un buen ejemplo para sus hermanas pequeñas.

Entiendo que ha tenido que ser una difícil situación, pero sin duda que va a ser por su bien, mamá.

Mi padre me hizo una señal para salir fuera, a la parte de atrás donde estaban los caballos. Me dio la impresión de que estarían en las cuadras, más tarde quería ir a verlos con Valeria.

Verás, hijo. La decisión de los padres de Marta ha sido difícil. Desde que dejaste de salir, Marta se volvió rebelde, indisciplinada, comenzó a salir en pandilla con chicos y chicas mayores, que la estaban llevando por un camino nada aconsejable. De ahí lo duro y complicado de la decisión de alejarla todo lo posible de aquí. Marta me dejó una carta para ti, para que la leyeras cuando se hubiera marchado. Aquí la tienes. Te dejo unos momentos a solas para que la puedas leer tranquilamente.

“Hola, Marcus. Supongo que te sorprenderá leer esta carta lo mismo que a mí escribirla. Cuando la leas, ya estaré lejos, en Boston, por decisión de los patéticos de mis padres, que de verdad hace unos meses que están en un plan que no les soporto, me controlan en todo momento, rebuscan entre mis cajones, me preguntan con quién salgo, a qué sitios voy, que si fumo, que si bebo alcohol, muy pesados, todo el puto día controlándome, estoy harta.

Espero que la distancia sea el bálsamo que relaje a mis padres, creo que salir a otro país, poner distancia de por medio será lo mejor, aunque me da mucha pena dejarte allí. Quiero que sepas que te echaré de menos. De alguna forma, dejar de salir contigo ha sido un error, un error que ya no tiene arreglo, si bien he conocido gente nueva, muy maja, pero al final nadie ha podido llenar el vacío que has dejado.

Desde estas líneas quiero que sepas que siempre tendrás un lugar especial en mi corazón. Conocerme ha sido maravilloso. No sé si en un futuro podré conocer a una persona tan especial. Cuídate mucho, Marcus. Ojalá el futuro nos una de nuevo. Te quiero.”

Emotiva carta, se mire por donde se mire, escrita con el corazón o por un deseo de hacerme sentir mal, por tocarme las narices, no sé. En aquel momento no entendí nada. Si tan arrepentida se sentía, qué motivos tendría para no decirme nada. El único que se me ocurrió fue que pensó que, al estar con Valeria, no quiso meterse en medio, pero ese no era su estilo, Marta era de las que conseguían sus

metas a toda costa. Algo no me cuadraba. Efectivamente, no había dudas sobre que era su letra, pero esa literatura tan conformista me resultaba desconocida.

Regresé con el resto del grupo. Sally estaba en la cocina, acabando de preparar la comida, ayudada por su marido, que tenía mucho arte con el delantal puesto, un poco bardal, pero echaba ganas al asunto. Se les veía una pareja compenetrada y unida. Tuvimos una agradable charla durante la comida, cuyo mono tema fue la experiencia vivida el pasado verano. No estaban autorizados a decir nada al respecto de donde estuvieron ni detalles de la operación policial, lo tenían expresamente prohibido, como era lógico.

A los postres, llevé a Valeria a las cuadras para que viera a los caballos. Apolo, al verme, se quedó parado dentro de su box, como queriendo decir "... esa cara me es familiar", pero al instante se acercó hasta la puerta, bajando la cabeza en un claro gesto de amistad, para acariciarle. Se mostraba afable, ya no era una amenaza como la última vez que le vi en el picadero a cielo abierto. Dakota y Jade permanecían en sus boxes asomando la cabeza insistentemente e incluso en algunos momentos dando con sus pezuñas en la puerta, como queriendo decir "... Eh, que estamos aquí también, ven a saludarnos, haznos caso."

Valeria estaba alucinando con los caballos que, a pesar de que para ellos era una desconocida, se mostraban afables, incluso se dejaron acariciar sin problemas. Enseguida se creó un vínculo de confianza. La conexión fue tan fuerte que se atrevió a abrir la puerta del box de Dakota, pasar dentro, volver a cerrar la puerta y acariciar su lomo con toda la tranquilidad del mundo. Dakota permanecía tranquila, dejándose acariciar. Era fascinante. Incluso el resto del grupo que se animó a visitar las cuadras, se quedó perplejo ante tal escena, sobre todo Pedro y Sally, que no daban crédito a lo que estaban viendo.

Llegó la tan ansiada hora de quedarnos solos, de que mis padres, la madre de Valeria y el amigo de la familia se marchasen. Yo lo estaba deseando y a Valeria, a pesar de no manifestarse al respecto, se le notaba en la mirada que estaba con ganas de tener unos minutos de tranquilidad e intimidad.

Portaos bien, Valeria, ya iremos hablando por teléfono y me vais contando qué tal os lo pasáis.

Claro, mamá.

¿Habéis oído? Ya iremos hablando, sin presión, en plan de que ya charlaremos cuando cuadre.

Vale, Marcus, entendido. Pero con todo, ojo con lo que hacéis... los dos.

Sacamos del coche las mochilas, la caja y, con más miedo que vergüenza, Sally nos acompañó hasta la remodelada habitación del pajar. Estaba tal cual la recordaba, todo en su sitio, parecía que no había pasado el tiempo.

¡Qué pasada de habitación! ¡Hasta tiene baño! ¡Me encanta!
Sí, realmente es una pasada, alejada del resto de habitaciones, todo confort y lujo rural.

Habías estado en esta habitación con esa chica, ¿No?

Sí, Valeria, pero eso pertenece al pasado, y el pasado no vuelve jamás.

Hijo, ¡qué serio te has puesto! Desde luego, mira que eres místico, jajaja.

Antes de la cena, dimos un paseo sin alejarnos demasiado de la posada. Nos apetecía estar un rato solos, lejos de miradas indiscretas. Durante la semana que pensábamos estar de invitados, queríamos aprovechar el tiempo al máximo, estirar las horas como si fueran de chicle, es decir, vivir intensamente. Sinceramente, me acordaba en alguna ocasión de Marta, de lo que pudo haber sido, pero no fue. En el fondo, le estaba agradecido ya que, gracias a ella, conocí a Valeria. Eran tan distintas, como de la noche al día, no se parecían en nada, ni en la manera de vestir, de ver las cosas, de pensar y sexualmente eran bastante dispares.

Marta era ardiente, pero, realmente no me dio ese punto de tranquilidad, de serenidad, de poder mirar un poco más allá del día de mañana, a medida que nuestra relación hubiera continuado avanzando. En cambio, Valeria era tal cual, cuando estábamos solos o cuando estábamos con su madre o con otras personas. Era natural, expresiva, reflexiva y, sobre todo, disfrutar de ese cuerpo era una auténtica experiencia.

En ningún momento me planteé pensar si estaba haciendo bien o no en comenzar una relación sexual plena con Valeria teniendo tan solo diecisiete años. Simplemente creí estar haciendo lo que muchos de mis compañeros con mi misma edad solamente podían soñar. Nunca me creí más hombre por ello, ni el más guapo ni nada de eso. La vida es un continuo aprendizaje y estuve dispuesto a aprender desde que tuve la ocasión para hacerlo de la mano de ella.

Con el tiempo me di cuenta que a mis diecisiete años sabía bien poco de todo. Con el paso del tiempo, cuanto más maduraba, más me daba cuenta de que una vida sexual sana solo se consigue con años de experiencia de los que hay que aprender y particularmente opino que cuanta más experiencia ... mejor, más se aprende.

Esa misma noche había lluvia de estrellas, la aparición de gran cantidad de estrellas fugaces era la comidilla de todos los huéspedes de La Veleta del Viento. Además, fue cabecera de todos los partes de noticias.

Nadie se lo quiso perder. Pedro preparó unas cestas con la cena, organizaron una especie de picnic nocturno, nos pareció una gran idea. Tuvimos la intención de verlas solos, pero Sally insistió en compartir ese momento tan especial con nosotros, por lo cual tampoco pudimos negarnos. Aparte de ver la lluvia de estrellas,

la noche podría dar más de sí, se podrían hacer más cosas. Fue sencillamente extraordinario, una verdadera pasada observar el firmamento.

Durante unos minutos estuvimos sorprendidos, con la boca abierta, disfrutando del espectáculo que la naturaleza nos brindó. Por unos minutos nos olvidamos de la dichosa caja.

Tras la lluvia de estrellas, regresamos a la posada. Después de despedirnos de Pedro y Sally, nos retiramos a nuestros aposentos.

Tenemos que pensar muy bien qué hacer con “eso”, cómo y dónde esconderlo.

... sí, claro, Marcus. No tengo ni idea, no conozco la zona como la conoces tú.

Mañana por la mañana, con la excusa de salir de excursión por la zona, nos distribuimos “eso” en las mochilas y vamos viendo cómo lo hacemos.

Me parece estupendo. Ahora vamos a intentar descansar. Mañana será un día intenso.

Valeria se quedó dormida en apenas un par de minutos, yo en cambio cerraba los ojos y veía la cara de Marta leyendo la carta, veía su cuerpo desnudo a mi lado. En cierto modo, las palabras de Marta, me parecían sinceras, pero algo no me acababa de cuadrar. Su marcha a Boston había sido fruto de su comportamiento, no tenía ningún derecho a echar la culpa a sus padres. Fue una declaración de “adolescente”: todo el mundo está en mi contra, nadie me comprende. La noche avanzaba y continuaba sin poder dormir más allá de breves intervalos de tiempo. Entre la carta y la caja, tenía la cabeza un poco saturada. Dentro de lo sencillo que aparentemente parecía todo, intentaba buscar una solución global, pero era del todo imposible.

Cuando Valeria despertó por la mañana, tenía ya organizadas las dos mochilas. En cada una tres fajos de billetes que previamente había envuelto cuidadosamente en papel transparente, para preservar la mercancía de agentes externos. Bajamos a desayunar. Necesitaba tomar un café bien cargado y comer algo. Pedro nos preguntó si queríamos llevar un par de bocadillos por si a media mañana nos daba hambre, lo cual nos pareció una excelente idea, Sally aquella mañana estaba en la cocina, así que, mientras desayunamos, nos los preparó.

Estábamos a punto de salir, cuando llegó Andrea, la veterinaria, a la que no habíamos vuelto a ver desde el año pasado. Venía a ver a los caballos, una especie de revisión que les hacía con cierta regularidad.

Hombre, Marcus, ¡qué alegría verte! ¿Qué tal estás?

Andrea, la alegría es mutua, bien, estoy bien, con algunos cambios significativos en mi vida, pero bien.

Ya veo. ¿No me vas a presentar a tu amiga?

Claro que sí. Valeria, te presento a Andrea, la veterinaria que cuida de los caballos.

Hola, Andrea, encantada de conocerte. Marcus me ha hablado mucho de ti. Espero que bien, jajaja.

Claro que sí. Por cierto, lamento lo que te ha ocurrido.

Una muy mala experiencia que acabó de golpe y porrazo con mi matrimonio, por lo menos ocurrió en los primeros años. De haber pasado más tiempo, hubiera sido bastante peor.

Eres una persona genial. Ya verás cómo poco a poco vas reconstruyendo una nueva vida.

Ahora estoy centrada solamente en mi trabajo, tengo bastantes amigos con los que suelo quedar, cuidan de mí, ya que les conozco desde la universidad, amigos de verdad, pero no quiero ninguna relación. Por cierto, ¿dónde vais con esos dos pedazos de mochilas? Parece que os vais de casa, jajaja.

Vamos a pasar parte del día de excursión. Te podrías pasar esta noche a tomar algo, charlamos y nos ponemos al día.

Me parece genial. ¿Sobre las nueve?

Perfecto. Encantada de haberte conocido Valeria.

Igualmente, Andrea. Hasta la noche.

Si la conversación hubiera durado un minuto más me hubiera dado algo. Las mochilas pesaban más de lo normal, había que disimular para no levantar sospechas, era una mañana bastante calurosa, demasiado para las fechas en las que nos encontrábamos, a pesar de ser verano. Por fin, pudimos salir de la posada, con rumbo poco definido, pero a medida que avanzábamos recordé la poza “secreta” que nos enseñó Lola y Lolo. Estaba a desmano del camino, su existencia no era vox populi y con el paso del tiempo supuse que la madre naturaleza habría seguido su curso, es decir, que arbustos, hierba y demás flores y plantas habrían crecido lo suficiente como para haber borrado todo rastro del camino que había nada más saltar la valla.

Efectivamente, la naturaleza había hecho un buen trabajo. Desde la valla no había rastro del camino que llevaba hasta la poza, con lo cual teníamos la primera parte del plan a punto de caramelo: un lugar lejos de miradas indiscretas por donde nadie pasaría. Antes de saltar la valla, comprobé que no se nos viera, ni que nadie a lo lejos nos viera saltar, toda precaución era poca. Una vez estuvimos al otro lado, anduvimos con mucho cuidado de no destrozar la maleza más de lo necesario, así que yo marcaba el paso y Valeria pisaba en el mismo sitio que yo. Entre risas y bromas llegamos a la poza, que estaba rodeada de maleza: el escenario perfecto.

Vamos a buscar un buen lugar para ocultar la pasta. Yo busco por aquí, mientras tanto, tú busca por allí.

De eso nada, Marcus, no sea que salga algún bicho y me muerda.

Joder, mira que eres urbanita, ya te vale.

Mira, aquí hay una especie de madriguera, debe de llevar meses sin habitar, fíjate la maleza que hay en la entrada, seguro que no hay ningún bicho dentro.

Para que Valeria se tranquilizase, metí un palo por la entrada de la madriguera hasta llegar a tocar el fondo. Estaba vacía, eso seguro, ya que el palo medía más de un metro. Efectivamente, estaba vacía, con lo que decidimos guardar la pasta allí, nos pareció un lugar inhóspito, salvaje, perfecto. Metimos los fajos de billetes al fondo de la madriguera, tapando la entrada con palos, tierra que había alrededor y unas piedras. Quedó perfectamente camuflado.

Volvimos sobre nuestros pasos, con el mismo cuidado que tuvimos a la ida, extremando las precauciones antes de saltar de nuevo la valla que nos separaba del camino principal. Habíamos realizado una incursión perfecta, digna del mejor comando secreto militar de élite.

Bueno, pues ya está. Ahora recuerda que no podemos hablar con nadie de esto, pero nadie es nadie.

Está claro, nadie debe de saberlo ¿Cuánto tiempo lo vamos a dejar escondido?

Pues... no sé, por lo menos ...

¿Un año?

Pues sí, creo que será un tiempo más que suficiente. Nadie podrá sospechar nada, el marrón se lo ha comido tu tío Gunther. Pobrecito, cada vez que me acuerdo de él...

Estaba con la gente equivocada, con el negocio equivocado, sin duda.

Continuamos caminando, de tal manera que el camino nos alejaba más de la posada, pero tampoco demasiado lejos. Teníamos que desandar el camino y no era plan de darse la paliza el primer día. Paramos a comer a la sombra de unos árboles, recuerdo que eran nogales, estaban cargados de nueces aún verdes, ya que hasta los meses de septiembre y octubre no estarían maduras para comerlas. No habíamos comido un bocata más rico en la vida, nos supo a gloria, seguramente lo disfrutamos por el peso que se nos había quitado de encima después haber guardado “eso” en lugar seguro. Esto nos dio una gran tranquilidad, aparte de que teníamos bastante hambre.

Era tiempo de disfrutar al máximo de todo lo que estábamos viviendo. Teníamos una semana por delante para quitarnos los fantasmas de la cabeza, para relajarnos y seguirnos conociendo para ver si nuestra relación realmente crecía con el paso de los días. Era media tarde cuando regresamos a la posada, muy tranquilos, disfrutando del paisaje, mirando las nubes del cielo, escuchando el canto de los pájaros, llenando los pulmones de aire puro. No teníamos otro pensamiento que no fuera disfrutar el uno del otro.

Sally estaba en la tienda, colocando unas docenas de huevos recién cogidos del gallinero. Comentaba que se los quitaban de las manos, estaban muy cotizados por los clientes que venían de la ciudad a alojarse en la posada. Después de la experiencia tan rara del año pasado, poco a poco habían remontado, en mayor parte por la repercusión que tuvo la noticia de la detención y posterior dismantelamiento de la red de traficantes de sustancias dopantes. Ya se encargaron Lolo y Lola de dar el suficiente bombo y platillo al lugar, que tuvo un aluvión de reservas después de los sucesos acaecidos según nos fueron comentando Pedro y Sally. A pesar del revuelo que se montó, fue una buena publicidad.

Después de saludar al bueno de Pedro, subimos a la habitación para asearnos y descansar un poco.

Marcus, ¿me dejarías leer esa carta?

Es algo demasiado personal, pero si te vas a quedar más tranquila después de leerla, toma, aquí la tienes.

Valeria dudó unos segundos en cogerla o no. Al final, decidió leerla atentamente, mientras pasé al baño para asearme.

¡Menudo rompecorrazones que estás hecho! Aunque la verdad, no entiendo a esta chica, ¿Va de guay por la vida o qué le pasa? Te manda a paseo con la excusa de que tenéis que conocer a más gente y de repente se vuelve gilipollas. Todo el mundo está contra ella, todos la controlan, ¡el mundo está lleno de controladores!

No te falta razón, la verdad, tampoco yo la entiendo. Nosotros estamos disfrutando de nuestra historia con el beneplácito de mis padres y de tu madre, estamos haciendo lo que nos viene en gana, fruto de ser dos adolescentes responsables. La libertad hay que saber ganársela, pero Marta la ha cagado bien cagada.

Estaba disfrutando de una más que agradable, refrescante y relajante momento bajo de la alcachofa de la ducha. Valeria dejó la carta encima del lavabo, se desnudó, se metió conmigo bajo el agua abrazándome por la espalda, rozándome con sus pechos, una excitante situación que ya había vivido con anterioridad; pero esa vez fue diferente, me estaba abrazando una chica muy diferente a Marta, una chica de diecisiete años con la manera de ser, pensar y actuar de una mujer.

Me di la vuelta, nos comimos a besos, de nuevo, se desató un deseo irrefrenable, un ansia total de poseer el cuerpo del otro. La levanté por las caderas, apoyándola contra la pared, en el momento de la penetración jadeaba como una posesa, clavaba sus uñas en mi espalda, haciéndome sentir placer y dolor a la vez, me estaba llevando al nirvana del sexo, alcanzando el orgasmo al compás de sus caderas, besando sus pechos, deleitándome con la suavidad de sus pezones.

Valeria, calla, por dios, que se va a enterar todo el valle.

Sigue, coño y no pares, por dios. Me estás volviendo loca, como pares te la corto.

Un argumento más que convincente para continuar jugueteando un rato más, estaba en modo insaciable, desatada. Aun después de haber llegado los dos al orgasmo, continuamos un rato más encima de la cama. Estaba siendo un día de muchas emociones: habíamos conseguido guardar la pasta en lugar seguro, estábamos disfrutando de una plácida relación, teníamos por delante toda una semana ... los astros estaban de nuestra parte.

Más tarde nos reunimos con Pedro y Sally, que estaban preparando la cena, por lo que nos pusimos a echarles una mano con los preparativos, era lo menos que podíamos hacer para corresponder a su invitación. En esto que llegó la verdadera jefa de estación, una alegre y extrovertida mujer de mediana edad, que se llamaba Teresa.

Estuvimos tomando algo con ella, mientras nos contaba las anécdotas que ocurrieron mientras enseñaba el oficio al bueno de Abelardo, el falso jefe de estación, un subinspector de policía que jamás había visto un tren, no sabía si funcionaban con carbón o si eran eléctricos. A contrarreloj, en apenas una semana, le tuvo que enseñar todo lo referente al puesto de jefe de estación: sus obligaciones, la jerga e incluso a andar como un veterano jefe de estación. Teresa se mostraba muy orgullosa de todo ello.

Continuamos la charla mientras cenábamos. Aquella noche fue especialmente calurosa, el ambiente era sofocante, costaba respirar, los comentarios eran generalizados, nosotros, Pedro, Sally, Teresa, e incluso los demás huéspedes estábamos incómodos por el calor.

Hace demasiado calor, es insoportable.

Puf, Sally, tienes razón, es un calor sofocante y pegajoso.

Habrà que poner remedio a la situación.

Pedro sacó a la terraza un par de ventiladores de pie, que fueron una agradable solución para paliar el calor, pero no fue suficiente.

Pedro, tenéis que sopesar el poner una piscina. Sería una gran idea, además de un reclamo más para atraer más clientes.

¡Claro! Ya lo hemos pensado, Marcus, pero vale una pasta. De momento, lo tenemos en la lista de tareas pendientes. Este otoño queremos ampliar la posada, tenemos la idea de construir otro edificio en una sola planta, con otras cuatro o cinco habitaciones más, algo sencillo, sin demasiados lujos, funcional, rústico y atractivo para el visitante.

Es una idea magnífica, me alegro, pero la piscina hay que construirla, jajaja.

Vale, tomo nota de tu sugerencia, veremos a ver qué pasa al final con la piscina.

Sally nos comentó que había llamado Andrea, que la disculpásemos que le era imposible acudir a la posada, que buscaría otro momento.

Apenas probamos bocado para cenar, debido al sofocante calor. No obstante, Sally nos preparó una bandeja con un par de sándwiches en previsión de que, si el calor aflojaba de madrugada, poder comer algo. Tanto ella como Pedro eran geniales, siempre con una sonrisa en la boca, disfrutando de su trabajo, atendiendo a los huéspedes como si fueran parte de la familia. Después de ayudar a recoger, fuimos hasta el establo con la esperanza de que hiciese algo más de fresco, pero, al no correr ni gota de aire, la sensación de calor era la misma.

Los caballos tenían poca agua, el bebedero estaba casi seco. Por lo tanto, les pusimos agua fresca para que pudieran beber, además de darles un baño para refrescarlos. Tenían la piel caliente, ya que los caballos pueden responder a un exceso de calor aumentando el sudor a la vez que la respiración, de esta manera el sistema respiratorio ayuda a enfriar el cerebro. Al poco rato, respiraban con más normalidad y se les veía bastante más tranquilos y aliviados.

Valeria se desenvolvía muy bien con Apolo. En cambio, Dakota y Jade se mostraban un tanto inquietas con ella, pero era una situación circunstancial ya que, a los pocos minutos, se mostraban afables. Realmente era curioso ver cómo les hablaba, tal cual parecía que su tono de voz, dulce y pausada les tranquilizara, les dejaba ensimismados, absortos y dóciles. Valeria me juraba que hasta ese momento no había tenido contacto alguno con ningún otro caballo. Se estaba convirtiendo en la mujer que susurraba a los caballos.

Una vez que los caballos estuvieron bien hidratados, dimos un breve paseo aprovechando para ver las estrellas. Era un espectáculo fascinante contemplar la inmensidad del cielo, un incontable número de puntos brillantes en el cielo. Era imposible quedarse impasible ante tanta belleza. Nos quedamos sentados en un tronco mirando al cielo durante bastante tiempo, en silencio, intimidados por la majestuosidad del espacio. Cuando nos comenzó a doler el cuello de tanto mirar hacia arriba, dimos por finalizada la sesión de astronomía, nos daba pena marcharnos, pero ...

Al llegar a la habitación, dejamos la bandeja de los sándwiches junto con una botella de agua fresca en la mesilla. El calor continuaba siendo sofocante, pero confiábamos en que, a medida que avanzara la noche, remitiría.

Marcus, se me ha quedado el cuello de cartón.

Jajaja, mira que eres exagerada.

En serio, me está doliendo.

Vale, ya pilló la indirecta. Túmbate en la cama boca abajo que te doy un masaje, aunque no sé con qué. Espérate un momento, voy a ver si Sally tiene algún aceite que me pueda valer.

Eres un cielo, Marcus.

Efectivamente, Sally tenía en la tienda unos frascos de aceite para masajes de diferentes olores, de esos que las parejas usan para masajearse antes de pasar a un siguiente nivel de excitación, preludio de una experiencia sexual relajada y satisfactoria. Elegí un frasco de esencia de canela, un potente afrodisíaco según se leía en la etiqueta, un potente estimulador sensorial. No me quiso cobrar nada por el frasquito. Le di las gracias.

No veas si has tardado, me estaba quedando dormida.

He venido lo más rápido posible. No veas la cantidad de botes que tienen en la tienda, que por cierto me comentaba Sally que se venden muy bien.

¿Cuál has escogido?

Pues ... el más erótico de todos, el de canela.

Mira que sois los tíos, te pido un masaje en el cuello y ya te piensas que ...

Espera, que yo no pienso nada, que en la tienda hay lo que hay, no es una parafarmacia.

Anda, date maña, pico de oro.

Valeria se encontraba tumbada en la cama, boca abajo, con tan solo unas braguitas puestas, mis favoritas para más señas, las que me ponían muy “nervioso”. Realmente mis favoritas eran todas, pero esas en especial por su aterciopelado tacto me ponían especialmente. Nada más abrir el bote del aceite, el olor a canela invadió la habitación, era un aroma embriagador, fresco, natural, no me equivoqué al elegirlo. Nada más poner mi mano sobre su piel, se le puso la carne de gallina.

Joder, Marcus, ¡qué bien huele! ¡qué pasada!

Pero... si aún no he comenzado, mira que eres exagerada.

Sí, todo lo exagerada que tú quieras, pero empieza de una vez, por favor.

¿Cómo decías que éramos los tíos?

Me senté de rodillas encima de sus caderas, inclinando levemente mi cuerpo hacia adelante para masajear su cuello. La piel de gallina fue dando paso paulatinamente a unos suspiros, que a su vez se convirtieron en leves gemidos de placer, que como comenzaba a ser habitual, fueron aumentando de frecuencia e intensidad. Como también era habitual, le tenía que pedir que bajara la intensidad para que no se enterase todo el mundo.

Decidí cambiar de posición para ponerme de rodillas a su lado, a la altura de sus hombros. Era una postura bastante más cómoda para mí, de tal manera que

mis manos podían masajear sus hombros y su espalda más intensa y cómodamente. Valeria, al notar el cambio de postura, al tener sus caderas liberadas, abrió levemente sus piernas, balbuceando algo que no entendí.

Marcus, quítame las bragas. Me están dando demasiado calor.

¿Qué dices? Apenas te entiendo.

Que me quites las bragas.

Ah, ahora te entendí, claro que sí...

Le quité las braguitas todo lo rápidamente que mis nerviosas manos me permitieron. Aún tengo en la memoria la visión de ese culito suave como la piel de un melocotón. Continué el masaje por la espalda, pasando mis manos arriba y abajo por la columna vertebral, deleitándome con esos glúteos firmes y exquisitos. No pude aguantar la tentación de que mis manos acariciasen levemente su vagina, algo tremendamente excitante, ya que en cuanto le comencé a acariciar comenzó a retorcerse de placer. Tras unos minutos acariciando su vagina, giró su cuerpo para ponerse en la postura del misionero, estábamos en una excitación sobredimensionada, uno de mis sueños eróticos favoritos se estaba haciendo realidad.

Besos, caricias, gemidos, ... el ambiente de la habitación había pasado del olor a canela al olor a sexo, un aroma que embriaga, impidiéndome pensar con un mínimo de claridad. Estaba centrado en tardar lo máximo posible para alcanzar el orgasmo. Valeria se dio la vuelta poniéndose en la posición del perrito, a cuatro patas, agarrándola de las caderas haciendo de esta manera una penetración más profunda e intensa. Con mis brazos extendidos hacía adelante, acariciaba sus pechos que campaneaban al compás de la penetración. El orgasmo fue impresionante, un clímax que nos produjo una sensación de libertad absoluta, de liberación, una experiencia única.

Marcus, cada vez que follamos, me vuelves loca, joder.

Tú a mí también, me vuelvo loco cuando estoy dentro de ti, es una sensación de placer indescriptible.

¿Qué me has dado para tenerme como me tienes?

¿Cómo te tengo?

Me tienes loca perdida. Es estar a tu lado y me pones como una burra en celo.

Jajaja, mira que eres...

Para nada, nunca te mentiría ni fingiría lo más mínimo.

Nos quedamos profundamente dormidos, ni tan siquiera la luz del sol logró despertarnos, así que nos dieron las tres de la tarde en la cama. Fue una pena perdernos una mañana tan soleada, pero era necesario el descansar, el cuerpo nos pidió una tregua en forma de reparador descanso. Al despertar, tuve la sensación de haber dormido tres días de un tirón en vez de casi trece horas. Nos comimos los dos sándwiches con verdadera ansia, estábamos hambrientos, el desgaste de la noche anterior nos había dejado con pocas fuerzas.

Después de comernos el sándwich, decidimos hacer acto de presencia. Pedro y Sally, en previsión de que nos pudiéramos levantar algo tarde, nos guardaron algo de comer, aunque ya era casi la hora de merendar.

Buenos días, madrugadores.

Hola, buenos días, Sally.

¡Menudo día os estáis perdiendo! ¿Os pongo algo de comer o preferís seguir durmiendo?

Pues la verdad es que tenemos algo de hambre.

Os he guardado unos filetes con pimientos que aún están calientes, los tengo en el horno.

Nos parece de maravilla. Muchas gracias.

Devoramos la carne con pimientos en menos que canta un gallo y para culminar una exquisita comida, unas natillas caseras que quitaban el sentido. Le dimos las gracias a Sally por el detalle de guardarnos algo de comida. Afuera el sol más que calentar achicharraba a todo aquel que se pusiera a su alcance, era lo más comentado entre los demás huéspedes. Como no era plan de volver a echar la siesta, pensamos algún plan para esa tarde, pero no se nos ocurría ninguno.

Mirad, chicos. En apenas diez minutos pasa un tren que os puede llevar en unos veinte minutos al pueblo de Sancú, que es famoso por sus fiestas y por tener un anfiteatro romano en bastante buen estado de conservación.

Pues a simple vista me parece buen plan. ¿No te lo parece a ti, Valeria?

Me parece que a Valeria no le apetece demasiado ir hasta Sancú. Otra opción es que un poco más tarde salgáis un rato a montar a caballo, cuando el sol no caliente tanto.

Esa idea me parece bastante más atractiva, Marcus.

Ya, pero es que a mí lo de montar a caballo como que me da bastante respeto.

No me seas cagón que al menos a ti ya te conocen. Eso ya es una ventaja.

Pues ...

Nada, no se hable más, saldremos a montar a caballo.

Con todo, si te vas a quedar más tranquilo, puedo ir con vosotros. Pedro ha ido a comprar y regresará en un par de horas, tiempo suficiente para que el sol caliente menos.

Vamos a ver, si yo tranquilo estoy, lo que ocurre es que...

Jajaja, tendrías que verte la cara, es todo un poema.

Menudas dos que se habían aliado para tomarme el pelo, que no me pasase nada. Mientras Sally comenzaba a preparar la cena, Pedro llegó con la compra del supermercado, le ayudamos a descargarlo y a colocarlo en el almacén. Mientras tanto, Sally le comentó el plan que teníamos.

Pues yo que vosotros lo dejaría para otro día. En el supermercado me he encontrado con la patrulla forestal y me han comentado que para esta tarde se espera que el tiempo cambie bruscamente, bajada de temperatura y agua a raudales.

Hombre, no me fastidies ¿Otra vez como el año pasado? Ya tiene narices la cosa, ¡qué mala suerte!

¿Año pasado? ¡Ah claro, con Lola y Lolo!

Estuvimos varios días atrapados debido a las tormentas que cayeron. Fue un caos, estuvimos incomunicados por tren y carretera.

Esperemos que esta no sea como la del año pasado.

Por dios, no, como la del año pasado ni de coña, fue horrible.

Antes de nada, después de colocar la compra en el almacén, nos aseguramos de que las puertas de las cuadras estuvieran perfectamente cerradas, que los caballos estuvieran bien en sus boxes, que el gallinero estuviera de igual manera bien cerrado, intentando que las gallinas estuvieran dentro del gallinero para evitar males mayores. Pero era meter a una y salían tres, por lo que las fuimos metiendo con mucha paciencia, estábamos un poco torpes en el manejo de las gallinas. Recogimos las sillas, las mesas y las sombrillas de la terraza, lo cual ya me parecía excesivo, pero, en fin, donde manda patrón...

Efectivamente, ni Pedro ni los guardias forestales se equivocaban, ya que nada más recoger la terraza, se levantó un viento bastante desagradable, que primero era cálido, volviéndose frío en apenas unos minutos. El cielo azul se tornó gris rápidamente, los caballos relinchaban, las gallinas no decían ni pío, los huéspedes que estaban fuera regresaron a la posada rápidamente, por lo que no se tuvo que avisar a la patrulla forestal para que salieran en busca de algún rezagado. Pedro y Sally estaban muy preocupados. Por ello, se les quitó un gran peso de encima al comprobar que todos estábamos a salvo.

Si la tormenta del año pasado fue tremenda, la de ese año no pintaba mejor, en absoluto. Parecía que el cielo se hundía, qué manera de llover, de granizar, qué cantidad de rayos y truenos, una situación digna de las mejores películas de terror. Valeria me miraba con los ojos como platos. Cada vez que caía un rayo, el trueno hacía retumbar los cristales.

Marcus, las tormentas me aterran, me ponen muy nerviosa.

Estate tranquila, no pasará nada, tiene pinta de que pasará enseguida.

¿Estás seguro? ¿No me lo dices por decir?

Claro que lo estoy, ya verás cómo en una rato pasa todo. Para después de cenar todo estará tranquilo, ya habrá pasado todo.

Marcus, no me jodas, no me tomes el pelo que estoy de los nervios.

Estate tranquila, confía en mí, ya verás cómo pasa y ni te enteras.

Pues la verdad es que...se enteró, pero a base de bien, ya que a mitad de la cena se fue la luz, Valeria me cogió de la mano hasta que a los pocos segundos se

activó el generador. Casi me rompe los dedos de la mano de tanto apretármela. Cada vez que caía un rayo, Valeria daba signos inequívocos de estar más alterada, más nerviosa, no decía ni media palabra, solamente se dedicaba a observar lo que sucedía a su alrededor para comprobar que todo estuviera en orden.

Antes de irnos a la cama, Sally le preparó a Valeria una infusión casera para relajarse y conseguir que estuviera tranquila para poder dormir. Le pedí que se la pusiera doble y que, por favor, me hiciera otra para mí, que también necesitaría estar tranquilo no por el hecho de que diera miedo la tormenta, que no me daba, sino por no tener que sufrir a Valeria.

Si la tormenta del año pasado fue mala, la que teníamos encima la superaba con creces, pasaba el tiempo y lejos de calmarse se volvía aún más estruendosa, más salvaje, parecía que el viento podía arrancar el tejado en cualquier momento, hasta las tejas parecían volar por los aires. Valeria se abrazó a mí tapándose hasta la cabeza con la colcha de la cama, temblaba como una hoja al viento. Traté de tranquilizarla, pero no hubo manera.

Estate tranquila, pronto pasará la tormenta.

Claro, eso mismo me dijiste antes de cenar.

No soy el hombre del tiempo, solo trataba de que no te angustiases más de lo debido.

Te lo agradezco, pero tu consuelo no me está sirviendo para nada, las tormentas son mi talón de Aquiles, no puedo soportarlas.

Cierra los ojos y concéntrate en pensar en cosas bonitas, cosas que te gusten.

¿Cómo coño voy a cerrar los ojos para relajarme pensando en cosas bonitas con la que está cayendo? Me pides un imposible, joder.

Pues sí que te afectan ... y mucho.

Continué abrazándola mientras se revolvía en la cama de un lado para el otro, sin parar quieta, me dio la impresión de que la infusión no le estaba haciendo nada de efecto, todo lo contrario, estaba más inquieta a cada minuto que la tormenta continuaba. En una pausa de la tormenta, Valeria consiguió quedarse dormida, parecía que la madre naturaleza nos había ofrecido una tregua para recobrar la esperanza de que efectivamente pasara pronto. Nada más lejos de la realidad. A los pocos minutos de que se quedara dormida, la tormenta regresó con más virulencia, con más poder destructivo, el agua dio paso al granizo y el viento a una especie de huracán. Fue sencillamente espectacular.

Apenas pude dormir en toda la noche, vigilando que Valeria pudiera continuar durmiendo más o menos plácidamente. La infusión parecía que la había hecho efecto. En cuanto se pudo relajar un poco, se quedó dormida, aunque de vez en cuando se revolvía en la cama, inquieta y agitada, pero logré que siguiera durmiendo. La noche estaba siendo larga, muy larga y la tormenta no amainaba. A

las seis de la mañana, la tormenta comenzó a alejarse, los rayos apenas se veían y los truenos sonaban cada vez más lejos. Eso era buena señal.

Así que aproveché para cerrar los ojos e intentar dormir un rato. Estaba agotado por no haber podido dormir prácticamente en toda la noche. Me quedé profundamente dormido, hasta el punto que no sentí levantarse a Valeria de la cama, a pesar de que el sigilo no era uno de sus virtudes. Cuando desperté, me sorprendió no tenerla a mi lado, me di la media vuelta y continué durmiendo un poco más y ese poco más se convirtió en otras dos horas de sueño reparador. Al despertarme por segunda vez, decidí hacer un esfuerzo sobrehumano y levantarme.

Pedro y Sally estaban en la terraza, acabando de colocar todo en su sitio. Tu vieron que pasar la manguera por todo el suelo para quitar el barro y las hojas que había traído la tormenta, que se amontonaban por toda la terraza. Valeria estaba comprobando que los caballos estuvieran más o menos bien; estaban inquietos, más intranquilos de lo normal. La tormenta había durado demasiadas horas y les afectó tanto rayo y tanto trueno.

Marcus, ¿crees que “eso” estará bien?

Calculo que sí. La madriguera es lo suficientemente profunda para que no se derrumbe, las piedras habrán hecho de dique para evitar que el barro se filtrase, pero, de todas formas, si se moja no hay problema, el plástico en el que está envuelto lo protegerá de la lluvia.

Entonces estará todo bien. Vale, me quedo tranquila.

Eso es, estate tranquila que bastante nerviosa estuviste anoche.

Sí, lo pasé muy mal. Muchas gracias por cuidar de mí mientras dormía, serás recompensado.

¿Recompensado? Suena muy bien.

Y mejor que te va a sonar. Por cierto, tienes muy mala cara, jajaja.

Ya te digo yo que sí. Pues, anda que le tuya ... está bastante mejor que la mía.

Pedro nos pegó una voz para avisar que estaba la madre de Valeria al teléfono, que se diese prisa porque la línea del teléfono estaba bastante inestable. Corrimos hasta la posada, pero apenas pudo hablar con ella, ya que la llamada se cortó. Solo dio tiempo para decirle que estábamos bien y que llamase a mis padres para que no se preocuparan. Ya me parecía raro que no hubieran llamado, pero al saber de lo inestable de la línea, comprendí que con toda probabilidad lo habrían estado intentando toda la mañana sin conseguir hablar conmigo.

El paisaje a nuestro alrededor era bastante apocalíptico ya que la mayoría de los árboles tenían algunas ramas quebradas por el viento. La cantidad de agua y granizo que cayó había rellenado los socavones del camino y los prados se habían

convertido en improvisadas piscinas. La maldición de la tormenta me perseguía año tras año.

La lástima era que solo nos quedaban pocos días de estancia en la posada. El tiempo pasaba demasiado deprisa y, aunque llevábamos medio verano fuera de casa, aún teníamos ganas de pasarlo bien. El comienzo del próximo curso, tercero de Bachillerato, marcaría de nuevo la vuelta a una rutina “fascinante”: nuevos profesores, quizás nuevos compañeros, un curso en el cual ya se comenzaría a vislumbrar el final de la etapa del Bachillerato y la cercanía del último curso, el COU.

Tenía la necesidad de estirar al máximo las semanas que quedaban para el comienzo del curso. Todo lo pasado con Valeria me había abierto una puerta a un nuevo mundo, a una perspectiva de adolescencia madura, adulta, en la cual me sentía tremendamente cómodo y feliz. Desde que comenzamos a salir, ni por un solo instante pude imaginar las sensaciones y vivencias que compartiríamos los dos, tanto en el día a día como en el aspecto sexual, que cada vez era más fantástico, más alucinante, más ... adictivo.

Los días pasaron deprisa, lo normal cuando te lo estás pasando de maravilla. Los dueños de la posada fueron unos anfitriones geniales, nos hicieron sentir como en casa. Pedro y Sally formaban una pareja entrañable, se desvivían por sus huéspedes, él le miraba a ella de manera tierna, llena de amor, a pesar de los años que llevaban casados, dedicándole en todo momento la mejor de sus sonrisas. Sally se desvivía por Pedro al que llamaba “marido” cariñosamente. Daba gusto verlos. Daban un toque muy familiar a la posada. Los huéspedes lo notaban y así se lo decían antes de irse. Nos dio mucha pena el marcharnos, sobre todo por dejar atrás tantas vivencias, y sobre todo echaríamos de menos a tan magníficos anfitriones.

Hasta la misma mañana, poco antes que viniera la madre de Valeria a recogerlos, no nos volvimos a acordar de “eso”.

Marcus, ¿tú crees que estará a buen recaudo?

Valeria, no te preocupes por ello, el tiempo pasa enseguida. Ahora solo preocúpate de olvidar el asunto y dejar que pase el tiempo. Pero no creas que va a ser tarea fácil, no solo será volver a por “eso”.

No entiendo lo que quieres decir.

Te quiero decir que, cuando pase el tiempo suficiente, una vez que volvamos, tenemos que pensar en dónde guardar cada uno su parte, y sobre todo, que seas consciente que no podemos gastarlo alegremente.

Entiendo. Lo recuperaremos, lo tendremos, pero no vamos a poder gastarlo.

Algo así. Tendremos que tener mucho cuidado. Ya se nos ocurrirá algo, no te preocupes.

Vale, como tú digas.

Ten en cuenta otra cosa: somos un equipo. Si te pillan a ti, caemos los dos y viceversa.

Sí, está claro, lo entiendo perfectamente.

Valeria no se quedó convencida del todo de haber dejado atrás tal cantidad de dinero. Nada más salir de la posada, mientras nos alejábamos en el coche, no dejaba de mirar para atrás. Su madre se dio cuenta.

Valeria, ¿te encuentras bien? No dejas de mirar hacia atrás. ¿No te habrás dejado olvidado algo? Te lo digo porque no pienso dar la vuelta a mitad de camino.

No te preocupes mamá, todo está bien, solamente es que me da mucha pena irme, dejar atrás a los caballos, a las gallinitas, ...

No pude aguantar la risa, menuda interpretación más espectacular se estaba marcando la tía, estuve a puntito de creérmelo. Menos mal que a María la dio también por reírse, ya que tanto el comentario como la cara de Valeria no eran para menos que para partirse de la risa.

Sois dos insensibles, desde luego ... menudos dos tarugos ...

Ese último comentario ya fue el acabose, pero qué canalla, qué manera de interpretar a una inocente adolescente que estaba apesadumbrada por la ausencia de las gallinitas ... ¡por favor! Estuvimos riéndonos con ella un buen rato. Valeria aguantó la broma de la mejor manera posible. Era tan consciente como yo que estaba fingiendo para disimular la carita de preocupación que llevaba. Aún lo recuerdo y me parto de la risa. Al poco de cesar la risotada, la expresión de su rostro cambió totalmente. Me miraba con una especie de mueca, como diciendo: "... ¿Has visto que bien lo he hecho?".

La vuelta a casa fue un tanto agridulce. Por un lado, regresar después de tanto tiempo fuera estuvo bien, pero por el otro lado, la marcha de Marta dejó una secuela un tanto amarga, tanto para sus padres como para los míos. Volver a casa sin que Marta ya no formase parte directa de nuestras vidas, aunque fuera una parte totalmente irrelevante, apenas me afectó, aunque no pensé en ningún momento que su marcha pudiera trastocarme lo más mínimo.

Antes de apearme del coche, quedé con Valeria en llamarnos para hacer algo al día siguiente, aunque su madre quiso que se quedara con ella para que descansase, que la veía un poco ojerosa. Valeria se mantuvo firme en vernos al día siguiente. Al llegar a casa, mi padre me dio un abrazo.

Marcus, ¡qué bien te veo! Has crecido y todo. Estás genial.

En cambio, mi madre...

¿Que ha crecido? No sé, pero que está más delgado, seguro que sí. Mírale que ojeras nos trae a saber, cuántas noches habrá dormido pocas horas, o ninguna. Y de comer veo que poco. Si es que desde luego...

Mamá, eres muy exagerada, he dormido lo que me ha pedido el cuerpo y he comido lo que me ha apetecido, ni más ni menos.

Si es que la cría esa. ¿Cómo se llamaba? ... Valeria te tiene comido el coco.

Mira que eres mamá, a mí nadie me tiene comido el coco, pero para nada. Tienes una impresión totalmente equivocada.

No voy a discutir contigo, pero estás bastante desmejorado, solo tienes que mirarte en el espejo de tu habitación y me darás la razón.

Pues Valeria dice que estoy muy bien.

Ya salió otra vez la mosquita muerta, ¿ves? Te tiene sorbido el cerebro.

El cerebro y lo que no es el cerebro, pensé en ese momento. De todas las formas, decidí darle la razón, como a los tontos. Estaba cansado, no tenía ninguna gana de discutir con mi madre mientras mi padre ojeaba la prensa y repetía una y otra vez a mi madre:

... querida, deja al chico, yo a su edad estaba igual que él.

Y, por supuesto, como mi santa madre no se podía callar ni debajo del agua, tenía que tener la razón al igual que la última palabra, pues eso, decidí pasar olímpicamente de ella. Era lo más razonable, ya que estaba deseoso de cenar algo e irme a la cama.

Supongo que cenaras algo. Que me he tirado toda la mañana preparando la cena.

Sí, querida, el chico se va cenar toda la perola de ensaladilla él solito.

Tú dale ideas para que se dé un atracón y se ponga malo. Al final me veo pasando la noche en el hospital, de urgencias, ya verás.

Mamá, ya te vale, deja de decir tonterías.

¡Yo no digo tonterías, te digo que has vuelto desmejorado!

Pasado un rato, nos pusimos a cenar, antes me había dado tiempo a deshacer la maleta y echar a lavar la ropa sucia, que era la mayoría, no sin la correspondiente queja por parte de mi madre al encontrarse unas braguitas de Valeria entre mi ropa sucia.

Que sepas que yo no voy a lavar estas bragas, que se las lave ella... faltaría más.

Ya se las lavaré yo, mamá ... ya que también se las he quitado ... jajaja.

Haz el favor de no ser tan desagradable conmigo.

En vez de ponerme rojo o molestarme, me dio por reírme, con lo que mi madre se enfadó aún más. Mi padre seguía leyendo la prensa, disimulando la risa como podía. Pero el cabreo de mi madre aumentó a grado máximo cuando me puse a oler las bragas para ver si estaban limpias o no. Entonces fue cuando mi padre, que nos escuchaba desde el salón, no pudo aguantar más, se le cayó el periódico al suelo comenzando a reírse como jamás le había visto reírse antes.

Muy bonito, riéndole las gracias al niño, menudo ejemplo le estás dando, ya sé a quién sale el niño, desde luego... no sé cómo os aguanto. Cualquier día me marchó de casa y no vuelvo.

Después de las risotadas, pude comprobar que mi madre no tenía demasiado sentido del humor, no aguantaba las bromas, no las encajaba de buena manera. Nos pusimos a cenar. Mi padre soltaba alguna risa que otra, lo mismo que yo, en cuanto nos acordábamos de lo sucedido. Nos pusimos a cenar. Mientras mi padre me preguntaba qué tal “lo habíamos pasado” en la cabaña y en la posada, mi madre con el ceño torcido escuchaba atentamente nuestras aventuras de verano.

Mastica bien la cena, ya verás cómo al final te va a sentar mal, y acabamos en urgencias.

Y vuelta la burra al trigo. Joder, ¡qué pesada eres, mamá!, de verdad...

Una vez en la deseada soledad de mi habitación, tuve la tentación de llamar a Valeria, pero no lo hice por dos motivos: no estaba el horno para bollos y estaba muerto de sueño. Serían las cuatro de la mañana cuando comencé a sentirme mal. Una sensación de malestar general, dolor de estómago y vómitos rompieron el silencio de la noche. Me dio tiempo a llegar al baño para vomitar en la taza. Mi madre se levantó como un resorte de la cama.

¿Ves? ¿Qué te decía yo de la cena? Estarás contento, ya te has puesto malo. Si es que comes sin masticar, tragas como los pavos.

Que sí, mamá.

Y encima no me des la razón como a los tontos, que te doy una bofetada que te espabilo.

Vale, mamá.

En eso que llegó mi padre, me levantó el pijama para auscultarme, un dolor abdominal me estaba matando.

Pili, vístete que nos vamos para el hospital. No es la cantidad de cena que se ha comido, es que tiene apendicitis. Hay que operarlo de urgencia.

Claro, apendicitis. Y todo lo que se ha comido no tiene nada que ver ¿verdad? Qué sabrás tú.

¿Cómo que qué sabré yo? Te recuerdo que trabajo en un hospital y que soy cirujano.

Joder. ¿Queréis dejar de discutir? Me muero de dolor.

Sí, cariño. Me visto en un minuto y nos marchamos corriendo.

Mi padre había llamado al hospital avisando de nuestra llegada, con lo que entré directamente al quirófano. Tras algo más de una hora de intervención, me subieron a planta, a la habitación 317. En cuanto se me pasó el efecto de la anestesia, comencé a despertar debido a las molestias lógicas de la operación.

Hola, cariño, ¿cómo te encuentras?

Hola, mamá. Estoy dolorido, como si me hubiera pasado por encima una api-sonadora.

¿Sabes que te ha operado el doctor Carlos Ruiz?

¿El padre de Marta?

Sí, casualmente estaba de guardia. Ha salido todo genial.

Aún medio adormilado por la anestesia, al saber que el padre de Marta me había operado, comprobé que estuviera todo bien por allí abajo, no fuera que me hubiera hecho la gracia de cortar algo más que no hubiera sido el apéndice. Estaba todo en su sitio, lo cual me dio una gran alegría y me quitó un enorme peso de encima. Al cabo de un par de horas después de despertar, coincidiendo con el cambio de turno, el padre de Marta se pasó a verme por la habitación.

Vamos a ver cómo está este muchacho.

Hola, doctor Ruiz.

Anda, mira tú qué serios nos hemos vuelto desde que ya no soy tu suegro, jajaja.

¡Qué ganas de tocar las pelotas tenía el bueno del doctor Ruiz! ¡Qué majete! Las mismas ganas que tenía de que se marchara y me dejara en paz con mi dolor.

Todo está según lo previsto. Tendrás que tener cuidado al menos en los próximos cinco o seis días para que no se te infecten los puntos. No podrás comer nada en las próximas veinticuatro horas y, si todo continúa así, podrás comenzar a hacer vida normal de manera paulatina. Nada de esfuerzos, te costará andar, pero poco a poco iras cogiendo más elasticidad y agilidad. Es simplemente cuestión de tiempo. Todo irá bien, no te preocupes.

Perfecto. Gracias, doctor.

Cuídate mucho.

Lo haré, gracias.

Claro que lo harás. Tendrás que parar un poco ese tren de vida que estás llevando últimamente, que apenas te vemos el pelo.

Mamá, no me seas exagerada, que con un médico en la familia tenemos suficiente.

Nada, a callar la boca.

Al poco de irse el padre de Marta, mi madre, por indicación del médico, se marchó a casa. No pintaba nada en el hospital, salvo el tocarme la moral. Me quedé dormido, con alguna molestia, pero era llevadero. Al despertar, Valeria estaba sentada en un sillón de la habitación. Había traído un ramo de flores y una caja de bombones. Todo un detalle.

Valeria, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

Unas horas. Estabas dormido y me he quedado aquí contigo, viéndote descansar, ¡Estabas tan mono!

Las flores son preciosas, gracias. Pero los bombones los tengo prohibidos, al menos por unos días.

Por los bombones no te preocupes, que ya me los voy comiendo yo, no sea que con el calor se pongan malos.

Joder, ¡qué morro tienes! Y hablando de morro, me podías dar un beso, ¿no?

Pues no sé. No se te vaya a inflamar otra parte de tu cuerpo y te la tengan que extirpar, también, jajaja.

No me hagas reír, que me tira la cicatriz y me hace daño. Por cierto, ¿quién te ha avisado?

Se dice el pecado, pero no el pecador.

Seguro que ha sido mi padre, pero, ¿de dónde ha sacado tu número de teléfono?

Tendrás que preguntárselo a él... o a quien sea.

Esa noche, a pesar de mi negativa, Valeria se quedó a hacerme compañía. Un coqueto sofá sería su lecho para la noche. Al final, mi madre se puso ciega de bombones y se marchó a casa con mi padre, lo más seguro es que nada más poner la cabeza en la almohada, se quedarían los dos dormidos, de esa manera descansaríamos todos. Las enfermeras trajeron a Valeria un par de sábanas, una manta y una almohada para la improvisada cama, que parecía ser bastante cómoda.

Éramos una especie de clientes VIP. Mi padre curraba en el hospital y eso se notaba en todos los aspectos: "... el hijo del doctor Del Cerro está ingresado en la 317". La noche pasó sin pena ni gloria, tuve que llamar un par de veces a las enfermeras, una porque tenía ganas de orinar y la otra para pedir un calmante para el dolor. Valeria no se enteró de nada, ya podía haber caído una bomba que no se hubiera enterado.

A la mañana siguiente, a primera hora, me pasó visita el doctor Ruiz, es decir, el padre de Marta. Fue una situación bastante incómoda. Valeria continuaba plácidamente dormida mientras el doctor me veía la cicatriz, me preguntaba qué tal había pasado la noche, si tenía molestias, hambre o sed. En un par de ocasiones, fijó la mirada en Valeria, pero no me preguntó quién era ni nada por el estilo. No

parecía sorprendido por la presencia de mi acompañante, ni tampoco me comentó nada al respecto acerca del repentino viaje de Marta a Boston. Todo lo que supe en relación a esto último lo supe por boca de mi madre.

Nada más salir el doctor por la puerta, Valeria regresó al mundo de los despiertos.

Menudo marrón, jajaja
¡Qué morro tienes! ¿Cuánto tiempo llevas despierta?
Lo suficiente para no haberme perdido la escena.
Desde luego, eres única.

Al rato, apareció mi madre, dándome un beso de buenos días, saludando efusivamente a Valeria, preguntando si quedaban bombones, abriendo la ventana oscilobatiente a todo lo que daba y dejando la puerta abierta de la habitación para que se ventilase, que decía que olía a hospital. Valeria no pudo contener la risa. La enfermera me trajo algo para desayunar y un mísero diminuto vaso de plástico con dos pastillas: un antibiótico y un calmante. Y va la muy cachonda y me dice toda seria:

... si todo va bien, para la hora de la comida podrás tomar un caldo.

Le di las gracias efusivamente. En ese momento me pareció todo un detalle. Casi se me saltan las lágrimas de la emoción tras escuchar sus palabras.

Valeria se marchó a casa para asearse y cambiarse de ropa. Volvería después de comer, tenía que hablar con su madre unas cosas que según me comentó no podía esperar.

Marcus, te veo después de comer.
Muy bien, gracias por haberte quedado conmigo.
Eso, guapa, gracias por haberte quedado con mi hijo.
No hay por qué dárlos, para eso estamos, no solo para salir juntos y divertirnos.

Al final, la chica me va a caer simpática y todo.

Ese último comentario de mi madre en cierto sentido me quitó un peso de encima. Sería bastante desagradable el mantener una relación con Valeria sin que mi madre estuviera de acuerdo con la muchacha. En cambio, mi padre era menos “exigente” le bastaba con verme contento, que fuera buena gente y que el rendimiento en clase no se resintiera.

Después de comer, tal como esperaba, se presentó Valeria, esta vez acompañada de su madre. Una agradable sorpresa. Y digo lo de “después” de comer con gran ironía, ya que un caldo en sí en ese momento no me pareció ni comida ni nada. En conclusión, tenía más hambre que el perro de un ciego.

María querida, ¡qué detalle el verte aquí! No tenías que haberte molestado. Para nada, no es molestia, estoy contenta de ver que Marcus se va recuperando.

¿Un bombón?

No gracias, acabamos de comer y tengo los dientes limpios. Además, últimamente apenas como chocolate, que de sexo voy sobrada jajaja.

...

Hola, Marcus, ¿qué te han dado de comer?

Hola, Valeria, pues un caldo, un mísero caldo, una mierda de caldo.

Pili, vamos a dar una vuelta a tomar un café, así les dejamos solos para que hablen de sus cosas.

Y de esa manera se largaron con viento fresco. No tenía demasiadas ganas de tener a dos cotorras deambulando por la habitación toda la tarde. Valeria se acercó a la cama para darme un beso. El escote pronunciado de su camisa me dejó ver sus pechos y ella lo sabía.

¿Has visto que me he puesto el sujetador que tanto te gusta?

Sí, lo he visto con toda claridad, pero por favor, no me hagas esto...

¿Que no te haga qué? (Volvió a besarme)

Pues que no me hagas esto, no seas mala. (Otro beso más ...)

¿Crees que soy mala? Yo creo que no soy mala, soy una niña muy buena. (Otro beso)

Cerró la puerta de la habitación.

Valeria, pero, ¿qué haces?

Nada, estate tranquilo, relájate y disfruta.

Estaba metiendo su mano por debajo de las sábanas a la altura de mi cadera.

Valeria, este no es ni el momento ni el lugar más oportuno, además me molesta la cicatriz.

Ya verás cómo se te pasa el dolor rápidamente, seguro que si... Quién diría que no es el momento ni el lugar... estás a tope, Marcus.

Valeria, por favor, para...

No, no, no...

En eso que la puerta se abrió, la suerte dio que Valeria estaba de espaldas, con lo que tuvo tiempo de sacar la mano. Salvado por la campana, ya que era la enfermera que me traía el termómetro para tomarme la temperatura. Ya verás cómo revienta el termómetro, estaba caliente, me había puesto a cien. Sin duda que me vengaría de ella en cuanto tuviera la más mínima oportunidad, ¡qué canalla! ¡qué cabrona...! Pero no, no tenía fiebre, una magnífica señal. Si todo continuaba así de bien, al día siguiente me podrían dar el alta.

¡Casi nos pillan, Valeria!

Anda, ¿dónde has dejado tu sentido del riesgo?

Te recuerdo que en este hospital trabaja mi padre, por si lo habías olvidado. Ya lo sé.

Y solo faltaba que nos pillasen con “las manos en la masa”.

Jajaja, eres muy gracioso. ¡Qué ocurrencias!

Al poco rato, regresaron mi madre con María, traían una alegre conversación de esas que se quitan la palabra la una a la otra. Sin duda, que estaban arreglando el mundo. Al entrar en la habitación, mi madre comenzó a mirar a Valeria de otra manera, no sé... me pareció que la charla mantenida con su madre de alguna manera u otra había cambiado la opinión que anteriormente tenía con respecto a Valeria y de nuestra relación.

Estaban las tres tan animadas que la enfermera tuvo que llamarles la atención, ya que estaban hablando las tres en un tono un poco elevado para estar en la habitación de un hospital. Mi padre hizo un hueco en su apretada agenda para pasarse a verme un rato, ya que al día siguiente se marchaba a un congreso fuera del país. Me confirmó que mañana por la tarde, después de la comida, si todo iba bien, tendría el alta, con una serie de recomendaciones médicas de obligado cumplimiento.

Así fue como, al día siguiente, después de degustar de nuevo un sabroso caldo de hospital, estaba como loco por recibir el alta médica, que me dieron a media tarde. Me encontraba fenomenal, salvo por la incomodidad de los puntos de sutura que me dieron que al andar tiraban y me molestaban bastante, se trataría de una cuestión de días que volviera a andar de manera normal. Tardé en salir del hospital un mundo, el camino desde la habitación al parking se me hizo eterno, a pesar de que un amable celador me llevó en silla de ruedas, andando hubiera sido un auténtico suplicio.

Valeria y su madre se fueron por su lado. Tenían que hacer unas compras, con lo que me quedé en manos de mi madre, a la que no le gustaba demasiado conducir. No tenía demasiada práctica al volante y se notaba... se notaba mucho, sobre todo por las pitadas que los demás conductores le dedicaban con sumo cariño para recriminarle alguna pirula. Decía que el tráfico estaba imposible, que cada día había más coches en la carretera y que a más de uno le tenían que quitar el carné por inútil. Sin comentarios. En ese momento en el que tenía mi vida en sus manos, me limité a darle la razón, sin más.

El trayecto de apenas media hora se convirtió en una etapa especial de rally: no había normas de circulación, los intermitentes estaban de adorno, los cambios de carril eran una arriesgada maniobra, los frenazos junto con los acelerones pusieron a prueba el flamante coche de mi padre. Menos mal que no supo de la situación extrema a la que sometió al motor, porque, de lo contrario, mis padres

hubieran tenido un disgusto. Mi padre adoraba a mi madre, pero que le cogieran el coche ya era otra cosa. Además, con el agravante de ser nuevo.

Ya estamos en casa, Marcus.

Sí, ya veo, creía que no llegábamos sanos.

Desde luego, Marcus. Eres tan exagerado como tu padre.

Sí, mamá, lo que digas.

Te he dicho mil veces que no me des la razón como a los tontos.

Que no, mamá.

Que no, ¿qué?

Eso, que no te doy la razón como a los tontos.

Pues parece que sí.

Estoy deseando ponerme el pijama y tirarme en la cama a descansar, así que, si te parece bien, vamos a dejar esta conversación de besugos. Ayúdame a salir del coche, que voy a tardar en llegar a mi cuarto lo que no está escrito.

Desde luego, cada día te pareces más a tu padre.

Al llegar a mi habitación, tras un duro peregrinar subiendo las jodidas escaleras, que me costó todo un triunfo, me tumbé en la cama, sintiendo un gran alivio físico y mental. Estar tumbado alivió mi dolor, a la par que estar en mi cuarto con mis cosas supuso en ese momento otro alivio añadido. Me vino el recuerdo de aquellas noches compartiendo mi habitación con Marta, cuando estuvimos los dos con gripe. No es que la echara de menos, pero en ese instante me acordé de manera efímera. Al poco, me quedé dormido. La noche anterior no había descansado demasiado, el entrar y salir de las enfermeras para ponerme el termómetro impedía el descanso. Estaba con ganas de dormir el tiempo suficiente como para recuperar el sueño perdido.

Noté cómo mi madre se asomaba en varias ocasiones a la puerta de la habitación para comprobar que estaba todo bien, hasta que antes de irse a la cama entró, me dio un beso, apagó la luz de la mesita y se marchó a dormir. Al irse, farfullaba algunas palabras en voz baja. No pude oír con la nitidez suficiente como para saber qué dijo. A la mañana siguiente, desperté pasadas las diez de la mañana. Había dormido algo más de doce horas y hubiera seguido durmiendo si no hubiera sido por la visita de una enfermera del hospital que vino a curarme la herida.

No era usual que las enfermeras hicieran ese tipo de visitas domiciliarias, pero al ser mi padre de la casa, supuse que tiró de enchufe. De esa manera estaría puntualmente informado de la evolución del post operatorio, ya que, si le hubiera preguntado a mi madre, se hubiera limitado a decir que todo estaba bien, sin más.

Marcus, esto está de maravilla, se está curando muy deprisa.

Gracias. Me alegra oírlo.

En un par de días vendré a quitarte los puntos. No hará falta ni que tengas que desplazarte hasta el hospital.

Pues no veas si te lo agradezco.

Te voy a curar los puntos y listo. Cualquier cosa que necesites, tu madre tiene el teléfono del hospital y la extensión en la cual me podéis localizar en caso de urgencia.

Vale, lo tendré en cuenta. Muchas gracias.

Valeria se pasó a verme después de la hora de comer, a pasar la tarde conmigo para hacerme compañía; su madre también entró a saludarme cuando la dejó en casa de mis padres. Ya se lio la cosa, ya que mi madre insistió en que se quedara un ratito a tomar café. Además, había preparado un bizcocho de esos tan ricos con yogurt, con lo que María no tuvo escapatoria posible. Se habían convertido de la noche a la mañana en amigas de toda vida, amigas íntimas. Menudo cambio de actitud la de mi madre, estaba irreconocible. ¿De qué demonios habrían hablado la tarde anterior?

Pasamos la tarde escuchando la radio, hablando de nuestras cosas, pensando en los cambios que se avecinaban cara al próximo curso. Solo nos quedaban dos años para acceder a la universidad y eso nos parecía tremendamente excitante. Por la ventana entraba una brisa que empapaba la habitación de frescor, de sueños de presente y de futuro.

¿Te imaginas cómo será la vida en la universidad? Tiene que ser tan diferente al instituto que estoy deseando que llegue el momento.

Sí, Valeria, tiene que ser una pasada. Aún no sé a qué universidad iré para estudiar Psicología, pero, si la nota me da, me gustaría ir a la mejor de todas, vivir en una residencia para estudiantes, centrarme en la meta del aprobado y, dentro de lo posible, disfrutar de esos años de universitarios que tendremos por delante.

¿Tienes claro que vas a estudiar Psicología? ¿Estás totalmente seguro?

Sin duda, es una profesión que siempre tendrá salida. Mi padre dice que hay mucho loco suelto por el mundo, que los psicólogos del hospital tienen un montón de trabajo y que en sus consultas privadas están ganando mucha pasta.

Desde ese punto de vista, hasta me está apeteciendo estudiarla a mí también, me pintas un futuro tan genial que la verdad es bastante atractivo.

Llevo tiempo observando el comportamiento de las personas que me rodean, cómo reaccionan ante diferentes situaciones cotidianas, cómo afectan esas reacciones a su día a día. Y todo eso lo llevo anotado en varios cuadernos en los que he ido escribiendo a lo largo de los años.

Eres una caja de sorpresas. ¿Y en esas notas, también aparezco yo? Jajaja.

Pues, claro, pero son notas totalmente confidenciales. Estoy convencido de que en un futuro no demasiado lejano me servirán de gran ayuda. Y no pienso dejar que las leas.

Eso estará por ver.

No te hagas ilusiones, son datos y opiniones demasiado personales como para compartirlas con nadie.

Insisto... estará por ver.

La madre de Valeria volvió a subir a la habitación por segunda vez para despedirse, esta sería la definitiva. Mi madre se deshacía en atenciones para con María, las miraba a las dos con otros ojos, como si estuviera viendo a los protagonistas de una película romántica. ¿Qué habían hablado entre ellas? Fue todo un misterio, pero ese cambio tan drástico... hasta Valeria se dio cuenta. Estuvimos deliberando sobre los motivos por los cuales mi madre se encontraba tan agradable. Todos los motivos fueron un auténtico disparate. Lo único que sacamos en limpio fueron las risas que nos echamos.

Llegó la hora de cenar. La verdad es que tenía mucha hambre y, debido a la evolución favorable, mi madre me sirvió una tortilla francesa. Quizás demasiado contundente para mi estómago, pensé, pero no dije ni pío por si acaso me la hacía de un solo huevo. Valeria se quedó a cenar, ya que la madre no había dado señales de vida desde que se marchó unas horas atrás, por lo que mi madre estuvo encantada con la situación. Nada mejor que dar de cenar a la hija de su mejor amiga. Puso la mesa con el mantel de las fiestas, la vajilla de las ocasiones especiales... parecía que estuviéramos en navidades.

Se notaba que mi madre estaba disfrutando ejerciendo de anfitriona, canturreando mientras preparaba la cena, ayudada por Valeria, ¡quién lo hubiera dicho hace unas semanas! Al poco se unió María, que había vuelto por Valeria. Tras una nueva insistencia de mi madre, se quedó también a cenar. ¿Cómo no quedarse si ya estaba la cena prácticamente terminada? Mientras estábamos cenando, llamé a mi padre para interesarse por mi estado de salud. Mi madre le dio el parte completo, sobre todo recreándose en el ámbito social, ya se sabe, su mejor amiga estaba cenando en casa, con su encantadora hija Valeria.

Comenzaba a remitir el dolor, ya no me molestaba tanto al andar, con lo que esperaba a que me quitasen los puntos para de manera paulatina, comenzar a hacer vida normal. Solo me quedaban dos días, lo tenía muy cerca, tuve la sensación de que ese momento no llegaría, se me estaba haciendo largo, muy largo. Después de cenar, mientras nuestras madres tomaban café, salimos al jardín, buscando unos minutos de intimidad.

Por fin, solos.

Sí, es cierto. Ya estaba echando de menos un poco de intimidad.

Yo estoy echando de menos tus besos y tus caricias, Marcus.

¿Ah sí? Pues tendremos que poner remedio, pero ahora no, aún estoy molesto por la cicatriz y no quiero que se me salten los puntos.

Quiero que sepas que, en cuanto te recuperes, me vas a tener que compensar por el tiempo perdido.

No sé si preguntarte el cómo.

Mejor que sea una especie de agradable sorpresa sexual.

La madre de Valeria salió al jardín. Ya se marchaban. Valeria me plantó un pedazo de beso en todos los morros delante de su madre, la cual esbozó una leve sonrisa.

Ya podéis tener cuidado, que soy demasiado joven para ser abuela, jajaja.

No se les ocurrirá, vamos. Seguro que la tenemos bien gorda.

Mamá, mira que eres, hoy en día la chica que se queda embarazada es por despiste o porque quiere pillar al chico, que con los métodos anticonceptivos que hay en el mercado, quedarse embarazados es de idiotas.

Pues eso, más os vale que no seáis dos idiotas.

Por unos segundos, la conversación se tornó seria a la par que transcendental. La palabra embarazo continuaba sin formar parte de mi diccionario, era una palabra maldita. Las invitadas se marcharon para su casa, quedé en que a la mañana siguiente nos llamaríamos para vernos.

Espero que estéis tomando medidas.

Claro que sí, mamá. Valeria toma la píldora.

¿Y tú no te pones el preservativo?

Pues no, no lo vemos necesario. Disfrutamos de una sexualidad sana, el condón quita cierta sensibilidad a la hora del coito.

¿Coito? ¿Sensibilidad? Estás tú muy familiarizado con este tema, ¿No?

No más que cualquier chico de mi edad.

Solo te quiero advertir de las consecuencias de un embarazo no deseado, que sois muy jóvenes para arruinar vuestras vidas.

Tengo que darte toda la razón, mamá. No te preocupes, está todo controlado.

Aquella noche, recuerdo que dormí como un recién nacido. Sin duda, fue la noche que mejor dormí de toda mi vida. Si me esforzara, hasta creo que podría recordar lo que soñé, pero mejor no tentar a la suerte. Puede que lo que soñé esa noche no fuera digno de recordar. Poco después de levantarme, un escalofrío me recorrió la espalda. Me acordé del paquete que dejamos escondido y que pasados unos meses tendríamos que volver a recoger. Tras unos segundos pensando en ello, decidí dejarlo pasar. Todo estaría bien. Estaba más que seguro que nadie lo encontraría. No sé realmente por qué tuve esa especie de presentimiento, sería el subconsciente que me estaría echando una mano.

A media mañana, Valeria llamó por teléfono para decirme que había quedado con Martina para tomar algo, que hacía mucho que no se veían y no se ponían al

día con los cotilleos, que si no se liaba demasiado se pasaría a verme por la tarde, un ratito a última hora.

Espero que no te importe que haya quedado con Martina.

Para nada. Dale recuerdos. A ver qué tal le va con el bueno de Daniel. Pásalo genial y, si se te hace tarde, no te preocupes, mañana me quitan los puntos e intentaré retomar la rutina anterior a la operación.

Intentaré pasarme a última hora, pero no te prometo nada.

Estate tranquila y pasadlo genial.

Ese día me lo pasé ojeando las anotaciones que había ido recopilando en los cuadernos, recordando las anotaciones que en su día fui escribiendo de los profesores que hasta la fecha me habían dado clase. Es curioso lo que un estado de ánimo repercute en la forma de actuar de las personas, en la elección de los colores de la ropa, en su manera de expresarse con mayor o menor énfasis, en la implicación a la hora de dar las clases. A cada palabra que releía, más ganas sentía de meterme de lleno en el estudio de la Psicología. Siempre me pareció fascinante en buscar en el cerebro todo lo relativo al comportamiento humano.

El día tocaba a su fin y Valeria no apareció por casa. Mi madre me preguntó si vendría a cenar, la contesté que muy probablemente no, dado que ya era tarde. Apenas cené, pues no tenía hambre. El mero hecho de que a la mañana siguiente me quitaran los puntos me dejaba sin apetito, no me hacía demasiada gracia. Esa noche me costó dormirme por la misma razón. En cambio, a la mañana siguiente, cuando llegó la enfermera...

Hola, Marcus. Déjame que te eche un vistazo a ver cómo evoluciona esa cicatriz.

Hala, ya está.

Que ya está... ¿Qué?

Ya te he quitado los puntos. ¿A que no has sentido nada?

¿Ya no tengo los puntos? ¿En serio? ¡No me he dado ni cuenta!

Ahora intenta caminar, sin forzar. Puedes comenzar a comer de todo, pero que no sean comidas demasiadas pesadas, no te des ningún atracón.

Vale, así lo haré. Muchas gracias.

Cualquier cosa que necesites, ya sabéis dónde localizarme.

Sí, de acuerdo.

La enfermera se quedó un rato tomando un café con mi madre, se conoce que no tenía ni mucho trabajo ni demasiadas ganas de volver al hospital. Una vez hube comprobado que al andar la cicatriz apenas me molestaba, llamé a Valeria para ver qué planes tenía. Quedaban algo más de dos semanas para que el curso comenzara. Por lo tanto, mi intención continuaba siendo la de aprovechar al máximo

el tiempo libre que nos quedaba. Me comentó que su madre estaría fuera los tres próximos días, se había ido a la cabaña para estar con Marcelo, el mismo que clavaba la mirada en sus tetas siempre que tenía ocasión.

Deberías de hacer un plan para pasar esta noche en mi casa, tenemos todo el chalet para nosotros, deberíamos de aprovecharlo.

Vale, le diré a mi madre que duermo en tu casa, que tu madre ha dicho que me toca quedarme en la suya y, como ya estoy casi bien del todo, seguro que no pone impedimentos. En cuanto hable con ella ...

No, mejor deja que sea mi madre la que hable con la tuya.

¿Y tu madre nos va a dejar quedarnos solos en el chalet? Joder, qué moderna y enrollada es tu madre.

¿Has visto que suegra te has echado?

Ya veo, ya.

A los pocos minutos, sonó el teléfono. Supuse que era la madre de Valeria, así que me hice el sordo. Mientras caminaba por el salón para probar qué tal me sentía, escuchaba atentamente la conversación de mi madre con su nueva mejor amiga. Todo resultó tal cual lo había planeado Valeria. Sencillamente, flipé en colores, Valeria era una gran improvisadora, y eso me encantaba.

De esa manera, mi madre me metió en una mochila un pijama, algo de ropa. En fin, como si me fuera de casa una semana. Como era lógico, tuve que subir a mi habitación a recolocar la mochila, cuyo contenido se quedó en la mitad.

Ten cuidado con lo que haces y, si tienes molestias en la cicatriz, llamas al hospital, por cierto, ... toma llévate esto.

Pero mamá...

Ni mamá ni gaitas gallegas. Hazme el favor de llevártelos y usarlos, sin discusión.

¿Dónde crees que voy a ir con una caja de veinticuatro condones? Ni que fuera un actor porno. ¿Qué te crees que va a pensar la madre de Valeria si me ve con esto en la mano?

María y yo pensamos lo mismo, así que ya sabes.

Mi madre se empeñó en llevarme hasta casa de Valeria, pero ante mi insistencia argumentando que ya era tarde para salir de casa y conducir, se le pasaron las ganas. Me dio la razón, ya que de noche a mi madre no la gustaba conducir demasiado.

Me despedí de mi madre, después de escuchar por enésima vez los consejos anti embarazo, que ya había escuchado con anterioridad.

Tenía la intención de coger un taxi, sería más rápido que esperar el autobús.

Apenas a unos metros de casa, tuve la suerte de cruzarme con uno. Nada más llegar a la entrada de la urbanización, de la garita de los seguratas salió un guarda que parecía un armario empotrado.

Buenas noches.

Hola, buenas noches.

¿Puedo ayudarle?

Sí, claro, vengo a la casa de Valeria.

¿Valeria?... Ah, ya, un momento por favor.

Adelante, puede pasar.

Marcus, hola.

Anda, mira tú qué bien. Me has venido a buscar.

Claro, estaba impaciente por verte. Muchas gracias, Denis.

De nada, señorita Valeria. Lo que necesite.

Desde la garita de seguridad hasta el chalet de la madre de Valeria había un trecho, que tardamos en caminar unos cinco minutos. Desde la última vez que estuvimos, que era de día, a esta ocasión que era noche cerrada, me pareció que el camino era más largo. Estoy seguro de que, si tuviera que haber ido solo hasta el chalet, con toda seguridad me habría perdido.

¿Has visto que bien se enrolla mi madre?

Pues sí, la verdad es que me ha sorprendido, teniendo en cuenta que mi madre supone que la tuya está con nosotros, ¿no?

Claro, ha sido una mentira piadosa, ya sabes, mi madre con esto del divorcio, supongo que no quiera causarme ningún trauma, con lo cual pienso aprovecharme al máximo de esta situación.

Pues mirado así, creo que estás haciendo lo correcto, creo que en tu situación haría lo mismo.

Había dejado preparados en la mesa del jardín unos sofisticados aperitivos, que estaban realmente deliciosos: bebidas frías, debido al calor que hacía se agradecían, con unas velas encendidas flotando en la piscina. Sin duda, Valeria había creado un ambiente bastante íntimo y sensual, se lo había currado, cuidando hasta el más mínimo detalle. Comenzamos a cenar. La verdad es que esos días atrás a dieta me habían dejado con más hambre de lo habitual, supuse que sería algo estacional, hasta que el cuerpo se acostumbrara al ritmo anterior a la operación. La noche era espectacular, la temperatura ideal, la compañía, perfecta.

¿Sabes? Tengo unas ganas locas de darme un baño.

¿Y quién te lo impide?

De momento, nadie. Así que allá voy.

Nada más levantarse de la hamaca, comenzó a desnudarse al compás de la música que sonaba muy bajita, como un susurro musical sensual. Bailaba con los ojos totalmente cerrados. La música y ella eran un solo ser. Yo me pellizcaba para comprobar que no estaba soñando; uno de mis sueños eróticos de toda la vida se estaba convirtiendo en realidad. Valeria estaba desnuda bailando a la luz de la luna, mis deseos de poseerla aumentaban a cada compás de la música, a cada movimiento de sus caderas. Se acercó hasta donde me encontraba. Mirándola con la boca medio abierta, me besó con tanto deseo que pude notar cómo su lengua ardía en mi boca.

¿A qué esperas para desnudarte? No creerás que me voy a bañar sola.
No, para nada, ahora mismo voy...

Se zambulló en el agua. Algunas de las velas que flotaban en la piscina se apagaron, aún quedaban la gran mayoría de ellas encendidas, creando un ambiente más sensual. En esos momentos ni me acordé de la cicatriz, era incapaz de pensar en nada que no fuera en su cuerpo bailando desnudo solo para mí, en esos pechos voluptuosos moviéndose al ritmo de la música, ese culo perfecto esculpido por el mismísimo Miguel Ángel, esos labios húmedos de placer.

Sentí un ligero tirón en la cicatriz, pero no le di importancia. Comprobé que no sangraba, con lo cual pensé que todo iría bien. Me tiré a la piscina, ella me estaba esperando salpicando agua con sus brazos. Su cuerpo saltaba arriba y abajo, llamándome, desafiándome a cogerla, besarla y acariciarla. Se fue hasta la zona en la que menos cubría de la piscina, en la que hacíamos pie, yo detrás como un perrito fiel. Se giró y me abrazó mientras me besaba una y otra vez, lentamente, disfrutando de cada beso, de cada caricia.

¿A que no te lo esperabas?
Pues no, para nada.
Ya te advertí que me pensaba vengar.
Joder, pues tu venganza me encanta.

Continuamos abrazados, enroscó sus piernas a mi cuerpo, comprobando la dureza de mi erección, la quise agarrar por las caderas, pero ella se zafó, para sumergirse a mis pies; me quedé sorprendido del tiempo que aguantaba debajo del agua. El placer era inmenso, no había sentido mayor deleite en mi vida. Valeria salía del agua para coger aire y continuar con la felación, intenté contar los segundos que aguantaba debajo del agua, pero debido al deleite al que estaba sometido, me fue imposible, no podía contar más allá de tres.

Después de la tercera o cuarta inmersión –no lo recuerdo del todo bien– le agarré de los brazos para que finalizara con la felación. Estaba deseando besarla,

sentirme dentro de ella, disfrutar de su cuerpo, deleitarme con sus pechos, chupetar sus pezones, hacerla correrse de placer.

Continuamos disfrutando de besos y caricias, de suspiros, de risas, de miradas en silencio, que sin decir nada lo dijeron absolutamente todo. Hablaban de pasión, lujuria, sexo, una tormenta de sensaciones. Sin duda que nuestro deseo era fruto del amor, del respeto, de la manera tan parecida que teníamos de ver la vida, de ver nuestra relación. Estábamos disfrutando el uno del otro sin barreras, sin límites, con frenesí, cada beso, cada caricia era única, mejor que la anterior. Salimos del agua, para tumbarnos de nuevo en la hamaca, aún no habíamos acabado de jugar a nuestro juego favorito, estábamos dándonos un respiro.

Una vez tumbado en la hamaca, Valeria, se puso encima, cabalgando encima de un desbocado semental, sencillamente fascinante, disfrutando de un nirvana sexual, un estado de felicidad plena, libres de ataduras. Sin duda, Valeria en otra vida tuvo que ser alguna diosa mitológica, quizás Himero, en griego la personificación de la sensualidad, la lujuria y el deseo sexual o Rati, diosa del sexo, del deseo carnal, la lujuria, la pasión y el placer sexual en el hinduismo. Estaba convencido de que sí. Sin duda alguna, podría asegurar que descendía de la propia Afrodita, diosa de la belleza, la sensualidad y el amor.

Acabamos extenuados, sin aliento, con las fuerzas justas para llegar hasta la habitación de invitados, que era tan grande como dos veces la mía, una pasada, un lujo para los sentidos. Nada más poner la cabeza en la almohada, nos abrazamos, quedándonos dormidos entre besos y caricias. Cuando despertamos, el sol lucía en todo su esplendor, iluminando con sus rayos el cuerpo desnudo de Valeria sobre la cama. Mientras la miraba, aún dormida, pensé que tenía que continuar con la filosofía del día a día, sin pensar más allá, ya que el futuro era impredecible. Nunca pude saber a ciencia cierta qué es lo que me depararía.

Estaba viviendo una etapa de mi vida en la cual estaba rozando la perfección, aunque si bien es cierto que con Marta llegué a pensar lo mismo en alguna ocasión. Pero cada persona es única, al igual que las sensaciones que vives con ellas.

Con Valeria, cada momento era único y como tal estaba dispuesto a vivirlo al límite. Nunca pensé que una sola mujer me haría sentir que podría llegar a ser la mujer de mi vida, salvo que el tiempo y las circunstancias me dijeran lo contrario. Estaba a punto de cumplir los dieciocho años, lo que no sabía si me daría más independencia o si me la quitaría. Solo pensaba en vivir, mientras continuaba observando cómo el sol continuaba acariciando su piel desnuda sobre la cama. Estaba preciosa. Comencé a besar cada centímetro de su piel, a oler su cuerpo, a desearla con todas mis ganas.

Permanecía dormida. Mientras mis besos y caricias despertaban su apetito sexual, comenzaba a desperezarse lentamente, se hacía de rogar. Los gemidos se

hicieron los dueños del silencio, no quedó un ápice de su piel que mi lengua no recorriera, ni gemido que mi cabeza no grabase para el recuerdo. No quería que el olvido hiciera mella en ese instante, pretendía tenerlo para siempre fresco en mi memoria como uno de los recuerdos más bellos de mi vida, independientemente de lo que ocurriera en el futuro.

Si la experiencia de la noche anterior fue maravillosa, la de la mañana no lo fue menos, genial pero diferente, igual de intensa pero totalmente diferente. Despertar con la persona con la que realmente quieres estar, compartiendo una nueva experiencia en forma de relación más o menos seria es una auténtica maravilla. Sentir cómo su cuerpo comenzaba a despertarse entre espasmos de placer, palabras llenas de ternura, fue una manera muy intensa de sentir, vivir, disfrutar ...

La mañana comenzaba de la mejor manera posible. Después de la alucinante experiencia, nos dimos un baño en la piscina, que aún conservaba algunos restos de las velas de la noche anterior. La sensación de volver a la piscina me hizo sentir como una especie de Superman, de ser afortunado por todas las cosas que me rodeaban. Tuve que hacer un esfuerzo para que no se me subiera la tontería a la cabeza, ya que jamás he sido una persona que presumiera de nada, sino todo lo contrario, siempre he sido muy humilde.

Al poco rato, se presentaron dos de mantenimiento para limpiar la piscina. Era una pasada ver cómo trabajaban. En menos de media hora dejaron la piscina como nueva, sin preguntas, sin decir nada, salvo “buenos días” y “adiós”. Supuse que estarían acostumbrados a ver esas cosas y algunas peores.

Valeria ¿Esto es habitual? Que vengan a limpiar la piscina ¿Entra dentro de la comunidad?

Pues hombre con la pasta que cuesta al mes, entre la seguridad y el mantenimiento, es lo menos que pueden hacer. A estos dos que se acaban de marchar les tengo en nómina...

¿Que les tienes en qué?

Jajaja, no pongas esa cara. Cuando necesito alguna tarea de mantenimiento que conlleve cierta discreción, les doy un toque, se pasan por aquí, no preguntan nada, solo se limitan a hacer lo que les pido. Hoy ha sido limpiar la piscina y recoger un poco, otro día puede ser que se lleven a algún invitado que se ha pasado con la bebida y lo dejan en su casa, sin hacer preguntas. A cambio, reciben una compensación.

Entiendo... son los que de una manera u otra sacan la basura, ¿no?

Efectivamente, ellos cuidan de nosotros y de igual manera les cuidamos nosotros a ellos. Somos como una gran familia.

Ni pregunté cuánto les salía la broma al mes, de esas cosas cuanto menos se sepa un tanto mejor, pero calculé que saldrían por una buena pasta. Y hablando de pasta...

Marcus, ¿estás seguro de que la pasta estará a buen recaudo? Se me acaba de venir la imagen a la mente.

Pues ahora que me lo comentas, no sé yo...

Joder, no me asustes.

Jajaja, no seas neuras. Claro que estará todo bien. Dentro de unos meses lo sabremos, estate tranquila, nadie lo encontrará.

Nos metimos en la cocina para preparar algo de comer, no antes sin preguntar cuál sería el punto de encuentro en caso de que me perdiera, dado el tamaño descomunal de dicha cocina, en la que había absolutamente de todo, cuidando hasta el más mínimo de los detalles. Siempre he sido más de carne que de pescado. A Valeria le daba lo mismo, así que guisamos una carne en el horno que nos quedó espectacular. De la posterior limpieza se encargaría la asistenta que vendría a la mañana siguiente.

En la urbanización había una especie de club social, un edificio de dos plantas en el cual se organizaban todo tipo de eventos, como bautizos, cumpleaños, hasta una boda de los pijos del chalet de al lado. Esa tarde, nos dimos una vuelta para tomar algo, el sol ya no calentaba como en las horas centrales del día, una brisa fresca invitaba a salir. Aunque no soy demasiado de estar en altas concentraciones de pijos por metro cuadrado, de esos que pasan el rato mirándose a ver quién la tiene más larga, pero bueno, habría que hacer un sacrificio.

Ya verás qué gente más maja. Tengo un par de amigas que son la bomba. Te vas a reír con ellas un montón, son súper divertidas.

¿Pijas súper divertidas? ¿En serio? ¡Qué bien!

Anda, no me seas protestón.

Nada más llegar, a la entrada, un tipo te toma los datos, ya que, al ser de la urbanización, pasé a la categoría de invitado. Te coloca una especie de chapa de identificación con la palabra "INVITADO" bien grande, para que todo el mundo se entere bien. Parecía que estaba entrando en un parque temático o algo parecido. Solo hubiera faltado que me hubieran cacheado por si llevaba algún artefacto explosivo. Estos pijos son de lo que no hay, horteras hasta decir basta.

Espera un segundo aquí, voy a ver si está alguna de estas locas por aquí.

Claro, no te preocupes.

Ahí estaba en medio de ese avispero de pijos, dejado de la mano de dios, esperando a que volvieran a por mí, a que me rescataran.

Ya estoy aquí. ¿Todo bien?

Sí, de momento no me han detenido ni nada parecido.

De lo cual me alegro, a ver qué hago yo sin ti.

Estas dos locas se han marchado de vacaciones, no vendrán hasta dentro de unos días. Ya organizaré una barbacoa en casa para que conozcas a mis amigos.

En cuanto escuché la palabra “amigos” recordé que hacía tiempo que no sabía nada ni de Daniel ni de Martina. No tenía ni idea si continuaban en contacto, si habrían vuelto a salir o no, ni había llamado a mi casa para dar alguna señal de vida. Saber de Martina me daba más o menos igual, pero Daniel era un buen chaval. Con todo, ya faltaba poco para el comienzo del curso, con lo cual ya tendría noticias suyas y de los demás compañeros de clase del curso pasado en breve.

Estuvimos dando una vuelta por el centro social, que la verdad estaba bastante bien organizado. La gente no era tan pija repija como pensaba, les había juzgado antes de conocer el ambiente en el que se movían. Pero siempre hay una excepción, siempre hay algún listillo que tiene que estar continuamente llamando la atención, un claro síntoma de que papá y mamá, a pesar de estar podridos de pelas, no le han hecho ni caso desde que nació, con el agravante de haberle dado todo tipo de caprichos.

Uno de los de seguridad, llamó la atención de Valeria y le dijo algo al oído.

Marcus, ponte un momento al teléfono, es tu madre.

Joder, qué control, la leche. Y a mi madre ya la vale también.

Hola, hijo, ¿qué tal estáis? Recuerda que tienes una casa y unos padres. ¿Qué tal la cicatriz de la operación? ¿Te molesta o te duele?

Hola, mamá, estamos bien, en el centro social de la urbanización dando una vuelta, y la cicatriz ni me molesta ni me duele.

Tu padre llega mañana por la tarde de viaje. Estaría bien que estuvieras en casa para cuando llegue, por aquello de que te vea un rato. Tráete a Valeria si le apetece. Y dile a María que se venga también. Por cierto ¿Anda por ahí?

Pues no, no está con nosotros.

Vale, pero no te olvides de decírselo y mañana por la tarde te vienes a casa, ¿Entendido?

Que sí, mamá, entendido. Hasta mañana.

Adiós, hijo.

En cuanto entraba una llamada que no se contestaba, saltaba a la garita de seguridad, por si la llamada fuera urgente. De esa manera mi madre me localizó. Conociéndola se habrá quedado con el molde, ya que resulta que llama a casa de María y le sale la voz de uno de los de seguridad. Estuvimos hasta tarde en el centro social, tomando algo, y lo que más me flipó es que no se paga nada. Es a final de cada mes, por lo que Valeria disfrutaba pidiendo, ya que la cuenta lo pagaba todos los meses el putero del padre.

Así daba gusto, aunque realmente yo tampoco tenía quejas de los míos, salvo por mi padre que se pasaba demasiado tiempo fuera de casa, pero era el precio a pagar por tener el status social del que disfrutábamos. Al llegar al chalet, nos dimos un baño los dos desnudos en la piscina, esta vez más tranquilamente, disfrutando de la agradable temperatura del agua, nadando, haciendo el pino debajo del agua,

soltando chorradas por doquier como dos adolescentes que éramos, disfrutando del momento. Esa noche caímos rendidos en la cama, no hubo lugar ni para besos ni caricias, solamente para dormir abrazados el uno al otro.

A la mañana siguiente, nos fuimos pronto para pasar el día por ahí antes de ir a casa de mis padres, para continuar aprovechando el tiempo a tope. Decidimos ir al “Dime que me quieres”, ya que hacía mucho que no nos pasábamos por allí. Nada más vernos, Marga salió a saludarnos.

¡Cuánto tiempo, parejita!
Ya, hemos estado fuera de vacaciones.
¿La mesa de siempre?
Claro, nos encanta esa mesa.

Y ahí nos encontrábamos de nuevo, en la misma mesa donde comenzó todo, con el mismo ambiente festivo. Habían pasado tantísimas cosas desde la última vez que estuvimos que parecía que había transcurrido bastante más tiempo que el que realmente había pasado. El olor de la carne de las hamburguesas impregnaba parte del local, que continuaba siendo agradable, a pesar de que el calor era bastante sofocante. Marga continuaba siendo un encanto, especialmente con nosotros. Debimos de caerle bien desde el primer momento, ya que, siempre que el aforo lo permitía, se sentaba unos minutos a charlar con nosotros.

La comida transcurrió en medio de un ambiente distendido, hasta tal punto que Marga se sentó a comer con nosotros. Nos comentó que tenía en mente ampliar el negocio para el próximo verano, poner más mesas y una segunda barra en la terraza. Se había convertido en el garito de moda y continuaba siéndolo, por lo que había que mantenerse en la cresta de la ola, ofreciendo novedades que repercutieran directamente en la satisfacción del cliente. Nos invitó a comer, no nos permitió pagar. Al marcharnos Valeria tuvo una excelente idea, bueno, excelente no, pero idea sí.

Sería una buena ocasión para tener pelas e invertir en el “Dime que me quieres”. ¿No te parece?

Pues la verdad es que me parece una idea bastante buena, pero tendríamos que hacer frente a un par de impedimentos.

¿Impedimentos? Marcus, no te comprendo.

Sí, y el principal sería cómo justificar la procedencia de ese dinero.

Ya, ahí tienes toda la razón.

No podemos poner encima de la mesa la pasta sin justificar. Además, es un riesgo innecesario. Apenas conocemos a Marga. No sabemos nada de ella ni de su socia. Lo miremos por donde lo miremos, no es factible.

Entonces, cuando vayamos a por “eso” ...

Llegado el momento, ya veremos qué hacemos para que las cosas salgan bien. No te preocupes ni te obsesiones con ello. Estate tranquila.

Pues, si tú lo dices, tranquila estaré, pero es que...
Ni es que ni nada, olvídate hasta el año que viene.

Pasamos la tarde dando una vuelta por la zona marítima, llegando hasta la playa. Una lástima que no teníamos ropa para darnos un baño, ya que lógicamente no era plan de ponerse en pelota picada, máxime cuando la playa estaba de bote en bote. Nos dimos un paseo por la orilla del mar.

El agua estaba a una temperatura ideal, nos estaba dando envidia ver a la gente disfrutar. Ya quedaba poco tiempo de vacaciones, una lástima, pero es lo que tocaba.

De regreso a casa, Valeria tomó el autobús que la dejaría cerca de casa, yo esperé en la parada a que llegara el mío. Mientras esperaba, un coche paró, bajando la ventanilla del copiloto, era María.

Sube, anda, que te llevo hasta tu casa en un momento. Unos minutos antes y os pillo a los dos.

Hola, pues muchas gracias. Aún me quedaba un rato de espera hasta le llegada de mi bus.

La verdad es que no acababa de entender cómo su ex marido, el putero, tuvo el valor de mandar toda su relación con María a la mierda, por acostarse con otras mujeres, ya que era una señora que tanto por su atractivo físico, como por su forma de ser y de vestir, no pasada desapercibida. Además de llevar un estilo de vida que ya lo quisiera más de uno o de una para sí. El haber sido madre muy pronto le daba un añadido especial, ya que más que parecer la madre de Valeria, parecía su hermana mayor.

Tampoco me extrañaba que Esteban estuviera todo el rato mirándole las tetas, porque eran espectaculares; tuve que hacer un esfuerzo para mirarle a la cara sin mirarle las tetas. También el pensar en el parecido físico entre madre e hija me hacían presagiar una más que interesante relación sexual a futuro, pero igualmente tenía muy claro que no pensaba hacerla a Valeria madre demasiado pronto... ni demasiado tarde.

Le pegada al acelerador a base de bien, manejaba el coche con una maestría propia del mejor piloto de fórmula uno, además de tener un pedazo de coche que invitaba a pisarle a fondo.

Bueno, Marcus ¿Qué me cuentas? ¿Qué tal con Valeria? Ni que decir tiene que no quiero que me veas como la madre de tu chica, sino más bien como una amiga, con la que puedes contar para lo que quieras.

Claro, así lo haré desde este momento. La verdad es que como madre molas un montón, das y trasmites confianza. Eso está muy bien.

Fui madre muy joven con apenas veintidós años, he dedicado mi tiempo a sacar adelante a Valeria, que es la persona a la que más quiero en este mundo. Ahora, con casi cuarenta años, después de descubrir las andanzas del putero del padre, estoy en la flor de la vida, por lo que he decidido pasar página y dedicarme en pleno a vivir de las rentas del cabronazo de mi “ex”.

Creo que haces muy bien, hay que disfrutar la vida al máximo.

Jajaja, ¡Qué jovencitos e inexpertos que sois los dos! Aprovechad estos años tan maravillosos que estáis viviendo para descubrir nuevas vivencias. Ahora bien, como me la dejes embarazada, tendremos un serio problema.

Ya, soy consciente de ello. No te preocupes por eso. Estamos tomando las medidas necesarias para que no ocurra.

Más os vale a los dos de igual manera, que tanto es culpable el donante como el tomante.

Mi madre estaba regando las plantas del jardín. Cuando vio llegar el coche de María, salió hasta la puerta de casa para invitarle a tomar un café. Declinó la invitación, ya que tenía una cita y llegaba tarde. Le agradecí la deferencia de haberme llevado a casa aun teniendo una cita, fue todo un detalle. Pero María era de las que no dan puntada sin hilo. Llevarme hasta casa supuso para ella recibir una información de primera mano sobre cuáles eran mis intenciones para con su hija. Aunque no me preguntó nada de manera directa, al final de la conversación tuvo más que claro el rumbo que estaba tomando nuestra relación.

Ya es hora de que se te vea el pelo.

Eres una exagerada, mamá.

¿Exagerada? Si llevas todo el verano de acá para allá, sin parar en casa. Va a comenzar el curso y vas a estar con las fuerzas bajo mínimos y para seguir disfrutando de esta libertad, las notas deben de ser las mismas que en cursos anteriores.

Que no, que estoy de maravilla, fuerte como un toro.

Y delgado como un espagueti. A saber, lo que habrás estado comiendo por ahí.

He comido bien, pero nada más rico que lo que cocinas tú, la mejor madre y la mejor cocinera del mundo.

Anda, zalamero, ¡Qué pico de oro tienes, igualito que tu padre! Lávatte las manos, que cenaremos en un rato.

¿Cuándo regresa papá?

Al final se retrasa a mañana por la mañana, que llega su vuelo. Se tiene que pasar por el hospital y se viene para casa. Ahora bien, la hora aproximada de llegada a casa es un misterio.

Ya, entiendo, otro que no para en casa, jajaja.

Nada más acabar de cenar, mientras ayudaba a mi madre a recoger la cocina, sonó el teléfono. Era Valeria. Subí hasta mi habitación a toda prisa para poder hablar de una manera más íntima.

Hola. ¡Menudo chófer has tenido! ¡Menuda suerte! Yo he tardado un montón en llegar a casa en el bus, ¡menudo rollo!

Ya, tuve suerte. Lástima que tu madre no pasara por ahí unos minutos antes para haberte llevado.

Date por contento, que había quedado con su abogado para cenar y de esa manera ir cerrando los preparativos para el juicio, si al final mi padre no traga con lo que mi madre le pide. Aunque calculo que no sea tan gilipollas como para poner ni una sola objeción.

Ya, cosas de mayores.

¿Qué planes tenemos para mañana?

Podríamos ir a la playa. Sería una buena forma de aprovechar el día, buscar alguna playita tranquila, darnos unos baños, tomar el sol y lo que pueda surgir.

Eso, lo que pueda surgir. Me encanta la idea, Valeria.

Ya me encargo de todo lo relativo a la comida y demás.

Me parece perfecto.

Mañana por la mañana hablamos y concretamos.

Perfecto, descansa y dulces sueños, guapísima.

Igualmente, amor.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba y esperaba la llamada de Valeria, le comenté a mi madre mi intención de sacarme el carnet de conducir, ya que apenas faltaban unas semanas para mi cumpleaños. Los dieciocho llamaban a la puerta.

Mamá, en cuanto papá regrese, tenemos que hablar de sacarme el carnet de conducir, ya que me encantaría poder tener coche, por aquello de tener más independencia de movilidad. Por cierto, sería un auténtico regalazo para mi dieciocho cumpleaños.

Ya, te entiendo, pero, ¿has pensado cómo vas a mantenerlo? Nosotros te podremos ayudar, por supuesto, pero la responsabilidad de tener un coche sería únicamente tuya.

Mamá, ya entiendo lo que me quieres decir. En lo referente al coche, el de papá se pasa más tiempo en el garaje que rodando y tú apenas lo usas. Me podría arreglar perfectamente con el coche de papá.

¿Con el coche de tu padre? Con lo que lo cuida, que vamos, solo le falta cantarle una nana por las noches. Me parece que lo vas a tener claro, pero no te preocupes que, en cuanto llegue a casa, lo hablamos los tres tranquilamente.

Ya, eso es verdad, lo tiene como nuevo. Ya veremos a ver qué opina al respecto.

Valeria me llamó al poco rato, comentándome que pasaría a buscarme en un rato en el coche de la madre. Nos llevaría hasta una cala de aguas tranquilas que muy poca gente conocía, y que ya por la tarde nos recogería para traernos de vuelta. Me pareció genial.

Después de dejarnos en la cala, que por cierto era un oasis de tranquilidad, nos acomodamos a la sombra de unas palmeras que daban un exótico toque tropical. De lo que no se dieron demasiada cuenta era del cartel que había a la entrada: “Cala privada, prohibido el acceso a toda persona sin autorización”. Supuse que María tendría todo bajo control.

¿Has visto qué bien? Toda la cala para nosotros.

¿Para nosotros? No entiendo.

Jajaja, no te has fijado en el cartel, ¿verdad?

¿Cartel? ¿Qué cartel?

Ya veo que no. Esta es una cala privada que pertenece a mi padre, bueno, pertenecía a mi padre, mejor dicho. Tiempo atrás traía aquí a algunos de sus mejores clientes y organizaba fiestas privadas lejos de miradas indiscretas. Estoy segura de que aquí se han firmado la mayoría de los proyectos más importantes de mi padre.

Joder, ¡qué bien se lo montaba!

Ya te digo yo que sí. La cala fue un regalo de un antiguo mandamás del ministerio de no sé qué. Ya sabes, por favores concedidos, otro de los chanchullos de mi padre.

Ya veo, pero esto es una pasada, no lo conocía, menudo sitio más genial. Solo faltaba una pequeña cabaña, algo sencillo para los fines de semana.

Pues no sería mala idea, no. Lo pondré en la lista de proyectos pendientes.

Se notaba que el paso del tiempo, el abandono de las instalaciones, que consistía en un local destinado a la restauración, que en su día habría sido una especie de centro social, con una espectacular terraza, había pasado factura. Pero, con todo, no tenía pinta de necesitar de demasiados cambios para que luciera como antaño. Estuvimos comprobando desde afuera el estado en el que se encontraba. A pesar de estar cerca del mar, el salitre no había corroído en demasía la estructura.

A Valeria le encantó la idea de que se pudiera restaurar para disfrute particular e inclusive tenerlo para alquiler de fiestas privadas o eventos, pero de alto standing, eso sí.

Estaría de lujo poder reformar todo esto, dejarlo impoluto, con un nuevo aire de modernidad e incluso alquilarlo para eventos de lujo. Y, es más, en esa esquina se podría construir una pequeña cabaña, algo para los fines de semana o para unas vacaciones, como acabas de comentar.

Marcus, la idea es genial, ya lo creo que sí. Además, que podría ser una buena oportunidad de inversión de “eso” que tenemos entre manos.

No sé qué decirte, sería una buena idea, este lugar tiene posibilidades, muchas posibilidades. Tu madre conoce a mucha gente, gente de mucha pasta, que sin duda podrían ser potenciales clientes. Pero, ¿cómo le presentamos la idea a tu madre? Y lo más importante, ¿cómo le decimos lo de la pasta?

Pues ...

Sí, es una situación difícil de plantear. Y una vez que le digamos lo de la pasta de tu tío, no hay vuelta atrás, nos podemos caer con todo el equipo.

Mi madre, lógicamente nunca nos delataría. Para ella cuatro millones es calderilla, pero creo que podría cubrir la reforma, si no completamente, gran parte de ella. Podría ser una inversión a futuro para multiplicar la inversión inicial.

Ya, pero no podríamos figurar en ningún papel, contrato o similar, no podríamos explicar la procedencia de los fondos. En cambio, tu madre sí que podría hacer de mujer de negocios millonaria que invierte una pasta en reformar uno de los lugares con más futuro de la zona.

Creo que podríamos planteárselo. Es un negocio redondo, en el que podríamos tener un excelente futuro, económicamente hablando.

No nos precipitemos. Seamos cautos.

El lugar no dejaba de sorprenderme, a cada rincón al que dirigía la mirada, imaginaba cómo quedaría después de la reforma. La idea me encantó, podría ser un gran proyecto, una manera de ganar dinero, mucho dinero, pero ... no sé hasta qué punto María se lo tomaría en serio, sobre todo por la procedencia del dinero. Si es que ya lo estaba viendo, la cala llena de gente, disfrutando con el entorno, la música, un agua del mar, limpia y cristalina, dejándose pasta, mucha pasta. La verdad es que estuvimos prácticamente todo el día hablando de lo mismo, de un proyecto que había nacido de la nada, que aparentemente tenía todos los ingredientes para convertirse en un gran éxito.

La madre de Valeria se pasó antes de la hora acordada.

Hola, chicos, bonito lugar, ¿Verdad?

Hola, mamá, la verdad es que es una pasada de lugar, aunque es una pena que se encuentre en tal estado de abandono. Marcus y yo hemos estado hablando sobre las posibilidades que podría tener este lugar.

¿Y cuáles son esas posibilidades? A ver, sorprendedme.

La verdad es que hemos pensado que se podría reformar, tanto el exterior como el interior, transformarlo en un lugar para eventos privados, para gente con dinero, de clase alta, que pueda pagar por la intimidad, el lujo y confort que podría ofrecer la cala.

Vaya, vaya, vaya. Me estáis sorprendiendo gratamente. Veo que sois dos adolescentes bastante adelantados a la manera de pensar que los demás chicos y chicas de vuestra edad, y eso me gusta mucho, me alegra saber que tenéis visión de futuro. A ver si lo adivino. Digamos que, por una u otra causa o circunstancia, disponéis de cierta cantidad de dinero, digamos unos cuatro millones, de dudosa procedencia, que tiene que ver con el malogrado tío Gunther. ¿Voy bien encaminada, chicos?

Joder, mamá.

Madre de dios, la que se va a liar...

Vale, veo que voy bien. Sigamos... Entonces habéis pensado dar salida a esos cuatro kilos acondicionando la cala, pero necesitáis a una persona que haga de

mujer de paja, en este caso, que se ponga al frente del proyecto, mientras vosotros dos os quedáis a la sombra, esperando a que la inversión se multiplique. ¿Me equivoco? Yo creo que no. Os tengo que felicitar, habéis llevado todo este asunto desde el primer momento de manera admirable: os habéis quedado con cuatro kilos del tío Gunther, el cual una vez muerto se comió el solo el marrón, pero como los verdaderos dueños no sabían ni sabrán nunca cuanta pasta que no era suya se había gastado, tenéis las espaldas cubiertas. Pero habéis ido más allá, os habéis encargado de esconder la pasta cerca de la posada, de La Veleta del Viento. Chicos sois unas fieras, que poder imaginativo para salir airosos de esta situación.

Gracias, mamá.

¿En qué cojones estabais pensando cuando habéis cogido ese dinero? ¿Sois realmente conscientes de que podíais haber acabado los dos muertos? Si es que es para daros de tortas. Joder, ¡qué suerte habéis tenido! No os vais a ver en otra igual en vuestra vida. Sois dos verdaderos genios.

Pero, ¿cómo sabes todo esto?

Es sencillo: dos adolescentes que guardan celosamente una caja, la cual no dejan ni a sol ni a sombra... tiene bastante de sospechoso, la verdad. Y una noche, mientras dormíais como dos angelitos, miré su contenido. Desde ese momento, solo tuve que atar cabos sueltos para completar el puzle. Fue más sencillo de lo que en un principio me imaginé.

Me dejas de piedra, no sabemos qué decir. Y ahora, ¿qué va a pasar?

Marcus, no va a pasar nada. Si tenéis claro el proyecto de la reforma, pues nos pondremos con ello, yo seré la promotora con vuestro dinero. Nada de papeles, ni firmas ni nada que os pueda involucrar en el proyecto. Tendréis que confiar en mí. Dentro de poco seréis mayores de edad, ya tendréis responsabilidades penales, por lo que habrá que andarse con pies de plomo. Además, para mí cuatro kilos es calderilla. No os preocupéis en ese aspecto. Vuestro dinero estará en las mejores manos posibles.

Hay que joderse...

Así que, si os parece bien a los dos, iremos poco a poco, paso a paso sin precipitarnos, por lo que no tenéis que hablar de esto con nadie que no seamos alguno de nosotros tres. Y, por cierto... La pasta ya no está en el agujero donde la dejasteis escondida hábilmente. La tengo a buen recaudo. Jajaja, deberíais veros la cara que se os ha quedado.

¿Cómo demonios se habría enterado de dónde teníamos la pasta? ¿Se lo habría dicho Valeria a escondidas? No sabía, no tenía ni idea de cuál habría sido la causa por la cual María sabía nuestro secreto.

Os preguntaréis el cómo y por qué tengo conocimiento de todo esto. Es que debo de deciros que antes de cocinera he sido fraile, que me entero de todas las cosas, que no se me escapa una, que tengo ojos en todas las partes, que...

Ya, mamá, ya lo hemos entendido, que eres una especie de súper woman, que todo lo ve, lo controla y no se te escapa una.

Se dice el pecado, pero no el pecador. Os digo lo mismo: estad tranquilos, todo está bajo control.

Mamá, a todo esto, si sobrara algo de pasta, nos la podríamos quedar, ¿no?

¿Para qué quieres tú ahora pasta?, como tú dices.

Pues para comprarme el coche, en cuanto tenga dieciocho y me saque el carnet de conducir.

No te preocupes que del carnet me ocupo yo, pero todo a su momento, y del tuyo también, Marcus, no creas que me olvido de ti.

¿Que se ocupará de mi carnet de conducir en su momento? Cada vez entendía menos de lo que María hablaba, no sabía si hablaba en serio o en clave. A Valeria le pasaba lo mismo: "... a mi madre, en ocasiones, no la entiende ni dios, es flipante."

Quedaban pocos días para que comenzara el curso. Seguía sin noticias de Daniel. A pesar de haberle llamado por teléfono en un par de ocasiones, no estaba en casa ni me había devuelto las llamadas. Por otra parte, Valeria tampoco tenía noticias de Martina, a la cual también había intentado localizar en varias ocasiones sin éxito. Nos parecía demasiado raro, supusimos que, al comienzo de curso, nos enteraríamos de todas sus andanzas veraniegas.

Tercero de Bachillerato, supondría un último esfuerzo para alcanzar la tan ansiada meta del COU, paso previo al acceso a la universidad. Afrontaba el curso con una serenidad poco usual. La ausencia de Marta, nuevos compañeros de clase junto con algún profesor eran condicionantes más que suficientes para estar un poco a la expectativa, pero no, ese curso comenzó para mí dentro de la más absoluta tranquilidad.

Las asignaturas optativas que escogí fueron las de ciencias: Física y Química, Ciencias Naturales, Matemáticas y Literatura. Sería un curso complicado a la par que emocionante, sobre todo para continuar con la toma de apuntes en mis cuadernos, en los cuales ya llevaría recopilados algo más de tres años de estudio del comportamiento humano. Un reto muy interesante, sin duda. El primer día de clase tuvo luces y sombras. Por un lado, el reencuentro con los compañeros, incluidos Daniel y Martina que aparecieron juntos, pero no revueltos. Por el otro, los comentarios totalmente desafortunados de algún descerebrado o alguna cotilla comentando que la marcha de Marta a estudiar a Boston fue debida a mi desidia para con ella. Lo tuve claro desde el primer momento: ni puto caso.

La gente es muy dada a opinar sobre todo aquello de lo que no tiene ni la más mínima idea. Es una de las cosas que fui aprendiendo desde que comencé a tener uso de razón. Con el paso de las semanas, los comentarios se fueron acallando, incluso en alguna ocasión los comentarios se tornaron en mi favor, pero tampoco les presté demasiada atención, como era lógico. Continuaba sin hacer ni caso.

Durante el curso, las horas que pasábamos juntos disminuyeron de manera ostensible. Tuvimos muy claro los dos que existiría una cierta incompatibilidad

entre los estudios y la relación, aunque todo se podría llevar más o menos bien, pero preferimos no arriesgarnos. Entre semana apenas nos veíamos, los fines de semana que no teníamos exámenes a la semana siguiente solíamos quedar, y los que sí teníamos exámenes quedábamos en su casa o en la mía para estudiar, salvando las lógicas tentaciones en forma de escote pronunciado o de falda demasiado corta.

La fecha de mi cumpleaños se acercaba. Ese año, a pesar de cumplir los dieciocho, no estaba demasiado animado. Me negué rotundamente a organizar la fiesta en el club social al que mis padres y los de Marta eran asiduos. Por ahí no pasaba ni loco.

Marcus, hijo, hemos pensado que este año, al ser t u dieciocho cumpleaños, lo podríamos celebrar en el club social. ¿Qué te parece?

Ni de coña...

Marcus, no hables así a tu madre, que la tenemos.

Que no, que no celebro mi cumpleaños en ese nido de pijos ni loco.

Pues ya nos dirá dónde lo quiere celebrar el señorito... qué mejor lugar que el club social. La verdad es que no entiendo los motivos por los que te niegas, hijo mío, ¡qué raro eres! No sé a quién saldrás, a mí desde luego que no.

Mamá, saldré a quien tenga que salir, pero desde luego que me niego en rotundo.

Desde que Daniel y Martina habían comenzado a salir, consolidando la relación con el paso de las semanas, se habían vuelto bastante serios, Daniel aparentemente ya no era el adolescente que estaba todo el día más salido que los monos del zoo, es como si hubiera sufrido una transformación debido a Martina. Estaba bastante más tonto de lo habitual, era complicado quedar con ellos, llevaban otro tipo de relación, de estar más tiempo juntos, juntos absolutamente para todo.

¿Te has fijado en el comportamiento de Daniel?

Sí, parece el perrito faldero de Martina. No me gusta la forma que tienen de llevar la relación, parece su sombra. ¿Qué le habrá pasado este verano? Me parece que se le ha subido la tontería de tener una novia con pelas.

Opino lo mismo, Marcus. Martina también está bastante tonta, no es la misma Martina que conocí.

Pues, ¿sabes lo que te digo? Que les den. Ya llamarán cuando quieran algo. ¡Qué tontísimos están, por favor...!

Valeria se ofreció para hablar con su madre para celebrar el cumpleaños en su casa. Hacer algo en el jardín, aunque lo de la piscina en esas fechas igual como que no apetecería demasiado, pero si viniera un día de calor, estaría genial. ¿Se negaría mi madre? Yo creía que, todo lo contrario, y no me equivoqué.

Marcus, me ha llamado María.

¿María? ¿Qué María?

Mira que estás tonto, hijo.

¿Cuántas Marías conoces?

Ah, la madre de Valeria.

Claro, que me ha dicho que si queremos celebrar tu cumpleaños en el jardín de su chalet.

¿Y qué le has contestado?

He aceptado su amable ofrecimiento sin pensarlo dos veces.

Joer, mamá, ¿Mi opinión no cuenta?

Mira que estás bobo, claro que cuenta. Hazme una lista de invitados, para hacerme a la idea de cuántos vamos a ser.

Será una lista corta, la verdad.

Tenemos que invitar al director del hospital, al jefe de personal, a la directora financiera, a ...

Mamá, te recuerdo que es la fiesta de mi dieciocho cumpleaños, no una reunión para recaudar fondos.

Mira que estás tontito. Si vas a comenzar en apenas dos años la carrera de Psicología, no estaría de más que comenzaras a conocer a personalidades de la medicina cercanos al entorno laboral de tu padre, que son muy respetados y reconocidos internacionalmente.

Marcus, tu madre tiene razón, debes de ir poco a poco entrando en ese mundillo, si realmente te quieres dedicar en un futuro a ello. De esta manera, no descartes que puedas asistir como oyente a alguna charla cuando comiences la carrera. Hijo mío, estamos muy orgullosos de ti, nunca lo olvides.

No, papá, no lo olvidaré nunca.

Y esta fiesta de cumpleaños es una excelente ocasión para comenzar a conocer a profesionales de la medicina. Incluso podría invitar a la Jefa de Psicología del hospital, que es una eminencia. Se alegrará mucho de conocerte.

Pues nada, al final me salió la jugada perfecta, salvo por la lista de invitados que mis padres le pasaron a la madre de Valeria, que insistió en encargarse de todo. Fue la condición indispensable para celebrar el evento en tan idílico lugar. Mis padres quisieron preparar un detalle para todos los asistentes: para ellas un lujoso perfume, para ellos un elegante mechero, aunque lo del mechero no me pareció demasiado oportuno, pero por aquella época casi todos los hombres fumaban.

La celebración fue un auténtico éxito. Ya tenía los añorados dieciocho años, ya podría votar en las próximas elecciones, ya me podría apuntar a la autoescuela, ya podría... Joder, estaba dejando atrás mi adolescencia para convertirme pasito a pasito en un ser humano maduro y consciente de la realidad que me rodeaba, estaba inmerso en un proceso en el cual comenzaría una transformación que sería esperada por todos, me tendría que convertir en un ser más juicioso, más prudente y reflexivo, más sensato... no sé yo si mi nuevo "yo" me gustaría.

Propongo un brindis por mi hijo, que hoy cumple la mayoría de edad. Marcus, te deseo una vida llena de alegrías, de emociones, vive siempre bajo la bandera de tus propias decisiones, que nadie te diga cómo debes vivir, ni nadie te ponga jamás límites.

Gracias, papá y mamá. Os quiero muchísimo.

Como no podía ser de otra manera, mi madre se emocionó, ante la atenta mirada de mi padre, mientras proponía el brindis. Pedro y Sally acudieron en plan sorpresa, lo cual me alegró mucho. No pudieron quedarse demasiado por no dejar más tiempo del necesario al mando de la posada a Teresa, la jefa de estación, que con toda probabilidad en su ausencia habría montado alguna, tipo fiesta o similar, que era más aficionada a las fiestas que un tonto a un lápiz, pero gozaba de la confianza de Pedro y de Sally, a pesar de todo.

Marcus, antes de irnos, queremos invitaros a pasar un fin de semana en la posada, estamos ampliando el negocio, tal como os comentamos este verano, y tendremos una habitación de las nuevas que va a ser un auténtico lujo, ya verás qué sorpresa os vais a llevar.

Muchas gracias, Pedro, sois muy amables. Nos encantará ir, claro que sí, ya estaremos en contacto y concretamos la fecha.

Por supuesto que estaremos en contacto. Sois unos chicos fantásticos, no hay que perder esta amistad, para nada.

Mis padres me regalaron un vale: “Vale por un carnet de conducir”, los amigos del hospital, “no sabían qué regalarme”, Valeria un teléfono móvil de última generación (otro teléfono, me perseguía la maldición del móvil) que junto con otro que estrenó ese mismo día, eran a cuenta del putero del padre. Junto con el fin de semana en la posada fue de lo más significativo del cumpleaños. Y yo esperando como un bobo el regalo estrella del coche, menudo pardillo. Pensé en esos momentos, aunque hasta última hora tuve la sensación de que el coche estaría escondido con un enorme lazo de color rojo en el techo. Estaba equivocado.

Por unos instantes, mientras regresaba a casa en el coche de mis padres, me sentí un tanto defraudado, pero no por ellos. Me sentí defraudado por mis propias perspectivas, por mis ilusiones concebidas, por pensar que ... bueno eso ya no es relevante. Jugueteaba con el móvil nuevo cuando recibí la primera llamada, que como no podía ser de otra manera, era Valeria.

Hola, ¿Me estás echando de menos?

No veas de qué manera.

Mi madre se ha marchado, me he quedado sola. Estoy desnuda... encima de la cama... pensando en ti... Estoy muy caliente, si estuvieras conmigo, no sé lo que te haría.

Sí, claro, me parece genial.

Jajaja, estarás en el coche con tus padres, jajaja
Has acertado.
Pues sigamos jugando... ¿Quieres que me ponga algo sexy? ¿O me quedo desnuda? Dime, háblame...
Lo primero.
Dímelo...
Eso, lo primero.
No me vale.
Pues, de momento, no hay más.
Esta situación me está poniendo a cien, Marcus, estoy muy excitada y húmeda...
Y yo también.
Pero no tanto como yo, jajaja.
No te creas, que por ahí andrà la cosa.
Me encanta jugar a este juego, creo que este teléfono nos será muy útil. Hasta mañana, voy a seguir con lo mío... no sabes lo que te estás perdiendo.
Igualmente, que descanses.

Mis padres me miraron, me sonrieron después de colgar el teléfono *hot line*. El comentario de Valeria acerca del uso erótico del *phone* me gustaba, sí señor, podríamos sacar un rendimiento extra a mi regalo de cumpleaños. Una vez llegamos a casa, mientras mi madre cacharreaba por la cocina, mi padre me pidió que le trajera a mí madre una lata de aceite de oliva del garaje.

Marcus, coge una lata de aceite de oliva del garaje para tu madre, por favor.
Voy...

No me lo podía creer. El regalazo se había convertido en realidad: un Seat Panda 4x4, blanco, radiante, precioso... todo un lujo para la vista, con un motor de gasolina, alcanzaba una velocidad máxima de 135 kilómetros por hora. Hoy en día sería como conducir un carro de caballos, pero en esa época fue todo un lujo.

¿Acaso te creías que te quedarías sin tu regalo estrella?
Mamá, papá, muchas gracias, ¡Qué pasada!
En cuanto apruebes el carnet de conducir, podrás usarlo cuando quieras.
Sois geniales, de verdad que me encanta. Y encima un 4x4, ¡qué lujazo! Tengo que llamar a Valeria para decírselo.
Puedes empezar en la autoescuela en cuanto quieras, el dueño es amigo mío, solo tenemos que llamarle para decirle cuándo quieres comenzar, ya que te dará él las clases, es todo un experto conductor.

El teléfono de Valeria comunicaba, lo cual no me parecía nada raro, estaría hablando con todas sus amigas para darles el número de teléfono. Al rato, volví a

intentar contactar con ella; continuaba comunicando. Así una y otra vez, hasta que me cansé de llamar. Mañana sería otro día. Estaba ya medio dormido cuando sonó el móvil. Era Valeria.

Hola. ¡Qué tarde me llamas! ¿Estás bien?

No, no lo estoy, Marcus.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás llorando?

El putero de mi padre, que dice que quiere pedir mi custodia, que viva con él y con alguna de las putitas que se tira, pero yo no quiero, no quiero ni loca.

¿Qué me estás contando? Pero si la que ha tirado de ti desde que eras pequeña ha sido tu madre. Este señor es un descerebrado. Además, ya tienes la edad suficiente como para poder elegir con quién quieres vivir.

Ya, eso ya lo sé, me lo ha comentado mi madre, pero es que conoce a varios jueces a los que les ha construido varios chalets, medio regalados, ya sabes.

Me imagino. Joder, ¡cómo se las gasta tu padre!

¿A que sí? Menudo hijo de puta, siempre por ahí de viaje, follándose todo lo que tenía faldas y ahora le entra la vena paterna, no te jode. Lo quiere hacer para putear a mi madre.

Pues lo va a tener claro. Además, ¿Cuánto te queda para cumplir los dieciocho? ¿Algo más de tres meses? Nada, ni caso, en lo que quiere poner la demanda y llega al juzgado, has cumplido la mayoría de edad de sobra.

¿Tú crees? O solo me lo dices para que me sienta bien.

Valeria, nunca te mentiría y menos con estas cosas. No se saldrá con la suya. Además, con los cojones que tiene tu madre, lo único que va a conseguir es que le joda más todavía de lo que le va a joder con la demanda de divorcio.

Jajaja. Eso mismo me acaba de decir mi madre. Menudos dos abogados defensores me he echado. Gracias, Marcus. Mañana hablamos. Te quiero.

Y yo a ti. Descansa. Espera un segundo, que antes de colgar tengo que contarte una cosa...

¿Te gusta el color del coche? Lo elegí yo, era el que más me gustaba de la exposición, jajaja.

¿Ya lo sabías? ¡Menudos sois guardando secretos! Me ha encantado y, sabiendo que el color lo has elegido tú, me gusta aún más. Mañana llamaré al amigo de mi padre para comenzar cuanto antes a sacarme el carnet. Haremos un buen uso del coche, lo pasaremos en grande.

Me hubiera gustado verte la cara de sorpresa.

Venga, que ya es tarde y me muero de sueño, ha sido una fiesta maravillosa. Dale de nuevo las gracias a tu madre.

Esta noche soñaré contigo.

Pues mañana me lo cuentas.

¿Quieres que te lo cuente? ¿Estás seguro?...

Me muero de las ganas de saberlo.

... ¿Te quiero? ¿Y yo a ti? ¡Qué coño...! ¿Qué estaba pasando? ¿Yo también te quiero? ¿En serio? ¿Me estaba enamorando? Joder, joder, joder... ¿Sería algo inevitable el enamorarme de Valeria? Bien es cierto que estaba súper bien con ella, a gusto, que cuando no estábamos juntos la echaba de menos y tenía unas ganas locas de estar a su lado. La madre que me parió: “estaba enamorado”. Imagínate, yo enamorado. No me lo podía creer. Estaba comenzando a darme cuenta de que mis sentimientos por Valeria eran bastante más fuertes de los que en su momento pude sentir por Marta, seguramente fruto del proceso de madurez que estaba experimentando.

Esa noche, por alguna extraña razón, me costó bastante dormir, a pesar del cansancio que arrastraba, pero la emoción de verme al volante de mi flamante 4x4 fue inmensa. Por otra parte, bastante más interesante, cerraba los ojos y me imaginaba a Valeria desnuda en la cama mientras hablaba conmigo por teléfono. Ese fue realmente el motivo por el cual no podía dormir.

A la mañana siguiente, tuve una especie de mal presentimiento. Algo me inquietó de manera súbita. Una sensación rara se apoderó de mí, no sabía de qué se podría tratar, pero esa extraña sensación no me abandonó durante toda la mañana. Fue una mañana de revelación de secretos. El primero de ellos ocurrió durante el desayuno con mis dos padres, extraño que mi padre anduviera por casa más de tres días seguidos, pero así fue.

José María, querido, ¿sabías que la madre de Valeria se está divorciando de su marido?

Sí, algo había oído.

Pues verás, el otro día, hablando de nuestras cosas, salió un tema que me pareció tremendamente interesante.

Y mucho me temo que me lo vas a contar jajaja, ¿no?

Pues sí, listillo. En cuanto acabe con el proceso del divorcio, quiere montar una clínica de estética, ya sabes, para que todas las ricachonas fofas y feas pasen por chapa y pintura.

¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Papá, lo que mamá quiere decir es que la madre de Valeria te quiere hacer una oferta para que trabajes en su clínica, probablemente con un buen puesto y con una sustancial mejora de tus condiciones económicas actuales. Con lo que ganarías más dinero, no tendrías que viajar tanto y estarías más tiempo en casa con tu mujer.

Marcus, hijo, yo no lo habría explicado mejor, si es que eres igualito que tu madre: listo y perspicaz.

¿En serio que la madre de Valeria quiere que deje mi puesto de trabajo para irme a su clínica? Anda, no me fastidies, no sabe de lo que está hablando.

Pues, querido, no sé si sabrá de qué habla, pero me apuntó unas cifras en esta servilleta, mientras tomábamos café, que ya hablaría contigo, me dijo, que como estabas de viaje...

A ver, por simple curiosidad. Déjame ver lo que pone en esa servilleta, anda... . Joder ... Coño ... ¿Estás segura de que esta oferta es real? ¿No será una broma? ¿No habrá puesto algún cero de más?

Yo también me quedé como tú, medio descolocada, pero sí, es lo que te ofrece. Una sustancial mejora en todos los aspectos, ¿no crees?

Creo que tendré que hablar con ella en cuanto llegue el momento. Aparte de las mejoras, hay que tener en cuenta que mi credibilidad en la medicina es elevada, que mis años de esfuerzo y trabajo me han costado y no lo voy a tirar todo por la borda. Hay que tener muchas cosas en cuenta.

Claro que sí, querido, con lo que tú vales, te mereces esto y más.

La verdad es que no me esperaba algo así para nada, pero comenzaba a entender esa repentina amistad de más mejor amiga que mi madre se traía con María. Las piezas comenzaban a encajar en un rompecabezas casi perfecto. Aparte de las supuestas mejoras económicas (no sabía ni por asomo cuánto ganaba mi padre al mes, ni por supuesto nunca supe lo que le ofreció en su momento la madre de Valeria) mi madre podría obtener lo que tanto ansiaba desde hacía algunos años: tener a mi padre cerca, volver a una especie de segunda luna de miel, de recién casados, es decir, volvería a comer en casa más frecuentemente, no pasaría tanto tiempo fuera y tendría los fines de semana libres.

Después de la noticia bomba del desayuno, mientras ordenaba mi cuarto, sonó mi flamante teléfono móvil.

Hola, Marcus.

Hola, guapa.

¿Hola, guapa? ¡Guau! El día promete.

Claro que promete, aún más desde la llamada que me hiciste ayer desde tu *hot line*.

Jajaja. Mira que eres payaso.

Sí, en eso tengo que darte la razón. Desde que estoy contigo, la creatividad humorística la tengo por las nubes.

Ya te veo, ya. Espero que, aparte de esa creatividad, tengas aún más para conmigo.

contigo?

¡Claro! Conmigo y con mi cuerpo.

De eso no tengas ni la menor duda, a la menor ocasión ...

¿Qué me vas hacer? Me estás inquietando bastante. ¿Vas a ir en plan de "... has sido una niña mala, muy mala"? Jajaja.

Tal vez, quién sabe. Si te lo digo ya, dejaría de ser una sorpresa.

Me tienes impaciente y algo ... ¡cómo decirlo...!

Mi padre está en casa, vamos a comer los tres, si quieres podrías venirte y por la tarde nos vamos por ahí, ¿Qué te parece?

Genial, es un buen plan. Por cierto, ¿Ha hablado tu madre con tu padre sobre algo relativo a un trabajo?

Pues sí, ha sido la noticia bomba del desayuno de esta mañana. No me lo esperaba para nada.

Yo lo sabía, pero prometí a mi madre que guardaría el secreto. Ya sabes, cosas de madre e hija.

Ya veo, ya. Bueno, lo dicho, te esperamos a comer, ¿vale?

¡Claro! Ahí estaré. ¿Sabes que estoy toda ansiosa de ver todas esas cosas que dices que me vas hacer?

¿Qué se pensaría esta que le haría? La verdad es que tuve una idea bastante aproximada de lo que esperaba. Esperaba no haberme metido en un pequeño lío y estar a la altura de sus expectativas. En fin, habría que dejar que las cosas fluyeran por sí solas.

Mamá, viene Valeria a comer, ¿vale?

¡Claro! Tendrá que valer, puesto que ya la has invitado.

Me parece genial, así la podremos conocer un poco más, que parece buena chica. ¿Va bien en los estudios?

Claro que sí, papá. Sus notas son prácticamente iguales que las mías. Es una chica inteligente, madura para su edad, con una exquisita educación y ...

Vaya, vaya, ¿Qué te parece mamá? El niño se nos ha enamorado, fíjate tú por dónde...

Anda, deja al niño tranquilo, no me le revuelvas.

Mi madre siempre al quite, bueno, siempre, siempre no. Solamente cuando le interesaba. Cambió repentinamente de menú. Lo que en principio era una sopa de fideos y una tortilla de patatas de segundo, se convirtió en unos aperitivos a base de delicatessen varias y una merluza al horno que se apresuró a traernos a casa el pescadero de confianza de mis padres. Ya estaba la mesa preparada, la merluza a punto en el horno, la mesa puesta... solo faltaba la invitada de honor. Llamaron a la puerta. Era Valeria.

Pasa, Valeria, ¡qué guapa te has puesto!

Gracias, Pili. Buenos días, José María.

Hola, pues sí que es cierto que estas muy guapa.

Muchas gracias. Hola, Marcus.

Realmente estaba arrebatadora, preciosa, con un vestido de colores vivos que apenas le llegaba por encima de la rodilla. Cuando me vino a besar en la mejilla, aprovechando un descuido visual de mis padres...

¿Sabes? No llevo ropa interior...

... Hola, Valeria. Estás muy guapa.

Gracias, me he arreglado para ti, y para venir a comer con tus padres, claro está.

Marcus, cierra la boca que se te va a llenar de moscas.

Mamá, mira que eres, la discreción no es lo tuyo.

Antes de que se me olvide, mi madre me ha dicho que os diga que, si podéis pasar esta tarde sobre las seis por su casa, ya que quiere tratar unos asuntos, aprovechando que estarán presentes algunos de sus abogados.

Claro que sí, será un auténtico placer.

Durante la comida, mis padres se mostraron muy amables y atentos con ella. Dado el posible fichaje de mi padre en la nueva clínica de María, había que colmarla de atenciones. Valeria sonreía, se la veía feliz, disfrutando de una comida familiar, a la que no estaba acostumbrada por razones obvias. Disfrutaba con cada bocado, con cada comentario de mi madre haciendo referencia a lo bien que le sentaba el vestido, de lo que le favorecía o del resalte del color de sus ojos con el maquillaje que llevaba puesto.

En cambio, yo no podía dejar de pensar que no llevaba ropa interior. Me estaban entrando unos sudores que para qué, no veía la hora de acabar de comer, que mis padres se fueran de casa, para quedarnos a solas. Estaba ansioso por comprobar si era cierto o no. ¿Habría sido capaz de ponerme muy cachondo sin que fuera verdad? La expectación me estaba comiendo por dentro.

Chicos ¿Qué planes tenéis para esta tarde?

De momento, ninguno. Veremos una peli y luego saldremos a dar una vuelta por ahí.

Muy buen plan. Os dejo cena en la nevera, por si se hace tarde y os apetece volver a casa a cenar, si es que no tenéis algún plan mejor.

Vale, mamá, entendido. No te aseguro que vengamos a cenar, pero podría ser una buena opción. Vosotros no os preocupéis. Id a casa de María y pasadlo bien.

Hasta la vista, chicos.

Hasta luego.

Por fin, estábamos solos, llegaba la hora de la verdad. No podía dejar de pensar en su inexistente ropa interior. Nos quedamos en el salón viendo una película, de la que no me acuerdo ni de cómo se titulaba, ni de los actores, ni de la trama, ni de cuánto duraba, si era en color o blanco y negro.

No me digas que no te come la curiosidad

¿Curiosidad? ¿No sé a qué te refieres?

¿Seguro que no sabes a qué me refiero?

Pues ahora no caigo.

Marcus, ¡qué mal disimulas, machote! Jajaja.

Comenzamos a besarnos, Valeria llevaba el ritmo y la intensidad de los besos, de menos a más. De nuevo tuve la sensación de antaño de ser una marioneta en

sus manos, en ese momento podía hacer conmigo lo que quisiera, no tenía posibilidad alguna de reaccionar. Mientras me besaba, fue directa al asunto... cogió mi mano, lenta y pausadamente la puso sobre su sexo.

¿Seguro que no sabes de lo que estoy hablando?
Me voy haciendo una idea.
¿Sí? ¿De verdad?
Tendré que comprobarlo.
¿En serio? ¿No te fías de mí?
Claro que me fío de ti, pero no quiero quedarme con la duda.

Antes de que pudiera comprobar la desnudez interior de la que alardeaba, salió corriendo y riéndose hacia mi habitación. El salón le parecía un lugar “poco íntimo”. Al llegar a mi habitación, estaba de rodillas, encima de la cama.

Aquí estaremos bastante más cómodos, ¿No te parece?
...
Ven, anda.
...

Estaba preciosa, y decir que estaba preciosa es quedarse corto. En ese momento, era una diosa de la sensualidad, una belleza exuberante por sus gestos, su boca, su mirada invitaba a la lujuria, al deseo, a perder el control absoluto, a dejarse llevar por el momento. Mientras me desnudaba, se mordía el labio inferior, su lengua humedecía sus labios, sus manos acariciaban sus pechos, era una invitación al paraíso que escondía entre sus piernas.

Espera, no corras tanto.
... ¿Que no corra tanto?
Jajaja. ¿Estás tan nervioso que no aciertas a quietarme el vestido?
No encuentro la cremallera o los botones del jodido vestido.
Ya me lo quito yo sola, que al final me lo vas acabar rompiendo.

Una vez los dos desnudos, pude comprobar que efectivamente no llevaba ropa interior, estaba desatada. De un empujón me tiró en la cama, se puso encima, moviendo sus caderas adelante y atrás, acariciando mi sexo, lentamente, sin penetración; mientras yo comprobaba la humedad del suyo, lo que me excitó aún más. Valeria controlaba la situación perfectamente, hasta que pude tumbarla en la cama y ponerme encima. Ahora yo llevaba el control, era el que mandaba, el que decidía qué hacer y qué no. Comencé a besarle los labios, el cuello, sin prisa, lenta e intensamente.

Mientras se retorció de placer, mi lengua se entretuvo acariciando sus pechos, humedeciendo sus pezones con mi saliva, besando su ombligo, sus caderas, sus muslos, hasta llegar a su clitoris.

Levemente se abrió de piernas, continuaba retorciéndose como si una corriente eléctrica recorriera su cuerpo de la cabeza a los pies, los gemidos fueron cada vez más intensos y frecuentes. Yo continuaba besando y acariciando con mi lengua la humedad de su sexo.

Marcus, no pares, por lo que más quieras no pares, llévame al orgasmo. Por favor, no pares, no pares te lo suplico.

Casi me ahoga con sus piernas cuando llegó al orgasmo. La sensación que sentí a pesar de no haberme corrido, fue impresionante, solo por haber visto disfrutar a Valeria de esa manera, habían merecido la pena todos los besos y caricias. Con otro empujón me volvió a tirar en la cama, se puso encima y esta vez sí que hubo penetración. Casi me desmayo de placer, cabalgaba encima de mí como si estuviera poseída, nada la podía detener en esos momentos. Toda una experiencia llegar juntos al orgasmo, una sensación de unión que no se puede describir con palabras. Hay que vivirlo, hay que experimentarlo.

Antes de que mis padres pudieran regresar, nos aseamos para quitarnos el olor a sexo que impregnaba nuestros cuerpos. Nos apetecía salir a dar una vuelta, así que dejamos la habitación recogida, todo en orden, ahí no había pasado nada. Antes de irnos, le enseñé mi flamante 4x4 a Valeria que, aunque ya lo había visto en la exposición, quise darme el gustazo de enseñárselo. Mi padre quedó en llevarme una tarde después de clase a la autoescuela para formalizar la matrícula y, de esa manera, comenzar a preparar el examen teórico.

El “Dime que me quieres” estaba a reventar de gente, no cabía ni un alfiler, por lo que decidimos buscar algún garito que no estuviera tan a tope. No sé qué ocurría esa tarde, pero estaba todo lleno, no había ni una sola mesa libre y las barras estaban desbordadas de clientes.

Dimos una vuelta, tras la que decidimos volver a casa de mis padres, ya que recordé que mi madre nos había dejado algo de cena en la nevera. Supusimos que tardarían en llegar. No obstante, les llame por teléfono para saber qué planes tenían. Como era de suponer, estaban bastante entretenidos, con lo que mi padre me dijo que con toda seguridad la velada se alargaría hasta altas horas de la madrugada y que, si Valeria se quería quedar conmigo para hacerme compañía, para que no se la hiciera tarde, se podría quedar a dormir en casa, si no tenía ningún inconveniente.

Que dicen mis padres que llegarán tarde y que, si te quieres quedar a hacerme compañía, puedes dormir aquí también, como veas.

Pues... no sé, ¿Tú qué opinas?

Claramente que te quedas. Mañana es festivo y no hay clase, así que ... mañana podremos pasar el día juntos, si quieres.

Solo tenía que sacar la cama nido, para ponerla junto a la mía, dejarle un pijama y ya estaría todo solucionado.

Hay que ver qué bien te sienta el pijama, aunque estarías mejor desnuda.

Sí, sobre todo si llegan tus padres y descubren que estoy durmiendo en tu cuarto en pelotas, lo más normal del mundo, ¿A qué sí?

Ya... pero podrías quitártelo un poco, es que verte así de sexy con mi pijama me ha puesto muy...

¿No has tenido bastante con lo de esta tarde? Mira que eres vicioso.

Contigo nunca tengo suficiente, soy insaciable, despiertas en mí instintos sexuales impensables, me conviertes en una máquina sexual.

¿Una qué...? Jajaja. Anda, no me seas fantasma.

¿No te lo crees?

Claro que me lo creo, pero estoy cansada... me has dejado para el arrastre.

Ya, encima me dirás que te duele la cabeza, seguro.

Jajaja, eres de lo que no hay. Abrázame, que seguro que en cuanto pongamos la cabeza en la almohada te quedas frito, *sex machine*, jajaja.

Efectivamente, apenas nos dio tiempo a darnos un par de besos, cuando Valeria se quedó profundamente dormida. A mí se me cerraban los ojos, con lo cual nos quedamos los dos profundamente dormidos, hasta tal extremo de no oír cuando llegaron mis padres. Y eso que el sigilo no se encontraba entre sus principales habilidades.

A la mañana siguiente, nos dieron las tantas durmiendo. Era festivo y no había motivos para madrugar. Me desperté unos minutos antes que Valeria, por lo que me quedé observándola mientras dormía. Estaba realmente guapa, con esa carita de niña buena que nunca había roto un plato. Me hubiera encantado despertarla con besos, caricias y arrumacos, pero la presencia de mis padres me quitó la idea de la cabeza rápidamente.

Sonó el teléfono. Sorprendentemente, era Daniel, para ver si podríamos quedar en un rato, con él y con Martina, que necesitaban hablar conmigo. Le comenté que estaba con Valeria, no le importó, por lo tanto, quedamos en vernos en el "Dime que me quieres" a las doce.

De esta manera, acudimos a la cita. En esta ocasión, en el "Dime que me quieres" había bastante menos gente, con lo cual nos pudimos sentar en nuestra mesa favorita. Nada más ver la cara de Daniel y Martina, supe que algo no iba demasiado bien. Y no me equivocaba.

¡Hola, chicos, cuánto tiempo!

Hola, Marcus, hola, Valeria. Pues sí, ya sabes, te echas novia, van pasando los días y no hemos visto el momento de llamar.

No te preocupes, es normal, sobre todo cuando las cosas funcionan.

Pues precisamente de eso queríamos hablaros, no sabíamos a quién contaroselo, por lo que pensamos en vosotros en un primer momento.

Estaos tranquilos. Os ayudaremos en todo lo que podamos, claro está.

Pues...

Lo que Daniel trata de contaros es que tengo un retraso, me tenía que haber bajado la regla y aún no me ha bajado, lo cual nos tiene bastante preocupados.

Entiendo, ¿Os habéis hecho un test de embarazo?

Pues la verdad es que no, nos da mucha vergüenza.

Eso lo arreglo yo en diez minutos. Aquí cerca hay una farmacia, así que Daniel, me acompañas y lo compramos.

Vale, pero entras conmigo y lo pides tú.

Joder, ¡qué pedazo de nenaza estás hecho!

Al poco, regresamos con el test de embarazo en el bolsillo.

Martina, si quieres, que te acompañe Valeria, toma el test y te vas al baño a hacer la prueba.

¿Ahora?

No, mejor dentro de un mes. Camina, anda, que todo va a salir bien.

Como salga positivo ya me puedo ir preparando para la sartenada de hostias que me van a dar mis padres... joder, joder, joder, quién me mandaría meterla...

Estate tranquilo, lo hecho, hecho está. Ya no hay vuelta atrás.

En unos minutos, las chicas regresaron a la mesa. Martina no se había atrevido a mirar el resultado, Valeria estaba igual de nerviosa, tampoco se atrevía a mirar y, por último, Daniel estaba al borde de un ataque de nervios.

Joder, porque me tengo que comer yo el marrón de mirar.

Porque eres el más majo del mundo, Marcus, y el que mayor sangre fría tiene.

A ver, Martina, dame el test que miro, desde luego ...

...una raya significa que no estás embarazada y dos rayas que sí. Vamos a ver ... joder, joder, joder, la que habéis liado.

Marcus no me jodas tío, no me jodas que los padres de Martina me cortan las pelotas...

Pues nada, machote, con dos cojones y para adelante.

Daniel se echó a llorar, lamentándose de lo ocurrido, Martina se quedó mirando al espacio, con la mirada perdida.

Enhorabuena a los dos. No estáis embarazados, jajaja.

Pero serás cabrón, ¿Tú sabes el rato que nos has hecho pasar? Es que te daba una hostia que te arrancaba la cabeza de cuajo, cabrón más que cabrón.

¿En serio que no estoy embarazada? ¿De verdad que no?

No, Martina, se trata solo de un retraso en la regla, estate tranquila.

Menudos días hemos pasado.

Fue una broma pesada, lo reconozco, pero al final nos reímos todos. Algunos más que otros, eso sí. Estuvimos hablando acerca del verano pasado, nosotros sin entrar en demasiados detalles, les contamos el ajetreo que tuvimos, lo genial que lo habíamos pasado y demás. Daniel y Martina se habían pasado el verano conociéndose, en todos los aspectos. Igualmente nos comentaron que desde el comienzo de las clases habían estado un poco distanciados principalmente por el retraso en la regla, que eran conscientes que no se habían comportado de una manera demasiado correcta, pero ahora que estaban seguros de que no estaban embarazados, se habían quedado más tranquilos, que podríamos volver a quedar en alguna ocasión, con lo que estuvimos de acuerdo.

Esa tarde, marchamos para casa no demasiado tarde, al día siguiente había clase, vuelta a la rutina, pero la semana sería de tan solo cuatro días. Después de clase, mi padre fue a recogerme al instituto para acompañarme a formalizar la matrícula en la autoescuela de su amigo. Rellenamos los impresos, me dieron el libro teórico, mi padre pagó las tasas y nos marchamos, ya que su amigo estaba dando una clase práctica. El libro me pareció un auténtico coñazo, pero no había más remedio que estudiárselo, al igual que tener que ir a la autoescuela a hacer los test. ¡Menudo rollo!

A las tres semanas, ya estaba preparado para el examen teórico, que superé sin ningún tipo de problema. Ahora solo quedaba el último escollo, el del examen práctico. Después de tan solo seis clases de coches, Demetrio, el amigo de mi padre, profesor de autoescuela, me dio el visto bueno para examinarme. El día del examen estuve extrañamente tranquilo, todo salió a la perfección, Demetrio se quedó gratamente sorprendido, me felicitó por la excelencia del examen realizado. Ya podía conducir mi flamante Seat Panda 4x4. Estaba ansioso por tener entre mis manos esa maravilla de cuatro ruedas. Sin duda, me daría mayor independencia, más libertad de movimientos.

El sábado siguiente, carnet en mano, estrenaríamos oficialmente el coche, nos iríamos a pasar el día por ahí, luciendo la “L” en el cristal trasero, carne de cañón para los demás conductores. El viernes anterior por la noche, Valeria de quedó a dormir en casa. De esa manera, al día siguiente pudimos madrugar para el gran estreno, que fue todo un acontecimiento social para mis padres. Tras comprobar la guantera del coche, que estuviera toda la documentación, pusimos rumbo a la primera parada del día: la casa de Valeria, ya que su madre tenía ilusión por vernos con el coche nuevo. Cosas de madres, ya se sabe.

No sin antes de escuchar por enésima vez los consejos de mi madre, que apenas conducía y cuando lo hacía, pues eso... había que echarse a temblar y enco-

mendarse a todos los santos. Mi padre sí que me dio buenos consejos sobre llevar siempre la velocidad más adecuada, no beber, ni distraerse, llevar puesto el cinturón de seguridad, aunque en esa época no era obligatorio. En fin, un sinfín de consejos que escuché muy atentamente.

Tras la visita a la madre de María, quien, al vernos bien juntos, se la escapó alguna lagrimilla que otra de la emoción por ver a su hija plenamente feliz y contenta, decidimos coger carretera, la primera que nos encontrásemos, sin rumbo fijo, a donde nos llevara el viento. De esa manera, después de un par de horas conduciendo, disfrutando del paisaje que nos brindaba la naturaleza, y de algún que otro conductor que al verte con la “L” se te pegaba al culo del coche pitando para que le dejaras pasar, llegamos a nuestro destino, un pueblo llamado Romís, famoso por tener una de las escuelas ecuestres más famosas del país. Toda la actividad del pueblo giraba de alguna manera u otra en torno a ella, así que decidimos visitarla.

Tenía un nombre peculiar White Horse, lo cual nos pareció tremendamente curioso, ya que no vimos un solo caballo blanco. Valeria me confesó que años atrás había recibido clases de equitación, y al ver el cartel de “Se dan clases” se vino arriba y me insistió para preguntar si podría dar una clase, que le apetecía mucho.

Marcus, ¿no te importa si pregunto si hay un hueco para montar un rato a caballo?

Claro que no. Será divertido verte montar.

Eres un cielo.

En esos momentos, pasó por nuestro lado un chico. Dio la coincidencia que era el encargado de organizar las clases y los cursos para los clientes.

Hola, buenos días. ¿Sabes con quién tengo que hablar para ver si podría tomar una clase?

Hola, pues conmigo mismo. Me ha fallado un alumno, tengo un caballo libre, si quieres pásas a mi despacho, te tomo los datos y das la clase.

Estoy federada, pero no llevo la acreditación encima.

No te preocupes, saldrá en la base de la federación. Efectivamente, estás federada. Mi nombre es Sergio, soy el responsable de organizar las clases. Un momento que voy a llamar a Nadeznha, la profesora que va a supervisar la clase. Estarás con un grupo de nivel básico, para que no tengas mayor dificultad.

Me parece muy bien, gracias.

De esta manera, la siguiente hora me la pasé viendo cómo Valeria galopaba, trotaba. En fin, con todo estuvo bastante entretenido. Al finalizar la clase, Nadeznha le comentó que la había visto montar con mucha soltura que, si había pen-

sado en algún momento perfeccionar su técnica e inclusive la posibilidad de dar clases, ya que, en la época de verano solían tener más alumnos de lo normal.

Tienes habilidades innatas para montar a caballo, deberías de plantearte mejorar un poco tu técnica.

Gracias, Nadeznha, lo tendré en cuenta. La verdad es que hace tiempo que no montaba, me he sentido muy cómoda con el caballo, no descarto tomarte la palabra, pero es que me pillas un poco lejos de casa.

Por eso no te preocupes, hay un par de microbuses que se encargan de recoger y dejar en casa a los empleados, e inclusive te podrías quedar en alguna de las habitaciones que tenemos para el personal que vive demasiado lejos como para ir y venir todos los días. Piénsalo para el próximo verano. Además, se gana una pasta, y más con el nivel que tienes, no lo dejes caer en saco roto.

No te preocupes, lo tendré en cuenta. Muchas gracias por la clase.

Gracias a ti, Valeria.

Mira tú qué calladito se lo tenía. Ahora entendía por qué le gustaba tanto galopar encima de mí.

Te lo tenías muy callado. ¡Qué gran amazona eres! Me has dejado sorprendido.

¿A que sí? Aunque he de reconocer que me da bastante más placer galopar encima de ti.

¿Estás segura?

Totalmente segura. Galopar encima de ti es bastante más satisfactorio y placentero.

Cerca de allí había un restaurante, con una amplia terraza, ideal para comer, por lo que decidimos acercarnos. Era un restaurante ambientado en el antiguo oeste, como no podía ser de otra manera, el mundo del caballo era el eje de su negocio. Un salón decorado con un piano, que daba un toque peculiar al lugar y una barra en la que dos camareros se afanaban en atender a la clientela. Era una réplica exacta de un salón del antiguo oeste.

El pianista, un tal Yoel, un tipo bastante peculiar, tocado con un sombrero, barba de varios días, con la camisa arrugada por fuera del pantalón, interpretaba a la perfección el papel de pianista borrachín. Encima del piano una copa de cristal gigante, en la que los clientes echaban monedas o billetes a modo de propina, interpretaba de manera magistral piezas musicales del salvaje oeste. Una de las chicas que servía las mesas, igualmente vestida con un traje de bailarina, que era su mujer, se acercaba de vez en cuando hasta el piano para hacerle una caricia en la cara o quitarle el sombrero, tal cual como en las películas del oeste. Era una pasada, era realmente como estar en el año 1850. Se respiraba, se sentía, se disfrutaba el salvaje oeste.

Comimos de maravilla: unas abundantes raciones de carne hecha en la barbacoa, como no podía ser de otra manera, una delicia para el paladar. Un cartel anunciaba para las nueve de la noche un concierto de música country en directo, así que decidimos reservar una mesa para volver a ver el concierto. Nos gustó mucho el lugar y lo del concierto nos pareció una gran idea.

Estuvimos dando una vuelta por Romís. La verdad es que era un pueblo con unas gentes amables, cercanas. Parecía que estaban pendientes de todos los que como nosotros les visitaban para ayudar en lo que fuera menester. El sol apretaba, pero no tanto como en época de verano. El otoño había llegado para quedarse una temporada, pero con todo, era bastante agradable pasear y dejarse acariciar por sus rayos

Poco antes del comienzo del concierto, acudimos al restaurante. Menos mal que reservamos mesa, ya que estaba a reventar de gente. Incluso había cola para entrar, gente esperando a que hubiera alguna anulación de última hora. Todas las reservas de mesas tenían el mismo menú: costillas con patatas y bebida, cerveza o refrescos, un buffet libre, con lo que algunos lo amortizarían de largo y otros no, como fue nuestro caso. El grupo musical se llamaba “Los Colonos de Texas”, un nombre bastante acertado. Tocaban una música country muy amena y divertida, no era difícil seguir el ritmo con los pies, tres chicos y tres chicas hacían las delicias en el escenario al público asistente.

Uno de los chicos era Sergio, una de las chicas era Nadezhna, los de la escuela ecuestre, que resulta que actuaban para sacarse unas pelas extras para el duro y largo invierno. Entre canción y canción vinieron a saludarnos; nos estuvieron contando que salían desde hace algo más de un año y medio, se conocieron dando clases de caballo y desde ese momento estaban juntos. Una bonita historia de amor, no tanto como la nuestra, evidentemente.

El concierto duró casi dos horas. Entre el repertorio y los bises, la gente estaba entregada a la música tan alegre del grupo. Se les veía que disfrutaban a tope tocando, cantando y bailando. Bailaban todos de maravilla, sin excepción, se notaba que tenían adquirida una excelente formación. Antes de que acabasen el último bis, nos marchamos para no coger demasiada caravana de coches. Había que regresar a casa.

Cerca de las dos de la mañana, dejé a Valeria en su casa, mis padres ya estaban avisados de que llegaría tarde, no obstante, me esperaron levantados, viendo la tele en el salón. Mi madre dando cabezadas en el sofá, mientras mi padre ojeaba el periódico del día anterior.

Hombre... mira tú quién acaba de llegar, nuestro piloto favorito ¿Qué tal todo hijo?

Muy bien, papá, hemos estado en el pueblo de Romís, Valeria ha dado una clase de equitación, monta de maravilla (...) y hemos comido y cenado en el mismo lugar. La cena con un concierto de música country, una pasada de día.

¿Y qué tal el coche?

Genial, va de maravilla, la radio se oye muy bien. Esto de tener coche es una pasada. Estoy muy contento, papá, muchas gracias. Por cierto, mamá se ha quedado dormida, tendríamos que despertarla para que se vaya a la cama.

Efectivamente, mi madre estaba sopa, apenas pudo articular tres palabras seguidas, pero se quedó tranquila al verme en casa sano y salvo.

Marcus, ¿dónde has dejado a Valeria?

En su casa, mamá, que también su madre tiene derecho a disfrutar de ella, y más ahora, en pleno proceso de separación del putero del padre.

Hijo, esa boca, que se te va a escapar llamarle así delante de la madre y te vas a buscar un disgusto, que por muy putero que sea, continúa siendo su padre.

Tienes razón, mamá, como de costumbre. Me voy a dormir, estoy cansado y encima mañana hay clase.

Habrás observado que ni tu madre ni yo te hemos dicho nada de la hora a la que has llegado, máxime cuando hoy tienes que ir a clase. Debes asumir las consecuencias de tus actos, es decir, hoy llegas tarde, dormirás menos y estarás zombi todo el día. Procura que las notas no bajen ni una décima, de lo contrario habrá consecuencias.

Tenéis razón, mañana será un día duro, pero de todo se aprende. Me voy a dormir, que aún me queda algo de tiempo para descansar.

Efectivamente, el día siguiente fue horrible. A media mañana, estaba que me dormía por los pasillos del instituto, parecía que me había pasado por encima una apisonadora. Esa misma tarde, según salí del instituto, hice los deberes, cené súper pronto y sin saber nada de nadie me metí en la cama. Dormí once horas de un tirón. A la mañana siguiente, me desperté como nuevo. Valeria el día anterior no acudió a clase. Estaba sola en casa, se durmió y se levantó cerca de las dos de la tarde, con la consiguiente bronca de su madre, que la amenazó con lo mismo que me amenazó mi padre.

El primer trimestre del curso transcurrió sin apenas novedades, continuaba estudiando el comportamiento social de todas las personas que me rodeaban. A medida que escribía un nuevo cuaderno, más aprendía del comportamiento de los que me rodeaban, adquiriendo más conocimientos para prever las diferentes maneras de comportarse dependiendo de los diversos factores condicionantes. Llegaron las vacaciones de Navidad. El cumpleaños de Valeria coincidiría con el último día del año. La madre de Valeria insistió en que pasáramos las navidades en su chalet, tanto la Nochebuena como la Nochevieja. Mis padres aceptaron de buena gana.

Estaban encantados con Valeria, con el proyecto de trabajo que le había ofrecido su madre a mi padre, con todas las ventajas que traería consigo y, sobre todo, por verme tan centrado en mis estudios y en mi relación sentimental. Con todo, la madre de Valeria nos citó en su casa el veintiocho de diciembre, día de los santos inocentes, supuse que sería para hablarnos del proyecto de la cala. Acerté de pleno.

Hola, chicos. Os presento a mi buena amiga Cruz. Va a ser la persona responsable de diseñar y dirigir la reforma de la cala. Somos amigas desde hace muchos años. Cruz ha venido a vivir aquí tras pasar unos largos años en el extranjero.

Encantada, chicos. Aquí traigo una primera propuesta para la reforma exterior y en este otro plano, la distribución interior del solar. Todo cambio es factible antes de solicitar los permisos de obra al ayuntamiento. Una vez que nos los concedan, a la finalización de la obra tiene que quedar tal cual los planos originales. De este pequeño detalle dependerá que nos concedan la licencia de apertura. ¿Me he explicado correctamente?

Sí, todo ha quedado muy claro.

Tanto el diseño exterior al igual que la distribución del solar eran una auténtica pasada, no había descuidado ni un solo detalle. Era una exaltación de lujo, buen gusto por lo caro, respetando en todos los aspectos la naturaleza que rodeaba a la cala. Igualmente, la cabaña que diseñó Cruz era un auténtico búnker, aunque desde fuera no daba esa imagen para nada, por si las cosas se ponían mal en cualquier momento.

Era una auténtica genio del diseño. Se notaba que había diseñado y decorado las casas de más de un famoso actor de la meca del cine, la de algunos políticos e incluso se atrevió al diseño de un par de parques de atracciones, lo cual le daba un aire de glamour espectacular.

Me parece sencillamente perfecto. No quitaría ni pondría ni una sola coma, ni una sola columna.

Opino igual que Marcus. Nos hemos quedado con la boca abierta.

Jajaja, sois muy amables. María me comentó que necesitaba algo especial y en poco tiempo. He batido mi propio récord de diseño, y no creáis que ha sido fácil, ni mucho menos, pero por María, lo que sea.

Cruz, eres la mejor, sin duda.

Pues nada, ponte con todo lo necesario para comenzar cuanto antes.

Perfecto, así lo haré. Va a quedar de maravilla. Veréis qué pronto recuperáis la inversión, va a ser la sensación del año... qué digo del año... del siglo.

Tranquilos, Cruz es una tumba... por la cuenta que la trae, jajaja y por la pasta que se va a llevar por su trabajo, jajaja.

Inicialmente, no nos gustó demasiado que Cruz estuviera al tanto de todos los entresijos de la reforma de la cala. Aunque fuera de la total confianza de María,

no sabíamos demasiado de ella, salvo que había diseñado por todo el mundo restaurantes, museos, hoteles de gran lujo, salas de fiesta, incluso hasta algunas bodegas en California e Italia y que se la disputaban los millonarios para que les diseñara lo más vanguardista. Su tiempo era oro. De esta manera, comenzó el sueño de ver convertida la cala, en un referente para celebraciones, reuniones de alto standing, para gente con mucho poderío económico y social. El tiempo estimado sería de unos seis meses, con lo cual se podría inaugurar para el próximo verano. Nos pareció a los tres de maravilla.

La celebración de Nochebuena y Navidad fue tranquila, entrañable. Mis padres se mostraban encantados con todo lo que ocurría, estaban celebrando las fiestas en casa de la futura “jefa”. Yo en cambio estaba celebrando las navidades en casa de mi socia y de la madre de mi socia. No hubo regalos, ya que éramos más de los reyes magos que de papá Noel. Por otra parte, mis padres no llegaron a saber nada del proyecto de la cala, tendría que haber dado demasiadas explicaciones al respecto de demasiadas cosas, mejor que no tuvieran ni idea. Sin duda, que en ese momento fue lo mejor para todos. El pacto de silencio sería nuestro mejor aliado.

La Nochevieja llegó de puntillas. Sin darnos cuenta, estaba la misma mañana buscando un regalo para Valeria. No es que lo hubiera dejado para el último día, es que los días anteriores no encontré absolutamente nada que regalarle. ¿Qué se regala a una chica que tiene absolutamente de todo? ¿Ropa interior? Pegaría mucho el cante. ¿Ropa? Tenía ropa como para llenar varias plantas de uno de los dos grandes almacenes que en ese momento estaban de moda.

Así que, ni corto ni perezoso, le compré una tarjeta de felicitación y le puse de mi letra y puño: “Vale por un fin de semana en destino a elegir por Valeria”. En ese momento no pensé en la consecuencia que podría tener el dejar que eligiera destino. Podría elegir una ciudad cercana o un país extranjero o qué sé yo. Yo contaba con que el regalo estrella sería otro coche, por supuesto. Conociendo a María, no podría ser de otra manera. Fue también un 4x4, pero no uno como el mío, ni parecido.

Un todoterreno Suzuki Susmu 1.3 gasolina, 16v y 80 caballos de potencia, una bestia parda para su época, de color negro con la palabra Suzuki escrita en la parte inferior de las dos puertas en color amarillo, una pasada. Menudo acabado, qué pedazo de ruedas, equipo de música con compact disk. Era lo último de lo último. A su lado, mi 4x4 quedaba a la altura de un coche de pedales, pero... era lo que había, no había más.

Mis padres quedaron como dios regalándole el carnet de conducir, en la misma autoescuela a la que yo fui a aprender. Demetrio volvería a tener en sus manos la responsabilidad de enseñar a otra adolescente, casi nada. Comenzaría a la autoescuela después del día de Reyes, y la verdad es que se sacó el carnet de

conducir casi, casi con la misma premura que yo. Aprobó el teórico a la primera, como no podría ser menos. En cambio, con las clases prácticas con el coche tuvo sus pequeños rifirrafes, pero, al final, tan solo tuvo que dar trece clases de coche antes de examinarse.

Los nervios la traicionaron. Suspendió en primera convocatoria, pero, tras unas pocas clases más de repaso, consiguió aprobar el práctico. En total, fueron dieciocho clases de coche, una por cada año de edad. Con todo, Demetrio sacó lo mejor de ella al volante, al final resultó ser una conductora genial, aunque le daba zapatilla siempre que podía, le encantaba correr. Al principio usaba el todo terreno hasta para ir al baño, pero poco a poco se le fue pasando la fiebre y lo utilizaba únicamente los fines de semana, en época de vacaciones o algún día entre semana cuando era necesario. Tuvo puesta la “L” apenas quince días, decía que estaba ya harta de que pitasen solamente por el hecho de tenerla. No entré en discusiones al respecto, hubiera sido totalmente inútil.

Nos plantamos en las vacaciones de Semana Santa. El curso marchaba sobre ruedas, las noticias referentes a la transformación de la cala llegaban con cuentagotas. Así que una tarde se sábado, Valeria se pasó a buscarme por casa y, sin decirme nada, puso rumbo a la cala. Quería ver de primera mano la marcha de las obras.

¿Dónde me llevas con tanto sigilo? ¿No querrás ir hasta la cala?

Pues acabas de acertar.

No sé si será buena idea, la verdad. Tu madre nos dijo que nos mantuviéramos alejados para que no nos pudieran relacionar con el proyecto.

Anda, no me seas cagueta, si solo vamos a echar un vistazo.

No sabes que la curiosidad mató al gato.

Jajaja, mira que eres, Marcus.

A nuestra llegada, una valla de obra metálica nos cerraba el paso, junto con un enorme cartel que ponía: “PROHIBIDO EL PASO A TODA PERSONA AJENA A LA OBRA”.

¿Ves? No se puede pasar.

¿Que no vamos a poder pasar? Anda ya... que somos los dueños.

Ya, pero eso solo lo sabemos tu madre, tú y yo, y Cruz la diseñadora.

Anda, bájate y abre la verja. Haz algo útil aparte de protestar.

Nada más acercarme a la verja para abrirla, se oyó la voz de varias personas dándonos el alto.

No se pueda pasar, hagan el favor de marcharse.

Tres guardias de seguridad, uniformados y armados con pistolas, nos estaban cortando el paso con amenazas.

Tienen que marcharse, esto es una propiedad privada.
Claro que es privada, es tan privada que es propiedad de mi madre.

Uno de los guardas realizó una llamada telefónica.

Efectivamente, es la hija de la dueña, la matrícula del todoterreno coincide.
Con todo, no podemos dejarles pasar, son órdenes de arriba.
Está bien, está bien, no hay problema, se lo diré a mi madre a ver qué opina al respecto.

Precisamente las órdenes vienen de su madre.

Cuando se unió otro guardia más a la fiesta, Valeria me miró. Sin decir palabra, nos montamos en el Suzuki y nos marchamos.

¿No te parece demasiado raro tanta seguridad?
Pues la verdad es que sí.
Me parece muy exagerado. Es como si estuvieran ocultando algo, no sé...
A ver qué nos dice mi madre, me temo que tendré charla cuando regrese a casa. Igual esta noche me quedo a dormir en la tuya.
Perfecto, sabes que no hay problema.

Valeria llamó por teléfono a su madre.

Ya os vale presentaros así en la obra.
Mamá ha sido culpa mía, Marcus ha venido engañado.
Sí, ya, engañado. Os voy a cortar las orejas a los dos. Hasta nuevo aviso, nada de pasaros por la cala. Cuando sea factible, os aviso y vamos a verla los tres juntos.
Todo muy claro, mamá. Por cierto, esta noche me quedo a dormir en casa de Marcus, ¿vale?

Perfecto. Esta noche he quedado, no creo que vuelva hasta mañana por la noche o pasado mañana, depende. Así no te quedas sola. Pasadlo bien, chicos, y mucho ojo.

Valeria y yo nos miramos, y sin decir palabra...

Mamá, esta noche me quedo a dormir en casa de Valeria, ¿Vale?
¿Y su madre está de acuerdo?
Claro que sí, mamá. Incluso si quieres puedes llamarla, pero creo que estaba reunida con sus abogados, yo por si acaso no la molestaría.
Vale, tienes razón. Portaos bien y a ver cuándo vuelves.
Pasado mañana, el miércoles por la tarde o por la noche.
No estéis todo el día metidos en casa escuchando música o viendo la tele.

Salid por ahí a disfrutar, que tenéis una edad muy bonita.

Claro que sí, mamá. Dale un beso a papá de mi parte. Os quiero mucho.

Tenemos que hacer caso a mi madre, tenemos que disfrutar a tope.

Mira que eres películas, cualquier día de estos te van a dar el óscar al mejor actor revelación.

¿Y qué planes tenemos para esta noche?

¿Te los tengo que decir o te lo puedes imaginar tú solito?

Es que como me los imagine...

Pues todo lo que imagines multiplicado por tres.

Suena a música celestial. ¿Pasamos por el súper a por provisiones?

No te preocupes. Hay de todo en casa, incluso bebida que sobró de mi cumple, podríamos tomarnos una copa, a ver qué pasa.

Pero solo una, que no estamos acostumbrados.

Esa misma noche, entre copa y copa, nos pillamos un pedo de escándalo. A la tercera copa, a Valeria ni se la entendía lo que farfullaba, yo a la segunda estaba descojonándome de risa. ¡Qué desastre! Amanecimos en la cama de la madre en pelotas, sin recordar nada de la noche anterior. Calculamos que con el pedo que pillamos, no fuimos capaces de hacer nada, sobre todo porque no estaba en condiciones de acertar a meterla en ningún sitio, hubiera sido imposible del todo.

Estábamos bastante perjudicados, con una resaca de la madre que lo parió. ¿El remedio? Pues zumo de tomate con sal, pimienta, salsa picante y un chorro de ginebra. Asqueroso, pero en apenas media hora estábamos como dos rosas. Esta Valeria no dejaba de ser una caja de sorpresas. ¿De dónde coño habría sacado esa milagrosa receta? Mejor no preguntar, no sea que me diga que es una poción que ha pasado en su familia de generación en generación hasta nuestros días.

La madre llamó a media mañana al móvil de Valeria, para confirmar que hasta el día siguiente por la noche no volvería. Ya teníamos vía libre para ese día y el siguiente. Nada más acabar de despejarnos, Valeria insistió en coger el coche para dar una vuelta, cosa que no me pareció demasiado bien, no por nada, solamente porque, como nos parasen en un control de alcoholemia, a pesar de estar casi bien, rompería el alcoholímetro.

Aún estábamos un poco “tocados” por lo que, debido a mi insistencia, dejamos lo de dar una vuelta para después de comer, cuando estuviéramos más descansados y con todos los sentidos en su sitio. Después de comer, nos quedamos dormidos en el sofá hasta bien entrada la tarde.

Valeria, despierta que vamos a empalmar con la noche.

¿Qué dices? ¿Estás tonto? ¿Qué hora es?

Son casi las siete de la tarde, y si realmente te apetece salir a dar una vuelta, vete espabilando, anda.

Pues la verdad es que no me apetece demasiado. ¿A ti?
Solo por dar una vuelta, pero tampoco es que me muera de ganas.
Entonces, nos quedamos.
¿Una copa? Jajaja.
No fastidies. ¿Aún te quedan ganas de tomar una copa? Puf, paso.
Jajaja. Te estaba tomando el pelo. No veas si le he cogido asco a ese licor de no sé qué...
¿Qué te parece si nos damos un jacuzzi en el baño de tu madre? Es enorme y entramos los dos de sobra.

Mejor nos lo damos en el que hay en la parte trasera, que aún pega el sol.
Aunque no caliente demasiado, estaremos más cómodos, con más espacio.
Perfecto, me parece perfecto.

Pues, dicho y hecho, nos metimos en un remolino de agua caliente y burbujas, una auténtica pasada, un auténtico relax para los sentidos.

¿Sabes que no he buceado nunca en un jacuzzi?
¿Y ahora va a ser la primera vez?
Sí, vas a experimentar una nueva forma de gozar entre tantas burbujas.
¿Por qué no te relajas y disfrutas?
Eso es precisamente lo que vamos a hacer: relajarnos y disfrutar.

¡Madre mía, qué maravilla de jacuzzi, qué pasada, qué gozada! Tras la tercera inmersión, cuando estaba a punto de hacer la cuarta, la agarré y la empujé hacia mí. Ella no dejaba de reír, mientras mis manos acariciaban sus pechos, mi boca besaba la suya, mi pene rozaba su clítoris por fuera, como no queriendo penetrarla hasta el fondo.

¡Marcus, hazme el amor!
...
Vamos, péntrate, házmelo aquí y ahora, quiero sentirte dentro de mí.
Jajaja, parece que estamos rodando una película porno, jajaja.
¡Que me la metas, coño, deja de reírte y métemela joder que estoy súper cachonda!

No sé qué le pasaba con el sexo, le encantaba, la volvía loca, era otro ser cuando hacíamos el amor, se transformaba en un ser irracional, una verdadera máquina sexual, insaciable e incansable.

Al salir del jacuzzi, me temblaban hasta las piernas. Joder, qué sensación de haber estado picando piedra la última hora y media. Comencé a entender que, con Valeria, el sexo pasaba a otra dimensión, a una dimensión de absoluto placer, de absoluto abandono de la mente, llegando a carecer de la fuerza de voluntad mínimamente necesaria para negarse a cualquier filigrana que se le ocurriera. Me em-

bruja con su mirada de niña traviesa, con esa sonrisa de pícara y, cuando me miraba y se mordía el labio inferior de su boca, estaba perdido, y ella lo sabía. No utilizaba el sexo como arma para hacer o deshacer lo que en ese momento quisiera, lo utilizaba para satisfacer sus instintos más básicos, para saciar las ganas de sentirme dentro de ella. Se volvía loca cada vez que entraba en su cueva sagrada del sexo.

Poco más tarde, salimos hasta el centro social, con la sana intención de tomar algo y cenar. Era lo más cercano que teníamos a mano. No nos apetecía meternos a cocinar. Esa noche no había demasiada gente, a pesar de que la noche invitaba a salir a pasarlo bien. Sin embargo, no tuvimos problema en escoger la mejor mesa de la terraza, en una esquina, protegidos por las ramas de un sauce llorón, a refugio de miradas indiscretas.

Vamos a pedir lo que nos apetezca, que paga el putero de mi padre.

Bien. Creo que un buen solomillo y un sorbete de helado de mango de postre estaría más que bien.

Excelente elección, me apetece mucho ese sorbete de mango, jajaja.

Eres ...

Insaciable... insaciable sería la palabra correcta, la que mejor me define. ¿Y sabes el motivo?

¡Sorpréndeme!

Que solamente verte me pones muy, muy cachonda.

Mira que eres exagerada, Valeria.

¿Tú crees? Ahora mismo me pondría debajo de la mesa a comerte todo el ...

Para, coño, por dios, que nos van a oír.

Jajaja, te has puesto colorado.

La presencia del camarero evitó males mayores. Después de cenar, servían unos cócteles sin alcohol, en concreto *smoothie* de piña, mango y agua de coco. Simplemente espectacular. No pudimos aguantar la tentación. Nada más probar el primero, Valeria le dijo al camarero...

Lo teníais que llamar orgasmo. De verdad, no es broma, está de muerte. Es un verdadero placer beberlo.

Lo tendremos en consideración, señorita Valeria.

Joder, ¡cómo te pasas! Hasta el camarero se ha sonrojado.

Jajaja, entra dentro de su salario.

Está de muerte. ¿Tomamos otro? Pero esta vez pido yo, que nos conocemos.

Después de los dos orgasmos, nos quedamos un rato en la terraza, disfrutando de una agradable noche de luna llena, un cielo estrellado, una compañía que comenzaba a morderse el labio inferior de su boca, entre besos y risas. El peligro era inminente.

Esa noche fue tranquila. Apenas llegamos a casa, nos pusimos a charlar un rato sobre el futuro de la cala, si María tenía intención de reabrirlo para el verano ya que las obras deberían estar bastante avanzadas. Lástima que no podamos verlo, pero si la madre de Valeria nos decía que nada de acercarse a verlo, habría que esperar. ¿Qué oscuro misterio trataría de encubrir? A pesar de que María nos había dejado muy claro todo lo relativo a la reforma de la cala, algo no me acababa de convencer. ¿Qué habría de malo en ir los tres a ver el estado de la reforma? Si no tuviera nada que ocultar, no habría ningún problema, estábamos ansiosos por ver los avances de la reforma.

Extrañamente, esa noche Valeria no tenía el cuerpo para jotas. A pesar de mis varias insinuaciones, no estaba receptiva. Tenía molestias en los riñones, síntoma inequívoco de que estaba a punto de bajarle la regla, con lo que tendría unos días de descanso. En esos momentos aprendí a tener un cuidado especial, dejarla un poco a su bola, darle más mimos de lo habitual, ser más complaciente, si cabe, estar un poco más pendiente de sus necesidades debido a los cambios repentinos de humor que tendría.

De madrugada, sentí como se levantaba al baño. Por los gestos de dolor que escuchaba, supuse que ya la había bajado la regla. Cuando se volvió a meter en la cama, la abracé para hacerla sentir mejor. Su respuesta fue rápida y contundente:

... ¡déjame en paz!

Aunque no tenía a mano mi cuaderno, me apunté en la cabeza todos aquellos gestos, formas atípicas de comportamiento causadas por el malestar y la incomodidad de los síntomas típicos de los cambios hormonales, al igual que todas las variables emocionales causantes. Hasta la fecha, no me había coincidido con la situación en la que Valeria tuviera el periodo conviviendo con ella, aunque solo fuera por unos días. Por lo tanto, tendría que andarme con cuidado de no despertar en ella algún sentimiento contradictorio. Supuse que el día siguiente sería poco menos que complicado, ya que no pasaría una noche demasiado plácida, se levantaría con la incomodidad y molestias típicas, es decir, que no estaría de buen humor. Tendría que aprender a cuidar de ella de forma y manera especial.

Efectivamente, a la mañana siguiente, se levantó bastante desairada, con el ceño fruncido, señal inequívoca que no se encontraba demasiado bien.

Marcus, estoy con unos dolores de ovarios que no puedo con ellos. Ya me podrías preparar un zumo de naranja, que me vendrá muy bien... y algo dulce... una napolitana... no ... un bollo de crema ... no ... una palmera de chocolate y nata ...espera mejor unos *petit suisse* de fresa y plátano ...

Vale, deja que te preparo el zumo y ...

Llama por el telefonillo a la garita y diles que necesito un kit dulce de emergencias. Ellos sabrán qué traer. Que, si por ti fuera, tendría que esperar hasta mañana.

Relájate, Marcus, no te enfades, no muestres ningún gesto de desacuerdo, sonríe, simplemente sonríe y llama a la garita, para que le traigan el famoso kit dulce de emergencias. En apenas diez minutos, llamaron a la puerta, traían el kit, una bandeja envuelta en papel de la confitería más selecta de la ciudad: pastelería “la dulce tentación”.

Valeria, ya te ha llegado el kit.

Pues tráemelo, por favor.

Sí, ahora mismo, en cuanto le quite el papel que lo envuelve.

No se te ocurra tocar nada, que son todos para mí.

Tranquila, ya sé que son todos para ti A ver si revientas, coño.

¿Qué has dicho?

Que son todos para ti.

¿No has dicho nada más?

¿Yo? No.

Se puso las botas. Apenas dejó un par de pasteles de carne medio mordisqueados, con toda seguridad para que no me los comiera. Tengo que reconocer que en esos días se ponía de una mala leche que era preocupante, y mucho. Joder, menudo carácter sacaba a relucir, aunque era comprensible, la verdad, Valeria lo pasaba bastante mal. Tuvimos que dejar para mejor día la excursión. No estaba para salir por ahí todo el día, ni por cómo se encontraba físicamente ni por su humor.

Ya me gustaría verte a ti, aunque solo fuera un mes con la regla. Cualquiera te aguantaría.

Pero, Valeria, amor, si no te he dicho nada.

Ya, pero la cara de agonías que tienes lo dice todo. Sigo siendo yo, tu chica, aunque no podamos follar, agonías más que agonías. Todos los tíos sois unos egoístas de mierda. Y no me llames amor, que me suena a retintín.

Vale.

Y tampoco me des la razón como a una tonta.

Como quieras.

Joder, ¡qué dolor! Y dale, ¡que no me des la razón, coño!

Menos mal que se quedó dormida después de tomar las pastillas para el dolor de ovarios. Mientras tanto, aproveché para preparar algo de comer, sencillo, ligero y lleno de cultura culinaria: una ensalada de lechuga, tomate, cebolleta, aceitunas, atún y nueces. Llegada la hora de la comida, sabiamente decidí no despertarla, mejor que se despertara ella solita.

¿Cómo me has dejado dormir tanto?
Necesitabas descansar y dormir, por lo que no te he despertado.
Gracias, eres un sol.
¿Hay algo para comer? Bueno, casi merendar.
Te he hecho una ensalada y te quedan un par de pasteles para postre. Ahora te preparo otro zumo de naranja, ¿Te apetece?
¿Zumo? ¿Otro zumo? No me apetece demasiado, me llena mucho la pulpa de la naranja.
¿Y el atracón de pasteles que te has dado? ¿No te llena?
¿Qué pasa, que me ves gorda?
No, no, para nada, no digas eso, estás preciosa.
Mentiroso, me duelen los ovarios, tengo las tetas que parezco una puta vaca lechera y me dices que estoy preciosa.
Bueno, no te pongas así, solo trato de ser amable y comprensivo, desde luego...
Desde luego, ¿Qué?
Naaaaaada. ¿Quieres algo más?
Sí, que me dejen de doler los ovarios y las tetas.

Con cierta anticipación sobre el horario previsto, apareció por la puerta la madre de Valeria. Dada la situación, me pareció un milagro verla, me alegré muchísimo.

Hola, chicos.
Hola, mamá, estoy en la cama medio muerta.
Ya entiendo, estas con el periodo, ¿verdad?
No, estoy en la cama con dolor de ovarios y con las tetas como una puta vaca lechera por gusto.
Señorita, no te pases. Y tú, Marcus, si has logrado sobrevivir a su primer día, eres un campeón, te felicito.
Sí, mamá, dale un trofeo o algo parecido.
Creo que debería irme ya, ha llegado tu madre y no estarás sola.
Sí, corre, vete, cobarde.
Jajaja. Anda, Marcus, mañana habláis.
Que te mejores, Valeria, mañana si eso hablamos.
¿Qué quieres decir con “si eso”?
...

Hasta la fecha no había visto a Valeria de tan mala leche, pero bueno, supuse que no sería así todos los meses. Había dejado mi flamante 4x4 en casa, por lo que desde la garita de los de seguridad, me llamaron un taxi que apenas tardó un par de minutos en aparecer. Al llegar a casa, extrañamente mi padre se encontraba allí. Me preguntaron qué tal me había ido con Valeria, les dije que bien, muy bien, que se encontraba indispuesta por tener la regla. Cené en compañía de mis dos progenitores, que escuchaban atentamente mientras les comentaba las vicisitudes

acaecidas con Valeria. Se mostraban contentos con la relación, incluso daban la impresión de estar bastante más contentos que con Marta.

El día siguiente era Jueves Santo, por lo tanto, quedaban cuatro días de vacaciones, pero dado el estado de salud de Valeria, en absoluto pude hacer un pronóstico con posibles planes más allá de pasarme a verla por su casa. Efectivamente, después de comer, conduje mi flamante Buga hasta su casa. Los de seguridad me saludaron cordialmente, ya era prácticamente uno más de la familia. A mi llegada, María se había marchado a un par de recados, aun siendo festivo, Valeria se encontraba cómodamente tirada en el sofá viendo la tele con una manta.

Hola, Valeria. ¿Te encuentras mejor?

Hola. Algo mejor sí, pero aún me duelen mucho los ovarios y las tetas, que las tengo enormes.

Bueno, irás poco a poco mejorando, supongo.

Yo también lo supongo. Este dolor es bastante incómodo, llegando a ratos a ser insoportable.

Entiendo.

Quería disculparme por mi comportamiento de ayer. Estaba con un dolor muy fuerte e insoportable que me estaba matando.

No te preocupes, no pasa nada... "amor"

Jajaja, mira que eres ...

Entonces, esta tarde nos quedamos en casa viendo la tele tranquilamente, ¿Vale?

Claro, ¿Has venido en el 4x4?

Sí, ayer marché en taxi, pero hoy vengo motorizado.

Al poco rato, llegó María. Se alegró mucho de verme.

Hola, Marcus. Ya veo que no te asustas fácilmente, jajaja.

Mamá, no me seas tocapelotas...

... niña, esa boquita, que te la voy a tener que lavar con lejía.

Hola, María. No, no me asusto tan fácilmente, la verdad.

Pues no sabes lo que tienes ganado con mi hija.

¿Te quedarás a cenar?

Claro, me encantaría.

La madre sacó de la nevera una fiambarrera con carne guisada, que les había sobrado de la comida de un par de días atrás. Aunque era pronto para preparar la cena, ya lo tenía organizado. Era una mujer bastante previsora, aunque por otro lado le gustaba salir, disfrutar de su nuevo status. Comenzaba a pasar varios días sin aparecer por casa, sabía perfectamente que su hija estaría cuidada y en las mejores manos. Continuaba pareciéndome una mujer fascinante, la verdad. Incluso

en una ocasión manteniendo con Valeria una de nuestras orgásmicas relaciones, fantaseé con que su madre nos observaba, llegando a ponerse cachonda, mientras se mordía el labio inferior, como su hija.

Después de la cena, tras una animada charla, puse rumbo a casa. María nos comentó que en dos meses estaría finalizada la reforma de la cala; tendríamos que ir pensando en qué nombre ponerle. Me quedé durante unos segundos pensativo, hasta que ...

¿Y dejar su nombre original? Creo que tendrá un mayor impacto que si le ponemos otro nombre, que nadie lo va a relacionar con la cala. Creo que “La Nueva Cala” sería un acierto.

¿Sabes? Me gusta la idea y el nombre. La Nueva Cala suena genial. Me encanta. ¿Y a ti Valeria?

Sí, no está nada mal.

Bueno, pues, si no hay nada en contra, se llamará La Nueva Cala.

Cuando regresaba a casa, en mi Buga, disfruté de una grata experiencia: por una parte, la de tener la independencia absoluta de movimientos y por otra la de haber tenido la idea de llamar a la cala de esa manera, aunque debo reconocer que no me costó demasiado, pero el nombre no dejaba de ser fácil de recordar y hasta pegadizo.

Al llegar a casa, mis padres estaban alborotados. ¿El motivo? Los planos de la nueva clínica de estética de la cual mi padre sería unos de los principales baluartes.

Hola, Marcus. Acércate y mira. Son los planos de la clínica de la madre de Valeria, son una auténtica pasada.

Mira tu padre qué pedazo de despacho va a tener: soleado, amplio y elegante. ¡Anda, menudas instalaciones más chulas!

Chulas y con la última tecnología en cirugía plástica. Va a ser un auténtico bombazo. En algo más de un año, ya estará lista para atender a las primeras clientas.

Me alegro mucho por ti, papá. La verdad que sí, te lo mereces.

Incluso tu madre y yo estábamos pensando en irnos a vivir a otro chalet más grande, con alguna habitación más, con un garaje para dos o tres coches, una cocina más grande y moderna. En resumen, que las construcciones han cambiado mucho, son más grandes y lujosas y nos apetece dar el salto ¿Qué te parece la idea?

Pues la idea de tener una habitación más grande, con un baño también más grande, una plaza de garaje para mi solito, suena de maravilla, la verdad. ¿Y ya tenéis alguna idea o no?

Pues ... estamos sopesando mudarnos a la urbanización de Valeria. La madre nos ha comentado que los dueños de un chalet, que viven en el extranjero prácticamente todo el año, lo quieren vender debido a que es un gasto mantenerlo, además de tenerlo cerrado. Creo que sacaremos un buen precio, María se va a encargar de ello.

Entonces podéis estar más que tranquilos, será un regalo. Además, con el pastizal que supongo que vas a ganar, hay que ir creciendo, estoy totalmente de acuerdo con vosotros. Pero, con todo, que os quede claro que no me gustaría que metáis las narices más de lo necesario en mi relación, y menos siendo vecinos.

Estate tranquilo, que tendrás un control mínimo, como hasta ahora. Mientras las notas continúen siendo excelentes, no tendrás ningún problema, sino todo lo contrario.

Si las negociaciones de María fueran fructíferas que, seguro que lo serían, nos mudaríamos a ese pedazo de chalet en apenas unos meses. El chalet actual de mis padres estaba muy bien situado, cerca de todo, muy cómodo para ir y venir al instituto, pero realmente me quedaban un par de meses para acabar el curso y uno más para finalizar mi etapa de instituto y dar el gran salto a la universidad.

Mis padres estaban tan entusiasmados que se habían olvidado por completo de hacer la cena. Había comido de maravilla en casa de Valeria, la carne estaba exquisita. No obstante, comenzaba a tener hambre, por lo que mi madre llamó a un servicio de comida a domicilio. En apenas media hora, teníamos un hermoso pollo asado con patatas listo para cenar. Tras la cena, una charla cuyo eje central fue el diseño de la clínica y, cómo no, el chalet nuevo, no podía ser de otra manera. Mis padres estaban como niños con zapatos nuevos, emocionados. La vida les sonreía después de años de duro trabajo y constantes sacrificios.

Ese año, el curso finalizó de nuevo de la mejor manera posible, con una notazas. Al igual que en el curso anterior, pasé del viaje de fin de curso, ya que el destino no me atraía en demasía. Parecía que el destino había sido escogido por el cónclave de todos los tontos de cada clase. A ver, que me diga alguien a quién se le ocurrió la brillante idea de pasar una semana en un país llamado Afnail, un minúsculo país que apenas salía en los mapas.

Nada, no me apeteció nada, ni a mí ni a Valeria ni a la cuarta parte de la clase. Al final, de los tres terceros, solamente fueron treinta y siete alumnos, un auténtico fracaso de convocatoria. Por lo tanto, ese verano estaría plagado de cambios y novedades, y no teníamos intención de perdérmolos: la nueva cala, el nuevo chalet, la nueva clínica ... todo era nuevo, había muchas cosas por descubrir, muchas emociones orientadas a mejorar una vida que de por sí era genial. Estábamos en camino de subir de categoría, con todos los honores de la mano de María, lo que sería sin duda sinónimo de éxito.

La apertura de la nueva cala se adelantó tres semanas. Sería mediado el mes de mayo. A falta de tres o cuatro detalles, estaba prácticamente preparada para la gran fiesta de inauguración, a la que, aparte de acudir mis padres, se dieron cita las personas más ricas y poderosas del país: políticos con sus respectivas señoras (o amantes), gente guapa del mundo del deporte, presentadores y presentadoras de televisión, médicos ilustres acompañados también de sus respectivas señoras (o amantes), diputados, senadores, alcaldes, ... todos, absolutamente todos con intención de hacerse algún arreglillo pasando por quirófano. Esa noche la caja registradora comenzó a funcionar, ya que se citaron algo más de cuarenta personas para otras tantas operaciones.

Lógicamente ni Valeria ni yo, pudimos mostrar nuestro entusiasmo por lo bien que estaba resultando la fiesta de inauguración. Mis padres y María estaban absolutamente encantados: aumentos de pecho o de culo, labios, liposucciones, pómulos... todo el mundo quería rejuvenecer, aunque en algunos casos, debido a su actual aspecto físico no lo conseguirían ni en diez operaciones.

Valeria, ¿Te estás dando cuenta de que estos dos están haciendo caja a cuenta de la nueva clínica de cirugía estética? Joder, ¡qué morro!

Sí, soy plenamente consciente de ello. ¡La madre que lo parió!

A todo esto, se nos acercó María.

Chicos, pero menuda cara que tenéis. ¿Va todo bien?

A ver, mamá, que os estáis forrando reservando operaciones...

Jajaja, mirad que sois, no estáis viendo las dos caras del negocio. Veréis, ¿Y si yo os dijera que tenemos la nueva cala alquilada para los próximos cuatro meses todos los fines de semana? ¿A que ya no pensáis igual? Cumpleaños, bodas, bautizos, fiestas privadas, todo absolutamente todo lleno. Vais a pegar un buen pelotazo, sin duda que vais a multiplicar la inversión muy rápidamente, ya veréis como sí. Solo tenéis que continuar confiando en mí como hasta ahora.

Hombre, visto desde esa perspectiva...

Claro, comparto la opinión de Marcus, mamá, visto de esa manera, podéis continuar tranquilamente con vuestros *business*.

Mi padre continuaba hablando con multitud de personas que lo abordaban a cada paso. Estaba feliz. Hasta ese día no lo había visto así, en su salsa, hablando con sus futuros clientes en una terminología que dominaba a la perfección: "... la mamoplastia que te ofrecemos te va a dejar los pechos como una cría de veinte años, te vas a tener que quitar a los hombres de encima", "... con la liposucción vas a volver a tener un cuerpo escultural, vamos a ver, no quiero decir que no lo tengas, que sí que lo tienes, pero eliminar esa grasa abdominal, te va a rejuvenecer ..." Menos mal que mi madre no escuchaba esos comentarios. De lo contrario, se hubiera generado un conflicto de interés.

Marcus, ¿has pensado qué vamos hacer con el dinero de los beneficios? A ver, que digo yo que no vamos a comenzar a gastar el dinero como si viniera llovido del cielo.

Estate tranquila, la verdad es que la idea me asusta bastante, pero no nos queda más que confiar en tu madre. Tu madre no nos la jugaría, ¿Verdad?

Claro que no. No seas idiota, que es mi madre...

Pues por eso confío plenamente en ella. Quién mejor para mirar por nuestros intereses que tu madre, por favor, dónde va a parar...

Joer, Marcus, eres el rey del sarcasmo.

Sí, lo sé.

La inauguración fue un tremendo éxito, en todos los aspectos. La nueva cala estaba en plena fase de despegue, todo el mundo conocería en pocos días el nuevo lugar de moda, mi padre ya tenía bastantes operaciones, trabajo asegurado para varios meses. Todo marchaba viento en popa, dinero por todos los lados, mi madre estaba como en otra galaxia, en otro mundo paralelo, como se dice vulgarmente estaba flipando en colores. Ni por lo más remoto se pudo imaginar nunca que mi padre alcanzara un éxito tan rotundo, fruto de años de trabajo, esfuerzo y sacrificio. Se nos presentaba un futuro francamente espléndido, aunque la verdad es que hasta ese momento no nos iba nada mal. Estábamos a punto de entrar en el más exclusivo nivel social: el de los que tienen pasta para aburrir.

Las vacaciones llamaban a la puerta. Ante tal expectativa, no tuve demasiado claro qué hacer, si pasar unos días en la posada, o coger el coche y perdernos por los pueblos costeros, es decir, dedicarnos a vivir un verano aún mejor que el anterior, y mira que el anterior fue fantástico en todos los aspectos. Valeria tampoco lo tenía nada claro, ya que la idea de volver a la posada no le apetecía demasiado. Realmente no le apetecía en absoluto. Quería un verano de aventuras. Incluso se planteó pasarse por el centro hípico, a ver si se ponía a dar clases, pero con todo, tampoco estaba demasiado convencida, ya que nos impediría estar juntos la mayoría de las horas del día.

Así que decidimos cogernos el Suzuki de Valeria, las mochilas, las ganas de pasarlo lo mejor posible y marcharnos con rumbo desconocido. En esos momentos es cuando se agradece tener los teléfonos móviles, nos fue de máxima utilidad, sobre todo para que mis padres me tuvieran controlado, lo mismo que le ocurrió a Valeria. No teníamos fecha de regreso, así que comenzamos por pasar un par de días en la cabaña. Se estaba bastante bien allí. Había varios pueblos de costa e interior que no conocíamos, así que nos pareció un primer buen destino. Tuvimos muy claro que no asomaríamos el morro por el pueblo del malogrado tío Gunther, mejor ni mentarlo, pasaríamos de largo.

La cabaña estaba en perfecto estado, limpia, ordenada, con la despensa llena. Nos pareció que María se pasaba por allí más a menudo de lo que comentaba, y supusimos que acompañada de su nuevo amigo Esteban, el que la miraba fijamente

las tetas siempre que tenía ocasión, con el beneplácito de la susodicha, claro está. Menuda pareja más abstracta. No tuvimos ganas de meternos en la cocina, así que tiramos de teléfono para que el restaurante de Esteban nos sirviera la cena y de paso le dejamos encargado el desayuno para la mañana siguiente. Era todo un chollo que María estuviera medio liada con el bueno de Esteban. Nos atendían rápidamente, nos ponía unas raciones espectaculares, nos hacía descuento y siempre tenía algún detalle para con nosotros.

Al día siguiente, después de desayunar, nos fuimos camino del interior, pasamos por una serie de pueblos, viendo campos verdes y amarillentos, de cebada y trigo, de patatas, limoneros, naranjos, una combinación de colores que sorprendía a todo aquel que visitaba la zona. La calidez del paisaje junto a la de sus gentes invitaban a pararse para conversar con ellos, a ser parte de la vida de esos pueblos, a tomar unos vinos en las tascas, a probar sus embutidos y comidas caseras, a conocer personajes variopintos. Resultaba asombroso. Todos con sus farmacias, supermercados, iglesias, talleres mecánicos, panaderías, cuartelillos de la guardia civil, bares... eran tranquilas mini ciudades, alejadas del humo, los ruidos, el asfalto y hormigón de las grandes urbes.

Fue toda una experiencia. Valeria disfrutaba de su Suzuki, cumpliendo las normas de seguridad vial al dedillo, respetando los límites de velocidad, las señales de tráfico, ... estaba desconocida.

Valeria, ¿Te encuentras bien?

Sí, claro. ¿Por qué lo dices?

No, por nada.

Por algo será, vamos tonto, dime el motivo de tu pregunta.

No ... como estas respetando a rajatabla las normas, estás circulando a una velocidad que hasta a mí me parece que vas hasta lento...

Ya. Si es que voy rápido, vas de copiloto acojonado, si voy lento tampoco te parece bien, no hay quién te entienda...

Bueno, mujer, solo ha sido un comentario, si vas lento bien, así nos podemos fijar mejor en el paisaje. Tú sigue conduciendo a tu bola, no me hagas demasiado caso, anda...

Se acercaba la hora de comer, así que al siguiente pueblo que viéramos, pararíamos a comer algo, a pesar del calor reinante. Teníamos pocas ganas de comer, la verdad, pero sí era necesaria una parada de hidratación. El calor era sofocante. Ni tan siquiera el aire acondicionado aliviaba el bochorno del ambiente.

Mira, en ese sitio pone: “Comidas Caseras La Perdiz”. Podríamos parar a beber algo y comer.

Me parece de lujo, estoy cocida, estoy sudando como un pollo.

Joer, podías haber dicho alguna otra expresión.

Ya, pero es la primera que se me ha venido a la mente, guapito de cara.

Entrar en La Perdiz fue como entrar en un túnel de tiempo, volver a los años setenta. Un garito con una barra, una televisión, cuatro mesas con sus sillas luciendo la publicidad de la bebida de moda, tres ventiladores dando vueltas en el techo como locos, dando un aire fresco a todas luces insuficiente para aliviar mínimamente la temperatura de La Perdiz, pero con todo, algo aliviaba. La señora que atendía en la barra nos miró varias veces de arriba abajo, como si dos extraterrestres acabaran de entrar en su alojamiento.

Hola, guapos, ¿Qué queréis tomar?

Hola. Para mí un refresco de cola, sin azúcar, ¿Y tú Marcus?

Una botella de agua fría, por favor.

Pues... aquí refrescos de cola sin azúcar no tenemos. Esas modernidades las tendréis en la capital, aquí tenemos los refrescos de cola normales, para los cubatas.

Ya, entiendo, pues entonces que sea el refresco de cola normal.

Eso sí, marchando un refresco de cola “normal” y una botella de agua fría. ¿Vais a querer comer algo?

Depende de lo que nos ofrezca, que con este pedazo de calor...

Pues tengo un salmorejo casero que es una delicia, hecho con productos de la huerta, todo sano y natural. Y de segundo puedo ofreceros unos solomillos de cerdo, también casero, criado en casa.

Pues por nosotros de maravilla.

La señora puso un mantel de papel en una las mesas, cerca de la ventana que permanecía abierta, haciendo algo de corriente con la puerta. Mientras esperábamos, las otras tres mesas libres se llenaron en apenas cinco minutos. Nos sirvió las bebidas. Mientras atendía a las otras mesas, un amable caballero nos puso un plato con unas aceitunas y otro con unos pedazos de pan y unas rodajas de chorizo, que supusimos que sería del mismo malogrado cerdo.

El salmorejo estaba francamente rico, entraba solo, fresquito y sabroso. El solomillo elegantemente presentado con pimientos rojos asados y patatas fritas. Valeria tomó otro plato de salmorejo, a pesar de mis advertencias. Le podía sentar mal. La exquisitez y tamaño de los pimientos nos hicieron suponer que serían de la huerta. Estábamos pidiendo una tarta casera de queso, cuando sonó el móvil de Valeria.

Valeria, cariño, soy mamá, ¿Qué tal va todo?

Hola mamá, todo bien, a pesar de este sofocante calor.

Muy bien. ¿Dónde estáis?

Estamos acabando de comer.

¿En dónde habéis comido?

En un sitio, así como muy de pueblo, llamado La Perdiz.

¿En La Perdiz? ¿No teníais otro sitio dónde parar? Ha sido cerrado en varias ocasiones por dar alimentos en mal estado. Ha salido en el periódico en varias ocasiones, la última fue una intoxicación de una excursión por comer salmorejo casero, que al final ni es casero ni es nada. A todo esto, ¿Qué habéis comido?

Pues ... salmorejo, precisamente.

La madre que os parió.

Mamá, que estamos bien, de verdad.

Eso lo dices ahora. Ya me contarás dentro de un par de horas.

Desde luego, ¡qué exagerada eres, mamá, de verdad es que ...! No te preocupes, todo bien, ya si hay alguna novedad hablamos.

A ver si es verdad, que parece que tenéis los dos el móvil de adorno.

Que sí, mamá, estate tranquila. Besos.

¿Qué te comentaba tu madre?

Nada, ya sabes, que dónde estábamos, qué habíamos comido, lo de siempre, todo bien. Que te dé recuerdos y que te portes bien, jajaja.

Seguro que lo que me porte bien te lo ha dicho más de una vez, jajaja.

Continuamos el tour rural. La tarde avanzaba junto a la canícula, que continuaba sin dar un ápice de tregua. Buscamos aquellos lugares en los cuales se podría estar a la sombra, como terrazas con sombrilla, encontrando a pocos kilómetros una que tenía una pinta bárbara, con su musiquilla, su congelador lleno de helados de mogollón de sabores, zumos naturales, ... un auténtico oasis en medio de ese desierto. Mientras nos acomodábamos en la mesa, Valeria puso una cara de circunstancias...

Marcus, estoy comenzando a sentirme fatal, pero mal, muy mal.

¿Qué es lo que te pasa?

No le dio tiempo a responder, ni a preguntar nada más. Comenzó a devolver como si no hubiera mañana, eso fue impresionante. Dejó la mesa, el suelo y las sillas llenas de vomitona.

Madre mía, la de La Perdiz y su puñetero salmorejo casero, me voy a acordar hasta de su put...

Cuanto más intentaba hablar, más vomitaba. Era impresionante. Los camareros de la terraza intentaban quitar hierro al asunto, pero la verdad es que dimos un espectáculo bastante asqueroso y un tanto bochornoso. Nada o muy poco se puede hacer en estas situaciones. Una vez que se la pasó un poco, nos subimos al Suzuki. Estaba hecha polvo, con la cara pálida y descompuesta, la ropa empapada en sudor, un sudor frío, con un dolor de estómago fuera de lo normal.

Nada más subirnos al coche, llamé por teléfono al bueno de Esteban, para que nos mandase un médico a la cabaña, Valeria se encontraba peor por minutos, la estaba viendo tan jodida que hasta me asusté. El camino hasta la cabaña fue una auténtica tortura, ya que cada cinco minutos devolvía en una bolsa de plástico que

nos habían facilitado los chicos de la terraza de donde salimos pitando rumbo a la cabaña. Estaba descompuesta, solo repetía una y otra vez...

Me voy a cagar en la hija de puta del salmorejo, joder menos mal que eran productos de su huerta, 100% naturales... hija de la gran ...

Y vomitaba de nuevo.

Marcus para, que me muero por el camino.

Que no, que no te vas a morir, que no te dejo yo que te mueras, anda, loca de la vida.

¿Loca de la vida? Los cojones Pero qué malísima estoy. Esta del salmorejo se va a acordar de mí, por mis cojones que sí.

Por tus cojones y por los de tu madre.

También...

Y vomitaba de nuevo. Más mal que bien logré llegar hasta la cabaña, donde nos estaban esperando Esteban y un médico amigo suyo, el doctor Madrazo, un tipo curtido en mil batallas. Nada más verla, ya tenía un diagnóstico más o menos claro, pero no quiso adelantar acontecimientos sin hacer un chequeo.

Querida, tienes una intoxicación alimentaria en primer grado. Vas a estar con este malestar por lo menos veinticuatro o cuarenta y ocho horas más.

Reposo, dieta blanda si es que tienes hambre. Te voy a poner un inyectable para cortarte los vómitos y la posible diarrea.

Gracias, doctor. Hágame lo que quiera, inyécteme lo que le dé la gana, pero por dios alivie mi sufrimiento.

Valeria, no me seas... que yo también he comido lo mismo que tú ...

Y, de repente, tuve que salir corriendo al baño. Valeria estaba con vómitos y yo con una diarrea que me llevaban los demonios. Con lo cual, el doctorcito nos puso una ronda de inyectables a los dos, gentileza de la casa. En pocos minutos, estuve tan hecho polvo como Valeria. Al poco llegó María, y comprobando la situación en la que nos encontrábamos, no pudo por más que maldecir a la dueña...

Esa se va a cagar por la pata abajo. Siento el comentario, pero es que no es la primera vez que ocurre y ni dios le cierra la cuadra que tiene como restaurante o lo que sea. Voy ahora mismo con los informes del doctor Madrazo a la guardia civil para poner una denuncia. Esto no va a quedar así, faltaría más.

Mamá no tardes que estoy muy malita.

Tranquila, cariño, vuelvo enseguida.

Nada más marcharse la madre, Esteban y el doctorcito, nos quedamos los dos profundamente dormidos. Estábamos muy fastidiados, como si nos hubieran dado

una paliza. El doctorcito quedó en pasarse a la mañana siguiente para ver la evolución y, si fuera necesario, orientar mejor la medicación. Sacamos una conclusión a toda esta situación: no volveríamos a probar el salmorejo en la vida, ni siquiera el de mi madre, ni loco. Por cierto, el apelativo cariñoso de “doctorcito” se lo puse debido a la cercanía que mostraba hacia nosotros. Además, le hizo mucha gracia. Por lo tanto, a partir de ese momento sería el “doctorcito”. Hasta la mañana siguiente no nos enteramos de nada, salvo de tener alguna molestia en forma de dolor de estómago, algo de fiebre y malestar general.

Si los dos ya estábamos delgados de por sí, con esta situación nos quedamos algo más de lo que sería recomendable para nuestra edad. Pero de todo se sale, todo pasa, lo malo y lo bueno, lo bueno suele pasar siempre más deprisa, lo malo tarda bastante más, pasa en todas las circunstancias de la vida. A la mañana siguiente, continuábamos con alguna molestia que otra, pero mejor que la tarde anterior. El doctorcito volvió a visitarnos a primera hora de la mañana, casi que nos pillaba aún dormidos.

¿Cómo andan mis enfermos favoritos?

Buenos días, doctorcito. Pues un poco mejor que ayer, la verdad, pero aún fastidiados.

Claro, es normal. Ya no tenéis fiebre e iréis mejorando poco a poco. En un par de días como nuevos. Seguid con la dieta blanda y para beber agua con limón, nada de pasarse con la comida, descanso y reposo durante veinticuatro horas.

Muchas gracias. Ha sido un placer conocerle, aunque hubiéramos preferido que fuera en otras circunstancias.

El amable doctorcito se quedó hablando brevemente con María. Supuse que serían las últimas pautas para recuperarnos del todo. Ya había interpuesto la denuncia en la guardia civil, cuya copia ya estaba en manos de sus abogados, el mismo grupo de letrados que le estaban jodiendo por todos los lados al putero de su ex marido. En esos momentos, pensé que la dueña de La Perdiz, lo tendría muy mal para salir airosa. Dada la sangría que le estaban haciendo a su ex los abogados, sería coser y cantar.

Una vez ya medio recuperados, la madre de Valeria nos informó sobre las novedades que había sobre nuestro proyecto empresarial: La Nueva Cala.

Bueno, chicos. Ahora que estáis un poquito mejor, os he de informar del éxito sin precedentes que está teniendo vuestra inversión. La Nueva Cala se está convirtiendo a pasos agigantados en el lugar de referencia, de moda para cualquier tipo de evento social que se precie ser uno de los mejores. Ya no solamente tenemos todos los fines de semana hasta fin de año inclusive, ocupados, sino que de lunes a jueves ya tenemos algunas semanas completas.

Es una excelente noticia, mamá.

Pero ...

Ya sabía que todo no serían buenas noticias, los “peros” no son el anticipo de nada bueno.

Marcus, mira que eres agonías.

La verdad es que ...

Y lo de la verdad es que ... suena peor aún.

Jajaja, Marcus. En esta ocasión, Valeria tiene razón, eres un poco agonías.

¿Solo un poco, mamá?

A ver si a la tercera me dejáis hablar.

...

Vale, así está mejor. Me han llegado rumores de un grupo empresarial internacional que podría estar interesado en invertir en La Nueva Cala e incluso estarían dispuestos a presentar una oferta de compra.

Pero, mamá. Si apenas lleva abierto dos meses. Me parece increíble.

Te parece increíble a ti y a todo el mundo, querida. ¿Qué opinas, Marcus?

Estoy como Valeria, sorprendido gratamente por la manera en que has llevado todo el proyecto y la posterior gestión.

Pues, gracias, ha sido un placer, y aparte de todo, ¿Sabéis quién forma parte de ese grupo empresarial?

Déjame que lo adivine mamá: mi padre el putero.

Efectivamente. Por lo tanto, no conviene que se entere de que sois los dueños reales. Vamos a seguir dejando que piense que soy yo, vamos a dejar que se tome una especie de revancha con la inversión o posible compra. Se debe de pensar que me lo va a quitar con la misma facilidad con la que se lo quité en el divorcio. Veremos cómo se van desarrollando las cosas en los próximos días.

Efectivamente, iremos viendo.

María llamó a mi madre para explicarle cuál era la situación en la que nos encontrábamos, para que no se preocupasen. Mejor que me quedara allí hasta la recuperación total. No teníamos motivos para movernos de allí hasta la total recuperación, ya que el doctorcito estaría pendiente de nosotros. Raramente mi madre no se puso histérica, ni mucho menos. Se quedó tranquila tras hablar conmigo por teléfono. Todo estaba en orden y bajo control. Tras un par de días más, ya estábamos en plena forma, con un par de kilos de menos, eso sí.

Regresé a casa, después de estar fuera unos días debido a la intoxicación alimentaria. No había nadie, supuse que como era pronto mi madre estaría en la compra y mi padre trabajando, como de costumbre. Las vacaciones de verano no habían comenzado tan bien como hubiéramos deseado, pero aún teníamos un largo verano para disfrutar. No pasaba nada, tenía que ser optimista. Habría que hacer nuevos planes que incluyesen comidas o cenas en lugares en los cuales la limpieza del local y la frescura de los alimentos estuvieran garantizadas.

Particularmente, seguía sin demasiadas ganas de pasar por la posada, no por nada en especial. Tanto Pedro como Sally eran unos anfitriones perfectos, sin lugar a dudas, pero al haber estado ya dos veces, al conocer ya la zona, pues como que me apetecía ver sitios nuevos, descubrir nuevos territorios. Volvimos a comentar los del trabajo en el centro hípico, Valeria estuvo de acuerdo conmigo en que eso de los caballos, aunque se le daba francamente bien, no era para ella, y para estar currando o ayudando, pues como que no, eso no eran unas vacaciones como mandaban los cánones.

Al poco, sonó mi móvil, era mi madre.

Marcus, cariño ¿Qué tal estás? ¿Estás ya en casa?

Hola, mamá. Estoy perfectamente, y sí, ya estoy en casa.

Verás, a tu padre le han dado unas vacaciones en plan sorpresa, perdona por no haberte avisado, pero con la emoción de la noticia, hemos hecho las maletas y nos hemos marchado corriendo al aeropuerto sin pensar en nada más. Vas a pensar que somos unos padres terribles, Marcus, hijo, que te queremos mucho. Te he dejado comida en la nevera y tu padre te ha dejado dinero en tu habitación, por si lo necesitas.

¿Y cuánto tiempo estaréis fuera? Es para hacerme una idea.

Pues en torno a dos semanas. Nos marchamos a Boston, a ver al doctor Jones, que amablemente nos ha invitado a pasar unos días en su casa. Ya te llamaremos al teléfono fijo, pero llamada rápida para saber cómo estas, que es conferencia. Besos de tu padre. Te dejo, que están llamando para embarcar en el avión. No hagas tonterías, saluda a Valeria de nuestra parte y a María también.

Vale, marcharos tranquilos, estaré bien.

Subí a la habitación, para ver cuánta pasta me había dejado mi padre. Me quedé flipado del pastizal que me había dejado encima de mi mesita de noche y del que me había dejado debajo de la almohada, lejos del control de mi madre. Era nuestro particular secreto. Cada diez o quince días mi padre me dejaba algo de dinero debajo de la almohada, era una especie de paga extra, aparte de la asignación semanal que mi madre me daba. A pesar de ser una madre maravillosa, también era un poco tacaña. Pensaba que con la misma cantidad de paga de dos años atrás se podían hacer las mismas cosas, pero, por fortuna, en mi etapa de adolescente nunca me faltó de nada.

De nuevo, sonó el móvil. Era Valeria.

Hola, Marcus ¿Qué tal te ha sentado la noticia?

¿Noticia? ¿Qué noticia?

Anda. no me quieras tomar el pelo, que tu madre ha estado hablando con la mía hace un rato, ya que se marchan dos semanas a Boston y le ha pedido que te

controle un poco, a lo cual mi madre ha dicho que sí, pero no te preocupes que ya sabes cómo es, pasará de todo mientras las cosas marchen bien.

Perfecto, entonces...

Tenemos vía libre para hacer lo que queramos durante dos súper semanas.

Pues ya me contarás qué podemos hacer.

Podríamos irnos unos días por ahí, aunque así de repente no se me ocurre un buen sitio.

Ya, podríamos irnos a un lugar especial, tranquilo, con playa, no con demasiada gente...

Marcus, que estamos en verano, y eso poca gente es raro, muy raro de encontrar. ¿Qué te parece si mañana por la mañana me paso por tu casa a desayunar y vamos haciendo planes?

Perfecto, me parece perfecto. Entonces mañana por la mañana hablamos. Descansa, guapa.

Tú también. Ya cuento las horas que quedan para vernos, jajaja.

A la mañana siguiente, dormía plácidamente cuando me despertó una llamada del móvil...

Dormilón, ¿Me puede hacer el favor de abrirme la puerta?

Pero ... ¿Qué hora es? Si aún está amaneciendo.

Es la hora de que me abras la puerta, guapetón.

Bajé para abrirle la puerta, con el pantalón del pijama puesto y el torso desnudo, en plan provocador.

Pero, bueno, Marcus, ¡qué bien te sienta ese pijama!

¡Qué coño!... Valeria que solo son las siete y media de la mañana.

Es que no podía dormir ...

Joder, ya te vale. Pasa, anda, que voy a pillar una pulmonía.

Estaba medio dormido, con lo que, una vez que Valeria entró en casa, subí a mi habitación, buscando la comprensión de mi colchón y mi almohada. Nada más tirarme a plomo en la cama, Valeria comenzó a darme un masaje en la espalda, pero no fue un masaje normal, con las manos, ni mucho menos, comenzó a masajear sus pechos por mi espalda.

¿A que nunca te habían dado un masaje así? ¿Y a que no te esperabas comenzar el día de esta manera?

No, para nada. Por dios, ¡qué maravilla!

Estaba sintiendo la delicada piel de sus pechos por toda mi espalda, notando la dureza de sus pezones que me estaba excitando sobre manera, casi no podía articular palabra de todo el placer que estaba sintiendo. Me puso boca arriba, conti-

nuando con el masaje, frotando mi pene entre sus pechos. Seguía sin poder reaccionar, de nuevo era un títere en sus manos, y mucho menos cuando comenzó a lamerme el pene, metiéndolo tímidamente en su boca, jugando con mi glande.

Se colocó encima de mí, cabalgando fuera de sí, a un ritmo desorbitado, llegando incluso en algún momento a hacerme daño.

Marcus, no te corras todavía. Aguanta, por dios. Aguanta, cariño.

...

Cuando llegó al orgasmo me quedé atónito de la capacidad que tenía de darle tantísimo placer, el mismo que ella me daba, pero multiplicado por mil. Acabamos empapados en sudor, besándonos, enredando nuestras piernas en un eterno nudo de placer, de satisfacción total.

Has estado fantástico, de verdad que sí.

No, la que ha estado fantástica has sido tú.

Dejémoslo en un empate, los dos hemos estado fantásticos.

Menuda sudada hemos pillado.

La verdad es que sí, deberíamos coger aliento, darnos una ducha y ...

Mira que eres vicioso.

Darnos una ducha y comer algo, que no me has dejado acabar.

Eso de comer algo suena genial.

Sí, pero algo de desayunar, de comer, me refiero a algo de comer.

¿Qué te creías que estaba pensando? ¿Quién tiene la mente sucia ahora?

Jajaja, eres incorregible.

Cuando bajamos a desayunar, llevados por una euforia postcoital, comencamos a decir los posibles destinos para nuestra próxima escapada.

¿Vuelo en el primer avión que salga, sin que importe el destino?

Ya Valeria ¿Y el pasaporte?

Claro tienes razón, tendrá que ser destino nacional, pero no importa, hay lugares maravillosos. Con todo tenemos que ir a sacarnos el pasaporte, por lo que pueda pasar.

Me parece una buena idea.

Entonces ¿Vuelo nacional? Con destino sorpresa o destino a elegir ¿Qué te parece?

Bien, déjame que haga la maleta antes de que me arrepienta de esta locura.

Una vez ya en el aeropuerto, dejamos el Suzuki en el parking y nos dirigimos a los mostradores de las compañías aéreas que operaban en ese momento, pero mientras estábamos observando el panel de las salidas, de repente todos los vuelos quedaron cancelados, ante el estupor de los pasajeros que bien se encontraban esperando la salida de su vuelo o bien estaban facturando sus maletas. El aeropuerto

se convirtió en un auténtico caos: "... señores pasajeros, por problemas en el tráfico aéreo y en la torre de control, todos los vuelos son cancelados por causas ajenas a nuestra voluntad. Les iremos informando puntualmente."

Ante tan descomunal caos, decidimos marcharnos. Ya volaríamos otro día con más calma, cuando la torre de control realmente estuviera bajo control. Ante tal situación no se podría haber esperado nada bueno.

Anda, no fastidies, hay que tener mala suerte.

O buena, según se mire. Imagina que llegamos una hora antes de que comenzara el caos, ya tenemos los billetes y el vuelo se cancela, por tiempo ilimitado. Eso sí que hubiera sido mala suerte, ¿No crees?

Pues visto así... Pues tú dirás qué hacemos ahora. No tengo ni idea, la verdad.

Podríamos no sé, voy a buscar un lugar donde aparcar y vamos a ver qué hacemos o dejamos de hacer.

No llegamos a aparcar, Valeria a cara o cruz eligió una carretera u otra: salió cruz. Pues la cruz de la moneda, nos llevaría a unos doscientos ochenta kilómetros de carretera pegada a la costa a una capital de provincia, de la cual solo pasaríamos continuando hasta un tranquilo pueblecito marinero llamado Baixas. Estuve llamando por el camino a un par de hoteles, que estaban a rebosar, pero el tercer hotel, sí que tenía habitaciones libres, era un hotel de cuatro estrellas, el Isla Bella.

Muy cerca de las playas de la zona, con unas vistas desde la terraza de la habitación que eran una auténtica pasada, hasta el punto que, si cerrabas los ojos y guardabas silencio, se escuchaba el rumor de las olas con toda nitidez. Estuvimos un buen rato contemplando la inmensidad del paisaje, el mar embravecido por las olas, disfrutando de ese olor a mar, salitre y olas.

Durante tres días estuvimos recorriendo las principales atracciones turísticas de la zona, que no eran pocas: el rompeolas, un par de iglesias románicas, Todos los lugares por los que pasábamos, tenían su encanto especial, salvo alguna excepción.

Marcus, ¿qué te parece si nos pasamos por el White Horse? Podrías animarte y dar un par de clases de iniciación, jajaja. La verdad es que sí que tienes pinta de cowboy jajaja.

Mira qué graciosa. Vale, por mi parte no hay problema. Podemos salir mañana por la mañana a primera hora, estamos algo lejos, así que nos pondremos en camino sin prisas.

Eres un cielo, Marcus.

Sí, lo sé, lo sé.

A la mañana siguiente pusimos rumbo a nuestro ecuestre destino. Nada más llegar, un trasiego de caballos y personas daba un ambiente de fiesta, mezclado con cierto caos. Se podía apreciar que la cantidad de visitantes les estaba desbordando por momentos, la terraza del centro hípico estaba a rebosar, las colas en recepción tenían una cantidad considerable de personas.

¿Valeria? ¿Eres tú?

Hola, Sergio. Somos nosotros, jajaja. Estáis a tope, ¡menudo caos!

Joder, nos vienes al pelo, como caída del cielo. Necesitamos una monitora para dar una clase en veinte minutos, por favor, dime que te podrías ocupar, por favor... la titular nos ha dejado tirados, precisamente esta semana que estamos saturados, ¡Qué mala suerte!

Pues no sé ... Marcus, ¿qué te parece?

Solo serían unos días. De verdad que me haríais un grandísimo favor y, claro está, que os daríamos alojamiento a los dos durante el tiempo que fuera necesario, aparte de un sueldo por el trabajo.

Bueno, no es mi ideal de vacaciones, pero por mí no hay problema, Valeria. Si tú te ves dando clases y te apetece, adelante.

Muchas gracias, chicos. De verdad que me salváis la vida. Valeria, Nadeznha está en las cuadras preparando unos caballos, acércate, que te proporcione ropa para las clases, que te prepare un caballo y te dé las instrucciones para dar la clase. Son niños y niñas de ocho años. Con tu destreza no tendrás problema.

De esta manera, unas más que merecidas vacaciones se convirtieron en una especie de película del oeste, en la cual, mi papel ni siquiera fue el del sheriff. Valeria tenía una gran maestría montando a caballo, ya lo había demostrado con anterioridad, pero verla a lomos de un caballo era fascinante. Estaba preciosa, radiante manejando las riendas del corcel, que se llamaba Azul, porque tenía los ojos de ese color. Era un caballo precioso, una rareza ver un caballo con ojos azules. La explicación es que era de la raza appaloosa, originaria de los Estados Unidos. Azul estaba muy cotizado. Me comentaron incluso que habían recibido varias ofertas de compra, que habían rechazado.

Valeria estaba feliz. Me quedé gratamente sorprendido al comprobar todo lo que disfrutaba montando y dando clases. Si tenía buena mano para los caballos, con los niños era casi mejor, les tenía firmes, le obedecían a la primera, llevando las clases a un nivel de concentración y aprovechamiento superior.

Los padres comentaban las excelencias de Valeria, ya que se mostraban sorprendidos por la capacidad de liderazgo de la nueva monitora.

¿Has visto a nuestro hijo con la nueva monitora? Si es que no le reconozco, es otro, menudo cambio ha dado, qué maravilla, así da gusto, va a tener que dar más clases con la misma chica, sin dudarlo que sí.

Desde la primera clase que dio, Valeria triunfó de pleno. Parecía estar destinada a que su vida estuviera ligada a los caballos, aunque cuando hablábamos del futuro, me daba a entender que continuaba compartiendo la idea de estudiar Psicología, quizás llevada por la pasión que yo le transmitía. Continuaba con las anotaciones en mis cuadernos. Valeria estaba siendo una fuente inagotable de datos, habíamos pasado por situaciones poco normales: sus reacciones, sus gestos, su manera de afrontar y superar las adversidades, me dieron una serie de datos tremendamente reveladores e interesantes sobre el comportamiento humano, sobre todo en situaciones un tanto adversas. Se estaba convirtiendo en una mujer fascinante, asombrosa en muchos aspectos, mágica en otros, sorprendente, apasionada, sensual...

La finalización de esa primera clase dio paso a otra, otra, otra y otra más. Al finalizar la jornada, cuando el centro hípico se quedó vacío, cuando ya no había más gente para dar clases, Valeria estaba rendida y agotada. Nos llevaron hasta nuestra habitación decorada con un exquisito toque vaquero, como no podía ser de otra manera, con un amplio baño y una terraza compartida a la cual se podía acceder desde las demás habitaciones. Salimos brevemente hasta el comedor. No teníamos demasiadas ganas de cenar, pero creímos oportuno presentarnos ante los demás compañeros.

Formaban un grupo de trabajo bastante majo, entre monitores, mozos de cuadra, personal administrativo, coordinadores... Era una especie de gran familia que se reunía prácticamente todos los veranos e incluso en algún que otro periodo vacacional, si la demanda así lo requería.

La verdad es que haber estado todo el día de acá para allá me comenzó a parecer un auténtico coñazo. Pero ya se sabe que cuando el diablo no tiene nada que hacer con el rabo espanta las moscas, me explico: uno de los técnicos de mantenimiento esa misma tarde, había tenido un percance en los establos, debido a que uno de los caballos lo había pisado. Evidentemente le había dejado el pie con serias lesiones, por lo tanto, se quedó una plaza libre. Mientras charlábamos con los demás, Sergio y Nadeznha se acercaron a nosotros.

Hola, chicos, ¿Qué tal todo? Valeria ¿Qué tal tu primer día de monitora? Tienes a los alumnos ensimismados, lo cual es una excelente noticia para los padres y para nosotros. Por cierto, Marcus, si te parece bien, ha quedado una plaza de técnico de mantenimiento, y hemos pensado Sergio y yo que, dado que Valeria estará liada con sus clases, quizás te podría interesar ganarte unas pelotas ¿Qué te parece?

Sí, Marcus, estaría genial. Podrías aprovechar el tiempo mientras doy clases. La verdad es que es una buena idea, pero, ¿cuál sería mi trabajo?

El de mantener las cuadras en perfecto estado, es decir, dar de comer a los caballos, que no les falte agua, cepillarlos y limpiar sus mierdas.

También echar una mano a los compañeros cuando lo necesiten. No te preocupes que te tendré vigilado para que aprendas rápidamente.

Pues, vale. Por mí perfecto.

Pues no se hable más. Mañana, a primera hora, os pasáis por la oficina para haceros los contratos de trabajo. Muchas gracias, chicos, nos habéis venido como caídos del cielo.

De esta manera tan sencilla, había pasado de intentar disfrutar de unas vacaciones a formar parte del equipo del White Horse. Eso sí, como técnico de mantenimiento, que no era cualquier cosa.

Pues no te veo yo limpiando las mierdas de los caballos, Marcus, jajaja.

Joder, qué graciosa estás esta noche. Anda, vamos a dormir, que por aquí no queda nadie. Mañana me parece que va a ser un día muy duro.

A punto de acostarnos, en línea con su oportunismo, sonó el teléfono. Mi madre...

Hola, Marcus, hijo. ¿Cómo estás? ¿Dónde estás?

Hola, mamá. Estamos pasando unos días en un centro hípico, el White Horse.

¿En un centro hípico? ¿Qué se os ha perdido por allí?

Pues veras, Valeria estuvo hace tiempo tomando una clase de equitación y, dada su destreza, el jefe le comentó que si estaría interesada en dar clases en verano. Nos hemos acercado por aquí casi por puro azar y la han contratado para dar clases.

Anda, ¡qué bien! ¡cuánto me alegro! Pero, ¿tú qué vas a hacer mientras?

Estoy contratado como técnico de mantenimiento para ...

Limpiar las mierdas de los caballos.

Efectivamente, mamá, para limpiar las mierdas de los caballos, darles de comer y de beber, cepillarles y alguna tarea más que pueda surgir.

Muy bien, hijo. Ya se lo comentaré a tu padre que regresa mañana de dar unos cursos en no sé qué país, ya sabes que con los nombres extranjeros me lío. Cuidaos mucho y ojito con los caballos, no te vayan a dar una coz o te pisen el pie o algo peor, que con esos animales nunca se sabe.

Vale, mamá, un beso de Valeria.

Otro para los dos.

La verdad es que el trabajo no era para matarse, era cómodo, a mi bola. En apenas dos días ya tenía controlado el trabajo. Me tomaba mis descansos, los caballos no daban demasiada guerra, salvo algún susto con algún caballo que aún no me conocía y se ponía un poco nervioso hasta que le tranquilizaba acariciándole y hablándole con voz suave. Sin duda, me estaba convirtiendo en el hombre que susurraba a los caballos. Hasta el jefe me felicitó por la labor que estaba realizando en las cuadras.

Valeria acababa las jornadas cansada. Apenas tenía un rato para comer entre clase y clase. Por lo tanto, desde la mañana hasta última hora de la tarde, apenas nos veíamos, salvo en alguna ocasión que nos cruzábamos. Ella montada a caballo y yo llevando a otro a las cuadras. Una mirada de complicidad, una sonrisa nos valía para saber que todo marchaba bien.

Echaba de menos un ratito a solas con ella; nuestras relaciones sexuales sufrieron un frenazo, ya que, por las noches caía rendida en la cama, se dormía mientras me contaba con un hilo de voz cómo la había ido la jornada.

Yo me quedaba mirándola, acariciando su pelo, observando entre las sábanas su cuerpo esos pechos que tanto deseaba y echaba de menos.

Marcus, cariño, prometo compensarte por todo esto, de verdad ... gracias por...

Se había quedado dormida, no le dio tiempo a acabar la frase, pero no importaba, estábamos juntos, ella disfrutando dando clases y yo disfrutando limpiando las mierdas de los caballos. No era lo mismo, pero bueno, era lo que tocaba.

A la mañana siguiente, más de lo mismo. Desde que nos levantamos, prisas por todos los lados: en la ducha, prisa para desayunar, prisa para no llegar tarde a la primera clase del día, breve charla con el coordinador, prisas, prisas, prisas para todo. Fueron unas semanas agotadoras, ya que lo que en principio era un trabajo para apenas una semana, se convirtió en algo más de un mes. Menos mal que viajábamos con equipaje de sobra. No obstante, tuvimos que hacer alguna compra de material para la higiene femenina, algo de ropa, cosas sin demasiada importancia.

En el tiempo en el que estuvimos trabajando, me di cuenta de varias cosas, una de las más importantes fue la solidez de la relación con Valeria; otra, la utilidad y el coñazo de un teléfono móvil sonando día sí y día también. Mi madre continuaba pensando que su Marcus aún era un adolescente recién salido del cascarón, pero, como en ocasiones anteriores, tuve que “negociar” con ella para que llamara solamente un día o dos a la semana. Para esto, mi padre era más dejado, lo que era bastante de agradecer. Siempre me consideré un espíritu libre. No me gustaba demasiado estar constantemente controlado, ni por mis padres ni por nadie, pero los padres responsables, en ocasiones, son así de pesados.

Por otro lado, mis padres regresaron de sus vacaciones en Boston sin aparente novedad. Mi madre encantadísima de haber montado en avión, de haber visto a Marta y a su querido tío. Por otra parte, mi padre, feliz, departiendo con su homólogo americano. Tuve muy claro que no quería escuchar ninguna monserga relativa a la vida de mi ex.

Nuestra estancia en el White Horse tocaba a su fin. Tras algo más de un mes, la última semana el trabajo consistió prácticamente en recoger y dejar todo listo

para el equipo que continuaría trabajando después del verano bajo mínimos, ya que el número de clientes descendía notablemente entre semana, aumentando levemente los fines de semana. La verdad es que nos pagaron una pasta, a Valeria más que a mí, pero cuando nos pagaron ...

Marcus, ¿Ya te han pagado?

Claro, una pasta por limpiar mierdas de caballo

¿Y a ti?

También. Ven, haz como yo y pon el dinero sobre la mesa.

Valeria junto las dos pagas e hizo dos montones de dinero con igual cantidad.

Un montón para cada uno, es lo justo, somos un equipo.

Pero, Valeria no, no lo es, no es justo ...

Nada, es lo que hay, querido compañero.

Valeria que no, coño.

Marcus que sí, coño.

Al final, salió ganando ella. Lo que inicialmente fue un sueldo majo por limpiar mierdas de caballo, se convirtió en un sueldazo. Valeria estaba contenta y satisfecha. Había disfrutado muchísimo dando clases y absolutamente todos los compañeros del centro estaban encantados con ella. Por mi parte, había disfrutado muchísimo limpiando las mierdas de los caballos, la verdad es que nunca imaginé que un bicho de esos pudiera soltar tanta mierda al cabo del día, era tremendo. Pero ... se aprende absolutamente de todo. Al final, me encontré muy cómodo entre ellos.

La última noche, nos invitaron a cenar al restaurante del viejo oeste, donde Yoel, el pianista, continuaba actuando en su papel de borrachín, tocando alegres melodías, las cuales continuaban dando un ambiente genial al garito. Lo raro es que no tuviera nombre. Solo la palabra “restaurante” aparecía en la fachada. Nos pareció raro, hasta que uno de los compañeros eventuales de verano comentó que había escuchado que el restaurante era uno de los negocios que un empresario tenía para el blanqueo de dinero de muy dudosa procedencia.

También había escuchado que la hija, a pesar de su juventud, estaba aprendiendo a llevar los negocios de su padre, que se encontraban prácticamente por todo el mundo. La hija era una auténtica preciosidad de mujer, continuó explicando, que pocos se podían acercar a ella, que se llamaba Mileka o algo parecido, no lo recordaba con claridad. Ya se había bebido varias cervezas, con lo que prácticamente nadie le estaba haciendo caso. Durante un buen rato continuó dando explicaciones sobre el presunto dueño del “restaurante”, en voz baja, susurrando, como si no quisiera que le escuchase solamente el personal del centro.

A la mañana siguiente, madrugamos para dejar la habitación recogida, ya que en los próximos días una empresa de limpieza dejaría las habitaciones del personal eventual limpias y desinfectadas, así como las áreas de uso común. No vimos prácticamente a nadie, metimos las maletas en el coche. Desde la distancia nos despedimos de un par de personas del equipo de limpieza que estaban llegando al centro hípico. Fuimos los primeros en dejar las instalaciones.

El camino de vuelta a casa se convirtió en una agradable charla, comentando lo sucedido, Valeria tenía muchas anécdotas con las clases que había dado a un montón de niños y niñas. Su cara reflejaba la satisfacción por un trabajo que desde el primer día le llenó de felicidad, de satisfacción por un trabajo bien hecho y mejor valorado. Al llegar a casa, entramos a saludar a mis padres. Mi madre estaba en la cocina, acabando de hacer la comida, mi padre hablaba por teléfono.

Marcus, hijo mío, ¡Qué guapo estás! ¡cuánto has crecido! ¿Has comido en condiciones? ¿Has descansado lo suficiente por las noches?

Sí, mamá.

Hueles fatal, hueles como a ...

Establo, huelo a establo y a caballo.

Pues sí que los caballos huelen mal, porque apestan. Hola Valeria, espero que huelas mejor que Marcus. ¿Qué tal estás?

Bien, muy contenta, pero no creo que huela mucho mejor que tu hijo.

Marcus, toda la ropa que tengas, limpia o sucia, para lavar, pero a la voz de ya. Y date una buena ducha: esponja con abundante gel de baño, a ver si logramos quitarte ese pestazo.

Joder, mamá ...

Esa boquita, que te la voy a tener que lavar con lejía...

Si es que lo tuyo no es la diplomacia.

Nada, que Valeria es como de la familia.

Bueno, debo irme ya a casa, también tendré que poner la ropa a lavar y tendré que darme una buena ducha con esponja y abundante gel de baño para quitarme el olor tan insoportable a cuadra y tal...

Jajaja, Valeria, ¡qué simpática eres y qué sentido tan bueno del humor tienes!

Ya nos hablamos, Marcus.

Claro, Valeria.

Esa fue la primera vez que mi madre me vio besarme con Valeria. A pesar de todo, no mostró desagrado alguno, sino todo lo contrario. Mi padre continuaba hablando por teléfono, saludando a Valeria con la mano antes de marcharse, debería de ser una llamada importante para no colgar y continuar más tarde con ella. Por fin colgó el teléfono.

Marcus, hijo. ¿Qué tal te ha ido? ¡Te veo fantástico! ¿Lo habéis pasado bien? Por cierto, pegas un pestazo a mierda de caballo que es impresionante. Date una

ducha rápidamente que nos vas a dejar la casa con un aroma que vamos...

Otro diplomático. Si es que es normal, después de tanto tiempo entre caballos, no voy a oler a rosas, coño.

Y dale con esa boquita. Al final te la voy a tener que lavar con lejía.

Que sí, que sí mamá. Me voy al baño. Hace que no cago en condiciones más de una semana, con lo cual mi cuarto de baño olerá a mierda de caballo y a mierda de vuestro querido hijo, jajaja.

Como te pille, verás...

El poder usar mi cuarto de baño me sentó de maravilla, el poder ducharme con mi esponja y mi gel fue mejor todavía. Quedé limpio como la patena, con un agradable y fresco olor a colonia. Echaba de menos la comida de mi madre, ese olor a puchero, a tomate frito, a esos asados que estaban para chuparse los dedos. Mientras comíamos, les estuve contando todas las aventuras que habíamos pasado, provocando en mis padres risas y asombro a partes iguales. El rostro de mis padres reflejaba una gran satisfacción, su hijo estaba creciendo, se estaba transformando en un hombre de bien, en un hombre de provecho. Eso les tranquilizaba de sobremanera.

Esa tarde me quedé en casa, pero a mis padres se les antojó salir de compras, ya que, según ellos, necesitaba un cambio de look, con el que estuve totalmente de acuerdo, dado que el COU llamaba a las puertas y había que dejar atrás ese aspecto de adolescente.

Esa tarde mis padres estaban ... cómo decirlo, generosos sería la palabra que mejor podía definir su disposición a comprar ropa de marca, zapatos de marca, colonia de marca, hasta los calzoncillos eran de una conocida marca.

A la salida de los grandes almacenes, me sentía otro, sentí que había entrado un adolescente en compañía de sus padres y salía un medio hombre, ya que el otro medio tendría que forjarse a golpe de vivencias, experiencias y aprendizaje, sabio aprendizaje. De regreso a casa, me di cuenta que me había dejado el móvil, pero no lo había echado de menos hasta que vi las ocho llamadas perdidas de Valeria.

¿Valeria? Hola. Me he dejado el móvil en casa, he estado de compras con mis padres y ni me he acordado del teléfono. ¿Va todo bien?

Claro, solo que me tenías un poco preocupada por no contestar a mis llamadas.

Ya lo siento.

Te llamaba para quedar, pero no sé si será muy tarde para vernos, aunque por otro lado aún estoy un poco cansada, ¿Te parece que nos veamos mañana?

Me parece genial ¿Me paso a recogerte sobre las once y pasamos el día por ahí? Coméntale a tu madre si podremos pasarnos por La Nueva Cala. Podríamos tomar algo y comer allí.

Me parece una buena idea. Mañana a las once, no llegues tarde.

No, claro que no. Llegaré puntual.

Ah, por cierto. Si pretendes ir a La Nueva Cala, tendremos que ir vestidos para la ocasión, arreglados pero informales, jajaja.

Será una excelente ocasión para estrenar mi nuevo look.

¿Nuevo look? ¡Qué me estás contando, Marcus, qué ilusión! ¿Qué te has comprado?

Mañana lo verás.

Anda ... dame una pista, ¿Me va a gustar?

Jajaja, claro que sí. A ver mañana con qué ropa me sorprendes tú, maja.

Sorpresa, sorpresa, jajaja.

Supongo que sería normal para aquella época sentirte una especie de dios, tener una chica a tu lado que además de ser una preciosidad era inteligente, unos padres comprensivos que estaban enamorados el uno del otro desde el primer día en el que se conocieron, un coche, libertad total de movimientos y una situación económica más que aceptable, un negocio que marchaba viento en popa, del cual no tenía ni idea acerca de las ganancias que estaba generando. Las cosas no podrían ir mejor.

Aquella noche, recuerdo que dormí profundamente, soñando con Valeria desnuda en mi cama, a mi lado, besándome, acariciándose los pechos y su clitoris, mordiéndose el labio inferior de la boca, que sabía que me pone a cien, retorciéndose de placer, gimiendo en acompasados movimientos de cadera, pero ... algo no iba bien... no estaba participando de semejante desenfreno sexual. Ella no sabía que estaba a mi lado, o si lo sabía no me buscaba, no me deseaba.

La notaba distante, a pesar de mis esfuerzos por llamarla, no me escuchaba, yo solo oía sus gemidos, unos repetitivos y acompasados gemidos. Estaba desatada, mucho más que cuando estábamos juntos disfrutando del sexo.

A pesar de mis esfuerzos, me costó despertarme. Cuando lo conseguí, estaba descolocado, sudoroso, con muy mal cuerpo. No había sido el mejor sueño de mi vida, el corazón se me salía del pecho, tenía las pulsaciones disparadas, joder, ¿Pero esto qué coño es? Menuda mierda de sueño, Valeria estuvo disfrutando al máximo mientras solo podía observarla, ni tocarla ni besarla. No pude por más, después de llevar unos minutos despierto, que reírme de mis propias fantasías, que los sueños, sueños son, nada más.

Me sequé el sudor con una toalla, tiré la almohada al suelo, que estaba igualmente empapada, me di media vuelta e intenté dormirme de nuevo. Aún era pronto para levantarse, no demasiado, pero sí lo suficiente como para continuar durmiendo. Me fue imposible. La sombra de Valeria desnuda en mi cama planeaba por la habitación. Cerraba los ojos y continuaba viéndola retorciéndose de placer, acariciando con sus delicados dedos su clitoris y sus pechos.

A la mañana siguiente, cuando por fin amaneció, sentí un gran alivio. No obstante, el recuerdo de aquel sueño me dejó un poco inquieto. Mis padres continuaban con la idea de cambiarse de chalet, de irse a la urbanización donde vivían Valeria y su madre, pero estaban pendientes de recibir la oferta de compra por parte de María. Fue una de las pocas ocasiones en las que vi a mis padres, especialmente a mi padre, estar con cierto grado de ansiedad por conseguir alguna cosa, en este caso ese pedazo de chalet que supuestamente sería un chollo.

Bajé a desayunar ya vestido con mi nuevo look: un vaquero de marca, una camisa también vaquera a juego, un calzado deportivo y un jersey en los hombros, lo que venía siendo un pijo repijo de la época, todo un Borja Mari.

Pero bueno, ¿quién es este chico tan guapo que se nos ha colado en casa?

Mamá, mira que eres exagerada.

Exagerada dice, si es que eres más bonito que un San Luis, ¡Ahí mi niño, madre qué requeteguapo que es él!

Deja el chiquillo. No sea que se lo crea demasiado y tengamos un problema, jajaja.

Buenos días a ti también, papá.

Estoy totalmente de acuerdo con tu madre, esta mañana estás más guapo de lo normal, y mira que de normal eres la tira de guapo.

¡Hala! Otro igual.

Jajaja, supongo que desayunarás antes de irte, ¿No?

Claro, aún tengo un rato antes de pasarme a buscar a Valeria, además estoy realmente hambriento.

Pues nada, siéntate a la mesa, pero antes ponte una servilleta para no mancharte la camisa nueva, que eres un poco guarro comiendo. En eso te pareces a tu padre.

Tampoco tenía demasiadas ganas de entrar en conflictos matutinos con mi santa madre.

Sí, mamá tienes razón. Soy un poco guarrete comiendo. Es la verdad.

Te he dicho mil veces que no me des la razón como a los tontos.

No, mamá, no te doy la razón como a los tontos.

¿Ves? Ya me la estás dando otra vez.

Joder, qué ganas de discutir por tonterías por la mañana, tan temprano.

Esa boquita, Marcus, que al final te vas a llevar un chuletón.

Sí, mamá.

Cariño, deja al niño que desayune tranquilo, anda.

Ya salió el otro, defensor de causas perdidas.

Jajaja, mamá. Me encantan tus refranes sarcásticos, jajaja.

Se conoce que aquella mañana, mi madre se había levantado con ganas de discutir. Pese a todo, no estaba dispuesto a entrar al trapo de ninguna de las maneras. Me despedí de mis padres, me subí a mi flamante coche y me encaminé a recoger a Valeria. Me estaba esperando afuera, en el pedazo coche de su madre, que nos acompañaría hasta La Nueva Cala, ya que al ser nuestra primera visita “oficial”, María quería dejar dadas las oportunas instrucciones.

El ambiente era superior, gente muy guapa y joven. Calculé la edad media de todos los pijos que se encontraban disfrutando del local. No sería más de los veinticinco años. Nos encontramos con toda clase de pijos: pijos con pinta de gilipollas, pijos súper majetes, pijos repijos, pijos tontos del culo. En fin, todo un abanico de opciones. Lo mejor de todo era que se estaban dejando una pasta. En el fondo era lo que interesaba, más allá de la actitud insoportable de algún espécimen que, por el hecho de ser un niño de papá, se creía con derecho a mangonear a todo el mundo.

Nada más llegar, salió a nuestro encuentro Blanca, la responsable de las relaciones públicas, una chica bastante mona, la verdad, pero más pija repija que otro poco.

Hola, Blanca. ¿Qué tal va todo?

Hola, María, estás divina, o sea, de verdad que sí, divina de muerte. ¿Ese vestido que llevas es nuevo? Te queda como un guante. Estás maravillosa, ¡Qué tipazo hija mía! No sé cómo lo haces para estar siempre tan divina.

No cambiarás, mira que eres exagerada.

Para nada, mona, divina, divina, divina... y me quedo corta.

Te presento a Valeria y a su novio, Marcus, que a partir de ahora vendrán por aquí. Tienen carta blanca y total disponibilidad de uso de la casa de la playa, la cual deberá estar a partir de hoy en perfecto estado, al igual que para el uso del restaurante o del bar. Su dinero en La Nueva Cala no tiene valor.

Perfecto, se hará como dices. Voy a avisar a Robert, el responsable de seguridad.

Walkie en mano, contactó con Robert, que acudió rápidamente. Era un tipo bastante alto, delgado, con una barba cuidada, curtido en mil batallas, ex militar del ejército, pura fibra. Elegantemente vestido con un traje de los buenos, con el logo de La Nueva Cala en la solapa y un pinganillo en la oreja, desde donde controlaba todas las comunicaciones y ordenaba a su equipo todo lo necesario para mantener la seguridad en todo el recinto bajo control.

Pues ahí nos encontrábamos, entre Borja Mari, Fefa, Pochola y Pocholo, Cayetano, Pelayo, Eugenia, Bosco, Martín, Polo, Richard, ... o sea, *la crème de la crème*, dentro del universo de pijolandia.

Era bastante divertido observar los comportamientos de semejante fauna, ¡o sea, súper divertido! quise decir. Fue una fuente inagotable de notas para mis cuadernos, un estudio que me reveló que un alto porcentaje de los que acudían frecuentemente, vivían del cuento, de ser hijos de papá y mamá, sin ningún estudio, ya que la mayoría los comenzaban, pero pocos los finalizaban, con la esperanza de obtener un puesto de relevancia en las empresas de sus progenitores. La mayoría acabarían en alguna clínica de desintoxicación, o tirados en alguna cuneta de alguna carretera o quién sabe dónde.

Observé que no tenían más metas en la vida que la de pasarse por La Nueva Cala a presumir del último coche deportivo que le había comprado papá, o para comentar cuáles serían sus próximas vacaciones de verano, aunque realmente sus vacaciones les tenían ocupados de enero a diciembre. Pero ... mientras continuaran gastando pasta, de maravilla, sin ningún tipo de problema, más allá de alguna que otra borrachera que acababa llevando al individuo en taxi a casa, sin más. La discreción era la máxima de La Nueva Cala.

Bueno, chicos. Bienvenidos al mágico mundo de pijolandia.

Jajaja, mamá. ¡Qué bien lo has definido!

Ya estáis dentro, ahora es vital que actuéis con total naturalidad, que no se note que sois los dueños.

Claro, por nosotros no tengas problemas, todo irá sobre ruedas.

Muy bien, Marcus, esa es la idea. Ahora a disfrutar. Ya veréis qué gozada la casita de la playa.

Sí que lo es, es una auténtica pasada, por fuera es impresionante.

Robert nos entregó dos tarjetas: eran sendas llaves de la casita de la playa, que se encontraba a unos doscientos metros, discretamente apartada de miradas indiscretas, camuflada entre palmeras y vegetación salvaje. Una pasada, una especie de *loft*, con una cocina unida al salón, una habitación con un baño que era una auténtica pasada, y unas vistas al mar envidiables. Contaba con un sofisticado sistema de seguridad para garantizar la integridad de sus ocupantes, incluso una habitación del pánico, perfectamente acondicionada para ser inexpugnable, una auténtica garantía de supervivencia en caso de necesidad.

La madre de Valeria nos hizo de guía, explicándonos los entresijos del sistema de seguridad y de la habitación del pánico, que curiosamente solo se podía abrir con un sofisticado sistema de *Voice Access*, un acceso mediante nuestra voz, la de Valeria o la mía. Cualquier distorsión de la voz activaba automáticamente la alarma, conectando directamente con el responsable de seguridad, que tomaría las medidas oportunas.

Como podréis observar, no hemos escatimado en seguridad, pensando en posibles acciones malintencionadas hacia vosotros dos. Este sistema os garantiza al

cien por cien vuestra integridad, lo cual es, sin duda, una gran tranquilidad para tus padres y para mí también.

Es alucinante, mamá. ¡Qué pasada! ¡La leche! ¿A que sí, Marcus?
¡Menuda pasada de juguete! ¡Qué tecnología más puntera!

Una vez finalizada la visita guiada, ya que estábamos allí, nos quedamos a comer, mesa para tres en la zona VIP. La mejor mesa, con las mejores vistas, con un camarero constantemente pendiente de nosotros. En ese momento fue cuando me sentí alguien importante. Si mis padres pudieran verme, fliparían, y si supieran la verdad, fliparían, o sea, que te cagas.

Bueno, chicos, ¿Qué os parece? ¿Todo está a vuestro gusto?

Todo es maravilloso, todo es nuevo para nosotros, pero sin lugar a dudas que estaremos a la altura.

No lo dudo, Marcus. Mañana iremos los tres a compraros ropa a Valeria y a ti también. Tenéis que dar un aire de ... no sé cómo decirlo, más elegante, más ...

Más pijo, mamá, no te andes por las ramas.

Jajaja, efectivamente, lo has descrito con total exactitud.

Yo me limité a asentir con la cabeza. No me gustaba nada ir de compras, y menos de tiendas pijas, y aún menos con Valeria y su madre.

Marcus, puedes decírselo a tu madre. Me encantará verla, ya que hace un par de días que no hablo con ella.

Claro, será genial.

Por cierto, chicos, hablando de todo un poco. En la habitación del pánico hay dos cajas de seguridad, ocultas tras sendos cuadros que se activan al igual que la puerta de acceso solamente con vuestras voces. En esas cajas de seguridad irá guardando el dinero de los beneficios que se generen. Si todo va bien, a principios de año podremos ir cosechando los primeros. La empresa va viento en popa. Además, las fiestas de las próximas navidades y año nuevo nos van a reportar unos excelentes beneficios, mejores de los que pensaba inicialmente.

¿Y ese dinero? ¿Cómo haremos para que pueda ver la luz?

De eso no os preocupéis, todo a su tiempo, lo tenemos todo controlado.

Pues si lo tenemos todo controlado, no habrá problema.

Por cierto, tendréis que cambiar de coche, no podéis aparecer por aquí con esos coches tan básicos, tan de proletarios.

Mamá, conociéndote ya habrás pensado en la marca, modelo, color y demás, jajaja.

Pues sí, se nota que has sacado la inteligencia de tu madre. En dos semanas los tendréis, el tiempo necesario para que los traigan al concesionario y hagan el papeleo.

Marcus, ¿no dices nada?

Perdonad, es que me he quedado aún más sorprendido. Está siendo un día lleno de emociones, vamos de sorpresa en sorpresa, a cada cual más importante, joder. No sé cuál será la próxima.

Jajaja, Marcus, tenéis que cambiar de mentalidad, tenéis que pensar, hablar, actuar como lo que realmente sois y vais a ser: dos jovencitos afortunados y ricos. Ahora bien, para mantener este status solo hay una condición...

Ya me parecía a mí, mamá. ¿Y la condición es...?

Notas, que no baje el rendimiento de ninguno de los dos. Si tan solo baja el de uno de vosotros, saldéis perjudicados los dos. Es simple y sencillo. ¿O queréis acabar como la mayoría de estos pijetes pingüinos?

Me parece muy bien, María.

¡Mira que eres pelota!, Marcus.

Tu madre tiene razón, no pienso volverme un pijo gilipollas e insoportable, pero para nada.

No, Marcus, yo tampoco. No encajaría en mi forma de ser.

Al día siguiente, fuimos los cuatro de compras. Mi madre estaba “sorprendida” por hacer *shopping* en las mejores tiendas de moda de la ciudad, en las cuales la madre de Valeria era una especie de diosa, ya que absolutamente en todas dejaban de atender a los demás clientes para complacer a María. Eran tiendas de ropa y complementos en las cuales la mayoría de la gente solo se paraba en los escaparates para comentar los precios inalcanzables para la mayoría de los seres humanos. María no dejaba pagar a mi madre, a pesar de insistir una y otra vez. Decía que era un regalo para nosotros dos, que quien realmente pagaba el putero de su ex.

Con la exactitud de un reloj suizo, a las dos semanas, Valeria me avisó de que ya podríamos pasar por el concesionario a por los dos coches nuevos. No teníamos ni idea de cuáles serían, pero conociendo a María, serían espectaculares, sin duda. Y no me equivoqué lo más mínimo: dos espectaculares Baxter Cabrio XZ 35, lo último y lo más puntero en tecnología. María ya había hablado con mis padres al respecto del coche nuevo. Mi madre estuvo encantada, ya que se quedó con el mío, que según decía era más pequeño y manejable que el de mi padre. El de Valeria en color rojo fuego y el mío azul star. Dos auténticas joyas, dos maravillas sobre cuatro ruedas, que habían salido de la nada, para darnos un ascenso en la escala social. Ya éramos oficialmente pijos repijos.

Mi padre se quedó boquiabierto al verlo.

Pero, Marcus, ¿Sabes lo que tienes entre manos? ¿No será mejor que me quede yo con esta máquina de hacer kilómetros?

Jajaja, para nada, querido padre, ya te podrás comprar uno cuando comiences a trabajar en la nueva clínica, que no sé cuánto faltará, pero no será mucho.

Ya, eso sí, pero al menos me dejarás dar una vuelta con tu madre, ¿no?

Ya iremos viendo, papá. Depende de cómo te portes; lo mismo que me dices tú a mí en algunas ocasiones, jajaja.

Al final, se lo tuve que dejar esa misma mañana, para que junto con mi madre disfrutasen de la conducción de semejante maravilla. Al tratarse de coches de importación, no se veían circulando por las carreteras, dado que llamaban la atención cada vez que el semáforo en rojo les obligaba a parar, o si lo aparcabas en algún concurrido lugar de moda, como por ejemplo en La Nueva Cala. Los Borja Mari, Fefa, Pochola y Pocholo, Cayetano, Pelayo, Eugenia, Bosco, Martín, Polo, Richard y demás fauna se quedaron boquiabiertos al ver tan semejante maravilla, equipada con lo último en seguridad, estabilidad, equipo de sonido y demás prestaciones. Toda esa banda se sintió atraída tanto por nuestro nuevo look como por nuestros respectivos, flamantes y novedosos bugas.

Ahora tendríamos que demostrar nuestra recién estrenada madurez al volante de esos dos bólidos ya que, bajo ningún concepto, como es lógico, nadie quería que se convirtieran en dos ataúdes sobre ruedas. Éramos demasiado jóvenes para morir.

De esta manera, comenzamos a ser asiduos de nuestro súper garito, pero la lástima es que quedaban pocos días de vacaciones y la confortable casita de la playa debería de quedar relegada a un segundo plano. Mandaban los estudios, el labrarnos un buen futuro para no acabar en alguna clínica de desintoxicación o tirados en alguna cuneta.

El futuro era nuestro, nos sonreía, aunque creo que en ningún momento fuimos conscientes del status que habíamos adquirido, desde lo ocurrido con el tío Gunther hasta la fecha. Todo, absolutamente todo, nos había venido de cara. Solo teníamos buenas noticias, teníamos, como se dice vulgarmente, una flor en el culo, expresión popular para identificar a las personas que tiene mucha suerte. Nada podía presagiar el trágico giro que daría mi vida en apenas unos meses.

Evidentemente, que el comienzo del curso, del último curso, trajo consigo un drástico cambio en los hábitos que habíamos tenido a lo largo de las vacaciones: los coches entre semana permanecerían en casa, prevalecería el estudio ante cualquier otra distracción. Por mucho que nos echaran de menos los piji compis, la vuelta a la rutina, pero bueno, que nos quitasen lo bailado. El comienzo de las clases estuvo marcado por la desaparición de Daniel. No había regresado al instituto, nadie sabía qué había ocurrido, ni siquiera los profesores supieron darme una explicación. Bueno, o no supieron o no quisieron. Martina guardaba un silencio sepulcral al respecto, ni tan siquiera Valeria, su mejor amiga pudo sacarle información alguna. Nos pareció muy raro, a nosotros y al resto de los compañeros de clase.

Martina no era la misma, estaba más distante con todo el mundo, no tan solo con nosotros. Todo el mundo que la conocía coincidía: algo había pasado. Por las mañanas acudía a clase con una cara descompuesta, dando la sensación de no haber dormido lo suficiente la noche anterior. Daba signos de un exceso de cansancio, quizás hasta de estar ya harta de una especie de soledad no deseada, ya no era la misma de antaño, la extrovertida e inquieta chiquilla. ¿Qué demonios la habría sucedido?

El curso comenzó de una manera extraña, rara. Sería nuestro último año juntos. La mayoría de los compañeros escogerían estudiar carreras que les llevarían a salir del confort de sus casas, para ingresar en los correspondientes colegios mayores de otras tantas universidades. Todos estábamos cargados de sueños de futuro, con unas ganas tremendas de lograr el objetivo del éxito, aunque nosotros dos ya teníamos bastante avanzada esa meta. Solo faltaba culminar en los estudios, que continuaban con unas notas excelentes. No bajamos ni una sola décima en todas las asignaturas, mantuvimos el nivel de todos los cursos anteriores, por la cuenta que nos traía.

Martina continuaba en caída libre: en las notas varios suspensos, obteniendo en las demás asignaturas unas calificaciones impropias de ella. No quería hablar con nadie sobre lo que la estaba ocurriendo, ni tan siquiera sus padres sabían el motivo de tan semejante bajón. Semana a semana, se la notaba más demacrada, con pocas ganas de nada. Estaba como vacía por dentro, sin esperanza, sin ilusiones, sin vida... caminando arrastrando los pies, con la mirada perdida, con gesto serio y desencajado. Sus padres tomaron la determinación de llevarla a un psicólogo privado, para que con terapia volviera ser la Martina de antes y de esa manera poder salir del agujero profundo en el que se encontraba.

Todo fue en vano. Nadie pudo salvarla, a sus dieciocho años, un sábado gris, desapacible del todo, Martina salió de casa, sin decir nada, a escondidas, sus padres pensaban que estaba en su habitación. Al rato, notaron su ausencia, pero ya era demasiado tarde. Dieron aviso a la policía, la cual montó un operativo de búsqueda, que fue totalmente infructuoso. A las pocas horas, su cuerpo apareció flotando en el paseo marítimo, entre algunos barcos que se encontraban atracados, arrastrado por la corriente. Martina se había quitado la vida. Nadie supo los motivos que la llevaron a tomar tan drástica e inútil decisión. Fue un tremendo mazazo para todos. Apenas faltaban tres semanas para las vacaciones de Navidad, con lo que las connotaciones añadidas al fatal desenlace fueron muy amargas y difíciles de asumir.

El instituto quedó sumido en la más absoluta tristeza. Nadie supo ver el fatídico desenlace, nadie pudo ayudarla, nadie supo comprenderla, ni tan siquiera sus propios padres, que se quedaron destrozados de dolor, con un terrible cargo de conciencia que probablemente les acompañaría hasta el fin de sus días. Nos que-

damos muy afectados, Valeria bastante más al haber mantenido con ella antaño una gran amistad. Se quedó en shock, ni daba crédito a lo ocurrido ni entendió lo que había sucedido. El funeral se celebró en la más estricta intimidad por deseo expreso de sus padres.

Continuábamos sin saber nada de Daniel. Tras varios intentos de sacar algo de información del jefe de estudios, al final cedió, nos comentó que Daniel se había marchado a vivir a un país extranjero, ya que al padre le habían destinado a dicho país. Por lo tanto, supusimos que habían roto la relación, que Martina habría caído en el pozo de la tristeza, de la depresión y que, al final, no pudo superar la situación después de la ruptura. Daniel siempre decía que no estaba dispuesto a mantener una relación a distancia, y menos desde un país extranjero. Ya estaba todo aclarado, todas las piezas del rompecabezas encajaron al fin. Fue una putada grandísima.

Tras encajar y asimilar el durísimo golpe, el curso continuó con más o menos normalidad. Fue bastante sorprendente la reacción de absolutamente todos los cursos del centro, inclusive algunos profesores con una fama de ser “inhumanos” dando sus asignaturas, mostraron su lado más compresivo con el alumnado. Infeliz de mí, que no pude ni imaginar por un momento todo lo que se me vendría encima unos meses después. Las vacaciones de Navidad de nuevo estaban a la vuelta de la esquina, las celebraciones de ese año las hicimos en La Nueva Cala, una manera de que mis padres conocieran el lugar de moda, del cual su hijo era copropietario en la sombra.

El negocio continuaba yendo viento en popa. Desde su apertura, no hubo prácticamente ni un solo fin de semana libre. Desde bodas, despedidas de soltero o de soltera, bautizos, comuniones, hasta celebraciones de divorcios, todo tipo de eventos inimaginables; hasta se celebró una fiesta por el funeral de un famoso personaje de la prensa rosa con más pasta que un torero, incluyendo la que se montó entre dos de sus ocho hijos, que comenzaron a discutir sobre la herencia de su padre, aún sin conocer el testamento. En apenas dos meses desde su inauguración, se había convertido en el garito de moda. Todo aquel que se preciara de pertenecer a un status pijo, súper pijo o pijo que te cagas, no lo alcanzaría sin haber pasado por La Nueva Cala para convertirse en un habitual.

Los deseos para el nuevo año, fueron unánimes: felicidad para todos. Lo que fue un deseo, se convirtió en una auténtica pesadilla. El nuevo centro estético estaba prácticamente finalizado, una auténtica maravilla de mano de la misma persona que diseñó la obra de la cala. Efectivamente, Cruz había sido una tumba con respecto a los entresijos de La Nueva Cala, por lo que también había sido la responsable del diseño de la nueva clínica. En apenas dos meses, mi padre debería de acudir a un congreso, una especie de mini curso para ponerse al día con las

nuevas técnicas punteras en operaciones de cirugía, ya que la nueva clínica estaba ofreciendo los avances más innovadores. Después tomaría las riendas de la nueva clínica, como máximo responsable de la misma. Un cargo que, sin duda, le daría prestigio y un montón de dinero.

Mi madre decidió acompañarle, habían pasado bastantes años desde que le había acompañado por última vez en uno de sus múltiples viajes que por motivos de trabajo realizaba a lo largo del año. Serían como unas pequeñas vacaciones, ya que durante la semana que duraba el congreso tendrían las tardes libres para hacer algo de turismo. Estaban como locos de contentos, muy ilusionados. Sería una segunda “luna de miel” o al menos así era como se lo plantearon.

El viaje comenzaría a primeros del mes de marzo, tomando el avión en el mismo aeropuerto de la ciudad, en primera clase, alojándose en uno de los mejores hoteles de Egipto, el Bengasi, de clase superior, un gran lujo al alcance de muy pocos bolsillos. Incluso comentaron la posibilidad de quedarse unos días más una vez finalizado el congreso. El vuelo salía un lunes de madrugada, con lo que me despedí de ellos la noche del domingo. Mis padres me dieron las oportunas instrucciones para los días en que me quedaría solo en casa.

Marcus, tienes comida hecha en la nevera, con algunos tápers en el congelador, para que tengas de todo, pero come de manera variada. No te comas toda la carne de golpe y dejes el pescado sin tocar, que te conozco.

Sí, mamá, no os preocupéis por nada, solo en disfrutar del congreso y de las tardes libres, y, si al final os quedáis unos días más, estupendo, deberíaís hacerlo. ¡Os lo merecéis!

Hijo, estamos muy orgullosos de ti, nunca olvides lo muchísimo que te queremos.

Sí yo también os quiero mucho.

Entre sueños, sentí entrar a mis padres en mi habitación antes de marcharse al aeropuerto. Como sus labios besaron mi frente, tuve una sensación difícil de explicar. Acudí a clase como otro lunes cualquiera, con la cabeza puesta en lo bien que estaba con Valeria, era maravillosa y estábamos muy enamorados. En medio de la última clase, el jefe de estudios entro al aula, se acercó al profesor, le susurró algo al oído y me dijo que le acompañase a su despacho, ante mi sorpresa, ya que nunca fui llamado al despacho del jefe de estudios.

Pasa, Marcus y siéntate.

Sí, gracias.

Cuando vi al psicólogo del instituto, el doctor Carlos Garnacho con cara de pocos amigos, comprendí que algo iba mal.

Verás, nos han llamado de la compañía aérea en la que volaban tus padres a Egipto.

¿Qué ha pasado?

El avión en el que iban tus padres se ha estrellado en la maniobra de aproximación al aeropuerto de Egipto por culpa de una repentina tormenta de arena, acompañada de fuertes vientos, lluvias torrenciales y tormenta eléctrica. Lamento decirte que no hay supervivientes.

Pero ... no, no, no puede ser, si estaban bien al salir de casa esta mañana, pero ...

Lo sentimos profundamente, Marcus. No sabemos qué decirte en estos momentos tan sumamente tristes y dolorosos. Carlos, nuestro psicólogo está aquí para ayudarte en todo lo necesario.

Por favor, llamad a Valeria, que venga, por favor, que venga.

Ahora mismo.

No puede ser. Debe de tratarse de algún error ¿No será otro avión el que se ha estrellado?

Nada más ver a Valeria me abracé a ella, todo lo fuerte que pude, buscando un consuelo que no me serviría para recuperar a mis padres, no me serviría de nada, salvo para desahogarme momentáneamente.

Valeria, lo mejor que puedes hacer es llevarte a Marcus a tu casa. No debe estar solo bajo ningún concepto, y es mejor que en unos días no se pase por casa, que esté contigo y con tu madre.

Claro que sí, Carlos.

El doctor Garnacho era un reputado psicólogo, especializado en atender a los adolescentes en esa etapa tan difícil de sus vidas. Entendía perfectamente por las diferentes situaciones por la que pasaban, les entendía y les marcaba unas pautas a seguir que eran siempre de gran ayuda. Pero creo que ningún psicólogo está preparado para que un chico de dieciocho años asimile la muerte de sus dos progenitores en un accidente aéreo.

Me quedé en un total estado de shock, no pude reaccionar, solo repetía como un mantra:

... no puede ser, no puede ser, no puede ser, no puede ser ...

Estuve así una semana, con sus días y sus noches. No comía, no hablaba, no dormía. Estaba en caída libre hacia un pozo llamado depresión. El doctor Garnacho me visitó en varias ocasiones en casa de Valeria, pero apenas lograba sacarme alguna respuesta medianamente coherente, que no fuera un “sí”, un “no” o un “no sé”. Comencé a tener crisis de ansiedad, que requirieron la intervención del equipo de asistencia sanitaria, los cuales acudían para darme una dosis de medicación su-

plementaria a la que estaba tomando para aliviar momentáneamente mi delicada situación.

Desde el instituto, dado que apenas faltaban dos meses para finalizar el curso, hicieron la vista gorda con respecto a las notas, ya que me pusieron unas calificaciones finales que fueron las mismas que tenía antes de la tragedia de mis padres. Me hubiera resultado imposible haberme presentado a los exámenes y más imposible aún el haberlos aprobado. La muerte de mis padres marcó el comienzo de la etapa más gris de mi vida, de la cual en muchas ocasiones no estuve nada seguro de salir de ella.

Los recuerdos se me agolpaban en mi cabeza. Cerraba los ojos y veía a mis padres mirándome sonrientes, abrazados en un inequívoco signo de amor, escuchaba a mi madre reírse mientras bailaba con mi padre en la cocina. Destrozado, sin ganas de nada. No obstante, tuve claro que no quería terminar como la pobre Martina.

Encontré en María y Valeria el apoyo que necesité en esos durísimos momentos. Fueron una especie de familia adoptiva, que me apoyó, me alentó y sobre todo tuvieron conmigo una paciencia infinita. En el testamento de mis padres, como no podía ser de otra manera, fui su heredero universal. Me dejaron el chalet, un par de cuentas bancarias con una suculenta cantidad de dinero, acciones de empresas que cotizaban en bolsa, en fin, todo lo que tenían antes de morir.

María me comentó la posibilidad de irme a vivir con ellas, lo cual me pareció bastante coherente. Pasé por casa de mis padres a recoger mis cosas, dejando todos los recuerdos entre esas paredes, antaño testigos de días de felicidad en su compañía. Les echaba muchísimo de menos, fue una experiencia muy traumática regresar a casa de mis difuntos padres, muy duro, fue muy duro. No quise hacerles funeral ni nada por el estilo, sé que mi madre hubiera estado en total desacuerdo, a mi padre le hubiera dado igual.

No me apetecía ver a una multitud de personas, de coronas de flores junto a dos ataúdes vacíos. Hubiera sido una completa gilipollez. Tuve que sobreponerme para prepararme el examen de la selectividad. Pese a estar muy jodido anímicamente, el recuero de mis padres me dio la suficiente fuerza para prepararme lo mejor que pude. No sé muy bien cómo, pero al final logré aprobar y sacar la nota suficiente para estudiar la ansiada carrera de Psicología.

Tras el examen, decidí poner a la venta la casa de mis padres. Tenía claro que no volvería a vivir allí. Eran demasiados recuerdos, unos recuerdos que me ahogaban día tras día. No quise quedarme con nada de ellos. Puse a la venta sus relojes, joyas y demás objetos personales, me armé de valor para tomar esa decisión, dura, pero necesaria. Los llevaría siempre en el corazón, con eso me bastaría.

Una vez que la venta de la casa se culminó, la verdad es que no creí que se fuera a vender en tan poco tiempo a un joven matrimonio que estaban esperando gemelos de su primer embarazo. Me parecieron los candidatos perfectos para quedarse a vivir en mi antigua casa. Una sensación de frialdad recorrió mi espalda cuando salí de aquella casa para no volver jamás. No sabría explicar lo que sentí.

Mi próximo hogar sería una residencia de estudiantes cercana a la universidad en la cual cursaría mis estudios. A pesar de todo, no dudé ni un solo instante en continuar con los planes de estudio que años atrás había planeado con el beneplácito de mis malogrados padres.

El proyecto de la clínica de estética de María continuó adelante. El padre de Marta ocupó el puesto que había dejado vacante el mío. La clínica se llamó Doctor del Cerro, en honor a mi padre. La inauguración fue tremendamente emotiva. Su recuerdo estuvo muy presente entre los invitados y el personal; una placa conmemorativa a la entrada del centro recordaba la figura de mi padre.

Valeria estaba dudando, pero al final se matriculó en la misma universidad e insistió en alquilarnos un piso para nosotros dos solos.

Valeria, no tengo claro lo de irnos a vivir juntos a un piso, no por estar juntos, que será maravilloso, sino por que podamos centrarnos en estudiar.

Marcus, relájate, si la mayoría del tiempo vamos a estar en clase o en la biblioteca. En el piso vamos a estar básicamente solo para dormir y poco más.

Entiéndeme. Estoy feliz a tu lado, pero debes comprender que llevo años soñando con este momento, quiero ser psicólogo, lo tengo muy claro.

Claro y yo respeto tu sueño, ya verás que todo irá genial. Solo tenemos que marcar unas pautas básicas. Será más sencillo de lo que piensas. Por ejemplo: se folla los lunes, martes, miércoles, jueves y viernes, por lo menos uno al día, pero los fines de semana a fuego.

...

Jajaja, deberías haberte visto la cara que has puesto, Marcus.

María, por medio de una conocida, nos consiguió un precioso dúplex, equipado a capricho, con unas espectaculares vistas. No estábamos demasiado lejos, ya que la universidad estaba a unas seis horas en coche, pero sí lo suficiente para estar totalmente independientes.

Antes de comenzar el curso, recibí una notificación de la compañía aérea, para comunicarme la indemnización que me correspondía por el accidente de mis padres. Lo dispuse para que esa cantidad de dinero fuera a parar a una organización médica que trabajaba con los más necesitados, en países con urgencias sanitarias, ya que me pareció un bonito gesto con el que mis padres hubieran estado encantados y felices.

Decidimos marcharnos tres semanas antes del comienzo del curso, en el coche de Valeria, ya que el mío se quedó en casa de su madre, para alegría de esta última. María se comprometió a informarnos de la marcha de los ingresos del negocio, nos transmitió tranquilidad y confianza: Todo estaba bajo control e iba como la seda. De la supuesta oferta de compra por parte del grupo empresarial de inversores que encabezaba el padre de Valeria, no se había vuelto a saber nada desde hacía tiempo.

La Nueva Cala continuaba siendo el garito de moda, con más y mejor prestigio dentro del mundo de la hostelería y del ocio. Tres semanas serían suficientes para poner en orden nuestras cosas, conocer la zona, realizar alguna compra, acondicionar el dúplex, en fin, afinar todos los instrumentos para conseguir la mejor de las melodías.

La universidad, además de ser una de las más prestigiosas y de las más caras, tenía unas instalaciones que eran una pasada. Aparte de sus edificios propios, ofrecía al estudiante una amplia variedad de servicios destinados al estudio, como dos enormes bibliotecas, una de ellas con horario de apertura las 24 horas, y al ocio, con dos enormes gimnasios equipados con los aparatos más sofisticados, varias saunas, una piscina cubierta, otra descubierta más pequeña, y dos enormes cafeterías, en las cuales podías tomarte un café o comer un excelente menú diario. Un auténtico paraíso para el estudiante, bajo la atenta supervisión de la policía del campus, que no perdonaba ni una.

De esta manera, de repente y sin previo aviso, dejé atrás cuatro años de bachillerato, y comenzaba mi ansiada carrera de psicología, aunque me hubiese gustado que la tragedia de la muerte de mis padres hubiera sido tan solo un mal sueño. Por delante, todo un curso, todo un doble desafío, ya que por un lado tenía que intentar dejar de un lado a mis padres, no dejar que el dolor invadiera mis expectativas de futuro y por otro el enfrentarse a una nueva forma de estudio, sin duda más exigente, más dura, que requeriría lo mejor de cada estudiante. No era una carrera para tomársela en broma.

El primer día de clase fue un momento inolvidable. Aún recuerdo el nombre de la tutora, Andrea Ruíz Pichón, una cuarentona recién divorciada, bastante potable, aunque vestía como una vieja, ocultando las curvas de su cuerpo con ropas amplias y pasadas de moda. Andrea nos dio las asignaturas de Historia de la Psicología y Psicología del Desarrollo.

La manera tan amena de dar las clases hacía que, desde la primera semana, se convirtieran en dos de mis asignaturas favoritas. Entre los estudiantes se decía que Andrea, tras su divorcio, comenzaba a salir por ahí, que algunos la habían visto por algunos garitos con una ropa bastante ceñida y provocadora. Lo contrario de la que se ponía para dar clases.

Valeria estaba en otra clase, no nos había tocado juntos, lo cual a todos los efectos fue una suerte. Estar en la misma clase solo podría haber sido un nicho de conflictos. De esta manera, cuando después de las clases volvíamos al dúplex, comentábamos las novedades acaecidas en el día, cambiábamos opiniones respecto a lo que teníamos que estudiar, cosa que comenzamos a hacer de manera rutinaria.

La verdad es que, desde el primer momento, nos organizamos muy bien para hacer las tareas de casa. No tuvimos nunca mayor problema, salvo los típicos "... recuerda que hoy te toca bajar la basura a ti..." o algo parecido. Los alumnos de segundo y tercero organizaron una fiesta de bienvenida para todos los alumnos de primer curso.

Marcus, ¿te has enterado de la fiesta que han organizado para dar la bienvenida a los alumnos de primero?

Sí, claro que sí, es la comidilla de todo el campus.

¿Y...?

Evidentemente que voy a pasar tres kilos de ir. Esas fiestas solo sirven para que te gasten alguna inocentada pesada, o algo parecido, aparte de que más de uno y más de una aprovechará la oportunidad para mamarse como corzos. ¡Paso!

Yo tenía idea de pasarme a dar una vuelta, pero no quiero ir sola.

Valeria, no empieces que me lías, no pienso ir, que sabes que me emborracho tan solo con oler una copa, que no ... que paso ... ni loco.

En medio de la conversación, sonó el móvil de Valeria. Salvado por la campana.

Hola, ¿Quién es?

¿Valeria?

Sí, soy yo.

Soy Rosalía Pérez Juncal, la rectora de la universidad.

Hola, pues ... encantada ¿Va todo bien?

Jajaja, claro no te preocupes. Te llamo para decirte que soy muy amiga de María, tu madre.

¡Qué bien! ¡Cuánto me alegro!

Así que cualquier cosa que necesitéis me tenéis a vuestra total disposición, para lo que sea. Grábate mi número en tu móvil y que Marcus haga lo mismo en el suyo ¿De acuerdo? Lo que necesitéis.

Muchas gracias, Rosalía. Una pregunta, ¿qué tal son las fiestas de bienvenida para los alumnos de primero?

Pues verás, la universidad no las ve con demasiados buenos ojos, sobre todo por la pesadez de las novatadas que se gastan a los novatos. Os recomendaría no asistir. No merece la pena.

Vale, vale, entiendo. Muchas gracias por llamar y por el consejo.

Gracias a ti, dale recuerdos a Marcus, y recordad que cualquier cosa que podáis necesitar, solo tenéis que llamarme, a la hora que sea. Cuidaos y, cuando hables con tu madre, dile que hemos hablado y que pronto nos veremos.

Adiós, Rosalía.

Desde luego. Lo de mi madre es la ostia.

¿No me digas que tu madre tiene a la rectora en nómina? Jajaja, menudo chollo.

Pues no sé si en nómina o no, pero que son bastante íntimas, tiene pinta de que sí. Que cualquier cosa que necesitemos, no dudemos de llamarle a su número de teléfono. Lo mismo vale para ti también.

No jodas. ¡Qué nivel!

Para que luego te quejes de suegra, jajaja.

La palabra suegra continuaba dándome escalofríos, si bien es cierto que menos que antes, la verdad. Sentía que Valeria era diferente, única e irrepetible. La convivencia con ella fue un aprendizaje continuo. Día tras día aprendía cosas acerca del género femenino. Mis apuntes año a año tomaban mayor relevancia. Me encantaba, disfrutaba tomando notas para posteriormente leerlas una y otra vez. Efectivamente, no acudimos a la fiesta de bienvenida, e hicimos bien en seguir el consejo de Rosalía, ya que se produjeron varias intoxicaciones etílicas, que derivaron en la intervención de la policía del campus junto con el apoyo logístico de un par de ambulancias. Todo un espectáculo bochornoso.

Tener la universidad cerca del mar fue sin duda todo un alivio, ya que el mar seguirá siendo mar en cualquier zona costera, con las peculiaridades propias de cada zona, como es normal. Y digo que fue un alivio, porque poder sentir y respirar ese aire con aroma a salitre resultaba muy peculiar y gratificante. Las vacaciones de Navidad las pasamos allí. Invitamos a María a pasarlas con nosotros, y aceptó encantada.

Al no estar ya mis padres, no me ataba nada en mi ciudad de origen, y a Valeria tampoco le apetecía demasiado moverse. A María le encantó el dúplex. Bueno, hizo el paripé, ya que nos lo había alquilado unos amigos suyos, a un precio más que razonable.

Fueron unas navidades muy raras, fueron las primeras en las que mis padres no estaban, sensaciones encontradas, recuerdos que volvieron a mi mente para recordarme lo feliz que fui a su lado, para recordarme lo mucho que les quería en vida y lo muchísimo que les echaba de menos. María nos animó con ese punto de locura que tanto le caracterizaba. El día veintitrés de diciembre sonó el timbre de la puerta, por la mañana, muy temprano...

¡Hola, chicos, ya estoy aquí, yuju!

Hola, mamá. ¿Qué tal el viaje?

Pero bueno, ¡qué mono tenéis decorado el dúplex! Me encanta. El viaje bien, tranquilo.

Marcus, cariño, qué guapísimo estás. Dame un abrazo.

Hola, María. Tú también estás muy guapa.

Por cierto, antes de que se me olvide, para la cena de Nochebuena he invitado a Rosalía.

¿Qué? ¿A la rectora? Joder, mamá, me tenías ... nos tenías que haber consultado.

Chicos, no hay ningún problema, Rosalía es un encanto de mujer, ya lo vais a ver.

Mamá, no lo dudo, pero, ¿te imaginas lo que dirían los compañeros si se llega a saber que la rectora ha cenado en Nochebuena con nosotros dos?

¿Se lo vais a decir a alguien?

No, mamá, ni de coña.

Entonces, no hay ningún problema.

A todas luces, era un marrón, se mirase por donde se mirase, María nos había preparado una buena emboscada. No lo esperábamos ni por lo más remoto. No conocíamos personalmente a la rectora, simplemente la llamada telefónica al principio del curso, la cual nos sorprendió, sin duda que sí y mucho. A Valeria, a pesar de su excelente carácter no le había gustado la decisión de su madre.

La preparación de la cena de Nochebuena se convirtió en un auténtico acontecimiento. Los mejores vinos, el mejor marisco, lo mejor de todo, un auténtico derroche en todos los sentidos, pero bueno, como decía María:

¡Que se joda, que paga el putero!

Era una especie de mantra que repetía cada vez que gastaba una cantidad importante de dinero, en lo que fuera, ya que era una respuesta de su subconsciente, de manera totalmente inconsciente. Sin duda que era una manera verbal de vengarse de su ex.

A medida que se acercaba la fecha, María mostraba una ilusión desmesurada de ver a Rosalía, ya que hacía muchos años que no se veían, a pesar de que en el pasado habían estado muy unidas. Fueron compañeras de pandilla, juntas conocieron sus primeros amores, sus primeros cigarros robados de la cajetilla del padre, su primera borrachera, sus primeras fiestas en los trasteros o en casa de los amigos cuando los padres no estaban.

Toda una etapa de sus vidas que, según contaba María, fue memorable, aunque no tanto como la nuestra, ya que María no se había enterado de la mitad de las situaciones que habíamos vivido, ya que, si en su momento se hubiera enterado de todo, hubiera ingresado a María en un reformatorio bajo siete llaves.

El día de Nochebuena, después de comer y de echarnos una leve siesta – marco lo de leve debido a que María comenzó a preparar la mesa para la cena a las cinco de la tarde– con los consiguientes inconvenientes para un reparador descanso ya que, con el tintineo de las copas, el continuo abrir y cerrar de puertas, armarios o cajones era prácticamente imposible descansar y mucho menos tener sexo con Valeria. Recuerdo que esa tarde estaba inusualmente cachondo, aunque ... no recuerdo el porqué.

Marcus, párate quieto, coño, que mi madre está preparando cosas para la cena y no estoy cómoda, deja de meterme mano. ¡Estate quieto, para, para...!

Joder, Valeria, anda ... Que estoy muy cachondo, anda porfa, cariño mío ...
Que no, ahora no, Marcus, que mi madre tiene un oído muy fino.
Si no se va a enterar, vamos, déjame que te coma esas tetitas que me tienen loco ...
Y vuelta la burra al trigo. ¡Qué te he dicho que no!
Pues por lo menos hazme un trabajito, al menos así me desahogo.
Mira que te pones pesadito, majó.

Como era de suponer, me quedé con las ganas. Eso sí, me acordé de la madre que la parió, ya le valía, ponerse a cacharrear a las cinco y pico de la tarde, si había tiempo de sobra, anda, no me jodas. De repente, la madre que la parió, llamó a la puerta...

Vamos chicos, arriba, que Rosalía estará a punto de llegar.
¿A punto de llegar? Pero mamá si apenas son las siete de la tarde.
Venga, dormilones, arriba, a ducharse, a cambiarse de ropa y a ponerse guapos.

Pues nada, a ponerse guapos. A las ocho de la tarde, con puntualidad exquisita, Rosalía asomaba por la puerta de casa.

María, estás maravillosa ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez años? Pero si es que estás igual que el día que nos conocimos.

Pero, qué ven mis ojos, Rosalía. Tú sí que estás maravillosa. No han pasado los años por ti.

Calla, calla. No me seas adúladora... Pasa, no te quedes en la puerta, que te voy a presentar a mi hija Valeria y a Marcus, su pareja.

Encantados de conocerla, rectora.

Por favor, menos formalidades, jajaja. La que está encantada soy yo por tener en la universidad a dos estudiantes tan brillantes, de las mejores notas de acceso de este curso.

María descorchó una botella de cava, en cuya etiqueta se podía leer algo referente a una embajada. El frío de la nevera había dejado la etiqueta ilegible, pero solamente el diseño de la botella daba a entender que no se trataba de un cava normal. María metió otras dos botellas a enfriar. La rectora debía de tener mucha sed, ya que apuró la copa en apenas tres tragos.

Era una mujer de unos cincuenta y pocos años, bien parecida, delgada, con una agradable sonrisa, pero con todo, algo me decía que, para ser la rectora de la universidad, debería de tener una mano firme para mantener a todo el mundo a raya, que tendría que ser un poco “canalla”.

Tenéis a Andrea de tutora, ¿No?

Sí, yo sí, pero Valeria no, que está en otra clase.

Es una excelente tutora. No os preocupéis que lo del cambio de clase lo arreglo después de las vacaciones, que hay un alumno que es un tocapelotas, lo voy a cambiar por Valeria, y que se joda, que encima de estar repitiendo, no hace nada más que dar problemas. Dadlo por hecho.

Muchas gracias, de verdad. Me encantaría estar en clase con Marcus, así lo tengo más controlado para que ninguna loba me lo intente devorar, jajaja.

Las risas fueron generalizadas, por lo que tuve que disimular y reírme también, aunque no me hiciera ni puñetera gracia compartir clase con Valeria, no me parecía oportuno mezclar estudios con placer, sobre todo porque no se crearan conflictos entre compañeros, por ejemplo, que un chico mirase a Valeria o que una chica me mirase a mí con ojos golositos. La cena transcurrió entre anécdotas acaecidas durante la dilatada carrera como decana de la universidad, debido a que tuvo que tomar muchas decisiones difíciles, como cuando expulsó a cinco alumnos de tercero que aparecieron una mañana de sábado borrachos y desnudos en los jardines del campus con la frase “la rectora me la suda” escrita en la espalda.

La cena fue un auténtico éxito. Rosalía y María estuvieron gran parte de ella intercambiando piropos y recuerdos de sus años de pandilla. Menudas dos peligrosas, las que organizaron en aquellos tiempos, entre juergas y más juergas, entre fiestas y más fiestas, entre novios y más novios y otras historias que supuse que no contaron por estar nosotros delante, como si nos fuéramos a escandalizar, después de lo que habíamos pasado.

En los postres, Rosalía se encontraba algo perjudicada, debido al efecto de las incontables copas de champán que se bebió. Se puso muy graciosa, hablaba por los codos, se reía por todo, por lo que María sugirió que se quedase a dormir, ya que no estaba en condiciones de conducir, no era plan de que se estrellara en la primera curva.

La verdad es que le costó dejar de hablar por los codos y meterse en la cama a dormir la mona. A última hora se estaba poniendo bastante pesadita, la verdad.

A todo esto, le dio un ataque de sinceridad.

¿Sabes una cosa, María?

Dime, Rosalía.

Hace muchos años, un huevo de años, la ostia de años, durante los años de universidad, me sentí profundamente atraída por ti. Estabas muy buena, tenías unas tetas que me ponían muy cachonda, y un culo precioso, aunque no quiero decir que ahora no estás buena, que hija mía por ti no pasan los años...

Anda, Rosalía, no digas más tonterías, no eres tú la que habla.

¿Cómo que no soy yo?

Se levantó de la silla, casi se cae en el intento, desabrochándose los botones de su camisa, una camisa blanca prácticamente trasparente que dejaba ver un sujetador del mismo color que le marcaban los pezones de una manera espectacular.

¿Ves? ¿Ves que tetas tengo? Firmes y tersas, como una chavalita de veinticinco años, pues hubieran sido tuyas para que hubieras hecho con ellas lo que te hubiera dado la gana.

Anda, átate la camisa que te vas a enfriar.

¿Enfriar? ¿Lo dices en serio? No tengo frío, tengo calor, mucho calor, aparte de estar un poco pedo, volver a verte, ha despertado en mí instintos sexuales más guarros que guarros...

Fue la última frase que dijo antes de quedarse medio inconsciente en el sofá, balbuceando palabras ilegibles, sin sentido. Entre María, que también estaba un poco perjudicada, y yo la llevamos hasta la habitación de invitados. Entre Valeria y su madre le quitaron la ropa, y la arroparon.

Joder, Valeria, ¡menudo pedo que lleva la rectora! Mañana va a tener una resaca brutal.

Sí, la verdad es que bebe como un cosaco.

Esta situación nos puede venir bien en un futuro.

Marcus, no te entiendo ¿Qué quieres decir?

Pues imagínate por un momento que tengo en mi móvil unas fotos un tanto digamos comprometedoras de la señora rectora enseñando el sujetador y las tetas, perdiendo totalmente la compostura.

Joder, Marcus. ¿No serás tan cabrón?

No, de momento no, pero en el futuro, nunca se sabe...

Desde luego que ...

Valeria, ya me lo contarás si soy o no soy.

Valeria se quedó profundamente dormida. Había sido un día largo, había tomado un par de copas. Aunque no estaba borracha ni mucho menos, se quedó en manos de Morfeo rápidamente.

Me estaba costando quedarme dormido. El recuerdo de mis padres continuaba estando presente, y eso me ponía un poco triste. No conseguía conciliar el sueño. Cerraba los ojos y veía las caras de mis padres deseándome unas felices fiestas, dándome los regalos de Navidad. Cuando por fin me quedé dormido, unas voces me despertaron, la curiosidad me estaba matando por oír lo que se decían, por lo que decidí levantarme a ver qué estaba pasando. Las voces venían de la habitación de invitados. La puerta estaba ligeramente entreabierta, Rosalía estaba tumbada en la cama desnuda, mientras María...

¿Sabes que mientras contabas que hace tiempo estuviste detrás de mí, me estabas poniendo muy cachonda?

María, María, ... Ven, no te vayas.

Estoy aquí, dispuesta a comerte las tetas y lo que no son las tetas.

María besaba los pechos de Rosalía, mientras acariciaba con sus dedos su sexo humedecido, haciendo retorcerse de placer a su inesperada amante navideña. Yo me quedé totalmente paralizado. Estaba viendo a la madre de mi pareja junto a la rectora de mi universidad comiéndose a besos. Tengo que reconocer que me puse tremendamente cachondo, pero que muy cachondo. Tuve una erección de campeonato. Rápidamente fui a por el móvil, activé la cámara y les hice unas fotos.

Al regresar a la cama, aun flipando en colores, pensé que esa cena de Nochebuena había sido tremendamente fructífera, tenía en mi poder unas fotos que sin duda hundirían la carrera de la buena de Rosalía, y que, a pesar de que en aquellos momentos me consideraba una buena persona, llegada la ocasión podría utilizarlas en beneficio propio y en el de Valeria. Desde nuestra habitación se podían escuchar los gemidos de placer.

A la mañana siguiente, me desperté con el ruido de la ducha. Valeria se había levantado de la cama, sigilosamente para despejarse dándose una buena ducha. Yo me desperté igual de cachondo que cuando me dormí, por lo que aproveché la situación de vulnerabilidad en la que se encontraba, es decir, desnuda y sin escapatoria.

Marcus, cariño ¿Qué estás haciendo?

Te estoy seduciendo en el día de Navidad.

¿Sí? ¿Y quién te dice a ti que quiero que me seduzcas?

Me lo dicen estos pezones que tienes tan duros y este conejito que está de-seando que le den su zanahoria.

Marcus, qué pico de oro que tienes, como poeta no tienes precio.

A que sí...

Mientras lamia sus pezones y me deleitaba acariciando su culo, comenzó a gemir tal cual gemía su madre la noche anterior. Me vino a la mente la escena de

las dos comiéndose absolutamente todo a besos, lo cual me puso más cachondo todavía. A la vez que con suma delicadeza penetraba a Valeria, la fui contando con frases muy cortas lo que vi anoche ...

¿Sabes una cosa?

Joder, Marcus, cállate la boca y sigue follándome, por dios, no me rompas el vacilón.

Seguro que si te lo cuento te vas a poner más cachonda.

...

Anoche... Rosalía ... tu madre... estuvieron montándose juntas... comiéndose las tetitas, haciendo la tijera...

Anda, no me jodas y continúa, coño.

Es en serio, tal como te lo cuento.

No pares, por favor, no pares. Cállate de una puta vez y no pares...

Una vez que llegó al orgasmo...

¿Qué coño me estabas contando de mi madre y Rosalía?

Lo que has oído, que tu madre se puso a tono cuando le dijo que había sentido atracción por ella y acabaron como en una bacanal romana.

La madre que la parió, joder, ya verás qué marrón nos viene a cuenta de esto.

¿Marrón? Para nada porque...

No me digas que les has hecho fotos.

Bueno, fotos y algunos vídeos.

¿Tienes un vídeo de mi madre follando con la rectora?

Pues sí, uno no... unos cuantos...

Quiero verlos, jajaja, ¡qué descojono, no me lo quiero perder!

Anda, la que me recriminaba las fotos de la cena.

Jajaja, vamos, enséñamelo.

Mira...

Anda con la mosquita muerta de mi madre, cómo mueve las caderas, joder... y menuda maestría tiene con la lengua, ¡madre de dios! ¡qué manera de usarla! ¡madre mía!

Durante la comida del día de Navidad, Valeria no dejaba de lanzar pullas al aire, para ver si alguien se sentía aludido, pero tuve que darle una "sutil" patada por debajo de la mesa para que estuviera un poco más comedida.

¿Habéis dormido mal? Tenéis mala cara. Os vendrá bien una siesta después de comer.

No, si es que, con tanta comida, después de la cena, estaba con una pesadez de estómago que no me ha dejado descansar.

Ya entiendo, es que la pesadez de estómago es muy incómoda, sobre todo por las noches, mamá.

Una vez que la comida acabó, nos sentamos en el sofá a ver un rato la televisión. A los pocos minutos, las dos amantes navideñas se quedaron profundamente dormidas. Rosalía se despertó al rato mirando el reloj.

¡Madre de dios, qué tarde se ha hecho! ¡Menuda siesta, me he quedado frita!

Se despidió de nosotros mientras mi madre se despertaba de la siesta, un tanto descolocada por la situación, haciendo alardes de un gran sentido de la improvisación y del disimulo. Sin duda, que hubiera sido una buena actriz. No volvimos a sacar el tema, había que ser prudentes, pero tenía las suficientes pruebas para utilizarlas en caso de emergencia, y no dudaría ni lo más mínimo en hacerlo... ¿O quizás sí?

Esas navidades, La Nueva Cala lució con todo su esplendor. Continuaba siendo una máquina de hacer dinero, semana a semana, mes a mes. Las respectivas cajas fuertes continuaban llenándose, en un armonioso ejercicio de suma y sigue. Hasta que un buen día llegó la esperada propuesta de compra por parte de un grupo inversor extranjero, capitaneado en la sombra por el padre de Valeria. Lo que no supimos inicialmente es si sabía quiénes eran los auténticos dueños del negocio, con lo cual, la reunión que estaba prevista en tres semanas, en el mismo local, con la presencia de sendos equipos de abogados, podría ser una auténtica bomba.

Las directrices de nuestros abogados fueron claras:

... escuchar la propuesta y no manifestar el mínimo interés inicial por la misma.

Los abogados llevarían la voz cantante de las negociaciones, ya que serían los más interesados en alcanzar el máximo beneficio, pues trabajaban a porcentaje. El ex de la madre y padre de Valeria, al vernos en la reunión en calidad de “dueños”, se quedó sorprendido, pero no demasiado. Creímos que “se esperaba” algo parecido. Han sido muchos años casado con tu madre, dijo en un tono despectivo, dirigiéndose a Valeria.

La oferta inicial no estuvo mal del todo, pero a todas luces nos pareció insuficiente. En caso de acceder, teníamos claro que la casa de la playa no entraría en la venta. Nos pareció importante mantenerla para nuestro uso y disfrute, por su ubicación y por ser un valor en alza. Teníamos nuestras dudas, a pesar de que la oferta final alcanzó con creces nuestras expectativas económicas, particularmente me costaba desprenderme de tan preciada posesión, de una máquina de hacer dinero, del local de moda, por el cual la gente guapa se pegaba por entrar o por alquilarlo para sus fiestas y saraos.

El primer curso de Psicología transcurría sin mayores problemas. Si bien es cierto que día tras día había estudiar más horas para llevar todo al día, no te podías permitir ningún desliz ni faltar a una sola clase, era un constante esfuerzo. Apenas los fines de semana podíamos estar un poco “relajados”, siempre había algún trabajo que entregar o un examen en fechas próximas. Era una rutina que se hacía más dura y pesada a medida que el curso avanzaba. Con todo, llegar a fin de curso con todo aprobado y además con unas buenas notas, era nuestra principal meta para la cual no había que escatimar esfuerzo alguno.

La convivencia continuaba siendo buena, con algunos días menos buenos, debido a la tensión que se creaba en las épocas de exámenes. Pero día a día continuábamos consolidando nuestra relación, aunque nos quedaba poco tiempo y pocas ganas para aquello llamado sexo. El cansancio acumulado a lo largo del día nos dejaba sin ganas de nada, salvo para dormir unas horas cada noche, con el objetivo de descansar para estar a tope al día siguiente.

María continuaba informándonos puntualmente de la marcha del negocio, aunque siempre era la misma noticia:

... todo va viento en popa, haciendo caja y ganando dinero, mucho dinero. Vuestra parte continúa en las cajas fuertes de la casita de la playa.

Sonaba de maravilla, era una ilusión añadida a la buena marcha de los estudios. A las pocas semanas de finalizar las fiestas navideñas, Rosalía, la rectora, nos citó para cenar en un apartado restaurante de la ciudad. Se conoce que, en esta ocasión, la discreción debería de estar a la orden del día. Así que hicimos un paréntesis en nuestros estudios para acudir a tan misteriosa cita.

Hola, chicos, sentaos, por favor.

Hola, rectora.

No, por favor, no tanta formalidad, para vosotros fuera del campus, soy Rosalía.

Pues bien, Rosalía ¿A qué debemos el honor?

Veréis, chicos. Estoy avergonzada de mi comportamiento de las pasadas fiestas. El reencuentro con María me trajo viejos recuerdos, que pensaba que ya tenía olvidados, y una copa llevó a otra y a otra, jajaja.

Ya, entendemos. Mi madre es una fuente inagotable de sensaciones.

Claro que sí. Entonces, quería comentaros que espero contar con vuestra discreción, ya que mi cargo en el campus, de saberse ciertas “cosas”, podría correr peligro. Hay algunas personas ávidas de poder que desean mi puesto, solamente por ostentación, sin ningún compromiso con el campus.

Entendemos ...

Entonces ... ¿Cuento con vuestra total discreción?

Antes de que pudiera abrir la boca, Valeria me dio una patada por debajo de la mesa. Evidentemente que fue un aviso para no abrir la boca con relación a las fotos y vídeos que tenía en mi poder.

Claro que sí, Rosalía. Estate tranquila, seremos una tumba.

Perfecto, no esperaba menos, es sencillo. Vosotros me rascáis la espalda y yo os la rasco a vosotros, me explico: como me imagino que, a pesar de vuestra buena voluntad, nada es gratis, por lo cual, si os parece bien, podríamos “añadir” unas décimas a los resultados de los exámenes. Tomadlo como una especie de incentivo ya que sé que por vuestro talento e interés en el curso no os hará falta, pero bueno, de todo eso ya me encargo yo. ¿Os parece bien?

En esta ocasión, la patada por debajo de la mesa se la di yo a Valeria.

Claro que nos parece bien, nos parece de maravilla, pero no era necesario. No obstante, cerraremos el “acuerdo” con un brindis. Choquemos las copas en señal de conformidad por un futuro académico prometedor y por un rectorado lleno de longevidad.

Perfecto, brindemos.

El resto de la cena transcurrió entre risas y anécdotas del pasado universitario de la rectora, de sus andanzas con María, ¡Menudas dos jueguistas! El restaurante era lo suficientemente discreto, pero, no obstante, Rosalía a los postres nos comentó si le haríamos el favor de salir separados, que el mundo era un pañuelo y no quería que la situación la comprometiese. Así que sacó de su bolso la tarjeta de crédito, pagó la cena, se despidió de nosotros como si fuéramos sus hijos y se marchó. El camarero nos trajo una botella de champán, gentileza de la casa. A pesar de la insistencia del camarero, declinamos la invitación. Con todo, nos la envolvieron en una elegante caja y nos la llevamos para casa. Ya habría ocasión de abrirla para celebrar algo.

Efectivamente, con el paso del tiempo, las notas subieron “unas décimas” con lo cual, la meta de conseguir el número uno de mi promoción se encontraba más cerca. Rosalía cumplía, nosotros permanecíamos en silencio, salvaguardando la integridad de la imagen de la señora rectora. Todo marchaba sobre ruedas, era un excelente acuerdo, que, a la larga, nos trajo muchas “alegrías”.

En el último trimestre del primer curso, el profesor de Psicología de la Motivación y Emoción, Pedro Mues Agüero, cayó enfermo y no acabó el curso. En su lugar mandaron a Blanca Ruiz Pelayo, una profesora de mediana edad, muy pija en todos los aspectos que, según se decía en el campus, era un “hueso”.

Y la fama que la predecía no era infundada, ni mucho menos. Fue una auténtica tocapelotas durante el resto del curso. No se casaba con nadie. En su asignatura no existían los privilegios, no había “décimas” que valga. Era un hueso, pero muy duro de roer. Nunca estaba contenta con nada. Siempre nos decía que “la superación en los exámenes, debería de ser una máxima en nuestros estudios y en todos los aspectos de nuestras vidas”.

Esta hija de puta nos va a joder la nota media del curso, corrige los exámenes con lupa.

Ya, Marcus, no hemos estado todo el curso estudiando como dos gilipollas para que esta pija de mierda nos joda al final.

Escucha ... se me acaba de ocurrir una idea.

Marcus, miedo me das...

¿Recuerdas la botella de champán que nos dieron en la cena, después de que se marchara la rectora?

Claro que sí.

Pues, ya que la nueva profesora es una pija, se la podemos regalar, se la dejamos en su despacho sin que nadie se dé cuenta.

He de reconocer que es una excelente idea, y dentro de unos días, la decimos que el regalo sorpresa fue nuestro. Es sencillamente genial. Además de guapo, eres inteligente. ¡Menuda joya me he llevado!

Entonces lo haremos así. No podrá resistirse, es demasiado pija...

Seguro que no, jajaja.

Le pasamos un trapo a la botella, para quitarle el polvo que había acumulado, la metimos en una elegante caja de regalo que compramos para la ocasión, y se la dejamos en su despacho un viernes por la mañana, por aquello de la cercanía del fin de semana. La vimos salir con la caja debajo de la chaqueta que llevaba en el brazo, para que no se viera, con lo cual dimos por sentado que la botella había sido de su agrado. Punto a favor de nosotros. Solo quedaba esperar unos días, hacerle una visita a su despacho y de esta manera hacernos “amigos”. El plan estaba saliendo a la perfección, o casi a la perfección.

El lunes, después del fin de semana, al llegar al campus, todo el mundo estaba hablando acerca del trágico final de Blanca, la profesora sustituta. Resulta que se había incendiado su casa y había fallecido ella y dos personas más. Nos quedamos paralizados por la noticia. ¿Qué había sucedido? ¿No tendría que ver con la botella de champán?

Joder, ¡menuda faena! Era una pija estirada, pero nadie se merece un final así.

Sin duda que no, pero no se sabe nada, no hay detalles, todo son comentarios dispares, la mayoría son tonterías. Hasta hay alumnos del campus que dicen que

estaba en plena orgía cuando se incendió la casa y que estaban todos tan borrachos que no les dio tiempo a salir de la casa.

Algunos tienen demasiada imaginación, pero con todo, al final se sabrá qué ha pasado, seguro que sí, ya verás.

Efectivamente, al final de la semana, comenzó a correr el rumor de que la autopsia había revelado que murió antes de que se iniciara el fuego, que había sido envenenada, ella y dos personas más que se encontraban en la casa. Los tres murieron envenenados, calcinados posteriormente debido a una cazuela que estaba en la cocina que ardió y propagó el fuego por toda la casa. Ya estaban muertos cuando comenzó el fuego. Una muerte trágica, sin duda.

Tras una investigación bastante exhaustiva por parte de la policía, se determinó que el veneno utilizado fue “cicutá”, un clásico que ataca al sistema nervioso central, es rápido y letal, ya que tan solo 0,01 gramos matan a una persona en apenas treinta segundos y no tiene antídoto. Se comentó que el veneno había sido ingerido junto a un líquido y que les había resultado imposible averiguar de qué botella, dado el estado en el que había quedado la casa tras el incendio.

Valeria, ¿estás pensando lo mismo que yo?

Si estás pensando en que la rectora nos ha querido matar, entonces pensamos lo mismo.

Pero ... no tiene sentido.

Ninguno, no tiene ningún sentido, ni sentido ni lógica.

Entonces, ¿Qué cojones está pasando? Que alguien me lo explique.

El teléfono de Valeria reclamaba su atención. Era María, su madre.

Valeria, ¿estáis bien?

Sí, mamá, estamos perfectamente.

Bien, quedaos en casa hasta que llegue. No se os ocurra moveros, ni abráis la puerta a nadie que no sea yo.

Mamá, me estás asustando.

Hacedme caso. En un rato nos vemos, lo que tarde en llegar.

Algo no iba demasiado bien, algo no estaba en su sitio. La llamada de María nos había dejado preocupados. Alguien llamó a la puerta, no utilizó el timbre, solo unos golpes con la mano alertaron de la presencia de alguien. Al acercarnos a la puerta, apareció un sobre en el suelo, alguien lo había dejado allí. Dentro del sobre una foto de nosotros dos cenando con la rectora y una segunda foto con la botella de champán encima de la mesa. Una nota adjunta decía: “el silencio tiene un precio, y el precio tiene forma de coche deportivo y dinero”.

¿Qué significa todo esto?

Valeria, no entiendo.

Pues está muy claro, nos quieren chantajear, quieren el coche y dinero.

Tiene que ser alguien cercano, alguien que nos conozca, que sepa que tenemos una situación económica desahogada como para hacer frente a un pago ... o a varios.

¿Quién será el canalla?

¿Canalla? Más bien el hijo de puta o la hija de puta.

Nos quedamos pensativos, intentando sacar algo en claro acerca de nuestro misterioso personaje, de la persona que ambicionaba lo que era nuestro. El coche valía mucha pasta, pero mantenerlo costaba dinero, y mucho. Debería de ser una persona con pocos recursos económicos, ambiciosa e imbécil. María llamó de nuevo, para comentarnos que estaba cerca, que no tardaría en llegar, que con todo estuviéramos tranquilos.

Hola, mamá, pasa, que nos tienes en ascuas.

Chicos, ¿estáis bien?

Bueno ... todo lo bien que se puede estar después de ver estas fotos que alguien nos ha dejado en el felpudo de la puerta hace unas horas.

¿Qué significa esto?

Son de la cena que mantuvimos con la rectora, en un lujoso y apartado restaurante. Quería estar segura de nuestro silencio y a cambio nos ofreció subir unas décimas las notas de nuestros exámenes. Todo fue bien, hasta que después de los postres, cuando la rectora se marchó, el camarero nos ofreció una botella de champán, que rechazamos y nos la llevamos para casa.

Mamá, estamos seguros de que la botella estaba envenenada y ...

Se la dejasteis en el despacho de la profesora sustituta de Pedro Mues, la pija esa insoportable de los cojones que se la bebió en compañía de dos personas, que también acabaron muertas y posteriormente calcinadas. Una desgracia.

¡Qué hija de la gran puta! Pero...

Chicos, chicos. Está todo muy claro. Ya no es ningún secreto que sois los dueños de La Nueva Cala, como tampoco no es ningún secreto vuestra reticencia a su venta a ese grupo de inversores con el putero de mi ex en la sombra. ¿Y si yo os digo que la buena de Rosario está conspirando para haceros desaparecer? Si los legítimos dueños desaparecen, la compra sería más sencilla al no haber herederos y más barata.

Mamá, ¿me estás intentando decir que mi padre ha intentado asesinarlos?

No sé si tu padre está intentando haceros desaparecer o han actuado a sus espaldas. Aún no tengo esa información.

Y ahora, ¿qué vamos hacer?

Vayamos por partes. Esta situación es lo suficientemente delicada como para tomárselo a la ligera. Mañana por la mañana, haremos una visita a la señora rec-

tora. Tiene que dar alguna explicación que otra. Lo del chantaje de las fotos, dejemos que siga su curso, no es lo que más me preocupa, en absoluto. Por cierto, he venido en compañía de unos amigos que están vigilando los alrededores de la casa, podéis confiar plenamente en todos ellos.

¿Todos ellos?

Sí, queridos, ya os dije en su momento que confiarais en mí, que yo me ocuparía de cuidar de vosotros, y estoy cumpliendo esa sagrada promesa. El bienestar de Valeria y el tuyo, Marcus, están por encima de todo. Bajo ningún concepto esta situación se nos va a escapar de las manos.

Vale, ya nos quedamos más tranquilos.

De momento, nada de acudir al campus hasta que todo se arregle.

Pero mamá las clases ...

He dicho que nada de aparecer por el campus, confiad en mí, ya que de momento no os está hiendo tan mal.

Tu madre tiene razón, Valeria. Hagamos lo que nos dice.

A la mañana siguiente, un todoterreno negro pasó a recoger a María a primera hora de la mañana. Uno de sus “amigos” le abrió la puerta trasera para que subiera al vehículo. Por lo menos la acompañaban dos amigos, vestidos de traje, con cara de pocos amigos, eran como armarios empotrados de dos cuerpos, grandes y altos. Se fueron directamente a casa de la rectora, a la que invitaron a irse con ellos hasta una discreta casa de campo, en las afueras de la ciudad, lejos de miradas indiscretas.

¿Qué significa todo esto? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Tenéis idea de quién soy yo?

La que no tiene ni idea de nada eres tú. Te has equivocado de bando. Sentadla en esta silla, vamos a ver lo que nos dice la señora rectora.

¡Dejadme, no me toquéis, no sabéis con quien os estáis metiendo, os vais a arrepentir!

Atadle las manos y los pies. Tapadle la boca, no quiero seguir escuchando tonterías. Traedme su bolso, a ver si tiene algo interesante dentro.

Tras registrar su bolso, apareció un comprobante bancario de dos pagos cargados en su cuenta, ambos de la misma jugosa cantidad.

Bueno, bueno, bueno, caramba con la señora rectora. En menudo lío te has metido. ¿Eres consciente que tengo tu vida en mis manos? Quitadle la mordaza de la boca. Parece estar un poco más tranquila.

Estate segura que habrá consecuencias, para ti y los tuyos.

No, no, no, de nuevo estas confundida. O me dices para quien trabajas, quién te ha pagado para asesinar a los chicos o la policía se va a enterar de que eres la responsable de la muerte de Blanca Ruiz Pelayo y de sus dos acompañantes, al beber esa botella de champán que estaba destinada a los chicos.

Que te lo crees tú, no tienes pruebas de nada.

De nuevo te confundes, no me subestimes. ¿Qué diría la policía si encontrara una caja de la misma marca de champán en tu casa? ¿Y si faltara una botella? ¿Y si encontrarán muestras de cicuta junto a las botellas? Todo guardado a buen recaudo en el garaje de tu casa, detrás del hueco del armario donde guardas las herramientas de jardinería, el mismo hueco donde guardas cintas de vídeo en las que apareces follando con algunos alumnos y alumnas. ¿Te imaginas el escándalo que se puede formar? Irías a la cárcel un montón de años, adiós a tu carrera, adiós a tu vida de lujo y placer. ¿Estarías preparada para ser el bomboncito de alguna lesbiana? Yo creo que no...

No serás capaz, no tienes cojones...

Me sigues subestimando. Si en ... digamos ... media hora no me dices todo lo que necesito saber, serás la portada de los noticieros y de la prensa de todo el país.

Es un farol...

¿Quieres probar? ¿Para quién trabajas? ¿Quién te ha pagado tanto dinero? Te quedan solo veinte minutos. El tiempo corre, tic, tac, tic, tac ...

No tienes cojones, sigues siendo la misma boba de los años de universidad.

Ponedme con el responsable de redacción del Post News, con el altavoz activado.

....

Hola, soy Robert Wang, redactor jefe del Post News ¿Con quién hablo?

Robert, hola amor.

¿María? ¿Eres tú? ¡Cuánto tiempo!

En efecto, soy yo. ¿Qué te parecería una exclusiva? Una verdadera historia de una trama de asesinatos y sobornos, con la que venderás miles de periódicos.

Suena bastante bien, María. Además, viniendo de ti, cuentas con todo el apoyo del periódico.

Dame quince minutos y hablamos.

De acuerdo. Cuídate y recuerda que tenemos algo pendiente.

¿Sigues pensando que voy de farol? Se te está acabando el tiempo.

No, espera, no le llames, te diré lo que quieres saber. Recibí hace unas semanas una llamada de una persona que decía representar a su cliente, no me dijo ni su nombre. Esta me propuso el plan para eliminar a los chicos, a cambio de una buena suma de dinero. Sería mi plan de jubilación. Pero, al no beberse la botella después de que me hubiera marchado del restaurante, me fastidió todo el plan, pensé que sería cuestión de días que se la bebieran, pero al ver que la botella acabó en manos de Blanca, todo se fue al garete.

Entonces, ¿eres consciente de que estás sola? ¿Estás convencida de que nadie moverá ni un solo dedo por ti? Te conviene cooperar, es tu única salida. ¿Sabes algo de unas fotos que han llegado a manos de los chicos, en las que aparecen cenando contigo y con la famosa botella?

¿Fotos? ¿Qué fotos? No me quieras colocar a mí algo de lo que no tengo ni idea.

Desatadla y dejadla en su casa. Nosotros regresamos a casa de los chicos.

De esta manera, la señora rectora se libró de un juicio mediático que sin duda hubiera fulminado su vida y su carrera. María llegó con noticias poco gratificantes, la idea de que quisieran acabar con nosotros no nos pareció nada bien.

Chicos, vengo con malas y buenas noticias ¿Cuáles queréis oír primero?

Nos da igual, la que más rabia te dé.

Entonces por la buena: es cierto, van a por vosotros.

Joder, si esta es la buena, la mala casi que prefiero no escucharla.

La mala es que no sabemos a ciencia cierta quién es la mano ejecutora, aunque todo apunta hacia el grupo empresarial que está detrás de la oferta de La Nueva Cala. Sin tener claro si el padre de Valeria esta también detrás. Realmente no sé qué pensar.

Yo tampoco, mamá, pero no creo capaz a papá de hacer eso.

Tampoco pensaba que en sus viajes estaría acostándose con putas, y mira ...

Llamaron a la puerta, era un mensajero con un sobre en la mano, que previamente le había entregado una persona desconocida que le había pagado para hacer la entrega. No constaba ni remitente ni destinatario, solo la dirección de casa en el sobre. María lo abrió de manera un tanto airoso, con mala leche. Estuvo leyendo la nota durante unos segundos.

Este imbécil quiere que le entreguemos el coche y en la guantera un sobre con 350.000 en billetes usados y no consecutivos. No sabe con quién está jugando.

Mamá, me voy a quedar sin coche, ¿No?

Veremos a ver, pero todo apunta a que sí.

Vamos a dejar el coche con la pasta en la guantera, en el lugar y hora que nos señala en la nota. Voy a preparar todo, apenas tenemos tiempo. Dejadlo de mi mano.

Media hora antes de la hora señalada, uno de los “amigos” de mi madre, me pidió las llaves del coche. Sería el encargado de llevarlo hasta el punto señalado. Mi madre iría con nosotros en otro vehículo para ver si la persona chantajista nos sonaba de algo. El lugar escogido fue el parking de un centro comercial, que se encontraba medio vacío al estar cercana la hora del cierre. Teníamos que dejar el coche con el dinero en la plaza 317, que era la más cercana a la salida, con lo cual el plan de huida estaría planificado para no encontrar ningún obstáculo.

A la hora señalada, una persona encapuchada se acercó al coche, miró en todas las direcciones, se montó, cogió el sobre de la guantera, arrancó y se marchó. Nosotros le seguimos a una distancia prudencial, durante unos treinta kilómetros, en los cuales estuvimos en silencio, solo se escuchaban los comentarios de María a su amigo. El coche del chantajista se detuvo en un paso a nivel sin barrera, las luces y el sonido de la sirena, avisaban de la inminente llegada del tren. Continuábamos presenciando la escena a una prudencial distancia. Detrás de puso un camión amarillo de obra, un camión gigante de volcado que no supimos de donde

salió. A pocos metros para que pasara el tren, el camión se acercó al coche, empujándolo con virulencia hacía las vías; el tren al pasar lo arrastró varios metros hasta que el coche explotó.

Al rato, uno de los “amigos”, comentó que era imposible saber quién era, tampoco se podía identificar mediante documento oficial. Había ardido todo. El impacto del tren y la posterior explosión lo habían dejado totalmente irreconocible. Solo cabía la posibilidad de que se supiera quién había sido, si la policía conseguía hacerle la odontología forense para averiguar la identidad de la víctima.

Efectivamente, así fue. A los cuatro días, se reveló la identidad del ladrón del coche de Valeria, que había sido sustraído en el parking del centro comercial. El autor de los hechos fue Pedro Mues Agüero, profesor de Psicología de la Motivación y Emoción del campus universitario de Psicología, que en el momento de los hechos se encontraba de baja laboral.

¡Menudo cabronazo! Ha pagado muy caro su osadía y yo me he quedado sin coche.

Eso no es del todo cierto, Valeria. Recuerda que el coche estaba asegurado a todo riesgo, lo que también incluye el robo. Así que nada, será cuestión de semanas que te den otro nuevo, ni más ni menos.

Mamá, esta situación me ha dejado bastante descolocada ¿Desde cuándo te has convertido en una especie de Terminator?

Desde que el putero de tu padre, en el divorcio trató de joderme por todos los lados y, como no lo ha conseguido, me defiende de las agresiones externas con uñas y dientes.

La verdad es que a mí también me ha jodido bastante, y encima estamos al final de curso. Nos quedan los exámenes más complicados para pasar a segundo. Y con todo esto que ha pasado, a ver quién se concentra para estudiar.

Tranquilos, confiad en mí, chicos. Por cierto, por cortesía de la rectora, y en aras de que conserve su puesto, vosotros solo ocuparos de ir a clase, hacer los trabajos que se os mande y acudir a los exámenes, que el título ya lo tenéis prácticamente asegurado. No vais a suspender ningún examen, pero, eso sí, tenéis que aplicarlos en clase y en casa.

Mamá, no entiendo.

Joder, Valeria, tan lista para unas cosas y tan tonta para otras. Lo que tu madre trata de decirnos es que la rectora nos va a guiar hasta la finalización de la carrera, es decir, que nos va a dar los aprobados hasta finalizar cuarto curso ¿Te has enterado ahora? Lo cual no quiere decir que no continuemos estudiando como hasta ahora. Es una especie de apuesta a caballo ganador ¿Me he explicado bien, María?

Marcus, has bordado la explicación, ni tan siquiera yo lo podía haber explicado mejor.

El primer curso estaba casi finiquitado, los dos con unas excelentes notas, prácticamente rozamos la perfección. Con todo, María se había quedado con la

idea de que, a pesar de la ayuda de la rectora, no sería suficiente para compensar. Estaba más que seguro que con el tiempo la señora rectora pagaría cara su osadía. Los tres cursos siguientes serían un paseo. No pensaba ni por un momento relajarme, llevaba años esperando para estudiar Psicología y no pensaba tirar por la borda el proyecto, ni por mí ni por mis padres.

Las vacaciones de verano estaban a la vuelta de la esquina, nos merecíamos un descanso, sin duda que sí. A Valeria no le apetecía volver al White Horse, a mí tampoco me apetecía demasiado pasarme el verano recogiendo mierdas de caballo. En relación al coche nuevo, tuvimos que esperar algo más de mes y medio para que nos lo entregaran; al ser de fabricación extranjera y debido a la alta demanda, se demoró en exceso.

Nos pasamos el verano viajando, conociendo nuevos países, como Italia o Puerto Grande, tras cruzar el charco. Unas apasionantes vacaciones en las cuales continuaba tomando notas en mis legendarios cuadernos, aprendiendo día a día algo más del comportamiento psicológico de los humanos. Apasionante, sin duda muy apasionante.

Las noticias del negocio continuaban siendo espectaculares. Todo marchaba sobre ruedas. Ya no se volvió a saber nada del grupo de inversores. En plenas vacaciones, recibimos una llamada de María. Valeria puso el altavoz al móvil.

Hola chicos, ¿cómo va todo? ¿Estáis disfrutando de vuestras merecidas vacaciones tras un curso duro? Jajaja.

Hola mamá. Sí, todo va de maravilla.

Hola, María, todo bien.

Os llamo para informaros de que La Nueva Cala va genial y he pensado en habilitar parte del sótano para que haga las funciones de ... digamos ... una especie de casino.

¿Un casino?

Mini casino, queridos, con dados, póker, ruleta, máquinas tragaperras y poco más. ¿Qué os parece la idea?

Mamá, cuando tú dices que "... poco más". Ya podemos echarnos a temblar. Valeria, mira que eres exagerada.

Ya, pero ... eso del casino, ¿no es "ilegal"?

Pues claro, solo tendrán acceso clientes VIP, es decir, gente conocida con mucha pasta, algo tan inocente como un grupito de amigos que se divierten sin más.

Después de esta explicación, ya nos quedamos bastante más tranquilos.

Comenzaríamos por la ruleta y unas máquinas tragaperras, que dejan mucho dinero y no tienen mantenimiento ni nada.

¿Ves? Mamá, ya estás con las tragaperras, puf, no sé qué pensar.

Hagamos una cosa. Lo del casino se gestionará como una empresa ajena a La Nueva Cala, será... una empresa de recreo turístico, nada que ver con vosotros y a cambio ganaréis el 25% los beneficios mensuales. Podéis creerme que absolutamente nadie meterá las narices en este asunto, que de eso me encargo yo.

Mamá, digamos que ... el 35%, ni para ti ni para mí.

Joder, Valeria, ¡cómo se nota que eres hija mía! ... Vale ... de acuerdo, tú ganas. Pero tendréis que estar presentes en la inauguración, dentro de un mes. Seguid disfrutando de las vacaciones, chicos.

Mamá, espera un segundo ... ocúpate de que la casa de la playa esté dispuesta para dentro de quince días. Así pasaremos unos días comprobando qué tal va todo, ¿Te parece?

Me parece perfecto. Además, tengo muchas ganas de veros a los dos. Besos, chicos.

La sonrisa de Valeria chocaba plenamente con la cara de asombro y preocupación que tenía en esos momentos. ¿Casino? ¿Tragaperras? ¿Ilegal?

Valeria, tu madre está como una puta cabra, perdona por la expresión, pero es que ... ¡coño!

Joder, está desatada. ¿Un casino? ¿En serio? ¿Encima ilegal? ... suena que te cagas de bien, suena a mucha más pasta, a poder e influencia. Mi madre es ...
... una puta genio de las finanzas.

Cuando regresamos a La Nueva Cala, estaba a tope de gente guapa, coches de lujo aparcados en el parking, un ambiente en el cual se podía oler la pasta desde fuera. En esos momentos, solo pude pensar en la cantidad de dinero que estaríamos ganando. Aparcamos el coche en una zona reservada. Uno de los guardas de seguridad se acercó para ver la matrícula, dando aviso por un minúsculo walkie para comprobar quién era el dueño, en este caso la dueña.

Bienvenida, Valeria, bienvenido, Marcus. Adelante, por favor.
Muchas gracias.

A la entrada nos esperaba María, para pedirnos las llaves del coche para que llevasen las maletas hasta la casita de la playa.

Valeria, cariño, ¡Qué guapísima que estás! ¡Qué bien te sienta ese vestido con zapatos de tacón! Has crecido, estás ... más guapa, diferente. ¡Querido Marcus, ese moreno te favorece muchísimo! Valeria ya le puedes atar en corto, jajaja.

Mamá, estas espectacular, divina y también te sienta de lujo ese moreno que estás cogiendo. Tienes un tono de piel sensacional.

Hola, María. Estás francamente arrebatadora, tendremos que ponerte un guardaespaldas, por si acaso ...

Eres un adulator, Marcus, pero me encanta. Encima de guapo y educado eres inteligente.

Bajamos a ver cómo estaban quedando las nuevas instalaciones. Se podría haber definido en tres palabras: “Una auténtica pasada”. Un alarde de lujo, de comodidad, unas instalaciones dignas del mejor casino de Nevada, un derroche de creatividad orientada a que los clientes se gastaran el máximo de dinero.

Decidme, chicos ¿Qué os parece cómo está quedando?

Sin palabras, nos has dejado sin palabras. ¿Qué pasada!

Y eso que aún falta lo mejor: una segunda barra. Serán dos en vez de una para poder atender mejor a los clientes, y gran parte de las selectas y exclusivas bebidas, que van a ser todas carísimas, ... En fin, no quiero aburriros con los detalles.

¡Joder, mamá esto va a ser la bomba! No parece demasiado grande, ¿Como para cuántas personas tendrá capacidad?

Para unas treinta, solo para gente especial, con mucha pasta. Será una especie de club exclusivo. No todos tendrán acceso, a pesar de que tengan mucha pasta. Nada de gente conflictiva, o que beban demasiado. Todo ello estará controlado por un equipo de seguridad altamente cualificado.

No te has dejado ningún detalle, está genial.

Queridos, uno de los secretos del éxito radica en que no hay que dejar ningún cabo suelto, nunca lo olvidéis.

La ampliación del negocio de María nos dejó gratamente sorprendidos. Mientras estudiábamos algunos detalles del futuro casino, el empleado del parking devolvió la llave a Valeria.

Ya tienen sus equipajes en la casa de la playa.

Muy bien, muchas gracias.

Daba la impresión de que estaba todo bajo control, que no habría lugar al más mínimo atisbo de fracaso. Personal de seguridad, cámaras de vigilancia por todas las partes, ... la sensación de estar en una especie de búnker era palpable, y eso sería muy bueno para los dos negocios.

La casita de la playa estaba perfecta, se habían cuidado absolutamente todos los detalles. María nos acompañó para comprobar que todo fuera de nuestro agrado.

En la casa no entra nadie, salvo yo cuando vengo a guardar vuestro dinero en las cajas fuertes. Solo espero que recordéis que se activan con vuestras voces, diciendo cada uno el nombre del otro, lo he cambiado para añadir algo más de seguridad.

Perfecto, mamá.

Cuando nos quedamos solos, me quedé mirando a Valeria, mientras estaba sentada en el sofá del salón, contemplando las maravillosas vistas que el mar nos ofrecía. Al mirarla, fue cuando me di cuenta que estaba madurando, creciendo. Ya

no era la chiquilla traviesa que conocí, se estaba convirtiendo en una mujer espectacular, con un cuerpo de escándalo, con una sonrisa pícaro y una mirada embau-cadora. Valeria se estaba convirtiendo en una maravilla de mujer, y estábamos locamente enamorados, quién lo hubiera dicho poco tiempo atrás, cuando nos co-nocimos.

Valeria, ¿no tienes curiosidad por saber cuánto hay en la caja fuerte?
Pues ... ahora que lo dices, podríamos mirar, ¿Te parece?
Me parece bien. En definitiva, es nuestro dinero.

Tras pronunciar las palabras mágicas, las cajas se abrieron levemente. Pri-mero la de Valeria y luego la mía.

Joder, ¡qué nervios! ¿Cuánto crees que habrá?
No sé, Marcus, lo mismo que tenga lo tendrás tú.
Tú primero...
Ni de coña, primero tú, Marcus.

Dentro de la caja fuerte, colocadas una encima de la otra, un total de cinco cajas metálicas alargadas. Al sacar la primera, de un tamaño bastante llamativo, comprobé que pesaba bastante. Me quedé sin palabras, los nervios me estaban blo-queando, la caja metálica brillaba de tal manera que nos podíamos ver reflejados en ella.

Bueno, ¿Te vas a quedar embobado toda la tarde y parte de la noche, o vas a mirar dentro?

Valeria, no me metas presión.
Mira que eres ...

Valeria abrió su caja.

La madre que lo parió. ¿Pero esto qué es?
Anda, que no eres exagerada ni nada, Valeria.

Al mirar dentro de la mía...

Joder, joder, joder, pero esto es la leche, qué pasada, joder, joder, joder. Somos ricos, coño, ricos no... lo siguiente.

Aparte de fajos de billetes nuevos, unas bolsitas de color anaranjado, unos diminutos lingotes de oro, también había unas escrituras de propiedades, de las cuales no entendimos de qué se trataban ni qué hacían allí guardadas. Las bolsas de color anaranjado contenían unas minúsculas piedras que brillaban con una in-tensidad impresionante. Eran diamantes.

Espero que estéis contentos con el resultado de los beneficios de La Nueva Cala. ¿A que es asombroso?

Pero mamá, todo esto es ...

Lo sé, es una auténtica pasada, como decís vosotros. He invertido por vosotros en oro y diamantes, valores seguros, que se revalorizan con el tiempo. De igual manera, tenéis en vuestro poder las propiedades de algunos terrenos, que sin duda serán en un futuro de importante valor comercial y estratégico.

María, aquí hay una millonada.

Pues sí, en el segundo cajón hay más fajos de billetes y algún lingote más. Los demás cajones están vacíos, pero no creo que tarde demasiados meses en llenarlos. Será entonces cuando deberéis de tomar las primeras decisiones de inversión.

¿Decisiones de inversión? No entiendo.

Es fácil de explicar. Todo esto “no existe”, nadie sabe de su existencia, por lo cual, habrá que buscar la manera de sacarlo a la luz sin levantar sospechas. Pero, por ahora, no os preocupéis, seguid confiando en mamá y todo irá bien. Si queréis coger algo de dinero, pues adelante, es todo vuestro, jajaja.

¿De verdad que podemos coger lo que queramos?

Claro, pero con cabeza y sangre fría, para gastarlo poco a poco, sin hacer grandes alardes. No tenemos que levantar sospechas.

Cada uno cogimos un fajo de billetes nuevos que desprendían un olor tan embriagador que ni el más sensual de los perfumes. Un olor que no sé cómo explicar qué sensaciones me dio en esos momentos, quizás la de ser poderoso, la de ser importante... Valeria se empeñó en salir de compras, a pesar de que no me apetecía demasiado, pero cómo negarse con esos ojitos que me miraban diciéndome: “... por favor, vamos de compras”.

Mientras nos dirigíamos a la zona de las tiendas más exclusivas de moda, de las que entras, eliges, pagas y te marchas sin que nadie pregunte de dónde coño sacas tanta pasta, pasando por el paseo marítimo, me llamó la atención un letrero de SE VENDE que colgaba de la terraza de un piso. Al verlo tuve el impulso de llamar para pedir más información.

Espera un momento, Valeria, para un instante, quiero apuntar el teléfono de contacto de ese piso que se vende. Me gusta la zona, me parece que podría ser una buena inversión.

Vale, ahora mismo paro y tomas nota.

Voy a llamar sobre la marcha, no sea que me lo quiten por la mano.

Huy, esa mirada que tienes, jajaja. Te aseguro que lo vas a comprar, jajaja.

Así que, dicho y hecho, llamé al teléfono de contacto.

Hola, buenas tardes. Llamo para pedir información del piso que se vende en el paseo marítimo.

Hola, pues sí, menudo día llevamos, está llamando mucha gente. Verás, es un piso de una habitación grande, amplio salón, cocina totalmente amueblada con lo más innovador del mercado, un baño también grande y una terraza orientada al sur. En total 70 metros cuadrados, es grande y soleado. Y el precio es de ...

¿Podríamos quedar para verlo?

Pero antes tendrás que saber el precio, ¿no?

Claro, el precio...

Es de 550.000, un regalo.

Me parece razonable. ¿Cuándo podríamos quedar? ¿Sería posible en unos minutos?

Es un poco tarde, pero bueno, me podría acercar en unos quince minutos.

Muy bien, gracias. Por cierto, me llamo Marcus.

Yo soy Carla. En un rato te veo.

Ya tuvo que salir la voz de Pepito Grillo.

Estás como una cabra. Has quedado para ver un piso solo por la apariencia de la fachada, jajaja. Como una cabra. Menos mal que mi madre nos ha dicho que tratásemos de ser cautos con el dinero para no levantar sospechas.

Sí, me ha dado buenas vibraciones, veremos a ver qué tal...

A la hora señalada, apareció en el portal Carla, una chica bastante mona, por cierto. Subimos hasta el piso. Al abrir la puerta, el sol iluminaba todos los rincones, lo cual me pareció una pasada. Nada más entrar, la primera impresión fue que a Valeria se le puso cara de querer otro igual, le estaba encantando. Era perfecto, una construcción cuidada, con materiales de primera, la cocina era espaciosa, la habitación amplia. En fin, que me encantó.

Pues la verdad es que me encanta. Está para entrar a vivir, es soleado y muy amplio.

En verdad eres el primero que viene a verlo, a pesar de que han llamado varias personas, el precio les echa un poco para atrás, pero podrás ver que el piso bien vale el precio que se pide.

Me gusta, está cerca del supermercado, de la oficina de correos, e inclusive de un par de bares. ¿Qué más se puede pedir? ¿Cuál sería tu mejor oferta?

Pues ... la verdad es que no estoy autorizada a bajar el precio. Si me das un par de minutos, llamo al dueño a ver qué me dice.

De acuerdo, llama a ver.

Salió a la terraza para tener un poco de intimidad. Tras un par de minutos de charla...

Estoy autorizada a bajártelo a 525.000.

Pues te doy 500.000. Te dejo una señal ahora mismo y me lo quedo, sin más. Perfecto, que sean 500.000.

Un apretón de manos y una señal de 3.000 sellaron el acuerdo. Tenía dinero en el banco, de la herencia de mis padres y lo que saqué por la venta del chalet. De sobras para pagar el piso sin levantar sospechas. Había salido de compras y resulta que había acabado de comprar un piso, así como quien no quiere la cosa. Estaba contento, era un piso bastante coqueto, céntrico y cerca de todo. Me sentía muy cómodo entre sus paredes. Sin saberlo en ese momento, ese piso, a la larga me daría muchísimo juego, bastante más del que yo pensaba en el momento de comprarlo.

Estuve seguro de que a mis padres les hubiera encantado, hubieran estado conformes con la compra, lo cual de cierta manera me reconfortaba. Habían pasado meses desde su trágica muerte, y a pesar de todo, continuaba recordándolos prácticamente todos los días. Algunas noches, mientras Valeria dormía, la tristeza me invadía y me quedaba dormido entre sollozos, recordando sus rostros, escuchando sus voces, los ecos de unos recuerdos que serían imborrables, pasando el luto en silencio, ya que Valeria, cuando me preguntaba cómo me encontraba con respecto a mis padres, siempre le contestaba que bien, que poco a poco estaba logrando superarlo. Nada más lejos de la realidad.

Al final, no fuimos de compras, decidimos ir a celebrar la compra del piso, y dónde mejor que en La Nueva Cala, en nuestra mesa, una cena especial a la cual iríamos elegantemente vestidos, con nuestras mejores galas. A nuestra llegada, María se quedó muy sorprendida. No veía muy a menudo a Valeria vestida con un elegante vestido negro, con la espalda desnuda, con una generosa apertura en la pierna izquierda, unos tacones que me hacían parecer más pequeño de lo que era. Estaba preciosa, bella, sensual.

Bueno, bueno, chicos ¿Qué celebramos esta noche?

Pues verás, celebramos que Marcus se ha comprado un piso en el paseo marítimo, un visto y no visto. Ha visto el cartel de se vende, ha llamado al teléfono de contacto, se ha citado con la vendedora, lo hemos visto, le ha gustado y se lo ha quedado.

Pues mira qué bien. La compra de ladrillo es sin duda una gran inversión, un producto que se revaloriza año tras año. Te felicito por la compra.

Estoy muy contento, la verdad. Ya te llevaré a verlo cuando lo tenga limpio, amueblado y en perfecto estado de revista, jajaja.

Y más te vale que me hagas una cena rica para la inauguración.

Cuenta con ello, María.

Mientras cenábamos, me vino a la mente lo de los diamantes y los pequeños lingotes de oro. ¿De dónde carajo habían salido tan carísimos y lujosos objetos?

Con todo pensé que no debería ni preguntar, mejor estar en la más absoluta ignorancia y no saber nada de su procedencia.

Marcus, ¿estás en este planeta o estás volando por otros mundos? Jajaja.

Perdona, estaba pensando en la procedencia de ...

¿De eso que tenemos tú y yo a buen recaudo? No te comas la cabeza, no me rece la pena y, además, mi madre no va a soltar prenda al respecto.

Tienes razón, pero esperemos que tu madre sepa lo que está haciendo.

De momento, parece que sí, lo está haciendo de maravilla. La Nueva Cala va de maravilla. Está siempre a tope de gente de pasta y los beneficios son impresionantes.

Ya, pero con todo ¿Qué saca tu madre de todo esto?

Pues es sencillo: las ganancias del casino, que tiene que ser una pasta gansa. Ya vimos cómo quedaría y era sencillamente espectacular, un oasis de lujo para los ricachones, un referente para que se dejen la pasta.

¿Acaso crees que no lo tenía pensado desde el primer momento? Hemos puesto la pasta para la reforma y de repente “se le ocurre la idea” de abrir un chiringuito ilegal para gente muy especial, para sacarles la pasta. Pero ojo ... que mis comentarios no te confundan, que estoy encantado con los resultados y estaré eternamente agradecido a tu madre por todo lo que está haciendo por nosotros.

A la semana de la compra del piso, Carla me llamó para ir a firmar la compra al notario, ya que días atrás ya había pagado en su totalidad. Una firma y ya sería el orgulloso propietario de un maravilloso pisito en el paseo marítimo. Cruz, la misma que diseñó la reforma de La Nueva Cala, se ofreció desinteresadamente a hacerme un diseño de interiorismo para amueblar el piso. En pocos días, ya tenía unos planos detallando con todo lujo de detalles cómo quedaría, apenas un cambio de color de las paredes, para que tuviera la sensación visual de mayor amplitud, reforma del baño. La cocina quedaría tal cual, con alguna mejora, al igual que el salón y la habitación.

La reforma fue otro rotundo éxito, en apenas un mes ya estaba completada, el piso limpio y amueblado. Quedó de lujo, Cruz supo sacar el máximo rendimiento a las cualidades del piso, a la luz natural que le daba un toque romántico e incluso sensual. Tenía una mente prodigiosa para todo lo que tuviera que ver con el diseño y la creación de espacios, hacía magia entre cuatro paredes. Sin duda, el precio del piso se había revalorizado desde la compra.

Teníamos que volver al campus, el curso comenzaba en apenas tres semanas y debíamos preparar el dúplex que, tras las vacaciones, después de llevar tiempo cerrado, se habría acumulado algo de polvo, además de organizar la despensa y las compras de rigor. Como teníamos pasta fresca, decidimos hacer la compra en el supermercado, los mejores productos que encontrásemos, a capricho. Estábamos

a punto de comenzar el segundo curso de psicología, ya no éramos novatos, habíamos tenido un primer año muy “intenso” en relación a nuestra querida rectora Rosalía.

Tuvimos como tutora a Patricia Pérez Pérez. Era su tercer año como profesora de la asignatura de Psicología de la Personalidad y las Diferencias Individuales, siendo su estreno como tutora. Era una profesora bastante atractiva, se decía que la mitad de los chicos del campus se la querían llevar al huerto, y la verdad es que estaba bastante buena pero no como para estar en el punto de mira de medio campus.

Marcus, espero por nuestro bien que este curso sea más tranquilo, bastante más tranquilo que el pasado.

Yo también lo espero, pero debemos ser conscientes de que tenemos a la rectora agarrada por las pelotas, que podremos hacer con ella lo que nos apetezca, como si no queremos ir por clase en todo el curso e ir solamente a los exámenes.

¡Joder, Marcus! ¡cómo te pasas!

¿Sabes cuántos alumnos del campus desearían estar en nuestra situación? ¿Sabiendo lo que nosotros sabemos, teniendo las fotos y vídeos de la señora rectora en una situación más que delicada? Habría gente que mataría por ello.

Sí, tienes razón, pero me parece un poco cruel.

¿Te pareció cruel cuando nos “regaló” la botella envenenada? A mí más que cruel me pareció un acto digno de una auténtica hija de puta.

Aquí te tengo que dar toda la razón del mundo, fue una auténtica hija de puta. Pues eso, hay consenso.

Al comienzo del curso, la mandamos a la rectora una cesta de frutas, con una nota: “Con nuestros mejores deseos para el nuevo curso”. Esa misma mañana, a poco de recibir la cesta con la nota de mano de un mensajero, la cesta apareció en la sala de profesores, sin la nota, por supuesto. La señora rectora no se fiaba de nosotros, y decidió compartir la exquisitez de las frutas con sus colegas. Aparte de quedar con sus subordinados como dios, se quitó las dudas de encima. Nadie resultó intoxicado.

La llamada de la rectora no tardó en llegar al móvil de Valeria.

Hola, Valeria, con este lío del comienzo del curso, no he tenido tiempo de saludaros, ni a ti ni a Marcus. ¿Todo bien?

Hola, Rosalía. Todo perfecto, afrontando el nuevo curso con renovada ilusión. Espera, que te paso a Marcus, que quiere saludarte.

Hola, señora rectora. Esperemos los tres que este curso sea bastante más tranquilo que el anterior, y solo comentarte, de buen rollo, eso sí, que, si a lo largo de este curso y de los demás cursos que nos quedan hasta acabar la carrera, nos ocurriera algo malo, automáticamente Robert Wang, editor jefe del Post News, sacará

un lindo reportaje sobre la rectora del campus, pero eso no queremos que ocurra, ¿Verdad?

No, tranquilos. Nadie quiere que ocurra algo con tan desagradables y desastrosas consecuencias.

Entonces, continuamos como el curso pasado, nosotros te rascamos la espalda y tú nos la rascas a nosotros.

Claro que sí, pero espero que, al finalizar la carrera, me prometáis que me vais a dar todo el material.

Sabes que eso no será posible, pero estate tranquila, no somos tan hijos de puta como tú. Que tengas un lindo día y mejor curso. Nos hablamos.

Adiós, chicos.

Valeria se quedó mirándome fijamente mientras hablaba con la señora rectora.

Joder, Marcus. ¡Qué cachonda me has puesto! Tela marinera. Te vas a librar porque tengo la regla, pero que sepas que me has puesto muy cachonda. ¡Qué lástima, coño! Cuando te pones en plan “duro”, simplemente escuchándote me pones a cien. ¡Qué manera de tratar a la señora rectora, acojonándola desde el comienzo del curso!

Vaya por dios, ¡qué putada, mi brigada! Ya habrá mejor ocasión, querida. Solo he tratado de marcar una línea roja que esa señora no debe cruzar. Quién te dice que no se le ocurriría volver a atentar contra nosotros.

Y, de todas las maneras, las fotos y los vídeos originales están a buen recaudo en la caja fuerte, aquí solo tengo las copias, también a buen recaudo.

Eres un genio, Marcus. No me imaginaba esta faceta en ti.

Pues sí, tenemos que tener las espaldas bien cubiertas. Este tipo de gente no se detiene ante nada, por eso, hay que tener todo bien organizado. Robert tiene instrucciones de publicar todo en caso de nos pase algo. Solo le frena la pasta que le hemos pagado para que se aguante sin publicar.

¿Le hemos? ¿Cómo que le hemos?

No te lo tomes literalmente, es una manera de hablar, que la pasta ha salido de mi bolsillo, es decir, de mi caja fuerte, jajaja.

Entonces, si me ha salido gratis, mejor para mí, jajaja.

El curso comenzó de la mejor manera posible, acojonando a la rectora, acudiendo puntualmente a las clases, estudiando y entregando puntualmente los trabajos de todas las asignaturas. Patricia, la tutora, desde el primer día de clase, comenzó a hacer alardes de su coquetería, ya que casi todos los días acudía al campus con unos modelitos con unos provocadores escotes, de tal manera, que los más atrevidos se la quedaban mirando para saber de qué color traía ese día el sujetador. Lo raro es que absolutamente nadie, ni los demás profesores ni la rectora, le decía nada acerca de tan provocador comportamiento. Incluso se comentaba

que, en alguna ocasión, al final del curso, tonteaba con algunos alumnos para que estos consiguieran o unas mejores o en su defecto un aprobado raspado. Hasta los más osados decían que se acostaba con algún alumno.

Ese año, las vacaciones de Navidad las pasamos en el campus, por si Rosalía nos pedía repetir la experiencia del año pasado. No fue así. María, estaba de viaje de negocios, por lo tanto, pasaría las navidades en un destino desconocido. No supimos dónde estaba, pero las palabras “viaje de negocios” de por sí solas ya asustaban; una simple llamada de teléfono pocos días antes de las vacaciones excusándose fue lo único que supimos de ella.

Para nosotros dos solos, no quisimos manchar la cocina. Por lo tanto, para las dos noches de fiesta, la de Nochebuena y la de Nochevieja, reservamos una habitación en uno de los hoteles más exclusivos de la zona, el Campus Palace, un auténtico lujo al alcance de muy pocos bolsillos. El hotel tenía un algo especial, era una mezcla de lujo, confort y sencillez, te hacían sentir como en casa. A pesar de lo refinado de la clientela, que con todo no era demasiado mayor, la edad de los clientes aparentemente más viejos sería de unos cuarenta años. Gente con pelas, que pasaban de qué pensarían los demás, gente de todas las nacionalidades con ganas de pasarlo bien y divertirse.

La Nochebuena, la fiesta más entrañable de las Navidades, fue un poco “dura”, ya que el recuerdo de mis padres continuaba estando presente. A pesar del tiempo transcurrido, mis pensamientos continuaban siendo para ellos. En algunas ocasiones con menor intensidad, eso sí. Estuvimos cenando en el comedor, aunque cabía la posibilidad de haber cenado en la habitación, pero estuvimos de acuerdo que sería mejor integrarse con los demás huéspedes. No hubo un solo detalle que no estuviera cuidado al máximo, absolutamente todo estaba delicioso, digno del comensal más sibarita.

La orquesta que amenizaba la cena, era sencillamente asombrosa, sobre todo la voz de la cantante, que nos sonó desde la primera canción.

Marcus, ¿esa voz? Me es conocida.

A mí también me suena, espera a ver si podemos verle la cara entre tanto foco.

Anda, no me fastidies. Si es Patricia, la tutora.

No jodas. ¿En serio?

Jajaja, ¡qué fuerte!

... menuda voz que tiene. Es un prodigio.

Al igual que la vimos nosotros, ella también nos vio y al primer descanso se acercó a nuestra mesa.

¡Chicos, ¡qué sorpresa!

¡Buenas noches y feliz Navidad!
Igualmente. Os deseo lo mismo. ¿Estáis alojados en el hotel?
Sí, esta noche sí. Mañana por la tarde, después de la comida del día de Navidad, volveremos a casa.
¿Cómo es posible que dos alumnos de segundo se puedan permitir estos lujos?
Ya ves, un regalo de la madre de Valeria.
Menuda suerte tener una madre así, chicos. ¡Qué afortunados sois!
Si quieres sentarte a tomar algo con nosotros, será un placer.
Me encantaría, pero debo de continuar cantando, hay que seguir con el show.
Lástima, en otra ocasión será. Por cierto, tienes una voz preciosa.
Gracias, pero no penséis que os voy a subir la nota por ser tan pelotas, jajaja.
Para nada, Patricia. Te deseamos feliz Navidad.

La orquesta continuó tocando para deleite de los asistentes, Patricia destacaba entre todos los demás miembros de la banda. No entendimos cómo estaba dando clases pudiendo ganarse la vida con esa magnífica voz. Cosas de la vida, pensamos.

Era un prodigio de voz. Tenía a todo el auditorio con la boca abierta. ¡Qué manera de cantar! Un auténtico derroche de talento e ingenio. La noche estuvo interesante. Después de la actuación de Patricia, un DJ estuvo poniendo música durante un par de horas. Estuvimos bailando hasta que el cansancio y el sueño comenzaban a hacer mella. Una pasada de estancia. Más que una habitación parecía un *loft*. Era enorme, con una cama *king size*, un baño con jacuzzi y un vestidor, sin olvidar las vistas de las que se podía disfrutar desde las ventanas.

¿Dónde prefieres? ¿En la cama o en el jacuzzi?
¿Dónde prefiero el qué? ... la madre que me parió...

Valeria se había quitado la ropa, luciendo una ropa interior de color rojo que quitaba el hipo. Estaba espléndida, para comérsela a besos, para hacerle el amor hasta que amaneciera.

¿En dónde has dicho? ¿Qué? No sé qué me has dicho hace un instante, Valeria, hija de mi vida estás preciosa. ¡Qué bien te sienta ese sujetador, que pedazo de ...! Joer. Date una vuelta para verte bien.

¿Solo una vuelta?
... no me hagas pensar.
¿Entonces? ¿Qué?
Pues ... no sé ... donde quieras... en la cama, o en la terraza, o en el suelo,
o ... ¡Dios, ¡cómo me pones de cachondo!
Empecemos por el jacuzzi.

Vale, en el jacuzzi, como quieras. No está nada mal para empezar.

Mientras el jacuzzi se llenaba de agua, estuvimos comiéndonos a besos, acariciando con mi lengua sus pezones, mientras ella reía víctima del ardiente deseo que comenzaba a dominar la situación. Nos metimos en el jacuzzi, me senté, puse algo de música, mientras Valeria bailaba sensualmente en un intento de seducirme más y más, en un intento de sacarme de mis casillas.

Ven y siéntate encima de mí. Ven, que te voy a dar un placer absoluto. No te hagas más de desear, déjame que te lleve al nirvana del sexo.

Marcus, me gusta que te pongas tan cachondo y me gusta más ver esa erección tan descomunal que tienes, madre mía. Me vuelve loca verte así de cachondo. Dios, me pones muy cachonda y húmeda.

Me puse de rodillas, comenzando a lamer su sexo, a respirar profundamente ese aroma que tan loco me volvía, a lamer sus labios con glotonería, a volverme más loco por poseerla, mientras apretaba sus caderas contra mi cara. Agarraba mi cabeza, empujándola hacia ella, como si su vida dependiera de ello. Sus gemidos acompasados me ponían aún más fuera de mis casillas. Estaba disfrutando, estaba poseída, estaba cachonda, muy cachonda.

Estábamos teniendo unos preliminares intensos, estábamos con un ritmo cardíaco y una presión sanguínea por las nubes. Esto estaba favoreciendo una lubricación natural, que facilitó que continuase bebiendo de su fuente de placer, de tal manera que volví a sentarme en el jacuzzi, salpicando una buena cantidad de agua al suelo. Valeria, se sentó encima, acariciando mi pene, lo agarró sutilmente hasta ponerlo en su vagina. La penetración fue intensa y maravillosa.

Marcus, cariño, despacio, muévete despacio, muy despacio, quiero sentirte dentro de mí. Me encanta que me folles, me vuelves loca, quiero sentirte más dentro de mí, ¡qué maravilla...!

Joder, joder, joder...

Valeria galopaba lentamente encima de mí, la abracé de tal forma que tuve sus pechos tan cerca de mi lengua que comencé a besar sus pezones, a morderlos sutil y delicadamente mientras sus gemidos eran por momentos más constantes y acompasados, se nos salía el corazón por la boca. Esos pechos, esos pezones suaves y dulces me volvían loco, disfrutaba mordisqueándolos, lamiéndolos, metiéndolos en mi boca, era una especie de adicción, una droga.

Llegamos al unísono al orgasmo, fue una experiencia inolvidable, al igual que lo fue el tener que llamar a recepción para que recogieran toda el agua que se había salido del jacuzzi. Una buena propina hizo el resto.

Marcus, ¡qué vergüenza! ¡qué van a pensar de nosotros! Joder, ¡cómo hemos dejado el baño de agua!, jajaja.

Deben de estar acostumbrados, y más en estas épocas del año. Más trabajo, pero también más propinas, por aquello de la discreción, jajaja. Ni te preocupes.

El amor, la atracción sexual que sentía por Valeria, sin lugar a dudas, ha sido el sentimiento más fuerte hacia una persona del sexo femenino que jamás sentí, sin contar a mi pobre madre. A cada instante que podíamos nos besábamos, nos cogíamos de la mano, nos abrazábamos, teníamos que tener un contacto físico constantemente, sentir que estábamos juntos. Era una auténtica maravilla de relación.

Después de la Nochebuena y el día de Navidad, a pesar de estar de vacaciones, tuvimos que dedicar algunas horas del día a repasar algunos temas, de los que tendríamos exámenes poco después de la vuelta de vacaciones. Al menos, habría que disimular con los profesores y sacar buenas notas. En algunas ocasiones, cuando más concentrado estaba, Valeria me miraba, se reía acercándose mientras se quitaba la ropa, quedándose en ropa interior. Casualmente, casi siempre llevaba un sujetador y un tanga de color negro, transparente, de pequeñas dimensiones, que me volvía literalmente loco.

Valeria, por favor, no empieces, tenemos que acabar de estudiar estos temas, Valeria... Valeria... Valeria, por favor...

¿Seguro que no quieres hacer un descansito? Anda, Marcus, desabróchame el sujetador, que yo no puedo, anda. Me vuelve loca que me quites ... todo.

Y al final acabábamos follando como leones en donde cuadrarse: sofá, suelo del salón, ... era una canalla, sabía cuáles eran mis puntos débiles, se aprovechaba de ellos para tener sexo. Tenía claro que cada encuentro la llevaría a lo más alto de la escala del placer, al orgasmo de los orgasmos, al placer absoluto.

En Nochevieja, Valeria me comentó que le gustaría quedarse en casa, que en el Campus Palace ya nos conocerían, máxime después de tirar el agua del jacuzzi. Tonterías tuyas. Por lo que decidimos encargar la cena y la comida de año nuevo a una de las empresas más elitistas de catering que, según su publicidad, tenían como clientes a muchos famosos de televisión, políticos, deportistas, gente muy importante, así que decidimos llamarles para hacerles el encargo. Nos hubiera salido más barato habernos ido de hotel a otro hotel “donde no nos conocieran”, pero bueno, para nosotros dos solos, tampoco había que montar tanto follón. María continuaba en su “viaje de negocios”.

El catering se encargó de todo: platos, vasos, servilletas, mantel, cubertería, cubitera, todo lo imaginable. Ni tan siquiera había que fregar. A una hora determinada, se pasarían a recoger todo lo sucio, solo había que dejárselo en la puerta, dentro de unas cajas de plástico. Les dejé un sobre con una generosa propina.

Supuse que de alguna manera les alegraría la noche, ya que de por sí sería bastante fastidioso trabajar en fechas tan señaladas. La cena estuvo exquisita. A cada plato más rico que el anterior. Mereció la pena pagar por tan succulentas viandas.

Con tanta fiesta, al final acabas un poco saturado, sobre todo cuando las vacaciones no son tal. Siempre hay que estar un poco pendiente de repasar algún tema para preparar los próximos exámenes o revisar algunos trabajos antes de entregarlos. Desde la conversación con la señora rectora al comienzo del curso hasta la fecha no volvimos a tener noticias suyas, lo cual era una señal inequívoca de que todo estaba bien. Nuestra relación se basaba en saludarnos por el campus si nos cruzábamos por algún pasillo, o si la veíamos deambulando en los cambios de aula para las clases.

No obstante, la misma falta de noticias de María tenía a Valeria un poco preocupada, por lo que trataba de tranquilizarla diciéndole que ya era mayorcita y que se sabía cuidar sola. Pero era cierto que “un viaje de negocios” tan largo, conociendo a María, no podía traer nada bueno, ¿O sí? Al cabo de unos días, para tranquilidad de Valeria, su madre la llamó para decirle que todo estaba bien, que ya nos contaría, que todo estaba perfecto, todo iba sobre ruedas, mucho mejor de lo que nos esperábamos.

En unos días, sería fiesta el martes y jueves, por lo que la universidad no sería lectiva esa semana, habría una estampida de estudiantes que dejaría vacío el campus. Quedamos en irnos a pasar la semana a la casita de la playa, ya que no teníamos exámenes a la vista y los trabajos que teníamos pendientes, ya estaban acabados, listos para entregar.

Además, las previsiones meteorológicas daban un tiempo excelente, ideal para disfrutar de las comodidades de la casita.

Así fue como llegamos a nuestro destino vacacional, donde nos esperaba María, con una amplia sonrisa, elegantemente vestida, como últimamente solía ser habitual en ella, flanqueada por dos de sus “pretorianos”. Nos dimos cuenta enseguida que la seguridad había sido reforzada, aunque no entendimos los motivos, pero estábamos seguros de que María nos lo explicaría con todo lujo de detalles. Efectivamente, así fue.

Valeria, hija mía, pero qué guapa que estás, sales a tu madre, aunque te veo un poco delgada ¿Seguro que estás comiendo en condiciones? ¿Y duermes lo necesario o quizás os pasáis las noches dale que te pego? ¡Que el sexo adelgaza mucho, querida!

Marcus, hijo, también estás muy guapo, te noto diferente. Será el sexo, que te sienta muy bien, jajaja.

Hola, mamá, tan sutil como siempre, no cambiarás nunca. Por cierto, tú también estás sensacional ¿Estás follando mucho últimamente? Se te nota en el tono de piel tan brillante que luces, y ese bronceado te sienta de maravilla.

Eres digna hija de tu madre, menudo humor sarcástico que tienes.

Hola, María. Yo también me alegro mucho de verte. Estás muy atractiva, te sienta el vestido como un guante.

Bueno, chicos. Pasemos a la casita. Haré que os lleven las maletas inmediatamente. Os comentaré que vuestro 35% va viento en popa. Cada mes suben las ganancias y más que van a subir gracias a las gestiones que me he permitido hacer en mi último viaje.

Mamá, no sé por qué me da que nos vas a volver a sorprender con otro de tus negocios.

Hija. Siempre supe que, cuando fueras mayor, tendrías el mismo olfato para los negocios que yo. Si es que, afortunadamente, eres una copia exacta mía.

Una vez llegamos a la casita de la playa, comprobé que todo estuviera en orden, que no faltara nada. Efectivamente, todo estaba en perfecto estado de revista, no faltaba un solo detalle.

Veréis chicos, en mi último viaje he intentado dar otro “empujón” al negocio, ampliar los beneficios, que ahora son muchos, pero ¿por qué conformarse si podemos ganar más dinero?

¿De qué se trata? Sorpréndenos, por favor.

A ver cómo os lo explico ... será directa, sin rodeos. El casino funciona de maravilla, ya os dije que nadie, absolutamente nadie, metería las narices, de eso ya me ocupo yo. Entonces, he pensado ampliar el negocio, construir una nueva casita de la playa, algo más pequeña que la vuestra, para alojar a un máximo de tan solo tres o cuatro personas, de las que vienen al casino y se quieren quedar una o varias noches disfrutando del juego. Será un alojamiento de súper lujo, con todas las comodidades que os podáis imaginar, a un precio por noche desorbitado.

Pero ... ¿Crees que será rentable? Mamá, no sé yo ...

Tranquila, que bien sabéis que no doy puntada sin hilo. ¿Y si os dijera que he llegado a una especie de preacuerdo con un importante empresario de un lejano país, que está como loco por conocer La Nueva Cala, por jugarse la pasta en el casino y por poder follarse a bellas mujeres?

Joder, lo que nos faltaba. Primero un casino y ahora una casa de putas. Vamos de bien a mejor, mejorando por momentos, sí señor.

Jajaja, Marcus, de casa de putas nada. La compañía se la buscarán ellos, nosotros no sabemos si son putas o una sobrina del pueblo, no nos metemos en esos líos, para eso ya tengo los contactos necesarios.

Y nosotros, ¿qué nos llevaremos de todo esto? Te recuerdo que la nueva casita estará ubicada en terrenos que son propiedad de Marcus y mía.

Está claro que has salido a mí. Tienes una genética acojonante, querida. Os llevaréis el 15% de los beneficios.

No, de eso nada. Mínimo el 35%, como en el casino. ¿Sigues pensando que he salido a ti?

Te quiero un montón, pero eres un poco cabrona. Efectivamente, a cada instante que pasa te pareces más a mí. De acuerdo, el 35%, ¡Hacéis de mí lo que os da la gana!

Volvimos a revisar las cajas fuertes. Los fajos de billetes habían aumentado de manera significativa, mes a mes. Éramos un poco más ricos. A pesar de que los gastos también aumentaron debido sobre todo a las medidas de seguridad que se habían adoptado, como la contratación de los “pretorianos”, el refuerzo del control de acceso o las cámaras de seguridad de última generación que permitían un control total del recinto tanto de día como de noche.

Esa noche decidimos cenar en la casita. Nos apetecía estar solos gozando de una relajante intimidad. Valeria se mostraba contenta por el aumento de las ganancias, pero un tanto descolocada por la construcción de la segunda casita de la playa.

Si bien es cierto que había espacio suficiente como para construirla sin que nos quitase un ápice de privacidad, pero con todo no le acababa de convencer la idea. Por lo tanto, sería un proyecto a un año vista, como mínimo.

Mientras estábamos preparando la cena, nos llamó María.

Chicos, os podéis acercar con sigilo, sin que os vea nadie, a la sala de control, por favor.

Claro, mamá. Vamos ahora mismo.

Fuimos hasta la sala de control por la parte de atrás, acompañados por uno de los pretorianos de seguridad, un tipo musculado, alto y con cara de pocos amigos.

Pasad, chicos y fijaos en el monitor número tres. ¿No veis alguna cara “familiar”?

Pues yo, ahora mismo ...

Coño, yo sí. Es la señora rectora, en compañía de ... una chica. Pero, si le está comiendo los morros. Jajaja, ¡qué pillada!

Anda, es verdad, es la rectora con una chica más joven que ella.

Mi querida amiga Rosario, has venido al lugar equivocado. Bien, bien, bien ...

A continuación, walkie en mano, dio la descripción de la rectora y de su exuberante acompañante.

Con la máxima discreción, llevadlas a uno de los reservados, donde nadie nos moleste, que no sepan con quién se van a encontrar. En lo que llegamos, ser-

vidles una botella de champán de mi cava privada, gentileza de la casa, sin más explicaciones.

Al pretoriano que estaba en la sala de control le dio las instrucciones oportunas para que grabase todos sus movimientos, por duplicado y que le entregase personalmente las copias.

A esta le vamos a sacar hasta los ojos. Cuando el destino te brinda oportunidades como esta, sin duda que hay que aprovecharlas.

Hasta la fecha, no había visto a María con una expresión tan amenazante hacia la señora rectora, ni tan siquiera cuando se refería al putero de su ex. No nos dejó que la acompañásemos. Prefería ir sola para hablar con la rectora, la cual estaba a punto de beber de la copa. Casi se nos atraganta del susto al verla.

Pero bueno, ¡qué sorpresa, Rosalía! Si es que al final, el mundo es un pañuelo.

María, ¿qué haces aquí?

¿Yo? Trabajar. Dirijo La Nueva Cala.

Pues ... yo ... no tenía ... no tenía ni idea, te hacía más como dueña de alguna boutique de moda.

¿Quién es esta monada? Apuesto que es una de las alumnas del campus. Joder, Rosalía, cada vez estás más llena de mierda, no aprendes. ¿Qué voy a tener que hacer contigo?

La joven estudiante, la acompañante de Rosalía, hizo el amago de salir pitando. Uno de seguridad se lo impidió.

Jajaja, no intentes escapar, guapita de cara, que no te va a pasar nada. Estate tranquila, que tu secreto está a buen recaudo. Si te quieres enrollar con semejante manipuladora, tú misma, pero con ese cuerpo y esa cara, podrías aspirar a mucho más, quizás a ser la putita de algún gordo ricachón. Te aconsejo que no pierdas más tu tiempo.

Dime lo que quieres, María y deja ya de tocarme las pelotas.

Tranquila, tranquila, señora rectora. ¿Sabes ese refrán que dice que mal que no mejora, empeora? Pues eso mismo te está pasando a ti, hija mía. Es que no me espabilas.

De saber que trabajabas aquí, no se me hubiera ocurrido venir ni loca.

Ya, si eso lo tengo claro, pero como da la casualidad de que has venido, y te he pillado comiéndole los morros a la Barbie de silicona, pues ahora mismo te tengo cogida un poco más aún por los cojones... Pero estate tranquila, todo, absolutamente todo en este mundo tiene solución.

¿Me vas a chantajear como esos dos mocosos?

Mide bien tus palabras. ¿Chantajé? Para nada, digamos que se están aprovechando de una situación favorable que el destino ha puesto en su camino. De lo

contrario, serían dos auténticos gilipollas, y ni mi hija ni Marcus tienen ni pizca de serlo.

¿Qué es lo que quieres?

Algo muy sencillo y, además, está a tu alcance. Verás ... primero me vas a traer a todos esos amiguitos que tienes, que están forrados de pasta para que vengan disfrutar de nuestra hospitalidad, digamos que desde este momento vas a ser una especie de comercial en la sombra. Segundo, te vas a encargar personalmente de que Valeria y Marcus, saquen las mejores notas del campus, independientemente que acudan a clase o no. ¿Ha quedado claro?

Me pides un imposible con lo de las notas ...

No te hagas la víctima, para una rectora como tú no hay nada imposible. Anda, coño, un poco de dignidad, por favor, no te hagas la tonta conmigo. Tienes más poder del que presumes. Y lo sabes.

De vuelta de la reunión, María nos informó de los “avances” que había logrado. Mientras nos narraba lo sucedido, se me quedó cara de ...

Marcus, ¿estás bien?

La verdad es que no, me he quedado sorprendido por la libertad que te has tomado con la rectora, sin habernos consultado nada. Llevo toda mi vida queriendo ser psicólogo, soñando con ir a la universidad y, de repente, me dices que vamos a obtener el título sin apenas esfuerzo. Joder, María.

Joder, mamá, esto se consulta antes. Marcus tiene toda la razón.

¿Sois conscientes que sois unos privilegiados? ¿Que tenéis más dinero que el que os podríais gastar en dos vidas? ¿Sabéis cuántos estudiantes estarían encantados de ocupar vuestros lugares? No tenéis ni puta idea de lo que os estoy ofreciendo. Pero bueno, siempre puedo volver a hablar con Rosalía para que se olvide de todo.

Mamá, tampoco es eso, déjanos que pensemos en ello, a ver qué conclusión sacamos entre los dos. No hay que precipitarse.

Fue uno de los momentos de mi vida en los cuales me he sentido más frustrado, sin saber qué pensar, ni qué decir y, sobre todo, qué hacer.

Marcus, cariño, pues ... qué quieres que te diga...

No sé qué coño pensar de todo esto, Valeria.

Tienes que tener en cuenta que no somos dos estudiantes como los demás, que nuestras vidas han dado un giro de ciento ochenta grados, que con nuestra edad ya tenemos la vida resuelta. Tenemos dinero como para vivir dos vidas como dice mi madre, de manera cómoda y desahogada ... relájate y disfruta Marcus.

Toda la puñetera vida esperando entrar en la universidad, ser psicólogo para ayudar a los demás e intentar comprender el funcionamiento del cerebro humano y, de repente, todo se puede ir al garete.

No, no se va nada al garete, no me seas agonías. Tenemos en las manos la oportunidad de conseguir nuestro sueño, ser psicólogos, poder montar una clínica en un futuro, vivir de las rentas que nos están generando los negocios, ser felices juntos. ¿No es maravilloso?

Claro que es maravilloso, es genial, pero no es como yo me lo imaginaba. Además, sabiendo que tendremos los cursos aprobados, me temo que nuestro rendimiento, nuestro esfuerzo y dedicación para aprobar, se venga abajo. ¿Para qué estudiar, si tenemos los aprobados en el bolsillo? No me gustaría llegar al final de la carrera sin tener ni puta idea de nada.

¿Y cómo crees que sería si nos estuviéramos dejando la vida para aprobar? ¿Acaso crees que te vas a poner delante de tu primer paciente y vas a saber qué hacer? Pues no, no tendremos ni puta idea, todo es cuestión de perspectiva.

Las palabras de Valeria no hicieron más que dejarme más frustrado. Nos quedaba algo menos de medio curso y otros dos más. No estaba dispuesto a perder todo ese tiempo.

De acuerdo, Valeria, actúa como quieras, estudia más o menos, yo tengo claro que no me voy a quedar de brazos cruzados viendo pasar los días sin aprender nada, quiero seguir esforzándome para continuar aprendiendo por el sendero de la Psicología.

Anda, mira el empollón, jajaja, ¡qué digno se me pone! Anda que ...

Solo espero que respetes mi decisión.

Claro que sí, cariño. Estás tan guapo cuando te pones digno, que me pones muy cachonda. Lo sabes, ¿No?

Ese curso lo acabamos “como pudimos”, luchando contra la pereza y la desidia que nos daba saber las notas antes de hacer los exámenes. Casi fue más duro que haber estado como antes, día a día quitándonos horas de sueño para llevar todas las asignaturas de manera satisfactoria. Ese final de curso llegué más exhausto de lo normal, aún no sé el motivo, pero fue un cansancio físico y mental impresionante. Ese verano habíamos pensado alquilar un barco, con tripulación para viajar por diferentes países, para disfrutar de la paz y de la belleza del mar. De nuevo, el destino me estaba a punto de joderme otra vez en donde as más me dolía.

Aun recuerdo lo amargo de esa mañana, justamente el curso acababa de finalizar hacía una semana. Estábamos planeando las vacaciones, viendo diferentes tipos de barco para alquilar, cuando Valeria comenzó a dar síntomas de que algo no estaba bien.

Comenzó a marearse, a tener dificultad de equilibrio y coordinación al hablar y al andar, dificultad en la visión, apenas podía pronunciar tres palabras seguidas. Se desvaneció, convulsionando en el suelo, como si estuviera poseída, se quedó pálida. Me asusté y llamé a las asistencia sanitarias, las cuales me fueron indi-

cando por teléfono qué hacer ante tal situación ... poco podía hacer salvo esperar que llegaran cuanto antes.

Valeria respiraba con alguna dificultad. Menos mal que las asistencias médicas estaban cerca, ya que una unidad de soporte vital avanzado pasaba cerca de casa. Tras un reconocimiento inicial, la intubaron para despejar la vía respiratoria, para que la llegase el suficiente oxígeno a los pulmones y al cerebro. Se la llevaron al hospital Cillavalde, el mejor hospital privado de la ciudad. No supieron o no quisieron darme ningún pronóstico.

Cuando llegué al hospital, María ya se encontraba en urgencias, preguntando a todo el mundo dónde estaba su hija y qué le estaban haciendo. Al verme, no pudo contener las lágrimas, me abrazó pidiéndome explicaciones ... no pude dárselas. Estaba tan nervioso que apenas pude explicar lo sucedido. Tras más de hora y media de incertidumbre, salió el médico que la estaba atendiendo.

¿Familia de Valeria?

Sí, aquí, soy su madre.

Soy el doctor Madrazo.

Doctor, ¿qué le ha pasado a mi hija? ¿Se encuentra bien? Nadie nos dice nada, creo que me voy a volver loca.

Verá, Valeria ha sufrido un derrame cerebral, se encuentra en coma con respiración asistida. No quiero darles falsas esperanzas, puede que se recupere o puede que no salga del coma. No sabemos qué partes del cerebro tiene afectadas hasta que no la hagamos más pruebas. Las próximas veinticuatro horas serán cruciales. Siento no poder darles mejores noticias, les mantendremos puntualmente informados.

Se me vino el cielo abajo. Otra vez la misma puta historia. Primero, mis padres, ahora, la mujer que amo, con la que había compartido absolutamente todo lo que había ocurrido en los últimos años, de la cual no me he separado más allá de alguna noche cuando vivía en casa de mis padres. Me quedé paralizado, pálido, sin saber qué decir ni qué pensar de la vida. Solo podía pensar en no perderla, en que, dentro de unas horas comenzaría a recuperarse, en que todo volvería a ser como antes.

Por mi mente, como en una película, pasaron todos los recuerdos en blanco y negro, todo lo que habíamos vivido juntos; una oscuridad total se apoderó de mí estado de ánimo, comenzaba a estar harto ... “joder, otra vez no, por favor, otra vez no... ella no” era lo único que podía pensar. No quise verla desde la cristalera de la habitación, preferí recordarla como antes, no quería verla llena de tubos ni de bombas de perfusión ni rodeada de gente que te mirase con cara de circunstancias, como dándoles lástima y pena.

María estaba totalmente descolocada, no hacía más que llamar por teléfono, buscando alguna solución médica más para poder ayudar a su hija, pero Valeria estaba en las mejores manos posibles, el equipo médico que la estaba atendiendo era el mejor posible, todo el mundo le decía lo mismo, que estuviese tranquila, que Valeria estaba en las menores manos. Las horas pasaban lentas, no sé cuántos cafés me había tomado ya, María permanecía sentada en una butaca de la sala de espera, mirando al suelo, con la mirada totalmente perdida. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas incesantemente. Habían pasado doce horas desde el ingreso. El doctor Madrazo vino a vernos ... no traía demasiada buena cara.

Tenemos que ponernos en lo peor, Valeria no está respondiendo a la medicación, me temo que le coma va a ser irreversible. Vamos a esperar unas horas más por si ocurriera un milagro.

Doctor ¿Cabría la posibilidad de donar los órganos?

Pero, Marcus ¿Qué coño estás diciendo?

Sin duda es lo que Valeria quería, ya lo hablamos en alguna ocasión, María sé que la decisión no es mía, pero ...

Marcus, no te preocupes. Llegado el momento, se hará la voluntad de mi hija.

Gracias, señora, muchas familias agradecerán este gesto tan humano por su parte.

El doctor, sutilmente nos había puesto en lo peor, pero ninguno de los dos quiso aceptar la realidad, nos estábamos agarrando a una mínima esperanza, a un milagro, aunque he de decir que casi siempre me he considerado una persona atea, no creo en divinidades, no creo en lo que no veo, no podía creer en un dios que permitiera que personas buenas, personas con toda la vida por delante, se vieran quebradas por el capricho de una divinidad que, sin lugar a dudas, se estaba comportando como un auténtico hijo de la gran puta.

La agonía se prolongó tres días más, Valeria no se rendía, el equipo médico estuvo luchando contra el reloj, buscando sin descanso alguna solución para revertir la situación de Valeria. Tres días sin dormir, sin comer, sin vivir ... tres putos días de mierda intentando recordar todos los momentos vividos junto a ella, para aferrarme a ellos, como una última esperanza. No había solución, estaba en muerte cerebral, éticamente no podíamos prolongar artificialmente su agonía, Valeria merecía descansar para siempre.

María estaba destrozada. Ya no era la mujer sonriente que imponía con su belleza y presencia. Se encontraba rota de dolor, de tristeza, con unas ganas de despertar y que todo hubiera sido una pesadilla. Una vez que Valeria fue desconectada, mientras el médico firmaba el certificado de defunción, antes de someterla a la extracción de sus órganos para donarlos y que posteriormente llegara la funeraria, me armé de valor, entré en su habitación, besé sus labios por última vez, agarré sus frías manos, mientras las lágrimas acompañaban a mi desesperación y la voz se me quebraba.

“Valeria, amor mío, has sido la persona más importante de mi vida, me has enseñado a amar y a ser amado, a compartir los momentos buenos y los menos buenos. Aprendí a vivir en tu mirada, con tu sonrisa, con el calor de tu presencia durante estos últimos años, sin duda los más felices de mi vida. Para mí, esto no es un adiós, ni mucho menos, es un hasta pronto, porque cada mañana miraré tu foto y te diré buenos días, Valeria, mi vida. Siempre estarás en mi corazón y en mis pensamientos. Te quiero y te querré hasta el último aliento de vida que me quede. Menuda putada me has hecho ... menuda putada, siento que contigo se va una parte importante de mi ser. Te quiero, Valeria, te quiero ... para siempre”

María permaneció a mi lado. Cuando acabé de despedirme, me abrazó, llorando sin consuelo.

Marcus, Valeria estaba profundamente enamorada de ti, jamás estuvo tan feliz como estando contigo. Es una verdadera lástima lo que ha sucedido. Estabais tan unidos, se os veía tan felices que aún se me rompe más el corazón. Gracias, Marcus, por hacerla tan feliz en sus últimos años de vida. Eres un cielo de hombre.

Nada volverá a ser como antes. Sin ella todo será diferente, por mucho tiempo que pueda pasar. Estoy destrozado por el dolor.

Esa fue la última vez que vi a Valeria. Una vez que le extrajeron los órganos, la funeraria se la llevó, la incineraron y posteriormente sus cenizas fueron arrojadas en el lago de la cabaña por expreso deseo de su madre. El padre de Valeria no apareció, ni tan siquiera en el tanatorio donde la incineraron. No se le pudo localizar por ningún medio, o al menos es lo que María me dijo.

En un solo instante, la vida te puede cambiar radicalmente, puedes pasar de la estabilidad emocional más absoluta a la más absoluta de las miserias, de tener a tu lado a la mujer de tu vida a perderla para siempre. En esos momentos aprendí aún más a valorar lo que tienes, a que hay que vivir el día a día, que el mañana es efímero, no existe, que el futuro es un sueño y que la vida en ocasiones es bastante hija de puta.

María me ayudó a empaquetar las cosas del dúplex, las queríamos donar a alguna ONG para que hiciera un buen uso de ellas, de su ropa, de sus zapatos, de sus perfumes, absolutamente todo fue llevado al a sede de una ONG que eran amigos de María. No quise continuar viviendo allí. Demasiados recuerdos que continuaban destrozándose, clavándose en mi corazón y en mi alma. Tuvimos una reunión con Rosalía, María, a pesar de la situación que estábamos viendo, recordó nuestro acuerdo, ya que, aunque Valeria ya no estaba entre nosotros, no se nos olvidaba nada de lo ocurrido con anterioridad. Por mi parte, me comprometí a que, una vez finalizado el último curso y una vez tuviera el título en mi poder, borrar todo dato de ese pasado que nadie quería volver a recordar.

Afortunadamente, el piso del paseo marítimo ya estaba listo para vivir, ya lo tenía amueblado a capricho, con un aire de confort y de innovación. Cruz, la amiga

diseñadora, volvió a hacer un excelente trabajo. Puse el coche a la venta. Con lo goloso y cotizado que estaba en apenas dos semanas ya lo tenía vendido. Una vez ya instalado en el piso, caí en la más absoluta desidia, me pasaba el día en la cama, apenas comía, descuidé mi higiene personal, hasta me dejé barba. Hablaba con María bastante a menudo, pero, a medida que pasaban los meses, nos fuimos distanciando, consideré que sería lo normal en esa situación. Con todo, no perdimos el contacto.

Estuve una temporada viendo a un psicólogo, pero la verdad es que poco me ayudó, o al menos eso pensé en un principio. Tras varios meses de terapia, continuaba inmerso en un desastre total y absoluto de vida: la casa estaba revuelta, llena de polvo, con ropa tirada por todos los lados, botellas vacías por la cocina, la terraza, mi cuarto, el baño, . . . un putito desastre. Solo salía de casa para ir cada quince días a la consulta del psicólogo. En cuanto a La Nueva Cala, la parte de Valeria, por indicación expresa de María pasó a ser mía.

Las llamadas de María se espaciaban cada vez más en el tiempo, pero las noticias referentes a los negocios, a pesar de todo, continuaban siendo buenas, lo cual era un minúsculo consuelo, ya que pensaba que al menos no me faltaría para comer ni para vivir de manera desahogada.

La casita de la playa continuaba cerrada, sin ser utilizada por nadie. Era una especie de homenaje a la memoria de Valeria, que nunca estuvo a favor de que la ocupase nadie que no fuéramos nosotros dos. María mandaba a uno de sus pretorianos con un sobre con dinero cada dos meses, más o menos, con una cantidad que sobrepasaba mis expectativas. Era una cantidad de dinero más que suficiente para vivir cómodamente, sin necesidad de pasar ninguna necesidad. Seguía teniendo las dos cajas fuertes en la casita de la playa a rebosar.

Poco a poco, la terapia con el psicólogo comenzó a hacer efecto. Al cabo de seis meses de la muerte de Valeria, conseguí salir esporádicamente de casa; no solo era el salir, sino que también salía aseado y arreglado. Ya estaba en tercero de carrera. Dejé de beber tanto, me apunté a un gimnasio de la zona, uno bastante famoso por la dureza de sus entrenadores personales, justamente lo que necesitaba, que me dieran caña a tope, ya que trataría de volcar toda mi frustración y todo mi dolor en el gimnasio. Al principio, acudía cada dos días, pero una vez que cogí el ritmo, acudía todos los días, e incluso algunos por la mañana y por la tarde.

En unos meses, a base de sacrificio y con una buena dieta supervisada por mi entrenador personal, conseguí un cuerpo de diez, pero aún me quedarían algunas batallas más por ganar, sobre todo en el ámbito de la salud mental. Seguía teniendo la sensación de ser la víctima de una confabulación del mundo contra mí, como si no hubiera sido suficiente haber perdido trágicamente a mis padres, con el agravante de no haber podido recuperar sus cuerpos, el universo se cebó conmigo, de nuevo con la muerte de Valeria.

Al finalizar el último año de carrera, tras presentar mi trabajo de fin de grado, obtuve una calificación final que me capacitaba como el número uno de mi promoción, para sorpresa de más de un compañero, ya que hacía más de dos años que no me veían por el campus. Nadie hizo preguntas al respecto. Tal como quedé con la señora rectora, le di en un pendrive todos los archivos de fotografías y vídeos que la comprometían. No obstante, aunque negué reiteradamente delante de ella que no había más copias de los archivos, me quedé con un par de copias, por si acaso, que la vida “da muchas vueltas”.

Una vez finalizada la carrera de Psicología, con el título debajo del brazo, muy a mi pesar ni me apetecía ponerme a escuchar problemas ajenos, ni estaba preparado para ello. Mi sueño de dedicarme a la Psicología se había esfumado, como otros más sueños que se fueron desvaneciendo a lo largo del tiempo. Tenía un pisito bastante apañado, una cantidad de dinero que me permitiría vivir sin agobios por el resto de los días. Había conseguido un buen físico, las chicas del gimnasio, murmuraban a mi paso, pero la sombra de Valeria era demasiado alargada como para liarme con la primera que se me insinuara.

Solía hablar con ella, sobre todo por las noches, mientras miraba una foto de los dos, le contaba qué tal me había ido el día y, a pesar de que es de locos, sentía que me escuchaba. Cerraba los ojos y me la imaginaba sentada en la cama, a mi lado, sonriendo y besándome una vez más.

En mis sueños, aparecía con un precioso vestido blanco, se acercaba, me besaba y susurrando me decía al oído: “... vive Marcus, vuelve a vivir, vuelve a ser el Marcus del que me enamoré”. Esos sueños se repetían una y otra vez. Despertaba en medio de la noche totalmente desorientado, con un sudor frío que empapaba mi cuerpo, desenchajado y triste. Ya tenía el alta médica y había dejado de tomar medicación para la depresión y la ansiedad. Poco a poco, las cosas parecían volver a la normalidad.

De casa al gimnasio y del gimnasio a casa. Esa comenzó a ser mi nueva rutina, que en ocasiones se veía alterada con alguna escapada a la playa; tomaba el sol y me daba un buen baño en el mar, lo cual me resultaba muy relajante. Y hasta me solía tomar algo en un simpático chiringuito de la playa, ya que solía tener buena música. Comenzaba a socializar un poco más. Después de unos meses más de gimnasio, comencé de manera esporádica a salir con alguna chica que se me insinuaba de forma directa. No me gustaba ir detrás de ninguna de las chicas del gimnasio. Por lo general, eran solteras, pero alguna me confesó estando ya en mi piso que estaba casada, pero que su relación no estaba pasando por un buen momento. Algunas buscaban sexo, otras, en cambio, solo buscaban desahogarse hablando antes de acabar teniendo sexo.

Poco a poco, se fue corriendo la voz: “... hay un nuevo sex machine en el gimnasio” y de esta manera, las chicas se citaban conmigo de forma un tanto des-

carada, sin que les diera un mínimo de vergüenza, sino todo lo contrario. Comenzaron a desfilar por mi casa, incluso me hice con un grupo de asiduas, que más o menos cada semana o diez días pasaban por el piso, dejándome una cantidad de dinero al marcharse encima de la cama o en la mesilla de noche. En principio, lo consideré una especie de juego, pero me di cuenta de que, aunque no me hacía falta, me sacaba al mes una pasta. ¿Por qué no aprovechar mi físico, mis dotes de seducción y de saber escuchar y camelar a las mujeres? Comenzaba a pensar diferente, a sacar la cabeza del agujero, a respirar, a vivir, a ser yo, de nuevo, tal como Valeria me lo pedía reiteradamente en mis sueños. Aunque no sé si hubiera estado demasiado de acuerdo con mi nueva actividad comercial.

De esta manera, decidí dar un giro a mi vida, aunque sin dedicarme de pleno a la Psicología, con el título enmarcado luciendo en una de las paredes del salón, pensé que, de una manera u otra, estaba ejerciendo de psicólogo: ayudaba, comprendía y les daba una buena dosis de autoestima a todas las mujeres que pasaban por mi piso, así todos contentos.

Amanecía un caluroso día de verano. Como no podía ser de otra manera, la humedad y el calor del ambiente empapaban las sábanas. Una noche más desperté sobresaltando debido a mis propias fantasías, sorprendido y asustado a la vez de la creatividad calenturienta de mis sueños.

El despertador de la mesilla de noche marcaba las 9:30 de la mañana, una musiquilla veraniega sonaba con insistencia, canción tras canción, todas parecían del mismo monótono autor. Me levanté de la cama y me encaminé hacia el baño. El calor era tan sofocante que decidí refrescarme bajo el agua de la ducha, para posteriormente darme un buen afeitado, ya que tenía el presentimiento de que ese sábado no sería un día como los demás. Algo me decía que sería diferente.

Consulté la cuenta de mi correo personal, una cuenta destinada a recibir las peticiones de las damas que o bien solteras o descontentas con su situación sentimental actual, buscaban una aventurilla ocasional, un rato de charla, o simplemente placer sexual.

Tenía un grupito de asiduas, las cuales, me enviaban a sus íntimas amigas, lo cual me daba para pagar el alquiler, tener la casa a mi capricho y cómo no, para darme algún homenaje que otro. Vivía de manera holgada, pero sin grandes alardes de riqueza. Ante todo, quise en todo momento salvaguardar la procedencia un tanto ilícita del dinero que provenía de La Nueva Cala, que continuaba marchando de maravilla, seguía siendo el lugar de moda, a pesar del tiempo que había pasado desde su inauguración.

Tenía tres mensajes nuevos, pero uno de ellos me llamó la atención de manera especial:

“... he visto tu anuncio y me gustaría solicitar tus servicios, en hotel, día y hora a concretar”.

La verdad es que me sorprendió, dado que no tenía ningún anuncio de ese tipo. Jamás se me hubiera ocurrido anunciar “mis servicios” de forma notoria y pública.

Respondí a los pocos minutos, para decirle que tenía el día completo, que tendría que esperar a mañana, a lo que me contestó de inmediato, como si mi interlocutor estuviera pegado a su móvil: “... te quiero esta noche, a las 22:00 horas en el hotel Magna, habitación 317, pago el doble de tu tarifa por toda una noche”.

Tras escuchar el mensaje, un escalofrío recorrió intensamente mi espalda. Tuve de nuevo un presentimiento, algo estaba a punto de cambiar, y no me equivocaba en absoluto, ya que, desde que acudí a esa cita, mi vida tomaría un nuevo rumbo, atrás quedarían los recuerdos de mis padres junto con el de Valeria, el amor de mi vida.

En ocasiones, turbaba mis sueños ya que continuaba soñando con ella; algunas noches, regresaba, acariciaba mi pelo, hasta podía notar la frialdad de sus labios en los míos, hasta que una noche que la luna llena iluminaba mi habitación, dándole un cierto aire místico, me dijo: “... Marcus, sigue con tu vida, quiero verte feliz, pero no olvides que te quiero... y que nuestro amor será eterno”.

Desde esa noche, no volvió nunca más a aparecer en mis sueños.

